COSTUMBRES
DEL UNIVERSO.

COSTUMBRES DEL UNIVERSO



ALOU HERMANOS, EDITORES,

BARCELONA.

BARCELONA:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ.
pasaje de Escudillers, núm. 4.—1864.

A SS. MM.

D.ª ISABEL II

Y

D. FRANCISCO DE ASIS.

AL

Sermo. Sr. Príncipe de Asturias

Y Á SS. AA.

LOS INFANTES DE ESPAÑA,

LOS EDITORES.

IMP. RAMIREZ.

ESPAÑA.

I.

Que España es una de las naciones mas privilegiadas del globo, es cosa comunmente recibida, y no porque así lo digan y proclamen sus propios hijos : que en esto más que en otras cosas, el amor de la patria hace cerrar los ojos y tener cada uno la nacion á que pertenece por la más perfecta y envidiable, así en los dones naturales como en las ventajas de su gobernacion y bondad de las costumbres ; sino porque esta es la opinion de todos los que han visitado su fértil suelo, gozado de sus varios climas, saboreado sus exquisitas é innumerables producciones, admirado sus bellísimos paisajes, visto sus caudalosos y cristalinos rios, sus altísimas cordilleras, sus frondosos valles, sus extensas llanuras, sus pintorescas poblaciones, sus grandiosos monumentos: y sobre todo, la belleza de sus mujeres, la sinceridad de sus habitantes y el ingenio que tienen para toda suerte de trabajos, ciencias, artes é industrias: así como su valor en las guerras, su mansedumbre en la paz, su liberalidad en los tratos, su hidalguía en sus obras, su firmeza de carácter, su llaneza de vida, su sobriedad en la mesa, su paciencia en los trabajos y su sensatez y discrecion así en el próspero como en el contrario viento de la fortuna.

Tan cierto es esto, que quienes mayores alabanzas la prodigan, hasta llegar á los límites de lo hiperbólico, son los extranjeros que á ella vienen, que en todo ven motivo de admiracion y extremos, si llegan á residir algun espacio de tiempo y saborear las delicias de su apacible cielo y trato de sus moradores. Esta es la razon de haber sido España en todos tiempos codiciada de tantas gentes y pueblos conquistadores y aventureros, que hallando en todas sus costas fácil acceso, han habitado en ella y dejado vestigios de su asiento, particularmente los que mas largamente la ocuparon, como fueron los Fenicios, Cartagineses, Griegos, Romanos, Godos y Arabes; de modo que en todas partes se encuentran monumentos de todas las civilizaciones, así religiosos como profanos, así de paz como de guerra: y en el idioma tenemos voces de innumerables lenguas y dialectos riquísimos: y en las costumbres, rasgos de infinidad de pueblos: y en el suelo plantas de muchedumbre de climas: como si fuese ley que todos los que viven diseminados por regiones ásperas y estériles, hubiesen de gozar en parte y á su turno de esta region en que los antiguos colocaron los Elíseos campos, llamándola el paraiso de la tierra. Pero aunque tantas poblaciones, y lenguas, y usos, y costumbres, y leyes, y trajes y creencias aquí han tenido asiento y procurado mezclarse con las indígenas, hay en nuestra nacion tanta originalidad, y fuerza de ingenio tan prodigiosa, y amor á la independencia tan excesivo, que siempre ha procurado librarse de sus dominadores y salir adelante con el sello y carácter propios, y acometerlo todo con solas sus fuerzas; pues como la riqueza del suelo le basta y el ingenio le sobra, se atreve á acometerlo todo y vencer en todo, confiando solo en su Dios y su fuerte brazo y voluntad como el antiguo indomable andante caballero.

No hay duda que de estas condiciones naturales de territorio y raza se derivan necesariamente cualidades distintivas de los pueblos, que son las que constituyen lo que se llama genio de las naciones, ó fisonomía moral de ellas, ó como generalmente se dice, índole y carácter, por las que se diferencian las unas de las otras, aunque no se entiende por esto que las demas son nulas ó estén muy oscurecidas; pero sucede en los pueblos como en todos aquellos individuos que tienen ciertos rasgos muy en relieve: rasgos, que si son buenos, el brillo que despiden dá mayor realce á las demas buenas cualidades, así como si son malos producen contrario efecto, aumentando la fealdad de sus lunares. Los rasgos que al pueblo español distinguen son nobles y elevados, y por esto en todas las cualidades es notable, porque en su idolatría por conservar su libertad é independencia y en acciones heróicas, nadie ha dejado en zaga á los españoles, ni en las artes de la guerra, ni en las de la poesía, y demas ejercicios liberales, ni en osadía para explorar regiones ignotas y lejanas, ni en grandeza y fervor para celebrar el culto de su religion, ni en entusiasmo para adorar la belleza, ni en fanatismo para sostener su fé, ni en constancia para sustentar sus opiniones, ni

en extremos para aborrecer lo que cree malo, ni en locuras para amar lo que juzga bueno, finalmente ni en fantasía para inventar, en ligereza para ejecutar, y en viveza para comprender.

Un moderno historiador, que con más vasto plan y extensas miras que las propuestas hasta ahora, pretendia reseñar la historia de la civilizacion en Europa, hablando de España y tomando por base de su crítica que los aspectos de la naturaleza, ó las condiciones de latitud y especiales fenómenos de localidad, influyen señaladamente en el carácter y aun fisonomía de los pueblos, dice, que los ejercicios pastoriles y guerreros, la vida inquieta, transhumante y aventurera, que por las invasiones y guerras contínuas han tenido los españoles, originaron en sus corazones el extremado sentimiento de lealtad á sus Reyes y señores naturales, que todos admiran en nuestra raza; al paso que la frecuencia de los terremotos en la Península es la causa permanente de la supersticion de su espíritu.

La mera enunciacion de este juicio, que por la autoridad del historiador anda muy válido, y sus apreciaciones acerca de la España muy leidas entre los extraños, bastará para que los lectores conozcan lo inseguro de su base y por consiguiente lo efímero de las deducciones levantadas sobre ella.

A la verdad, es aventurado decir, que en España son frecuentes los terremotos, y para destruir esta tésis, basta una prueba irrecusable y es, que la construccion de las moradas en todas las capitales y poblaciones, no indica el mas mínimo temor de que hayan de tener existencia pasajera, sino que son bien sólidas y están hechas para una muy larga vida.

En todos los pueblos donde tales calamidades son frecuentes, se construyen las moradas de manera que en un desventurado caso no se consuman y pierdan los capitales. El interés propio es en esto un barómetro seguro, y bastaria saber que las fincas se construyen para siglos y generaciones, sin prevision alguna de estas calamidades, para deducir que los terremotos en España no eran cosa de cada dia, como quien dice: y que si es cierto que suceden, como en todas partes, no es con frecuencia, sino en períodos tales, que permiten al hombre traer á cuenta de su cálculo la buena suerte. Terremotos ha habido en la Península; pero ¿no han ocurrido tan fatales en otros muchos países? En 1750 lo hubo en Lóndres, repetido en el espacio de un mes. Recordamos este, por la observacion que Horacio Walpole hizo sobre este suceso, encabezando su relato con este epígrafe: «Portentos y prodigios se van haciendo tan comunes, que ya han perdido sus nombres.» Este dicho no es más que la expresion de una gran verdad: y es, que los hombres se acostumbran á las calamidades y á los peligros, produciendo su repeticion el efecto de encallecer la sensibilidad. Si en España fuesen los terremotos frecuentes, el resultado inevitable

seria la diminucion del vigor de sus impresiones sobre el ánimo. Esto se observa en todos los casos análogos. Si en un pueblo se menudean mucho los espectáculos de muertes, el corazon se hace insensible y la repeticion de impresiones gasta la sensibilidad. El guerrero vé impasible las escenas de sangre y desolacion que consternan á los demas, y los sepultureros cantan apaciblemente ó se duermen tranquilos junto á los cadáveres. Toda calamidad, no solo la del terremoto, si es imprevista y sorprende á los hombres, produce ciertamente espanto, y los corazones se elevan á Dios de cuya cólera la creen inmediato efecto. Así vemos las plegarias, los sacrificios, los homenajes de humillacion con que acude el hombre al templo para aplacar la ira del Criador. Pero si estas calamidades son periódicas ó frecuentes, no es idéntico el juicio que las muchedumbres forman, por más ignorantes que estén del conocimiento de las leyes naturales, y la conciencia misma se ilustraria por luz propia con la repeticion del suceso.

Respecto á la lealtad para con los Reyes, es evidente que la han tenido los españoles, no solo por instinto, sino por agradecimiento. Las elevadas ideas sobre el pundonor y la fidelidad á los juramentos hicieron de estas cualidades una virtud política de que otros pueblos no pueden envanecerse. Por otra parte, en España fué siempre la monarquía muy amiga del pueblo, con el cual combatió para dominar á los nobles ambiciosos y turbulentos.

Las grandes empresas acometidas de contínuo, y el desarrollo de la riqueza y poderío de la nacion á la sombra de la institucion real, hizo conocer al pueblo lo que esta le convenia para su conservacion y subsistencia. La deslealtad siempre es un crímen; pero en los españoles hubiera sido un borron, una infamia, y los españoles hidalgos de corazon, están seguros de no degradarse hasta ese extremo.

Pero quien quiera conocer lo que es el pueblo español con sus virtudes y defectos, con sus bellezas y lunares, no tiene más que estudiarlo en el gran cuadro de las obras de Cervantes, y principalmente en la que se ha hecho universalmente famosa. Allí está el pueblo español en el período más crítico é interesante de su vida; en una situacion semejante á la del hombre á quien todo brinda, que todo desea, que para todo es apto y que va á lanzarse á la última aventura, antes de sentar el pié y escoger el camino recto y seguro de su bienestar.

Acaso ningun pueblo fué mas sacudido, violentado, contrariado, llevado y traido por mayor variedad de extraordinarios acontecimientos, ni tuvo que pasar por luchas más sangrientas y duraderas que el español en defensa de lo más caro y sagrado para los hombres. Esta série de desventuras es capaz de acabar ó de templar el ánimo más fuerte. Fuerte y enérgico fué el carácter español y por eso salió como refinado de tan terribles pruebas. Un sabio y penetrante observador, tratando de pintar el

carácter y génio de los españoles, recuerda la grande y magnífica epopeya de la guerra de los ocho siglos contra los mahometanos; guerra que tan profunda huella dejó en nuestra historia, que aun hoy permanece y permanecerá por muchos siglos; porque tales sucesos y tan grandes causas absorven y concentran la vida de un pueblo y mucho más el español, que al interés de la independencia de la patria veia unido el de la religion. «Al través de la edad media, exclama, verdadero campo de Agramante en que cada nacion de Europa peleaba consigo misma, hubo en España toda la discordia que en los tres siglos precedentes devoró á los conquistadores del Norte, luchando entre sí y con la antigua Roma agonizante sobre todo lo que puede interesar y exasperar á los hombres. Antes, y en los cuatro siglos anteriores, sufrió España toda la tiranía de los Césares. Antes de esa época, fué teatro la España de todas las discordias civiles de la Roma republicana. Sertorio, Pompeyo, César y Augusto vertieron la sangre española y conquistaron el poder pisando nuestros cadáveres. Antes pasamos los Alpes con Aníbal y pusimos espanto á las puertas de Roma. Antes sufrimos la tiranía de Cartago, y *más antes y siempre* fuimos víctimas de contínuas desgracias y fuertes vicisitudes.» Y por otra parte, se le hicieron formidables sangrías de pobladores y de riquezas en la expulsion de los judíos, en la expulsion de los moriscos, en el descubrimiento de las Américas, á donde emigraban los españoles de más temple, en las guerras de Italia y de Flandes, en que se perdieron, á más del tiempo, la flor y nata de la caballería española, pareciendo que por todas estas malandanzas y reveses debia ser la Península un monton de ruinas, ó presa de conquistadores y borrado hasta el nombre que la pusieron. Pero de todos estos trances ha salido victoriosa y denodadamente, y con grandes lecciones de experiencia propia: y como añade este profundo observador, «España no puede ya ser tiranizada por la fuerza, aunque la ocupe el emperador del Norte con todos los hombres que le obedecen desde el estrecho de Berhing hasta el golfo de Bothnia. España muere con todos los españoles antes que ceder á la fuerza. España no puede ser víctima de ninguna obcecacion, aunque se conjuren para engañarla todos los charlatanes y sofistas. España no es ya capaz de entusiasmo ni fanatismo, que son los dos precipicios entre que marcha la inteligencia, partiendo de la ignorancia hasta llegar á la sabiduría. El pueblo español se ha hecho filósofo y va con calma y línea recta por la senda de la civilizacion, dejando caer á derecha é izquierda todos los errores que pudieran estorbar su marcha, relegándolos al abismo en que ni siquiera les aguarda la existencia póstuma é ineficaz del recuerdo. La filosofía española nace de la desgracia: «dámele pobre y te le daré filósofo.» Así lo dicen sus máximas populares, pudiendo con ellas formarse un libro de sabiduría, pues que le formó Cervantes por la boca de Sancho Panza, que es el español, no solo descrito, sino estigmatizado. Y el español de nuestros dias no es el Sancho Panza que sale por primera vez

de su aldea á buscar aventuras; se vuelve como el otro, ya desengañado, á recobrar la felicidad sencilla y duradera, prefiriendo el rucio al clavileño, la hoz á la espada, el zamarro de dos pelos á las martas cebellinas: siempre desinteresado, siempre fuerte y noble, discreto siempre, aunque se rian de él y no crean en sus buenas cualidades los que se fian de apariencias falibles y no le conocen.

Y lo que está bien retratado del carácter español, es su inclinacion á formar ideales en consonancia con las bellezas animadas é inanimadas que le rodean, las cuales ponen en hervor el ingenio, haciendo su bondad y energía que crea fácil la realizacion de los mayores imposibles y las empresas más arriesgadas. De aquí ha venido llamar *chateaux en Espagne*, los proyectos forjados por la fantasía en un vuelo, y sin más cimiento que la voluntad, el entusiasmo y el deseo. El español es poeta y artista por excelencia, y á esto se debe el gran desarrollo de su entusiasmo religioso; porque la religion y la fé son como la materia y el instrumento con que á falta de un campo donde pueda ser practicable el ideal que concibe, se satisface el espíritu y llena sus medidas el innato deseo de felicidad suprema, de belleza absoluta y de eterna vida. En los pueblos del norte hay tal vez espíritu religioso más arraigado, más fuerte y por lo mismo más concentrado y reflexivo; pero no el sentimiento que se desborda, que se traduce en imágenes visibles, en actos de piedad, en ceremonias solemnes, en fervorosa plegaria, en magnificencia de culto.

Muestra evidente de esto es el número prodigioso de magníficas basílicas y templos que la piedad y el fervor de los españoles han erigido en la Península y en los países en que ha puesto el pié y llevado su dominacion. Hay en España numerosas catedrales capaces de ser el orgullo de la más grandiosa ciudad de Europa, y puede presentar el soberbio y magestuoso Escorial, llamado octava maravilla, mandado construir por el rey que llamaban santo fundador y humilde monge los Jerónimos que le poblaban; cuyo templo, dirigido por el famoso Juan de Herrera, no tiene rival en elegancia y austera hermosura. Muestra evidente es tambien la infinita abundancia de santuarios, el número indescifrable de romerías que en todas las partes de España se celebran y á las cuales concurren no solo el vulgo, sino las clases todas de la sociedad, distinguiéndose la aristocracia, patrona de estos templos, y á cuyo cargo está la cura de las imágenes y el adorno de sus altares. Son asimismo irreductibles á cifra las que se ostentan en ermitas, capillas y retablos con portentosa variedad de advocaciones, relativas al lugar en que existen, al sitio en que milagrosamente se encontraron ó á las tribulaciones en que han sido visibles su proteccion y ayuda: de modo que no hay un mal en mayor ó menor grado de los que afligen á la humana especie, que no tenga su abogado especial, á quien los fieles recurren como medianeros; y como el agradecimiento es cualidad propia de buenos cristianos y de españoles y estos beneficios extraordinarios

no se olvidan, la piedad retribuye en explendoroso culto los favores recibidos, y las fiestas religiosas son casi contínuas y avivan cada dia más el celo por el culto divino.

Un escritor ha dicho, que do quiera que van los ingleses establecen al punto una factoría, los franceses un teatro y los españoles una iglesia. Esto es innegable, y de aquí provino, que como el gran cuadro en que está fotografiada la sociedad española, fué ideado en los tiempos en que se trataba de imponer á los protestantes la creencia abandonada á punta de lanza, hayan creido muchos que la señora de los pensamientos de los españoles era la fé, y que por ella habian salido y saldrian siempre armados en busca de aventuras, por todos los ámbitos del mundo.

La verdad es, que si meditamos un poco acerca de nuestra historia, hallarémos muy natural y lógico este fenómeno, y aun justificada hasta cierto punto la creencia arraigada en el pueblo de una intervencion sobrenatural en la esfera de los humanos sucesos, y de una proteccion marcada y especial del cielo en aquellas empresas que por su religion acometiera. La lógica gobierna en definitiva, y en nada más visiblemente que en la vida de los pueblos. Fíjese la vista en la obstinada y duradera lucha que los españoles sostuvieron contra los moros, y se observará que esta gran epopeya debió parecer á los mismos actores una no interrumpida série de milagros. Admirados del contínuo próspero suceso de sus armas, no sin razon creian tener ayuda directa de los apóstoles y los santos, pues en el órden natural de las cosas, parece que el triunfo debió ser de la fuerza material y del mayor número. El milagro era la fé que ardia en sus corazones; así es que cuando rescataban un templo, no ya solo depósito de las sagradas imágenes, símbolos y reliquias de su religion, sino de los venerandos restos de sus antepasados, el templo era el más precioso despojo, el botin más querido, la conquista más anhelada. Cada templo rescatado de manos de sus enemigos los infieles, constituia un verdadero é inestimable trofeo y por el número de ellos contaban sus victorias.

Que el clero habia de fomentar esta fé era inevitable; era un deber, que llenó tanto con sus exhortaciones y doctrina como con sus obras, viéndose en las filas de los ejércitos que peleaban por la religion la cruz del sacerdote junta con la espada del soldado. Solo en el vigor indomable que daban las creencias religiosas, solo en la seguridad de que existia intervencion celestial directa podia fiarse la esperanza del triunfo definitivo. Que esto sucediese en la edad media, cuando las tradiciones conservadas en los cantos populares por los bardos ú Homeros de nuestra poesía asociaban al recuerdo de otra gloria nacional como la famosa batalla de Roncesvalles la intervencion del apóstol Santiago, no debe ser materia de asombro. En pleno siglo XIX hemos visto á todas las naciones confiar en la intervencion divina el suceso de guerras puramente humanas é hijas del interés, de la ambicion y de la intriga.

Los alemanes en su reciente campaña con los italianos y franceses, creian que Dios ayudaba su causa. Los ingleses en la guerra de la Crimea, creian que Dios protegia sus ejércitos, y no hay campaña militar que no se considere como especie de *juicio de Dios*, cuya especial proteccion cree tener de su parte cada contendiente. ¿Seria extraño que los españoles, movidos en aquel tiempo por el celo de su independencia y de la religion, enardecidos por la fé, animados por sucesivos triunfos y acalorados en el combate, creyesen ver realmente á los santos, espada en mano, discurriendo en alíjeros caballos por las contrarias filas, al divisar entre el polvo de la pelea á sus sacerdotes guerreros? Nada más natural que esta ilusion óptica, nada más posible que este fenómeno de la imaginacion predispuesta.

Consecuencia de esto fué la inclinacion del pueblo al culto especial de patronos y abogados, de ayudadores y especiales protectores en todas sus varias empresas. Cada vez que un individuo creia haberse salvado de un peligro, vencido un obstáculo ó desterrado un mal, para los cuales no suponia bastantes las humanas fuerzas, afirmaba la intervencion especial de un santo, de Jesucristo, ó de la vírgen María. El agradecimiento por una parte, la fé por otra, y aun el orgullo de haber sido objeto de un favor señalado del cielo, junto con el deseo de los ministros de extender y fomentar la devocion y el culto, produjeron esa variedad numerosa de santuarios de infinitas advocaciones con que se ha distinguido la piedad de los españoles.

Si á esto se agrega, que desde la propagacion del cristianismo, todos los grandes sucesos han tenido una faz religiosa, ó se han promovido por esta causa, ó se les ha encarrilado en esta via, se comprenderá mejor que la supersticion, inevitable producto, es hija de estas causas y no de los terremotos como aventuró el historiador de la civilizacion en España. Y en efecto, el grito de guerra levantado en Cavadonga, las cruzadas, la caballería andante, las guerras de Carlos V y de Felipe II, y otros sucesos, ó reconocieron la religion por motivo ó hicieron inmediatamente causa con ella.

En suma, causas tan numerosas y diversas como el estudio de la astrología judiciaria, la demonología introducida en las literaturas religiosa y profana de la edad media, las tradiciones y preocupaciones extendidas en todas partes sobre hechicerías y artes mágicas, el ascetismo, el poderoso efecto de un tribunal que velaba sobre la fé, la propagacion de comunidades religiosas, la educacion en manos del clero, el influjo de la compañía de Jesus, la identificacion del sistema político inaugurado por Carlos V y Felipe II con los intereses de la religion católica, y otros motivos no menos poderosos, entre ellos la inclinacion natural en el temperamento de los meridionales á una forma de culto que tanto cautiva la imaginacion, que tanto seduce á la fantasía romántica y pintoresca, hicieron absorver completamente al pueblo en ideas y sentimientos religiosos, y á este tenor se modelaron sus hábitos, sus prácticas, sus afectos, su gusto

literario, sus fiestas, y aun su vida ordinaria. No es, pues, extraño que la defensa é integridad de la fé obradora de sucesos tan extraordinarios, de la fé que fué el alma de su vida, hayan sido empeños tan constantes del pueblo español; hasta parece excusable su antiguo fanatismo, que por cierto no ha sido exclusivo fruto de nuestro suelo.

Pero no es en espectáculos, festividades y solemnidades del culto donde más á las claras é inequívocamente manifiesta el pueblo español poseer muy arraigado un verdadero sentimiento religioso. Sabido es que muchos cristianos, y aun católicos, critican esto que llaman apariencias, y fausto, y hasta profusa liberalidad en los templos y en los adornos de imágenes; que en efecto, en riqueza pocos compiten con las de España, si se exceptúan las de los rusos, cuyos templos y cuadros (porque el culto griego no permite la representacion por medio de la escultura) están cuajados de diamantes gruesísimos, de esmeraldas, rubíes y topacios de un tamaño extraordinario. En donde más se nota y se percibe este sentimiento es en las costumbres y prácticas dignas de elogio que vemos en nuestro suelo, así para ejercitar las más brillantes y divinas virtudes del cristianismo, como las que son necesarias en el trato social comun con nuestros semejantes. Esos pueblos que se dicen saturados de espíritu bíblico, de espíritu evangélico, que predican la filantropía como si fuera hija suya, pueden ver en llegando á España y notando las costumbres de este país, cómo en él es donde se puede decir que realmente todos son iguales, hijos de Dios y descendientes de un solo padre. Cierto que en España hay nobleza de casta, familias que se dicen de sangre azul, y ricos y opulentos señores que, si no la nobleza en pergaminos, tienen la que da el oro, que hoy todo lo ennoblece; pero estos mismos guardan los títulos y preeminencias para las circunstancias dadas, los actos oficiales, y en su trato y comunicacion se ve que son llanos, y que todos ofrecen fácil acceso á su compañía, no existiendo barrera alguna social que los separe fatalmente de los que son menores en riqueza ó en títulos. Todos andan confundidos y mezclados en buena paz y armonía, sirviéndose recíprocamente los unos á los otros, y nada más frecuente que ver por una parte al hombre de la clase humilde mano á mano con el más sublimado en la escala social, sentado á su mesa, en compañía en sus placeres y distracciones y en toda familiaridad con él; y por otra al noble en las regiones de los humildes, sin que nada les repugne ni nada les cause desprecio, ni antipatía, ni siquiera violencia. Así los dos estados se confunden alternativamente como si no fueran en la sociedad: y ni el rico y poderoso noble se cree que está hecho de otra masa y pertenece á otra clase superior á la de los demas; ni el pobre por su parte se cree menos que los aristócratas, por ser pobre, sino que se juzga tanto como él, solo que circunstancias y cambios de la suerte le han hecho descender temporalmente á aquel bajo grado.

Y donde esto se nota más comunmente es en el templo; en la casa del Dios de

los cristianos, que predicó la igualdad y santificó la desgracia y la pobreza. No se ve en España, como en otras partes, que la casa de Dios esté dividida en cuarteles como escudo, ni en localidades como teatro, y que los ricos se pongan junto al altar en lujosos almohadones de terciopelo, los menos ricos á la zaga en otros más modestos pero igualmente cómodos, y los pobres en la extremidad, donde ni oyen la palabra de Dios ni ven las ceremonias del culto, puestos además sobre el duro suelo á modo de desheredados. Al contrario, la más rigorosa fraternidad y el más completo olvido de las distinciones sociales se observan en nuestros templos. El mendigo más harapiento entra y se coloca en el centro de la iglesia ó parte que mejor le acomoda, y tiene en su derredor á las más altas señoras, ni más ni menos que estas suelen con frecuencia oir la misa entre turba de diversas clases y estados, sin que tan visible mezcolanza les parezca siquiera objeto digno de parar en él la atencion.

Con grande acierto imaginó Cervantes en la escena de los cabreros poner en boca del amo, viendo en pié á su escudero: «Quiero que aquí á mi lado y en compañía de esta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere.» Este es uno de los rasgos felicísimos del admirable pintor de nuestro carácter y costumbres. Ese es el noble y el señor en España; porque en aquellos países de pocas necesidades y privilegiado suelo en que más visible se muestra el poder de Dios en la abundancia de sus dones y en las bellezas del suelo, que no el poder del hombre como sucede en climas rigorosos y suelos ingratos, las artes de la sociedad no imperan tanto que lleguen á hacer olvidar las leyes y el órden de la naturaleza, introduciendo distinciones en los que son iguales. El ejercicio de la agricultura predispone á esta sencillez de trato. Los hombres se acostumbran á ver que la suma principal de sus bienes no procede de éste ó de aquel poderoso, sino que altos y bajos tienen que agradecerla á la tierra y á las cosechas que su Criador les envia, y que por más poder que un noble tenga, no es poderoso á cambiar los vientos, traer las lluvias, ni mudar las estaciones; sino que como el más humilde ha de esperar lo que Dios quiere que sea el año, abundante ó escaso, malo ó bueno. Las cortas necesidades que el pobre tiene, por hallar fácil abrigo, techo y alimento, gracias á la bondad del clima y próvidos terrenos, le hacen más independiente, libre y altanero, pudiendo pasarse sin la proteccion del rico, que de ordinario se compra á costa de la dignidad del hombre.

A estas causas naturales se juntan otras particulares de nuestra historia, pues al paso que en casi todos los países las vicisitudes de la fortuna les ha hecho reunir en su seno conquistadores y conquistados, señores y esclavos, en España, gracias al sentimiento de libertad é independencia que nos unió estrechamente para expulsar á los árabes dominadores, quedaron todos como igualados en la empresa y en el nombre

de defensores de la nacion; habiendo todos contribuido con todo su poder á esta obra gigantesca, y quedando con iguales derechos como iguales fueron en los deberes: de modo, que todos son caballeros, todos son *pares*, puesto que todos pelearon; y de aquí vino el poseer el pueblo español sus fueros y haber sido el más libre de los pueblos del universo, pues siempre se dió sus leyes y no obedeció ni se consideró obligado á cosa alguna en que no hubiese préviamente consentido.

Por esto, la caridad, virtud por excelencia, virtud del cristianismo y que con él y su doctrina de amor y fraternidad entre los hombres, fué predicada fervorosamente por Jesus y sus apóstoles, en pocos terrenos se ha aclimatado y germinado con espíritu y sello más verdaderamente cristiano que entre los españoles. Tan es así, que por efecto de las preocupaciones políticas y del predominio que el clero ejerció en los pasados siglos, concentrando las órdenes religiosas una inmensa riqueza y reduciendo á corto número las profesiones y carreras lucrativas, de modo que era expresion comun que no habia más que tres caminos: servir á Dios en sus templos, ó al rey en su casa, ó navegar ejercitando el tráfico de mercancías, puede decirse que la mitad de los españoles vivian de las mercedes ó las limosnas de la otra mitad.

El pobre ha tenido siempre patria en España, y padre y madre en los españoles. Multitud de prácticas se conservan aun en nuestro suelo, como testimonio de que en el pobre han visto siempre la imágen de Jesucristo; pues siempre era digno de respeto y en todas partes estaba el necesitado, como para recordar á los hombres al que no tuvo donde reclinar la cabeza, no curándose nadie de si eran verdaderos indigentes ó truhanes y perezosos que, fingiendo llagas, manquedad, ceguera ú otro accidente calamitoso, explotaban la compasion pública. En las puertas de los templos eran tolerados y aun puestos exprofeso como lugar más á propósito para el ejercicio de la caridad. En todas las casas y á toda hora tenian fácil acceso invocando los nombres de Dios y de hermano, por alto que fuese el dueño de ella. En los conventos se daba mesa á todos los que acudian hambrientos y sedientos, y hospitalidad á los peregrinos, correspondiendo como buenos administradores de las riquezas que la fé ponia en sus manos. Aquellas eran tales, que á principios de este siglo, de once mil casas que se contaban en Sevilla, tercera capital de España, nueve mil pertenecian al cabildo de la catedral y á las comunidades religiosas. Esto produjo la despoblacion en cambio, y la consiguiente disminucion del comercio y de las ocupaciones é industrias que á su sombra se fomentan y desarrollan. Aun se observa, viajando por diversas partes de España, la falta de cultivo de gran porcion de su territorio. En algunas, los grandes propietarios han vivido como el leon en el desierto. Solo se veia de distancia en distancia el rústico caserío de un cortijo, mejor acondicionado para las bestias que para los hombres. En otras, se pasaban leguas sin ver más que llanuras en donde pastaban

caballos sin signo alguno que indicase estar sujetos al yugo del hombre. Recordaba esta perspectiva la primera edad del mundo, en que los animales, independientes del hombre, se dividian el imperio del globo. La hidalguía característica de nuestra raza, desdeñaba por otra parte ciertas profesiones que juzgaba degradantes. La igualdad que predominaba en nuestras relaciones sociales, las ideas cristianas que condenan la ambicion de riquezas, y esa especie de fé en el *hado,* ó digamos *en la buena ventura,* que es casi general todavía entre nosotros, hacia que disminuyesen los estímulos de la actividad. *Dios dará,* es una expresion sacramental en España, por la que se manifiesta, que la fortuna puede venir sin necesidad de grande esfuerzo ni energía de trabajo. Multitud de refranes, que son la filosofía del pueblo, dan á entender que nuestros abuelos no se inquietaban mucho por la adquisicion de riquezas; que con ellas y sin ellas vivian los hombres igualmente felices, y que viniendo de Dios todo bien y toda felicidad, pensamiento, obras y palabras debian ser encaminadas á su honra y culto.

Los que por primera vez visitan nuestra Península, y especialmente nuestras comarcas del interior, no pueden menos de notar todavía el gran número de los que imploran la caridad pública en los caminos y carreteras, y cierto que si no fuese tanta la caridad de los españoles, que basta á mantener tan grande número de mendigos, no hallarian éstos ventaja alguna en la costumbre de pordiosear.

Y á más de esto, se ven los verdaderos rasgos del pueblo cristiano en las obras más que en las palabras, en la abnegacion é interés con que son socorridos los enfermos é impedidos, los pobres vergonzantes y demas desgraciados á quienes es intolerable la vida del pordiosero. Los actos de caridad que en secreto y privadamente se ejercitan por las más elevadas personas, denotan bien este espíritu de fraternidad y de amor de nuestro pueblo; porque se ve á la dama aristocrática, jóven y delicada, penetrar en el miserable cuchitril de la viuda y del padre de familias enfermo, llevándoles con su presencia y sus palabras de amor el consuelo que no logran todos los recursos de la moderna beneficencia ó filantropía. Porque no consiste la caridad en desprenderse de ciertas sumas, aunque sean crecidas, para que se construyan asilos y hospitales para el desvalido y el enfermo. Esta virtud, hoy tan á la moda en otros países, tendrá manos muy liberales, manos tan espléndidas y pródigas como las de Peabody, que de una sola vez asombró á la Europa donando en vida quince millones de reales para los pobres de Lóndres; pero es virtud sin piés ni corazon, virtud amiga de la publicidad y del encomio y el ruido de la prensa. Con estas dádivas y suscriciones no se ejercita la verdadera caridad, aunque son dignas de elogio; y por ellas, socorridos los pobres, solo se adquiere el derecho de alejar de la vista los andrajos del mendigo, y del oido los ecos del desgraciado.

Todo esto demuestra, cuán infundado es el juicio de los que de las cosas de España

han escrito, pensando que la religion de los españoles es demasiado material, y que se da grande importancia al culto y aparatos externos.

II.

LO PASADO Y LO PRESENTE.

Dada esta general idea del carácter y rasgos distintivos del pueblo español, vamos á tratar de algunas costumbres que le son peculiares, y que tienen un grado de originalidad y belleza inimitables, porque seguramente no han sido ni pueden ser copiadas por ningun otro pueblo, y nos concretarémos á estas más notables y características por dos razones: la una, atendiendo á la índole de esta publicacion y al corto espacio que á cada país podemos consagrar, relativamente al que fuera necesario para hablar de sus costumbres, de sus monumentos y bellezas: la otra, el hallarse éstas descritas, en general, en obras diseminadas, y particular y detalladamente, en algunas que á esto se consagran.

Demas de esto, escribir de costumbres españolas en este siglo y en los años que corremos, parece impropio, porque la verdad es, que por voz comun de propios y extraños, la España de 1864 es otra muy distinta de la de nuestros abuelos; y claro es, que esta modificacion, donde más largamente se ha operado, es en las costumbres, que son las que constituyen la fisonomía de un pueblo. Obras se han escrito expresamente para notar esta variacion tan extraordinaria de ayer á hoy. Por do quiera se oye decir: «España resucita; España despierta de su letargo; se levanta y comienza á caminar con las demas naciones civilizadas en la gran via del progreso.» Por natural consecuencia de este alistamiento en tales filas, España viste, digámoslo así, nuevo uniforme y toma del contacto, compañía y comunicacion con sus hermanas las demas naciones el aire y continente que es comun á todas, y pierde al mismo tiempo el que era peculiar, propio suyo.

En efecto, todo se va adulterando, todo se va *desespañolizando* y perdiendo su sello propio por el que le imprimen otras naciones, que más se adelantaron en esta época moderna, porque los pueblos en el mundo civilizado, á modo que en una

congregacion, van turnando en la preeminencia, y unos que ayer fueron tributarios y dependientes, son hoy señores que reciben tributo y homenaje; al paso que los que ayer caminaban á la cabeza siguen la senda señalada por otros. España tuvo su época de dominacion, preeminencia é influjo sobre los demas pueblos á muy justo título, porque en todo sobresalió su ingenio y en todo tuvo la iniciativa. Despues se durmió en sus laureles, y otros pueblos, que estaban aletargados, despertaron y fueron tomando fuerzas y desarrollo. Y como en la humanidad no hay punto de reposo, y las leyes, las costumbres, los usos, los conocimientos, el lenguaje y todas las cosas se renuevan, adelantan y se perfeccionan, aquellos países que con más energía se mezclan en este movimiento, llegan á dirigirlo y á imprimirle el sello de su ingenio. Tres naciones de Europa han sido en los modernos tiempos como los guias de la nueva civilizacion, repartiéndose el trabajo y descollando cada una en distinta esfera. La Inglaterra en su papel de apóstol de la libertad y excelente operaria de la industria y el comercio. La Alemania en el cultivo de las ciencias y de las letras. La Francia, que extendiendo el círculo de su actividad, penetra en todas las sendas con igual empuje, y más que iniciadora, sirve para asimilárselo todo y devolverlo al mundo civilizado con pasaporte de circulacion universal, y al alcance de todos.

La España, más que otras naciones, por su vecindad con la Francia y su afinidad de raza con su raza, ha sentido este influjo y tomado de ella lo que en otros tiempos dió de sí, gracias á su poderosa originalidad. De modo que sobre el fondo y contornos de español, se va formando en nuestro país una corteza gala, que nos representa á guisa de apéndice ó añadidura del vecino imperio. Las instituciones y leyes están copiadas y calcadas sobre las suyas, como dibujante que pasa una figura al trasluz de un papel transparente. En la literatura no copiamos á manos llenas, que esto supone trabajo en el copiante, sino que trasladamos aquende todo lo de allende vestido y calzado y tal como lo encontramos, abdicando nuestra magestad y dignidad, y mostrando que tenemos que vivir de limosna y de prestado. Nuestros usos y costumbres en la alta y en la media clase son franceses por todos cuatro costados, empezando por el lenguaje y concluyendo por el más mínimo detalle de la vida doméstica y del trato social. En tal estado, con hacer la pintura de las costumbres francesas, habríamos hecho la de las españolas, ó mejor dicho, pintando un cuadro de la nacion vecina, hallaríamos el de la nuestra en el revés del tapiz, porque lo que ha sucedido es que las copias son malas ó que copiamos lo peor.

Nada más lógico que todas las naciones civilizadas, que marchan en la via del progreso, tengan por medio de las rápidas y frecuentes comunicaciones ciertos rasgos comunes, cierta uniformidad de fisonomía, que procede de la adopcion de aquellos usos y costumbres considerados por buenos ó modificados por el adelanto en la

experiencia y los conocimientos del siglo. Llegará tal vez el dia en que todas las naciones se parezcan como hermanas gemelas en su manera de vivir y de ser, consecuencia inevitable de su parecido en la manera de pensar; pero á la formacion de este tipo comun habrán contribuido todas ellas, cada cual en su medida y proporcion, de modo que cada una pueda decir con razon: «Esto es tambien obra mia, en ella he tenido yo mi parte;» pero segun vamos, corremos peligro de que todo se haga por otras y que todo sea recibir y aprovechar por nuestra parte, sin dar nada en cambio, siendo una de nuestras cualidades una prodigiosa inventiva y energía creadora.

Por eso al hablar de costumbres en nuestro país, deberíamos huir de la córte y de las grandes capitales, en donde se han perdido, confundido ó modificado, y buscarlas en los pueblos del interior de la Península, donde no ha llegado todavía el viento de los Pirineos, y en donde un extranjero es aun objeto de curiosidad, siquiera proceda de cualquier region distante de la misma España, pues para que sean tales y características, se necesita que los hombres hayan vivido largo tiempo bajo el influjo de unos mismos principios, ideas, creencias ó preocupaciones, sin mezcla ni contacto con otros, á fin de que se manifieste espontáneamente su génio y su carácter.

Aun despues que esta comunicacion se establece hay resistencia y oposicion á modificarlas, porque á nada se apega más el hombre que á las costumbres, que son una especie de segunda naturaleza obra de sus manos. España fué muy apegada á las suyas, y solo comenzó á ceder cuando la inteligencia habia comenzado ya á admitir otras nuevas ideas, y á perder la antigua fé de sus abuelos. Si el cambio debe ser objeto de aplauso ó de descontento, no nos toca decidir ahora; pero es lo cierto, que el período de transformacion y por consiguiente de interinidad, es doloroso y detestable. Hay en nuestra Península á manera de dos naciones diversas que viven juntas y mezcladas y en guerra los antiguos usos con los nuevos, no desprendidos ni olvidados los de nuestros padres, ni admitidos por completo los que la nueva generacion adopta. Hay quien llora los pasados, quien ensalza los presentes, quien vive un siglo más atrás, quien vive un siglo más adelante del nivel ó punto en que ha de venir á fijarse el fiel de la balanza; y como no podia menos de suceder, la cuestion se plantea insensiblemente en su verdadero terreno, que es de las creencias religiosas. Nosotros nos limitarémos á observar, que en materia de preocupaciones ni hemos atrasado ni adelantado; porque el lugar que ocupaban las que se destierran y derrumban, segun la frase corriente, «ante la piqueta de la llamada civilizacion,» se llena por otras de nuevo cuño, pues las preocupaciones son la piel de la infancia que más tardíamente sueltan las naciones. A juzgar por la exterioridad, no deben lamentarse mucho los que creen que del espíritu revolucionario é impío se va impregnando la atmósfera española, lo que quiere decir que el pueblo, particularmente en sus prácticas religiosas,

continúa con el mismo fervor que en los pasados tiempos, ó quizás con más entusiasmo; porque antes no se conocian las sociedades religiosas, tan extendidas en España, con los títulos de *La madre del amor hermoso*, *La córte de María*, y otras, ni el lujo y frecuencia de solemnidades que hoy se admiran, aunque tenga algo censurable la introduccion de la música profana en el templo, en donde se oyen cantos y pasajes dramáticos de la ópera italiana, letanías á lo Hernani, salves á lo Rigoletto, y canturias llenas de adornos y trémolos, en vez de la severa austeridad y magestuoso estilo del canto Gregoniano; pues, en efecto, quien quiera que asista á algunas de estas funciones semi-mundanas, se admirará de esta extraordinaria costumbre hoy introducida, y que en su desenfreno llega hasta hacer resonar los ecos de las danzas más profanas en el templo de Dios.

El arte, que no cuenta para nada al vulgo, que no vive de sus mercedes, y que gira en otra esfera más elevada, pudiera ser un argumento temeroso contra los adoradores de las costumbres y fé pasadas. El arte en España se secularizó completamente. Ya no se pintan aquellos cuadros con que abasteció la escuela española templos y casas, representando objetos capaces de mantener y avivar la fé y la piedad de los cristianos, como escenas de martirios, vidas de santos, anacoretas en penitencia, visiones celestiales, tránsitos y apoteosis. En su lugar se representan pasajes de la historia profana, ceremonias cívicas, espectáculos puramente mundanos.

En la educacion se ha verificado igual cambio. La del siglo anterior y aun principios del presente era tan opuesta á la que hoy tenemos, que parece obra de otra clase de hombres ó hecha para otra clase de séres. La educacion no há muchos años tenia una anchísima base religiosa, y tanto, que todo se volvia base y en vano se buscaba la cúspide. Parecia que los españoles todos estaban destinados á la carrera de la Iglesia. Hasta los juegos de los niños, los paseos y las distracciones participaban de este carácter religioso. Los jóvenes se criaban en las iglesias, ayudando misas, tocando las campanas y vistiendo el roquete, la sobrepelliz y la dalmática. Sus juegos eran componer un altar y remedar los cantos y ceremonias de los templos. Sus paseos y distracciones cuando jóvenes, y adultos, visitar los templos y rezar el jubileo. Si salian á la calle y encontraban un sacerdote, luego le dejaban la acera, se descubrian y le besaban la mano. En la mesa no se sentaban sin decir una oracion, ni se levantaban sin dar gracias á Dios, que les habia dado el pan sin merecerlo. En las cartas no ponian la primera letra sin haber figurado sobre el papel una cruz. Su nombre no lo pronunciaban sin añadir que eran siervos ó servidores de Dios. Si hablaban de una calamidad, introducian un paréntesis rogando al cielo les librase de ella. Nada proyectaban sin añadir: «si Dios quiere, Dios mediante,» ó cosa parecida. Por ninguna iglesia pasaban sin descubrirse, ni nombraban difunto sin decir luego: «Dios lo haya

perdonado, que en descanso esté, ó que santa gloria haya;» y hasta era costumbre saludarse á voz en grito por las mañanas los que se encontraban, diciendo: «Alabado sea Dios,» y poner en los sobres de las cartas: «Dios guarde á D. Fulano de tal en tal parte.» Todavía en los caminos conservan las gentes del campo la costumbre, cuando se encuentran, de saludarse aunque no se conozcan, con las palabras de: «Dios os guarde.» Aun se ve en algunas capitales, como en Sevilla, pararse las familias en los paseos ó en las calles al toque de oracion y de ánimas, descubrirse, y rezar en alta voz las plegarias. Finalmente, estas y otras costumbres, casi de ayer, van desapareciendo y confundiéndose y modificándose por otras más profanas y seculares. Baste decir, que en el lenguaje se habian llegado á formar hasta treinta y siete ó más desinencias ó terminaciones sobre la raiz *frayle*, ya hoy inútiles; lo que prueba el influjo de las creencias religiosas y el hábito de comunicacion con los que las mantenian y representaban en su ministerio. Muchos entusiastas del génio ibero con sus bellezas y vicios, con sus lunares y virtudes, se quejan amargamente al ver esta transformacion que se va verificando, y que trasciende á todos los más mínimos hábitos y costumbres de la antigua sociedad española. Y ciertamente no sin razon. Se lamentan de ver que van concluyendo los encantos y poesía resultantes de tanta muchedumbre de rasgos espontáneos y peculiares suyos, de usos propiamente originales, de costumbres de todo en todo españolas. En una palabra, echan de menos lo que podria llamarse el paisaje y colorido social, indígena, que comprende toda la variedad infinita de creaciones y formas con que se manifiesta el ingenio en la vida y trato social y doméstico, público y privado, como son los trajes, las maneras, los espectáculos, las ceremonias, el movimiento, en fin, característico del pueblo, en que va marcado el sello de su índole y disposicion artística y figurativa. El pueblo español era en ello inimitable, y de una invencion y gusto prodigiosos. Testigos sus peregrinas usanzas en los galanteos y relaciones amorosas; el vistoso y noble corte de sus hábitos religiosos y militares; el muy celebrado de las clases populares; sus palacios y viviendas; sus monasterios y santuarios; las ventas y posadas en los caminos; su olla clásica ó podrida; sus fiestas de toros, sus bailes nacionales, sus canciones populares, sus romances, seductores por su gracia y ligereza, sus procesiones religiosas, sus regocijos campestres, y todos los adminículos, utensilios, instrumentos y accesorios inventados por su industria ó caracterizados por su inventiva para todos los usos de la vida. Todo es original, todo tiene impreso un sello á la española, y con decir á la española, dicho se está que es artístico y notable por su forma peculiar.

El artista, ya fuese poeta, pintor ó escultor, tenia en los pasados tiempos en España ancho campo para la actividad de su génio, porque do quiera que tendia la vista percibia tantas bellezas y situaciones y escenas y cuadros verdaderamente artís-

ticos en la naturaleza animada como en la inanimada. Todo era poético, personajes y decoraciones. El caballero con su traje, su espada, sus galanteos y lances contínuos; la dama con su manto, acompañada del escudero provisto de linterna; el retablo, la imágen ó la cruz que adornaban las calles; el misterio y encerramiento de los vecinos dentro de sus casas, amuralladas con portones; los hábitos talares de los frailes, variados en color y hechura; las músicas ó serenatas al pié de las rejas, bañadas con la clara luz de la luna; el ciego cantando los romances de los hechos famosos de Bernardo del Carpio y del Cid, ó los amores de Gerineldo y del moro Zaide; el pobre puesto en la esquina, mostrando la llaga falsa; el alguacil con su varilla y chambergo; el magistrado con su larga pelucona; el médico y el sangrador en sus rocinantes, todo, en fin, era característico, animado, variado, propio para formar excelentes cuadros y escenas pintorescas. Hoy el poeta apenas puede pintar costumbres, porque no las hay, y su pincel lucha contra la fealdad de los trajes modernos desprovistos de toda gracia. ¿En qué lienzo pueden caer bien esos trajes del dia, ceñidos, ridículos y feos, que no parece sino estar hechos por algun enemigo de la salud y de la dignidad del hombre? Toda la idea y traza de ellos es ocultar la belleza de los contornos, sin ofrecer en cambio la de los pliegues, severa y magestuosa, haciendo tan repugnante la figura humana como el espíritu prosáico á que se debe esta invencion.

Y va ganando terreno tan á la ligera, que hasta las mismas clases que antes se distinguian por su graciosa manera de vestir, en las diferentes provincias de España, casi han olvidado sus trajes variados y caprichosos, y vestido el moderno, monótono, frio y anti-artístico; y juntamente con los trajes han adoptado otras costumbres. En Andalucía, celebrada siempre por la originalidad del pueblo y sus seductores trajes, donde no há muchos años se veian hasta los nobles, vestidos á la andaluza en los paseos y casinos, apenas se ve este traje ni aun en las gentes del pueblo, que han adoptado el gaban por la chaqueta de majo, y el húngaro por el calañés. Los toreros mismos, que eran el *finibusterre* del gusto y la propiedad clásica en el vestir, visten hoy á la francesa; y en vez de sus reuniones y fiestas en las tabernas, concurren á los *Suizos* de todas las capitales, y en lugar de presentarse en la plaza en la española calesa, con su mayoral puesto en vara, marsellés al hombro, pañuelo de colores en la cabeza y calañés terciado, van en *birlochos* ó *victorias*, con cochero muy vestido de librea, ni más ni menos que diplomáticos en besamanos ó damas en Atocha. Las jóvenes del pueblo que antes vestian á la andaluza con enagua corta, zapato encintado, delantal de colores, y la famosa y muy elogiada mantilla de tira, prendida de la castaña ó moña de cabellos cuajada de más flores que un jardin, van ahora con vestidos de cola, *crinolina* y manton, y peinadas al uso nuevo como si acabaran



España — La [illegible]

ticas en la [illegible] Todo era poético, personajes y decoraciones. [illegible] galanteos y lances contínuos; la dama [illegible] provisto de linterna; el retablo, la imágen [illegible] encerramiento de los vecinos [illegible] los hábitos talares de los frailes, [illegible] al pie de las rejas, bañadas con la [illegible] de los hechos famosos de [illegible] y del moro Zaide; el pobre [illegible] varilla y chambergo; [illegible] en sus rocinantes, [illegible] para formar excelentes [illegible] pintar costumbres, porque [illegible] trajes modernos desprovistos [illegible] del dia, ceñidos, ridículos [illegible] de la salud y de la [illegible] ocultar la belleza de los [illegible] y magestuosa, haciendo [illegible] á que se debe esta invencion.

Y va ganando [illegible] las mismas clases que antes se distinguian por [illegible] las diferentes provincias de España, casi han olvidado [illegible] y vestido el moderno, monótono, frio y anti-artístico, y [illegible] han adoptado otras costumbres. En Andalucía, celebrada [illegible] del pueblo y sus seductores trajes, donde no ha muchos años [illegible] á la andaluza en los paseos y casinos, apenas [illegible] pueblo, que han adoptado el gaban [illegible] Los toreros mismos, que [illegible] en el vestir, visten hoy á la francesa, y [illegible] tabernas, concurren á los [illegible] la plaza en la española [illegible] pañuelo de colores en la cabeza [illegible] con cochero muy vestido de librea, [illegible] ó damas en Atocha. Las jóvenes [illegible] con enagua corta, zapato [illegible] mantilla de tira, prendida de la [illegible] flores que un jardin, van ahora con vestidos de cola, [illegible] y peinadas al uso nuevo como si acabaran



Drawn by W. Perring. Engraved by F.C. Lewis.

España — La carta interceptada.

de pasar los Pirineos, y quién sabe si, al paso que va la transformacion de nuestros usos y costumbres, verémos á las hijas de las antiguas majas con sombrero y velo á la anglo-francesa, y á los majos con *redingote*.

Todo esto será muy bueno y se llamará *irse civilizando;* pero los que bien quieran á su patria nunca lo podrán llevar con paciencia. Múdense los hábitos y costumbres, los trajes y maneras; pero mudémoslos nosotros mismos, y no seamos tan serviles imitadores hasta de las ridiculeces transpirenáicas.

III.

TIPOS POPULARES.

Tan fecundo, tan original, tan creador ha sido el pueblo español y tan eminentemente artista en la delineacion de caractéres típicos en todas las clases, profesiones y esferas de accion, que no hay pueblo que pueda presentar mayor número de tipos populares dignos de atencion y verdaderamente clásicos: de manera que se puede decir que el español, cualquiera que fuese el papel que le tocase representar en sociedad, alto ó bajo, humilde ó elevado, sabia caracterizarlo y ponerlo de relieve á las mil maravillas.

Pongamos por ejemplo un tipo celebérrimo, popular, en donde se ve este arte de los españoles elevado á la quinta esencia, y que ha hecho más ruido en el mundo civilizado que Pizarro en las Indias, como dice el vulgo. ¿Quién no ha oido hablar de Fígaro? ¿Quién al escuchar este nombre no asocia á él una série de sensaciones placenteras y lo juzga como la síntesis de la viveza, travesura ingeniosa, movimiento incansable, gracia, chiste, buen humor y charla sempiterna? Fígaro es un nombre á manera de talisman que ejerce la virtud de quitar pesares y melancolías, y en resumidas cuentas, Fígaro es un simple barbero; pero es barbero español y de Sevilla por añadidura, y decir barbero en España produce el efecto que produciria en otros tiempos el nombre del dios alegre. Y no hay duda que entre todos los tipos populares de nuestro suelo, este es el que más ha descollado, y lo que es más y

sirve de prueba de su bondad y mérito, que ha sido el favorito, el predilecto, el niño mimado de los grandes génios, así de los propios como de los agenos.

Que la profesion de barbero es antiquísima, nadie podrá negarlo. Entre los personajes mitológicos se hace mencion de un barbero, que lo fué del rey Midas; pero en ninguna parte del mundo ha llegado á ser tan visible, tan notable y caracterizado como en nuestra Península: de suerte que siendo la profesion, como tal, idéntica en todas partes, no se puede achacar á otra causa esta buena fama y nombradía, sino á la virtud de nuestro ingenio que todo lo sabe embellecer y elevar con su exhuberancia de inventiva y de gracia natural. En efecto, se necesita un clima como el de nuestra Península, una raza como la española y una imaginacion como la meridional para salir de las cuatro paredes de una oficina barberil, compuesta de media docena de sillas, otras tantas bacías de ajófar é igual número de navajas, un jabon, un cuero y una piedra de afilar, que son el ajuar del barbero, á hacer ruido por esos mundos con buena fama. En las demas naciones se ignorará tal vez lo que son los españoles en su vida y trato particular y sus hábitos y usos y costumbres; pero no habrá una medianamente civilizada que no tenga idea del barbero y no conozca su fisonomía y carácter, gracias á haber hecho su pintura grandes poetas y novelistas y haberle dado pasaporte universal el gran Rossini, que le ha hecho recorrer incesantemente el mundo ilustrado con todos sus perfiles y contornos donde más largamente se contienen.

Razon es, pues, que en una obra de la índole de la presente, en que se han de poner de manifiesto caractéres, usos y costumbres, echemos una ojeada sobre este tipo nacional, exclusivamente español, y que por decirlo así, es el genuino representante hoy de lo festivo y cómico, de lo entremetido y vivaz, de lo picaresco y travieso.

A decir verdad, el carácter original y primario, los lineamentos principales, nos los dió Cervantes en el magnífico boceto hecho con cuatro pinceladas del famoso Maese Nicolás, compadre de Quijano el Bueno. Allí no se le pinta, pero se le ve al trasluz y tan magnificado como en los cuadros de Beaumarchais. La importancia se percibe tan luego como se le ve en todas partes menos en la barbería, de modo que hay dos aspectos en este personaje. Uno, como oficial, dentro de su establecimiento, en su teatro propio, donde le dibujó en miniatura el festivo Quevedo, dado á pasacalles, con el tablero de damas sobre las rodillas y la vihuela en las manos. Otro, como resulta de esta misma profesion, y en su verdadera importancia y representacion del génio especial del gremio. Cervantes le figura relacionado y acompadrado entre la flor y nata de la villa, parte integrante de la buena plática y familiar compañía del hidalgo, ingenioso, burlador, leido, amigo de la broma aunque siempre bien

intencionado. El barbero es el maleante y zumbador de buen género, que á no estar Sancho para representar al pueblo con su sencillez y malicia, su ambicion y desprendimiento, su discrecion y extravío, el barbero fuera su estampa y el único retrato de su faz risueña. Andando los tiempos, Fígaro, que es con respecto al barbero lo que D. Juan con respecto al galanteador, lo que Lisardo en el gremio estudiantil y lo que Sancho para el pueblo en general, toma la tintura de este en manos de Beaumarchais que tambien le saca de sus casillas y le hace pasar por todas las categorías y profesiones hasta la de periodista y secretario de legacion. Véase, pues, lo que es el barbero: un *Petrus in cunctis*, un *fac-totum*, un nuevo buscador de aventuras en el centro de las ciudades, como el escudero las buscaba en los despoblados. Es el pueblo español, mejorado en tercio y quinto por el influjo de la civilizacion, pero igualmente aventurado, inquieto, desapenado, soñador de ideales, acomodado á todo, capaz de todo, contento siempre, amigo de la farándula y de echar una cana al aire, aficionado á echarse en brazos de la fortuna y diestro en sacar partido de todo por mal que corran los vientos.

El barbero es tambien una especie de precursor de la gacetilla periodística y del gacetillero por consiguiente. Por espacio de siglos estuvo sirviendo de este menester en todo su barrio y parroquia, sin más diferencia que ser la gacetilla viva, en vez de la gacetilla muerta que hoy se usa; de ser oral, en vez de ser escrita. La barbería era antes una especie de redaccion, en donde los parroquianos noticieros se desahogaban contando lo suyo y lo ageno, cada cual con el aire y gracia que Dios le habia dado, pero que luego se fundian nuevamente estas especies en la fragua del caletre barberil y salian flamantes y perfiladas y llenas de donaire y gracejo, para servirlas como sabroso manjar á los caballeros, nobles y gentes de alta guisa, durante la penosa operacion de las barbas que hacia gustosa y llevadera el ingenio del rapista.

Hé aquí una prueba evidente de lo que antes hemos observado acerca de la igualdad social, y amalgama y fraternidad entre los diversos estados y condiciones. El barbero es tratado con la misma confianza y franqueza por el hidalgo que por el menestral, del mismo modo que en el ejercicio de su profesion á todos los nivela y es en su trato tan liso y llano como en hacerles la barba. En los lugares, villas y aldeas el barbero forma parte de la plana mayor con el cura, el médico, el boticario, el maestro de escuela, el fiel de fechos, el alcalde y el sacristan, y es quizás su voto de mayor peso entre ellos. En las ciudades, ningun establecimiento excede al suyo en punto á la calidad y distincion de los que los frecuentan: y así no era ni aun es raro ver en la oficina barberil al canónigo, al letrado, al labrador rico, al militar, al empleado, al artista, al industrial en grande escala, al poeta y al estudiante, mientras Maese cuenta entre sus parroquianos á domicilio, magistrados civiles, condes, duques,

marqueses y aun príncipes en su cuadruple carácter de sangrador examinado, sacamuelas, barbero y peluquero-perfumista.

¿Y si por ventura es un barbero de cualidad? Esto es, nacido y hecho por naturaleza, cual se requiere para el desempeño de la profesion, con algunos conocimientos de latin, de música y baile, ardiente de fantasía, vivo de génio, hablador, curioso en su persona y amable en su trato? *¡Che bel vivere, che bel piacere!* dice acertadamente Fígaro, porque todos acuden á él en razon de hallarse en él lo que está repartido en todos. Tiene del caballero el ser galanteador: no hay dama de coturno ni moza de buenos cabos que no halle un requiebro salido de los labios del barbero tan naturalmente como el sonido de la boca de un instrumento. Tiene del galanteador el ser poeta, porque, ¿qué barbero en España no se ha dado un verde de lectura de romances y comedias famosas, y no sabe componer unas décimas como llovidas ó un soneto como pintado? Del poeta tiene el ser músico y músico extremado. Parece que este arte nació para los barberos, ó que ellos lo engendraron, y la vihuela ni más ni menos. Para saber si este personaje es legítimo representante de nuestro pueblo, basta ver que no hay barbero que no maneje la guitarra hasta hacerla hablar; y la guitarra es el instrumento músico español por excelencia, y uno de los pasatiempos barberiles más clásicos y connaturales al barbero, como si tuvieran algo que ver las barbas con los trastes y las cejuelas. Del músico tiene el llevar los cascos á la gineta y tener más de dos granos de locura, porque no hay fiesta, boda, bautismo, rondalla ni sarao donde él no se halle llevando la prima en la vihuela y en la animacion de la fiesta. Por esto pintó Quevedo al rapista con ella en las manos, y para darle tormento el diablo, le imaginó con un tablero de damas á que es muy aficionado. Y era este otro suplicio de Tántalo, porque tocando un pasacalle y viendo que le llevaban el tablero, acude á él y suelta la vihuela; y en viendo que le llevan la vihuela, suelta las damas y acude á su instrumento, y así pasa el mayor martirio que pudo inventarle Satanás.

Una composicion poética, sin duda alguna de un barbero, pinta perfectamente esta vida alegre, y creemos oportuno trasladarla, tal como ha llegado á nuestras manos.

Dice así:

Barbero soy, déme el cielo
Muchas barbas que pelar,
Una Rosa á quien adore,
Y un laud con que cantar.
No sé lo que son las penas,
Ni entiendo lo que es llorar:
De las barbas á las damas,



Castilla La Nueva

marquesas y sus [illegible] carácter de sangrador examinado, saca-muelas, barbero y peluquero-perfumista.

¿Y si por ventura es un barbero de cualidad? Esto es, nacido y hecho por naturaleza cual se requiere para el desempeño de la profesion, con algunos conocimientos de latin, de música y baile, [illegible], vivo de génio, hablador, curioso en su persona y amable en su [illegible] *[illegible] bel vivere, che bel piacere!* dice acertadamente Fígaro, porque [illegible] á él en razon de hallarse en él lo que está repartido en todos. Tiene del [illegible] el ser galanteador; no hay dama de coturno ni moza de buenos cabos que no halle un requiebro [illegible] de los labios del barbero tan naturalmente como el sonido de la boca de [illegible]. Tiene del galanteador el ser poeta, porque ¿qué barbero en España [illegible] un verde de lectura de romances y comedias famosas, y no [illegible] décimas como llovidas ó un soneto como pintado? Del poeta tiene [illegible] extremado. Parece que este arte nació para los barberos [illegible], y la vihuela ni más ni menos. Para saber si este [illegible] representante de nuestro pueblo, basta ver que no hay [illegible] hasta hacerla hablar; y la guitarra es el [illegible], y uno de los pasatiempos [illegible] como si tuvieran algo que ver [illegible] el llevar los cascos á la [illegible] fiesta, boda, bautismo, rondalla [illegible] en la vihuela y en la animacion [illegible] en las manos, y para darle [illegible] que es muy aficionado. Y [illegible] pasacalle y viendo que le llevaban [illegible] viendo que le llevan la vihuela, [illegible] el mayor martirio que pudo [illegible].

Una [illegible] barbero, pinta perfectamente esta vida [illegible] así como ha llegado á nuestras manos.

Dice así:

[illegible]

[illegible] las damas.



Drawn by W. Perring. Engraved by E. Finden.

Castilla. La Señal.

De las damas á bailar,
De lancetas á pelucas,
Y á rondar y enamorar,
Que en música y en amores
Jamás encontré rival.
Teniendo vihuela en mano,
Y doncella á quien cantar,
Noches claras y serenas
A fé que no faltarán.
 Barbero soy, déme el cielo
Muchas barbas que pelar,
Una hermosa á quien adore,
Y un laud con que cantar.

El predicamento del barbero va disminuyendo con el prosaismo del siglo. Fígaro es una entidad cuyo entero desarrollo y manifestacion solo es concebible en los tiempos que pasaron, en los tiempos de galanteos y músicas en que cada calle era una orquesta y cada ventana una atalaya en donde estaba de espera una Rosina que bebia los vientos por su Lindoro. La escena ha cambiado; el amor ha dejado de nacer, crecer y morir con grande espectáculo y con esos goces de verdadero artista. Ya no son la callada noche, la celosa reja, la casta Lucina, el manso arroyo, ni el apacible lago los testigos y confidentes de los amores. Ya no deja la noble y hermosa dama el blando lecho, y acompañada de sus doncellas, puesto en sus manos el laud, llega á los balcones de sus jardines, y lanza al viento su amoroso canto, esperando ver aparecer en lontananza, ora sobre la cumbre del alzado monte, ora sobre las aguas del tranquilo rio, la anhelada señal de que su amante ha salido salvo de las emboscadas de sus rivales, ó de las fieras del bosque, ó de los salteadores que infestan los campos. Concluyó este aparato escénico y concluyó la intervencion de Fígaro entre bastidores. Cierto que aun se conserva en Andalucía la costumbre de bajar las damas á las rejas, que llama el vulgo *pelar la pava*, y sentadas con garbo en los antepechos, mientras el galan permanece de pié apoyado contra los hierros, pasar hasta que despunta el dia en sabrosas pláticas; pero esta costumbre va pareciendo ya harto exótica en el nuevo órden de cosas introducido por la cultura, y sobre todo ha perdido su barniz poético, que consistia en el peligro, en los riesgos que dama y galan corrian, en el salmorejo de estocadas que lo sazonaban, y en lo apropiado de los trajes del caballero; cuanto más, que hoy no hay amantes músicos que improvisen sus quejas en el lenguaje de los Garcilasos y Riojas, y lo que es más, ni los vecinos ni el Gobernador lo consentirian.

Sin embargo, todavía se conserva en España este tipo originalísimo, y aun todavía

se pudiera escribir de él un libro verdaderamente clásico, tomando por escena la barbería, donde tantos y tan diversos personajes concurren y pasan el tiempo solazándose con chistosos diálogos, cuentos y pláticas en que todo sale á la colada, principalmente la gobernacion del estado, y todo se comenta y pone á juicio y consejo.

IV.

CATALUÑA.

Con harta frecuencia volvemos los ojos hácia lo pasado en busca de originalidad y relieve en las costumbres, de actividad en los hombres, de grandeza en las poblaciones y de movimiento en las ciudades, echando mano de la poesía del recuerdo y procurando hacernos ilusiones acerca del tiempo en que vivimos.

Bueno es, pues, que los dirijamos á lo presente, que tratemos de algo real y positivo, de algo del dia, y que tendamos la mirada sobre aquella parte de nuestro país que nos representa en el movimiento material del siglo, y por la cual podemos considerarnos como uno de tantos operarios en el gran mundo de la industria, tan desarrollado y poderoso en nuestra época, prosáica si se quiere, pero que es un resultado lógico, porque la industria, expresion colectiva de las artes, no es más que la práctica de las ciencias, y por eso los pueblos más adelantados son los más industriosos.

La generalidad de las provincias de España se dedica con más preferencia al cultivo de la tierra, y esta es otra razon para que hablemos de Cataluña, particularmente inclinada á las artes fabriles. Esto dió márgen á un viajero para decir, que saliendo del territorio catalan, parecia que los españoles todos vivian ociosos, no considerando que el ejercicio de la agricultura es más pacífico, menos ruidoso y no menos duro que el de la industria. En cuanto á las costumbres, nada nos dejaria que desear, pues es tal el apego de los catalanes á las de sus mayores, que con razon se dice que son más catalanes, que españoles el resto de España, aun estando tan vecinos de los franceses.

No podremos extendernos á reseñar los interesantes orígenes, desarrollo, vicisitudes, esfuerzos y grados sucesivos por los cuales esta considerable poblacion de la Península ha llegado á adquirir importancia en el mundo comercial, y á ser una de

las más influyentes en la marcha política y económica de la nacion española. Solo diremos, que los catalanes, desde remotos tiempos, fueron emprendedores, celosos de su independencia, valerosos y guerreros como pueblo fronterizo que tenia que resistir agresiones de la Galia vecina, con la cual hizo al fin una especie de convencion y fusion, por donde su orígen podemos denominarlo Celtíbero. En la edad media fueron el terror del Mediterráneo, y compartieron con los italianos el comercio del Oriente. Ya en el siglo XIII aparecia Barcelona en las guias comerciales que formó un mercader florentino, como una de las ciudades comerciales de primera clase. En esta misma época dieron á luz su famoso *Consulado del Mar*, comparable en celebridad á las renombradas leyes Rodias. Mostraron su supremacía en conquistas marítimas, en atrevidas empresas, en el arte de la navegacion, no menos que en las ciencias y en la literatura; y su lenguaje, cultivado en el siglo XII en la romántica córte de los condes de Berenguer, fué entre los dialectos del Sur de Europa el que más contribuyó á levantar la poesía.

Es la lengua catalana una de las más bellas ramas del Provenzal. Semeja más á los dialectos del Sur de Francia que á la lengua española, y por la abreviatura de las voces latinas tiene algun parecido con el Lemosin, que los filólogos encuentran entre sus orígenes. Háblase hoy dia en todo el Principado, y conserva su pureza y gravedad en las poblaciones rurales, y especialmente entre el clero que le mantiene en el vigor antiguo. Para juzgar de la riqueza, flexibilidad, gracia y ternura de este lenguaje que con razon envanece á los catalanes, basta recordar, que en esta hermosa habla está escrito el célebre poema de *Tirante el Blanco*, una de las tres joyas que cuenta la literatura romántica europea, y que ha levantado á tanta altura la fama de su ilustre autor Mossen Joanot Martorell. Cervantes salvó de la pena del fuego á este libro por su mérito y excelencia, y Martorell, Moraes y el autor desconocido en el del *Amadis de Gaula* se dividieron el imperio y el laurel del triunfo en el vasto campo de la literatura caballeresca.

Es hoy voz comun entre todos los viajeros observadores, que Cataluña es el *Lancashire* y Barcelona el *Manchester* de España: comparacion que, hecha por los orgullosos ingleses, cede en mérito de los catalanes, y debe con justicia enorgullecerlos, si es cierto, como no hay duda, que la bondad del clima, la abundancia y fertilidad del suelo son circunstancias que contribuyen á enervar más bien que á estimular la energía de los hombres. Que en el distrito ó condado de Lancaster y en la poblacion de Manchester haya habitantes activos é industriosos, ya lo comprendemos; pero que en Cataluña, con su pintoresco, feraz y bellísimo territorio, lleno de valles y montañas, abundante en rios, con un cielo despejado, atmósfera diáfana y suave temperatura, haya ese espíritu activo, incansable y emprendedor, ese amor al trabajo,

esa prediliccion por el comercio y la industria, que la ha elevado á los ojos de los extraños, nos parece más milagroso y nos prueba concluyentemente las grandes dotes de carácter de sus moradores.

En efecto, considerados en general, son modelo de constancia y perseverancia en todo, así en su amor á sus libertades é independencia, como en la fatiga y en las privaciones. Esta fuerza de voluntad la imprimen en todos sus actos, sus ocupaciones, empresas y aun pasiones. Así se les ve excelentes soldados, diestros marinos, atrevidos exploradores, infatigables comerciantes, constantes en el trabajo, vehementes en el amor, y entusiastas por toda clase de instruccion. Su misma fiereza cuando infinitamente se les agravia y su resolucion de morir antes que ceder en lo que creen justo, muestran esa poderosa fuerza y energía de voluntad á que deben su progreso, siendo tal bajo este aspecto la diferencia que se nota entre esta y otras provincias, que por valernos de una comparacion tangible á los sentidos, parece que en el movimiento actual, Cataluña camina con la velocidad de un tren directo, mientras que el resto de la Península marcha al paso de un tren de mercancías.

Si vamos á indagar la verdadera causa de esta diferencia de adelanto y desarrollo, que imprime á sus poblaciones un sello especial y en consonancia con el que ofrecen las más activas de Europa, ciertamente no la hallarémos en ningun antecedente histórico. En efecto, que su orígen sea Celtíbero, su constitucion física robusta y vigorosa, el lenguaje distinto del de los españoles, sus costumbres diversas y su traje especial, no nos explica la razon de su apego al trabajo industrial, de la extension de sus manufacturas, del movimiento de sus ciudades, de la actividad mercantil que se nota en Cataluña, hasta el punto de igualarla los ingleses con sus principales distritos manufactureros, gozando, como hemos dicho, de un clima envidiable, más templado que el de Nápoles, donde es sabido que la temperatura inclina al *dolce far niente*, y teniendo un suelo que ofrece dos cosechas anuales, tan bien cultivado como el de la provincia más agricultora, pues no por dedicarse á la industria descuidan los catalanes las labores agrícolas, antes al contrario, se ejercitan en ellas y con tanto ahinco, que recordamos el dicho de un extranjero en una reseña de su expedicion por Europa, que en ningun país habia visto que los labradores madrugasen tanto como en Cataluña para poner mano á sus tareas. Todas estas circunstancias parece que debian contribuir á disminuir más bien que á estimular la actividad de sus moradores; pero los catalanes tienen una dote especial, una cualidad reconocida hoy dia como la única y eficacísima virtud, por medio de la cual pueden adelantar los pueblos, y llegar, como llegará Cataluña, al mayor grado de prosperidad y desarrollo.

Esta cualidad es la perseverancia, que supone la confianza en las fuerzas propias.

La experiencia ha demostrado, que el valor, fuerza y prosperidad de un territorio no dependen tanto de la legislacion y las instituciones, cuanto del carácter de sus habitantes. Y efectivamente, los apoyos exteriores pueden y suelen ser, por lo general, más vigorosos que los que provienen de las fuerzas especiales de cada hombre; pero de ningun modo tan efectivos. La constancia y el carácter es el todo, y esta perseverancia y fuerza de voluntad son cualidades características de los catalanes, que ven en el trabajo la fuente de la libertad, de la independencia, de la educacion, y por lo mismo, de la moralidad. Mientras los españoles conservaron por mucho tiempo preocupaciones que los alejaban de infinitas vias y esferas en que ejercitar su actividad, los catalanes las tenian francas y abiertas á su poderosa energía. Mientras en el resto de las provincias los hombres preferian estar ociosos á ocuparse en trabajos que juzgaban mecánicos, los catalanes santificaban todas las profesiones, y consideraban noble toda ocupacion. *Soy menestral honrado*, ha sido siempre el dicho del catalan, considerándose con él más ensalzado, que un noble ocioso con el más ilustre título. Gracias á estos hábitos laboriosos, Cataluña ofrece el ejemplo admirable de estar en penúltimo grado en la escala de la criminalidad, siendo su poblacion tan numerosa. La ociosidad es irresistible tentacion y ocasion de inmoralidad y de crímenes, y entre los catalanes, ni aun la riqueza y el nacimiento son excusas para dejar de cumplir con esta ley impuesta al hombre; y así se ve existente en el Principado la institucion del mayorazgo, sin que produzca los inconvenientes que en otras partes ha producido. La mendicidad casi fué desconocida en esta parte de España. Cuando este feo borron es uno de los toques que generalmente hallamos en las relaciones de los extranjeros que visitan la Península, es satisfactorio leer en las cartas del erudito Baretti, que atravesó la Cataluña á mediados del pasado siglo, las siguientes lisonjeras expresiones: «Las poblaciones son por extremo limpias. Ni montones de inmundicias como en Italia, ni bandadas de mendigos como en la Provenza. *Todos tienen ocupacion,* y el modo de pedir de los muchachos, es salir de los jardines y *ofrecer flores* á los caminantes.»

Pero los ventajosos resultados de la laboriosidad, no son solo en Cataluña la casi extincion de la mendicidad con ayuda de un bien desarrollado sistema de beneficencia, ni la disminucion de los crímenes y de la inmoralidad. Notan algunos que la instruccion primaria debia merecer mayor fomento, y ciertamente los catalanes no descuidan este ramo importantísimo; pero la mayor educacion de los catalanes es el ejemplo, los hechos, el saludable estímulo de la energía individual. Las escuelas son nada en comparacion de esta enseñanza práctica, efectiva, que adquieren los obreros en el taller, en el recreo, en sus hermosos jardines y casinos, ó en el trabajo, en las fábricas y en los establecimientos.

A los que esto han notado, podríase oponer el hecho significativo, de que en Cataluña es donde hay más educacion de raza, más educacion humana, que es la que resulta de la asociacion, de los hábitos laboriosos, de la accion, de la fuerza de carácter. Así se ve que en cualquiera asamblea, los catalanes dan inequívocas muestras de cultivo, y son sociales, aunque pertenezcan á las clases mas humildes. Y esto no se advierte solo en su país, en el porte y fraternidad que les distingue en sus reuniones públicas, en que se puede decir que influye un espíritu de paisanaje y de amor propio, sino en los países extranjeros, en sociedad con personas desconocidas. En las épocas de las dos exposiciones universales de Lóndres, en que tanto se distinguió Cataluña, vimos sus jóvenes obreros con un continente expansivo, desenfadado, como si todo, aun lo más sorprendente, les fuese familiar, como si Inglaterra fuese su propia patria. A ellos se les puede aplicar, lo que Goëthe decia de los ingleses industriosos que habia visto en su país: que la superioridad y el aire confiado que mostraban, dependia de la conciencia de su energía y de su carácter, de la seguridad y confianza en sus propias fuerzas. Innumerable es el catálogo de los grandes mecánicos, ingenieros, inventores y hombres de génio que no conocieron más instruccion que el trabajo, y salieron de los talleres para asombrar al mundo, fiados solo en su perseverancia y fuerza de voluntad, y los catalanes tienen estas dotes en grado eminente. No por esto diremos que no sea ventajoso el estudio, especialmente de las ciencias matemáticas y físicas, á fin de que la industria sea producto de conocimientos propios, y pueda tomar la delantera á los países mas civilizados; porque la série de las invenciones que perfeccionan el trabajo es infinita, existiendo los conocimientos teóricos en imaginaciones tan vivas como la de los catalanes.

Otra de las pruebas inequívocas de este carácter social, de estos hábitos industriosos y disposicion á la disciplina, es la aficion á la música, tan desarrollada entre los catalanes. En ninguna otra provincia de nuestro territorio tiene este arte el fomento que en Cataluña, en donde forma una de las distracciones y pasatiempos más preferidos. La música es por lo comun el recreo que más se adapta á los caractéres activos. Es una especie de compensacion necesaria, y tiene el doble efecto de continuar la actividad sin fatiga y dar reposo sin recaer en la indolencia. Inglaterra, que es uno de los países más activos, es tambien de los más idólatras de la música, y si no ha producido grandes maestros, esto no quita que exceda en aficion á los mismos alemanes é italianos, entre quienes han descollado tantos génios.

El delirio de los catalanes por estos pasatiempos, indica tambien que son morigerados y de excelente índole. Ningun placer es menos peligroso que el que proporciona este arte seductor. Cualquiera otro tiene consecuencias perjudiciales á la energía física y espiritual del hombre, y, una vez fomentado con exceso, incapacita para

el trabajo. Con la música sucede lo contrario. Sobre ser su efecto componer, como dijo Cervantes, el ánimo descompuesto, ni gasta la fuerza ni debilita la energía, que reciben nuevo impulso por un medio misterioso y agradable.

Pero los catalanes no son solo aficionados pasivos á la música y amigos de escuchar ociosos en los teatros y conciertos. Su aficion es por decirlo así, activa, facultativa, práctica. Ellos han formado sociedades corales, sociedades filarmónicas y Orfeones, en tan grande escala y bajo los mismos principios que en Francia, en Inglaterra y en Alemania. El Orfeon catalan es famoso en España. ¿Quién no ha oido hablar de los celebrados coros de Clavé? Esta educacion musical tan extendida, que abraza en su extension un elegante y colosal teatro donde se han visto á los primeros artistas de Europa, la creacion de sociedades, la fabricacion de inmejorables instrumentos, la produccion de excelentes profesores, y la difusion de la música en todas las clases, y su ejecucion en todas partes, en las ciudades como en los pueblos, en las poblaciones como en el campo, en el trabajo como en el recreo, es una ventaja inmensa para los pueblos. A más de suavizar el carácter, constituye el adorno más propio de un pueblo civilizado, facilita el desarrollo de las calidades especiales del hombre, le aparta del pasatiempo improductivo, le disciplina y le acostumbra á la asociacion.

Y ya que de esto hablamos, no queremos pasar en silencio lo que nosotros mismos hemos presenciado y puede servir de ejemplo ilustrativo de lo que antecede. No há mucho que trabajaban en la reparacion del suntuoso monasterio del Escorial quince ó veinte obreros catalanes. Entre este número no habia uno que no supiese la música. Todos juntos formaban un agradable y bien concertado coro. Concluido el trabajo, en vez de ir á la taberna á embriagarse, levantar cuestiones y sostener rencillas, se reunian en una de las celdas del monasterio y pasaban la noche ensayando, cantando ó aprendiendo coros bellísimos, que ejecutaban con la precision y buen efecto que los coristas de la zarzuela. Los domingos, vestidos con los vistosos trajes de su país, se reunian en la espaciosa lonja que rodea el severo monumento de Juan de Herrera, y pasaban la tarde cantando piezas coreadas de notable mérito, con aplauso de las familias forasteras que allí residian, y siendo objeto de extraña curiosidad de parte de los mozos del pueblo, quienes, desde léjos, en grupos, les miraban de soslayo, pareciéndoles que eran hombres de distinta especie y naturaleza, pues tales cosas les veian hacer y á tales honestos y apacibles pasatiempos les veian dedicados: y lo que más les admiraba, era el ver que para toda aquella armonía musical era necesaria otra prévia armonía social y aun fraternal, y que entre todos ellos habia buena correspondencia y amistosas relaciones, cosa que les semejaba como milagro. Nosotros, que más de una vez fuimos testigos de este edificante espectáculo, creemos

que pueblo que tal ejemplo ofrece, está llamado á grandes cosas, y con razon puede mostrarse orgulloso.

Y ¿qué diremos de sus costumbres, de sus reuniones, de su hospitalidad, de su buen ánimo, de sus fiestas, de su disposicion para todo, de su entusiasmo para patrocinar lo que creen útil y provechoso, de su esmero y cuidado en engrandecer sus poblaciones, en aplicar los inventos, en practicar las mejoras, y en procurar ponerse al nivel de los adelantos del siglo en todo lo que juzgan de interés positivo para el bien comun? Sobre esto bien pudiéramos llenar gran número de páginas, y parece increible que sobre el fondo de ingenuidad y de originalidad catalanas, no obstante su veneracion y respeto á sus costumbres y maneras especiales, se note ese tinte á la moderna que forma de Cataluña una verdadera excepcion en el territorio de España. En efecto, es sorprendente para los que visitan este país tan frecuentado por extranjeros, tan cercano á la Francia, tan accesible por el Mediterráneo, ver tanto espíritu provincial combinado con tanto espíritu cosmopolita, y observar que el mismo pueblo donde la especialidad llega hasta el extremo que aun para beber hay un modo de beber á la catalana, conservado desde el tiempo de la dominacion romana, segun se observa en los frescos descubiertos en Herculano, sea el primero en introducir los adelantos de la moderna civilizacion en sus ciudades. Por no cansarnos en citar ejemplos, nos bastará decir, que la primera línea férrea establecida en España, lo fué en Cataluña, desde Barcelona á Mataró.

Las fiestas populares son notables en esta laboriosa provincia, particularmente el carnaval en Barcelona, que es para España lo que el de Roma para Italia, precedido de un dia de festejos juveniles, algo semejante en su fondo á lo que llaman candilejos en Andalucía. La Rambla, que puede rivalizar con el *Corso* de Roma y la Alameda, *Unter den Linden*, de Berlin, parece en el carnaval visitada por el dios alegre con una numerosa comitiva de fieles de Anacreonte, y por Venus con todo su cortejo de amores y de gracias. Las ruedas de Mercurio y de Vulcano acallan en estos dias su estridente ruido, cesan los negocios, y solo voltea por la ciudad el carro de los placeres. Discurren procesiones y cuadrillas por las calles, con músicas y banderas, compitiendo en aparatos fantásticos, en divisas y lemas ingeniosos, y pronunciando arengas tejidas con el hilo del absurdo. Por la noche concurren todos á los teatros, casinos, salones y bailes, donde se ve al pueblo mezclado, los ricos con los pobres, los empresarios con los trabajadores, y las muchachas, tan diestras en el taller como ligeras en la danza, mostrando sus nuevas galas, porque primero faltará el sol, que dejen de llevar su vestido nuevo en Carnestolendas.

Además del entierro del Carnaval, semejante al de la sardina en Madrid, en que todos salen al campo; además de las fiestas de San Juan y San Pedro, en que recor-

ren las calles por la noche con músicas y canciones, como en las veladas de Sevilla, y aparte otras fiestas como la de San Anton, en que se observan tantas particulares costumbres, es notabilísima en Barcelona la feria que tiene lugar el 21 de diciembre y que tanto anima el Paseo Nuevo. Todo cuanto es imaginable se ofrece allí al comprador: desde los más ricos y elegantes hasta los más toscos géneros; desde lo más antiguo hasta lo más moderno; desde lo más supérfluo hasta lo más necesario. Como se acerca la Navidad y el año nuevo, la volatería y las frutas son los artículos que más descuellan, y apenas queda labrador que no baje de las montañas á llevar su ofrenda al gran mercado de Barcelona.

Bien quisiéramos hablar de las infinitas bellezas, monumentos y curiosidades que en Cataluña se encierran; de sus antigüedades, que las tiene en gran número en su territorio, así como de sus situaciones y lugares pintorescos y celebrados. ¿Quién no ha oido hablar del famoso santuario de Montserrat, montaña gigantesca situada á siete leguas de Barcelona y visitada en todos tiempos por peregrinos como el santuario de Loreto en Italia? Una visita á este lugar venerado, en otras épocas lleno de ermitaños y anacoretas, lleno de poéticos recuerdos, en un terreno abundante en variados accidentes, causa una impresion que difícilmente se borra de la memoria. Allí se muestra al viajero la ermita de Guarino, primer monge ó solitario que pobló la escarpada roca. Allí se enseña la cueva donde se escondió despues de su viaje á Roma, cumpliendo ya la terrible penitencia que el Papa le impuso por su atentado contra la princesa Richilda; el lugar en que esta fué enterrada y descubierta al cabo de siete años, cuando el niño del conde Geoffroy le Velu intimó á Guarino que Dios le habia perdonado; el sitio donde se encontró la milagrosa imágen de la Vírgen por tantos siglos venerada con la advocacion de la Vírgen de Montserrat, tan querida por los catalanes. ¡Cuántos recuerdos! ¡qué mundo de poesía en aquella imponente roca! La leyenda del Guarino es una de las más bellas, morales y significativas de la fecunda edad media. ¿Tendrá alguna analogía con la del no menos célebre Guarino il Meschino? Abandonamos esta cuestion á los eruditos. Ello es lo cierto que el Guarino italiano recorre el mundo, y va como el Dante al infierno, al purgatorio y al cielo; penetra en España y va al santuario de Santiago de Compostela en Galicia, limpiando la ruta de ladrones. El dictado de Meschino, pudo provenir del estado miserable y *mezquino* á que se vió reducido por la penitencia, obligado á no hablar ni alzarse del suelo por tantos años.

Pero basta de conjeturas: lo positivo es, que los catalanes conservan los huesos de este santo monge, comparable en su austeridad y mortificaciones á San Hilario, San Macario y San Gerónimo. Lo cierto es tambien que en el claustro de Montserrat hay un cuadro antiguo en que se ve pintada y descrita esta maravillosa historia de

los orígenes del santuario, y que en uno de los palacios condales se representa en una piedra una nodriza con un niño, y á sus piés el atribulado Guarino, héroe de la leyenda, que acabó sus dias en un monasterio construido para él sobre la montaña, frente al retiro donde acabó su vida la santa y hermosa princesa Richilda.

V.

EL CIRCO Y LA CIVILIZACION.

Otra de las costumbres que no pueden pasarse en silencio hablando de España, es la lidia de los toros, espectáculo acerca del cual andan divididas las opiniones, en punto á si ha de considerarse impropio de un país civilizado. Verdaderamente, si de buenas á primeras se aborda la cuestion, diciendo que en el siglo XIX existe un país en donde se ofrece como espectáculo la lucha de los hombres con las fieras, y en donde son expuestos animales inofensivos á la furia del toro, y que estas escenas repugnantes las contemplan, no solo el pueblo, sino las altas clases, y son codiciadas por las damas, que las aplauden y se muestran decididas protectoras de los lidiadores, no podrá menos de recaer la más rigorosa censura sobre el tal pueblo que semejantes espectáculos presenta. Pero no ha de formularse la cuestion en estos términos. Ha de considerarse que la lidia de toros es una costumbre antigua en España, tomada de los moros ó de la *Taurilia* de los romanos, y aclimatada en ella por varias causas y predisposicion del suelo y del carácter de los habitantes de la Península. Que la braveza de los toros en nuestro suelo habia de dar márgen á que los hombres estudiasen su particular condicion en el ataque y en la defensa y tuviesen á gala vencer la furia y la fuerza con la maña y la astucia, es cosa tan natural y está tan en lo humano, que no hay motivo para admirarse del espectáculo de la lidia como se hacia en lo antiguo y con las modificaciones con que hoy se ejecuta. En todos los países del mundo, segun las circunstancias particulares de cada uno de ellos, se ve esta tendencia ó inclinacion del pueblo á desafiar ó vencer los peligros que ante su vista pone de contínuo la naturaleza inanimada ó animada. El buscarlos, desafiarlos, exponerse á ellos, dominarlos

y vencerlos es cosa que está en la condicion nuestra como inclinacion irresistible. Allí donde hay probabilidad de daño y probabilidad de triunfo, allí donde peligra la vida si no se defiende á fuerza de habilidad, agilidad, conocimiento, maña ó destreza, allí ve el hombre una tentacion para su amor propio, su vanidad y orgullo. Así vemos en todas partes del mundo las artes y estudio de las naturales para vencer las fieras ó superar los obstáculos que la naturaleza presenta, siempre con exposicion de la vida, porque si no se une este requisito no hay encanto ni atractivo. Pensar que la condicion fiera é indomable del toro no hubiese inclinado á los españoles á sacar partido de ella, es lo mismo que pensar que el hombre no hubiese acometido la caza del leon, del tigre, de la pantera, del elefante, del caiman, del oso y otras muchas empresas peligrosas que se llevan á efecto solo por la gloria de triunfar de grandes peligros. Bajo este aspecto, la corrida de toros no es más ni menos salvaje, más ni menos censurable que las carreras de caballos y la montería allí donde hay animales ágiles y animales montaraces y silvestres, porque, en general, en todos estos pasatiempos hay peligros inminentes de la vida. El español juega con el toro, como el japonés con el tigre, como el habitante del norte con el oso, como el africano con el leon, como el indio con las serpientes, como el asiático con el cocodrilo. Es cuestion puramente de superioridad de la raza hominal sobre la animal; cuestion de amor propio en que hace ver el hombre, que, en medio de todas sus imperfecciones, y siendo inferior á cada animal respectivamente, es superior á todos, porque los domina, gracias á su inteligencia. Tan cierto es esto, que el instinto poético de todos los pueblos no ha podido imaginarse jamás un personaje, tipo de heroismo y de valor, sin que haya mostrado su superioridad sobre las fieras. No ha bastado que venza á hombres fuertes, á semi-dioses, á pueblos enteros. El sello ó diploma de héroe no lo ha dado el bardo popular á ningun guerrero ni vencedor, mientras no ha probado su astucia y su fuerza frente á frente á las fieras mas temidas. Así vemos, que en todas las leyendas y tradiciones de estos personajes, desde Hércules hasta el Cid, se suponen varios combates singulares con leones, serpientes, hienas, dragones, toros y otras fieras espantables. Tal es la idea que forman los pueblos del valor humano, el cual se ha de probar, no solo de hombre á hombre, sino en lucha con toda clase de obstáculos y de peligros, domándolos y venciéndolos á todos. Apenas se hallará una figura embellecida y magnificada por la poesía espontánea popular, que no tenga entre sus atributos alguno de los que adornaron al prototipo Hércules. De Alejandro, de Roldan, del Cid y otros héroes se cuenta que hicieron retroceder leones. Casi no hay un caballero de la edad media, que no tuviese encuentro con estas fieras y furiosos toros y espantables dragones. El mismo Cervantes, fiel al instinto popular, pone á su héroe frente á dos bravos leones africanos. De D. Manuel de Leon,

dechado y tipo del valor y la galantería españolas, se cuenta que desafió indefenso la cólera de seis leones. Del Cid se refiere, que habiéndose escapado uno encerrado en una jaula, lo domeñó y sujetó con su valor y el magnetismo de su mirada, y finalmente, se cree que Rodrigo de Vivar fué el primer castellano caballero alanceador de toros en plaza pública, á presencia de mil bellezas moras.

Si, como es creible, los moros perfeccionaron este espectáculo en España, teniendo á gala los caballeros domar la pujanza de los toros con su valor y maña, y estableciendo para solemnizacion de fiestas la lidia de estas fieras en el circo, se comprenderá perfectamente la impresion y estímulo que causaria en los caballeros españoles este espectáculo y el favor con que serian recibidos de las damas los vencedores y apuestos donceles, que, con desprecio de sus vidas, triunfaban de la bravura de estos animales. Así pinta nuestro poeta Moratin la fiesta de toros de Madrid, *castillo famoso,* en que se presentó Rodrigo de Vivar, venciendo la indomable pujanza de un furioso jarameño y la altiva esquivez de la hermosa Zaida; porque el perfecto caballero, lo mismo habia de ser en el campo que en la plaza, matando enemigos, que venciendo fieras.

La lidia de toros en esta forma, ejecutada por las personas distinguidas en nobleza y en valor, duró mucho tiempo á una con los juegos de cañas y sortijas, y hasta en los últimos años de la dominacion árabe en España, se celebraban fiestas de toros en Granada en la plaza llamada de Bib-rrambla. Continuó despues de la misma manera entre nosotros, no sin tener oposicion, pues por los años de 1567 fueron abolidas estas fiestas por un edicto del papa Pio V, si bien duró poco esta prohibicion, revocada nueve años despues, en 1576, por Clemente VIII. En tiempos de Cárlos II llegaron á su apogeo y fué una fiesta verdaderamente aristocrática y cortesana, perfeccionada en todo lo posible y ejecutada con toda pompa y esplendor. Felipe V fué desafecto á esta clase de espectáculos, que dejaron de repetirse; pero esto mismo fué causa de que, por decirlo así, se democratizase, haciéndose de todas las clases, con nuevas formas y usos en la lidia, desde cuya época se puede asegurar que se convirtió en espectáculo nacional, á donde penetraba el pueblo como actor y como espectador, á una con las demás clases y especialmente la nobleza, que siempre se mostró decidida protectora de la lidia. Entonces se redujo á arte con reglas fijas y á profesion lucrativa que ejercitaron las gentes del pueblo, acostumbradas desde su niñez á conocer la condicion de las fieras, y ensayadas en los campos y en los mataderos, particularmente en Andalucía, de donde han sido naturales los más afamados maestros en el arte de torear. El nuevo aspecto y carácter de estas funciones, hizo que, dominando el interés, se construyesen plazas en diversas capitales, destinando los productos de las fiestas á objetos de beneficencia primeramente, y luego á espe-

culaciones particulares. Sin embargo, todavía en el siglo pasado se lidiaba con arpon á caballo, á manera de banderilla, pues la introduccion del lidiador de á pié data de la aparicion en la arena del célebre Francisco Romero, natural de Ronda.

Fuera de estos espectáculos ordinarios y ya entrados en el nuevo carril y categoría de arte mercenario, en los grandes acontecimientos se reprodujeron y se han seguido reproduciendo, aun en nuestros dias, las fiestas de toros á la antigua española en ocasion de nacimientos, bodas y coronaciones de príncipes. Llámanse fiestas reales por antonomasia, y recientemente tuvieron lugar en Madrid al celebrarse los enlaces de S. M. la Reina y la Serma. Infanta doña María Luisa, por lo cual y estando aun fresco el recuerdo de ellas, describirémos otras más antiguas celebradas en el lugar acostumbrado de la Plaza Mayor de Madrid. Esta plaza es muy acomodada a objeto y presenta por sí sola, y sin otro adorno que sus portales, arcadas y balconaje, una perspectiva animada y sorprendente por su extension y magnificencia. En los dias de las fiestas se adornan los balcones con colgaduras vistosas con franjas doradas, se construyen tablados en torno de ella para los espectadores, que pueblan los tendidos, palcos y balcones, y se reservan los de la Panadería para la familia Real, formando debajo de ella los alabarderos, que con sus lanzas se protegen contra los acometimientos de la fiera, la cual, si se acerca, huye á la vista de la imponente barrera de acero que instantáneamente se le opone. Cuando todo está dispuesto y los príncipes han tomado asiento, los caballeros designados para el combate hacen su aparicion en la plaza, en carrozas de gala, acompañados de sus padrinos, que generalmente son grandes de España; porque, en los tiempos caballerescos, el combate con los toros era especial privilegio de los hombres de alta guisa. Estos eran seguidos por compañías de palafraneros vestidos á la usanza mora, los cuales llevaban de las riendas los caballos de sus señores. Montados estos en sus corceles y provistos de sus lanzas, se aproximaban al balcon donde estaban los Reyes, les hacian un reverente y ceremonioso saludo, y, como es natural, dirigian sus miradas hácia la dama que habia de infundirles ánimo en los venideros lances. Hecho esto y despejada la plaza, el Rey agitaba su pañuelo, ecos de armoniosa y animada música poblaban los aires y en medio de la general excitacion aparecia el toro en la arena. Los caballeros se le acercaban caracoleando ó corriendo con sus caballos, llenos de ardor y compitiendo en ánimo con los ginetes, y clavaban sobre el morrillo de la fiera los afilados aceros con toda limpieza y gallardía, ó bien eran hechas pedazos las lanzas en el encuentro, derribando el toro cuanto á su paso se oponia. Habia en estas ocasiones varios modos de combatir. Algunas veces se introducian perros de presa que, aunque cogidos y lanzados al aire, lograban hincar el diente en la fiera, reduciéndola á la impotencia y la inaccion. Otras veces se presentaban al toro pieles de diversos animales, repre-

sentando extrañas é inmóviles figuras, á las cuales parecia temer más el animal que á un ejército de hombres armados. En otras ocasiones, un hombre vestido con fantásticos colores, para llamar la atencion de la fiera, se colocaba frente á la puerta por donde habia de salir el toro. Tenia en sus manos una pica ó lanza, cuyo regaton apoyaba en el suelo, y encorvado y como cubierto con ella, sirviéndole al par de instrumento ofensivo y defensivo, esperaba la salida del animal, que luego se fijaba en aquel objeto, único que se ofrecia á su vista, y si corria en derechura á él, el hierro se le clavaba en la frente, quedando el hombre seguro y firme en su puesto; mas si, al contrario, el temor del piquero ó la incierta carrera del toro hacia imposible este golpe decisivo, el toro arremetia hácia el antagonista y solia volar por los aires y teñir la arena con su sangre.

Pero estas funciones, como hemos dicho, fueron raras. La lidia de toros tomó diverso aspecto con los toreros de profesion. Cambiaron los trajes, las suertes, las ceremonias y el decorado de las plazas. Hombres del pueblo de dotes especiales de agilidad, fuerza, valor y conocimiento de la índole de estos animales elevaron la lidia á dificultoso y peligroso arte, inventando suertes arriesgadísimas. Se introdujeron los picadores, como condicion necesaria para el ejercicio de estas suertes, y para hacer más variado el espectáculo se formaron cuadrillas de lidiadores en que cada cual tenia su ejercicio señalado. En suma, despues de abandonada por la nobleza esta diversion, ya patrocinada por el pueblo, las fiestas de toros han cambiado completamente de índole, quedando reservado su lucimiento á las cualidades personales de los diestros en el arte, que por ser muchos y famosos los que desde el siglo pasado se han sucedido, contribuyen á mantener la animacion y aficion de los españoles al circo; pues no hay duda de que á no haber existido un Montes, un Chiclanero, un Cúchares y otros, las plazas se habrian ya cerrado, limitándose las fiestas á lo que se ve en los pueblos pequeños, en donde en cierto dia del año se corren uno ó dos toros con cuerdas por las calles para entretenimiento de los muchachos.

La razon de esto es, que el público español se halla como perplejo acerca de si ha de vanagloriarse ó avergonzarse de esta costumbre de lidiar toros. Tanto se ha puesto en tela de juicio esta cuestion y la calificacion que el progreso del siglo hace de esta suerte de espectáculos, que á poco que amainase la reputacion de los maestros, ó faltasen diestros de primera línea, la aficion á los toros iria degenerando hasta perderse por completo; porque, en efecto, los más entusiastas reconocen grandes inconvenientes en esta costumbre. La plaza de toros no es gran elemento de moralidad para el pueblo, bajo ningun concepto, y fuera de los intereses privados, que con estas funciones se fomentan, los intereses públicos no sacan ningun provecho. Los instintos agresivos se estimulan con este espectáculo, en que se hace el pueblo á

presenciar impasible la efusion de sangre y á desear peligros inminentes en la vida de sus semejantes. Tan cierto es esto, que rara vez dejan de ocurrir lances entre los espectadores, que, como agitados y estimuladas las pasiones, se acometen y ofenden delante de los mismos ministros de la justicia. En las funciones de toros, por lo general, está el público en constante lucha con la autoridad, que las más de las veces pierde en la partida y sale desairada, desprestigiada, desobedecida y además insultada y escarnecida, porque ¿quién puede acallar los dicterios é insultos que se la dirigen, cuando el público cree tener razon y protesta contra las disposiciones adoptadas? Entonces se convierte en una fiera, se desboca y es capaz de todo por salirse con su gusto. Cuando esto así no sea, solo la resistencia pasiva basta para hacer ilusorios los mandatos de la autoridad, y el público se convierte en una masa inerte, que por medios indirectos, burla la accion de la autoridad y logra su empeño. Ejemplos de esto estamos viendo á cada paso aun en los circos mas ilustrados. Tambien es indudable, que las escenas repugnantes que ofrecen los caballos expuestos á la furia del toro no son propias de un país culto. Se ha agitado tambien la cuestion en nuestros dias, evidentemente suscitada por las sociedades protectoras de los animales, de si el hombre tiene derecho para influigir á estos más dolor y sufrimiento físico del que es absolutamente necesario para la satisfaccion de nuestras necesidades; decidiéndose, que todo aumento de pena, todo lujo de crueldad es abrogacion injusta del más fuerte, y por lo tanto imputable y condenable en el hombre. Bajo este punto de vista quedan las corridas de toros anatematizadas por la civilizacion en nombre de los principios estrictos del derecho, que tanto se invoca en las sociedades modernas. El celo por la proteccion de los animales, que son sensibles y muestran á su manera su gozo por la benevolencia y buen tratamiento de parte de los hombres y por consiguiente deben serlo asimismo á la malquerencia y rigoroso trato, ha ido hasta el punto de condenar el proceder de los médicos que sujetan á viviseccion á los animales en provecho y beneficio de la ciencia: ¿qué no podrá decirse del lujo de padecimientos á que exponen en las corridas de toros no solo á estos animales que mueren atravesados y rejoneados, sino á los inofensivos y nobles caballos, que son inhumanamente desechos dentro del circo y maltratados para que entren á la suerte de varas hasta expirar en presencia de los espectadores. No hay que negar que esto es repugnante é inhumano, y el mismo pueblo sediento de carnicería, se muestra á veces compasivo, y pide á gritos la puntilla, aunque en vano, para que cesen los sufrimientos de estos animales. En las suertes de á caballo debian y podian introducirse algunas modificaciones y desterrarse abusos tolerados hasta el exceso. Luego que un caballo está mortalmente herido, los ayudantes ó mozos de la plaza tratan de rendirlo á tierra, en vez de sacarlo del redondel, donde por lo menos no se presenciaria la agonía de estos animales ni

las nuevas embestidas de la fiera que levanta del suelo cadáveres completamente descuartizados. En lo antiguo no era esto tan frecuente, porque los picadores montaban caballos de más pujanza, que con la habilidad y buena mano de rienda del ginete salian libres de todo daño, y si eran mal heridos, se sacaban luego al corral. Hoy se presentan caballos de deshecho, que son llevados á la suerte hasta que caen exánimes bajo las espuelas del picador, en razon á que este prefiere entrar al toro con caballos heridos para más seguridad suya, porque, en efecto, el animal se aploma, y como más parado y firme, resiste mejor las nuevas acometidas, sin esponer al ginete á las peligrosas caidas que rara vez puede evitar, cuando el caballo se desboca al sentir el asta del toro en la primera sacudida; pero todo esto cede en perjuicio de los sentimientos de humanidad, y un corazon medianamente bien puesto no puede fijar la vista sin gran repugnancia en tales espectáculos. Por estas y otras escenas de inhumanidad y de sangre que suele ofrecer el circo, tiene encarnizados enemigos y rigorosos censores, no solo en el extranjero, sino en nuestra misma nacion; condenando sobre todo la asistencia de las señoras y las jóvenes á estas fiestas, y comparándolas á aquellas inhumanas matronas, que en el anfiteatro pedian sangre y más sangre y se complacian en la muerte de los gladiadores. Y bien mirado, apenas es concebible el contraste que se presenta viendo en un palco á una jóven, tierna y cariñosa esposa, acompañada de su familia y de sus pequeñuelos llenos de candor y de inocencia, alternando en su mirada en cuadros y escenas tan diametralmente opuestas, pues unas son de horror, carnicería y efusion de sangre, mientras en torno suyo no ve mas que amor, alegría y efusion de cariño. Tal es la situacion representada en la lámina que acompaña, situacion que interesa al observador filósofo y que no puede ser indiferente al menos reflexivo. En ella se ven dos cuadros en uno, dos escenas que solo tienen de comun el local. Dentro del palco hay una graciosa pintura de sentimientos y goces de familia. Una jóven madre, en el colmo de su alegría, se recrea al ver las gracias y las formas infantiles y puras de su hijo, y allí mismo, sin más que un ligero movimiento de cabeza, se le ofrece el más notable contraste, porque su vista ha de pasar de objetos bellos á objetos asquerosos, y su corazon de impresiones agradables y de impulsos de atraccion y de amor, á impresiones penosas, á impulsos de antipatía y de repugnancia. Sin embargo, estas situaciones son muy frecuentes entre las señoras españolas, y como no pueden ser insensibles á una ni á otra perspectiva, preferimos creer que en fuerza de voluntad y por la magia incomprensible de sus imaginaciones, su mente se fija y sus miradas se recogen dentro del cuadro tierno y sencillo que les rodea, y son para el espectáculo grosero y sangriento lo que para el vulgo los santos de Francia. No hallamos otra solucion que deje tan á salvo la delicadeza, lo ideal y celestial de la mujer, y sobre todo de la mujer española.



los [illegible] de la fiera que levanta del suelo cadáveres completamente [illegible]. En lo antiguo no era esto tan frecuente, porque los picadores montaban caballos de más [illegible], que con la habilidad y buena mano de rienda del ginete salian [illegible], y si eran mal heridos, se sacaban luego al corral. Hoy se [illegible] de desecho, que son llevados á la muerte hasta que caen exánimes [illegible] del picador, en razon á que este prefiere entrar al toro con [illegible] para más seguridad suya, porque, en efecto, el animal se aploma, [illegible], resiste mejor las [illegible], sin esponer al ginete [illegible] que rara vez puede evitar, cuando el caballo se desboca al [illegible] de la primera sacudida; pero [illegible] en perjuicio de [illegible] humanidad, y un corazon [illegible] puesto no puede [illegible] repugnancia en tales [illegible] y otras escenas de [illegible] y de sangre que suele ofrecer [illegible] enemigos y [illegible] no solo en el extranjero, [illegible] nacion; condenando [illegible] de las señoras y las [illegible], y comparándolas á [illegible], que en el [illegible] y más sangre y se [illegible] de los gladiadores. [illegible] apenas es concebible el [illegible] viendo en [illegible] y cariñosa esposa, [illegible] de su familia y de sus [illegible] y de inocencia, [illegible] su mirada en cuadros [illegible] opuestas, pues unas son de horror, carnicería y efusion [illegible] en torno suyo no ve mas que amor, alegría y efusion de [illegible] representada en la lámina que acompaña, situacion que [illegible] y que no puede ser indiferente al menos reflexivo. [illegible] dos escenas que solo tienen de comun el local. [illegible] pintura de sentimientos y goces de familia. [illegible] de su alegría, se recrea al ver las gracias y las formas [illegible], y allí mismo, sin más que un ligero movimiento [illegible] notable contraste, porque su vista ha de pasar de [illegible], y su corazon de impresiones agradables y de [illegible] á impresiones penosas, á impulsos de antipatía y de [illegible] estas situaciones son muy frecuentes entre las señoras [illegible] insensibles á una ni á otra perspectiva, [illegible] y por la magia incomprensible de sus imaginaciones, [illegible] se recogen dentro del cuadro tierno y sencillo [illegible] grosero y sangriento lo que para el vulgo [illegible] solucion que deje tan á salvo la delicadeza, [illegible] de la mujer española.



Drawn by Brown. Engraved by W. Holl.

España_ La Fiesta de Toros.

Acaso es tambien disculpable la dama española, criada y familiarizada con este espectáculo, al que concurre protestando interiormente y llevada solo del atractivo que ofrece la vista del circo, los trajes y las vistosas suertes que sin peligro ejecutan los lidiadores, y considerándose dignas descendientes de aquellas damas, que, en mejores tiempos, influian tanto en el esfuerzo y denuedo de los caballeros. Ello es lo cierto, que sin la pompa y lujo de los pasados siglos, reducida la lidia á rigoroso método que la hace en cierto grado monótona, ni el pueblo deja de asistir, ni la nobleza de imitar á los lidiadores, vistiendo de matadores y ginetes y ensayando sus conocimientos en circos privados, ni el bello sexo, especialmente en la grandeza, de ser constante asistente á las corridas y de mostrar abiertamente su prediléccion por éste ú el otro diestro, arrojándole en público regalos y obsequios como muestra de su admiracion. Tambien no es menos cierto, que los extranjeros que tanto han censurado y criticado las funciones de toros, se empeñan en introducirla hoy en sus respectivos suelos, como se ha visto en Francia, y que los que vienen á España se hacen decididos partidarios de la lidia, y se admiran más que nadie de la gracia y arrojo de nuestros diestros. A juzgar por estas señales y por el aumento de las plazas en España, que apenas hay capital ni pueblo de mediana importancia que no haya construido una, no parece que este espectáculo toque á su terminacion; si ya no es que este mismo loco entusiasmo es un indicio de que pronto han de decaer y desaparecer. En nuestro sentir, ya lo hemos dicho; mientras haya famosos maestros, el público nunca será indiferente al llamamiento de un contratista. En medio de todo hay cierto orgullo y vanidad en nuestra nacion, no infundados, al ver que solo ella es capaz de ofrecer una lidia en regla y hombres que asombran por su serenidad y valor ante los peligros. Este es un llamativo poderoso, y podemos decir que las corridas de toros se sostienen en los hombros de la justa fama de los actuales diestros. Suprímanse estos y las plazas se verán desiertas. Existiendo el estímulo, ¿cómo ha de cesar el apetito? Y en materia de estímulos ninguno más poderoso, de más seguro ni constante efecto que los actos de valor, cualesquiera que sean sus manifestaciones. La curiosidad se enciende y la admiracion se excita siempre que el hombre, fiado en su fuerza, en su maña ó en su derecho, acomete empresas que salen del órden comun y vulgar, que es la tendencia á la conservacion de la vida, y entran en un órden extraordinario y verdaderamente subversivo, que es la exposicion á la muerte. Las guerras, los duelos, las expediciones aventuradas por mares y tierras ignotas, las ascensiones aereostáticas, los juegos y equilibrios peligrosos atraen la curiosidad ó nos admiran por esa especie de sacrificio que envuelven, por remoto que sea, de la vida del hombre, y que no pueden arrostrar más que cierto número privilegiado. Agrégase á nuestro espectáculo tauromaco tanto aliciente, tanto adorno pictórico, tanta animacion,

gracia y artística perspectiva, que atendiendo á esta faz, es casi imposible deje de cautivar el gusto de los meridionales. De este asunto se ha tratado en las cortes; se ha hablado en contra de esta costumbre por un orador famoso, pero inoportunamente y presentando la cuestion en el peor terreno. Habia muerto un lidiador en el circo y se tomó de aquí ocasion para condenar estos espectáculos; pero el pueblo, más lógico, sabe que estos sucesos son excepciones, y que los diestros tienen en el arte, como tal, todos los medios de defensa. No es ese el camino para abolir la lidia de toros, como no lo seria para abolir el ejercicio á caballo presentar uno ó cien casos de ginetes muertos ó perniquebrados. La verdadera razon para anatematizar estas funciones es independiente de que los diestros mueran en sus lechos, como ha sido lo general, ó en las astas del toro. Si en España estuviese disciplinada la manifestacion de la opinion pública, como en otros países, nada mas fácil y seguro que fiar el fallo á su influjo, siempre creciente cuando se trata de un acto justamente rechazado por la civilizacion. Se iniciaria un movimiento anti-tauromaco, y el alejamiento de unos traeria el alejamiento de otros, particularmente si figuraban entre aquellos los más conocidos entusiastas y favorecedores del circo.

Resta hacer una observacion acerca de esta costumbre. Suelen los españoles, cuando se les echa en cara lo inhumano de esta funcion, decir que más horrible é inhumano es el pugilato, ese espectáculo repugnante, tan comun en Inglaterra, de dos hombres que se ceban de antemano para despedazarse. Lo injusto de esta observacion aparecerá tan luego como se considere que la lucha de los pugilistas está prohibida con severas penas por el gobierno inglés, mientras que la funcion de toros está autorizada en España y la preside un alcalde ó regidor del ayuntamiento.

VI.

LA RELIGION Y EL ARTE.

Son tan numerosas y variadas las fiestas populares que en España se celebran, que apenas bastaria un volúmen destinado exclusivamente á tratar de cada una de ellas. La belleza del clima, la feracidad del suelo, el entusiasmo religioso, el instinto artístico, el vivaz ingenio y humor festivo de los españoles conspiran á darles orígen y perpetuarlas. Quien recorre la Península de un cabo al otro y ve al pueblo reunido en las plazas y en los campos, no para hacer las leyes como el romano, sino pura y

simplemente para divertirse, debe modificar su opinion, si cree que la tierra es un valle de lágrimas. Los españoles son eminentemente sociales, tienden á la agrupacion, á la comunicacion mútua y constante de sus afectos y odios, de sus alegrías y melancolías; sienten un placer indefinible en dominar ó ser dominados por la corriente magnética que produce el contacto y asociacion de muchedumbre de séres semejantes, y deliran por todo lo que es expansion, exteriorizacion de la vida, magnitud de perspectivas, grandeza de impresiones y solidaridad de espíritu. Si el Estado no supo sacar partido de estas disposiciones naturales, la Iglesia las comprendió y llenó á colmo las medidas y deseos del pueblo. Tómese en las manos el calendario y se verá que hay meses en que la mitad de los dias son dias de fiesta en toda la Península, sin contar que en cada diócesis, y aun en cada localidad, hay sus fiestas particulares; de modo que entre conmemoraciones, aniversarios, procesiones, romerías, ferias, verbenas ó veladas y otras mil maneras de festejos, se pasa casi todo el año en regocijos, entre órgano y castañuelas, semejando un pueblo cuyos moradores han resuelto ya todas las graves cuestiones y todos los negocios que se agitan en el cerebro y ponen ceño en la frente de los demas hombres.

Algo hay de esto. En España no se siente la ansiedad y agonía que en otros países trae la solucion del primero de todos los negocios y de la más grave entre todas las cuestiones, que es el vivir ó no vivir. Las necesidades son pocas, los medios de satisfacerlas muchos. En España no hay miseria; esta es lepra de otros hospitales. Ningun español se muere de hambre; á nadie le puede faltar un pedazo de pan y cebolla, y la misma pobreza es aseada y limpia. La pobreza casi ha sido siempre estado de transicion accidental, y en muchos, voluntaria; porque el ser pobre en nuestro país nunca ha significado no tener, como no sean los cuidados; sino *tener* poco, vivir con alguna estrechez. Pobreza ha sido siempre sinónimo de honra, casi un título honorífico en España. Al menos el pobre, por serlo, jamás perdió derecho ni cohecho, ni tuvo que avergonzarse, ni esconderse donde las gentes no le viesen, como sucede en otros países; al contrario, levantó su cabeza y la llevó como un mérito ante el cielo y como una recomendacion ante la tierra. «Pobre, pero honrado,» es el dicho del español, y cuando está, como dice el vulgo, á la cuarta pregunta, lleva la frente muy erguida y va despreciando reinos y pompas y vanidades, y si no tiene fuego en el invierno se calienta al sol que es lo mismo y aun más higiénico.

Todo esto predispone el ánimo al regocijo, al buen humor y al pasatiempo, y tan es así, que solo en España parece el trabajo una distraccion, un mero entretenimiento, y no una maldicion y una forzosa obediencia á la ley imperiosa de la necesidad, y aun en lo más serio y grave hay mezcla de lo festivo y lo ligero. El miércoles de ceniza, nos puede servir entre otros, de oportuno ejemplo. En este dia conmemora el

católico la nada y miseria de nuestra naturaleza. Dia de saco, ceniza y cilicio; dia de ayuno y penitencia y humillacion debia de ser para los fieles, el del terrible *memento homo*, y sin embargo nos vamos á enterrar la sardina, ébrios de placer y risueños como unas pascuas.

Pero no hay duda, que en lo que más descuella nuestro país, es en la variedad, esplendor, magnificencia y estética de las solemnidades del culto y ceremonias y prácticas religiosas, así en el templo como en la plaza pública. En cada país católico, el temperamento y carácter del pueblo introduce modificaciones en lo exterior y formal del culto de los numerosos objetos que la religion ofrece á su adoracion, así como el temperamento de la religion misma está sujeto á este influjo; pues es evidente que el catolicismo español no se parece al de Irlanda, turbulento y celoso, ni al artístico de Italia, ni al de Alemania, filosófico, ni al literario de Francia, idólatra de América, y reservado, tolerante y modesto de Inglaterra. En España, en materia de culto, predomina lo ceremonioso, lo espléndido, juntamente con lo bello y lo plástico, porque la religion es sentida más que pensada, y el sentimiento busca el arte y la belleza plásticas. Nada iguala al número, aparato y suntuosidad de nuestras basílicas; al mérito y esplendor de las imágenes; á la riqueza de sus vestiduras; al valor y profusion de los ornamentos y trajes sacerdotales, y á la variedad de formas de manifestacion de la adoracion del católico.

Por lo mismo, el tiempo santo es un período notable en nuestro país. Si cada nacion tiene su fiesta religiosa favorita, que procura solemnizar con el mayor interés y entusiasmo; si en Inglaterra la pascua de Navidad, en Rusia el dia de resurreccion y en Francia el del año nuevo son los dias grandes por excelencia, así en la Iglesia como en el pequeño templo del hogar doméstico, en España lo son los dias de semana Santa, en que, á las ceremonias sagradas del templo, une el pueblo la intervencion de su ministerio para representar el tristísimo drama de la Judea con toda la semejanza de que es capaz el fervor y entusiasmo ayudados por el arte.

Y realmente, los recuerdos que en esta época la Iglesia evoca, son los más propios para desplegar el génio dramático, é interesar la índole apasionada y sensible de la raza española, más inclinada á la consideracion de esta divina tragedia de Jerusalem, que le representa paso por paso su ardiente y vivaz fantasía, que no á la de otras materias de fé que requieran más abstraccion y energía de espíritu. Contribuye en mucho á esto la larga preparacion de la cuaresma, que con sus ayunos, penitencias y meditaciones va gradualmente exaltando la piedad y el fervor de los corazones, de suerte que en la semana Santa parece que las poblaciones tienen otro aspecto que en el resto del año, los habitantes distinto ejercicio y sus mentes un solo pensamiento, que es la conmemoracion del gran misterio en todas sus bellísimas fases.

La imaginacion ardiente del católico pueblo español, se extasía y halla ancho campo en este sagrado argumento de la Redencion. Cree ver el teatro mismo de aquella sublime epopeya en que el héroe es el Dios-hombre; cree respirar la plácida atmósfera de la Palestina, contemplar sus valles poéticos, sus montes y collados, sentir los aromas del huerto Getsemaní, escuchar la voz de Jesus en la montaña, las aclamaciones del pueblo en su entrada en Jerusalem, participar del temor de los discípulos dispersos, sufrir con Jesus y llorar con María en su soledad espantosa. Fijas estas escenas en su mente, su instinto dramático y plástico traduce cada episodio, cada acto y situacion de la sublime tragedia en otros tantos cuadros y espectáculos solemnes, que ilusionan con su aparato la fantasía.

Ya, en el mundo católico, la representacion de estos misterios habia sido la primera materia, la infancia del arte dramático, y entre todos, el de la Pasion fué el más favorito, por prestar más interesante y vivo argumento. En el teatro y en el templo todos los actores y todos los accidentes tuvieron su representacion y personificacion viva, y á estas prácticas, que apoyaba y fomentaba el clero, se apegó más intensamente el génio meridional. España es el país de los autos sacramentales, y en ellos está el ingenio y á su servicio la inventiva de sus más ilustres poetas. Más tarde, un celo mejor entendido circunscribió esta dramática religiosa á su teatro propio, que es el templo, y la ilustracion por una parte y el progreso y perfeccion de la escultura, sustituyó á las figuras vivas, la estatuaria con su mutismo é inmovilidad misteriosa. La representacion es ahora, en medio de su materialismo, más espiritual y no menos exacta y poderosa en su influjo sobre los sentidos. ¿Qué echa de menos la vista y el oido del pueblo, puestos de consuno el sacerdote y el artista para impresionar su fantasía? Los templos se revisten de morados lienzos, de ese color apacible y melancólico que inclina al recogimiento; resuenan en sus bóvedas las graves y pausadas melodías del canto del profeta; agítanse las amarillas palmas; óyese la voz solemne del Nazareno y la tumultuosa del pueblo judío; represéntase aquí la cena en doce pobres figura de los apóstoles, allí el rompimiento del velo y el terremoto que arrojó á los muertos de sus sepulcros, allá las tinieblas, la soledad de María y la alegría y estrépito que anuncia la Resurreccion gloriosa. Todo toma cuerpo, tono y relieve en esta prolongada solemnidad. La religion entra por los ojos del cuerpo al más ciego de los ojos del espíritu, y hasta el ronco son de los atambores y el sordo tañer de las matracas dicen al oido la triste historia del Calvario.

Andalucía es la parte de España donde más solemnidad, aparato y originalidad tienen las funciones de semana Santa. Hay pueblos donde todavía se representan al vivo por personas de carne y hueso las principales escenas de la Pasion, como era costumbre en los siglos XIV y XV, figurando uno el Crucificado, otros los sayones,

y otros los demas notables actores, tales como las tres Marías, el Evangelista, la Verónica y San Pedro. Pero entre las capitales, la poética, la artística Sevilla es la que lleva la palma en ostentacion y magnificencia de ceremonias. ¿Quién no ha oido hablar de la semana Santa en Sevilla? Por ella es tan famosa en todas partes como Efeso lo fué por su templo, Atenas por sus discusiones y Venecia por sus carnavales. La capital de Andalucía rivaliza y aun excede en pompa y grandeza á la capital misma del orbe católico, y si España parece el pueblo escogido de Dios entre los países católicos, los sevillanos son sin duda los *Levitas* encargados del esplendor del culto.

Es de ver la trascendencia que tiene y el movimiento á que da principio la sola idea de la aproximacion de la semana Santa en la famosa ciudad de San Fernando. No hay clase, no hay gremio, no hay persona, cualquiera que sea su condicion, edad, sexo y estado, que no la espere como un gran acontecimiento, del cual, de una manera ó de otra piensa sacar partido. A unos aguija el verdadero celo, á otros el interés, á otros la distraccion, á estotros, finalmente, la mera curiosidad. Al clero el beneficio que reporta de la piedad de los fieles; á los mayordomos, diputados y hermanos mayores de congregaciones, hermandades, cofradías y archicofradías la vanidad de lucir, y el deseo de mandar á sus cofrades; á los mercaderes la esperanza segura de ganancia en el aumento de sus ventas; á los hostaleros y fondistas la nube de forasteros que ha de llover sobre la ciudad; á los vendedores de comestibles el aumento de la demanda; á los inquilinos ó dueños de casas en las calles privilegiadas la utilidad que han de tener por el alquiler de los balcones, ventanas y azoteas; á los escultores sonrie la perspectiva de las muchas obras que han de encomendárseles, como el reponer algun sayon, retocar la cabeza de algun apóstol, encarnar el rostro de alguna imágen ó estofar su vestidura, y en suma, los músicos, cereros, fabricantes de velas de adorno, bordadores, y aun los mismos atletas que han de conducir los enormes pasos están de enhorabuena y se prometen grande acopio del entusiasmo y escitacion de los fieles. Por otra parte, los padres de familia convidan á sus hijos y parientes, los amigos á los amigos, y preparan habitaciones y provisiones de lentejas y abadejo; los estudiantes se festejan pensando en el asueto; las jóvenes en la libertad con que han de pisar las calles; las viejas en las estaciones que han de recorrer y templos que visitar, y hasta los niños se regocijan pensando en las torrijas y otras chucherías que son propias del tiempo santo.

Desde mediados de cuaresma, que á pesar de todo no solemnizamos con bacanales y mascaradas al uso de los parisienses, comienza á ser más activo el movimiento. En la catedral se pone mano á la reereccion del colosal monumento, traza del insigne arquitecto Antonio Florentin, aumentado y corregido por Miguel de Parrilla. Esta fábrica de madera y pasta, pintada de blanco y dorada á sisa, tiene

ciento veinte piés de alto, y se compone de cinco cuerpos, dórico el primero, jónico el segundo, corintio el tercero y el último compuesto, formando la planta una cruz griega, y el cuerpo completamente aislado cuatro frentes, y es tal en su apariencia, que recuerda el famoso túmulo elevado en la misma catedral á Felipe II, y la no menos célebre exclamacion de Cervantes:

« Vive Dios que me espanta esta grandeza. »

Mientras tanto las calles comienzan á verse pobladas de comisiones compuestas de un cura, un seglar y un monaguillo provisto de roquete y batea, cuyo objeto es pedir para *la cera del monumento* de sus respectivas iglesias, ó bien para los setenarios ó cofradías. Estas son siempre pobres de solemnidad, y sufragan los gastos de su estacion pública las limosnas de los cofrades, entre los cuales los hay nobles y opulentos, ya en su totalidad, ya patrocinando las de otras clases más humildes. El número de estas hermandades es infinito. Cada una tiene su misterio ó *paso* de la pasion de Jesus, y cada una se forma de un gremio ó clase de la sociedad con sus reglamentos, institutos, privilegios y juntas de gobierno: así las hay de carpinteros, toneleros, tejedores y otros oficios, como tambien de vizcainos, genoveses y otros países. La piedad de los sevillanos es tal, que siempre están abiertas sus arcas para estos santos objetos, especialmente el comercio, que encuentra en ello un gasto reproductivo.

El setenario llamado de la Vírgen de los Dolores, que termina el viernes anterior al dia de Ramos, viene á dar principio á la série de festividades religiosas que concluyen en el martes de Resurreccion. Esta solemnidad es muy popular y extendida en España, pueblo *Mariano* por excelencia, y mucho más en Andalucía en que compite en suntuosidad y forma como el contraste de la llamada del mes de María. Celébrase en casi todos los templos de la capital con desusada pompa, profusion de luces y nutridas orquestas, semejando algunos templos ascuas de oro, que recuerdan las ascuas de cuerpos humanos de la tremenda catástrofe de Santiago de Chile. Las mismas causas pueden producir los mismos efectos. En España tenemos tambien la costumbre de abrir solo los postigos de las puertas laterales de las iglesias, por los cuales se entra con dificultad ordinariamente. El dia en que la locura de la ostentacion produzca un incendio, perecerán los fieles en las llamas de su ardiente entusiasmo, sin que se salve uno de los concurrentes.

Ya en este tiempo, se han abierto los empolvados almacenes que guardan las imágenes y sacado á luz sus costosas vestiduras, comenzando cada hermandad sus juntas y cabildos de cofrades y pidiendo cada uno á los vecinos y amigos, cuál un

floron de plata, cuál un candelero de oro, quién un ramo lujoso, quién un vaso de gran valor con que adornar los pasos, ó brillantes y piedras preciosas con que enriquecer la imágen, ó exquisitas velas de cera caprichosamente labradas y llenas de cintas, colores y oropeles. En esto, preciso es confesarlo, muestran los sevillanos delicado gusto é inimitable gracia. Los negocios se disminuyen, los trabajos se suspenden, los cuidados de las familias se abandonan por hombres y mujeres para asistir los unos á las sesiones y capítulos y vestir las otras las imágenes en desempeño de su honroso cargo de *camaristas*. Estas sesiones son notables por el espíritu y tono tan secular que reina en ellas y porque en ellas luchan las pasiones, los odios, las rencillas y las ambiciones con la misma ó mayor fuerza que en otras asambleas puramente mundanas. Quien no las ha presenciado no puede imaginarse hasta qué punto pueden ir en ayuntamiento los intereses de la religion con los del mundo, y para describirlas seria menester un Goya literario.

No es menos curiosa y original la asamblea que de costumbre se celebra el martes Santo en una de las salas de la sacristía mayor de la catedral, para fijar las horas de salida y el órden de preeminencia en la estacion de las cofradías. Allí se instala una especie de tribunal y acuden los hermanos diputados á alegar de su derecho, y defender, estatuto en mano, sus antigüedades respectivas. Las cuestiones que se promueven y los discursos que se pronuncian acaloradamente son curiosísimas; pero el tribunal dirime sumariamente y falla de plano, sin temor á las iras, las protestas y las amenazas de los penitentes, que con sus títulos debajo del brazo, se van á casa de un letrado y extienden una demanda de cien hojas y entablan un dilatado y costoso proceso para demostrar á la luz del dia que tal hermandad debe salir diez minutos ó un cuarto de hora más tarde que tal otra. *¡Oh tempora, oh mores!*

Pero esto es inevitable, y como ellos dicen: no es por el huevo sino por el fuero. Las cofradías son en número de más de treinta. Cada una tiene representado en escultura un paso ó momento de la pasion de Jesus. Las horas de preferencia en la salida son las más cercanas al anochecer, si la cofradía hace estacion por la tarde, pues naturalmente se necesita oscuridad para hacer ostentacion del alumbrado, y por el mismo consiguiente la hora más inmediata á la media noche es la de preferencia para las que hacen su estacion en la madrugada. El mejor derecho es la antigüedad y no el órden del argumento, y así sucede, que se ve en domingo de Ramos á Cristo ya crucificado, y en el miércoles Santo se le representa orando en el huerto, ó bien coronado de espinas antes de la Cena.

Otra de las costumbres notables en esta época es la ceremonia introducida en la catedral de representar el rompimiento del velo y temblor de tierra, señales que atestiguaron la muerte de Jesus, segun la Escritura, por medio de detonaciones de

armas de fuego. El rompimiento del velo, que tambien se hace á lo vivo, atrae á la catedral inmensa concurrencia en la mañana del miércoles Santo, la cual no se distingue por la devocion y compostura que reclama el solemne canto de la Pasion; pues casi desde la mitad de ella comienza el murmullo de conversaciones, el levantar las cabezas, preparándose para el fingido terremoto, y siguiendo con la vista ya á los peones ballesteros que se mueven por las altas galerías, ya á los acólitos que asen con fuerza el velo, ocultos tras él, para rasgarlo súbitamente y llevarse á escape su respectiva mitad por las dos puertas de la sacristía; operacion que ejecutan rápidamente á pesar de las colosales dimensiones del lienzo. El *velum templi* se pronuncia al cabo en medio de la escitacion general, y por un largo espacio todo es confusion, ataques de nervios, ruido, gritos de mujeres, llanto de niños y ladridos de perros. La concurrencia desfila comentando la ejecucion, sin curarse de oir cómo Joseph de Arimatea pidió á Pilatos el cuerpo de Jesus y le enterró en un sepulcro nuevo.

Ya en este dia se nota en la capital la presencia de millares de forasteros, que materialmente rebosan por las calles, templos y paseos. De todos los pueblos y lugares circunvecinos acuden á ver las fiestas de Sevilla trabajadores, labradores, gentes del campo, familias acomodadas que no obstante se distinguen por el traje y fisonomía y son llamadas *lugareñas*. Al propio tiempo invaden la ciudad las más escogidas y elegantes de Jerez, Cádiz, Málaga, Granada, Córdova, y aun de Madrid y otras capitales de España y del extranjero, sin dejar de mandar un buen contingente de oficiales el peñon de Gibraltar. Toda esta masa de poblacion se lanza á las calles en la tarde del miércoles, en que suelen estacionar algunas cofradías, quedando en las casas solo los impedidos, y por la noche concurren al solemne miserere, obra maestra del célebre compositor D. Hilarion Eslava. El jueves Santo, la ciudad es un continuado paseo despues de los divinos oficios, hasta el dia del viernes por la noche, en que permanece solitaria. La catedral atrae la curiosidad de todos. En ella se celebra con gran esplendor la bendicion de los óleos, se muestran las preciosas reliquias, se canta la misa mayor con excesiva solemnidad, y concluidos los oficios se dirige el curioso pueblo á presenciar la comida de los doce pobres en el palacio arzobispal, contiguo á la basílica, á la cual vuelve en seguida á ver el lavatorio de los piés, hecho por el prelado. A la tarde le atraen las procesiones de lujosos nazarenos; por la noche la repeticion del miserere, y de madrugada nuevamente las cofradías. Y en verdad, nada más majestuoso y conmovedor que el espectáculo que ofrece el interior de la catedral de Sevilla en el momento en que las cofradías de madrugada, entrando por la puerta de San Miguel, dan vueltas al colosal monumento. El concurso que en aquella hora acude es verdaderamente devoto y muestra su devocion en su silencio y recogimiento, orando ante la riquísima

custodia, é iluminados sus rostros por la profusion de lámparas y velas que constantemente arden en aquella fábrica al parecer de mármol blanquísimo. En derredor de la verja que la circunda hay un espacio diáfano para el tránsito de la cofradía. Los nazarenos con sus negras vestiduras y capirotes puntiagudos á guisa de magos ó astrólogos antiguos, llegan con paso grave y mesurado, de dos en dos, tendidas por el rico pavimento sus longuísimas colas y cruzados de uno á otro los encendidos cirios. Al llegar á cada frente de la custodia se detienen, bajan los cirios que llevan apoyados en las presillas de sus anchos cinturones de paja, y hacen su reverencia hincando en tierra ambas rodillas. Así sucesivamente van discurriendo hasta la llegada del primer paso que, precedido de músicos, cantores, sacerdotes, acólitos y hermanos y cuajado de luces y alhajas de plata y oro, parece un ascua de fuego. Al acercarse al monumento la claridad acrece y las imágenes toman nuevo esplendor. Allí es donde impresiona con toda su fuerza la mágia de la estatuaria con su misterioso mutismo y expresion inalterable. El arte ha sabido divinizar las imágenes expuestas á la adoracion del pueblo en España. La estatuaria del culto en España no es ciega como la del arte griego. Los ojos de cristal, las pestañas, las cejas, el cabello, tomados de cuerpos vivos, el color brillante con que los escultores encarnan los rostros que han de reflejar en medio de un foco de luz, constituyen tal carácter de realidad, tal belleza y esplendor tal que excede á toda ponderacion. Agréguese á esto el mérito de la escultura, generalmente de los más famosos artistas, la verdad de la expresion de dolor de las facciones de Jesus y de María, y se comprenderá cuán misterioso influjo ejerce esa actitud inmóvil, esa mirada fija, ese dolor embellecido, esa majestad entre rayos de luz vivísima que parece querer responder á las súplicas del católico arrodillado y conmovido con tan soberana y misteriosa representacion. La perspectiva es mágica en el momento en que los pasos, movidos con una regularidad que pasma y por fuerza atlética invisible, como si fuera un resorte, se tornan y presentan su frente al monumento. Los nazarenos enarbolan sus lujosas bocinas cuyo ronco son repetido por las inmensas bóvedas impone y sobrecoge el ánimo; entona el coro graves y melancólicos cantares, y en medio de este cuadro en que todo conspira á exaltar la imaginacion, la fantasía meridional necesita poco en tales momentos para creerse transportada en tiempo y lugar á la verdadera y triste historia de nuestra redencion.

En el viernes Santo es admirable la solemnidad del sermon de las siete palabras. A la profusa iluminacion de los templos sucede casi la oscuridad completa. Solo una luz esparce sus tibios rayos en el altar mayor delante de un Crucifijo, á cuyo pié se ve la imágen de María triste y llorosa. El sacerdote sube al púlpito y ofrece á la devocion de los fieles el bellísimo, sublime y melancólico poema encerrado en las siete palabras del Redentor moribundo, y á cada plática llena de uncion suceden los

acordes de una suave y solemne armonía. Estas composiciones son bellísimas. El gran maestro aleman Haydn dedicó su prodigioso ingenio á este asunto de las siete palabras á solicitud de los españoles, y ciertamente nada más propio para el reposo y la meditacion despues de la viva y tierna pintura que el orador sagrado expone al comentar la voz de un Dios desamparado, que los ecos melodiosos que alternativamente resuenan en el templo.

En la tarde del viernes Santo hace su estacion la cofradía llamada del santo Entierro, precediéndole otras por lo comun. Esta procesion es famosa dentro y fuera de España por la riqueza y variedad de los trajes, imágenes y acompañamiento. En ella se ven coros de ángeles, los doctores, los evangelistas, los arcángeles y la Verónica representados por niños de ambos sexos, llenos de preciosas galas, y varias lujosas compañías de soldados romanos. La tropa que cierra la marcha lleva las armas y las cajas á la funerala, y las bandas de música ejecutan alternativamente marchas de la misma especie.

El sábado Santo vuelve á reunir á los curiosos forasteros dentro de las naves espaciosas de la catedral para ver la ceremonia de quitar el velo negro y tocar á gloria. La Giralda echa á vuelo sus campanas en medio de las detonaciones de la iglesia y el confuso ruido de las campanillas del coro, y apenas se esparce la multitud por las calles, aparecen los bausanes ó Judas llenos de paja, con los cuales hacen autos públicos de fé, amenizando el pueblo este dia con contínuas descargas de escopetas, que en más de una ocasion han puesto en peligro la vida de los transeuntes.

Llega por fin la noche del sábado, término y acabamiento del período de ayuno y abstinencia y dia en que las viejas quiebran la última pierna de la figura cuaresmal, compuesta de siete que van cortando á la expiracion de cada semana, y al dar la última campanada del reloj de la Giralda, muchedumbre de voces lanzan á los cuatro vientos cardinales los gritos de despedida á las vigilias, ayunos, cilicios, penitencias y potajes. Así acaba este tiempo santo y esta dilatada série de ceremonias religiosas y populares, que tanto eco tienen en la Península y aun fuera de España. En otros tiempos las iglesias permanecian cerradas el viernes Santo, semejando las poblaciones y sus habitantes, en su inactividad y silencio, un domingo en Escocia en la mayor preponderancia del Kirch. Hoy no se puede decir que se profane ni menoscabe la solemnidad del dia. Do quiera reina el recogimiento y el silencio. Los carruajes no discurren este dia por las calles y plazas, ni gritan los vendedores, ni se abren las tiendas ni las tabernas, ni suenan más que las lenguas de madera en las torres y en las iglesias. En épocas lejanas, los penitentes iban desnudos de cintura arriba, arrastrando cadenas, segun se ve todavía

en algunos pueblos, y abriéndose las carnes con sendas disciplinas. Hoy todos van cubiertos, con gran lujo, y en vez de regalar á los curiosos con tan repugnante espectáculo, suelen ofrecerles delicados dulces de sus canastillas. Tambien era loable costumbre antigua entre todas las familias, convidar el jueves Santo á un pobre á quien sentaban á la mesa en memoria de Jesucristo. En nuestros dias se ha olvidado esta cristiana práctica característica del pueblo español; pero en cambio las señoras piden limosnas por ellos á las puertas de los templos, recogiendo pingües productos para los asilos y demas establecimientos de beneficencia, y es tan abundante la de los españoles y tan poco numerosas las personas indigentes y las necesidades, que parece debieran vivir los pobres como unos príncipes. Sin embargo, lo que más llama la atencion del viajero en las ciudades de España es el número de personas de ambos sexos que imploran la caridad pública.

En resúmen, la semana Santa, tal como se celebra en Sevilla, en donde no hay género de actividad, de intereses, de estímulos y aun de pasiones que no se pongan en juego, conspirando todos en igual espíritu á un mismo objeto, demuestra lo que pudiera lograrse en otras esferas, aplicando esa solidaridad de accion y de movimiento á fines más directamente ligados con el bienestar y felicidad positivas del pueblo.

VII.

LA FERIA DE SEVILLA.

De poco tiempo á esta parte, ofrece una de las provincias de España uno de esos espectáculos que pueden llamarse mágicos, sin rival ni semejante en ningun pueblo del universo, solo comparable á un sueño ultra-oriental, y cuyo recuerdo no se borrará de la mente del *curioso*, en tanto que conserve el uso de sus potencias. La provincia á que aludimos es Andalucía. Ya puede creerse que no será hiperbólica esta anticipada alabanza, contando desde luego con la base de tan espléndido escenario. Esta reina de las cuatro coronas, que compone la cuarta zona Bética, segun plugo al geógrafo moro Al-Rasi, con su aureola y diadema de azul, su alfombra de rosas y manto olivífero, es como la síntesis de todas las ciudades hermosas, sitios pintorescos y bellezas naturales

de la Península, y tal es su fama por la redondez del mundo, que es como el *alpha* de todos los itinerarios de los viajeros al visitar el extremo meridional de Europa. Pues de Andalucía, ¿quién lleva el cetro, sino la oriental sultana que blandamente arrulla el padre Bétis, sacro por sus génios,

«Perla de Basora rica,»

como llama á Sevilla uno de sus vates, á quien ciñó el laurel el mismo Apolo? «Quien no ha visto á Sevilla, no ha visto maravilla,» es dicho popular en España, y añade una ilustre viajera que no há mucho gozó de sus encantos: si esto se dice con verdad de Sevilla en todo tiempo, con más razon en la época de su famosa feria anual. La época es abril, el mayorazgo de la primavera, el mes de las flores y los perfumes, en que el campo, el cielo, los jardines, las auroras y aun los soles y lunas que dijeron los poetas brillaban en las mejillas de las andaluzas, parecen vestirse de gala. Si se recorren una por una todas las capitales del mundo civilizado, no se hallará un espectáculo ó fiesta más original, más animada, más pintoresca y sorprendente que la llamada *feria de Sevilla*, solemnidad popular en que el génio andaluz despliega todas sus potencias y energía y en que parece que con una vara misteriosa hace brotar bellezas, atractivos, encantos, colores, poesía, aromas, regocijo, armonía y voluptuosidad de todas las mágicas fuentes que soñó la imaginacion apasionada.

En efecto, ¿qué es una feria en sí? Nada más comun y familiar á la vista de todos que un mercado; pero desde el modesto y pobre que abastece á una aldea, hasta el famoso *internacional* en que se cambiaron todos los productos del globo, ninguno presenta la fisonomía peculiar, interesante, poética y seductora, ninguno la profusion y belleza de rasgos característicos, ninguno la extraña originalidad que la feria de Sevilla. Su fama es ya europea. En ella se reunen gentes de diversas comarcas y regiones. Allí se combina admirablemente lo provechoso, lo necesario y lo útil, con lo deleitoso y supérfluo, con lo curioso y agradable. En ella preside la alegría, la animacion, franqueza y cordialidad propias del carácter español, y casi lo principal se ha convertido en accesorio, gracias á las mil invenciones, trazas, decoraciones, aparato y regocijo con que todos concurren á celebrarla. La iniciativa individual es admirable. Sobre la materia y fondo comun, el pueblo ingenioso ha discurrido un artificio de forma tan complicada, tan variada y pintoresca, que suspende y encanta los sentidos, porque cada uno hace alarde de contribuir á competencia á la animacion general, como si fuera un certámen del placer.

Esta feria tuvo la suerte de ser como *non-nata*. No comenzó, como todo comienza en el mundo, por exíguas proporciones. Desde su inauguracion tuvo plenitud de vida

y mostró lo que podia ser en adelante. Ya de muy antiguo tenia lugar en las cercanías de Sevilla una feria, no menos famosa en España que la de Nijni Novogorod en Rusia, que era el gran mercado anual de la fértil Andalucía. Por ella el pequeño lugar llamado Mairena del Alcor era renombrado en lejanas tierras, ponderándose el número de ganados, de criadores, labradores, contratantes, curiosos, majos y majas que á ella concurrian y las gruesas sumas de metálico que circulaban. Pero la pequeñez del lugar, la estrechez de las viviendas, la carestía de provisiones, las incomodidades consiguientes á tanta afluencia de forasteros, la dificultad que para los pagos y libranzas habia y otras muchas desventajas, hicieron buscar teatro más ancho y espacioso y establecer una feria en la gran ciudad vecina hácia la misma época. La ejecucion siguió al pensamiento como al relámpago el trueno. Escogióse un real en las afueras de la poblacion, junto á la llamada Puerta Nueva, que hoy limitan por un lado la estacion del ferro-carril de Cádiz y el arrabal de San Bernardo, por otro los llanos de Tablada, márgen izquierda del Guadalquivir y jardines llamados de *las Delicias,* y por otro los jardines, huerta y palacio de San Telmo, la gran fábrica de tabacos y parte de la muralla que diz levantó Julio César, en tiempos en que la guerra era el entretenimiento de los hombres y el asaltar las ciudades á deshora, como ladrones nocturnos, suceso de cada dia. La situacion es, pues, pintoresca y acomodada; inmediata á la poblacion y á las dos avenidas, *fluvial* y *férrea*, que gracias al poder mágico del vapor, pueden transplantar en poco tiempo todos los ganados que pastan por el orbe conocido.

Dias antes del que da principio á la feria, dos opuestas corrientes desaguan sobre el campo provisto de abundantes pastos y abrevaderos. Por una parte rebaños de carneros y ovejas con sus pastores, conductores y zagales, vestidos á la usanza de sus respectivos pueblos; yeguadas, toradas, piaras de cerdos, mulas, mulos, caballos, potros y jumentos con sus correspondientes guardianes, yegüerizos, vaqueros, muleteros, gitanos y demas tratantes, peritos y conocedores, vienen sucesivamente á poblar el real, distribuirse el terreno, levantar sus rediles y cercados, erigir sus tiendas y proveerse para la campaña feriante ya próxima. Por otra parte, de la ciudad desembocan multitud de carros provistos de lonas, lienzos y maderas para construir tiendas, establecimientos, albergues, casas, *restaurants*, casinos de recreo, teatros y demas llamativos de la curiosidad del público. Parte de estas tiendas las construye el municipio y atiende con el producto de su alquiler á los asilos y casas de beneficencia; y parte se construyen por cuenta de particulares. La calle de San Fernando ofrece el aspecto de una perpétua caravana. Tíranse líneas, fórmanse circos, plazas, calles, paseos para los ginetes y carruages, paseos para los pedestres, travesías, encrucijadas; en suma, se improvisa una ciudad como por ensalmo, ligera, risueña, vistosa, pinto-

resca, de una arquitectura original y graciosa, apropiada para los habitantes que han de poblarla, reunidos y unificados en un espíritu, que es el de entregarse al recreo y al goce, á la alegría y al festejo. Labradores, ganaderos, ricos, pobres, industriales, comerciantes, artistas, jornaleros, ocupados y ociosos, todos concurren á levantar esta fantástica poblacion que solo ha de vivir tres dias entre el estrépito, el bullicio y la agradable confusion. Los unos elevan sus tiendas para vigilar su ganado, los otros para hacer con más comodidad sus compras y ventas: éstos para ofrecer al público provisiones, artefactos, curiosidades ó fruslerías; aquellos para pasar el tiempo con sus familias, amigos, camaradas y paniaguados.

La perspectiva del campamento cautiva: parece una ciudad levantada por las hadas, por los genios risueños que vagan en las orillas seductoras del Bétis. Todo son bellos y brillantes colores, banderas y pabellones flotantes en los remates de las tiendas, vistosas flores, caprichosas guirnaldas. Aquí discurren grupos de gitanas, vestidas con sus colores favoritos de blanco y grana, puesta una rosa sobre sus cabellos de azabache, y empleando toda suerte de hipérboles para ensalzar las frutillas de sarten que fabrican en sus baluartes, adornados con encajes, cortinas, cornucopias, cintas de colores y mesas y bancos de pintado pino. Allí asientan sus reales los vendedores de juguetes, dijes, golosinas y objetos propios para *feriar* á las damas y entretener á los muchachos. Allá se instalan en vistosas tiendas los proveedores de manjares más incitativos y afrodisíacos, como mariscos, aceitunas, alcaparras, salchichones y otros eternos compañeros de la aromática manzanilla. Acá lucen las botillerías, tabernas y figones su innumerable série de Málagas, Pajaretes, Amontillados, Pedro Gimenez, Valdepeñas, Jerez y Sanlúcares de todas edades, linajes y condiciones, en buena armonía con los Marrasquinos, Noyós, Mil frutas y otros licores de extranjera raza. Acullá se alzan como cipreses entre el mimbre las fondas como nacidas, los *restaurants* como llovidos, y los cafés como pintados. En este lado se ve un teatro, más allá un escamoteador, de esta parte un *Tio vivo*, de la otra un *salta-en-banco* con perros *filósofos* ó monos *sabios*, y tras estos la gran pantera de *Java*, el enorme tigre *Bengalés*, la mujer *barbuda*, el gigante de *ocho piés*, el enano *Tom Pouce*, el niño de las *dos cabezas*, y otros tantos fenómenos que hacen sus apariciones periódicas en las córtes y en las ferias, sin faltar el cosmorama, el diorama, el panorama, el juego de sortijas y el antiquísimo *Tutilimundi*, descendiente del genuino prototipo que nació en *Acera* y diseminó su alegre prole por todas las partes del universo.

Entre esta variedad de tiendas se alzan extensas líneas de kioskos, casas de hierro, madera y listados lienzos, armadas á todo coste por el vecindario, adornadas con cuadros, espejos, elegantes sillones, costosas mesas, magníficos pianos, y toda suerte de adornos, de objetos necesarios y supérfluos, tal como si fuesen moradas

fijas. Esta es la invencion más original y característica de la renombrada feria de Sevilla. La poblacion en masa se transplanta al real, cambia de domicilio, vive, come y duerme en la feria y el trato y comunicacion sociales, y las exigencias del más refinado lujo se reproducen allí y se satisfacen bajo nuevas formas y con nuevo carácter.

Cada familia, por modesta que sea su fortuna, toma asiento en el real y en él construye una tienda más ó menos espaciosa y elegante. Allí lleva criados, muebles, provisiones y todo lo necesario para pasar el tiempo de la fiesta. Es una emigracion general. Sevilla se sale de sí misma. Los negocios se interrumpen, ó mejor dicho, se continúan en las afueras. Las jóvenes preparan sus galas, conciertan sus reuniones, proyectan sus tertulias, juegos, bailes, conciertos y banquetes para la nueva capital volante, puesta bajo la proteccion de Mercurio y de las tres gracias. No hay más que un espíritu, un solo pensamiento: el de entregarse al recreo y al regocijo, el de solemnizar la feria. El dia se pasa en visitas de tienda en tienda, en paseos, en bailes, en jaranas, en tertulias, en festejos de todas clases, porque no incitan á otra cosa aquellos Elíseos Campos, en cuya entrada, á la inversa que en el infierno que soñó el Dante, escribe el dios Momo:

Lasciate ogni dolore, voi ch'entrate.

Y ¿quién podrá abrigar pena, ni alimentar melancolía, ni arrugar el ceño al ver aquel cielo transparente, al respirar aquella brisa que embriaga, al ver aquellas mujeres, archivos del donaire, compendios de la gracia y gallardía, que fascinan con su presencia, cautivan con su lenguaje y abrasan con sus ojos? La mujer andaluza es bella siempre, triunfa siempre; pero su verdadero reinado es el del placer. Entonces se anima su fisonomía, toma una expresion de vida indefinible, el génio del amor mueve sus labios, muestra su sonrisa encantadora, y tras la pupila de sus negros ojos velados por largas pestañas, parece agitarse un mundo de radiante luz, morada del amor y la alegría. Por eso luce su belleza con doble encanto entre aquella perspectiva mágica, entre aquel confuso laberinto de colores, guirnaldas, pabellones y damascos, entre el ruido de la música y las exclamaciones de júbilo, los vítores, las canciones y el movimiento de los feriantes. El cielo, la tierra, los elementos, las aves, las flores, los séres todos en diverso lenguaje y maravillosa armonía cantan allí el himno del placer y del amor. Allí se ve al mendigo satisfecho, contento el pobre, sin altivez el rico, sin hipocresía la doncella, solícito el amante, servicial el amigo, obsequiado el extranjero, mezcladas las clases y convertidos todos en una gran familia. Allí están la alegría en su punto, el chiste á tiempo, el buen humor contínuo, la familiaridad

constante, la franqueza en los labios, la cortesía en su colmo, el rumbo á la moda, los requiebros por minutos, los diálogos como lluvia, las ocurrencias á granizadas, la música á competencia, los bailes á millares, el vino por arroyos, los dulces como en bodas, el bullicio sin tregua, la confusion agradable, y la sonrisa en todos. La abundancia reina y la hospitalidad campea como si fuesen los tiempos primitivos en que la naturaleza era más pródiga, los hombres menos avaros, y no se conocian las voces de *tuyo* y *mio*. Los criados están á punto para servir á conocidos y extraños y regalar á los huéspedes que entran y salen, refrescos, licores, frutas, dulces, café, chocolates y otras golosinas, que aceptan sin ceremonias ni cumplimientos, porque el trato entre los españoles es por extremo franco, y las relaciones y amistades que nacen en estas ocasiones de júbilo no piden ceremonial ni están sujetas á reglamentos. Hay una admirable jurisprudencia que sirve de guia en la sociedad; jurisprudencia que muestra el buen fondo, benevolencia y filantropía del pueblo ibero. El español, como el jurista, cree que todo hombre es bueno y digno de su amistad, *mientras no se le pruebe lo contrario*. Este es un gran indicio de nobleza de carácter. Jamás la reserva ni la sospecha enmudecen sus labios, interrumpen su afable sonrisa ni retiran su mano del desconocido. Este no necesita de padrinos ni recomendaciones para cruzar su palabra, estrechar la mano, ofrecer ni aceptar un obsequio del extraño. Es hombre, y basta, y como dice el pueblo, á cada uno le abona su *bella cara*. Podrá engañarse, podrá hallar falsía y mala correspondencia en su semejante; pero prefiere este engaño á una sospecha inmotivada ó reserva que considera como una injuria.

Esto que es ley constante en sus relaciones sociales ordinarias, sube de punto en sus pasatiempos y momentos de regocijo y animacion. Los pueblos como el individuo, revelan el fondo de su carácter y de sus pasiones en los momentos de excitacion y entusiasmo. Una fiesta popular, como la que describimos, es á guisa de vino que excita y embriaga á la poblacion entera. *In vino, veritas*, dijeron los antiguos, y si hemos de juzgar por el espíritu que en ella domina, las más nobles pasiones y sentimientos se ponen de manifiesto al observador. Como si fuese aquello un gran jubileo en que se remitiesen, perdonasen y absolviesen pecados, allí ante el ara del regocijo y siendo testigo Baco, se reconcilian enemigos, se perdonan injurias, se olvidan rencores y se echan (esta es la frase) *pelillos á la mar*. El tema constante de las pláticas del andaluz es digno de estudio, y podria decirse que se roza con las más altas cuestiones filosófico-sociales. Escuchad á un orador, y le oireis echar mano de los mismos tópicos, ora sea el asunto el amor, ora el valor, ya la amistad, ya, aunque por excepcion, los intereses. Al punto lo vereis impulsado por la fuerza de su fantasía meridional á girar en el mundo de lo fantástico, de lo absoluto, de una

razon que no es la razon de sus condiciones actuales, ni de las generales de la sociedad en que vive. Lo primero es elevar á grande altura la idea autonómica, el valor de su personalidad. De ciento, noventa y nueve os dirán que su carácter es suave, blando, tolerante, gobernable: que *por la buena* se hace de ellos lo que se quiere; pero *por la mala,* no hay poder en la tierra que los avasalle: confesion noble y preciosa que muestra su dignidad, su libertad y su independencia. Y en efecto, en esta frase ordinaria, en esta especie de máxima que anda siempre en boca del pueblo, se reasume el carácter español. El pueblo renunciará á mil venturas y mil bienes como este bien y esta ventura le sean impuestos por la fuerza; mientras que irá á donde le lleven, hasta la tiranía, hasta la muerte, con maña y con dulzura. Aquí está la historia y el secreto de todos los sistemas políticos y sociales aplicables ó aplicados á nuestro país. Es el pueblo más indisciplinable y al mismo tiempo el más dócil del mundo. *Por la buena* consentia Sancho en darse tres mil trescientos azotes, aunque sabia el embeleco del mal y lo inútil de la medicina, y *por fuerza* se negó á darse uno solo y aun hizo armas contra su amo y natural señor.

Despues de esto, proseguirán diciendo que no envidian á nadie; que están contentos con su suerte; que son *tanto como el que más;* que no les falta *un peso duro* en el bolsillo para gastarlo con sus amigos; que cuatro dias que ha de vivir el hombre sobre la tierra, no valen la pena de fatigarse ni afanarse por nada; que cada uno es rey en su casa y todos hijos de Adan, con otra porcion de máximas, refranes, principios y protestas la mayor parte anti-sociales, es decir, nacidas de un instinto soñador y de una tendencia reformadora. Y es que el espectáculo de la naturaleza inanimada, la escena que les rodea en su belleza y armonía les hace notar de contínuo el contraste que hay entre el órden de la naturaleza y el de la sociedad; entre el espíritu de las leyes naturales y el de las positivas y escritas, vislumbrando su instinto un ideal superior á lo existente.

Este espíritu no solo domina en sus pláticas, sino en sus prácticas. No puede imaginarse libertad, igualdad y fraternidad más completas que las que reinan en estos dias. Allí no hay ni más altos ni más bajos. Ni la riqueza da privilegio, ni el traje preeminencia. Ni el orgullo se entroniza y avasalla, ni la pobreza se humilla y se esconde. El puesto que cada uno ocupa no parece *fatal,* sino de eleccion propia, al modo que en el teatro para ejecutar una funcion, es preciso que uno haga de amo, otro de criado, uno de opulento y otro de pobre. El extranjero verá discurrir por el real de la feria lujosos trenes, tales como se lucen por el *Millon dorado* en *Hyde Park* y en el *bosque de Boulogne.* Quizás no haya nacion que pueda presentar una capital de tercer órden, como es Sevilla, que más se aproxime en esta parte al lujo y esplendor de una córte. Pero al lado de la elegante carretela, tirada *á la Daumont,*

va la plebeya tartana, ó la popular calesa, y paso á paso con el arrogante corcel, cuyos hijares oprime un noble, camina el gitano, caballero en su rucio, con su sombrero de *hampa*, tan erguido y tan *chez soi* que no le igualara un príncipe. Se ha observado, y con razon, que mayor es la altivez que en su rostro muestra en España un pobre, que orgullo y vanidad el de los ricos. Bien dijo Cervantes al pintarnos á Sancho sobre el jumento, requiriendo el flaco vientre de su pobre alforja, que iba *como un patriarca*.

Cierto que en todas las naciones hay festejos y solemnidades en que se juntan las clases todas. Se juntan, sí, pero no se mezclan ni menos se confunden como entre nosotros. Siempre hay un salto mortal del heredero al desheredado, del rico al pobre; siempre gradas y plataformas, y aunque corran en el mismo tren, *billetes de tres clases*. Nosotros podremos tener nuestros defectos, pero todavía la seda no ha logrado diferenciar tanto á los unos de los otros, ó al menos en ciertos casos imitamos á los antiguos, que en determinados regocijos igualaban esclavos y señores, ó á los modernos que forjan esos modelos de sociedades llamadas utopias. En efecto, ¿quién no diria al observar al pueblo en la feria de Sevilla, que tales séres y tales costumbres no eran las de una feliz utopia ó una dichosa Icaria? Vese aquí al pastor delante de su tienda, moviendo la enorme caldera que lleva en sus entrañas un entero cabrito, rodeado de zagales y gentes rústicas, en sazonadas pláticas con sus amos, y en familiar conversacion con las señoras. Éstas no tienen á menos visitar su tosca cabaña, aceptar su rústico asiento y aun probar sus groseros manjares; ni aquellos juzgan demasía aceptar sin ceremonia el aromático habano que se les ofrece. Mas allá una apuesta dama oye con solícita atencion y no disimulado contento los requiebros que la dirige un pobre jornalero ó un locuaz andaluz de zamarra al hombro. ¿Y cómo no habia de tener carta blanca el ingenio y la inspiracion de un hijo de la Bética zona, para desahogarse en hiperbólicas alabanzas á vista de la belleza, así fuese hija del cielo y conducida por los caballos del sol? Esta es costumbre verdaderamente española, y tan arraigada en las partes de Andalucía, que sentir la vista herida al rayo de la hermosura y venir el elogio, como explosion al canto, es todo uno. Permanecer con la lengua muda, pareceria un pecado mortal. La feria de Sevilla es una academia de cortejo y galanteo al paso y al aire libre, y hay oscuros ingenios tan fecundos y oportunos en estas primeras guerrillas del amor, que merecian ser poetas laureados.

Ofrécese aquí á la vista un grupo de majos y majas, de patilla de hacha y faja de seda los unos, de alto rodete y terciada mantilla las otras. Es la flor y nata de la gente del bronce. San Roque con Triana, San Bernardo con la Macarena. Allí se pisa el polvo *á tan menudito*, se habla *en caló*, se escupe *por el colmillo*, llora la garganta, habla la guitarra, vuelan los piés y rien las castañuelas. Pues mirad á la redonda y vereis

en corro las elegantes damas, los atildados galanes, la dueña curiosa, el viejo verde, alguna que otra punta de la canoa de un cura, y en tercer término la señora opulenta curioseando desde su carroza, el gitano majo sobre los estribos de su cuartago, y el rico mayorazgo sobre los lomos de su jerezano potro, todos confundidos en uno, y si á mano viene acompañando al coro de palmadas en la fuga del meneo.

Un paso más á derecha ó izquierda, y al lado del baile de *palillos* se ofrece un baile de sociedad á gran orquesta, ó un gran concierto vocal é instrumental. No hay un negro de uña de las malagueñas á las *cavatinas*, del *zapateado* á los *lanceros*, de la vihuela de *Pagés*, al piano de *Collard-Collard*. Las costumbres indígenas van en paz y buena armonía con las exóticas. El piano asienta su dominio en el reino de la guitarra, sin que esta se declare en derrota al bullicio atronador de su rival. No se dirá ya por los extranjeros, que la música está en España en el estado en que la dejó Fígaro, que enseñaba *por cifras*, como buen barbero que se hace entender por señas. ¡Quién lo creyera! ¡En la feria de Sevilla, á las puertas de San Bernardo *donde nacen los toreros*, oyendo el balido de las ovejas, el ladrar de los mastines y el bramar de los toros, herir los aires el eco de *Il Bacio* de *Arditi*, del *Aunen-Polka* de *Straus!* «C'est beaucoup avancer,» dirán *Gauthier*, *Dumas*, *Yord*, y otros tantos *touristas* de esta escuela. Pero, «*cosas de España*, añadirán in continenti : al lado de las bellas señoritas vestidas de elegantes trajes, divisábamos las susodichas patillas de hacha, los empingorotados rodetes y las mantillas terciadas, y aun llegó de vez en cuando á nuestros oidos un : *¡ole, viva la gracia!*»

«Eh, bien, messieurs, ¿no seria mejor haber cerrado la puerta, puesto una verja, dos gendarmes y un letrero diciendo : *No se pasa sino de gran uniforme?*» Pero entonces no seria la feria de Sevilla, esta fiesta tan seductora, tan original, tan española, tan llena de vida, tan pintoresca y memorable. Si alternan y van mezclados en gozo y armonía el noble con el plebeyo, y el pobre con el rico, ¿por qué no han de alternar el vals con el bolero, la polka con las seguidillas, y el rigodon con el fandango? ¿Por qué no se han de confundir en un mismo recinto la *casta diva*, de *Bellini*, y *las ventas de Cárdenas*, de *Iradier*; el *miserere* de *Verdi*, con las *soledades*, la *Lucía* con la *caña*, y la *Semiramis* con el *polo?* Dígalo el gran maestro, que no se desdeñó de estudiar en nuestro país las ricas melodías, la gracia y viveza como la poesía melancólica de sus cantares. Ellas le han inspirado más de un bello pasaje de sus grandes obras. Tal vez en Andalucía pensaba, y en sus noches serenas, en su plácida luna, en su risueño despuntar de la aurora y en las bellas desveladas á las rejas, cuando escribió su magnífica serenata,

« Ecco ridente il celo. »

Tambien el gran Mozart adivinó esta patria del amor y el galanteo cuando escribió la suya en el Don Juan,

« Der vienni alla finestra, »

obra que por esa prodigiosa virtud del instinto del génio parece brotar de un enamorado pecho bajo el cielo de Andalucía y á las orillas del Guadalquivir, y no de un amante *á lo tudesco*.

Pero hemos hablado de la música *concertante* y no de la *disonante* que producen tantos séres en movimiento, los vendedores fijos y ambulantes que atruenan, como buenos buhoneros, alabando cada cual sus agujas, y el endiablado son de tambores, panderetas, carrañacas, pitos y demas instrumentos de esa orquesta espasmódica que organizan los recien-casados y padres de familia. Esta es la parte instrumental. La vocal la componen los vendedores de la *tostada* avellana, del altramuz *limpio* y *aseado*, el agua fresca *de la Alameda*, la naranja *del Moro*, las flores *de trescientos colores*, y otras mil curiosidades, golosinas y baratijas que no valen el esfuerzo de pulmones que cuestan; pero que en uso y ejercicio de la amplia libertad allí proclamada, tienen derecho á ponerlas más allá de los cuernos de la luna. El vendedor en Andalucía es un verdadero tipo, al cual no ha llegado mercader humano ni en la más antigua judería. Si vende *á pregon seco* y uniforme por las calles, ha de ponerlo en música y hacer su *debut* con una frase melódica, que no ha dejado de llamar la atencion de muchos *virtuosi*. Por nada de este mundo estaria un andaluz pregonando por una hora un monosílabo, como el judío de Lóndres, que lleva ya siglos con su insufrible *Cló, cló*. En las ferias y veladas no canta, pero habla más que cien papagayos. Su lengua es una fuente que mana de contínuo ingeniosas ocurrencias, y aun imágenes y tropos que envidiaria un poeta gongorista. Él no ha de hablar en sentido recto, si lo aspan vivo, sino siempre en sentido figurado; y sin tener interlocutores determinados, habla al viento, apostrofa ó personifica sus baratijas y sostiene un monólogo chispeante de gracia y movilidad capaz de hacer reir á Saturno. Mientras más ruin sea la mercadería, mayor ha de ser su estrépito y elocuencia, y se ha visto llamar á la alcachofa, fruta silvestre y ruin, *la reina de las frutas, la pera con puas*, que es cuanto puede alcanzar el más alambicado ingenio. No es menos original el tratamiento recíproco del vendedor y el comprador en Andalucía. Éste tutea al vendedor, que en cambio emplea las voces de *Padrino* y *Madrina*, segun el sexo, que es la forma más noble y digna susceptible de revestir esa inevitable dependencia que establece la diversa categoría de ambos.

Entre los vendedores descuellan las gitanas, así por su número como por sus

chistosas ocurrencias. El real está cuajado de *baluartes* como ellas llaman á sus tiendas, donde todas, sin excepcion, se ocupan en freir buñolillos de viento, en un poderoso anafe y colosal caldera ó sarten llena de clarísimo, oloroso y humeante aceite. En ellas está el secreto de la fabricacion de la masa compuesta de harina, y tan flexible, ligera y bien trabada, que entre sus hábiles dedos recibe en un momento la forma de anillo, y echada en la sarten se esponja é hincha de aire. Este es el compañero inseparable del rico y potencioso chocolate, espeso como miel, ó clarion como la purísima verdad. El arte y elocuencia que emplean las gitanas para atraer concurrentes son tales como suyos, y cuando más aprietan los aros, es cuando ven á las damas acompañadas de sus galanes ó amigos. La granizada de elogios, de lisonjas, de ponderaciones y de ocurrencias, de epítetos graciosos y de frases insinuantes no halla defensa ni abrigo en el corazon más avaro ni en el hombre más descortés. Es preciso caer en los lazos de aquella morena de mirada melancólica y fisonomía sibilítica, en cuyos labios anda vagando una maldicion ó un chiste que pondrá en ridículo al galan delante del bello sexo. En efecto, no hay fecundidad que iguale á la lengua de una gitana, más oportuna en chistes que un gracioso de comedia, y más feliz en comparaciones que el famoso Francesillo de Zúñiga. En su instinto y su mirada hay algo de perspicacia sobrenatural y profética, y para probar esto bastaria recordar que una de ellas llamó á nuestro gran bibliógrafo Gallardo, *cara de libro prohibío*, epíteto tan ajustado, propio y oportuno, que no hallaria otro el génio mismo de la gracia y de la sátira.

Como la mayor parte del ganado que á esta feria concurre es caballar, los gitanos representan un gran papel en ella. Estos viven ahora ni más ni menos que como los describió Cervantes en su preciosa novela de la *Gitanilla Preciosa*. Son gente que vive por su *industria y pico*, y para ellos *se crian las bestias de carga* en los campos y en las ciudades. En efecto, la venta y compra de caballos, asnos y mulos constituye uno de sus principales modos de ganar su subsistencia. Conocen como ninguno su valor y sus cualidades, y transforman estos animales de manera que no los conoceria su mismo dueño. Por más viejo y enfermo que esté un animal, aunque todo sea huesos y pellejo, en sus manos cobra vida y gallardía. Los términos de que se valen y las prácticas que usan y comedias que representan todos de concierto en estas contrataciones son dignas de especial pintura, especialmente si el vendedor es *novato*. Los hay entre ellos ricos, gallardos y bien vestidos, y en suma son los pontífices y *tu-autems* del mercado.

Tal es en globo el aspecto que presenta la fiesta ó solemnidad popular llamada feria de Sevilla. A ella acuden y en ella se regocijan gran número de extranjeros, gracias á la facilidad de comunicaciones. Nunca faltan artistas rusos, músicos ó

cantantes italianos, ingenieros, contratistas ó comisionistas franceses, mercaderes alemanes, y *touristas* ú oficiales ingleses de la guarnicion de Gibraltar, que por su cercanía les proporciona la ventaja de asistir á este festejo. De España no se diga, porque todas las provincias tienen en él sus representantes en todas las industrias y oficios; y sobre todo, de gentes bien acomodadas, que van á aumentar el lujo, animacion y movimiento de esta gran feria, sin igual ni competidora en ningun país del universo.

INGLATERRA.

I.

En la historia del género humano, cualquiera que sea la época que tomemos por objeto de nuestro exámen, hallamos siempre á los pueblos en tres períodos distintos de vitalidad: ó van creciendo y desarrollando las fuerzas y elementos propios, así materiales como morales, que han de abrirles puerta y entrada en la gran corriente de la civilizacion; ó se han identificado con esta, y la dirigen y la personifican; ó han quedado atrás, y ora hacen esfuerzos por reconstituirse y seguir el movimiento, ora se resignan á decaer y desaparecer por la absorcion de otros más activos. En la época que atravesamos, la nacion británica parece estar en el segundo de los períodos mencionados, si bien compartiendo el trono con otras potestades, y formando con ellas una especie de monarquía colegiada ó gobierno republicano, ó gran consejo directivo de la civilizacion, en que por la multiplicidad de los cargos se ha introducido la division del trabajo y formado ministerios; muy al revés de lo que antiguamente acontecia, que la nacion dominante avasallaba á las demas, y no compartia su imperio con ninguna.

Prosiguiendo en el símil, diríamos que á la Gran Bretaña tocaron en suerte los

ministerios ó carteras de marina, hacienda y comercio; al modo que la Alemania tiene el de las ciencias ó la instruccion, y la Francia el de guerra, estado y fomento general. En efecto, el pueblo británico se gloría de tener una triple corona; de ser rey de los mares, del capital y del comercio, y aun tambien de la industria, que es en realidad la base de esta trina monarquía. Y para que esta industria se haya desarrollado de un modo tan potente, es preciso que haya habido largos períodos de paz, de órden y bienestar públicos; y para que estos bienes hayan llovido sobre la nacion, es preciso que haya gozado de la envidiable fortuna de un buen gobierno; y para que haya existido un buen gobierno... pero esto es ya materia de un publicista, de un hombre de estado. Nosotros no estamos obligados á penetrar en las causas que han producido estos efectos, sino en nuestra mision de pintores de costumbres del universo, describir y presentar las que encontremos existentes: y gracias si podemos hacer una fiel é imparcial pintura en medio de tantas preocupaciones como pueden influir en el criterio humano. La Gran Bretaña, segun las nociones más populares en Europa, parece un Jano de dos fisonomías opuestas. Aun en política, cuyos actos son del dominio público, unos la pintan franca y sincera, como mercader honrado que lleva por principio la libertad, atmósfera de su comercio; otros la suponen maquiavélica é hipócrita, habiendo llegado á hacerse casi proverbial la frase de *pérfida Albion*. Si esto sucede con lo que todos ven y tienen espacio y tiempo para juzgar, calcúlese lo que sucederá respecto á su vida íntima, dentro de casa.

Lo que no puede negarse es, que Inglaterra ha contribuido más que ninguna nacion á la armonía y enlace de los intereses de todos los pueblos del globo, á acercar los unos á los otros, y á dar fin al aislamiento, ódio, sospecha y mala opinion que, en no lejanas épocas, abrigaban recíprocamente, teniéndose los hombres por enemigos en vez de juzgarse como hermanos. Esta mision, nobilísima sin duda, ha sido desempeñada por la Inglaterra; y no porque estos isleños hayan salido por el mundo, cual nuevos Quijotes, impulsados por el convencimiento de una teoría ó verdad moral, á predicar la fraternidad, la union y la conciliacion entre los hombres. Nada menos que eso. Ni habria pueblo en la Europa civilizada menos á propósito para moverse por el mero interés de *una idea*. El británico, colectivamente considerado, tiene reputacion de egoista, de positivo, de materialista; y por otra parte, considerado el inglés individualmente, tiende más bien al aislamiento y á la concentracion. Pero las condiciones de su suelo y de su clima le hicieron desplegar en el trabajo toda la energía y perseverancia de que es capaz el hombre. El trabajo acumuló productos, y los productos, una vez satisfechas las necesidades propias, buscan nuevos cáuces, nuevas vias, á modo que el rio, aumentadas sus aguas, forma nuevos canales por donde darles salida. El comercio fué la consecuencia necesaria de esta abundancia,

y visto que el comercio era una gran fuente de riqueza para el país, Inglaterra lo fomentó en una escala que no ha tenido rival en ninguna época. De aquí el desarrollo de su marina mercante, y el consiguiente crecimiento de la de guerra para su proteccion y custodia, y por último, la riqueza, que es el resultado infalible de tanta actividad y de tan vastas transacciones. Ahora bien, el comercio enlaza insensiblemente á las naciones mas distantes. Preciso es confesarlo: el interés material gobierna el mundo todavía. Repártanse por el universo legiones de apóstoles con un código de moral predicando la asociacion y la solidaridad entre todos los pueblos, y no conseguirán lo que han conseguido esos pontífices de la *City* de Lóndres con sus facturas y cuentas de venta, dando salida al diluvio de producciones de sus fabricantes, creando cada dia mil nuevas necesidades, abriendo nuevos puertos, construyendo millares de buques, acrecentando las vias y canales del tráfico, y estrechando los mundos más apartados con su complicada y colosal maquinaria del comercio. El comerciante llega á ser un príncipe en el reino de la pluto-cracia, como puede ser un náufrago en el mar de los negocios; pero mientras llena sus arcas, está, sin saberlo tal vez, prestando á la humanidad un gran servicio, y es un verdadero ingeniero del progreso. Su fortuna representa, por valernos de términos técnicos, una partida de ingresos en el presupuesto moral de la sociedad.

Bajo este punto de vista, á ninguna nacion se debe más influjo positivo en el bienestar general que á la que se engalana con el pomposo título de *reina de los mares*. Ella puede decir, no sin razon, que es en la época presente lo que en otros tiempos fueron Cartago, Ophir, Gades, Tartessus, Tiro y Sidon; y que en cien mares se despliegan velas al viento y voltean los hélices para impulsar sus himalayas de hierro, sus leviatanes cargados de todos los productos del universo. La Providencia en su sabia economía que hace nacer el bien del mismo mal, ha permitido que al interés individual se asocie y que con él se armonice el universal. El interés individual incita á explorar regiones, á cruzar mares desconocidos, á penetrar en continentes, á arrostrar peligros y contrastar la fuerza de los elementos para tentar al salvaje, primero con mezquinos objetos, y luego con los más refinados productos de la industria; pero si el comercio solo atiende al cambio de productos, abre el camino al cambio de las ideas y de las afecciones. Es el Colon contínuo, sediento de nuevas Américas; pero es tambien la avanzada de que se vale la civilizacion para ir acumulando pueblos bajo su égida, la red en que los prende y el complicado mecanismo arterial de que se vale para sostener su vida. Separad á un pueblo de este mecanismo y comenzará á notarse su decadencia, falto de la savia regeneradora que el comercio infiltra cada dia: ponedle en pleno contacto, y se verá un pueblo, especie de *micro-cosmos*, que encierra y posee en sí una parte de cuanto se halla

diseminado sobre la superficie del globo; un pueblo para cuyos moradores no hay nada desconocido de cuanto han alcanzado la energía material é intelectual de los hombres; un pueblo, en fin, que es más *humano*, por cuanto participa más del movimiento y está en mayor círculo de relaciones con la humanidad.

II.

EL MODERNO CÍCLOPE.

Si hubiésemos de representar á la Gran Bretaña por medio de emblemas, figuraríamos un gigante de tres cabezas, denotando estas las tres islas: *Occeana, Martesia* y *Panopea*, como llamó el ingenioso Harrington á Inglaterra, Escocia é Irlanda. Estas tres cabezas estarian coronadas con diadema de hierro, para demostrar que al hierro tan abundante en sus minas debe el cimiento de su poderío, y en todas tres no habria más que un ojo, indicando la union de ellas, y que están animadas del mismo espíritu, que es el de engrandecimiento del país; y este ojo estaria tapado con una pieza de algodon enrollada á guisa de telescopio, para mostrar que todas las cuestiones las mira bajo el prisma, presion é influjo de este poderoso soberano. Estaria vestido de billetes de banco, para demostrar su inmensa riqueza; tendria un tridente en la diestra, signo de su señorío en los mares, y una cadena de oro en la siniestra, con la que enlaza á todas las naciones con el cebo del interés. Estaria, finalmente, sentado en una inmensa roca de carbon, en medio de las aguas, alma de la moderna maquinaria; y tendria un pié desnudo, denotando la pobreza y desnudez de su ejército de jornaleros y operarios, y cómo tanta grandeza tiene por base la miseria y el abandono.

De este modo creemos que estaria muy al vivo representada la Gran Bretaña, verdadero Polifemo que del aislamiento de los mares extiende sus brazos de Briareo para acometer toda clase de empresas *ciclopéicas*. Ella ha puesto en la superficie del globo una inmensa arteria, por donde circula el fluido vital, especie de *sistema nervioso* de las naciones puesto en movimiento por la luz del sol, condensada desde inmemoriales tiempos en el carbon de piedra. Es el Prometeo de la nueva mitología, que ha robado de las entrañas de la tierra el fuego de vida para un nuevo mundo. Si no ha puesto el Osa sobre el Pelion para escalar el cielo, ha perforado altísimas

montañas para facilitar la comunicacion del suelo, suspendido puentes de márgen á márgen de anchurosos rios, y abierto espaciosas y profundas vias debajo del lecho de las aguas. Ella ha unido dos hemisferios con submarinos cables, hilo sútil é imperceptible que, entre los caminos inciertos y misteriosas corrientes del Océano, ha llevado el rayo del pensamiento á los antípodas para que á una voz y en un mismo punto resuene en el universo el cántico de *Hosanna* y la salutacion de *Paz á la tierra*, principio y fianza de la armonía universal futura. Ella ha construido ciudades flotantes sobre el instable elemento, y palacios de cristal que relegan al olvido las más fantásticas imaginaciones de los poetas. Ella ha reunido en un dia, bajo colosales naves y gigantescas cúpulas á todos los pueblos y á todas las creaciones de los hombres, y un coro mónstruo de millares de voces ha saludado la realizacion de este prodigio. Ella ha convertido su capital en otra nueva Babilonia, donde tres millones de habitantes se agitan de contínuo; donde calles, parques, jardines, plazas y mercados, diques y almacenes, vias descubiertas y subterráneas tienen proporciones gigantescas; y por último, ella ha creado un puerto donde un millon de naves sobrenadan; donde vienen, como en la famosa Tiro cantada por los profetas, ricas maderas de innumerables Líbanos, vinos y blanquísimas lanas de nuevas Helbon, marfiles de Siam, perlas del Oriente, oro finísimo de mil Arabias y cuanto más preciado crian todas las islas, lagos, mares y continentes.

Dícese comunmente entre los ingleses que la *Bretaña* fué realmente creada para los *bretones*. Y en efecto, el suelo británico en cambio de la feracidad de otros países, dió al activo é industrioso habitante dos agentes poderosos, dos verdaderos *titanes* en la civilizacion moderna : *el hierro* y *el carbon*. No es nuestra edad, en la série del progreso humano, para ser calificada como edad de hierro; epíteto dado á una época para manifestar su atraso y la grosería y dureza de sus costumbres. El hierro fué en lo antiguo poderoso instrumento; pero principalmente de destruccion. Los hombres se vestian de hierro y empuñaban el hierro para destruirse los unos á los otros; para devastar ciudades, para llevar la muerte á todas las regiones, ó para forjar suplicios y cadenas con que sujetar á los esclavos. En la moderna época vuelve el reinado del hierro, pero su mision es diametralmente opuesta, y se constituye en un elemento necesario de la vida social, en un agente de emancipacion del hombre, en un instrumento activo del progreso. Inglaterra es el Tubalcain entre las naciones. Con su martillo de *Nashmyth* ha forjado su corona como nueva diosa de las herrerías, y trae á la epopeya de la civilizacion sus Ajax y sus Aquiles, en esos grandes ingenieros y mecánicos, dédalos que han transformado la faz del mundo con sus máquinas. La impenetrabilidad é inmortalidad de los héroes, mitho de la fábula, es hoy una verdad en la maquinaria, gigante centimano que hace la obra de cien Hércules, sin

que le falte el aliento, ni se rinda á la fatiga, ni tema á la muerte. Este gigante es de hierro, y la Inglaterra posee esta *materia cósmica* de nuestra industria. Con ella tiene el don de los milagros; por ella extiende su comercio, enemigo irreconciliable de las guerras; con ella labra esas armas terribles, esos ingenios de destruccion que han de contribuir á ponerles término, y con ella hace tributarios á todos los pueblos y trae á su capital el oro de todo el universo.

A tal nacion, tal capital. El carbon y el hierro parecen exclusivamente destinados á fundir el oro. Lóndres es la banca universal. Allí van todas las naciones á remediarse en sus necesidades, y todos los capitales á encerrarse en su famoso banco. Lóndres es la inmensa córte de Pluto, la Lonja colosal, el centro de contratacion, el mercado mónstruo, el santuario á que hacen peregrinacion todos los buques que surcan las aguas, así como sus buques van á todos los puertos conocidos. Cien millas antes de llegar á los muelles de Lóndres, indica el rumbo de innumerables velas y vapores la existencia de este foco del movimiento. El canal de la Mancha se cuaja de embarcaciones, que como interminables caravanas, vuelan á competencia, cubriendo las aguas, y atropellándose en el ancho espacio. Aquí surca una escuadra de navíos de alto bordo, desplegadas las velas y toda la fuerza de la máquina. Allí magníficas fragatas, tripuladas y cargadas para las Indias. Acá se suceden sin intermision los pailebots, las goletas, polacras y bergantines. Allá ligeros vapores, yatchs de recreo, barcas, esquifes, remolcadores, que en mil direcciones voltean haciendo peligroso el rumbo. El Támesis rebosa de embarcaciones, los diques oscurecen el sol con sus inmensos bosques de velas y mástiles, y los muelles flotantes y vapores atestados de pasajeros revelan la exuberancia de poblacion, de comercio y de movimiento de la inmensa esfinge, envuelta en humo y asentada sobre el nebuloso rio.

Esta perspectiva es sorprendente, esta grandeza increible, esta riqueza portentosa. ¿Quién pudiera ahora describir brevemente esa inmensa ciudad, sin murallas ni barreras, que amenaza absorver todas las poblaciones y extender sus cien brazos hasta el mar? Imposible enumerar sus monumentos, sus templos, sus puentes, sus soberbios edificios, sus fábricas y almacenes, sus espléndidos jardines, sus palacios de cristal, sus museos, bibliotecas, teatros, institutos, hospitales, universidades y establecimientos públicos y privados; sus líneas de comunicacion, sus vias ferradas y el laberinto de su tráfico y movimiento. Lóndres es el museo en que con verdad puede decirse que está la exhibicion de *omnibus rebus et quibusdam aliis*. Allí se ve el poder del hombre, como en otros países el poder de Dios. A fuerza de industria se ha formado en el clima más desapacible la primera ciudad del mundo. A fuerza de actividad abunda en todas partes todo lo que no produce su estéril suelo. A fuerza de ingenio se han estrechado las distancias y construido una red de comunicaciones tal, que desde el centro

de Lóndres, no solo hay abierta una ruta para todos los extremos de la ciudad, sino que esta se prolonga despues á todos los confines del globo. Y con todo eso, Lóndres no ofrece nunca el aspecto de confusion. El órden más admirable reina en su movimiento y en sus negocios. Es una Babel, pero sin confusion de lenguas.

El reposo y tranquilo aspecto de la naturaleza en las islas británicas puede haber contribuido á formar en sus moradores esos hábitos de órden y circunspeccion característicos del pueblo inglés. El clima, es ciertamente desagradable con sus espesas nieblas y constantes celajes; pero en medio de esto no ofrece la naturaleza del suelo esos fenómenos aterradores, esas convulsiones de los elementos tan frecuentes en otros países. El moderno historiador de la civilizacion en Europa, dice, hablando de Inglaterra, que la templanza del clima ha formado la *respetabilidad ethnológica* de sus habitantes; esto es, lo que llamamos seriedad ó *severidad inglesa*. En efecto, en estas ordenadas islas no hay erupciones de volcanes, ni soplan monzones en sus costas como en la India, ni tiphones como en la China, ni tienen que temer el *sirocco*, el *simoon*, ni el *tornado*, ni los rios salen de madre, ni se abren las cataratas del cielo, ni el frio es muy intenso, ni el calor muy rigoroso. En una palabra, las condiciones climatéricas son *razonables*: ¿qué estraño que lo sean los que viven sujetos á su influjo? Sin embargo, esta teoría no tendrá muchos prosélitos, por demasiado fatalista, y desconocedora de la libertad humana. Esto nos llevaria á confesar que la mayor parte de los pueblos del universo están condenados á vivir en el desórden y la anarquía por el influjo y ley de la naturaleza. Lo que sí es cierto, que una reunion de circunstancias favorables, entre ellas la consolidacion del sistema político bajo la base de la libertad, una paz duradera y los intereses creados por el comercio y la industria han hecho á los ingleses más sesudos y razonables, como nacion, aunque individualmente tengan fama de extravagantes y excéntricos. Un pueblo trabajador, porque la escasez del suelo le obliga á *ingeniarse*, un pueblo que se ha acostumbrado á un sistema político por largo número de años, siquiera no sea perfecto, ha de ser por fuerza circunspecto y razonable. El pueblo inglés, que se ha desarrollado y adquirido preponderancia á la sombra de sus instituciones y bajo la base de la libertad, es acaso el que más arraigado tiene el sentimiento del patriotismo y el sentimiento de su dignidad. Estas dos virtudes son bastantes para crear esa *respetabilidad ethnológica* que se atribuye á las rocas sin volcanes y á las costas sin monzones. El inglés es el moderno *cives romanus*, y cuando no domine al mundo como el hijo del Capitolio, al salir de su patria parece que sale á *pasear su dignidad* por el mundo, creyéndose superior á todos aquellos que se han acostumbrado á ver deprimida su libertad y menoscabada su consideracion de séres racionales.

Si hubiéramos de creer en la teoría de Mr. Buckle, podríase responder, que es

muy cierto que la naturaleza reposa tranquilamente equilibrada en la Gran Bretaña; pero que la civilizacion, ó mejor dicho, los progresos de la industria y los prodigios fabulosos que hemos dicho ser obra del gigante moderno, han traido por desgracia convulsiones y accidentes capaces de producir consecuencias más desastrosas sobre el carácter, que los mismos fenómenos de la naturaleza. En efecto, el bien que la fuerza ciclopéica de los nuevos agentes puede traer á la sociedad, ha sido en parte neutralizado por los terribles siniestros que á cada paso producen. Inglaterra está de muchos años á esta parte condenada á sufrir catástrofes espantosas que consternan el ánimo y producen impresiones más hondas que las de los huracanes, volcanes, inundaciones y terremotos; porque traen siempre por reata gran número de víctimas, y porque se suceden con más frecuencia que las catástrofes naturales. No hablemos de los naufragios que publica el *Lloyd*, tan numerosos, que hay dias que se pierden hasta doscientos buques; no hablemos de los choques de los trenes, repetidos de una manera tan aterradora como se vió en la línea de *Dover* y en *Kentisch-town* en el espacio de siete dias. Fijémonos en catástrofes como la de las minas de carbon de Hartley, la inundacion de Sheffield, y las explosiones de calderas y de almacenes de pólvora como en Liverpool y Erith. ¿Qué temblor de tierra ha producido más sensacion que el volarse mil cuatrocientos barriles de pólvora en el seno de una poblacion, conmoviendo los edificios hasta el rádio de cincuenta millas? El hundimiento de la presa de un depósito de aguas en Sheffield imitó á un verdadero diluvio, y las infelices víctimas, arrastradas en sus lechos con sus casas y familias, perecieron asustadas por el espantoso estruendo de las aguas y por la creencia de que era un castigo de los cielos.

Y el daño de todo esto consiste, no meramente en los efectos que puedan causar estos desastres tan frecuentes hasta el dia, sino en la alarma, en la duda de que mañana pueden repetirse como hoy; porque los poderosos mecánicos han construido más máquinas que válvulas, y porque los peligros que trae consigo esta energía gigantesca no pueden evitarse ni preverse sino despues de una larga y costosísima experiencia. Este aspecto convulsivo de la naturaleza imitado por el arte, debia hacer á los ingleses supersticiosos y aun trastornarles el juicio; porque realmente una catástrofe espantosa es casi *costumbre* en el suelo de la Gran Bretaña, y forma el fondo de uno de nuestros cuadros descriptivos de *Costumbres del Universo*, pues no pasa dia sin que la prensa contriste al público con la lúgubre narracion de una gran catástrofe.

No obstante, casi podria dar crédito á la opinion de este historiador, el número prodigioso de homicidios, infanticidios y suicidios que tienen hoy lugar en la Gran Bretaña, como si la razon de sus moradores estuviese realmente conturbada y fuera

de equilibrio sus facultades mentales. Por lo menos, el infanticidio y el atentado contra la vida propia, son las afecciones más locales, las más culminantes en la criminalidad de este país, pudiendo añadir el mal endémico, exclusivo y peculiar en él, que lleva el nombre de *wife-beating*, ó sea maltratamiento de las esposas, desconocido en otros pueblos.

La discrecion del pueblo inglés ha querido imitar á aquellos dignos griegos que borraron de su calendario el dia de una derrota, considerándolo como si no hubiese verificado el sol su acostumbrada revolucion periódica. Al ver tanta repeticion de estos crímenes, los letrados han adoptado la costumbre de alegar como excepcion la demencia. De cien juicios criminales, la mitad se deciden por los doctores en medicina. Los veredictos de los jurados, se modelan hoy dia y se ajustan á estas fórmulas: «Cometió el delito en una perturbacion de sus facultades, no siendo dueño de su razon, hallándose insano de entendimiento, estando loco.» Y ¿es posible que los jurisconsultos ingleses lleven tan al extremo la opinion platónica de que el hombre que comete un crímen no está en su sano juicio? De ningun modo. El jurado no hace esta declaracion sino despues de haber investigado que préviamente á la comision del crímen habia *desrazonamiento* en sus actos y en sus palabras: lo que probaria que el ánimo de los ingleses está hoy bajo el influjo de una causa extraña, accidental, perturbadora; que la demencia es una especie de *cólera morbo* del cerebro que ha invadido á la Inglaterra, y este cólera morbo no podria menos de ser efecto de las causas que hemos apuntado.

Sin negar absolutamente que tengan algun influjo, creemos que estas afecciones del ánimo traen cabalmente su orígen de esas fuentes que Mr. Buckle considera creadoras de la *respetabilidad ethnológica* de los bretones: en una palabra, que son climatéricas. La melancolía ó *spleen*, que no es más que un grado en la escala de la demencia, es una afeccion congénita, connatural en los ingleses. Ese carácter *medio*, ese reposo y equilibrio del clima, produciria equilibrio y reposo en los moradores, si ese mismo equilibrio y racionalidad fuesen las condiciones de la organizacion social del pueblo, y si la pasion por el oro ó *fiebre amarilla europea* no se hubiese apoderado de la mayoría. El clima de los ingleses no aviva la fantasía, ni enciende las pasiones del amor, ni los sentimientos del gozo, del placer, de los deleites; ni inclina á una religion sensual, ni á la supersticion. Es cierto; pero estos mismos estímulos reparten y distraen la atencion de los meridionales, impidiéndoles concentrarla solo en un objeto. Ahora bien, el objeto cuya contemplacion absorve al inglés, es la acumulacion del capital, único modo de entrar en el goce y participacion que le niegan la austeridad del clima y los vicios de su organizacion social y de sus consiguientes preocupaciones. Solamente en la Gran Bretaña se estima y evalúa al

hombre por el dinero. En vez de decirse: «Fulano es hombre de capacidad, de excelentes dotes,» se dice: «Es hombre de tantas libras esterlinas.» Quien no ha nacido noble, se crea un título que vale bien la nobleza, pues la aristocracia del capital no es la más despreciable en nuestros dias. Quien tiene fortuna, tiene una gran compensacion entre los ingleses, donde las preocupaciones de raza y de casta establecen barreras insuperables para los ciudadanos. El hombre confía y depende solo de su fortuna, pues no es como en otros países en que puede alternar en todos los círculos, y ser estimado, atendido y protegido por su valor personal independientemente de su hacienda; así es, que una bancarrota, una quiebra, una especulacion torcida, un negocio desgraciado ó una catástrofe que destruya la propiedad, influye en el ánimo de los ingleses más que cien Vesubios arrojando diariamente espesas llamas. Estar en la cúspide deseada, haber acumulado un capital, y perderlo y quedar reducido á la condicion de ilota, á formar en el numeroso ejército del pauperismo, es golpe que pocos cerebros *discretos* pueden resistir, sin salir de su caja la razon como han salido de su caja los fondos. Por la inversa, vivir batallando con la miseria, estar privado de todo, hasta de los rayos brillantes del sol, y no tener más distraccion ni consuelo que la embriaguez con bebidas adulteradas, *realmente envenenadas*, es ir *derechamente* á la desesperacion y á la locura.

III.

LA CITY.

Vedla allí, en el centro de Lóndres, cruzada por el Támesis, abrazados sus extremos por lazos de hierro sobre las turbias aguas, transpirando negro humo por mil volcanes de carbon, envuelta en un manto de espesa niebla, perforadas sus entrañas, cubierta con una red de alambres que lleva el pensamiento, confundida en otra red de vias que vomitan séres vivientes, Océano de torres, cúpulas, estaciones, catedrales, tribunales, prisiones, arsenales, diques, muelles, puentes, túneles, mercados, bolsas, bancos, tabernas, hospitales, cementerios, museos, fábricas, escritorios, oscuros almacenes, gigantescos depósitos, extensas alhóndigas, inmensas bodegas, bosques de mástiles, hormiguero de hombres, laberinto de calles: esa es la

ciudad, allí está el corazon, el latido, el pulso de la vida material de nuestro siglo; allí converje y de allí parte todo el movimiento, toda la fuerza muscular de los dos mundos. Por eso su voz es el estruendo, su grito el silvido de las locomotoras, su aliento torbellinos de humo, su sangre el hirviente fluido y sus entrañas negro y petrificado carbon.

La *City* es una poblacion diversa de la ciudad de Lóndres bajo todos aspectos. Se distingue por su arquitectura, dialecto, costumbres, moralidad, policía, instituciones, privilegios, y por distinguirse en todo tiene su cielo y atmósfera especiales. El sol pugna en vano por romper la densa veladura que la cubre. El espíritu de las tinieblas vence siempre al de la luz, y el astro del dia se contenta con aparecer de vez en cuando como cuerpo opaco á quien puede mirar el mortal impunemente, ó bien á hacer tomar al manto nebuloso todos los colores del prisma.

Penetremos en este inmenso taller, en donde todo toma un baño de negrura como si saliera de una inundacion de pez derretida. La oscuridad del dia sucede á la oscuridad de la noche. Reina el silencio en las desiertas calles llenas de muradas puertas. La luz del gas abre á la vista un pequeño horizonte monótono é incoloro, ó mejor dicho, de ese color clásico que forman el hollin, la niebla y el lodo, y es el barniz ó color neutral de todas las perspectivas de Lóndres. El ánimo se abate al ver al gigante en reposo, y la fragua sin los cíclopes. Melancólico y triste es lo poco que se ve, y la imaginacion se representa el resto como un sepulcro. Si un rumor viene á turbar aquella espantosa soledumbre es el paso tardo del constable ó el ronquido del mendigo que duerme en un escalon ó bajo una arcada, ó el rechinar de los dientes de esa raza vagabunda que disputa á los perros el banquete de los muladares. Cosa extraña, los pobres y los rateros se instalan en la *City*, luego que el rico la abandona, como lobos hambrientos que ante un rebaño custodiado se contentan con el husmo de la presa. Allí están los dos polos que con misterioso iman le atraen: el Banco, lleno de oro, y Newgate, lleno de criminales: la vida y la muerte, *el ser* y el *no ser* de su gran poeta, y entre los dos cuernos del dilema la cúpula de San Pablo, único libro, imágen y recuerdo que puede tener en aquella nueva Corinto del que despreció la pobreza y santificó las privaciones; porque si lleno de angustia el corazon y los ojos de lágrimas penetra en la gran basílica y topa con estátuas profanas y altares en donde se veneran generales, ministros, poetas y pintores, harto tendrá que hacer el ángel de la guarda para librarle de tentaciones.

Éstos ni llamados ni escogidos en el paraíso plutónico, vagan por las estrechas y tortuosas calles de la *City*, acompañados con el pregon del israelita ropavejero, y se desayunan al aire libre en los puestos ambulantes de té, café *nominales* y patatas *efectivas*, en tanto que los operarios, mercaderes, dependientes, comerciantes y

banqueros, corredores y procuradores diseminados en los extremos y cercanías de Lóndres se preparan á la invasion diaria de aquel recinto.

Ya comienzan á moverse el ejército de cocheros en los parajes públicos, las locomotoras en las estaciones y los vapores en los muelles. Toda suerte de maquinarias, de ingenios y vehículos se organiza en las extremidades para llevar vitalidad al gran centro; todo es converjencia, centralizacion, movimiento centrípeto al nacer el dia, como al ocaso anterior todo fué diverjencia, descentralizacion, movimiento centrífugo. Las muradas puertas se abren, y los escondidos tesoros se preparan á tentar el deseo insaciable del transeunte. Los operarios son los primeros pobladores, seguidos de las costureras, doncellas de mostrador, vendedores de periódicos, barrenderos, regadores y otros ciudadanos de menor cuantía, pero necesarias ruedas de aquel complicado mecanismo; y mientras los carteros en veloces carros llevan la inmensa correspondencia que es la estrena diaria del hombre de negocios, mientras se limpian y colocan los géneros y objetos vendibles en los establecimientos mónstruos, un parco desayuno espera en millares de mesas al amor del fuego y con luz artificial á los príncipes de aquel reino, condenados á vivir con el reloj en la mano como si tuvieran contados los minutos de su existencia.

Las primeras horas de la mañana devuelven á la *City* la poblacion transhumante que la abandonó la víspera en oleadas contínuas de vivientes que despiden como á borbotones todas las líneas férreas, y todos los ómnibus que converjen de innumerables rutas hasta el pié del Banco y de la Bolsa. Desde los más distantes puntos comienzan á engrosarse los trenes, verificando este flujo y reflujo en tan breve tiempo, que los que una hora antes gozaban de los aires del mar y la brisa perfumada de los jardines, se ven en corto espacio en otro clima y entre otra raza de hombres. Este breve instante no brinda al hombre de negocios la distraccion que parece asociarse á la idea de un viaje. Los citadinos no saben perder tiempo, y una vez puestos en movimiento se abstraen y concentran, y aun de los sentidos se despojaran en su austeridad, si pudieran entenderse de otra manera. Su único compañero de viaje es el periódico, que encuentran ya circulante en todo el territorio á las primeras horas del dia. Esta ocupacion en la lectura los aisla, y hombre hay que viajando en el mismo tren diariamente, no ha visto todavía al compañero que se sienta á su lado.

La ciudad hierve entretanto á fuerza de pobladores y vehículos de toda especie, y el movimiento es tal en algunas calles cercanas al centro, que toca al extremo de la paralizacion completa, y es preciso que los constables con su oportuna direccion les hagan sangrías para que recobre aquella arteria la circulacion. El puente de Lóndres y las calles de Cheapside y Coruhill ofrecen diarios y contínuos ejemplos de estas apoplegías. No hay duda que el espectáculo asombraria á un forastero, aunque

pasa desapercibido á los londonenses. Pero lo que pasma sobre todo es el silencio con que se agita aquel mar de vivientes, la calma de aquella tempestad de exhalaciones contrarias, la soledad de aquel bullicio y el ruido especial de aquella callada confusion, en que el respirar de los caballos concierta con el choque y frote contínuo del hierro y cuero que arrastra suavemente pesadas cargas sobre blandos ejes. Las anchas aceras forman como dos espesas y negras bandas de pedestres que se mueven y hormiguean, se codean y embarazan, tocando las ruedas, mezclándose entre los caballos que arrastran ómnibus cuajados de hombres por el centro, por el frente, por la cubierta y por la trasera como si fueran racimos. El centro de las calles es una confusa montaña de herraje y de madera, vistosa por la variedad de colores y sorprendente por la oscilacion no interrumpida, pues los más pesados coches brujulean por aquel piélago lleno de escollos como un tren sobre las vias, sin chocarse, sin incertidumbre, gracias á la destreza y práctica del cochero inglés, comparable al *istvoschi* ruso en sus ligeros *droskies*. Allí no se oye una voz, ni un chasquido de látigo, ni una carcajada, ni un grito de alarma. Ni el transeunte se para, ni el vendedor pregona, ni el movimiento cesa, pareciendo el todo un cortejo grave que aprieta el paso huyendo de una tempestad.

A las once de la mañana puede decirse que todo el ejército mercantil está en su puesto, abiertas las cajas y los libros, pluma en mano y dando principio á sus varias operaciones. El movimiento de las calles no cesa, sino se renueva. Los ómnibus y trenes continúan lloviendo séres humanos; pero son otro tipo distinto. El bello sexo, los curiosos, los extranjeros, los que van á cobrar fondos, á tomar dividendos, cambiar cheques, visitar amigos, presentar cartas, ver los diques ó tomar pasajes en los vapores y estaciones son el nuevo refuerzo, el batallon volante que discurre por la ciudad en las horas medias del dia. Puede distinguírsele por el paso, la mirada y el traje. Los *habitués* caminan con desenfado y ligereza, como prácticos en aquel mar. Su mirada no se derrama, sino va recogida, y la expresion del rostro es grave, fria, desolada y antipática. La identidad de espíritu parece que los nivela y constituye una fisonomía comun en la que si algo se ve pintado es el billete de banco. El traje es casi uniforme y de una austeridad y sobriedad de color propia de las figuras de aquel fondo opaco y negruzco. El hombre de negocios no lleva en sí nada que distraiga, nada que llame la atencion, nada que forme relieve, ni en el color ni en la forma. Su máxima es vestirse como si no se vistiera, y su traje ha de ser tan indiferente, que no parezca puesto ni elegido, sino nacido con él como la piel á los animales. Cualquiera extravagancia en el aliño exterior perjudicaria á su consideracion y crédito. No es exacto que las apariencias engañen en el mundo comercial y mercantil. Un hombre á la moda, vestido con elegancia y con ánimo

de llamar la atencion, yerra el golpe en la *City* de Lóndres. La mejor opinion que formarán de él, es considerarlo como caballero de industria, y novicio por añadidura. Es tal el sello que la práctica, la antigüedad, y la experiencia han dado á todo en aquel centro de movimiento, que hasta los más mínimos detalles están estereotipados por la rutina. Todo lo que se aparta de ella se mira como sospechoso. Todo lo que va contra ella causa alarma, y una violacion de las formas, por más sencilla y bien intencionada que sea, interrumpe el órden y exige tiempo para que se familiaricen con ella. Así, un traje llamativo por el color ó por la forma, desentonaria la neutralidad de tintas del cuadro, y el mal efecto causado en los sentidos seria un mal precedente en la opinion formada sobre el sugeto. Es más, el mismo hombre que en el círculo del hogar doméstico y sus relaciones sociales camina con el siglo, dentro del círculo mercantil camina, ó mejor dicho, retrocede á la tradicion. Nada más comun que ver á uno de estos caciques del capital instalado en una morada suntuosa, con numerosos criados, elegantes carruajes y dado á espléndidos banquetes, tomar asiento entre las más humildes clases en un estrecho y apocado ómnibus, comer en un figon ó *restaurant* de modesta categoría, y tener por escritorio una oscura caverna en una angosta y sucia travesía. La arquitectura de la *City* es detestable, si merece el nombre de arquitectura la construccion de unas jaulas con estrechos respiraderos mal llamados ventanas, de una monotonía desoladora. Sin embargo, en esas prisiones ó cavernas se han hecho los grandes capitales, y solo cuando la hipocresía y la farsa del capital ha comenzado á tomar el lugar de la buena fé, es cuando han sustituido las apariencias y el brillo y el lujo en los edificios á la fealdad y sencillez de la antigua *City*. Su exterior se transforma hoy por la construccion de vastísimos monasterios, cuyas celdas son oficinas mercantiles de toda especie. El desarrollo de las sociedades y compañías mónstruos topó con la estrechez de local para reunir todas sus dependencias, y la especulacion vió un gran producto en construir vastos edificios para esas falanjes comerciales. La reforma ha comenzado de pocos años á esta parte, y tal es la prisa con que se construye, que dentro de diez años parecerá toda una poblacion sacada de una nueva fragua. En estos falansterios se han puesto en práctica muchos de los beneficios del comunismo. Se han establecido en el interior fondas y tabernas, estaciones telegráficas y aun depósitos de los útiles necesarios en las oficinas, amen de porteros y guardianes que custodian y limpian las habitaciones, evitando así pérdida de tiempo y gastos, y excusando muchas veces la inclemencia y rigor del tiempo.

Apenas podrá creerse que existe un dialecto en este gran foco de actividad, diverso del de la poblacion londina; pero la mejor prueba y desengaño es la admiracion del profano al quedar en ayunas cuando escucha un diálogo. Es tan conciso, tan

modificado, austero, sóbrio y extricto el lenguaje comercial, y está tan destilado en el alambique de la práctica, que los giros, locuciones y abreviaturas usadas oralmente y por escrito, constituyen por decirlo así una nueva lengua con su gramática y ortografía especiales y hasta caligrafía particular, pues la letra más perfecta es detestable en el epistolario y libros de comercio, no porque la requiera mala como los procesos judiciales, y los documentos diplomáticos, sino porque ha de desnudarse de todo adorno y aparecer limpia de polvo y paja, expresando los conceptos con el menor número de palabras posible y sin galas, adornos, flores ni ambajes.

La *City* tiene su policía distinta de la de Lóndres, y sus instituciones y privilegios de que no nos toca hablar ahora; pero sí diremos algo de su moralidad y costumbres. ¡Moralidad! Pues acaso ¿hay una teoría, una nocion diversa de lo justo y de lo injusto, de lo bueno y de lo malo para el hombre segun su profesion? Distingamos: el comercio es un organismo social, quizás el más necesario de todos, y por lo tanto ante la ley de su conservacion tiene que plegarse el individuo. Dícese vulgarmente y encuentra mucho eco, como todas las vulgaridades, que las afecciones, los sentimientos, la vida del corazon no se cotizan en el mercado y son letra muerta para el gremio mercantil; que al hombre se le evalúa segun su capital; que el que no tiene nada representa el cero; que las cuentas corrientes y los libros de caja son la biblia del comerciante, en la cual hay un versículo que dice: «Si á tu padre le puedes sacar ventaja en una operacion, sácasela en tu escritorio, que despues en tu casa le puedes honrar de mil modos; ó lo que es lo mismo: ráele el cabello como comerciante, y luego úntale el casco como hijo.»

Pero desde el momento en que se hace esta distincion se desvaneció el chiste. Claro es que el hombre se divide en dos: en ciudadano que profesa una religion, cualquiera que sea, y tiene entrañas, ideas y corazon; y en miembro de una sociedad que persigue un objeto determinado é imprime carácter como la magistratura, la Iglesia, la guerra y otros organismos sociales. ¿Cómo ha de ser la nocion moral semejante siendo dos los aspectos del hombre? La ganancia es el interés del comerciante, como la conquista lo es del soldado y la justicia del magistrado; y si no hubiese esta mira seria imposible el comercio. Ahora bien, no se saquen las cosas de su quicio, pues si en los tribunales ordinarios y segun las nociones generales de moral vamos á juzgar al capitan que degüella y saquea, al diplomático que anexiona ó despoja, y al magistrado que ordena quitar la vida, diríamos que todos estos tienen la moral de que habló Fígaro:

Autant qu'il faut pour n'être point pendu.

Las cualidades especiales que crea el ejercicio mercantil son muchas y excelentes.

El comerciante es metódico, activo, ordenado: sabe el arte de allanar los obstáculos, de romper por todo, de juzgarlo todo sin pasion y aunque sea bajo el prisma del interés: la costumbre de pesar el pró y el contra de las cosas le eleva á un sacerdocio, y le da cierto tinte y barniz de ilustracion que suple en muchos casos á la educacion más refinada. Un comerciante de larga experiencia en los negocios, se ha ido insensiblemente familiarizando con todo, y tiene nociones de todas las ciencias y de todas las cosas sin haber estudiado particularmente ninguna. Sobre todo se enorgullece al considerar que es parte de la gran máquina que ha introducido la civilizacion y la libertad en los pueblos. Examinad uno por uno á todos los comerciantes y hallareis en ellos los más denodados campeones de la libertad, y aunque ellos no lo fueran, no dejaria de ser cierto, que el comercio ha roto pacíficamente tantos grillos y derribado tantas vallas y cortapisas como todas las revoluciones populares juntas.

Pintar por menudo las costumbres *citadinas* seria vasta empresa. Nos contentaremos con decir que todas se arreglan principalmente á un credo ó principio, que es como el meridiano de aquella gran esfera. *Time is money:* el tiempo es oro: hé aquí el eje sobre que todo descansa. A la ciudad no va nadie á *matar el tiempo* sino á procurar alargarle la vida. Hay una tarea determinada para el dia, y esta ha de concluirse irremisiblemente, so pena de que el defecto en la más mínima parte, la paralizacion de la más pequeña rueda afecte y trascienda á todo. Así no es extraño ver á los hombres correr por las calles, comer en pié, ó pasarse en flores, atropellarse unos á otros, desterrar toda suerte de ceremonias y etiquetas y vivir al vapor, ó mejor dicho, al telégrafo, en las horas de trabajo. En todo el circuito de la ciudad hay innumerables casas de comida y de *launcheons,* donde comen ó *toman las once* los comerciantes y dependientes, hallando los manjares dispuestos y los criados en un pié para servirlos. De las doce á las dos de la tarde, la muchedumbre que discurre por las calles aumenta y el rodar de los coches disminuye, hasta las cinco, en que se aglomeran de nuevo para comenzar el reflujo periódico que deja desierta la ciudad. La evacuacion es más rápida y presenta mayor grado de confusion, por tener un mismo punto de partida, que es el *Mansion House* ó casa capitular. Allí vienen á tomar pasaje todos los ómnibus, que se suceden sin intermision durante dos horas, no obstante que numerosas estaciones de vias férreas metropolitanas concurren al desagüe de la poblacion.

Pero las costumbres y el carácter de esta cofradía mercurial, cuyo blason es el *Nodus Herculis,* quedarán más al vivo retratadas en el cuadro que presenta la siguiente historia *citicense* que sabemos de buena tinta.

No há muchos años que en una de las más oscuras, recónditas y estrechas travesías del interior de la ciudad vivia un comerciante, cuya casa era conocida

desde fines del pasado siglo bajo la razon social de Jorge Pitt y C.ª, porque es de saber que en Lóndres se prefiere lo viejo á lo nuevo, y el primer cuidado que tienen los mercaderes y comerciantes antiguos es poner en sus establecimientos la fecha de su fundacion, que si es antigua sirve de garantía de crédito. Nuestro héroe habia comenzado por ser pobre, y lo confesaba á todo el que le queria oir, como el famoso Brotherton lo confesó en la Cámara de los comunes, y Lindsay á sus compatriotas. A la edad de doce años, se vió abandonado por una mujer que le habia recogido durmiendo á *cortinas verdes* debajo de un portal, para implorar por su medio la caridad pública. Luego que comenzó á oir á sus bienhechores que ya podia ayudarle con su trabajo, le puso en la del rey diciéndole: que ya tenia edad *para abrirse camino*. Afortunadamente Jorge estaba hecho de la madera de que se cortan los grandes caractéres, y no se asustó de la soledad en que quedaba ni de la próxima noche sin casa, abrigo, pan ni lecho. Aquel dia paseó por la poblacion de Lóndres como un príncipe y un espartano. Miraba el lujo y la riqueza que le rodeaban sin pena, sin envidia, como si estuviese cierto de que algun dia habia de ser millonario y que todo era cuestion de tiempo.

Llegó la hora de comer, pasó por varias elegantes fondas que exponen á la vista los más delicados manjares; miró y grabó en su pecho este *memorandum:* «Tal dia, á tal hora, tuve ganas de comer y no pude.» Hecho esto siguió su camino como si acabara de levantarse de un banquete.

Jorge habia recorrido la *City* millares de veces, conducido por su supuesta madre, y habia oido otras tantas, que en tono de reconvencion le decian: ¿Por qué no trabajas? y aunque sin educacion alguna, aprendió por lo menos, que el trabajo debia de ser una gran medicina contra pobreza. Los ingleses conocen en los anales del mercantilismo una especie de nuevo Robinson Crusoe de tierra firme, que despues de haberse ido á pique con sus larguezas y despilfarros como otro Timon de Atenas, en vez de darle por aborrecer á sus semejantes, le dió por reconstruir poco á poco el ya arruinado edificio de su fortuna á fuerza de perseverancia. Su secreto fué tomar el rumbo opuesto. Si antes no desperdició ocasiones en que malgastar el dinero, ahora se proponia no desperdiciar ocasion en que juntarlo, y de este modo fué recobrando por pulgadas lo que por varas habia perdido.

Pero esto es una especie de mito. Para ser pobre se necesita dinero en Lóndres, y la absoluta destitucion no conduce más que á dos caminos: ó á la muerte, ó al crímen que le sigue las huellas. Jorge se presentó en varios establecimientos pidiendo trabajo. Le miraban lleno de harapos y volvian el rostro. Vió, pues, que necesitaba de una *apariencia respetable*. Hallándose pensativo en el centro de la *City*, observó que un mísero barrendero irlandés, que recibia algunas modenas de los

transeuntes en agradecimiento de haberles limpiado el suelo de lodo, sacaba del bolsillo cinco libras en oro para cambiar un billete á un extranjero. Llegóse á él y le ofreció sus brazos.—Estimando, amigo, le contestó: esta escoba y esta plaza son propiedad mia. Aquí llevo ya doce años y he hecho mi fortuna. Hay dias que salgo con veinte reales de ganancia.—¡Con que estos oficios son propiedad! exclamó Jorge.—Y tanto, contestó el barrendero: si quieres emplearte en otra cosa, no faltará en qué.—De buena gana, respondió Jorge: tengo el dia por mio, y si V. me da una leccion sabré aprovecharla.—Con mil amores, dijo el irlandés: la *City* es un gran mundo donde todos cabemos. Abre bien el ojo, aprende bien el nombre de las calles... No sé leer, interrumpió Jorge.—Malo es eso, pero no importa. Ten cuidado con los caballeros y señoras que necesitan carruaje, y buscas un cochero y los acompañas y les abres y cierras la portezuela, que de diez habrá dos que paguen tu buen oficio. Si vieres que alguno va cargado con sacos de viaje ó cualquier otro bulto, hazle una cortesía, descúbrete la cabeza y ofrécete á llevarlo.—Así lo haré, dijo Jorge, y retirándose se puso á la obra; pero echó la cuenta sin la huéspeda, porque á la primera ocasion se halló con diez ó doce competidores de más edad, mejor porte y más práctica que le llevaron la delantera, y tantas veces se repitió la escena, que acabó el dia sin haber ganado un penique; pero el buen irlandés, que lo observaba y le vió llorar, se acercó y le dijo que no tuviese pena, que él le daria de comer y de dormir hasta que pudiese hallar empleo. Esto sucede ordinariamente, que los que más cerca están de la miseria son los más compasivos por conocer más bien las necesidades.

Pocos dias se pasaron, cuando ya Jorge tenia una escoba nueva y tomaba puesto en una encrucijada no distante del Banco, *abriendo un nuevo y limpio canal* como decia el irlandés, á la circulacion pública. El primer dia juntó algunos peniques; pero secó el tiempo, desaparecieron las nubes, limpiáronse las calles y quedó de nuevo cesante, aunque siempre en su puesto por lo que pudiese ocurrir.

Quiso la buena suerte, que un dia, al pasar un viejo comerciante, se le cayese la cartera. Recogióla Jorge y le fué siguiendo una buena pieza hasta que alcanzándole le preguntó si aquel objeto le pertenecia. El comerciante la reconoció y tomó en sus manos, miró al muchacho con sorpresa y júbilo, preguntóle su nombre y domicilio, y le encargó que al dia siguiente fuese al escritorio y preguntase por la persona cuyo nombre y señas le dió en una tarjeta. Con esto se separaron, é incontinenti fué á dar cuenta del suceso á su buen patrono el irlandés.—¡Ya eres hombre! exclamó abrazándole enternecido: esa buena accion, será el principio de tu fortuna: no te olvides de mí cuando seas banquero.

Todo esto era griego para Jorge, el cual no veia nada de extraordinario en

el suceso. Sin embargo, el irlandés tenia razon. La cartera pertenecia á un rico comerciante de la *City*, y contenia nada menos que mil libras esterlinas en billetes. Aquel rasgo de honradez fué de gran valor para su dueño, pues como la honradez, la buena fé y la fidelidad son tan apreciables en la *City*, desde luego se propuso emplear á aquel muchacho en un puesto de confianza. De estos sucesos están llenos los anales de la *City*. Muchas veces debajo de mala capa, se han visto hombres honrados que han debido su suerte á un suceso de esta índole, como el opulento Laffitte á la circunstancia de haber recogido del suelo un alfiler.

Sin embargo, cuando más tarde llegó Jorge á comprender el mecanismo de la *City* de Lóndres, vió que si el banquero Pitt le habia salvado de la miseria, él se habia salvado á sí mismo de un peligro mayor, que era la pérdida de la honra. En efecto, un hallazgo puede pasar por *adquisicion* en manos del rico; pero pasa por *robo* en las del pobre. ¿Qué iba á hacer Jorge con aquellos billetes? Al primer paso que diera para utilizarlos seria un paso para el presidio correccional. Las transacciones de la *City* tienen una tramitacion tan ordinaria y conocida, que Jorge no hubiera podido realizar los billetes sin dar en manos de la policía como sospechoso de hurto. Hé aquí justificado el gran axioma de la ciudad: *la honradez es la mejor guia*.

Nosotros no seguirémos paso á paso á nuestro héroe en sus grados de elevacion desde el más humilde puesto hasta el elevado trono de la opulencia y de la reputacion mercantil. La honradez por base, y el trabajo y la perseverancia por columnas son el cimiento de infinidad de fortunas en la *City* de Lóndres. El primer paso es el más difícil y espinoso; pero una vez dado, el movimiento ascendente sigue la ley que rige la caida de los cuerpos graves. Jorge se identificó con la atmósfera de la *City*, tan repugnante para el poeta, tan halagueña para el hombre de negocios. Despues de veinte y cinco años de servidumbre, en que este nuevo Loth estuvo convertido en apéndice ó continuacion de un pedazo de madera con bayeta verde, llamado carpeta, el viejo Pitt se retiró de la vida activa, le dejó su hacienda, su firma y una hija, jóven, hermosa, acostumbrada á no tener voluntad propia, y con una pureza é inocencia que podríamos llamar fábula en los presentes tiempos.

Aquí comienza el segundo acto de este extraño drama, aunque se repite diariamente en el teatro humano, porque dadas las mismas premisas, las consecuencias son inevitables.

Los recien desposados, segun costumbre, se instalaron en una preciosa alquería, cercana á Croydon y á la estacion del ferro-carril que va de Lóndres á Dover, pasando por esta naciente poblacion. Las casas de campo, *cottages*, en Inglaterra, parecen soñadas por la fantasía y construidas por el deseo. Situadas en parques ó jardines,

al lado de riachuelos ó canales y rodeadas siempre de eterna verdura, reunen á las bellezas rústicas todos los refinamientos de una vivienda urbana. Los alrededores de Lóndres y de las principales capitales están cuajados de estas bellísimas quintas, á donde se acogen y encierran los reciencasados á gozar de las lunas de miel, viviendo en el retiro en compañía de las aves y las flores como zagales de una poética Arcadia. Pero nuestro moderno pastor vuelve de las labores de su campo, no con guirnaldas de flores y dispuesto á cantar endechas ni á pasar el tiempo contando consejas y celebrando juegos con sus compañeros, sino mustio, pensativo, concentrado, llena la cabeza de números y cálculos; y si lee, no son romances de amores, sino las áridas columnas del *Economista* y las reseñas de los mercados.

Jessie comenzó á llevar con resignacion lo que llamaba *la cruz de su felicidad.* Con el nuevo estado entró en la servidumbre, y tomó sobre sí todas las obligaciones de una ama de casa en Inglaterra, sin ninguna de sus ventajas, pues ni aun podia tener la satisfaccion de decir á un huésped, que los manjares servidos en la mesa los habia comprado y escogido ella misma, y si no guisado al fuego, inspeccionado su aderezo y confeccion. Es voz comun, que el ser esposa entre los ingleses es una bendicion del cielo, sin duda porque aficionados los isleños al hogar en donde la mujer ejerce su imperio, viven los matrimoniados como Dios manda y son dos en uno; pero Jorge no entendia de estas dulzuras, ni llegó á realizar un átomo de este bello ideal doméstico. Muchas veces, de vuelta de la *City,* sentado junto á la chimenea, con el pensamiento á mil leguas de distancia en los cargamentos que iban á flote, ó ya leyendo las reseñas monetarias, miraba á hurtadillas á su esposa, que con los ojos bajos y conteniendo la respiracion por no causar ruido, pasaba silenciosa las horas de la noche como habia pasado solitaria las del dia. De buena gana quisiera él dirigirle la palabra; pero no sabia hallar un tópico familiar, una idea que no oliese á bolsa y á operacion mercantil, llegando á tanto su embelesamiento en su profesion, que si alguna vez consultaba Jessie su parecer acerca de la más mínima disposicion casera, respondia que lo arreglase ella *á lo mejor de sus intereses.*

Tal estado de cosas debia ser de corta duracion. Jessie, como jóven, hermosa y rica, y criada además con esa austera rigidez que convierte á gran parte de familias inglesas en órdenes monásticas sin hábito, creyó que su marido debia por lo menos fingir el rendimiento y devocion acostumbrada, y que tanto apego á los intereses era un desprecio disimulado. No mostró su resentimiento, pero comenzó á usar más de su libertad y de las ocasiones, y á sacar algun partido de su fortuna y de sus dotes naturales, frecuentando la sociedad, luciendo en los paseos y espectáculos, y abriendo las puertas de su campestre retiro al pequeño círculo de Croydon.

Pero en nada de esto hallaba compensacion al gran vacío de la indiferencia de Jorge, y si el nacimiento de un hijo no hubiese sido un verdadero centro de atraccion de su cariño y aficion errantes y por lo mismo peligrosas, ó habria muerto de *consuncion moral*, ó habria imitado el ejemplo muy frecuente en la aristocrática sociedad británica de esposas y doncellas de alto copete, huidas y desaladas tras de un lacayo, como la andariega Angélica tras el barbi-poniente morillo de Medoro.

El desórden es tan lógico en su marcha como el órden, y por eso nuestro Cervantes habló de los *concertados disparates* de un loco. En amar Jessie á su hijo obraba como madre y como mujer; y en mirarle Jorge con tanta indiferencia como el nacimiento de un insecto, obraba como hombre, ó mejor dicho, como mónstruo que solo miraba los acontecimientos humanos por la faz de su material provecho. No es raro entre los ingleses que un padre vea á su hijo como el ramo de Pascuas, una vez al año, y eso á cierta hora, vestido de gala, en brazos del ama, y anunciándose antes la visita al autor de sus dias, como se anuncia en los estrados de una ceremoniosa córte la visita oficial de un personaje. Jorge se acordaba de que tenia un hijo por haberle visto una vez y haber hecho con él por única caricia una experiencia particular que le turbó á menudo el sueño. Dudando de sí su heredero en el nombre heredaria tambien su carácter, sacó una moneda de oro y la puso en la mano al pequeño Pitt, que como todos los niños, acto contínuo se la llevó á la boca. Jorge quedó confuso y murmurando: *malum signum*: pues creyó que aquella accion significaba que devoraria con el tiempo todo su caudal. En punto á su carácter, quedaron justificadas sus dudas, porque el de Pitt era uno de aquellos del cual se podia decir con Ariosto:

Natura il fece, e poi rope la stampa.

Su hijo Enrique fué dotado de un alma sensible, generosa, capaz de los más elevados sentimientos, y de un corazon en que la pasion rebosaba: á todo respondia en él una fibra menos á la codicia y al egoismo. El ambiente de la *City* le asfixiaba, y no podia imaginarse que el *sumo bien* de un hombre rico como su padre pudiese consistir en pasar la vida trazando guarismos. Muy luego comenzó la guerra en el seno de la familia. Enrique habia llegado ya á la edad de veinte y tres años; tenia una educacion excelente y notable habilidad para las artes, sobre todo para la poesía, que era peor á los ojos de su padre que ser homicida. Siguiendo más los impulsos de su corazon que los cálculos interesados, se enamoró perdidamente de la hija de un artista residente en Croydon, jóven que no tenia más caudal que su juventud, su buena cara y mejor índole. Cuando Enrique descubrió tal pensamiento y pidió

la aprobacion á su padre, le escuchó éste con tanta sorpresa cual si le estuviese hablando de cosas de otro planeta. La única sonrisa que transformó la ordinaria sequedad de sus facciones en todo el discurso de su vida, se mostró en aquel momento, terminando en una carcajada de un sonido semejante al del hierro candente en contacto con el agua fria, y á la verdad, si sus almas hubieran podido chocar materialmente una con otra, el calor de la de Enrique se helara al contacto de la frialdad de su antagonista.

—Sériamente, dijo el comerciante, deseche V. ese proyecto de su imaginacion poética. Usted se casará cuando tenga mi permiso, y con la mujer que yo le escoja, pero jamás consentiré en esa *herejía*.

Enrique guardó silencio, porque conoció que era inútil todo argumento contra la objecion *sin dote*, y propuso seguir en su determinacion, costase lo que costase. Jorge, por su parte, quedó tan sorprendido de aquella proposicion é hizo sobre ella tantas cavilaciones, que vino á concluir en que su hijo no podia tener nada de su naturaleza, creyendo firmemente, que en una sola gota que tuviera de su sangre se hubiera ahogado al nacer tal pensamiento. Estas dudas y la libertad en que su esposa vivia, le inclinaron á proponer demanda de divorcio, seguro de que la pena pecuniaria impuesta al reo le indemnizaria suficientemente. Al momento le llovieron testigos, que mediante buenas gratificaciones, estaban dispuestos á hacer aparecer á Jessie como una nueva Mesalina; pero citaban tantas personas y hubo tan poca evidencia legal, que el jurado no halló mérito para condenar á nadie. Sin embargo, el público se entretuvo y divirtió por algunos dias con la relacion de curiosas interioridades de familia, con que sufrió algun tanto la reputacion de Jorge en el círculo social de Croydon. Pero ya hemos dicho que el hombre social es una cosa y el mercantil otra muy distinta. Miles de hombres de bien, buenos esposos y excelentes padres de familia viven en Lóndres, altamente reputados en su vecindario, por cuya firma no habrá quien dé un penique en la *City;* y por el contrario el hombre más desacreditado socialmente, puede hacer prodigios y ser venerado como un santo en la region mercantil. ¿Qué dañaba al crédito de Jorge Pitt en el Banco de Inglaterra el concepto de los vecinos de Croydon? Tanto influia una localidad sobre otra como la temperatura de la Australia sobre los termómetros de Lóndres.

El resultado de la demanda fué la separacion conyugal. Jorge, cada vez más embebido en los negocios, se instaló en unas oscuras habitaciones en las entrañas de la *City*, encima de su escritorio, donde podia dormir sobre sus libros de caja. Llevóse por única compañía un criado antiguo llamado Noél, por cuyo conducto recibió á los pocos dias una carta de su hijo, en que éste le noticiaba su ya efec-

tuado casamiento con Annie Redcliffe, esperando que aprobase esta union á que no habia estado en su mano resistir. Vana esperanza: al presentarse Enrique en el escritorio, fuéle negado el permiso para ver á su padre, y en su lugar recibió una nota de éste, breve y concisa como todos los documentos que salian de su mano, en la que le decia no contase para nada con él ni con sus bienes, pues le desconocia y le desheredaba por completo.

Hé aquí ya la materia pura en el reino de la materia. Jorge, que habia liquidado sus cuentas con el corazon y el espíritu, llegó más de una vez á revelarse contra las necesidades del cuerpo, y fué adelantando en grados hasta hacer maravillas de abstinencias y vigilias. Sus negocios iban aumentando de dia en dia. Las guerras, las hambres, las epidemias, las malas cosechas, las inundaciones, todos los azotes que afligen á la humana especie eran reproductivos y se tornaban en sus manos en rios de oro, y donde quiera que aventuraba su capital descubria una nueva América. Pero la suerte fué disponiendo las cosas de manera que viniese á ser herido en la única parte sensible aquel nuevo Roldan invulnerable.

Habia entre sus dependientes un jóven activo, obediente, modesto, trabajador y solícito en ajustarse en todo al modelo de su principal, quien no habia echado en saco roto la idea de destinarlo con el tiempo á ocupar la plaza que dejaba vacante su hijo Enrique. Robertson, que así se llamaba este tercer Pitt en ciernes, habia mostrado la mayor aficion y simpatías hácia el triste desheredado que vivia en Lóndres á dos dedos de la miseria. Visitábale á hurtadillas en el corto tiempo que tenia para su reposo, le consolaba en su desgracia, le ayudaba con sus haberes y parecia interesado en procurar los medios de venir á una conciliacion en la familia.

En una de estas entrevistas dió á Enrique una carta de recomendacion para una casa de comercio de Birmingham, aconsejándole marchase á esta capital, y aunque fuese por cubrir las apariencias, aceptase un cargo en la dicha casa, donde su padre tenia cuantiosos intereses: que hecho esto, y escribiendo despues por su conducto á su padre, él se interesaria para que le perdonase. Siguió Enrique el consejo, pero la carta no obtuvo respuesta de Jorge, y solo supo por Robertson que su aborrecimiento era cada dia mayor, habiendo llegado hasta amenazarle con despedirle si insistia en tomar su defensa. En este tiempo, un amigo de Enrique le ofreció una lucrativa ocupacion en América, y á pesar de su silencio volvió á escribir á su padre por conducto de Robertson, pidiéndole que le enviase siquiera fondos para emprender el viaje. Tampoco obtuvo respuesta, y solo el compasivo dependiente pudo enviarle una letra contra la casa de Birmingham, la mitad de cuyo importe le rogaba emplease en sus gastos y la otra mitad le devolviese.

Cumplió Enrique los deseos de su amigo y bienhechor y se embarcó en Sou-

COSTUMBRES DEL UNIVERSO. Pª 15



tuado [illegible] que aprobase esta union á que no habia [illegible] al presentarse Enrique en el escritorio [illegible] su padre, y en su lugar recibió una nota [illegible] documentos que salian de su mano, en la [illegible] sus bienes, pues le desconocia [illegible]

[illegible] Jorge, que habia liquidado [illegible] de una vez á revelarse contra [illegible] hasta hacer maravillas de [illegible] dia en dia. Las guerras, las [illegible] todos los azotes que [illegible] en sus manos en rios [illegible] una nueva América. [illegible] que viniese á ser herido en la [illegible]

[illegible] modesto, trabajador [illegible] quien no habia echado [illegible] ocupar la plaza que dejaba [illegible] Pitt en ciernes. [illegible] desheredado que vivia [illegible] el corto tiempo que [illegible] con sus haberes y [illegible] en la familia.

[illegible] recomendacion para una [illegible] capital, y aunque [illegible] donde su padre [illegible] por su conducto á su padre [illegible] el consejo, pero la [illegible] que su aborrecimiento era cada dia [illegible] despedirle si insistia en [illegible] le ofreció una lucrativa ocupacion [illegible] escribir á su padre por conducto [illegible] fondos para emprender el viaje. [illegible] pudo enviarle una letra [illegible] le rogaba emplease en sus gastos [illegible]

Cumplió Enrique [illegible] y se embarcó en Sou-



Drawn by J. Browne.

Engraved by W. & F. Holl.

Inglaterra __ Historia de Amor.

thampton para la Habana, dejando á su esposa Annie al cuidado de Robertson en Lóndres, y concertando que á su llegada á las Antillas le mandaria fondos para emprender su viaje y reunirse con él en el nuevo mundo.

Pero el hombre propone y Dios dispone. El compasivo Robertson fué cada vez retardando sus visitas; la remesa de fondos fué esperada en vano, y Annie, que se hallaba en cinta, dió á luz un hijo en los momentos en que luchaba con la más insoportable indigencia; la que tiene que cubrirse con la apariencia del bienestar, y ocultarse á los ojos de los parientes y amigos. La jóven y abandonada esposa tuvo que aumentar el número en el martirologio femenil, y trabajar diez y ocho horas diarias con la aguja para surtir á un establecimiento mónstruo de ropa hecha, cuyo jefe pagaba espléndidamente siete *fardings* por camisa, y aun gracias que siempre hay ofertas en el mercado de Lóndres para esta clase de demandas. Una casualidad hizo notoria á la familia Redcliffe su situacion, é inmediatamente recibió Annie una carta, reconviniéndola por su silencio y ofreciéndola el modesto hogar que en otro tiempo abandonara en pos de su fortuna. Volvió Annie, rica de pesadumbres y desconsuelo, á la seductora y rústica mansion en donde al lado de su hermana habian corrido venturosos los dias de su infancia, y al recibirla aquella en sus brazos leyó en la palidez del rostro y la huella de los sufrimientos toda su amarga historia, pues Annie cayó en ellos anegada en lágrimas y puesto un nudo en su garganta.

Esta era la tercera víctima del egoismo de Jorge Pitt, á quien pronto llegó su turno providencial para curarle de su fiebre *amarilla*.

En las transacciones comerciales acontece, que un error ó tropiezo, involuntario ó malicioso, por más que se pretenda encubrir ó permanezca al principio encubierto, tarde ó temprano sale á la luz del dia. Al mandar sus cuentas la casa de Birmingham, notó Pitt el cargo de una cantidad como giro, del cual no tenia la menor idea. Pedidas más explicaciones, sus corresponsales cayeron en la cuenta de que habian sido sorprendidos con una falsificacion. Júzguese el efecto que esta noticia produciria en el ánimo de Jorge, ante cuyos ojos no habian inventado los hombres crímen más horroroso que la falsificacion. Esta superchería era el único pecado de su religion, la única falta de su moral, la única impiedad de su teología. ¡Su firma en manos de un falsario; el comercio herido en su alma que es la buena fé; la inseguridad y la desconfianza en las transacciones! Con razon decia que los tormentos del infierno eran delicias para los réprobos en comparacion de su tormento; y pálido, agitado, tembloroso, fuera de sí, paseaba por su escritorio lanzando unas miradas como hombre que ha perdido el uso de la razon. La intensidad de su pasion de ánimo era una consecuencia lógica del rigor de sus

raciocinios sobre aquel hecho. Jorge no miraba solo el mal causado ni la cantidad defraudada, sino los males que preveia. Consideraba que la persona que habia falsificado la firma tenia ya la llave de sus arcas y de su crédito: calculaba las precauciones necesarias en lo sucesivo para proseguir el curso de sus operaciones, porque aquel hombre podia viajar por Europa y América, abriéndose créditos falsos entre sus amigos; la alarma cundiria por todas las plazas mercantiles; su firma seria objeto de exámen y escrupuloso cotejo á cada paso; sus giros se presentarian como un lazo tendido á la perspicacia del negociante; sus secretos le parecian ya revelados; su correspondencia interceptada y conocida por el falsificador, y su ruina inminente, en tanto que existiese aquel criminal sobre la tierra. Persuadido que el comercio no reconoce la personalidad del comerciante sino la razon social bajo la cual se establece, Jorge se creia reproducido en aquel hombre que sabia reproducir su firma; veia que un criminal se identificaba con él y tomaba sus mismos rasgos distintivos, de tal manera, que puesto á su lado y cotejado por los peritos y los que de más antiguo le conocian, no podian decir: *este es el verdadero Jorge Pitt y C.ª*

No se crea que en esta pintura exageramos. Jorge habia rechazado todas sus pasiones, menos una: todas sus ideas, se habian simplificado y reducido á una sola manifestacion. Su existencia entera estaba sacrificada voluntariamente en beneficio de una parte; esta parte se veia herida y la herida debia ser mortal. Desde aquel instante cesó la vida para él y comenzó la agonía; pero una agonía terrible que se aumenta ilimitadamente por la contemplacion, por aquel estado melancólico inmediato á la locura, fecundo, ingenioso en atormentarse, que pintó Ovidio en sus *Tristes:*

In meas pœnas INGENIOSUS *eram.*

Sus cálculos y negocios se subordinaron á otros á su parecer más graves. Estos eran conseguir la captura del culpable y aplicarle un horrendo castigo, ofrecer un escarmiento, satisfacer su encono y devolver la confianza al comercio. Esta fué su tarea, y la fuerza de voluntad que en otro tiempo habia sido su salvacion, vino ahora á suicidarle en la fuerza de su vida.

El resultado que inmediatamente tuvo este propósito no fué desfavorable. La casa de Birmingham respondió á sus indagatorias, que el falsificador se habia presentado con el pseudónimo de Enrique Pitt; pero que ahora comprendian que su porte y el silencio que siempre habia guardado respecto á toda conexion y relacion de familia con la casa de Lóndres eran sospechosos. Acerca de su paradero nada podian decirle; pero estaban á punto de adquirir un ejemplar de un retrato suyo que por acaso habia tomado en casa de un fotógrafo, el cual reproducido y entregado á la policía, fácil era que diesen con el criminal.

Imposible es pintar el gozo salvaje que esta nueva causó en el pecho de Jorge. El retrato era un medio de salvacion sin duda alguna. Pensaba hacer tirar millones de ejemplares y enviar copias dentro de las cartas á sus corresponsales en todo el universo, para que estos á su vez remitiesen á los suyos, y la estampa del criminal fuese de todos conocida, á fin de evitar otra sorpresa. Jorge daba por segura la aprehension del culpable. Su imaginacion se complacia en traer á la memoria capturas más dificultosas hechas por ese cuerpo modelo de vigilancia llamado *Policía inglesa*, que con un simple dato constituye un verdadero sistema de indagacion. Traia tambien á su memoria los procedimientos judiciales que tantas veces habia leido en la crónica del *Times*, y calculaba la pena que debia imponérsele.—Hubo un tiempo, decia hablando consigo mismo, en que el robo de un *chelin* se castigaba en la *City* con la pena de horca. Aquellos legisladores eran discretos. Ahora los magistrados imponen algunos años de trabajos forzados, que no es la pena análoga al delito; protegen más á las personas que á la propiedad, como si los intereses fueran menos que las personas. ¿Qué delito va á castigarse aquí? Veamos, señores jueces, continuaba en una delirante exaltacion, y hablando como si estuviese delante del tribunal: ¿el robo de cien mil reales? ¡No! no os engañeis: mirad atentamente el caso. Cien mil reales no son nada, son la milésima parte de mis riquezas, son para mí lo que un maravedí para un industrial acomodado. Pero una falsificacion es un rayo lanzado en la region del comercio. Nadie se pregunta cual fué la suma defraudada: esto es secundario. La cantidad pudo ser mayor ó menor, sin depender de la voluntad del falsificador. Éste, sin duda, deseó el *máximum*, ya que se arriesgó á cometer tan feo delito. Si logró el medio ó el *mínimum*, efecto fué de otras circunstancias. Lo cierto es, que hay un sér capaz de suplantar á otro en lo más sagrado, que es en el sacerdocio de la propiedad, y que los seguros hoy, pueden ser tambien víctimas mañana, introduciéndose la desconfianza, que es la muerte del comercio. Escoged, pues, un castigo fuerte, horroroso, ejemplar. De otro modo no hay sociedad posible. Mirad las leyes imponiendo al parricida la pena de ser tirado al agua dentro de un saco, con una mona, un gallo, una culebra y una víbora: esta es una muerte dulce. Yo os lo digo, escoged otro tormento, ó la imágen de la justicia se reirá de vosotros. Si no existe, inventadlo. Reunid todos los martirios juntos; comenzad por los menores á fin de que la vida *dé de sí;* que su cuerpo los sufra todos antes de morir, y despues de muerto, profanad su cadáver, quemadlo y esparcid al viento sus cenizas. Comenzad por arrancarle *uno á uno* todos los cabellos, cejas y pestañas; clavadle y picadle todo el cuerpo con pequeñas puntas; arrancadle despues las uñas de las manos y los piés, luego los dientes y las muelas. Que los dedos de sus manos y piés sean cortados poco á poco de falange en falange,

y poco á poco los brazos y las piernas. Que le sean sacados los ojos, la lengua y cortadas las orejas. En seguida pueden ser amputados los brazos por el codo y las piernas por la rodilla, y nuevamente despues por los hombros y la parte superior de los muslos. Todavía vivirá. La vida se apega mucho á la carne, y va concentrándose de los extremos al medio, de la superficie al centro. Yo he visto hombres sin brazos ni piernas, y son hombres todavía. Ninguna de estas amputaciones es mortal. Aun queda el tronco para sufrir poco á poco el fuego, el empalamiento, la estrangulacion y todos los géneros de muerte, y haciendo esto, todavía el mundo os tendrá por humanos y misericordiosos.

Aquella noche Jorge sintió la fiebre, las pesadillas, los espasmos, las visiones, todos los efectos de un espantoso desarreglo mental, y por la mañana, cuando trémulo por la impaciencia desgarraba el sobre de la carta de Birmingham, que incluia una tarjeta de visita con el retrato del criminal; cuando se apresuraba con una estúpida alegría á conocer qué facciones, qué rasgos puede tener la fisonomía de un falsificador de letras, halló... el rostro mismo de su hijo.

El criminal era Enrique Pitt.

Por regla general el hombre jamás halla el bien cumplido ni el mal acabado, al decir del proverbio. La felicidad completa es tan quimera como el dolor completo, porque uno y otra se compensan; pero cuando se ha roto esta balanza, cuando se ha inclinado el hombre exclusivamente á perseguir una felicidad *á su manera*, el golpe que recibe al verla deshecha es mortal por necesidad. Su estado semeja, permítase este símil, al del raton que solo tiene un agujero.

¡Cuán negras noches y siniestros dias subsiguieron para Jorge! No se diga más sino que sufrió la enfermedad de que murió su espírtu; que destruyó el hombre viejo; que echó por tierra todo el edificio construido por una voluntad enérgica durante más de cuarenta años. En Jorge quedó solo la armazon material, sin resorte alguno que la moviese, sin comunicacion alguna con la parte espiritual ó pasional. Su fiel criado Noél tenia que cuidarle como á un niño; pero hasta llegar á este estado sufrió aquel tormento en comparacion del cual llamaba delicias al de los réprobos. El sér moral creado por su energía en tantos años, luchó con la destruccion mucho más que la vida para separarse del cuerpo. Mil veces, llevado de ese quijotismo de justicia, general en la nacion inglesa, que no perdona nada, ni aun el sacrificio de la propia honra, le hacia levantar del lecho á media noche, vestirse apresuradamente, abandonar el hogar y dirigirse á una córte de justicia á denunciar un atentado. Jorge no pensaba entonces en el delincuente. Solo imaginaba que se habia cometido un fraude, que la justicia no estaba satisfecha, que el criminal vivia impune. Noél seguia los pasos de aquel hombre atormentado, escuchaba sus monólogos, veia

aquella fatal insistencia y compadecia á la opulencia que vive solo de pan y lleva muerto el corazon. La luz del dia le dañaba: las miradas de los transeuntes le parecian voces que pregonaban su desgracia. Jorge se apoyaba contra las paredes como si resistiese á una fuerza oculta que le impulsaba á andar, y caia en los brazos de Noél exclamando:

—¡Es mi hijo!

Como hombre de carácter, como hombre lógico, hubiera presentado á su hijo ante los tribunales. Solo una cosa le detenia, y era que al inmolar á su hijo heria de muerte su reputacion.

Desde que tuvo lugar aquel terrible desengaño, Jorge no volvió á ocuparse en los negocios, que siguió su compañero con la misma buena fortuna. Un dia, al salir de su casa en compañía de su fiel criado, llamó su atencion un objeto colocado tras de la puerta. Noél se acercó y halló ser un envoltorio que encubria un niño de poco más de tres meses. Jorge le miró con la indiferencia que si hubiese sido un monton de basura, y ni aun se opuso á la resolucion de Noél, que resolvió ampararle y buscarle un ama que lo criase. Aquel suceso pasó al principio desapercibido para el viejo Pitt, y solo cuando el niño llegó á la edad de tres años y podia juguetear por la casa y entretener con su graciosa conversacion, comenzó á servir de recreo al sedentario Jorge, que era constante testigo de sus travesuras é infantiles ocurrencias. Noél y el ama parecian transportados de gozo al ver la transformacion que iban notando gradualmente en el amo de la casa, debido todo al influjo de aquel sér inocente, y así era la verdad. La fisonomía de Jorge iba perdiendo su aire lúgubre y melancólico; algunas veces sonreia, otras tomaba al niño, lo ponia sobre sus rodillas, lo miraba fijamente y semejaba que aquella mirada tranquila de la infancia, aquel amor puro é inocente que rebosaba en ella, iba comunicando vida, rejuveneciendo aquel sér y mostrándole un mundo de sensaciones desconocidas. En efecto, Jorge no habia nunca experimentado lo que sentia entonces, y en honor á la naturaleza humana, tan luego como experimentó aquel nuevo goce, se aficionó tanto, que no podia pasar sin la compañía del jóven Eduardo, á quien se hacia llevar á su lecho en las primeras horas de la mañana, para oir su voz y tomar fuerzas con su presencia. ¿Parecerá extraño que Jorge llegase á recordar vertiendo lágrimas á su esposa Jessie, á arrepentirse de haber desaprobado el matrimonio de su hijo, y á perdonar á este gran criminal, bajo la excusa, que *él mismo le puso en el precipicio?* Todo esto era lógico, una vez despertada de su letargo la vida del sentimiento en su corazon.

Han pasado diez años desde el fatal suceso. Jorge vive con su esposa, cuya inocencia ha reconocido, pagando en amor intenso la indiferencia antigua. La familia se compone del jóven Eduardo, Noél y la buena ama. Un dia fué anunciado á Jorge

la visita de un extranjero. Era éste un hombre como de treinta y seis años de edad, y hacia poco que llegaba de la Habana. Jorge se presentó llevando de la mano á su hijo adoptivo, segun costumbre.

—Tomad, dijo el huésped entregándole una carta y una caja que llevaba envuelta. Hé aquí el testamento de un fiel servidor vuestro, que acaba de dejar esta tierra, teatro de sus virtudes.

Jorge miró la letra y conoció la escritura de Robertson. Era un buen muchacho, murmuró limpiándose las lágrimas que humedecian su rostro. Pero ¿qué puede contener esta caja?

—Examinadla á solas con despacio, dijo el jóven extranjero. Entretanto, dejadme aquí ese niño, que parece haberme cobrado afecto á primera vista.

Jorge se retiró á su aposento, ansioso por leer el billete de Robertson y ver el contenido de la caja.

El tenor de la carta era el siguiente:

«A nadie se culpe de mi muerte. Atento á mi vida por no poder sufrir el peso de mi agitada conciencia. En una caja que se hallará á mi lado dejo varios documentos y billetes de banco, últimos que he sustraido de la casa de Jorge Pitt. Allí se hallarán las cartas que su hijo Enrique me escribió en varias ocasiones, y que yo detuve en mi poder sin dar noticia á su padre ni á su esposa. La remesa de fondos á que alude una de ellas, que debia ser para costear el viaje de Annie Redcliffe, la apliqué yo á mi beneficio. Finalmente, la falsificacion de la letra contra la casa de Birmingham fué obra mia. Dios me lo perdone, y las víctimas que he causado. La vuelta de Enrique Pitt es mi perdicion. Yo le mandé á la Habana para que muriese, ya que no por la epidemia por un malvado á quien compré para que le envenenase. La inocencia ha podido más que la maldad: paciencia. Me resigno á mi suerte que es morir, y me tomo la justicia por mi mano.

«ROBERTSON.»

Un grito interrumpió á Jorge la lectura del final de esta carta. El ama habia entrado en busca del niño, y habia reconocido en el extranjero á su esposo Enrique Pitt. Cuando volvió Jorge y halló á su esposa abrazada con el huésped, y al niño en sus brazos, y al ama y á Noél á su lado deshechos en lágrimas de alegría, comprendió la causa de aquellas demostraciones, y arrojándose á abrazar al huésped exclamó:

—¡Yo tambien recobro á mi hijo!

—Esperad, interrumpió Enrique: ¿habeis recobrado toda la propiedad robada?

—El diablo se lleve toda mi fortuna, contestó el viejo Pitt. Mas tesoros me ha

hecho conocer ese ángel, continuó señalando á Eduardo, que cuantos miles de libras puede contar el Banco de Inglaterra en el dia más largo del verano.

—Mucho hay en esto de providencial, dijo Enrique; pero algun bienhechor humano ha puesto aquí su buen oficio.

—Héle aquí, dijo Annie, señalando al buen viejo Noél. Por su consejo fué expuesto Eduardo, con la idea de que yo misma le criase haciendo oficio de ama. Él queria ver los efectos de la fuerza de la sangre.

—¿Con qué te pagaré el bien que me has hecho? exclamó Jorge estrechándole cariñosamente la mano.

—Con cariño, respondió Noél: ya sabe V. por experiencia que en la *City* de Lóndres no se ha hecho nunca *un negocio* como el mio, sin capital, ni crédito.

—Dices bien, murmuró Jorge un poco pensativo: yo creia que valia mucho mi cabeza, y ahora veo que vale más mi corazon.

Tal es el fin y desenlace que tuvo este drama, en el cual hay más de lo histórico que de lo fantástico, y no hemos vacilado en ofrecerlo en nuestro museo de caractéres y costumbres, para que sirva el personaje principal como tipo y molde al cual están ajustadas infinitas figuras que vagan entre los mercados de la *City* durante el dia, llenas de cálculos las cabezas y de billetes las arcas, y con el corazon tan vacío, que bien pudieran servir de prueba contra el aforismo de Aristóteles, de que no se da cosa vacía en los ámbitos del mundo.

Pero es preciso atender á los negocios, dice el isleño, al ver que la *City* ha sido y es la América de su riqueza, y para evacuar los negocios solo se necesita de cálculo, y frialdad en la cabeza, lo que es imposible si hay calor en el corazon que está debajo. Cualquier distraccion ocasiona una ruina, cualquier parada una derrota, porque hay miles que siguen el mismo camino y no pestañean. Nada más comun que ver en la *City* millonario al que ayer luchaba con la suerte, y pobre y desacreditado al que ésta puso en la cumbre de sus favores. Por eso el inglés ha reservado un lugar para los negocios, y ciertas horas para desprenderse de carne y sangre y no quedarse más que con el aparato de discurrir. Allí no le interrumpen ni las caricias de su esposa, ni el cuidado de sus hijos, ni la conversacion de los ociosos, ni las seducciones de los alegres; y por eso es incalculable la obra que ordinariamente se comienza y acaba en aquella oficina, los buques que se despachan, las naves que alijan, las mercancías que se almacenan, los artículos que se compran y venden, las letras que se negocian, el metálico que circula, los tratos que se conciertan, las cartas que se envian á todo el orbe, los telégrafos, trenes, vapores y vehículos que este comercio tiene en movimiento á cada minuto en toda la superficie conocida del globo.

La *City* tiene sus monumentos, su literatura, sus gremios, sus lugares consagrados,

sus hombres famosos, y como la colmena sus zánganos y su zizaña el trigo, los que viven á expensas de la ociosidad y la mala fé en el terreno de la confianza y el trabajo.

Allí están entre sus bancos famosos y compañías orientales y occidentales, atlánticas y tras-atlánticas con ramificaciones en todas partes y legiones de opulentos accionistas. El Banco que guarda las fortunas de millones de familias, que encierra las preciosas barras de oro traidas por innumerables galeones de los nuevos Acapulcos y El Dorados de los antípodas, que en una pequeña cédula ó inscripcion condensa un millon de reales y lo esconde en la palma de la mano como un maravedí, y por el cual jura el comerciante como el romano por Hércules, el moro por su barba y el clásico por la laguna Estigia. A dos pasos y frontero se eleva la Bolsa, no tan ruidosa como las de París, Hamburgo y Amsterdan, sino casi desierta y como de respeto, pues tal es el número de las transacciones, que un lugar solo no bastaria aunque tuviese una milla en cuadro. Allí se ven las curias civil y eclesiástica, reunidas en el *Doctor's Commons*, pozo Airon ó sima de Cabra que consume cuantas fortunas le echen como guindas nuestra proverbial Tarasca. Allí eleva sus negruzcos y viejos muros la torre de Lóndres, decano de los monumentos, archivo viviente aunque mudo de una série de dramas espantosos, testigo de los sufrimientos de mil nobles víctimas, á la ambicion, al capricho y á la negra razon de Estado sacrificadas; prision que vió la constancia y serenidad de Moro y la muerte de la infeliz Ana Bolena; el lujo y la miseria, el bullicio de las orgías y el silencio de la soledad. Allí están la via subterránea cavada por Brunel bajo el lecho del Támesis; el famoso *Billinsgate*, donde se ven todas las especies de séres que el Océano encierra en sus entrañas; el puente de Lóndres, celebrado por su magestuosa y rica estructura, y más famoso por el inmenso tráfico y pasaje de vivientes; el monumento de Lóndres, recuerdo del incendio que en 1666 consumió 13,000 casas y 400 calles, emblema del ánimo indomable de la poblacion londiniana, y especie de Rotonda desde cuya altura á más de un desesperado isleño le vino al pensamiento ensayar el efecto de las leyes de gravedad, volteando por los aires como Luzbel cuando fué arrojado á los profundos senos de la tierra. Allí se eleva y *sube hasta lo infinito*, cual diria un orador poético, la aguja de la basílica de San Pablo, por cuyas naves pasaban los escribas y fariseos, cargadas las bestias de mercancías, comerciando en el templo, y llamando á sus contornos á los calaveras, mujercillas y disipados de antaño. Allí aparecen en sus cercanías el renombrado *Pater Noster Row* y la no menos célebre *Ave Maria Lane*, recinto de los libreros y editores, lugares consagrados al génio de los Aldos y los Juntas, que comenzando por ser una feria de escapularios y cédulas piadosas para avivar la fé, son hoy el mercado literario más activo, y el foco de luz de las inteligencias: como si la filosofía, amiga del exámen,

no contenta con destruir la autoridad, viniese á disputarle hasta el terreno. Allí se ven *Cheapside*, inolvidable por sus tumultos, é inolvidable hoy tambien por su concurrencia: la antigua Judería, resto miserable de la opulencia de los israelitas arrojados tambien de Lóndres en el siglo XIII: el edificio del correo, especie de corazon que arroja y recibe por su complicado sistema arterial la savia que en su perpétua circulacion mantiene la vida: la calle de los Lombardos, famosa en otros tiempos por los tratantes y prestamistas de la Lombardía que en ella se establecieron, ilustre despues por haber nacido en ella el Horacio británico, el cáustico y fecundo poeta Pope, é ilustrísima en nuestros dias por rebosar de oro del uno al otro extremo. Allí descuellan y corren parejas por su lóbrego aspecto, la prision de los grandes criminales y el lugar de la horca, con el mercado de las carnes; y no á mucha distancia comienza á recorrerse la famosa via llamada *Fleet Street*, arroyo en un tiempo y hoy rio donde se acumulan todas las corrientes de la opinion pública, porque es el arsenal y la plaza de armas de los soldados y campeones de la política, donde se ostentan en ambas aceras los estandartes y lemas con que diariamente salen al palenque de la lucha. Finalmente, allí se ven las estátuas de Wellington, de Peel, del rey Guillermo; el colegio de Cristo; la casa que fué de los caballeros Templarios, hoy Chancillería y residencia de los modernos Papinianos; el teatro de los *frailes negros*, donde representaba el autor de *Hamlet*, hoy convertido en almacenes y escritorios, y el mercado de San Bartolomé, aunque despojado de las repugnantes escenas que describe Dickens en sus novelas, sin la gentualla y turba-multa de Holland, que por muchos años fué el desdoro y baldon de la sociedad inglesa.

La *City* posee tambien su literatura especial, que la forman *el libro público mayor*, periódico necesario en todas las oficinas; el *Lloyds*, registro marítimo de inapreciables ventajas; el *Directorio comercial*, brújula indispensable para navegar en aquel Océano; el *Bradshaw*, ó guia de caminos de hierro, y los *Lett-diary* inseparables de todo hombre de negocios.

Por último, la *City* tiene tambien su herología y calendario de hombres ilustres, ó digamos su almanaque de Gotha, donde pudieran figurar las vidas y hechos de sus Fúcares, y anotarse los *Rotschilds*, *Barings*, *Peabodies* y *Gresham*, *patres majorum gentium* en la banca, osados emprendedores, y astros que con su atraccion y repulsion influyen en el movimiento de los mercados y las bolsas.

Hemos dicho que en ella, al lado del trigo anda la zizaña y junto á estas industriosas abejas los zánganos. En ninguna parte del mundo se adelgaza más el ingenio para vivir por las uñas que en la *City* de Lóndres, ni hay ladrones tan disimulados, tan impasibles y calculadores. Aquel es el centro del mapa picaresco del universo, en donde se garbea por mayor y menor con una industria digna de mejor empleo.

Allí hay aspirantes á los presidios de Portland para quienes la fortuna no tiene atractivos si no viene de golpe, ni la ganancia les seduce ni aprovecha, si no es de lo contado como al lobo. ¡Cuántos mercaderes burlados, menores seducidos, viudas engañadas y honrados y laboriosos padres arruinados con insensatos proyectos, azules horizontes, doradas promesas y fabulosas ganancias! ¿Qué no se hará cuando el capital sobra y la industria y el arte de explotarlo escasean? Pero fuera de esta clase elevada, aristocrática, que come con la credulidad de otros, hay una clase media, no muy numerosa, aunque puede dar leccion de oposicion á todos los tomadores del dos. Estos son Proteos que cambian de ropas como farsantes y de nombres como Pasamontes. Su ingenio es tan vivo que al vuelo toman las ocasiones por la guedeja, y sacan partido de la menor negligencia de sus prójimos. Ellos son los amigos natos de todos los extranjeros, los guias de todos los extraviados, los parientes de todos los ricos, los asociados de todas las empresas, en una palabra, los hombres *ad hoc* en todas las circunstancias. La policía los sigue y los pierde de vista, los busca y no los encuentra, los alcanza y se le escapan como anguila agarrada por la cola. Sus hechos son siempre admirables, y sus proezas arrancan el aplauso en medio del odio y el desprecio. Una dama va al Banco de Inglaterra en su elegante carruaje, y tiene la imprevision de subir en él con varios billetes en la mano. ¿Quién pudiera temer un robo á vista de la policía, de los porteros y de tanta concurrencia? Nuestro hombre aparece allí, sin embargo, vestido á lo dependiente, sin sombrero, y con su pluma en la oreja, como si estuviese harto de operaciones aritméticas.

—Señora, dice acercándose con toda la finura y gentileza imaginables: se ha olvidado una firma: si V. tiene la bondad...

La dama entrega sus billetes y espera, espera... ¡adivina quien te dió! Ya nuestro caballero ha salido por la puerta opuesta y atraviesa las calles con una serenidad increible, y aquella noche hace de gran señor en el otro extremo de la ciudad, á tres leguas de su residencia.

Un caballero cae de repente en las calles sin sentido: las gentes se agolpan.—Está cadáver, exclaman; y hé aquí á nuestro hombre, desecho en lágrimas, abriéndose paso entre los curiosos y llamando á un cochero para conducir á *su primo*.—¡Pobrecito! murmuran retirándose los espectadores, conmovidos con aquellas demostraciones de afecto. Entretanto está el compasivo pariente desbalijando á su sabor los bolsillos del primo, y haciendo su hato. Manda parar el coche ante una casa conocida, que como la mayor parte, tiene dos puertas, y entrando por la una, se sale muy sério por la otra. El cochero al cabo de rato, se baja del pescante, abre las portezuelas y ve al mudo pasajero, que podia decir: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.

Casos semejantes se repiten muy al por menudo y pudiéramos citar infinitos, lo que hace tener en un pié á la policía secreta de Lóndres, que en punto á ingenio les va á los alcances. Ésta se introduce, como vulgarmente se dice, por el ojo de una aguja, y casi llega á imitar á Giges con su misterioso anillo. Muchos de los que discurren por la ciudad van durante dias y dias seguidos por esta impalpable cola, que anota y dibuja en sus diarios sus movimientos y hasta su figura. Si camina recto, nadie le molesta; pero si se anda en vericuetos, Dios se la depare buena.

En resolucion, la *City* de Lóndres es un mundo inmenso, fondo inagotable de observacion, máquina de complicado movimiento, paisaje animado, universal feria, y extraordinaria exhibicion de cuanto produce el cálculo y el interés, la riqueza y el trabajo, la naturaleza y el arte de una nacion poderosa, levantada á fuerza de perseverancia y laboriosidad al más alto grado de riqueza.

IV.

COSTUMBRES PÚBLICAS Y PRIVADAS.

Inglaterra es el país de la domesticidad. En tanto que el viajero se contente con recorrer calles y plazas, jardines y espectáculos, hallará séres en movimiento como máquinas, cuerpos sin calor, la soledad en las muchedumbres, la frialdad en la aparente excitacion. *Motus*, no es *causa caloris* en la sociedad inglesa. Una generacion de cadáveres galvanizados supliria perfectamente á la decoracion que presenta la vida del inglés en público. El movimiento enfria el alma. La longitud de los radios de aquella inmensa esfera hace que el calor, impotente para extenderse, se recoja, y que el hombre para el hombre sea como una sombra chinesca, un átomo, moral y racionalmente de ningun valor, y solo apreciable ó despreciable por el apoyo ó resistencia que ofrece como parte de la gran máquina, por la faz que presenta en su conjuncion con otro sér. Solo en capitales como Lóndres se concibe al peregrino en su patria, al desierto en medio de Babilonia. Un hombre muerto es un hombre muerto, y *ne fait point de consequence*, ha dicho Moliére por boca de un doctor. ¿Qué efecto produce en Lóndres la desaparicion de cien ó mil vivientes, la destruccion de un barrio entero, la aniquilacion de propiedades que formarian la riqueza de muchos pueblos?

Ni más ni menos que el que produce un insecto aplastado bajo nuestra planta. Ocasiones hay en que la consternacion de un distrito se siente en los confines del globo y pasa desapercibida para muchos habitantes del distrito opuesto de la ciudad.

Ved las plazas, los teatros, los trenes, la *City*, los lugares públicos, donde hormiguean cuerpos humanos. Están juntos y no se tocan, se acercan los cuerpos y hay de alma á alma un abismo. El hombre más filántropo tiene que aprender egoismo para vivir en populosas ciudades. Si va á remediar á todo el que cree necesitado, si va á servir á todo el que necesita de ayuda y á cambiar una palabra con el que encuentra cercano á sí, le faltarian el tiempo y las manos. Por eso hizo bien Cervantes en llevar su Quijote á los despoblados, y aun con todo eso dió con un maese Pedro. ¡Cuántos Pasamontes no se toparan en ciudad tan populosa, donde hay hombre que goza de crédito en el norte y está desconceptuado en el sur de la capital! Los extranjeros, desde que ponen el pié en un tren y observan el silencio con que viajan los ingleses, prefiriendo la compañía de un libro á la del pasajero que tienen enfrente, se sienten inclinados á llamarles insociables; pero si residen algun tiempo en sus capitales y sufren varios chascos, inevitables efectos de la cortesía en un gran centro de poblacion, juzgan su despego y frialdad en público como una conducta discreta y una medida salvadora.

La domesticidad se acrecienta y el barómetro del hogar sube, al paso que baja la temperatura de la atmósfera pública social. El inglés tiene sus goces, su dicha, su gloria, su bien supremo en el templo que ha santificado con la palabra *home*, voz cuyo equivalente no se encuentra en los demas idiomas. La ciudad es el mar en que navega; el hogar el puerto. La ciudad es el campo de batalla; el hogar el santuario en que va á gozar de su botin. Recorred las poblaciones y os parecerán las viviendas una línea de castillos. Al antiguo foso han sustituido las tapias que aislan las moradas unas de otras. Ni un ser viviente en las ventanas y balcones. La puerta, estrecha y pequeña, rechaza la idea de hospitalidad, y parece construida solo *para que quepa el dueño*. Todo cerrado, todo oculto y las palpitaciones y signos de vida léjos de los extremos, léjos de la superficie, y concentrado el calor en lo interior como en el moribundo. Aun para hacer ejercicio, el inglés es enemigo de *azotar las calles*, y *pasea en su jardin*, que es cuanto puede decirse de su amor á la vida privada.

De puertas adentro, en el seno de la familia y en la compañía de un amigo, trinidad indispensable para constituir la felicidad segun la nocion inglesa, la perspectiva cambia de un todo. El hogar es un fondo inagotable para un curioso observador. Dentro del sombrío castillo de negruzcas tapias reinan la expansion, la vida, el contento, la armonía, la libertad, los goces y el amor, y si fuéramos á pintar el refinamiento de comodidades y los detalles de esta vida íntima, nuestro cuadro seria

inacabable. Todo está estudiado y calculado para hacer de la morada una compensacion necesaria del vacío que ofrece la vida pública. Por eso el domingo se retrae la poblacion al reposo de su santuario doméstico, y lo que parece al forastero mortificacion y tristeza es agradable al ciudadano que cambia de actitud y descansa de sus ordinarias tareas.

Pero como, á pesar de esto, los hijos de Albion no dejan de vivir vida pública, ni faltan en sus ciudades ninguno de los perfiles propios de un pueblo civilizado, hablarémos, aunque sea brevemente, de sus costumbres públicas, de su modalidad externa y de la fisonomía especial que toman entre actores tan enemigos de *salir á las tablas* y tan aficionados á *divertirse entre bastidores*.

Uno de los caractéres distintivos del pueblo inglés es su descuido y ninguna atencion á dar tinte teatral á lo que hace ó dice. El inglés no mira al efecto como su vecino allende el canal. No sabe lo que es decoracion y artificio que levante el valor de las cosas y realce su mérito por el aparato. En el mercado social inglés cada artículo aparece al público tal como es, en su verdadero valor intrínseco, llana y sencillamente. Nadie procura alucinar. Ni el mercader en su tienda, ni el banquero en su escritorio, ni el noble en su porte, ni la jóven en su traje se esfuerzan en realzar las apariencias. Ninguno sabe el arte del doctor Dulcamara. Hombres de inmensa fortuna viven sin la menor ostentacion, y ocupados en los mismos negocios que cuando eran modestos dependientes ó menestrales. Jóvenes de extraordinaria hermosura viven como si para ellas mismas pasara desapercibida. La coquetería es desconocida; el arte de agradar poco estudiado. La naturalidad es el distintivo, la sencillez el decorado de todos los actos y manifestaciones del pueblo inglés. Esta naturalidad llega hasta la tosquedad y aun grosería en algunas cosas, como se ve en la cocina inglesa, que tendrá de todo menos de delicada. La carne medio cruda, la repostería llena de grasa, los manjares sinapismos, no son muestra de gran gusto. En los establecimientos públicos se nota la misma falta de atildamiento, la misma indiferencia en lo que toca á hechizar los sentidos. En ninguna parte abundan más las líneas férreas que en Inglaterra; pero los coches son detestables, las salas de descanso pecan de modestas y los *restaurants* de estípticos. Los carruajes de alquiler llegan á una suma fabulosa, pero sucios y de grosero aspecto. Los monumentos esparcidos en la ciudad son en gran número, pero destituidos de belleza. Las calles anchas, rectas y longuísimas, pero la arquitectura de los edificios pobre y monótona. Los teatros en abundancia, pero incómodos y pequeños. Los cafés (entre los ingleses *tavern*) infinitos, pero estrechos y mal acondicionados; todo lo cual indica que los moradores son eminentemente domésticos y no están acostumbrados á vivir, comer y recrearse fuera de sus casas.

Donde más se notan estos hábitos es en los teatros. Comparado el número de éstos con el de la poblacion de Lóndres, es bien pequeño. Las familias inglesas tienen esta distraccion contadas veces al año. Así se explica que hasta hace poco tiempo, una compañía de ópera italiana durante la estacion, satisfacia al público inglés, no obstante que la mayor parte de las localidades las llenan los extranjeros. Cierto que el teatro, como todo artículo de lujo, es costosísimo en Inglaterra; pero el no frecuentarlo proviene de que los ingleses, despues de los negocios del dia, vuelven *sedientos del hogar* al lado de sus esposas y sus hijos. Millares de familias de fortuna inmensa no han puesto los piés en el teatro, y ciertamente no es por cuestion de intereses. Aun se conserva algo de aquel espíritu puritano intolerante que condenaba el teatro como invencion diabólica, y las preocupaciones por una parte y por otra la incomodidad que ocasionan las distancias y la ausencia de estímulo é interés particular en un público enteramente nuevo cada dia, retraen á las familias de estas diversiones tan familiares en el continente.

Los ingleses tienen sus teatros especiales, acomodados á su carácter y que fomentan con un espíritu decidido de proteccion. Estos son las exposiciones y exhibiciones artísticas, industriales y agrícolas. Este es un espectáculo verdaderamente inglés. Exposiciones de ganados, exposiciones de flores, exposiciones de pinturas al óleo y á la aguada, exposiciones de perros, exposiciones de frutas, de todo, en fin, cuanto es susceptible de mejora y competencia. Allí vereis á los hombres y las mujeres, á los niños y los ancianos, al opulento y al pobre, al noble y al plebeyo, recorrer los inmensos edificios con una curiosidad silenciosa y contemplativa, con la misma compostura y gravedad que si estuviesen en el templo, interiormente gozosos de ver los adelantos de su país y orgullosos con el estímulo que se ofrece á las artes y á la industria de sus compatriotas. Esta es una verdadera costumbre inglesa digna de imitacion en todas partes. Comprendemos que el altivo é industrioso isleño desdeñe un teatro donde va á oir música extranjera y traducciones francesas, ó á contentarse con las producciones de Shakespeare, más para leidas que representadas en nuestra época, y prefiera el teatro de su moderna actividad industrial, de influjo más directo y positivo.

Este espíritu expositor que les llevó á imaginar las dos exhibiciones mónstruos de 1851 y 1862 les indujo tambien á procurarse un escenario perpétuo donde desahogar su aficion á estos espectáculos, y erigieron el admirable palacio de Cristal, que muestran con orgullo á los forasteros.

En efecto, hay un nombre que resuena hoy en todos los ámbitos del mundo, que pronuncia el labio con admiracion, que recuerda el viajero con entusiasmo, que repite el inglés con orgullo, que llama la atencion del más indiferente y que asocia en la

mente la idea del gran foro de las naciones modernas, del gran *panopticum* de la actividad del siglo: este es el palacio de Cristal de Sydenham.

Ninguna poblacion antigua ni moderna, ni las famosas Nínives y Pérgamos del Asia, ni las Atenas y Corintos griegas, ni las Romas y Capuas de los Césares, ni la más brillante y fastuosa córte en los pasados y presentes siglos, ha encerrado en su seno maravilla semejante á la que esta poblacion, de ayer nacida, ostenta en su pintoresco recinto, asiento del trasparente coloso, del cristalino alcázar, de la nevada inmensa roca, templo de la industria y arte, museo perpétuo de las bellezas del universo. Esta poblacion, frecuentada por los peregrinos que de las cinco partes del mundo vienen al olor de tantas maravillas reunidas, cuenta pocos años de existencia. Su nombre apenas aparece en las Guias y Manuales del viajero, anteriores á la exposicion universal celebrada en *Hyde Park*, en 1851, cuyo palacio ha de inmortalizar á Sydenham, como el templo de Diana á Efeso.

Los habitantes de Lóndres, que en su movimiento diario de la circunferencia al centro y del centro á la circunferencia; del campo, á donde les llama la *higiene*, y de la *City*, á donde les llama el interés, semejan verdaderamente el flujo y reflujo del Océano, no habian dejado de formar pequeños vergeles en los alrededores para su recreo, donde gozar del aire puro despues de atender á sus negocios; porque la poblacion londina, en las horas destinadas al descanso, huye del Banco y de la Bolsa, como si arrojasen sobre ella fuego del cielo, y á manera de Loth ni aun osa volver la cara.

Entre estos vergeles, cautivaban su atencion *Greenwich*, por su seductora situacion á orillas del turbio y trabajado Támesis; *Hampton*, escogido por el cardenal *Wolsey* por sus condiciones de salubridad, y en donde todavía se admira su antiguo palacio, verdadero *Hermitage* del orgulloso favorito de Enrique VIII; *Richmond*, por su elegante parque, pintoresca situacion y celebrados *hoteles*; *Kew*, pequeña y voluptuosa Chipre, mecida en una alfombra de flores, y finalmente otros muchos deleitosos arrabales, cuya enumeracion seria prolija.

Pero con todas estas bellezas y atractivos, ninguno de los parajes enumerados correspondia á la grandeza de la primera ciudad del mundo. Era preciso que el soberbio isleño realizase con el poderío de sus máquinas y la abundancia de sus tesoros, una de las más poéticas concepciones con que la delirante humana fantasía se atrevió á halagar á los sentidos, y que el moderno *cives romanus* tuviese un lugar de deleite superior á los *Versailles*, *Hermitages* y *Sans Soucis* de los monarcas. Para esto escogió el modesto Sydenham, poblacion naciente, que en una altura divisaba apenas el viajero al recorrer veloz la línea de Dover á Lóndres. Acababa el arquitecto Joseph Paxton de erigir su gran palacio de Cristal, amenazado de venir al suelo falto

de objeto una vez concluida la exposicion; pero era tan bello, tan espléndido y de una invencion y plan tan admirables, que el orgullo nacional se interesó en conservar aquella maravilla pasajera y en hacerla prodigio permanente. Al punto se formó una compañía que aprontó el capital necesario para comprar tan valiosa joya, y destruida y reducida á menudas piezas, fué trasladada como tienda de campaña para reaparecer en las alturas de Sydenham. Sus moradores vieron levantar como por ensalmo aquella aérea montaña, aquel palacio mónstruo, semejante á la creacion de un sueño. Construyéronse vias férreas destinadas exclusivamente á conducir á los admiradores de aquella exposicion perpétua, que cada dia ofrece un nuevo atractivo, y desde entonces Sydenham es el lugar escogido para instruccion y recreo, la maravilla que primero visita el extranjero, el anfiteatro de los grandes espectáculos, el centro de reunion del mundo elegante, el museo de los artistas, el bazar inmenso de Lóndres.

Enumerar las transformaciones que en este edificio se hacen para atraer diariamente al público, seria empresa dificultosa. Ya es un templo, ya un teatro, ya un bazar, ya un museo en donde se expone todo lo más nuevo, todo lo más curioso, todo cuanto goza del aura popular del dia, al lado de los monumentos y creaciones de la más remota antigüedad de todos los pueblos de la tierra. El palacio de Cristal es una verdadera enciclopedia comprensible á los sentidos. Allí se ven modelos exactos de todas las razas de hombres y animales, de todas las Floras y las Faunas, de todas las arquitecturas, de todas las curiosidades, de todos los génios. Allí pasea el curioso por entre los monumentos que crearon las diversas civilizaciones, y pasa del misterioso mundo de la India y el Egipto, á la magestad del romano, á la belleza del griego y á la ligereza y gracia del árabe, fantástico y voluptuoso como el cielo de Mahoma.

Un bellísimo y extenso jardin rodea el palacio de Cristal donde se ofrece á los espectadores un inacabable panorama de delicias campestres. Ejercicios gimnásticos, escuela de natacion, tiro de flecha, juegos de agua en las numerosas fuentes, iluminaciones, fuegos artificiales, paseos en lanchas por los canales, ejercicios atléticos, combates militares, saltos, carreras, velocípedos, patines, en suma, cuanto puede llamar la atencion segun las diversas estaciones.

Pero lo más constante entre estos atractivos es el recreo filarmónico. Cosa extraña: Inglaterra, que no tiene música, como no tiene pintura ni arquitectura, es el pueblo más aficionado á la música que existe en la superficie del globo. En ninguna capital hay más salones dedicados exclusivamente á conciertos. En ninguna capital se reune mayor número de hábiles artistas que en Lóndres. Los más famosos cantantes tienen contrata segura en esta capital, y no hay cifra para enumerar la série de conciertos que dan anualmente los profesores é instrumentistas para aplacar la sed filarmónica del pueblo inglés. La música es ramo indispensable de la educacion. No hay señorita que no sepa

cantar y acompañarse en el piano, y que no se muestre familiarizada con las grandes obras del arte. Las sociedades filarmónicas fomentan esta aficion ofreciendo conciertos mónstruos á donde el pueblo mismo puede asistir por un módico precio. No há muchos años, el mundo musical londino convidó á los miembros del Orfeon francés, en número de tres mil, y les costearon el viaje y gastos de residencia por oirles ejecutar sus bellísimos coros bajo la direccion de Mr. Delaporte. Conciertos de cerca de cuatro mil vocalistas é instrumentistas en que cada una de las sociedades corales de Inglaterra manda su contingente, es cosa ya normal en la capital de Lóndres y comun suceso en el palacio de Cristal. Una media bóveda de colosal altura, lanzada sobre un inmenso anfiteatro en el crucero del palacio, ha suplido las condiciones acústicas que faltaban á aquel grandioso templo donde la voz se desvanecia, y las grandes solemnidades musicales se celebran hoy en el palacio de Cristal con inusitado efecto y brillantez. Entre estas descuella la conmemoracion ó aniversario de Handel, el coloso de la música sagrada, que aunque aleman como Mendelsohn, Haydn, Mozart y Beethoven, ha hallado segunda patria en Inglaterra dispensadora siempre de entusiasta culto á los grandes hombres, cualquiera que sea la patria á que pertenezcan.

Nada más curioso por otra parte que observar la compostura y el silencio de los ingleses mientras se ejecutan estas grandes composiciones, cuyo mérito y belleza son solo perceptibles á las personas inteligentes y de refinado gusto. Muchas veces se reunen treinta y cuarenta mil oyentes bajo las inmensas bóvedas del cristalino alcázar, sin mover pié, ni mano, ni labio, ni ceja, y aun respirando con miedo por no turbar en lo más mínimo el concierto de las voces é instrumentos. Todos, hasta las niñas de corta edad, van provistos de una partitura de la obra maestra que se ejecuta, y léjos de derramar la vista, la concentran para no distraerse sobre el pentágrama donde está escrito el canto y las palabras del argumento. Solo el pueblo inglés es capaz de esta devocion, no siendo músico por naturaleza, ni habiendo podido producir un génio de talla en este arte.

Sin duda alguna la moda influye mucho en la produccion de este fenómeno; pero es evidente, como dijimos hablando de Cataluña, que en los pueblos industriosos y activos la música es un elemento necesario de la vida, y aunque los ingleses no sean más que aficionados, han tenido el arte de hacerse notar por su exquisito gusto y por haber contribuido á popularizar las grandes obras de los clásicos alemanes. Las sociedades de *armonía sagrada* ejecutan casi diariamente el *Mesías*, el *Elías*, la *Creacion*, las *Estaciones* y el *Judas Macabeo*, reconocidos por los oratorios más clásicos y admirables del repertorio aleman. Una sociedad se creó con el determinado y exclusivo objeto de cultivar la música del divino, apasionado é inmortal Beethoven, y en esta laudable competencia apenas queda ya música inédita de estos grandes

génios, á quienes han levantado estátuas, y forman las delicias del pueblo industrioso y morigerado en los conciertos populares de los lunes, imitados recientemente con éxito en la capital de Francia.

Hemos hablado de sociedades musicales, pero, ¿para qué no se forma una sociedad en Inglaterra? ¿No es extraño que el inglés inclinado á la soledad sea tan amigo de asociaciones? La verdad es, que la impotencia misma del aislamiento hizo reconocer las ventajas de la asociacion más que todas las teorías y raciocinios *á priori*. A la asociacion debió su emancipacion la clase que hoy llamamos media. Producto de la asociacion han sido todas las grandes empresas acometidas por este pueblo, y por la asociacion comienzan á emanciparse muchos distritos de operarios. Este medio intentado para el trabajo lo ha sido tambien para el recreo, y no porque les incline á ello el carácter sino la disciplina y el espíritu de competencia.

Para todos los juegos y recreos se forman sociedades en Inglaterra, y principalmente para el juego de ajedrez, entretenimiento que se ha aclimatado en este pueblo, como el de las damas en el gremio barberil. Concierta tan bien la índole de este juego con el temperamento flemático de los ingleses, que parece que se inventó para ellos, y ciertamente segun la moral que sacó Franklin de este pasatiempo, algo contribuye este recreo á formar la circunspeccion, que es una de las cualidades características de los isleños.

Además de estas sociedades que mantienen contínuas apuestas con los principales clubs é individualidades de dentro y fuera del país, existen asociaciones para las regatas, para el *cricket*, juego atlético popularísimo en Inglaterra y en que combaten universidades, colegios y clubs unos contra otros, formando apuestas y certámenes y emprendiendo largos viajes, *aun hasta á los antípodas*, por vencer á los más famosos *cricketeros*, y lo mismo sucede con el juego de pelota, de mano, de guante y de pié, en que no son menos diestros los ingleses que nuestros vizcainos, no considerando estos pasatiempos impropios de la edad adulta y aun provecta, y estimulando con premios á estos varoniles y saludables ejercicios en un clima en que son tan útiles é higiénicos. Es tal el movimiento recreativo de esta especie en Inglaterra, que hay periódicos de gran tamaño dedicados diariamente á hacer la crónica de estas diversiones, juntamente con las carreras de á pié y de á caballo, cacerías y cetrerías, pesca y demás variados entretenimientos con que se destierra el ocio pernicioso. Entre estas costumbres es notable la introducida en casi todas las profesiones y ejercicios de conceder á los dependientes, empleados, aprendices ó trabajadores cierto número de dias que llaman *holydays* y suplen á la falta de fiestas entre semana tan abundantes entre los católicos. Cada uno tiene su temporada en aquella época que más le conviene, con tal que un compañero le sustituya en su

trabajo, y por lo general se conciertan varios agraciados y emplean los dias en excursiones instructivas, ya por el territorio inglés, ya por otros países. En las universidades y colegios son frecuentes estas expediciones de jóvenes asociados, entre los cuales los más ricos se someten á la disciplina y economía de los más modestos de fortuna, único modo de perpetuar esta buena costumbre sin rivalidades ni resentimientos.

Habiendo mencionado ya el periódico, no creemos inoportuno consagrar algun espacio á notar los rasgos más característicos de la prensa inglesa, toda vez que por su desarrollo, á la sombra de una libertad bien entendida, ha llegado á ser como un elemento indispensable de su vida y una rueda importantísima de su mecanismo social, político y económico.

No hablarémos aquí del tono de la prensa política, de la universalidad de necesidades que satisface, de los intereses que fomenta, ni de la ilustracion que difunde; pero harémos observar una extraña costumbre que introdujo sin duda el grado de perfeccion alcanzado por esta verdadera institucion popular. La idea del periódico en Inglaterra es mucho más comprensiva que en otros países. El espíritu utilitario, práctico y positivista del pueblo inglés ha imaginado que una poblacion periódica, bien entendida y organizada, puede llenar más objetos y satisfacer más deseos que la simple curiosidad de leer artículos é informarse de lo que pasa en el mundo. Así se ve que el suscritor aspira á tener en el periódico lo que llamamos el *paño de lágrimas;* un ser anónimo, una entidad incorpórea, que además de ser el órgano que le informa, le ilustra y le recrea, sea tambien el mentor que le dirija, el consejero que le advierta, el letrado que le defienda, el médico que le cure, el confesor que le absuelva y el amigo y confidente en todos sus apuros, dolores, dificultades y compromisos. En efecto, las publicaciones periódicas llamadas de familia, han reunido al general interés literario y noticiero un interés particular para cada suscritor, abriendo una seccion que puede llamarse de consulta secreta. Cualquier asunto es consultable por medio de carta al editor, poniendo las iniciales ó un pseudónimo, y el editor, que mira al interés y agrado de sus abonados, se constituye en la obligacion de traer á la vista los autos, y tener sus letrados, médicos, eruditos, ingenieros, facultativos de toda especie, en una palabra, peritos que respondan á las preguntas de los suscritores, las cuales publica en los números siguientes, tan luego como se ha informado, ó bien la imposibilidad de satisfacer á la cuestion propuesta.

El número de materias que esta seccion abraza, es tan vario como las necesidades humanas pueden serlo, y desde la vana curiosidad y el pueril antojo, desde la pregunta del erudito que desea saber cuál es el orígen de una determinada frase proverbial, hasta la jóven que pide consejo sobre el estado que le conviene, la esposa

que reclama auxilio para encaminar á buena senda su marido, el padre que se lamenta del libertinaje de su hijo y el soltero que explana un caso de conciencia, en todos los casos y cuestiones el suscritor acude á su editor como á su ángel tutelar. Esta seccion es una de las más curiosas de los periódicos familiares, y por el tenor de las respuestas se ve la mucha utilidad de esta costumbre en la mayoría de los casos: costumbre que evidencia la respetabilidad, confianza y buena organizacion de estas empresas, y que por otra parte no dejará de ser un buen argumento para los católicos contra los protestantes en punto á la confesion auricular. Efectivamente, en los casos de conciencia, en los negocios graves, en las circunstancias de lucha de deberes y sentimientos, ¿no es confesarse con el editor secretamente? ¿No es buscar la seguridad del secreto para desahogar el corazon, mostrar las miserias ocultas y pedir consuelo, consejo y guia? Abandonamos esta indicacion á los moralistas, que sabrán deducir importantes consecuencias del fenómeno tan digno de observacion que el sér humano presenta. El protestantismo abolió la confesion auricular, y el pueblo protestante cambia de ministro y hace sacerdote á un editor.

Entre las costumbres del pueblo inglés dignas de nota, no podrémos dejar de mencionar la que observa el 14 de febrero, dia de San Valentin. Una semana antes aparecen infinidad de tiendas cuajadas de *valentinas* más ó menos costosas, con hermosos relieves ó dibujos, ó ridículas caricaturas, versos, ramos de flores y toda suerte de invenciones propias para regalarse los jóvenes de ambos sexos. En aquel dia la modesta doncella y el tímido amante se atreven á declarar anónimamente su pensamiento, aunque no sin algun signo misterioso que releve la procedencia. El número de cartas que aquel dia y la víspera entran en los buzones es indescifrable, y la administracion del Estado no mira indiferente esta contribucion indirecta que tantas sumas vierte en su tesoro. Es esta costumbre muy antigua en Inglaterra, y á nuestro entender de orígen pagano, y nacida quizás de las Lupercalias, de que vemos una reminiscencia en España en las llamadas suertes de compadres en tiempo de carnaval. Antiguamente se hacia lo mismo en Inglaterra, y aun creia el pueblo que este dia tenia alguna influencia en realizar las uniones que formaba la suerte. La supersticion llegó hasta creer que la persona del otro sexo que se encontraba aquel dia, estaba destinada á ser marido ó mujer. Tambien se llama Valentina el amante escogido en este dia. El poeta Spenser decia, que el dia de San Valentin que, de paso dirémos, se distinguió mucho por su amor y caridad, tenia Cupido su córte, ante la cual parecian los amantes á dar cuenta de sus empresas. El famoso Burton, citando á otra autoridad, pretendia que esta costumbre habia pasado de los límites convenientes, y que por esta causa no debia enseñarse á escribir á las mujeres. Lo cierto es, que la civilizacion no ha podido arrancar estos restos de supersticiones, y que á la sombra

del secreto y de la libertad que los corazones gozan aquel dia, las jóvenes se alivian de muchos pensamientos que les bullen en la cabeza durante el año, y escriben sendos *billets-doux,* rotos los lazos de la modestia y sin dejarse nada en el tintero, por lo cual auguramos que esta costumbre durará todavía siglos en Inglaterra.

En nuestro propósito de amenizar la lectura, creemos conveniente hablar aquí de las exhibiciones todavía frecuentes del arte de defensa propia, que se conoce con el nombre de pugilato. Hemos hablado, tratando de España, de la lidia de los toros, y justo es que tratemos de este espectáculo tambien nacional en Inglaterra. Dijimos que la única diferencia consistia en que los españoles autorizan la una, y los ingleses la hacen de solapo. Cierto, pero el hecho es que tienen lugar esos espectáculos verdaderamente repugnantes; que no há mucho tiempo la nobleza apadrinaba á los campeones, y que en los pasados años se han repetido estas mortales luchas con asistencia de personas no vulgares, pues el precio de los billetes de entrada solo estaba al alcance de grandes fortunas. Tiene en su favor el pueblo inglés, que sus brazos son las únicas armas ofensivas y defensivas que emplea, cuando no tiene á mano otras más sólidas y contundentes. Natural es que en ciertas clases de la sociedad la repeticion contínua de escaramuzas y hostilidades llegue á dar cierta superioridad y fuerza no comunes al manejo del puño, y los ingleses, que divinizan todas las notabilidades y admiran el imperio de la maña y de la fuerza, no podian dejar en olvido á los notables pugilistas. Así es, que aquel ciudadano que ha vencido á todos sus contendientes en singular pelea, es elegido y condecorado con el título de *Campeon de Inglaterra.* Éste goza del título durante tres años, pues la dignidad es amovible. Durante este período tiene derecho á llevar la banda honorífica que hace las veces de diploma, y la obligacion de hacer frente á todos los adversarios nacionales ó extranjeros que se presenten á disputarle el premio. Los aspirantes, ejercitados mientras tanto en privados combates, y enardecidos por sus parciales y protectores, llegan por fin á lanzar al campeon el cartel de desafío. Extendida la noticia, se hacen los preparativos, se escoge el lugar, comienzan las apuestas entre los aficionados, se nombran los padrinos, ayudantes y peritos y se sujetan ambos combatientes por muchos dias á un especial régimen dietético, calculado con el fin de acrecentar la lijereza y disminuir la sangre y la sensibilidad. Hecho esto, se dispone un tren especial de madrugada, y reunidos en él los actores, tribunal y público, van al lugar diputado, donde en un momento clavan estacas, amarran cuerdas y forman un circo. Presentes ya los padrinos, peritos y ayudantes con sus fuentes, aguamaniles, esponjas, espíritus, lancetas y demas instrumentos y confortativos, saltan á la arena los dos peleantes, desnudos de cintura arriba, y se dan la mano sonriéndose, como si poco despues no fueran á hacerse pedazos las cabezas.

Hecha la señal, se disputan el sol, si lo hace, y sino la posicion más ventajosa del terreno, y acercándose gradualmente comienzan á ensayar los golpes con amagos, hasta que se hace la primera sangre, que por lo general es un espantoso golpe en el rostro, capaz de enviar al otro mundo á cualquier viviente. El combate cesa por un momento mientras los padrinos se apoderan del herido, le limpian, le refrescan y le animan, para todo lo cual les concede la ley del duelo medio minuto. Transcurrido este breve tiempo ya está frente á su adversario, y comienza la segunda vuelta, que termina cuando otro furioso golpe ha echado fuera los dientes, remachado las narices, hundido una costilla, dislocado un brazo ó cegado un ojo. Entonces vuelven á ser separados por los padrinos, que son consumados pugilistas, y muchas veces los agarran por los cabellos ó por las orejas para evitar que la cólera les exponga indefensos, aunque no es esto lo comun, pues conservan prodigiosamente su sangre fria y suelen sonreirse al recibir las furibundas puñadas que atruenan el espacio. Ocasiones hay en que una de éstas hace despedir al contrario como saeta disparada y lanzarlo de espaldas un gran trecho cayendo bañado en sangre y sin sentido. Aquí es de ver la prisa de los ayudantes: uno le lava, otro le abre los párpados con una lanceta, éste le humedece la boca, aquel le aplica espíritus á la nariz, el otro le frota y estotro con la presteza de un can le muerde las orejas y las extremidades de los labios y las narices para volverle de su estupor antes que el fatal plazo de medio minuto se cumpla; y mientras tanto está el otro adversario en su puesto observando con una brutal expresion y bárbara sonrisa el buen recado que ha hecho, y el público gritando sus ofertas, subiendo ó bajando las sumas segun el aspecto de la batalla, y animando ó aplaudiendo á los peleantes. Batallas hay que duran dos ó tres horas, en el discurso de las cuales no se dejan hueso sano los campeones, y como todos los golpes van asestados al rostro, á pocos que reciben se desfiguran, sin saberse donde están los ojos, la nariz, ni la boca, porque todo el semblante es una pura masa de carne cruda y sanguinolenta. Otras veces dejando de mover los brazos, cierran uno con otro y procuran meter la cabeza del contrario debajo del brazo, que es *poner la bola en chancillería*, y allí sin miedo á represalias machaca á su sabor el rostro del enemigo con sendas puñadas, ó procura ahogarle y lanzarle sin vida en el suelo. Generalmente terminan las batallas por cegar uno de ellos á puros golpes en los ojos, ó por abatimiento del otro, ó faltar al tiempo convenido, y algunas veces por la muerte instantánea á consecuencia de un furioso golpe, ó ya es tan igual la resistencia y tan prolongada, que la policía tiene tiempo de llegar, y entonces con disimulo rompen las cuerdas y todos se mezclan y confunden.

El espectáculo, como se ve, es grosero y repugnante. Nada hay en él que le

redima de su inhumanidad; nada que sea artístico, nada que compense y halague á los sentidos. Es la exhibicion más tosca y primitiva de la fuerza bruta. Todo es rudo, selvático, repulsivo, y sin embargo estos espectáculos se menudean, y las clases todas estimulan á los pugilistas, y premian á los vencedores, y los pasean en triunfo, para que el público se satisfaga y conozca á los modernos héroes.

Pero apartemos la vista de esta perspectiva desagradable y fijémosla en otros cuadros más propios de un pueblo civilizado. Hay una época en el año en que los ingleses se entregan en cuerpo y alma al regocijo entre los más puros y sencillos placeres. Esta es la fiesta de Navidad, que verdaderamente imprime carácter y se puede llamar el tiempo santo de los ingleses. Todo se transforma, todo toma un nuevo aspecto en la festividad pascual, en que una vara mágica parece hacer brotar la fuente del placer una vez al año entre un árido desierto. La corta vida de pascua es un mundo nuevo en que todo se reviste de alegría, en que el hombre más progresivo vuelve los ojos á las venerandas tradiciones, el *tourista* á sus playas queridas, el hijo pródigo á su casa abandonada. Es, sobre todo, el bello ideal, el sueño dorado de los niños á quienes se presenta con una larga série de atractivos, de verdadera felicidad paradisíaca. El árbol de pascua, el *mistletoe*, el *puding* ó torta de frutas, el baile infantil, las pantomimas, todos estos clásicos recreos voltean en sus imaginaciones y embellecen sus sueños. Desde principios de diciembre se nota ya la aproximacion de las pascuas. Los almacenes de comestibles aparecen rebosando de faisanes, pavos, capones y toda clase de aves cebadas, y todas las tiendas preparan su envidiable surtido pascual. Libros, prendas, adornos, juguetes, manjares, confites, toda clase de artículos aparece con nueva y más brillante y seductora apariencia. El nombre de pascua parece un talisman que comunica á todo nueva belleza y vida. El inglés, tan grave y circunspecto, llegó hasta crear un oficio *ad hoc* en tiempo de pascuas para mantener la alegría entre las familias. «El Rey ó señor del regocijo,» tenia el cargo de inventar pasatiempos, farsas y travesuras durante cierto número de dias. Las canciones de Navidad, equivalentes á nuestros villancicos, son los cantares más antiguos de Inglaterra, y aun hoy se ven gentes del pueblo que las cantan el dia de Navidad por las calles, conservando un resto de la antigua costumbre de cantarlas en las casas partidas de hombres y mujeres felicitando á sus señores.

La víspera de la festividad se adornan las habitaciones con yedra y otros ramos y se coloca el *mistletoe*, que es una rama de muérdago ó liga, sobre las puertas, á fin de autorizar á los jóvenes á besar á las damas que al descuido ó con cuidado pasan por debajo de aquella planta. Hoy solo se cuelga el ramo dentro del hogar, pero en otros tiempos se colgaba en el exterior y se extendia el privilegio á besar á las jóvenes que pasaban por las calles. Las madres de familia están en este período en pleno

ejercicio de su imperio doméstico, preparando infinidad de distracciones para sus hijos, parientes y huéspedes, pues así como los franceses el dia primero del año, los ingleses se reunen el dia de Navidad á comer, no el cordero, sino el tremendo *puding* pascual, hecho de harina, grasa, limon, naranja, aguardiente, pasas de Corinto y otros ingredientes, tan indispensable en la familia inglesa como la sopa de almendra, el besugo y el mazapan á nuestros castellanos. Lo característico de esta época es el tamaño de las cosas, significativo de su uso y consumo en comun. Las velas de Navidad son de descomunal grandeza, y los pasteles y tortas sorprenden igualmente por el tamaño. Años hay, en que llegan algunas de éstas á la espantable cifra de cuatrocientas libras de peso, destinadas á adornar las mesas de los palacios ó de los colegios, y entre las familias se traba competencia sobre la magnitud de la torta, esforzándose cada cual en hacerla lo más gigantesca que le es posible, porque en ello no solo muestra su capacidad pecuniaria, sino el número de sus allegados y huéspedes.

En conformidad con el carácter inglés, la vida pública cesa del todo en la pascua. La *City* parece una mansion mortuoria. Calles de inmensa longura se ven tan solitarias, que ni aun los canes vagabundos osan atravesarlas. Los cafés, los paseos, los parques, las tiendas, los teatros semejan lugares apestados segun les hacen la cruz los moradores. Desgraciado de aquel que no tiene una casa donde guarecerse hasta el siguiente dia de trabajo. Bien puede decirse que está abandonado de Dios y de los hombres. Si va á comer á un club tendrá toda la plana mayor y menor de los criados dispuestos enteramente á su servicio, y si sale á la calle, como otro Jeremías podrá llorar la desercion y desamparo de la nueva Babilonia. Por el contrario, una vez admitido en el hogar, una vez de puertas adentro, tiene su asiento y plato en el banquete de la alegría, que como doncella, se esconde y encastilla temerosa de perder su virtud en la plaza pública. La reclusion aumenta la libertad; los viejos se vuelven niños; los graves joviales; los serios cómicos; los taciturnos locuaces; los severos mansos; la etiqueta se relaja; la rutina se olvida: todos se transforman, se rejuvenecen para obsequiar á la infancia, y en todos los pasatiempos, actos y conversaciones predomina una sencillez, un candor, una alegría juvenil indefinibles. En ninguno otro país civilizado creemos que sea tan notable y tan efectiva la influencia de un dia y el poder de la tradicion. Consiste esto en que los ingleses son muy sóbrios en punto á festividades. Cuando éstas llegan están preparados y dispuestos para gozarlas y tomarlas á pechos. Harto atrabiliario seria este pueblo si de doce en doce meses no supiera divertirse de corazon y *á su modo* en el corto espacio de veinte y cuatro horas. Así se observa, que en este dia hay una verdadera solucion de continuidad de la ordinaria existencia del pueblo inglés, pues ni negocios de Estado, ni negocios comerciales, ni transacciones, ni intereses de

ningun género, ni pensamientos melancólicos vienen á turbar la pura alegría que como corriente eléctrica se apodera de todos los corazones.

Hemos subrayado las palabras *á su modo*, porque efectivamente solo los ingleses son disciplinables y se contentan con una clase de pasatiempos domésticos, que el hombre suele mirar con desden en otros países. Esto nos lleva á afirmar que *John Bull*, á pesar de su rudeza y prosaismo, es *un buen camarada* y tiene excelente fondo. La idea sola de despojarse de su respetabilidad ordinaria y hacer causa comun con los niños, dice mucho en su favor. El respeto, el amor, la consideracion y aun veneracion que los ingleses profesan á los niños es casi extravagante; aunque si la infancia en todas partes es adorable, si los niños son acreedores á nuestro amor, siquiera agradecidos á que su mirada nos rejuvenece, su semblante nos pacifica y sus gracias nos embelesan, en Inglaterra es mayor su influjo por ser generalmente dotados de una belleza física tan angelical y una delicadeza de constitucion tan visible, que parece crecer la idolatría en razon directa de su aparente debilidad.

De aquí el predominio y consideracion de los niños en una festividad que conmemora el nacimiento del Mesías, y su desvalimiento en la pobre choza de Belen. Todos los afanes, todos los preparativos, todos los placeres se hacen é inventan para ellos, y ellos son los que embellecen y animan esta gran fiesta del hogar, que tanto contrasta con el espíritu aventurero, emigrante y excursionista de la raza inglesa.

Los géneros de pasatiempos que colman este breve período, son por lo tanto sencillos é infantiles, y el arte de gozar de esta fiesta estriba en desprenderse de toda aficion y predileccion particulares y dar importancia á lo más mínimo para sacar partido de todo. La primera parte de estos festejos consiste en los regalos de los convidados, que suplen los inmensos bazares de Lóndres. ¿Quién no visita la feria alemana de la calle del Regente, el Panteon, el bazar de Soho, el palacio de Cristal de Lóndres, y los mercados de Covent-garden, para proveerse de frutas, estampas, juguetes ó algun presente que consolide la amistad algo interesada de la infancia? Un regalo hace más efecto que cien discursos en esta generacion juvenil, amiga de irse ejercitando en los derechos de propiedad. Pero los regalos de los ingleses para los niños, preciso es confesarlo, están confeccionados con suma discrecion. La industria no ha olvidado que se puede instruir deleitando, y hacer entrar insensiblemente la aficion á los conocimientos en el lleno de la aficion á los pasatiempos. Todos los objetos de estos mercados tienen una faz que mira al gusto, y otra á la instruccion. Con juguetes se familiarizan los niños con todos los adelantos y curiosidades y fenómenos en todas las ciencias y artes; lo cual es en resumen más provechoso, que familiarizarlos con el tambor, el pandero, la trompeta, el pito y otros instrumentos bulliciosos é insoportables capaces de destemplar el mejor organismo músico.

No hay duda de que los niños saben luego distinguir en los mayores el afecto y simpatía verdadera de la fingida familiaridad y afectadas caricias. Desde luego en estas reuniones hay un personaje distinguible para ellos, ante el cual se sienten atraidos misteriosamente por reconocer en él mayor afinidad en la índole é impulso de sus demostraciones. Nunca falta en las familias algun astro principal en derredor del cual compiten en girar estos satélites pequeñuelos, siendo como el *fac-totum*, el guia y el maestro, que imprime á todo su sello y direccion, y sin el cual no hay gozo completo. Éste tal héroe semeja á los niños el libro del candado, en que todo era secretos y maravillas; pero sobre todo tiene el gran secreto de ir templando la asamblea al tono de la locura estacional, de irla comunicando gradualmente un grano de esa cómica insensatez que constituye el sabor de las reuniones pascuales de familia. Háse de advertir, que lo principal en ellas es una suculenta comida y una abundancia *sine fine* de estimulantes y bebidas alcohólicas, que en union con un nutrido fuego en la chimenea confortan y alegran los espíritus más torvos. Algo se ha de tolerar en los ingleses cualquier exceso en este punto, pues razonable es que cuando el clima les ataca con nieves, hielos y vientos nortes, se templen ellos al calor del Sur. En honor de la verdad, la Inglaterra de hoy dia es mucho más sóbria que la de los tiempos de Johnson, á pesar del diluvio de vinos extranjeros que llueve en sus puertos con la reduccion de derechos. No há muchos años, solo el Jerez y el Oporto adornaban sus mesas, fuera de su rica coleccion de cervezas de todos colores y aguardientes de todos grados. La privacion encendia entonces el apetito, y el embriagarse era de buen tono. Hoy se observa más continencia, gracias á Mr. Cobden, y no á la sociedad de la *Templanza*.

No debemos pasar aquí en silencio dos banquetes que en esta época tienen lugar en Lóndres y prueban el universal culto á esta festividad. El uno se celebra en la Inclusa, presidiendo en él la atencion más escrupulosa en el adorno de los aposentos y las mesas, donde son servidos los niños de todos los manjares y frutas propias de la estacion, mientras resuena en los ámbitos una deliciosa música. El otro tiene lugar en la casa de locos de Bethlehem, y es seguido de un magnífico baile en donde se reunen los lunáticos de ambos sexos, y los directores, médicos y dependientes de este suntuoso hospital. Los locos son los que dirigen el festejo y forman la orquesta para las danzas. Nada más admirable que el órden y decoro con que estos desgraciados se conducen, la propiedad en sus trajes y la etiqueta con que proceden. Al verlos obrar tan discretamente, se sentiria uno inclinado á abrir las puertas del asilo y dejar á aquellos nuevos Licenciados volver á su libertad antigua; pero por desgracia, una vez en el patio, el que menos se trocaria en Júpiter para llover cuando quisiere. De todos modos es altamente digna de aplauso esta costumbre de los ingleses que á

nadie olvidan en esta época, y más laudable todavía haber sabido llevar el tratamiento de estos infelices á un grado en que se ven de acuerdo los dictados de la ciencia y los sentimientos benévolos y humanitarios. El gran hospital, ó mejor dicho, el gran palacio de Bethlehem, es una de las instituciones que más honran á Inglaterra, y el método curativo que en él se sigue, el más adecuado para el bien de los lunáticos, pues consiste en proveer á su comodidad y distraccion por todos los medios imaginables, en tratarlos con bondad, suavidad y dulzura, en proporcionarles ejercicios que desarrollando y fortaleciendo la parte física produzcan el equilibrio conveniente en su constitucion. Muchos son los que han sanado completamente bajo este acertado método, y al menos, los que no han sanado, no han empeorado en sus dolencias, como era inevitable bajo el bárbaro y descuidado régimen del terror y el castigo aplicado en no lejanos tiempos.

Fuera de la solemnidad clásica, imprescindible del dia primero de pascuas, la temporada de los festejos, que consisten en bailes particulares, se prolonga hasta fines de enero, y la teatral suele durar hasta fines de marzo, si los empresarios han tenido la suerte de agradar al público con sus espléndidas y costosas farsas llamadas pantomimas.

Durante este tiempo se menudean los bailes particulares, porque la jóven inglesa, que no tiene paseos públicos donde lucir sus galas, ni va al teatro diariamente, ni conoce las tertulias llamadas de confianza, ni la encantadora ventana, especie de locutorio de la religion del amor, ni el elegante balcon desde el cual pueda extender su red en una posicion admirable, necesita ver y ser vista de algun modo, y los bailes son el desahogo y el campo de sus conquistas y derrotas. Inglesa hay, que durante todo el invierno, contra la estacion y la higiene, viste el vaporoso lino, y va de danza en danza acortando las largas noches y durmiendo de dia, ó bien pensando cómo ha de cambiar ó combinar las cintas, moños y flores de su tocado, para mostrar la variedad más caprichosa en la unidad más sencilla, pues nada hay más sencillo que el traje y los adornos de una jóven soltera en Inglaterra. La seda, el terciopelo y las piedras preciosas son artículos prohibidos en el traje de las doncellas, que han de contentarse con lazos, cintas y otros sencillos adornos, dejando para las casadas el lujo y magnificencia. ¿Qué mejor adorno que el de la modestia, la juventud y la inocencia? La mujer inglesa, por punto general, está expuesta á menos peligros y precipicios, así por el clima y temperamento, como por la educacion y las costumbres, y el respeto al bello sexo es tan grande como la libertad de que éste goza, desconocida en los países meridionales. El arte del galanteo, perniciosa escuela, es desconocido entre los ingleses; la conversacion no es tan libre como en otros países suele serlo en presencia de la mujer, y unido esto á su reclusion voluntaria en el

hogar y á las tareas que le impone una prolongada educacion, hace que las jóvenes conserven por más tiempo el candor y la belleza infantiles. En efecto, si la ociosidad es ocasion de daños, la mujer inglesa está muy léjos de caer en ellos en el período de la juventud, pues no pasa un momento ociosa. La educacion es muy refinada; algo más de lo que necesita segun su condicion social. Despues de los juegos de la niñez, comienza lo que podríamos llamar su primera enseñanza, y recibida esta, que comprende el estudio de la música y el francés, entra en el segundo período, que termina á los diez y ocho ó veinte y un años, y en el que aprenden dibujo, idiomas, canto, baile, equitacion, gimnástica, geografía y otros conocimientos; viéndose infinito número de jóvenes de escasa fortuna que utilizan estos conocimientos como institutrices en las familias acomodadas, y que á una corta edad están adornadas de grandes habilidades y conocimientos.

Como las jóvenes llevan este género de vida, la temporada de pascuas es el gran suceso del año. Entonces les es permitido presentarse en sociedad y tener un baile llamado de pascuas, en sus casas, y asistir á otros de esta misma categoría en que la niñez y la juventud son honradas, ocupando el primer lugar y siendo objeto de todas las atenciones. Victor Hugo en su poética residencia de Jersey ha fomentado dignamente esta patriarcal costumbre, convidando á su casa á los niños y niñas de su laborioso vecindario; y la prensa nos ha hecho conocer más de una vez el encanto y la belleza de este cuadro doméstico, en que el gran poeta se ha hecho niño con los niños, y ha presenciado y dirigido la distribucion del árbol de pascua, verdadero árbol del paraíso para la infancia, no lleno de manzanas pecadoras, sino de cuantas invenciones ha producido la industria para atraer y seducir sus miradas y entretener sus ocios.

Pero lo más notable en este período festivo son las representaciones teatrales, conocidas con el nombre de pantomimas, que tienen lugar todas las noches consecutivamente en todos los teatros. Los empresarios miran esta época como su El Dorado, las familias como su Eden, los jóvenes como su reinado, pues los que no pueden ir como espectadores van como actores. En el mundo fantástico que se desarrolla con los poderosos auxilios del arte y de la mecánica teatral, donde tan gran papel representan los gigantes, enanos, diablos, ángeles y ejércitos de duendes, hadas, vampiros, espíritus y animales parlantes, la mayor parte de los obreros y obreras encuentran grata ocupacion todas las noches, amen de algun producto. Para estas representaciones no se perdona gasto, y ocasiones hay en que la *mise en scene* de una pantomima en la primera noche ha tenido de costo millones de reales. Bien es verdad que los productos son pingües y los ingresos exceden en mucho á la suma del presupuesto: tal es el furor que se apodera del público y tales las bandadas de forasteros que vienen de los

condados á disfrutar de estos espectáculos de mágia. Difícil es formarse una idea de lo que son estas funciones en la capital de Inglaterra, en donde la maquinaria ó tramoya teatral ha llegado á una altura sorprendente. La pantomima no es en un todo lo que nosotros conocemos con el título de *comedias de mágia*. Lo extraordinario, sorprendente y absurdo no está solo en el movimiento y en la ilusion escénica, sino en el plan mismo de la farsa y en la confeccion del libreto. La pantomima tiene de todo: de ópera, de zarzuela, de sainete, de farsa, de mágia, de circo ecuestre, de baile, de retablo, de maravillas, de figuras de movimiento, de pura perspectiva y de simple bojiganga. Es una enciclopedia de todo lo cómico, ridículo y burlesco, donde más largamente se contienen, crítica general y parodia de los sucesos más particularmente notables del año que termina, en algo semejante á las cómicas *revistas*, en que tanto se han distinguido Grassot, Ravel y Brasseur en el *Palais-Royal*. Comienza generalmente con un argumento fantástico, en que el reino de los espíritus y el reino animal, acuátil, volátil y terrestre actúan con los personajes de las leyendas más fabulosas ó populares. Unas veces son los liliputienses y su maravilloso reino el lugar y la base de la escena y el argumento, otras el rey Salamandra en su elemento del fuego, Don Quijote con sus visiones, Robin Hood con sus hazañas y varios otros personajes de esta línea. El número de actores de ambos sexos y diferentes edades es prodigioso; y el vestuario de una variedad, lujo y abundancia maravillosas. Estos son los preliminares, que concluyen los personajes de la antigua máscara con una série de transformaciones y habilidades que tienen al público en suspenso. Arlequin, Colombina, Pantalon y Clown penetran en la escena y despliegan con destreza increible todos sus clásicos recursos en la farsa. Las decoraciones cambian con una velocidad sorprendente al toque de la vara mágica de Arlequin, y aparecen la estacion de ferro-carril, la taverna, los lugares públicos más á propósito para las travesuras de estos cómicos personajes, que parecen tener alas en los piés, un dedo más en las manos y el espíritu de Momo encarnado en el cuerpo. Finalmente, el espectáculo concluye con una escena de transformacion, en que se exhiben los admirables recursos de la mecánica escénica y aparece un mundo de ilusion teatral, en donde campean y brillan todos los prodigios de la óptica.

Esta clase de espectáculos ó extravagancias teatrales para diversion de los niños es peculiar de la nacion inglesa, y el favor siempre creciente de que gozan depende de que estos graves isleños siguen al pié de la letra su adagio de que una vez considerada una cosa digna de hacerse, *debe de hacerse bien* y poner en ella los cinco sentidos. En efecto, considerados en globo, no son estas representaciones muy propias de una nacion civilizada, y donde quiera que ocupen lo mejor y más bien parado de una temporada cómica, cual es la estacion del invierno, darán muy pobre

idea del estado del arte dramático. Pero los ingleses, amigos de las tradiciones, y cómicos por excelencia, particularmente en ese género que desplegó Molière en su *Bourgeois Gentilhomme*, equidistante de lo absurdo y lo insensato, tienen cierta veneracion á estas diversiones que inmortalizaron al inimitable Joseph Grimaldi, y han sabido suplir por medio del aparato escénico á la pobreza y desconcierto de los argumentos; de modo que una pantomima es una especie de pepitoria, ó reunion de vistosos y grandiosos detalles, que á fuerza de experiencia y de cálculo ha llegado ya á ser, no espectáculo de niños, sino de hombres barbados y sesudos. En lo antiguo las bufonadas de los payasos eran el principal atractivo, y se relegaban estas representaciones á teatros donde concurria la plebe, como el *Astley*, *Liceo*, *Olímpico*, *Adelphi*, *Haymarket*, y aun el *Drury Lane* y la *Princesa*, superiores en categoría; pero tal es el aplauso con que se reciben cada año estos monstruosos espectáculos, que en el presente de 1865, se han humillado el Covent-Garden y el aristocrático de S. M. á que el *clown* pise sus tablas y reparta sendos puntapiés al parsimonioso doctor italiano. Esto prueba que en la farsa estúpida y grosera encuentra más aliciente el público inglés que no en la música de Mozart y Rossini ó en las grandes producciones del arte dramático. Al fin, una cosa tiene en su abono este espectáculo, que fuera de los nombres del *dramatis personæ* de la farándula, todo lo demás es original y nacional: los coros de ángeles y hadas que seducen y encantan la vista, se les ve de dia, vagando por las calles llenos de harapos y con apariencia de demonios; la música, si no es refundicion de alguna ópera conocida, tiene el mérito de ser compuesta *ad hoc;* los trajes están hechos por sastres ingleses, el libreto por escritores nacionales; los caractéres cómicos son representados á la perfeccion por ingleses, que surten de excelentes *clowns* á todos los circos ecuestres del universo; las decoraciones, que son uno de los mayores atractivos, muestran á competencia la habilidad de sus artistas, y la maquinaria ó tramoya, que lleva el peso de la ejecucion, es toda invencion y refinamiento de sus mecánicos, ingenieros y químicos.

No hablarémos de las carreras de caballos, diversion verdaderamente nacional, porque harto la conocen los españoles, aunque entre nosotros, como costumbre exótica, carece de la sal y pimienta con que se adoban, y parecen tan frias como lo seria una corrida de toros allende el canal. Lo notable es, que pocas diversiones ó costumbres dejan los ingleses de convertir en fuente de intereses positivos, pareciéndoles que el placer por sí solo no es suficiente, y que no hay modo mejor de aliñarlo, que mezclarlo con el dinero y hacerlo objeto de especulacion. No dejaria de ser curiosa una reseña del *Derby-day*, festividad en que no hay ocioso que no parezca ocupado por el interés que se toma en concertar caravanas; ni hay pobre que no sea bastante rico para hacer una apuesta, ni sobriedad que resista á la tentacion

de tantos néctares como al viandante se ofrecen, ni ratero que no vuelva lleno de donde fué vacío, ni alegre que no vuelva triste ó por lo menos cabizbajo, ni vetusta carroza que no salga de su escondrijo, ni carricoche que no ruede, ni casa, azotea, montecillo, torre y mirador que no se cuaje de curiosos para ver el tránsito de esta romería, que en más de un punto semeja á la de San Isidro de Madrid, y en la cual toman todos tanta parte, que este dia se suspenden las sesiones del Parlamento, que es cuanto hay que encarecer.

Bien puede asegurarse que en este dia llamado del Derby, el que no puede ir á Epsom, se asoma al camino, y el que no, se contenta con ver entrar á los excursionistas, y si tampoco le es posible, apuesta con su vecino, con el publicano de la esquina ó consigo mismo: tal es la rabia que de todos se apodera. Y, cosa particular que muestra cómo la costumbre es ley, no obstante que hay líneas férreas para conducir á los espectadores, lo clásico es ir por la carretera, ahogarse en polvo, nadar en lodo y sufrir incomodidades, choques, griterías, borracherías y aun vuelcos de los carruajes, y llevar los hombres traje claro, sombrero gris, velo azul como las damas para defensa del polvo, una gran correa y unos gemelos que por lo descomunales parecen cajas de música. La procesion se puede decir que comienza en la capital, y sin solucion de continuidad termina en el hipódromo; llena de carruajes mastodontes y de vehículos microscópicos, tirados aquellos por hipógrifos y éstos por jumentillos del tamaño de un mastin. La pillería menuda adamítica forma dos hileras, corriendo como gamos mientras dan mil vueltas y hacen otras gracias que divierten mucho á los señores y les hacen arrojar monedas de cobre para verlos descalabrar en la competencia. El pobre se contenta, porque aquel dia come *migajas de señor*, bebe en los arroyos de Champagne que corren al lado de las mesas y se harta de perniles de puerco, de lenguas curadas, despojos de aves y demas resíduos de las más espléndidas salvas. ¡Quién pudiera creer que la respetabilidad etnológica concluye en escenas tan extrañas, por un entusiasmo oficial en que es más el ruido que las nueces!

Los ingleses son muy aficionados á cacerías y pasan varias épocas del año en estos ejercicios. La caza llamada montería se hace en Inglaterra solo por recreo, pues como país poblado en donde no se conocen bosques que puedan servir de guarida á las fieras y alimañas silvestres, no tienen que salir á exterminarlas. La civilizacion acaba en todas partes con el lobo, el javalí, y otros animales monteses, al modo que entre los racionales extingue el bandido ó salteador en despoblado; pero en cambio, fomenta la casta zorruna, que es por decirlo así el lobo doméstico, y el ratero, que es la zorra social, ó el bandido hecho casero. Abundó mucho la zorra en Inglaterra; pero hoy escasea en fuerza de tantas batidas, y en lugar de perseguirlas, se procura multiplicarlas ó conservarlas, como si se tratase de cria caballar ú otra especie de animal útil

al hombre, para dar placer á los cazadores. Es decir, que las pocas que hay, han de servir para varias cacerías, procurando herirlas, cansarlas, martirizarlas, pero no matarlas, que se considera un crímen en las modernas leyes sobre esta diversion, con total olvido de la sociedad creada para la proteccion de los animales. Sin duda debe ser, que la igualdad ante la ley es beneficio que llegó á todos, menos á la familia *vulpina*, aunque tiene sus nervios y posibilidad de sentir el dolor como otro cualquiera.

Entre las clases de caza más extendidas, podemos mencionar la que en otros tiempos estuvo en uso en casi todas las naciones de Europa con el nombre de cetrería ó halconería, de que existen muy buenos tratados en varios países, y muchos de ellos, tapando con achaque de los vuelos de las aves vuelos muy atrevidos de sus autores. Shakespeare era gran inteligente en esta especie de caza, ocupacion predilecta de los príncipes y reyes, y por lo que se ve en la segunda parte de su drama intitulado *Enrique VI*, conocia muy bien su especial vocabulario ó tecnología. Tales fueron la extension, importancia, reglamentos y consideraciones que mereció este aristocrático pasatiempo que, aunque ya en desuso desde mucho tiempo, todavía existe la ventosa dignidad hereditaria de Gran halconero de Inglaterra. No es extraño que los ingleses tengan extremada aficion á la caza, pues la juzgan como un cambio necesario en su vida doméstica, y en su porte pausado y silencioso. De la libertad, animacion y ruido de la caza, á la etiqueta, frialdad y silencio de la casa, hay una distancia inconmensurable.

Algo quisiéramos penetrar, con licencia del dueño, en este recóndito santuario, declarado inviolable para todo, menos para la hambre, incómodo problema económico que se rie de la libertad civil, porque el hombre alimentado puede vivir en prision como en libertad, pero el que perece de esta muerte adminícula y pésima, ¿de qué le sirve saber que es inviolable?

Como quiera que sea, concentrando el inglés todos sus goces en el teatro doméstico, es de suponer que, en lo general, la construccion de las viviendas se ajuste á un plan, si no perfecto, muy cercano á la perfeccion, y que reunan tantas ventajas, comodidades y perfiles, que en vez de arrojar á la calle al inquilino, le seduzca y aprisione con sus atractivos, uno de los cuales es vivir en ella como rey absoluto, sin que vecino le moleste, portero le espíe, ruido le incomode, ni ley ni cosa alguna se oponga á su libérrima voluntad: lo que muestra la gran servidumbre en que el inglés vive fuera de ella, y cuán deseoso está, cuando se acoge al sagrado de su domicilio, de reconocerse señor, y ejercitar ámpliamente su señorío. En efecto, desde el instante en que el súbdito británico pone el pié fuera del dintel de su casa, son tantas las prescripciones, reglamentos, bandos, usos, ceremonias, cortapisas y prohibiciones que tiene que seguir y observar, que su voluntad propia se extingue

COSTUMBRES DEL



al hombre [illegible] que las pocas que hay, han de servir [illegible] martirizarlas, pero no [illegible] sobre esta diversion, con [illegible] de los animales. Sin duda debe ser [illegible] menos á la família [illegible] como otro cualquiera.

[illegible] la que en otros [illegible] el nombre de cetrería [illegible] y muchos de ellos, [illegible] de sus autores. [illegible] ocupacion predilecta de [illegible] de su drama intitulado [illegible] ología. Tales fueron la [illegible] mereció este aristocrático [illegible] todavía existe la ventosa [illegible] es extraño que los ingleses [illegible] un cambio necesario en [illegible] libertad, animacion y ruido de la [illegible] hay una distáncia inconmensurable.

Que quisiéramos penetrar [illegible] este recóndito santuario, declarado inviolable para [illegible] problema económico que se rie de la libertad [illegible] puede vivir en prision como en libertad [illegible] y pésima, ¿de qué le sirve saber [illegible]

Como [illegible] sus goces en el teatro [illegible] de las viviendas se [illegible] y que reunan tantas ventajas [illegible] calle al inquilino, le seduzca [illegible] vivir en ella como rey absoluto, [illegible] incomode, ni ley ni cosa alguna [illegible] la gran servidumbre en que el [illegible] se acoge al sagrado de su domi[illegible] su señorío. En efecto, desde el [illegible] del dintel de su casa, son tantas las [illegible] ceremonias, cortapisas y prohibiciones que [illegible] propia se extingue



Drawn by F. P. Stephanoff. Engraved by E. Finden.

Inglaterra_La Cacería

por completo y se anonada ante la pública, y su gusto particular se ahoga en la general conveniencia. Por eso desea cuando sale del recinto público, en que todo es obedecer al imperio público, tener jurisdiccion completa en su vivienda privada, sin que nadie la comparta ni se la menoscabe. Para esta disciplina social son los ingleses inimitables, y uno de sus sentidos podia bien ser llamado el de la circunspeccion, segun el cuidado que ponen en que cada cosa esté en su puesto y lugar, y venga á su tiempo y sazon. Un solo individuo extraño dentro de la mansion doméstica es ya bastante á derribar el señorío de la voluntad del morador de ella, ni más ni menos que si hospedase un príncipe con su cortejo; porque ya comienza el contacto de un individuo con otro, y por la puerta de esta comunicacion social se introduce todo el inmenso código de las prescripciones sociales, y sale toda la omnímoda libertad con que en el retiro se revestia, importando poco que el huésped sea el amigo más íntimo ó el pariente más allegado, pues aunque fuese el hijo, y de corta edad, se han de observar todas las leyes. Es cierto que muchas veces llega esto al extremo de lo ridículo; pero los ingleses quieren pecar por carta de más y no de menos, á fin de acostumbrarse á la disciplina y al método, que son dos cualidades indispensables en toda reunion de hombres, si ha de durar mucho y en paz.

Sin duda que el carácter de esta raza se revela en la forma y condiciones del edificio urbano, por demas emblemático, porque la elevacion y angostura del frente parecen retrato de la delgadez y altura del breton, y la puerta estrecha su aficion al retiro, y la cocina en la parte más baja y subterránea, que la nutricion es la parte fundamental y el cimiento de todos sus recreos, y el comedor en la parte más visible y accesible, que el comer no es un pecado vergonzoso para ser hecho á solas y á hurtadillas, sino un sacrificio santo, que como todo culto gusta de ostentacion. Por supuesto que la mesa es el *finibusterre* de las ceremonias y etiquetas, de las cuales no se dispensará el inglés, aunque sepa que solo le mira el que todo lo ve. La razon de este gran ceremonial consiste en ser el banquete uno de los actos más repetidos en la sociedad inglesa, y ya hemos dicho que en sociedad se anonada el individuo ante la prescripcion y la disciplina. Hasta para poner la sal en los manjares hay un *modus operandi*, y Dios libre á cualquiera de faltar á la más insignificante de las prácticas, porque á los ojos de ellos, todas valen mucho y mostrarán muy al vivo su extrañeza. ¿No es particular que el pueblo que mejor sabe comer sea el que se muere de hambre? Porque si se va á los grados más ínfimos de la escala social, se hallará que un niño pobre, abandonado, sin educacion alguna, ignorante de todo, hasta de que es racional, sabe sin embargo sentarse á la mesa, y comer con conocimiento de todas las prescripciones. ¡Oh, sarcasmo! ¿y en qué va á ejercitar esa sabiduría?

Pero volvamos á la casa: en esa especie de torre, castillo ó manga, se han acumulado tantas comodidades y ventajas, tantos perfiles y tan acertada distribucion, que es lo más comun encontrar en cualquier modesta casa, además de primeras luces en todos los aposentos, uno de baños con estufa, su pequeño jardin, una pieza llamada librería, bodega para los vinos y otras provisiones, y conservatorios ó invernáculos para las flores á que son aficionadísimos, celebrando exposiciones de ellas, que son uno de los espectáculos más agradables y vistosos que á la curiosidad pueden ofrecerse.

Cuéntase que, no há muchos siglos, las casas de los grandes y los palacios de los reyes tenian paja en el invierno sobre el pavimento de los salones como único abrigo y adorno; pero el adelanto en la industria ha sido tal, que no hay en el dia casa de mediana apariencia que no tenga alfombras desde la entrada hasta el último aposento de ella. Confiésase por los mismos ingleses que no tienen música, y sin embargo, apenas hay hogar en que no se cuente como indispensable un piano entre los demas muebles, ni una jóven que no tenga nociones de canto.

Pero obsérvese cómo el espíritu de division y de casta, tan arraigado en la raza sajona, se revela en todo. Los criados viven con los señores, pero no tienen de comun más que el techo que los cobija. Comenzando por el exterior de la casa, ya se distingue un llamador para los amos y otro para los sirvientes: una entrada para los unos y otra para los otros. Hay tambien una clase de comidas para aquellos y otra para éstos; y aun entre ellos mismos hay uniformes y distintivos que muestren las más invisibles diferencias de categorías. El porte y continente de los criados es siempre sério, afectado y ceremonioso. En muchas casas no dirijen la palabra á los amos sino acompañándola con genuflexiones, y el silencio más rigoroso preside á todas sus faenas, como si no fuesen séres sino máquinas quienes las ejecutan. En efecto, todos los quehaceres domésticos se ejecutan sin confusion, á la misma hora, del mismo modo, y con el mismo método en todas las casas, y así como al dar un reloj una hora se supone que infinito número de relojes la señalan al mismo tiempo, así al ver ocupado á un sirviente en una cosa se puede afirmar que todos con corta diferencia están haciendo lo mismo en aquel punto. La gran distancia y frialdad de relaciones que existen entre amos y criados, que no pasan de lo necesario para el cumplimiento de sus obligaciones, hace que éstos, por lo general, no cobren afecto alguno á sus señores. Con todo, hay criados que sirven gran número de años, y el inglés, estricto amigo de la justicia, si acaba los dias en su servicio, no es tan duro que le niegue un epitafio. A su perro y caballo se lo pondrá, si le sirven muchos años: ¿cómo habia de negárselo á un semejante suyo *secundum naturam?*

La inmensa extension de las capitales en Inglaterra ha introducido algunas costumbres especiales en la comunicacion social, de que harémos mencion al reseñar brevemente algunas de sus prácticas domésticas. Por regla general precede á toda visita una comunicacion, pues no seria agradable recorrer cierto número de millas, y perder largo tiempo, para hallarse luego que la persona á quien se va á visitar no está en su casa. Esto solo es tolerable en poblaciones pequeñas. Por la misma razon, las visitas son de tarde en tarde entre los ingleses, y cuando se hacen, muy deseadas por los unos y muy apreciadas por los otros; de suerte que como no hay libertad ni posibilidad de entrarse á toda hora por la casa del vecino como trasquilado por iglesia, ninguno estorba, ni da ocasion á que se alegren ó murmuren cuando se despide voluntariamente, ó se va á impulsos de una indirecta de las del padre Cobos. Tampoco usan los ingleses decir: *la señora no está en casa*, ó *no recibe*, porque seria inhumanidad, despues del trabajo, costo y tiempo que ha empleado en venir á sus puertas, despedir de esa manera á un amigo ó amiga: antes al contrario, siempre son recibidos, y la privacion de su vista enciende léjos de enfriar el trato, como sucede siendo este contínuo, en que la familiaridad excesiva engendra el menosprecio y concluye con la ruptura y enemistad calumniosa.

Por lo comun, hay en todas las casas una ó dos piezas-dormitorios, preparadas y reservadas para los amigos que, por vivir léjos, no puedan retirarse al terminar la cena ó los bailes, á causa de la distancia enorme á que residen. Asimismo es uso el ofrecer á los que visitan vinos y bizcochos, suponiendo que pueden hallarse desfallecidos si la jornada es larga.

En punto á reuniones, ya se deja entender que ninguna puede ser *en seco*, al uso del continente, sea porque la mesa es el principal santuario, sea por las razones ya dichas, ó porque sin duda el aire húmedo y frio aviva el apetito. Dícese que los ingleses son carnívoros, como dando á entender que son glotones. La verdad es, que sus alimentos están de acuerdo con las condiciones del clima. En países del norte siempre ha de ser la mesa uno de los principales recreos, puesto que faltan otros estímulos que á los meridionales cautivan más, y les hacen comer simplemente para vivir. Solo así se comprende que en sus bailes y comidas dejen desamparado al bello sexo y prefieran deleitarse los hombres solos entre los vapores del vino, á ver cielos y estrellas que más noblemente los inspiren. Muchos enemigos tiene esta costumbre en el continente, y muchos va creando en Inglaterra misma, en donde la mujer siente cierta especie de humillacion en esta práctica, bajo la apariencia y achaque de respeto. No se crea por esto que aun subsiste la costumbre de excederse los hombres en el uso del vino, costumbre que nació en parte de la carestía de este licor, haciendo que, como entre los polacos y rusos, se procurase con la embriaguez ostentar la esplendidez

del huésped. Así se ve, que hoy, que por el tratado de Mr. Cobden, se ha facilitado la introduccion de vinos extranjeros, y se venden los franceses y los españoles á precios fabulosamente baratos, los ingleses son mucho más sóbrios; y si pudieran serlo más, como no hay duda, serian unos benditos, pues de cien criminales, noventa y nueve alegan por escusa que estaban ébrios y no sabian lo que se hacian.

Parece raro á primera vista, que siendo el pueblo inglés en carácter casi el reverso del francés, se note la misma superficialidad que se achaca á los franceses en su conversacion. Pero lo que en estos es efecto del carácter, en los ingleses es resultado de la necesidad. No se puede ser profundo observador ni razonador filósofo en el modo de comunicacion social de los ingleses. Individualmente son contemplativos, observadores, de instruccion sólida y de conocimientos vastos; pero el inglés en sociedad no hace alarde de nada de esto. De aquí resulta, que en la conversacion no se tratan más que los asuntos de hecho, y entre estos los más oportunos y locales, mostrando todos gran deferencia y asentimiento á la opinion que oyen, aunque tengan otra más ilustrada, y no por adulacion, sino porque les importa poco que aquella cuestion se resuelva de una manera ó de otra. Comunmente hay cierta opinion general ya elaborada y aceptada sobre la mayor parte de los casos, cosas, circunstancias y accidentes que pueden ser objeto de la conversacion en sociedad, y esta es la que triunfa y resuelve las cuestiones todas; de modo que si fuera de este círculo hay en el carácter inglés tendencia á la excentricidad, que no es más que un deseo de reconocerse libre y soltar el peso de tanta cadena y ordenanza, socialmente hay un movimiento de *concentricidad* siempre influyente y dominante, una especie de opinion pública, que á fuerza de repeticion de los mismos casos y en fuerza de la monotonía que trae consigo la vida ordenada, sirve de fallo aun para los negocios privados. Es muy seguro que el inglés sacrificará á este juez anónimo su opinion personal, aunque tenga formada otra superior, pues si va contra la corriente en medio de tantos séres, la vida se le iria en ir convenciendo á cada uno de la razon que le asiste. Tambien es notable la pulcritud de los términos familiarmente empleados, y el disgusto y la reprobacion general al oir, no ya palabras vulgares, sino la mencion ó alusion á objetos de uso comun, que en otros pueblos civilizados se nombran sin escrúpulo á cada paso. La preocupacion ha desterrado del vocabulario social tantas voces inocentes, que es inconciliable este puritanismo con prácticas que los extranjeros no pueden ver sin sorpresa, como son llevar las jóvenes el traje por las calles levantado á una desmesurada altura, y tolerar que los hombres entiendan de su calzado y se lo ajusten al pié. Todavía no existe una teoría general de propiedad y decencia en los países civilizados, y lo que á unos asusta á otros hace simplemente reir. Todo es la costumbre.

Tan cierto es que la disciplina y la ordenacion lo arreglan todo, que hay familias compuestas de tantos diversos creyentes en religion como individuos las componen. Las hay en que el padre es cuákero, la madre católica, un hijo secularista, una hija anglicana, el criado judío, la criada mormona, y todos viven en union y paz externas, lo que prueba cuán poco influye la personalidad individual siempre que está frente á frente á otra. Entonces se interpone una autoridad comun superior, llámese ley, ordenanza, ceremonia, etiqueta ó bien parecer, ante la cual todos sacrifican y hacen reverencia, gozosos de obedecer y aun ser esclavos con tal de serlo de una ley que ellos mismos forman y que llaman opinion pública. Esto muestra tambien la reserva del carácter inglés, y su concentracion individual, pues no es posible que á ser expansivo y comunicativo dejase de fomentarse otra especie de nivel ó creencia comun, entre personas que viven bajo un mismo techo y á quienes anima un mismo fin. Al modo que en la sujecion de la ordenanza militar y en cualquier clase de empresa que tiene un fin externo determinado, importa poco la interioridad de los individuos que la componen, así en la vida reglamentaria de los ingleses, es posible ese abigarramiento de creencias en una misma familia, sin daño de la que llaman felicidad doméstica. Con tal que el cocinero ponga la carne bien asada y en su punto todos los condimentos: ¿qué le va al amo con la intencion y la conciencia del que los guisa? El inglés raciocina, que seria peor que fuese creyente en una misma fé y luego *guisase mal*. Entonces habria una contínua discordia inevitable, al paso que la diversidad de sus religiones no produce ninguna, pues él paga para que le guisen, y no para hablar de teologías. Este mismo espíritu llevan á todos los casos y circunstancias, al revés que los pueblos latinos, incapaces todavía de una mira tan material y positiva en los negocios y transacciones. Mil ejemplos pudieran citarse ilustrativos de los fenómenos que en la sociedad inglesa se observan, hijos de este espíritu de practicalismo y de esta disposicion disciplinaria, que ningun pueblo muestra tan de relieve como el inglés, y que hace vivir al hombre en privado y en aislamiento *como puede;* en público y en sociedad *como debe.* Por lo tanto, la hipocresía suele estar más en uso, aunque es una clase de hipocresía que no daña, ni puede llamarse vicio, supuesto que es general y no hay virtud con que compararla.

No será inoportuno hablar aquí de algunas costumbres introducidas por la tolerancia de cultos en Inglaterra. Una de ellas es la de los predicadores callejeros dominicales. Cualquiera que se siente con la necesaria verbosidad y fuerza de pulmones para evangelizar al aire libre, salta en un banco ó se sube en la rama de un árbol en los parques, plazas ó jardines y allí establece su cátedra espiritual para edificacion del pueblo. Las primeras palabras se pierden en el vacío y son voz que

clama en el desierto; pero poco á poco se ve el apóstol rodeado de muchachos, soldados y mujerzuelas que se detienen más por ver sus movimientos de energúmeno que por su doctrina, aunque para la mayor parte es indiferente el efecto que puedan causar en el auditorio, pues lo hacen por despuntar la comezon de su ministerio. Estos predicadores van vestidos de seglares, y no muy limpios. Despues de perorar se prosternan y hacen oracion, y otro sube al banco, provisto de igual fé y deseo de la salvacion de las almas.

Enumerar las religiones que tienen asiento en la Gran Bretaña seria tanto como querer contar las arenas del desierto. Sin embargo, hay un empeño formal por establecer una religion nacional genuina, que en la presente época lucha con un grande escepticismo y vendrá á quedar en una quimera. Los ensayistas, los Colensos, los secularistas y el *Renanismo* han ganado mucho terreno últimamente. Las cuestiones que no há mucho era prohibido abordar públicamente, se tratan ahora de la manera más radical. Apenas há veinte años que libros como *La edad de la razon*, de Thomas Payne, estaban secuestrados de la circulacion bajo multa de cinco mil reales en el país del libre exámen, y hoy Payne es un bendito ortodoxo á los ojos de la nueva generacion. El alto clero disfruta de sus pingües rentas, y pide á gritos la destitucion del obispo Colenso, como si esto salvara á la iglesia anglicana, que ni acepta ni protesta contra los dogmas de la ciencia. Entretanto el clero parroquial tiene sus templos, muy concurridos los domingos con elegantes personas de ambos sexos, que van allí á mirar y á ser vistas, ó á evitar que preocupados vecinos murmuren que no van á la iglesia. ¿Y el pueblo? ¿y los pobres?—¡Ah! os dirán, la iglesia no está hecha para los pobres. A estos les basta trabajar y pasar sus hambres, y leer la biblia que reparten las sociedades propagandistas, y los impresos devotos que les regalan por las calles. Grande es, en efecto, el celo de los propagandistas, desde el doctor Livingston hasta el último afiliado; pero recientes sucesos muestran que el catolicismo halla más eco en el pueblo que su religion descarnada, fria, é *inconfortable* para el necesitado, por valernos de su clásica expresion. Los conventos católicos se han multiplicado en Inglaterra. La conversion del doctor Manning al catolicismo, y la popularidad é ilustracion del cardenal Wiseman, hacen más efecto que toda su inmensa red para cazar prosélitos.

Pero volvamos á las costumbres domésticas, y digamos algo de los bailes privados tan frecuentes entre las familias inglesas. Esta diversion figura á la cabeza de todas, por ser como la síntesis que las abraza á todas; pues en ella hay la comida prévia para regocijo de los casados y personas mayores, la sobremesa, el té, la música, la danza, la cena y los intermedios de juego, canciones cómicas y otras mil ocupaciones recreativas. Nada más frio que los primeros momentos de contacto y comunicacion

entre los ingleses. Cada uno se mete *dans son sac*, se arma de tiesura y mira y remira lo que ha de hacer y decir, hasta resolverse por no decir ni hacer cosa alguna. Tal es el tono y temple que introduce en la atmósfera el ceremonial. Pero como la continuacion del termómetro bajo cero es insufrible, y hay que comenzar de algun modo, la regla es escoger el estado del tiempo por tópico de introduccion, ó digamos *overtura* de la funcion doméstica. A este tenor se ajustan los primeros momentos de una comida y las primeras figuras de una contradanza. Los ingleses parecen mudos y como puestos á la defensiva unos contra otros. ¡Cuán diverso espectáculo es la terminacion de estos actos, cuando la naturaleza ha tomado más grados de calor, y abdica su autoridad la etiqueta!

Entre las fiestas más ceremoniosas y notables en las familias, descuella la série que precede y subsigue á las bodas. ¡Cosa extraña! El inglés, tan práctico, tan positivo, tan prosáico é interesado como se le pinta, ha salvado de esta epidemia al matrimonio, y ha puesto un lazareto para que no se contamine con prosaismo el amor conyugal. Dígase lo que se quiera del egoismo y materialismo de los ingleses; pero no se podrá decir con justicia que en la mayoría pongan al idolillo de metal en el altar de Himeneo. Las barreras mismas de casta se allanan ante este poderoso nivelador de todas las cosas. El más encopetado *lord* contrae matrimonio con una muchacha pobre y plebeya, así como la *lady* más orgullosa é impasible cede en este punto á las veleidades y caprichos del eterno burlador de todas las leyes humanas que tengan la soberbia de oponérsele. Es más, toda la poesía y novelería y romanticismo, que se echa de menos en las demas esferas, se concentra y se reune en esta del matrimonio, pudiendo asegurarse, que en Inglaterra la union conyugal es más poética y duradera que en otros países. La razon es muy sencilla, y el fenómeno es resultado lógico del carácter inglés y de su discrecion en juzgar cada cosa segun su naturaleza. Desde luego, el confinamiento en el hogar y la colocacion de todas sus miras sobre la felicidad en el retiro y aislamiento domésticos, les impulsa á escoger á la esposa, guiados más por el amor que por ningun otro interés. Esto es lógico. Si el inglés viviese como el ateniense antiguo ó el francés moderno en la plaza pública, poco le importaria la base en que descansara la union con la esposa; pero viviendo al revés, lo que más le conviene es que el amor presida al enlace que ha de dar principio á la república doméstica y asegurarle un porvenir de contínuos goces.

En punto al amor se dejan los ingleses llevar de cualquier estímulo, circunstancia ó accidente extraordinario que pueda contribuir á aumentar la poesía de la pasion. En infinitos casos el talento, la fama, la habilidad, cualquier accidente extraordinario sirve de incentivo á esta sed de romanticismo que les devora. Una jóven es acusada de homicido: el tribunal la absuelve. Hé aquí una notabilidad: al

dia siguiente lloverán proposiciones de matrimonio, y tendrá á sus piés el oro y mil esclavos en que elegir. La funesta celebridad de un soldado español rindió á una inglesa opulenta, que le amaba sin conocerle, y largo espacio ocuparíamos si fuésemos á acumular ejemplos de estos amores románticos.

Pero la verdadera poesía, exenta de todo exceso y cumplicacion con pasiones que tornan el ánimo melancólico, el amor sereno, ordenado, intenso, duradero, tiene su ideal en el matrimonio. No hay en la generalidad del pueblo inglés esos mónstruos de escepticismo, esos mofantes de su tranquila felicidad, esos hidrófobos de la sociedad conyugal, que dudan de lo mismo que ellos han pervertido y que exclaman en la primavera de la vida:

«Malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños.»

En la juventud inglesa hay fé y esperanza, y si no profesa adoracion loca al bello sexo, en general tiene ese amor que nace del conocimiento de la belleza moral, y que cada dia se aumenta hasta acabar con la vida. Esto prueba que en Inglaterra hay sanidad interior y que la corrupcion no está en el alma ni en la médula de los huesos. El inglés comienza por pensar sériamente en el matrimonio, porque no conoce el galanteo. Despues elige la mujer con juicio no turbado por la vehemencia de la pasion, y por lo comun tiene dónde quedar satisfecho, pues en la sociedad inglesa no se crian las mujeres para el mundo, sino para su casa, y no se les enseña á hablar ó á lucir en salones, paseos y teatros, sino á educar y dirigir una familia y á entender de economía doméstica.

La mision de la mujer era en otros tiempos muy diversa de la de hoy, que es compartir el trabajo con el hombre en todas las profesiones. El ejercicio más poético que los novelistas le dieron en lo antiguo fué el de pastoras; pero es seguro que la mujer encuentra hoy ocupaciones más delicadas en la ciudad, que pudieron tener las Ilérídas de Garcilaso, andando al sol y á la intemperie. Es prodigioso el número de mujeres empleadas en Inglaterra en toda clase de labores, por donde se ve, que igualan á los hombres en disposicion y capacidad. La teneduría de libros, que en Francia y en los Estados Unidos es desempeñada por mujeres, comienza á serlo tambien en Inglaterra. En los almacenes, tiendas, despachos, etc., van sustituyendo las jóvenes á los hombres, así como en los despachos de billetes en las estaciones y particularmente en las telegráficas. El *Times*, que tal como hoy inserta en sus columnas discursos larguísimos, pronunciados ayer en capitales distantes de provincias, explicando lo extraordinario que parecia leer á las siete de la mañana en las

casas de Lóndres lo que á la una y media de la noche se ha estado diciendo en un salon en Manchester, decia no há muchos años:

«Como merecido tributo de justicia á la direccion de la Compañía telegráfica internacional, hablarémos de la celeridad y exactitud con que nuestra reseña de las sesiones de Manchester fué transmitida á la oficina del *Times*. La primera parte del discurso fué recibida en la estacion telegráfica de Manchester á las diez y cincuenta y cinco minutos de la noche del viernes, y la última á la una y veinte y cinco del sábado por la mañana. El total del discurso, que comprendia seis columnas, estaba compuesto ya en la imprenta á las tres menos cuarto del sábado dicho por la mañana, habiendo sido transmitida cada palabra desde la distancia de doscientas millas. Algunos de nuestros lectores se sorprenderán al oir que todo el discurso fué transmitido *por muchachas*. La máxima rapidez de las agujas fué á razon de treinta y nueve palabras por minuto, y aunque las jóvenes, por lo general, no entienden de política, apenas hallamos una equivocacion en todo el discurso.»

La mujer va invadiendo tambien el campo de la imprenta entre los ingleses. Hace algunos años que algunos reunieron capital para la creacion de un establecimiento tipográfico, completamente á cargo del bello sexo, y este proyecto dió por resultado la *Imprenta Victoria*, hoy existente y próspera, de donde sale á luz un periódico, y de la cual circulan muchas obras de primer órden con gran aplauso. Bueno fuera que en todos los países se imitara este ejemplo, para que la competencia acabara por lo menos con la epidemia de erratas, hoy tan fatal y extendida.

Todo esto muestra que el bello sexo en Inglaterra saldrá pronto de la antigua mísera condicion, estableciéndose como verdadero cooperador en la sociedad conyugal, y presentándose á la consideracion de los hombres con otros títulos, además de la belleza, la juventud y las gracias, cuyo reinado es un soplo, mientras que el materialismo del siglo sobrevive y las esclaviza hasta la muerte.

Concluirémos esta reseña con observaciones generales acerca del carácter de los ingleses. Washington Irving estuvo muy afortunado al comparar al inglés á la encina, tosca y áspera por fuera, sana y sólida por dentro. Este símil explica perfectamente lo que es *John Bull* á primera vista en su trato, en su vida externa y en la superficie ó exterioridad de todos sus artefactos, lo que va revelando á medida que se le observa, se penetra en su retiro y se examinan sus producciones. Por nada del mundo se sentirá inclinado á mejorar la forma para encubrir el fondo de las cosas. Al contrario, satisfecho de la bondad esencial, dará poca importancia á los accidentes. En sus instituciones de todo género se revela esta tendencia. El inglés no tendrá un código de leyes, pero entre un monton informe se hallarán muy buenas ordenanzas, y no para leidas, sino para observadas.

Descuella entre sus cualidades el patriotismo y la creencia firmísima de que no hay cosa alguna que haga desfallecer á una voluntad verdadera en un propósito justo. El inglés camina en todas direcciones despacio, pero á manera del tardo buey, una vez puesto el pié en movimiento y dado un paso, no retrocede jamás. En política, en economía, en mecánica, en ciencias, en todas las esferas es más práctico que teórico, y lo que otras naciones inventan, él lo pone en ejecucion gradualmente. Los pueblos latinos forjan primero la nocion de las cosas; la raza sajona comienza por observar el hecho y forma luego la teoría. Bacon es el filósofo de esta raza, y su encarnacion por excelencia, y Bacon no ha dado ningun sistema, sino un método, y lo que ha hecho aprender, es mucho más de lo que pensó en enseñar. Mientras otras naciones tratan de resolver *á priori* todos los grandes problemas humanos, la Inglaterra va lentamente dando á cada uno por turno una solucion práctica. Activos, perseverantes, confiados en sus fuerzas, educados en la libertad, realzados por la consideracion mútua y por el prestigio de su país, más aficionados á la paz que á la guerra, é instruidos siempre por la opinion más discreta, que es la que triunfa en la libre concurrencia de todos los pareceres, los ingleses constituyen una gran nacion y toman una gran parte en la direccion del humano espíritu en la época de civilizacion que atravesamos.

V.

EL REVERSO DE LA MEDALLA.

Hemos dicho que Inglaterra parece tener dos caras como el antiguo dios Jano. Algo se ha indicado de la faz de su grandeza y poderío. Es tal, que la vista del extranjero se derrama sobre magnificencia y se harta de maravillas. El territorio es un continuado jardin; sus parques, un alarde de opulencia; sus casas, un refinamiento de lujo y comodidades; sus nobles, soberanos en pequeño; sus capitalistas, verdaderas potestades; sus mujeres, verdaderos ángeles, que no parecen tocar el suelo ni tener contacto con la densa atmósfera é importuna niebla. La perspectiva de Lóndres anonada por su inmensa extension, su inmenso tráfico, y su admirable

órden. Tan al extremo está llevado el órden, que por no turbar esa *respetabilidad ethnológica* de la raza, los andrajos andan ocultos, la miseria no se atreve á asomar la cara, ni las pálidas y demacradas mejillas á mezclarse entre los sonrosados mofletes, ni el hambre á codearse con la hartura, ni la estrechez con la abundancia. Lóndres tiene la habilidad de ocultar al pobre á los ojos del viajero y hacer que los ayes del necesitado se ahoguen en el estruendo de los carruajes.

Se mira hácia arriba y deslumbra la aristocracia; hácia los lados y deslumbra la clase media; pero el gigante coronado tiene sus piés desnudos, y la miseria su aristocracia como en ningun país civilizado. Todo asombra en Inglaterra: hasta el pauperismo. ¿En dónde están los que han fabricado esas maravillas? Son los piés del gigante. Los que construyen palacios se ahogan en pocilgas; los que fabrican vias ferradas andan á pié y descalzos; los que construyeron el soberbio Parlamento de estilo gótico á orillas del Támesis, no tienen voto, viven como en la edad de su arquitectura; los que edifican las bibliotecas no saben nada, ni siquiera respetar la vida de sus mujeres; los que labran las mesas de los banquetes se mueren de hambre; los que tejen las alfombras y damascos, no tienen con que cubrir su desnudez.

Y no obstante, esta es la nacion de los institutos de beneficencia, de los *Vorkhouses*, de los hospitales para toda clase de dolencias, de las escuelas públicas, de la prensa libre, del periodismo al alcance del pueblo, de las sociedades protectoras, de las reuniones públicas, de la filantropía pública, de la humanidad llevada á la exageracion hasta para el bien de los animales. Inglaterra es sin duda el país de los contrastes. Dentro de Lóndres están el *West-end* y *White-chapel*, el *lujo* y la *pobreza*, y casi juntos *Belgravia* y *Sain-Giles*, los barrios de la *nobleza* y de la *degradacion*. Libertad civil, libertad política; pero al mismo tiempo, servidumbre de clases, desigualdad social. Inglaterra ofrece un verdadero museo de *ethnología* social, con sus diversos directorios, clasificados, como si se tratara de diversas especies y castas de séres. El libro *azul*, el libro *rojo*, los *nobles*, los *gentiles*, *Lóndres*, la *City*, la *Alta* cámara, la *Cámara de los comunes*, la iglesia *nacional* y las *disidentes*, son denominaciones que revelan segregacion, diferencias, grupos, divisiones, distincion fundamental en la masa de los ciudadanos, no solo fisiológicas, sociales y políticas sino tambien espirituales. Las vallas entre clase y clase son casi insuperables. La comunicacion y contacto entre todos, único medio de fusion entre ellas, es casi imposible por la muchedumbre de preocupaciones, por el respeto á las tradiciones y costumbres de los mayores, y en las capitales por la dificultad que ofrecen su mucha extension y el gran número de habitantes, que constituye á cada ciudadano peregrino en el centro de una gran Babilonia. Más contacto es concebible entre un

habitante de Lóndres con los moradores de Melbourne, que con los vecinos de su propio distrito, porque en el *mare magno* en que se agita, ni tiene tiempo ni espacio para vivir vida social entre ellos. Cada uno busca los de su clase. Los demas son como sombras chinescas que pasan ante su vista. De aquí la necesidad de los clubs, formados en tanto número desde el famoso de los *Blancos*, para reunirse en ellos los que constituyen un gremio especial, muy á la inversa de lo que en otros países sucede, que en estos lugares de recreo se encuentran todos confundidos y mezclados, y al lado del artista se ve al comerciante, y junto al hombre político el labrador, y junto al noble el jornalero.

Los ingleses han creado *clubs* para todos, y los pobres, que no pueden tener su representacion en Pall Mall, tienen tambien sus *clubs* á su manera en *Wetsminster*, en *San Gil* y en la *Capilla blanca*. No es posible imaginarse cuadro más repugnante y miseria más nauseabunda que la de estos barrios donde se reunen los ladrones, los asesinos, los holgazanes, los desvalidos y vagabundos. Allí sí que hay confusion de clases, pues llegan hasta la confusion de sexos. Los enfermos duermen con los sanos, los viejos con los jóvenes, y habitan en una misma oscura, húmeda é insalubre pocilga las jóvenes de corta edad con las mujeres perdidas, el huérfano aun no entrado en la juventud con el hombre encallecido en el vicio. Allí no se oyen más que juramentos y blasfemias, cantares obscenos, y gritos y disputas; ni se ven más que hombres y mujeres en la embriaguez, medio desnudos, pálidos y demacrados, sumidos en un profundo estupor del que no salen sino para fraguar algun crímen ó arrojarse como bandadas de zorras sobre la poblacion y poner en jaque la propiedad individual. Allí no puede penetrar ningun extraño, ninguno que no lleve la librea de la miseria sobre sus carnes y el sello de la maldad en su fisonomía. Los mismos misioneros religiosos que van de vez en cuando á repartir biblias y folletos y sermones, son maltratados á menudo, silbados y perseguidos. Los agentes de policía van en bandadas, cuando tienen que penetrar en esas colonias que surten y llenan las cárceles, y siempre están seguros de no hacer su visita en balde.

Cierto es, que hay escuelas y asilos; cierto es que la filantropía de los ingleses es grande; pero esta llaga y lepra de la sociedad no se cura con tales lenitivos. El mal tiene hondas raices; es resultado de grandes vicios y defectos en la organizacion social, y no contribuye en poco á aumentarlos la inmensa aglomeracion de pobladores en las capitales. En poblaciones pequeñas la miseria hiere los ojos de todos. Pronto halla el desvalido proteccion, el desocupado trabajo, el pobre ayuda y medicina el enfermo. El contacto diario de las personas engendra afecciones, y las afecciones crecen á medida que es menor el círculo en que se extienden. No así en las grandes capitales. Lóndres particularmente tiene su Arabia dentro del foco de la civilizacion,

independiente, aislada y de la cual se apercibe cuando sus víctimas salen á poblar las cárceles y á representar una triste tragedia en el patíbulo. Por una ley fatal de conservacion propia, la miseria busca á la miseria; el pobre se mueve en la esfera de la pobreza en donde es fácil el ingreso y dificilísimo el egreso. La prensa inicia cada dia al *Millon dorado* en los misterios que cobija la ciudad de Lóndres. Hoy es una madre que envenena á sus pequeñuelos, y se suicida porque durante tres dias no ha podido llevarles pan á la boca; mañana es una jóven sorprendida en el acto de arrojarse al Támesis, porque no puede soportar su desamparo; ya es una anciana hallada durante la noche espirando por falta de alimento; ya unos niños abrasados por la fiebre, apiñados unos sobre otros en un soportal. La compasion general se escita; llueven las limosnas para las desgraciadas víctimas; pero la filantropía no pasa más adelante. No es como la caridad cristiana que arde en celo, que *busca* al necesitado, que llama á su puerta, que penetra en la habitacion del enfermo y corre tras el mísero abandono. El público solo se interesa en los casos extremos, en que el doliente naufraga en las olas de la miseria, en que sale á la mesa del anfiteatro á mostrar sus llagas. ¿Y el número sin número de los que las sufren sin poder salir de su abyeccion? *Lóndres es muy grande y los niños son muy pequeños*, fué la irónica expresion de un escritor, al ver que niños de corta edad andaban errantes por largo tiempo, sin padres, sin familia, sin una persona que pudiese identificarlos, y sin que su triste situacion fuese notoria al público.

Quien quiera ver tras de los bastidores en la moderna vida de Lóndres, recorra la ciudad á media noche en compañía del nuevo Asmodeo, personificado en un miembro de la policía. Verá un inmenso número de elegantes moradas, donde el rico duerme en sosiego; verá un cuadro monótono de reposo, de limpieza, de tranquilidad en los dichosos herederos de la fortuna; pero al lado de este mundo *que marcha*, verá otro nuevo mundo mas variado, sin tantas bellas decoraciones, porque la miseria no se ajusta á la moda; pero más dramático y aterrador, porque en él se está jugando á cada paso la vida.

No se crea por esto, que tal estado de cosas sea efecto de egoismo, de dureza, de frialdad é inhumanidad en el pueblo inglés. Cierto que su organizacion social es defectuosa; cierto que el materialismo corroe los corazones; que los hombres se dan demasiado á los negocios en los dias de semana y á la biblia en los dias festivos, sin dejar apenas una hora para pensar en sus semejantes; pero el inglés os dirá: «¿No pagamos siete mil millones de contribucion anual? ¿No tenemos contribuciones parroquiales, y *comités*, y juntas, y administradores para velar por los pobres, y escuelas públicas para enseñarlos, y dominicales para instruirlos en la religion, y asilos donde trabajen, y mesas donde se sustenten? Luego deber es de la administracion

pública librarnos de esa plaga.» Y hé aquí cómo el positivismo y mercantilismo inglés traen la caridad á su cuenta corriente, y mediante una partida anual, se cree ya dispensado de mirar por su prójimo, en la inteligencia de que el gobierno tiene un ojo para cada habitante. Y en cierto modo *John Bull* razona perfectamente. De buen grado pagará cuanto se le exija para extinguir la pobreza, porque al fin la pobreza no es un timbre muy glorioso á sus ojos. ¿Cuándo ha cerrado su bolsa para remediar las calamidades públicas? Vino la sublevacion de la India, y corrieron los rios de sus dádivas hasta el punto de dejar un sobrante de ocho millones de reales. Vino la guerra de los Estados Unidos, faltó el algodon, *su trigo industrial*, comenzaron á morir de hambre distritos enteros... ¡á morir! no; el pueblo inglés abrió sus arcas, y por espacio de dos años llevó sobre sus hombros al ejército famélico. ¿Cómo, pues, hay miserables á las puertas de su propia casa, en el centro mismo de su capital? El daño está, en que la miseria no se remedia dando una cuota para los pobres, como se da una suma para el aseo y otra para el alumbrado de las calles. Un rio de oro no seria bastante para acabar con el pauperismo por via de contribucion ó limosna. En Inglaterra, más que en ninguna otra nacion, la miseria cesaria desde el momento en que deje de ser administrada por otros, y los mismos pobres se administren por sí mediante las asociaciones: ejemplo el distrito de Rochdale que á hecho *creer* á los mas incrédulos en milagros. Por lo que hace á los grandes centros de poblacion como Lóndres, ni aun este remedio es eficaz, porque en tan monstruosos y complicados organismos es difícil que se llegue á la perfeccion.

VI.

LA INVASION MODERNA.

En punto á usos y costumbres, pocos pueblos civilizados ofrecen más abundante materia para el curioso que la nacion británica. El carácter flemático, el temperamento húmedo y frio de sus moradores es ocasionado á esta voluntaria obediencia á un código, á una regla, á una fórmula para todo; y en efecto, entre los ingleses todo es consuetudinario: todo tiene un modo de ser previsto, organizado, independiente de la voluntad, de la iniciativa, de la accion individual. De aquí el órden admirable que se observa en su vida pública y privada; de aquí el respeto á las cosas antiguas, de aquí la resistencia á las innovaciones de todo género; y la

parsimonia con que camina por la senda de las reformas, pues con tal de que sea antigua una práctica, aunque sea un abuso, tiene algo de respetable á los ojos de los ingleses. Esto no solo se advierte en el régimen político, en la jurisprudencia, administracion de justicia y otras esferas elevadas, sino en las más pequeñas y minuciosas prácticas. Los ingleses, hasta hace poco tiempo, tuvieron tan buena opinion de sí mismos y se creyeron tan superiores en todo á los demas países, que juzgaban como un deber de conciencia conservar todo lo que les habia constituido en esa superioridad, y este respeto lo mismo se extendia á lo malo que á lo bueno, á lo perfecto que á lo vicioso, á lo grande que á lo pequeño. Increible parece, en efecto, que una nacion tan opuesta á lo extranjero, tan *impenetrable* á la influencia europea, tan *encastillada* dentro de su natural foso del Océano, haya sido, segun hemos visto, el primer agente de fusion y solidaridad en la civilizacion actual. Pero, como era lógico que sucediese, á pesar de sus preocupaciones de nacionalidad y *domesticidad*, ella misma ha comenzado á sentir los efectos de la corriente eléctrica civilizadora representada en el ferro-carril y en el telégrafo. No queremos decir, que en esta comunicacion se haya iniciado en grandes secretos de mejoras, reformas, y adelantos, ni haya tenido mucho que aprender en punto á civilizacion y cultura. Tal vez haya perdido bajo muchos aspectos, siendo mucho más preferible lo que ha permutado que lo que ha recibido en cambio. Desde luego, ha comenzado á perder aquella originalidad, aquella ingenuidad en sus costumbres que la hacian distinguirse y la carecterizaban en gran manera. *La vieja Inglaterra,* exclama hoy el clásico breton, con el entusiasmo y la veneracion que nosotros recordamos la antigua España, sin más diferencia que nosotros nos remontamos á época mas lejana, y los ingleses llaman *vieja* á la Inglaterra contemporánea de Wellington, muerto en nuestros dias; á la Inglaterra de Waterloo, cuyos veteranos conversan todavía con nosotros. En el acento con que la invocan no condenan el espíritu revolucionario de nuestra época. Los ingleses no prefieren el viaje en silla de posta al *express-train;* pero como verdaderos patriotas, sienten ver desaparecer la fisonomía *bretona* hasta en el más imperceptible rasgo, y ver cómo insensiblemente se transforma en fisonomía europea, si ya no es en la de sus enemigos encarnizados allende el canal de la Mancha. La pena del sajon moderno, es la nueva invasion normanda, y que todos los frutos de la civilizacion del continente han de venir registrados y *façonnés* en la aduana francesa. La Inglaterra de Waterloo es la que llora el conservador inglés, porque entonces Paris estaba á cinco dias de Lóndres como en los tiempos de Buckingham, y entonces habia canal de la Mancha como habia Pirineos, que todo ha desaparecido con la línea férrea y las excursiones de una á otra capital en el soplo de *¡nueve horas y media!*

Apenas há diez años todavía batallaba Inglaterra contra el espíritu invasor de la Francia. Aun vivia el hombre que personificaba la pasada generacion, y casi por un respeto instintivo á aquel héroe, retrato y reflejo de todas las preocupaciones rancias, la sociedad inglesa marchaba movida por su espíritu, sin adulteracion alguna, sin extraña levadura. La exposicion universal de 1851 fué como una columna miliaria puesta en la historia de su desenvolvimiento, y el comercio y la industria fueron, en esta como en todas las ocasiones, los que la levantaron. Ante los intereses de la industria y del comercio, á que Inglaterra debe su poderío y grandeza, se sacrificaron los de nacionalidad, de orgullo, de presuncion y de egoismo de las clases elevadas. La *City* de Lóndres debia quitar la estátua de Wellington, que aparece delante del Banco y de la Bolsa, y poner en su lugar la del príncipe Alberto, iniciador de la idea de ese gran congreso del universo. Ella representaria allí el predominio y el reinado de la clase media y la santificacion del trabajo, por medio del cual se redimen los pueblos, mientras que el uniforme y la espada del militar es un contrasentido en aquel recinto, en donde se anatematiza la guerra, eterna enemiga del comercio y de la abundancia.

La exposicion universal fué, en efecto, un gran acontecimiento, una gran leccion, uno de aquellos sucesos que por la magnitud de su influjo no se pudo apreciar entonces; pero que se va notando cada dia su gran transcendencia en todas las esferas. En aquel dia se desengañó la Inglaterra del error en que estaba, creyendo que en todo superaba á todas las naciones; pues vió por sus propios ojos, que unas estaban á su nivel, y que otras la excedian bajo muchos conceptos. No hay que negar, que venció á todas en la gigantesca exhibicion de los productos de Vulcano, como diosa de las herrerias. El Tubalcain moderno halló tal vez algun competidor; pero no un vencedor. Su corona de hierro se afirmó entonces más y más sobre sus sienes; pero en las demas industrias menos rudas, en las artes propias del progreso y refinamiento social, tuvo que rendir vasallaje, como repetidas veces lo confesó la prensa inglesa, al ir analizando uno por uno los diversos departamentos y ramos de la industria y de las artes.

Era natural que convencida de esto la Inglaterra, dejase de mirar las invenciones y aun las costumbres de los demas pueblos con menos desden, y mucho tuvo que sufrir su amor propio al ver que la muchedumbre de extranjeros que en aquella época pobló su famosa capital no encontraban en todo ocasiones y motivos de alabanza; antes al contrario, notaban algunos defectos, censuraban algunas prácticas, y aun llegaban á ridiculizar usos, costumbres y preocupaciones que no parecian tales á los ingleses, ni les habian disonado antes de ponerse á juicio en aquel general concierto. Quien haya visitado á Lóndres en 1850 y le visite ahora, no

podrá dejar de advertir una transformacion, que en su marcha normal no habria verificado en el período de cien años. Los caractéres de esta transformacion se pueden reducir á un visible refinamiento en el gusto, mayor tolerancia de la acostumbrada hasta ahora, y progreso muy notable en el espíritu social, en la vida pública, en todo lo que tiende á proporcionar goces en comun y más al alcance de todos. Así es que el viajero notará ahora más expansion y movimiento en los dias festivos que antes estaban consagrados á un recogimiento tan monacal, que solo daban señales de vida los sepultureros. Era en verdad extraño, que en un país tan libre y donde hay tanta diversidad de creencias religiosas se pretendiese imponer el quietismo absoluto en los domingos, sin considerar que la igualdad de la ley es la desigualdad, y que obligar á los judíos, por ejemplo, que observan el sábado, á santificar el domingo con la anulacion completa de su actividad y movimiento era una insoportable aunque disfrazada tiranía. Los ingleses no se han persuadido aun de que imponer esta clase de culto público, oficial, siquiera sea pasivo, para los disidentes, es el mayor de los contrasentidos en un régimen liberal. Bueno es que el hombre de negocios que está adorando á Baal toda la semana, se recoja el domingo á pensar en su salvacion en una buena mesa y rodeado de comodidades; pero el pobre que suda durante seis dias y no tiene esos templos domésticos ni esas ofrendas, necesita algun desahogo los domingos, aunque no sea más que respirar el aire puro en las plazas y los campos. Ya esta apariencia de mojigatería va amainando. Hoy dia son innumerables las excursiones de recreo en trenes y vapores en los dias festivos, y se toleran las diversiones campestres, la música, la compra y venta de mayor número de artículos y aun el trabajo.

Si el viajero hace una excursion por las calles de Lóndres, verá que el exterior de las casas, que antes era negro como las paredes de una herrería, va tomando otro aspecto más agradable; que la ciudad ofrece anchas calles, en lugar de tantas travesías y callejuelas como constituian el laberinto donde reinaba el dios Mercurio; que los comerciantes no viven en cavernas ni antros húmedos, negros y oscuros; que en los teatros hay más elegancia y comodidad y más compostura y órden en los expectadores; que los ómnibus han dejado de ser anti-higiénicos y ridículos, y finalmente, que en todo se va refinando el gusto y acreciendo la delicadeza, pues sabido es que los ingleses se habian distinguido en hacer las cosas con solidez y fortaleza, pero con poca gracia, ó como vulgarmente las hemos caracterizado: *fuertes* y *feas*.

Y si de las cosas pasamos á las personas notarémos no menor transformacion. El carácter inglés habia sido hasta hace poco extremadamente circunspecto y casi indomable al yugo de la moda. Su respetabilidad parece que se rebelaba contra una atencion demasiado excesiva á los aliños de la persona. En esta parte, la sociedad

de hombres y mujeres parecia asamblea de filósofos. Las modas duraban eternidades; los nietos, llegada cierta edad, podian entrar en el disfrute y posesion del traje de sus abuelos, y estos podian asimismo legarlo como si fuese bien inmueble: tal era la inmovilidad de su figura. Pero esto no es muy extraño en los hombres dados á una actividad contínua y á un género de relaciones mútuas en que lo menos importante es la apariencia. Éralo, sí, en el bello sexo, de suyo inconstante y veleidoso, amigo de la novedad, de la compostura y aliño exterior. Y sin embargo, la mujer inglesa era como una excepcion entre todas las europeas. Ni en su prendido daba entrada á la *coquetería*, ni en su adorno á la innovacion, ni en los colores á la variedad, ni en el corte á la gracia y á la ligereza. Todo era natural, sencillo, *sin pretensiones;* sério y grave sobre todo. Bien es verdad que carecia de teatro donde hacer gala de un numeroso guardaropa. La inglesa era una especie de monja lega que tenia su casa por monasterio. Las hijas de opulentas familias morian y aun se van todavía del mundo sin haber puesto los piés en un teatro. Paseos públicos donde vayan á dar vueltas para que las vean, no se conocian en Lóndres, y mucho menos en las capitales de provincias; y lo que se llama escuela de galanteo, de adulacion y de lisonja es desconocida en Inglaterra. Las jóvenes no tenian estímulos para constituirse en siervas sumisas de los caprichos y antojos de la moda, y su traje era verdaderamente un uniforme más ó menos cumplido segun la edad. Así es, que ya que no por la estatura, color blanco, cútis transparente, ojos azules, cabello rubio caido naturalmente en bucles, expresion ideal del rostro, como se observa en el tipo ingénuo, sajon, puro, de esta admirable raza, se podia distinguir la inglesa entre todas las mujeres europeas por la severidad y austeridad del traje y la sobriedad de los colores, pues el negro, el gris y el azul fueron siempre sus colores favoritos. ¿Quién no se admira del perseverante rigor con que ha conservado su traje de amazona hasta hace pocos años? No obstante, el espíritu revolucionario recientemente introducido en la Gran Bretaña, parece haber escogido al bello sexo por representante, tomando tanto vuelo cuanto mayor habia sido su reposo. La inglesa tiene ahora por cierto, que si la hermosura sin adorno luce mejor, tiene un rival poderosísimo en la gracia y en el atractivo de la novedad; y que en este mundo que tanto se guia por las apariencias, *un palo vestido* no parece palo, segun decia Cervantes. Ni podia ser de otra manera. Sus excursiones al continente contaminaron su espíritu. Vió el ídolo adorable que tanto poder tenia sobre la mujer, y le rindió su corazon, y rasgó su clásico velo azul, especie de símbolo de su voto de austeridad, entregándose á todas las locuras y extravagancias de la moda francesa, y dejando de oponer su antiguo inevitable *veto* en su expresion proverbial *shocking* á los mayores caprichos y excentricidades. La calle del Regente es una sucursal de los *boulevards*, así como la de



de hombres y mujeres pa[illegible] duraban eternidades;
los nietos, llegada cierta [illegible] posesion del traje de sus
abuelos, y estos podia[illegible] inmueble: tal era la
inmovilidad de su fis[illegible] en los hombres da-
dos á una actividad c[illegible] en que lo menos
importante es la [illegible] de suyo inconstante
y veleidoso, amig[illegible] exterior. Y sin embargo,
la mujer inglesa [illegible] europeas. Ni en su prendido
daba entrada [illegible], ni en los colores á la
variedad, [illegible] natural, sencillo, *sin
pretensi*[illegible] carecia de teatro donde
hacer [illegible] especie de monja lega
[illegible] familias morian y aun se
[illegible] Paseos públicos donde
[illegible] en Lóndres, y mucho menos
[illegible] de galanteo, de adulacion
[illegible] estímulos para cons-
[illegible] de la moda, su traje era
verdaderamente [illegible] la edad. Así es, que ya
que no [illegible] cabello rubio
caido [illegible] se observa en el
tipo ingénuo, [illegible] la inglesa
entre todas las mujeres [illegible] y la sobriedad
de sus colores, [illegible] el negro, el gris [illegible] favoritos.
¿Quién no se admira [illegible] perseverante [illegible] su traje de ama-
[illegible] No obstante, [illegible] recientemente
[illegible], parece haber [illegible] representante,
[illegible] mayor habia sido [illegible] ahora por
cierto, que [illegible] sin adorno lue[illegible] en la
gracia y en [illegible] de la novedad; [illegible] se guia por
las apariencias, [illegible] en pa[illegible]. Ni podia ser
de otra manera. [illegible] Vió el ídolo
adorable que [illegible], y rasgó su
clásico velo azul [illegible] entregándose á todas
las [illegible] y [illegible] de oponer su antiguo
[illegible] caprichos y excen-
[illegible] *boulevards*, así como la de



Painted by J. Hayter. Engraved by W. H. Egleton

Inglaterra_ La Bella Sajona.

la Paz y de Rívoli son colonias inglesas, y *Boulogne* un puerto de recreo para la Inglaterra. ¿Quién lo hubiera dicho ahora treinta años, cuando los *french-dogs* (los perros franceses), vivian en su lazareto de la plaza de Leicester, al abrigo de su hotel *Sablonnière, où l'on dinait à six heures en table d'hôte?*

Pero la transformacion ha sido en los hombres más radical. En 1851 estaba rigorosamente desterrado el bigote. Este adorno tan varonil y tan necesario en la fisonomía del hombre, segun Lavater, causaba en la sociedad inglesa peor efecto que llevar al pié un grillete, ó una marca de infamia en el rostro. En la clase media particularmente, la preocupacion estaba tan arraigada, que bastaba llevarlo para ser objeto de prevencion y de sospecha. Un hombre con bigote no podia ser otra cosa que un judío, un *saltimbanquis,* un francés, ó un emigrado. Para gozar de buena reputacion en la *City,* para tener entrada en un escritorio, para entrar en negociaciones mercantiles era necesario hacer el sacrificio del mostacho. Si algun dependiente de casa de comercio era osado á ir contra la rigorosa costumbre, los jefes no se mordian la lengua para observarle, que escogiese entre su puesto y el mostacho. Tal era la libertad del hombre en este país libre, en una de las cosas donde más debe imperar el libre albedrío. Pero en 1851 vieron infinidad de hombres honrados con bigote, y no menor número de artistas hábiles y de comerciantes de crédito con este adminículo, y comenzaron á ser más tolerantes, y tras de la tolerancia vino el exceso y la excentricidad, y todos comenzaron á dejarse crecer bigote y barbas, y éstas con tanto abuso, que llegan á una longura extremada y caricaturesca.

Aun fué mayor el influjo del espíritu continental. Los ingleses tenian un ejército; pero no constituian una nacion militar. Nada más opuesto á su génio y á sus hábitos que el culto al dios de la guerra. Rara vez se veia un uniforme por las calles, y hasta la policía vestia el traje de ciudadano. Ahora es á la inversa. Doscientos mil voluntarios ostentan sus aparejos militares en las calles, en los teatros, en los paseos y en el centro de la comercial *City:* el ruido de las guerreras cajas se mezcla con el bullicio de los ómnibus y carros de mercancías, y el comerciante sale de la Bolsa y el Banco para entrar en el cuartel armado con el *rifle.* Las revistas y ejercicios se suceden, y los simulacros se menudean como si Napoleon asomara por Dover con un ejército de zuavos ó cazadores de Vincennes. Hay ya, en una palabra, costumbres militares, aunque carezcan de aire marcial, porque no se improvisan los caractéres en una nacion, y todo esto con grave daño de la tranquilidad y felicidad doméstica, porque la mujer ve más peligros en la ausencia nocturna de su marido que los que teme de la política de las Tullerías.

Finalmente, para que en todo se pueda decir que ha penetrado el génio y el

gusto de allende el canal, hasta la institucion modelo de los *constables*, esa policía tan admirada en Europa, tan neutral en su exterior, tan poco repugnante y depresiva á los ojos del ciudadano libre, acaba de renegar de sus tradiciones y disciplina, adoptando un uniforme más militar, más belicoso, como si fuera necesario ese tono en el cuadro pacífico de la vida ciudadana. En esto no se dirá que han ganado los ingleses, como nunca se gana en las imitaciones, pues más vale un mediano original que una buena copia.

Tal es en globo el resultado que ha producido la verdadera invasion pacífica que con la rapidez de las comunicaciones ha sufrido la Inglaterra. Esto era inevitable. Mientras dueña de los mares invadia territorios y puertos llevando do quiera los primeros agentes é instrumentos de civilizacion, debia en cambio recibir cultura de la aproximacion del continente, y sujetar su antes indomable cerviz á la moderna corriente niveladora. Aun queda mucho que transformar en usos y costumbres; aun hay mucho de *inglés* en la sociedad inglesa; pero al paso que va, muy pronto seguirá, en todo lo que sea susceptible de modificacion, las huellas y las prescripciones de la nacion á que toca en suerte ser como maestra de ceremonias del buen tono y la cultura. Por lo pronto, apenas puede reconocerse la Inglaterra de Wellington en nuestros dias, y casi ayer dejó de existir el héroe de Waterloo.

VII.

PERFILES, LUNARES Y EXTRAVAGANCIAS.

Al echar una rápida ojeada sobre los usos y costumbres de Inglaterra, no poca parte de nuestra atencion debe consagrarse á dar una ligera idea de las que podemos llamar cívicas, ó más propiamente políticas; pues en efecto, en un país que por largo tiempo obedece á un determinado régimen, en el cual se ha desarrollado bajo la base de la libertad, por fuerza han de existir numerosos hábitos y costumbres públicas, ó sean la forma, el ceremonial, los caractéres de la práctica de esa libertad y goce de esos derechos. Empezarémos, pues, por éstas, é irémos descendiendo gradualmente á las que son menos visibles é importantes.

Pero antes dirémos dos palabras acerca de una de las opiniones más genera-

lizadas por el mundo, cual es la que califica á los ingleses de excéntricos. Los que no han visitado su país y solo juzgan por lo que han visto hacer á los hijos de Albion en el continente, tal vez crean que en él va todo por diverso estilo y completamente á la inversa que en los demas. Era comun sentir entre sus vecinos los franceses, cuando los celos y preocupaciones nacionales ofuscaban el buen sentido de estas dos naciones, que por llevar la contraria, comenzaba á vestirse el isleño por donde ellos concluian, y si á estas minucias llegaba el espíritu de contradiccion, júzguese lo que sucederia en cosas más importantes. Aun todavía los franceses son los que propagan el eco de las que llaman excentricidades inglesas, con las cuales amenizan de contínuo la crónica de sus periódicos, y no há muchos años tuvo lugar una divertida escaramuza en la prensa de las dos córtes rivales, en que dejaron este punto suficientemente ilustrado y discutido con la pluma y el buril. Nosotros llamamos tambien excéntricos á los ingleses, con algun fundamento, cuando les vemos en nuestro país dar exagerado valor á aquellas cosas que miramos con la mayor indiferencia, censurar lo que nos parece intachable, ó alabar lo que creemos digno de censura. Esto nos parece excentricidad, no obstante que el criterio extraño puede ser más sólido que el propio, porque suele suceder que el poseedor de un bien es el que menos lo estima, y las bellezas mismas cansan despues de disfrutadas, y se apasiona el ánimo de lo extravagante por la única razon de ser nuevo. Lo que puede servir de base á esta opinion general acerca del carácter inglés, no es el verlos sobre el *Mont Blanc*, el Vesubio, y todos los montes, picos y volcanes del universo, ni explorando polos, ni buscando las bocas del Nilo, ni los leones y especies nuevas de animales, vegetales y minerales en lo interior del Africa, ni siguiendo las huellas de un domador de fieras por ver el *lance fatal*, ni vestidos caprichosamente en los *boulevards* de París, ni con frac, faja encarnada y botines de majo en Andalucía. Esto depende de circunstancias particulares que explicarémos, y á lo más nos dice, que el breton es excéntrico fuera de sus islas, lo cual no quiere decir que lo sean todos en su propia patria.

Y en efecto, ¿por qué los viajeros de otras naciones se acomodan á las costumbres de otros países ó sacrifican sus antojos más fácilmente que los ingleses? La razon es, que el inglés, en medio de su libertad, vive sujeto á una constante disciplina, á un ceremonial perpétuo hasta en los actos más minuciosos, y tiene sed de autonomía. Comencemos porque su personalidad se anonada en los grandes centros de poblacion en que gira. Un individuo representa en ellos el papel de un grano de arena en una inmensa montaña, de una pequeña piedra en un colosal edificio. Ni aun dentro de su casa, en el más apartado retiro le abandona el yugo de la etiqueta, de la disciplina, del ceremonial, pues basta que haya un sér á su

lado, sea amigo, mujer, pariente ó criado para que se interponga entre ambos un código de etiqueta. La vida, cualquiera que sea la esfera social que examinemos, es monótona en Inglaterra, á causa de esta nube de prescripciones que la asedia y envuelve y anonada la voluntad, y el *spleen*, melancolía indígena de estas islas, no tanto es efecto de las condiciones climatéricas como de las condiciones sociales. Fuera de su patria libre, cosa rara, sale el isleño á buscar la libertad, porque hay libertad que ahoga, y esta es en cierto modo la de la sociedad inglesa con su inacabable código rutinario. Ya fuera de su país, se le despierta el libre albedrío, siente renacer su voluntad dormida, y como niño sujeto á la férula y prescripciones de una escuela, que de improviso se ve en ámplia libertad, así el inglés se embriaga en la satisfaccion de mil caprichos y deseos á que hasta entonces no ha podido dar rienda suelta. Agréguese á esta sed de variacion cierto sentimiento de orgullo, presuncion de superioridad de sus costumbres y desden hácia las extrañas, y se hallará que el inglés no está muy dispuesto á seguir el refran: «donde quiera que fueres haz lo que vieres,» sino *lo que quisieres*.

En lo que realmente son excéntricos dentro y fuera de su patria, colectiva é individualmente, es en su *genio-latría*, devocion fanática que no hallamos en ningun otro pueblo del universo, sin que por esto concedamos que la razon se halle de parte de las demas naciones y la extravagancia de parte de los ingleses. Solo los ingleses conocen la religion del génio, ponen en altares á sus hombres ilustres, llenan sus capitales con una poblacion inmóvil de estátuas en medio de la poblacion viviente y movible, y veneran sus reliquias como cosa sagrada. No comprendemos en esta veneracion la que tiene el pueblo inglés hácia las grandes obras del arte, ni es extravagancia reunir y conservar en sus museos los originales ó las copias del riquísimo mundo artístico de la antigüedad. Hablamos de su pasion por antiguallas, baratijas y cualquier objeto que haya pertenecido á un grande artista, á un gran guerrero, en suma, á un hombre ilustre y famoso, siquiera sea un gran criminal, porque solo en Inglaterra se vende por pulgadas la soga con que el verdugo ahorca á los reos de causas ruidosas. Una de las exhibiciones notables de Lóndres, es la antigua galería de Madame *Tusand*, templo de verdadera *antropo-latría*, incesantemente visitado por los ingleses. Su fundadora allegó un caudal inmenso explotando esta especie de fetiquismo, que abraza no solo la humanidad *famosa* sino la humanidad *infame*. Allí están los génios del bien y los génios del mal, los que han subido á los altares y los que han subido al patíbulo, el calendario de los héroes y el calendario de los mónstruos, y la misma curiosidad atrae á contemplar los cabellos de Napoleon el Grande, que el cráneo de un gran asesino. Siempre hay en Inglaterra mercado para estas reliquias. A la muerte de Newton, un francés que conocia este flaco, alquiló su

casa, construyó un observatorio astronómico, compró varios instrumentos matemáticos de lance y los exhibió como los *verdaderos* que habia usado este gran génio. No fué menester más. El hábil impostor hizo en poco tiempo una gran fortuna. Si hoy apareciesen el gorro de Lutero, las sandalias de Shakespeare ó la pluma con que Cervantes escribió el Quijote, los ingleses darian tesoros por ellas. Estas son excentricidades, cierto, pero excentricidades lógicas. Toda religion tiene sus supersticiones, y la religion del génio no se exime de esta ley. En Inglaterra hay la costumbre de dar culto en vida á los hombres distinguidos. Wellington tuvo más estátuas en Lóndres que Demetrio en Atenas, y si el incienso no le volvió loco fué porque su corazon debia ser más duro que el bronce de sus estátuas. Ahora bien, «quien bien quiere á Bertran, quiere bien á su can.» ¿Por qué se ha de extrañar que un inglés venere como reliquia el caballo, ó el perro, ó cualquier objeto perteneciente á sus grandes hombres? Lo único lamentable es que este culto gentílico no tenga Fidias por sacerdotes. Cuando los ingleses hacen una estátua parece que ponen al héroe un sambenito. Razon tienen los franceses al decir cuando pasan por *Aspley House* y ven la estátua ecuestre del héroe de Waterloo: *¡Estamos vengados!*

Pero sigamos la reseña de sus costumbres políticas.

Es muy digna de nota en este cuadro, la que tienen sus hombres públicos de recorrer las provincias en determinada época del año, á manera de misioneros, pronunciando sendos discursos á sus compatriotas sobre las efemérides más palpitantes del año político. Estas misiones tienen lugar en el otoño. Octubre es la estacion sagrada de estos modernos peripatéticos, de cuyos labios llueven arengas como hojas de los árboles y pámpanos de las vides. Siempre menudean en Inglaterra asambleas políticas, científicas, literarias, eclesiásticas, agrícolas, artísticas é industriales; pero en otoño redobla el fervor de este espíritu de asociacion. Parece que el pueblo inglés quiere aprovechar esta segunda primavera del año y los postreros resplandores del sol que va á eclipsarse, antes que se retire á su ordinaria soledad en los cuarteles de invierno y goce de los placeres del hogar y del amoroso fuego, mientras las nieblas, las nieves y las lluvias, huéspedes importunos, invaden la atmósfera y se apoderan de las ciudades.

El programa de toda asamblea incluye necesariamente un banquete, y el banquete reclama por fuerza un discurso. Ocioso es decir, que estos misioneros predican cuando la ninfa Egeria en forma de copa viene á agitar sus cerebros y á inspirarles en la ciencia de la gobernacion del pueblo. En efecto, llegado el momento de alzar los manteles y proponer los brindis, prévia la fórmula de *Ladies and Gentlemen*, endosan una oracion *pro re-pública*, calculada al justo para no turbar la digestion de los oyentes con negras pinturas, tenebrosos cuadros, lúgubres vaticinios, accion dramática

y tono plañidero y sentimental. Nada de eso. El orador inglés es un instrumento que no agita los nervios ni hace erizar los cabellos. Su discurso puede ser considerado á manera de un delicioso postre ó digestivo, porque todo él es una pintura de la dicha paradisíaca en que viven los felices habitadores de las islas británicas, que sumerge á los oyentes en un estado de beatitud inefable é indefinible. En efecto, tales discursos no son más que variaciones sobre el tema: *Tout est pour le bien, dans le meilleur des mondes possibles.*

Y no solo los oradores en los *meetings* y los banquetes, sino los escritores en la prensa, los diputados en las cámaras, los ciudadanos en sus reuniones y los vecinos bien acomodados en sus casas, no cesan en Inglaterra de dar gracias á Dios por el órden, la discrecion, el régimen, prosperidad, bienestar y perfeccion á que creen que ha llegado su país. Todo es para ellos objeto de alabanza, de plácemes, de enhorabuenas. No empleó Tomás Moro un tono más laudatorio para hablar de su utopia, ni Cabet para celebrar su Icaria, que el que emplean á cada paso sus repúblicos. Les parece que el nacer en Inglaterra es un privilegio y don del cielo, y se les llena más la boca al decir *soy inglés*, que al antiguo hijo del Tiber en decir *cives romanus sum*. Bien es verdad, que segun declaró el Matusalen de sus hombres públicos, do quiera que se halla un súbdito británico, siente sobre él la grandeza y la mirada protectora de su nacion. ¿Y estos hombres públicos? Tienen la suerte de acertar noventa y nueve veces y equivocarse una, y aun en este caso, la prensa fiscalizadora procura atenuar la falta en vez de agravarla.

Desde luego podemos afirmar, que en las grandes familias que constituyen naciones, debe de acontecer lo que á los individuos que constituyen pequeñas familias, y es, que «donde no hay harina, todo es mohina,» y que «los duelos con pan son menos.» La prensa ha sido casi exclusiva propiedad de las clases altas y medias en la nacion británica. Hasta hace muy pocos años no apareció *El Telégrafo diario* á precio bastante módico para que pudiese ilustrar al pueblo. Como aquellas clases que monopolizaban la prensa, vivian cómodamente y en la abundancia, natural era que alabasen á Dios, dispensador de tantos beneficios; y como no hay torpeza ni desastre que con el oro no se componga y remedie, siempre aparecian contentas y satisfechas. Vicisitudes ha tenido Inglaterra en recientes épocas, y torpezas ha cometido en la política exterior é interior, que le habrian costado caro á no remediarlas con rios de oro. Tampoco son sus hombres públicos unos Licurgos modernos y Solones flamantes; sino que, como la opinion manifestada por la prensa es la que realmente gobierna, en caso de error la prensa es juez y parte, y ya se sabe que á nadie le gusta tratar sus carnes despiadadamente.

Contribuye á este optimismo de los hombres públicos la ocasion y circunstan-

cias en que pronuncian sus discursos, que generalmente es en opíparos banquetes. Sabido es, que los ingleses consideran el comer y el beber como parte de su religion nacional, y que la mesa es el ara donde contínuamente sacrifica *John Bull* ahogando sus pesares y recobrando sus espíritus. Ahora bien, preciso es estar mal humorado para no tener ideas risueñas y placenteras y no creer en la felicidad de un país, delante de sabrosos manjares y espumosos vinos. Cámbiese la escena, póngase á estos misioneros de la opulencia en el mísero cuchitril del obrero, y por fuerza ha de cambiar la musa inspiradora y la clave de sus discursos. En efecto, un vaso de cerveza envenenada y un mísero alimento adulterado no inspiran las jaculatorias y plácemes que el *Champagne* y la genuina sopa de tortuga. Todo es relativo en este mundo volteador.

Pero no son solo los oradores de profesion, es el pueblo todo en Inglaterra, el que está dotado de esta facilidad de hablar en público. El hombre más taciturno y al parecer de menos cualidades oratorias hilvana una arenga al proponer un brindis, y el más tardo de comprension y de menos viveza imaginativa, contesta de improviso con otra, como si la llevara en la manga. Aquí hemos de ver lo que puede la costumbre. El comer no es entre los ingleses la satisfaccion de una necesidad, sino un goce, un placer, uno de los actos más importantes entre las numerosas mecánicas de la vida. No nos equivocaríamos si dijésemos, que el comedor es la pieza en que de ordinario vive, accesible á todos, y puesta al exterior como objeto de lujo. El banquete es la parte necesaria de todo programa público ó doméstico, y entre el ceremonial figura el brindis como uno de sus actos sacramentales. La necesidad de satisfacer á esta prescripcion ha hecho que se modelen los discursos segun los diversos casos, y que haya como plantillas y patrones á que se ajusten, sin más trabajo que variar los nombres y las fechas. Nada más curioso, en un convite ordinario de dos ó tres amigos, que ver levantarse á un inglés, copa en mano, y proponer un brindis por el dueño de la casa que está presente. Allí os dirá con gravedad suma y elegantes formas todos los méritos, cualidades y hechos famosos de su hospitalario amigo, exponiendo su consecuencia en la amistad, su honradez, sus hábitos ordenados, su liberalidad con los pobres, su amor á sus hijos, su hospitalidad, su constancia en el trabajo, su puntualidad en los negocios: os dirá que siempre ha gozado de salud gracias á sus buenas costumbres, que nunca ha abandonado á su esposa y familia, ni se entrega á la embriaguez, al juego ni á otros vicios que degradan la humana especie. En suma, hará un panegírico en su forma adaptable á un héroe ó santo, á un Washington ó Newton, ó mejor dicho, adaptado del elogio de un hombre famoso á su oscuro y desconocido anfitrion, que os dejará en la duda de si es un Ciceron en la elocuencia. Pero la sorpresa irá en aumento

al ver que con no menor gravedad, se levanta el aludido é hilvana otro largo discurso, correspondiendo elogio á elogio, alabanza á alabanza, lisonja á lisonja, y exponiendo las mismas ideas con distintas frases. Esto sorprende, sin duda, la vez primera, más luego que se han oido repetir las mismas arengas, se viene en conocimiento que el oratear en banquetes es una ciencia empírica como el cortar lonjas del *roast-beef*.

Entre los festines gastronómicos privados son como de ordenanza los de cumpleaños (pues los ingleses no celebran los dias de su santo), los que tienen lugar al llegar las hijas de familia á la edad en que son presentadas en sociedad á los amigos de la casa, los de fiestas de Navidad y los de bodas y bailes, á cuyo número agrega el inglés un sin número de banquetes públicos por la menor ocasion y causa.

El más clásico y famoso entre estos es el que celebra la corporacion municipal de la *City* y que se conoce con el nombre de banquete del Lord Mayor, cuyo *menu* es objeto de conversacion un mes antes, y cuya digestion se prolonga un mes despues del dia 9 de noviembre. Este dia, el viernes Santo y el primero de pascua son los únicos en que se interrumpe el tráfico y se altera el aspecto de la *City*. El corregidor, llevado en procesion entre ridículos figurones y alegorías y elegantes carrozas, ofrece un banquete mónstruo á los *aldermen* ó regidores, que pone en olvido á los Homéricos por la profusion de bueyes enteros que adornan la mesa, y á los de Timon, Lúculo y Heliogábalo por el costo y la abundante vagilla de oro y plata. La comida del Lord Mayor es un acontecimiento en la capital de Inglaterra, uno de los más portentosos espectáculos de *nutricion* que puede presenciar el gastrónomo. *Apetito aldermánico,* es ya una locucion familiar entre los ingleses. La lista de los manjares es una especie de enciclopedia de historia natural, en la que se incluyen ejemplares de casi todos los animales y vegetales conocidos; pero como allí no domina la delicadeza de la cocina *gállica,* ni los convidados pertenecen á la refinada escuela de Brillat-Savarin, la tortuga y el venado, manjares suculentos, son los grandes polos que atraen las miradas del convidado.

Si hemos de juzgar por la festividad del Lord Mayor, el carácter inglés se amolda poco á estas exhibiciones ó procesiones públicas, en que la seriedad oficial forma un ridículo contraste con la mofa y la conducta tumultuaria del pueblo. En estos casos se cuajan las calles y plazas de siniestras y repugnantes cataduras, hierven los rateros y se desbanda la Arabia de Lóndres poniendo en calzas prietas á la policía. Los ingleses presentan un órden admirable, siempre que hay division de clases, y cada uno sabe el puesto y lugar que le está reservado; pero faltando esta ordenacion, ofrecen la imágen del caos. Las muchedumbres semejan las olas del mar agitado, en cuyo flujo y reflujo naufragan los débiles ó incautos. Tal vez por esto temen dar

frecuentes ocasiones de espectáculos en que el pueblo sea mero espectador y no sepa en qué emplear su libertad.

Y en efecto, cuando las reuniones son exclusivamente populares, es muy diversa la conducta de las masas, aun hallándose sobreexcitadas y con ánimo hostil. El pueblo, que no asiste entonces á la mera exhibicion del lujo y de la grandeza, sino á un objeto en que su intervencion y peso numérico son necesarios, parece que tiene conciencia de su valer y dignidad y su comportamiento es por demas sensato. Una de las hostiles demostraciones con que los obreros de Lóndres pagaron á lord Wellington su profundo odio hácia el pueblo, tuvo lugar en los momentos en que expiraba la Duquesa. La muchedumbre apedreaba las ventanas del ídolo, que vió luego su propia estátua delante de sus balcones. El general español Alava, que le habia acompañado en sus campañas militares, abrió las puertas de su morada, y dijo en alta voz: *La Duquesa ha muerto.*

A esta voz sucedió una instantánea tregua y un profundo silencio. Todos se retiraron con gran compostura y como de duelo, y la plaza se despejó como por ensalmo. Creia el pueblo cumplir un acto de justicia en su hostilidad, y este sentimiento le predispuso á otro acto de justicia y de respeto á la desgracia. No solo en este sino en muchos casos ha ofrecido el pueblo inglés esa discrecion en sus imponentes demostraciones, pareciendo como que comprende el ministerio solemne de las muchedumbres. En Inglaterra donde la opinion pública tiene mil medios de manifestacion y desarrollo, el *meeting* popular es la *última ratio* de los súbditos, las modernas retiradas al Aventino. De esta demostracion á la rebelion no hay más que un paso, que sus hombres públicos han sabido siempre prevenir á tiempo retirándose á su turno. No há muchos años tuvo lugar uno de estos espectáculos en el inmenso recinto de *Hyde Park,* que parecia cuajado de vivientes, silenciosos y circunspectos, bien como aquellos que iban á cumplir con un deber. Apenas se habian erigido las diversas tribunas al aire libre, cuando se supo que al peso moral de aquel Océano de almas se habia derribado el ídolo del pueblo británico, retirándose todos con órden y en silencio, persuadido cada individuo de que su presencia allí era reclamada por el *salus populi.* ¿Quién se constituyó en eco de la indignacion universal y en vengador del pudor ultrajado por el verdugo de Brescia, por Haynau, azotador de las mujeres? El pueblo inglés, arrojándole numerosa ofrenda de piedras y patatas.

Pero las más notables y peculiares demostraciones públicas de los ingleses son las llamadas *strikes,* especie de *pronunciamientos* pacíficos de la historia económica del país, y tan frecuentes, que apenas pasa año sin que se ofrezca una série de estos espectáculos populares. Sabido es, que en Inglaterra la mayor parte de las industrias

que tienen por objeto la satisfaccion de las primeras necesidades y elaboracion de las primeras materias, se explotan en inmensa escala en determinados distritos y poblaciones, de tal modo, que los habitantes de aquellos lugares son, en su mayoría, trabajadores dependientes del salario de los dueños, empresarios ó especuladores. Las fluctuaciones de los mercados hacen aumentar ó disminuir la demanda de los géneros ó artículos, produciendo el consiguiente aumento ó depreciacion de su valor. Cuando esto último sucede, ó bien cuando á los dueños de las fábricas les acomoda, se reunen éstos y deliberan acerca de la reduccion de los salarios, cuya reduccion hacen notificar á los obreros. Éstos, por su parte, si no se aquietan y resignan, tienen por costumbre dar la voz de *abstencion* y *retraimiento* del trabajo, y se declaran en *strike*, que consiste en reunirse en bandadas de millares y recorrer las poblaciones tocando y cantando, con banderas en que llevan inscrita su peticion. De esta suerte pasan dias, semanas, meses y aun años sufriendo mil privaciones y necesidades, alimentados por las limosnas que recogen y por la ayuda que les prestan los demas operarios de diferentes industrias, y mientras tanto, comisiones de una y otra parte se reunen y procuran venir á un arreglo satisfactorio. Suele acontecer que estas bandas numerosas cometen violencias y desmanes; pero es en las personas de sus camaradas que no siguen sus banderas y se someten á la ley de los empresarios. Fuera de estos casos, la conducta de estos *protestantes* es admirable por su resignacion á todas las privaciones. La sociedad está acostumbrada á estas frecuentes manifestaciones, y no se altera ni se alarma, pues las considera legales, y ajustadas á los principios de la economía política, siempre que no vayan acompañadas de actos de violencia, lo cual no sucede sino raras veces y cuando el *strike* se ha prolongado por mucho tiempo, puesto que el hambre es mala consejera.

En una palabra, en estos casos el pueblo echa mano de la cooperacion para resistir. ¿No seria más oportuno que se valiese de la cooperacion para trabajar? Mientras este supremo y prodigioso medio de emancipacion no se adopte en Inglaterra, los obreros estarán siempre á merced de los cálculos é intereses del empresario.

POLONIA.[1]

I.

En un libro de geografía para el uso de los niños hemos leido estas palabras:

«Habia una nacion al norte de Europa, cercada por otras más fuertes, las cuales, viendo una ocasion favorable, se apoderaron de ella, y dividiéndola, cada una tomó una parte y la allegó á su territorio sin escrúpulo de conciencia. El botin fué rico y abundante; pero á fuer de hombre de bien, no quisiera ser del número de los tomadores.»

De este modo, apenas tienen nuestros hijos uso de razon, saben la grande iniquidad cometida en el pasado siglo, la grande hazaña del derecho de la fuerza, y miran á Polonia como la víctima de los Nemrods diplomáticos, como la Niobe de las naciones. Leen despues la historia moderna, y sacan en limpio otra version de este hecho escandaloso.

[1] El autor ha recorrido varias veces la Europa y observado los lugares y costumbres que describe, especialmente la Polonia y la Rusia, en cuya capital residió algun tiempo como secretario particular del Duque de Osuna, nuestro embajador en aquella córte. Esto no obstante, solo al hablar de España y de Inglaterra en que su residencia ha sido más dilatada, se ha atrevido á fiarse en sus opiniones propias. Al hablar de los demas países procurará seguir la opinion de los más autorizados historiadores y viajeros, pues habiendo censurado la presuncion de los que se arrojan á escribir acerca de países que no conocen á fondo, está muy léjos de incurrir en este mismo defecto.

Habia en la córte moscovita una Mesalina coronada, deseosa de extender su dominacion, y de ir *comiendo de la Turquía* para aumentar su influjo en la Europa del Occidente. Ya tenia puesta la mano sobre la Moldavia y la Valaquia, cuando la córte austriaca, recelosa, le indicó una compensacion en Polonia, en donde todos podian meter la mano á su sabor. Otros creen que el hermano de Federico II fué el iniciador de la idea; pero Catalina pretendió el alto honor de llevar en la posteridad el peso de esta infamia. Todos se entendieron, convinieron y repartieron la presa, y las demas naciones hicieron la vista gorda. Esta es la faz política ó diplomática del atentado.

Los despojantes pudieron realizar sus deseos á poca costa y con gran presteza. Polonia era un pueblo de caballeros, fácil de engañar, incapaz de sospechar villanías. Ni una plaza fortificada tuvieron jamás en su territorio, amenazado siempre de incursiones de todos los vecinos, especialmente de los tártaros, que á cada paso los sorprendian. Las guerras intestinas, fomentadas por los representantes de la Rusia y el Austria, habian debilitado la fuerza del país. La reparticion se hizo, y apenas fué sentida por el cuerpo que se desgarraba; pero, ¿quién pensó que las naciones se hacen y deshacen en conferencias, pegando aquí un miembro ó mutilando allí otro?

Nosotros vamos á hablar de las costumbres y el carácter de los polacos; pero ¿cuáles son estas en definitiva? Las costumbres de Polonia son desde hace ya mucho tiempo el luto y las lágrimas, el martirio continuado, el desprecio á la muerte, la fiereza indomable. Ningun pueblo ha tenido una existencia más dramática, más agitada, más dolorosa. Mil veces se ha visto puesto á saco y á degüello despues de azarosas épocas de guerras civiles, disputas religiosas, ambiciones y anarquía. Los escandinavos, los turcos, los tártaros, los rusos, los austriacos y prusianos han hecho incursiones devastadoras en este país tantas veces cubierto de sangre como de nieve; que no en balde se llamó Lech el territorio de esta valiente y generosa tribu esclavona, que quiere decir *guerra* en su lenguaje patrio; pero su suerte, siempre vária desde el apogeo de su grandeza y gloria en Boleslao y Sigismundo, le volvió la espalda á la muerte del noble Sobieski, época en que comenzó su doloroso Calvario con ese ánimo aterrador que es el sello de la justicia de las grandes causas. Tal vez Polonia expía un gran vicio de su constitucion política y social; pero, ¿qué nacion está limpia de lunares? Tal vez paga en su servidumbre actual la esclavitud en que los nobles tuvieron al pueblo. La más lata libertad á favor de los unos y la esclavitud en el otro se concertaron en este país notable por sus instituciones á la romana; pero, ¿en qué nacion no ha sufrido el pueblo servidumbre? ¿Era mejor la situacion de las clases proletarias en Inglaterra, en Francia y en Alemania en los pasados siglos? En medio de todo, Polonia fué la primera nacion que consagró la igualdad de todos ante la ley; Polonia la que extendió el privilegio de no ser arrestados los ciudadanos á menos que no fuesen

convictos; Polonia la única que protestó contra la revocacion del edicto de Nantes y la matanza de los Hugonotes; la que dió hospitalidad á Socino; la que odió los ejércitos permanentes como peligro de sus libertades. Parece lo más cierto que esta malaventurada nacion paga á demasiado precio su posicion topográfica, como vanguardia de la raza latina, como baluarte de la Europa occidental civilizada, y el gran crímen de ser demasiado noble de carácter, poética de fantasía, romántica en sus hábitos, y sincera, valiente y confiada en los tratos, en las guerras y en la paz.

El noble en este país, adiestrado en las armas y en los ejercicios de la caza, poseedor de inmensas riquezas, liberal y espléndido en demasía, hospitalario con sus amigos y compatriotas, humano con sus siervos, cortés, instruido y celoso de su independencia, vivia como el antiguo caballero andante, siempre dispuesto á pelear por su patria y á fiar la victoria en el valor personal, en los actos de heroismo, y en ninguna manera en la disciplina que desconocian, como la mayor parte de los enemigos que los hostilizaban. El *liberum veto*, privilegio cuyo orígen es desconocido, les daba el carácter de soberanos, y su propiedad territorial y el número de sus siervos el de pequeño rey en sus territorios. Por otra parte, el pueblo esclavizado, entregado completamente á la agricultura, sin educacion de ninguna especie, sin estímulos, supersticioso, indolente, acostumbrado á descansar en la proteccion de sus señores, resignado en su nulidad completa, en su carencia absoluta de derechos políticos, vivia en los campos y cabañas, apegado al suelo como todos los pueblos pastores, amante de sus tradiciones, guardador de sus costumbres, y defensor de los lugares en que corria su tranquila existencia. No habia en Polonia clase media, y donde quiera que esto sucede, donde quiera que la nobleza está frente á frente de la plebe, no puede ésta dejar de verse oprimida y esclavizada. El comercio, que es la fuente de este tercer estado, repugnaba á una nacion del temple de carácter de los polacos, y la falta la suplian los israelitas, raza exótica que no tenia interés alguno en la integridad de la patria, y á quienes tal vez convenia un cambio político en que tuviese el comercio mayor influencia. En este estado de cosas, la desmembracion tuvo lugar, sin que el pueblo, creyendo las protestas de la Rusia y la Alemania, viese en este hecho nada que le escandalizase; porque para el pueblo, que estaba bajo la dependencia de los señores, era indiferente que la ley se hiciese en Varsovia ó Grodno, ó en Viena y San Petersburgo.

Así se explica cómo esta nacion tan valiente é indomable y tan entera en su amor á la independencia despues de tantos años de esclavitud, vió casi impasible dar el tremendo golpe á su integridad. Sucedió además, que las virtudes y perfecciones de su constitucion política se convirtieron en los vicios más nocivos, luego que la civilizacion moderna, un tanto prosáica, comenzó á ingerirse en el puro espíritu de

caballería de la nacion polaca: *corruptio optimi pessima.* Nada peor que la eleccion de los reyes en un país de tantos nobles, y en donde con solo un pié de tierra se igualaba el poseedor á un Palatino. Bien pudo haberse hecho la corona insensiblemente hereditaria, si los sajones no se hubiesen apoderado del hijo de Sobieski; pero los príncipes poderosos extranjeros se mezclaron en los negocios políticos de esta nacion, y con esto comenzó á forjarse su ruina. Introdújose tambien el germanismo en el siglo XVI; corrompiéronse un tanto las costumbres, dejando los nobles las casas de campo por las ciudades, y la diplomacia astuta, por medio de sus dádivas y sus manejos, comenzó á promover ambiciones bastardas y hacer imposible el gobierno y las resoluciones de la dieta, si no era por medio de confederaciones en que no se contaban los votos sino los muertos y heridos, no las *bolas*, sino las *balas.*

No sin intento hablamos de Polonia inmediatamente despues de Inglaterra, dos naciones entre las que se observan notables contrastes y semejanzas, para que se vea como con un fondo comun de patriotismo y profundo apego al suelo natal, con una nobleza poderosa, ilustrada y rica, partiendo ambas en su vida política de instituciones libres como el *pacta conventa* y la *carta magna*, con una dieta y un parlamento poderosos, la una ha llegado al apogeo de su grandeza y la otra ha desaparecido del mapa político de Europa. Notando las diferencias de carácter y costumbres, y de vida, pública y expansiva entre los polacos, retirada y concentrada entre los ingleses; agricultores aquellos, industriosos éstos; fantásticos, caballerescos, confiados los unos, prosáicos, egoistas, recelosos los otros, casi habríamos señalado la que á nuestro parecer fué la causa principal y mediata de la ruina de Polonia y del engrandecimiento de Inglaterra. Las naciones que tienen mucho del hidalgo, perecen ó se eclipsan en esta época de los Sanchos. Un pueblo como el polaco lleno de grandes virtudes á la quijotesca, no podia subsistir en el centro de la Europa, transformada en campo de intrigas, de luchas, de intereses y de pasiones nada nobles, rodeada de potencias fuertes y dominantes, de diplomáticos sofistas y arteros como Repuin y Van Zwiten, y de príncipes como Catalina y Federico el Grande. La sencillez patriarcal, el valor confiado, el amor á las tradiciones y á las costumbres de los mayores, y los hábitos de la vida campestre hacian de esta nacion una figura demasiado noble y poética, para que no fuese el cordero de la fábula en medio de la nueva atmósfera política europea y de la astuta diplomacia de monarcas ideólogos.

Pero este fondo de hidalguía, este espíritu caballeresco, este temple heróico de los polacos que todo lo fia al valor personal, es lo que hace á esta nacion resistir á la contraria suerte sin desfallecer en ánimo, por más perdida que parezca la esperanza y más arriesgada la empresa. Despues de pronunciadas las palabras: *Polonia fuit*, el patriotismo y el amor á la independencia crecieron en cada polaco

en razon directa de su dispersion, aislamiento y falta de medios. El gigante feo y despiadado del norte que venció en desigual pelea á este bizarro pueblo, decia, que no habia Polonia más que en la cabeza de los emigrados. Siempre estos mónstruos de egoismo han dicho una gran verdad en sus sarcasmos. Para la vista material no habia Polonia desde el momento en que se la hizo pedazos, exterminando ó dispersando á sus moradores; pero en estas razas de héroes se ven facilitados los mayores imposibles. Si solo hay Polonia en la cabeza de los emigrados, aun creemos en su resurreccion por la prueba con que el filósofo antiguo demostraba el movimiento: habrá Polonia porque hay polacos.

Y en efecto, cuando se ve que el pueblo de las facciones y confederaciones cuando unido, es en la dispersion el pueblo de la unidad de sentimientos, no podemos creer que la razon de este fenómeno sea una quimera. Una nacionalidad es una creacion viva en la historia, tan misteriosa como la del individuo. Mil causas y elementos contribuyen á formarla gradualmente con entera independencia de las voluntades de los demarcadores políticos. Polonia no puede ser rusa, austriaca ni prusiana por razon de que los miembros de un cuerpo no pueden servir indistintamente á otros. Menos que nada rusa, porque no es posible asimilacion entre ambas naciones, y consultando la historia el derecho de absorcion corresponderia más bien á la tribu polaca, originalmente indo-europea, ó esclavona como otros la denominan, que fué la más fuerte y la más antigua entre esta raza que ocupó el territorio entre el Báltico y el mar Negro. Ya en el siglo VIII constituian los polacos un reino á orillas del Vístula y establecian colonias en Kieff y sobre las orillas del Dnieper. No habia entonces rusos, ni soñaba su existencia el ducado de la Moscovia, orígen de este moderno imperio, cuya cabeza se llamó señora de todas las Rusias, solo en el siglo pasado, en la ambiciosa Catalina, sin ningun derecho, porque las Rusias eran entonces polacas.

Así, pues, la alegacion de la excusa de la reconquista es falsa, sostenida por los despojantes y aun mantenida por complacientes historiadores; pues en los países en que domina el absolutismo, no hay que creer en nada, ni en la historia, madre de la verdad. Todo se hace á voluntad del déspota, y si los hechos contradicen, *tanto peor para los hechos*, como dijo un historiador embustero.

Lo cierto es, que la tendencia del espíritu panslavo, admirablemente encarnado en los monarcas rusos desde Pedro el Grande, exigia el sacrificio de la Polonia para tener una puerta en el continente sobre la Europa occidental, como la tenia por el Báltico, fundando á Petersburgo en la embocadura del golfo de Finlandia; y á esta política de invasion se han ajustado sus sucesores, aprovechándose de la inaccion y la indiferencia de las naciones europeas, tan culpables por haber consentido la iniquidad, como los autores de ella. Polonia protesta con sus periódicas *insurrecciones,*

que así han llamado los alzamientos de la víctima por alcanzar su libertad; pero en ellos no muestra más que el valor sobrehumano que inspira una causa justa. A la larga, los polacos serán siempre vencidos por las masas disciplinadas de ejércitos permanentes, despues de haber asombrado al mundo con prodigios de audacia y de resistencia individuales. De aquí provienen las simpatías que este noble y generoso pueblo se ha conquistado en el universo. El drama que viene representando interesa á todos, porque si, como dijo Séneca, no hay espectáculo más sublime para los dioses que el del varon fuerte luchando contra la adversidad, tampoco hay argumento más grandioso y elevado que el de un pueblo luchando en la desventura con ánimo siempre entero y esforzado. Todas las faltas de los polacos, borradas están á los ojos de la humanidad con sus actos de valor heróico. Polonia se ha purificado y engrandecido en la adversidad, piedra de toque de las almas grandes y fuertes, ya se trate de naciones, ya de individuos. Los que creian que era incapaz de gobernarse á sí propia, han llevado un mentís solemne al ver su gobierno nacional secreto, pasmoso modelo de organizacion en los momentos del mayor peligro. ¿Qué ha faltado para que esta nacion consiga el merecido premio de tantas virtudes y sacrificios? Abnegacion en las demas naciones carcomidas de egoismo, fé en la justicia, y fé acompañada de obras, porque de lo contrario es cosa muerta.

Pero no parece sino que las naciones quieren tener, como los hombres, ejemplos *vivos* del rigor de la desgracia, como del favor de la fortuna. Ahí está Polonia para maldecir á sus opresores, para lanzar anatemas, para elevar protestas, prorumpir en amenazas, compadecer á los oprimidos, ensalzar su valor, celebrar á sus héroes, cantar sus proezas ó acompañarlos en sus lágrimas y dolores; pero todo se estrella en la inaccion. Los polacos, que han ayudado á todas las naciones, formado en todos los ejércitos, peleado en favor de todas las causas, no encuentran quien les ayude en la suya; no hallan una nacion caballeresca que en honor á la Dulcinea de la justicia, embrace la lanza y enderece el entuerto y repare el agravio hecho por descomunales gigantes; y todos dicen, como escribió nuestro excelente poeta Campillo, al elevarse el general clamor en las recientes escenas de sangre y exterminio:

« Su sangre no es nuestra sangre,
Ni sus campos nuestros campos;
No hay amigo para amigo,
No hay hermano para hermano. »



Drawn by H. Corbould. Engraved by E. Finden.

Polonia _ Las lagrimas de Polonia.

II.

PASADO Y PRESENTE.

Dada esta idea general de la historia y el carácter de los polacos, pudiéramos en realidad excusarnos de decir nada de sus usos y costumbres, porque, ¿qué costumbres pueden haber resistido á la presion de una servidumbre durante más de medio siglo, siendo el pensamiento deliberado de los opresores borrar hasta la última huella de nacionalidad? Polonia es la provincia más rica para el ruso, es su puente para la Europa, su canal cuando se hiela el Báltico. Solamente el paso de tantos ejércitos como han invadido durante medio siglo este territorio, sin las devastaciones, incendios, talamientos de campos, policías, espías, reclutamientos, muertes y destierros forzados y voluntarios bastaria para desfigurar la fisonomía de un pueblo. La religion fué perseguida, la enseñanza monopolizada, el traje mismo se quiso hacer ruso, los hijos de los polacos soldados del Czar, y el lenguaje polaco moscovita. ¿Puede contarse el número de ciudadanos sacrificados desde que entraron los prusianos y los rusos para repartirse su territorio? Estos valientes perecieron en Cracovia resistiendo á cuarenta mil alemanes; antes perecieron en el asalto de Varsovia, cuando arrojaron á los invasores al mando de Igelstrom en 1794; despues, guiados por el noble Kosciusko contra Souvaroff; despues en el horrible asalto de Praga, y en los ejércitos de Napoleon, y en los levantamientos en que el feroz cosaco ha excedido á la crueldad del moderno Falaris, del coronel ruso Drewitz, que cortaba á los prisioneros las manos, narices y orejas *en castigo de su amor patrio*. Desde 1768 en que los cosacos traian á los caballeros desde el campo de batalla hasta Varsovia atados á las colas de sus caballos, hasta las escenas horribles que ha presenciado el mundo lleno de indignacion en la última lucha por su independencia, los polacos han sufrido en sí, en sus esposas, en sus ancianos, en sus niños y en sus casas, todas las crueldades que han hecho odiosos á Cromwell en Irlanda, á Cumberland en Escocia, á Tilly en Alemania, á Haynau en Brescia, á Ibrahim Paschá en Grecia, á Alí Paschá en Albania y á Sheridam en la sangrienta guerra americana. No en balde canta el bardo popular la cancion del *Tchaika*, comparándose á esta ave de

grito melancólico y sombrío á quien atormentan todos los que pasan junto á su nido. No en balde cuenta entre sus danzas la llamada *Kolomejka,* especie de poema lúgubre, que se representa en silencio y con los semblantes tristes, al revés que todos los bailes, y en el cual manifiesta la mímica la pérdida del país y el deseo de reconquistarlo.

Ahora el silencio reina en Polonia, que es la consecuencia de la sarcástica frase: el órden reina en Varsovia. Para hablar de esta nacion tenemos que remontarnos á períodos más lejanos. Cuando en 1857 atravesábamos este infortunado país, era la imágen viva de un inmenso sepulcro blanqueado y custodiado en todas partes por sayones. En vez de labradores y campesinos, en vez de las fiestas campestres á que eran tan aficionados, solo veíamos destacamentos rusos. La figura lúgubre del cosaco parecia el único *mirage,* la *fata Morgana* de aquellos océanos de nieve, y su negra lanza ó pica se dibujaba en la llanura y en los horizontes.

Polonia era una nacion que en territorio excedia á la Francia, cruzada por caudalosos rios como el Vístula y el Dnieper, de suelo fertilísimo, y llena de bosques aun no talados, atractivo á grandes empresas, si el carácter de sus pobladores no les hubiese inclinado más bien á las aventuras personales, y si la distincion de castas y la esclavitud no hubiesen cerrado la puerta al desarrollo del comercio y de la industria. La perspectiva del país es triste y monótona. La vista se extiende sobre inmensas llanuras en donde no hay casa, ni choza, ni árbol, ni objeto alguno de tamaño tal que pueda atraer la atencion, hasta que gradualmente va apareciendo en el horizonte una como faja oscura que es límite de un extensísimo bosque lejano, llegando al cual, va el viajero resguardado por una altísima valla de gigantescos pinos; de suerte, que si antes no veia más que cielo y tierra, ahora no ve nada, si no es de vez en cuando un espacio cultivado y rodeado de pinos, ó un lago pequeño, asimismo encuadrado entre estos árboles. Estos bosques, que no deja de ver el viajero desde que pone el pié en Polonia, como no se pierden de vista los alambres del telégrafo al poner el pié en los ferro-carriles, son tan extensos, que cogen gran número de leguas en todas direcciones. Casi la mitad del país es bosque. Despues que se atraviesa el Vístula, se encuentra una gran llanura como de diez á doce leguas, pero luego aparecen aquellos y con cortas interrupciones no los pierde de vista el caminante. Las tierras de pasto son abundantes en ambos lados del Vístula, que las riega periódicamente, y muy ricas en las cercanías de Varsovia; pero abundan mucho más en la Lithuania y en la Podolia.

Las poblaciones son por lo general pequeñas y de no muy seductor aspecto, y están muy esparcidas, viéndoselas siempre á lo largo de los bosques y rara vez en medio de ellos. Consisten en veinte ó treinta casas de tosca madera construidas, que

es el mismo sistema que se observa en las de las capitales de segundo y tercer órden: bien que en esto como en las costumbres suele haber alguna variedad en los distintos palatinados que constituyen la nacion. Así el Cracoviano muestra más refinamiento en la vivienda que el Mazur ó Masovio, amante de los bosques y de la rudeza campestre, y aun éste más que el habitante de la Poldachia y el de las montañas Karpatas.

En Polonia, país esencialmente agricultor, abundan los frutos naturales; pero escasean las demas provisiones, y como en Rusia, son extremadamente caras. La propiedad ha estado siempre desigualmente distribuida. Unos poseian mucho y otros nada. Los nobles poseen estados de mucha más extension que algunas monarquías hoy existentes, y han vivido siempre con esplendor, rodeados de otros nobles de corta fortuna de quienes son los protectores y con quienes ejercitan la hospitalidad tan característica de la nacion polaca, y la liberalidad que llevó hasta la extravagancia el opulentísimo Radziwill. Bien es verdad que esta virtud era como necesaria en un suelo en que la despoblacion y la soledad fueron los caractéres distintivos, y que debe acrecentarse en pueblos donde es tan notable como en Polonia la desigualdad de condiciones y fortunas, sirviendo de medio para suavizar y compensar el desvalimiento y el infortunio.

Dotados de gran fortaleza de ánimo y de cuerpo, de cualidades enérgicas que tuvieron ocasion de ejercitar de contínuo en su vida agitada por tempestades políticas, los polacos son audaces y fieros en los peligros y desafian toda clase de penalidades y fatigas. Las guerras con los tártaros, que tantas veces les acosaron, de esos terribles enemigos que, como los medos, arrojaban sus flechas en la fuga, y sin más provision que un saco de paja amarrado á la cabeza del caballo y un pedazo de carne cruda debajo de la silla aparecian como llovidos en el territorio, los hicieron soldados aventureros fortísimos, y diestros en esa guerra irregular, indisciplinada, que no conocia más refugio que los bosques ni más parapeto que sus pechos.

Entre los nobles no habia astucia, maldad ni intrigas, ni aun conocian la ambicion, poseyendo bastantes riquezas para realizar sus sueños de honor y gloria. Viviendo en los campos y educados en ese género de vida que deja impresiones fuertes, conservan el odio á los opresores y el amor á la patria que tanto han mostrado en sus terribles luchas. Como la naturaleza es monótona, sus ideas convergen con más fuerza á la familia, y de aquí el gran sentimiento de la patria en el polaco, que aumenta, léjos de disminuir, en el destierro.

El campesino ó siervo polaco es un modelo de bondad, de resignacion, de humildad y de afecto á su señor. Es enemigo del comercio y de los cuidados, y deja que los alemanes y los israelitas se enriquezcan con toda clase de tráfico. Cree que el único fruto agradable á Dios es el que procede de la tierra, pensando en el sacrificio

de Abel más grato que el de los Cainitas. Realmente, siguiendo las tradiciones y las costumbres indígenas, el labrador y plebeyo polaco mantenido por su señor en cambio de su trabajo agrícola, y habituado á reconocer su dependencia sin rencor, porque en mil prácticas y costumbres patriarcales se reunia con sus dueños y gozaba de sus larguezas, no era apropiado para el comercio y la industria y para trabajar por aumentar su fortuna. Tan cierto es esto, que en el idioma polaco se dice no haber equivalente para la palabra *egoismo*, al modo que en el ruso de la palabra *honor*, segun la imprecacion del gran Pulauski, jefe de la confederacion de Bar, al astuto é intrigante Repuin, embajador de Catalina. En medio de su pobreza, la hospitalidad del labriego es notable, y si no es concebible el palacio del noble sin el banquete y una gran comitiva de convidados, tampoco lo es la rústica choza sin una mesa en que se ofrecen sencillos y toscos manjares al viajero ó al vecino.

A no ser por esta peculiaridad de carácter en los nobles y en los plebeyos, apenas podria comprenderse cómo el polaco mantenia al pueblo en la servidumbre, siendo tan humanos y benévolos, ni cómo el pueblo vivió en ella, habiendo sido libre en épocas más lejanas. En efecto, si echamos una rápida ojeada sobre su historia, verémos que el pueblo fué libre en lo antiguo. Los plebeyos eran libres en Polonia para ir donde quisiesen. En tiempos del primer Jagellon, el Lithuano, que casó con la última de los Piastas, la santa princesa Hedwig, los plebeyos polacos gozaron de mejor condicion y suerte que sus hermanos en Europa. Los más notables polacos de aquella época y de su sucesor Uladislao eran plebeyos, como lo fueron Dantisco, embajador en Inglaterra; Janicki, poeta laureado por el papa Clemente VII, y Kromer, obispo de Cracovia. Célebre fué la respuesta de aquel soberano que, quejándose algunos labradores de mal trato de los ricos y nobles, les respondió: «¿Y no teneis estacas en vuestras manos?»

Y ya que hablamos del príncipe de esta noble dinastía, no queremos dejar de dar á conocer el siguiente fragmento de romance alusivo al suceso de la acusacion de su santa y fiel esposa, calumniada por sus primeros amores con Federico Guillermo, y que muestra el odio tradicional de los polacos hácia la mentira. Es tal en este pueblo de caballeros, que cuando alguno ha sido convencido de ella, se le rompe la servilleta en su presencia, ante los convidados á un banquete. El calumniador de Hedwig, el malvado Jago, que logró turbar la paz de este insigne príncipe y guerrero, fué condenado á estar debajo de una mesa y á ladrar como un perro por tres veces, y decir entre los ladridos: *mentí como un perro*.

Hé aquí el romance:

«Grandes bandos se publican
De la Polonia en el reino:

Los pastores visten luto,
Las damas están de duelo;
Todos lloran la princesa,
Y todos juran por cierto,
Que no es la nieve tan blanca
Como es cándido su pecho.
Los campos se ven poblados
De garridos caballeros;
Quiénes en las negras plumas
Su pesadumbre escribiendo;
Quiénes en tristes divisas
Dando rienda á su despecho,
Mientras clavan los hijares
De sus corceles ligeros,
Por llegar ante la reina
Que su ayuda está atendiendo.
La noble princesa Hedwig
Tranquila espera en el cielo.
Privada está de la luz,
La que era el sol de su reino.
Por bebida tiene lágrimas,
Suspiros por alimento.
El pueblo viste de luto,
Los nobles están de duelo.
Vestido de fuerte malla,
Cuajado de limpio acero,
A la córte se encamina
Un adalid, escribiendo
Por empresa en ancho escudo:
Honra busco, fama quiero.
La rica túnica es blanca,
El noble caballo es negro,
El rostro severo pálido,
Negros sus largos cabellos.
En una cabaña humilde,
Se ha apeado el caballero;
Pastores templan su sed,
Zagalas quitan su yelmo.
—¿Por qué ese luto? decidme,
¿Por qué los campos desiertos?
—Doncel, si á la córte ides
Allí sabreis nuestro duelo,
Que á doncellas no está bien
El decirlo ni el saberlo.
—La lanza, amigas, me dais
Que ya de impaciente muero.

— Si lidiais por la princesa,
Buen recado habrédes hecho;
Que calumnias de villanos
No sabe amparar el cielo.
— Dadme, amigas, mi caballo,
Que ya á su defensa vuelo.
¿Es bella?
— Como la rosa.
— ¿Es pura?
— Como un cordero;
Que no es la nieve tan blanca
Como es cándido su pecho.
Y vos ¿quién sois? el doncel.
— Si venzo, sabréislo presto.
En esto subió á caballo,
Afirmó el pesado yelmo,
Hincó la acerada espuela,
Y á escape dió, repitiendo:
— A la mano de Dios vaya,
Honra busco, fama quiero;
Mientras sonaba en los aires:
— *Dios le ayude, el caballero.*
Llegóse el juicio de Dios
Acude en tropel el pueblo:
La princesa en un tablado
Espera el fallo del cielo:
Jagellon ocupa el trono,
Los jueces guardan silencio:
Tres caballeros en plaza
Las señales dan al viento
En ronco son, de que atienden
A otros tantos caballeros.
Un heraldo se adelanta
La acusacion repitiendo:
Y el eco al oir del nombre
Del adúltero Guillermo:
— Miente, exclama un adalid,
Miente cual villano perro
Quien tal dijere, y mi brazo
Aquí ante Dios lo hará bueno.
Pasmóse todo el concurso,
Temblaron los caballeros,
Bajó la princesa el rostro,
Y el gozo inundó su pecho.
Ya empieza el feroz combate
En medio de un gran silencio.

Unò á uno, dos á dos,
Tres á tres, como plebeyos
Los villanos le acometen:
Para el doncel los encuentros
Como una roca, y mil rayos
Despide su fino acero.
Astillas de lanzas vuelan,
De sangre se tiñe el suelo,
Y cuando ya dos malvados
Están el polvo mordiendo,
Tregua pide su caudillo,
Perdon á la tierra y cielo.
¡Victoria! ¡victoria! clama
Con los heraldos el pueblo.
La reina cae de rodillas
Los ojos alzando al cielo,
Y de su esposo en los brazos
La desfallece el contento.
Los jueces dan la sentencia,
Mil gritos pueblan el viento,
Y en medio de la algazara
Y júbilo del suceso,
Bajo una mesa postrado,
Ladra el villano, diciendo,
Con dogal en la garganta:
Mentí, mentí como un perro.
¿Y el doncel? Nadie le ha visto.
¿Quién venció? Ha sido un secreto.
Las zagalas que le hablaron,
Nunca más volver le vieron.
Mas se dice que, en la noche,
Cuando Lucina en el cielo
Sus blancos rayos difunde,
Ven vagar un caballero,
La rica túnica blanca,
El noble caballo negro,
El rostro divino pálido,
Negros sus largos cabellos.
Y creen que un santo bajó
Por un mandato supremo,
Que por las princesas santas,
Lidian los santos del cielo.»

Volviendo á la condicion del pueblo, sabido es que en el siglo XIV, cuando en todos los países de Europa, menos en la libre España, sufrian las clases bajas la más atroz servidumbre, quedaron en Polonia igualados todos los ciudadanos por el

tratado de Wisliza. Cierto es que en el siglo siguiente la Dieta los redujo á esclavitud, en que fueron sumergiéndose mientras en otras naciones se emancipaban, y esta es la culpa que tal vez pagó la Polonia en el siglo pasado en el primer repartimiento; porque el pueblo no vió en aquel suceso más que un cambio de señores, y se mostró indiferente, si no contento, al ver que cesaban las luchas intestinas. Era, en efecto, la nacion de esta época un número de nobles que la dominaban, y bajo su imperio estaban diez y ocho millones de siervos, que nunca tuvieron voto ni participacion alguna en las cuestiones é intereses políticos: leccion que no olvidará la nobleza polaca si alguna vez es más dichosa en sus tentativas, y mucho más despues de haber visto con cuánto desinterés ha peleado el pueblo por conquistar una independencia que políticamente no tenia.

Segun la carta magna de los polacos, ó *pacta conventa,* formulada en 1496, el plebeyo no podia adquirir territorio, y si lo poseia, estaba obligado á venderlo, y no podia trasladarse de una parte á otra sin el permiso ó pasaporte de su señor, que fué la manera con que comenzó á establecerse la servidumbre. El señor podia poner las condiciones bajo las cuales habia de ocupar el siervo el terreno, sin obligacion de mantenerlo en cambio, y en los últimos tiempos el siervo tenia que trabajar seis dias de la semana para el señor, y el dia destinado al descanso para él. Además estaba obligado á comprar todo lo que necesitaba en los almacenes del amo y al precio que éste queria. Pasó esto más adelante, pues en el siglo XVI ni aun podia quejarse á los tribunales sin el permiso de los señores, mientras estos podian castigar á los siervos á su discrecion. Llegó, por fin, á reproducirse la esclavitud romana bajo casi todos sus aspectos, con el derecho de vida y muerte sobre los esclavos, pues cualquiera podia matar al suyo sin responsabilidad alguna, y si era un tercero, quedaba libre con pagar una pequeña multa.

A pesar de esto no se crea que el pueblo de Polonia odiaba á la aristocracia poderosa, y que su situacion era digna de lástima. Sucedia todo lo contrario. Una cosa era la ley, y otra la práctica. Por un instinto misterioso, la raza polaca abandonada á sus tendencias propende á la distincion de castas y sobrelleva la dependencia como orgullosa del valer, de la energía y del carácter de los que la dominan. Los polacos sufririan de nuevo la más dura esclavitud de sus nobles compatriotas, valientes, románticos y generosos, y no pueden sufrir la más ligera dependencia insultante y grosera de los rusos y tudescos. En el ruso hay mucho de tártaro, y en el polaco todo es nobleza é hidalguía. Fuera del ruso, á los que más odian son á los alemanes. El campesino polaco cree que todos los extranjeros pertenecen á la Alemania, como no há mucho creian los ingleses que todos los forasteros no podian menos de pertenecer á la Francia. «Eres aleman,» dicen en tono de

insulto como el breton decia *french dog,* y el diablo en Polonia viste traje de aleman y no conciben que pueda expresarse en otro idioma.

Lo notable en esta clase en Polonia, es lo pocos crímenes que cometen, prueba de su buen natural, y de sus pocas ambiciones; pues no hay duda que el empeño en satisfacer esta pasion y en salir de su estado es una fuente de crímenes. Dulcificada como estaba ya en los modernos tiempos la servidumbre, la condicion de los labradores y rústicos era muy tolerable. Trabajaban poco, pues no tenian que pensar en el dia de mañana. Si un rústico se establecia contrayendo matrimonio, el señor le daba cierta extension de territorio suficiente para su manutencion y la de su familia, aumentando aquel á medida que acrecentaba esta. Tambien le proveia de algunas cabezas de ganados, choza é instrumentos de labranza, en retribucion de lo cual habia de trabajar solo tres dias á la semana en su beneficio, obligándose el señor á reponer los ganados que faltasen: lo cual no era desventajoso para el siervo, que vivia contento y sin cuidados, dado á sus fiestas campestres, á sus supersticiones y costumbres patriarcales, y á los placeres de la bebida, que era el único exceso comun á nobles y plebeyos. Particularmente los domingos, despues de la iglesia, su entretenimiento clásico era beber y cantar en las tiendas de vino contiguas por lo general á los templos. Esto hizo decir á un escritor, que en Polonia «cuando Dios levanta una casa, el diablo hace enfrente una taberna.» Pero como su fondo es bueno, su corazon sencillo y sus pasiones nada malignas, el vino contribuye á hacerlos más bien sociables que turbulentos y peligrosos: pudiendo asegurarse que la mayor parte de sus defectos, como la ignorancia, el abandono, la credulidad, la supersticion y la miseria y desaseo que en algunas provincias se observa, son más bien provenientes de vicios de organizacion social, que de su índole natural. La embriaguez es uno de los placeres á que se entregan los pueblos cuando se hallan sumidos en el embrutecimiento de la ignorancia. En el completo olvido de todo lo que constituye estímulos de la actividad mental, no es extraño que concluyan por olvidarse de sí mismos en una frecuente embriaguez. Además de esto, el pueblo polaco no tenia ejemplos de sobriedad en sus superiores. Polonia ha sido el país de los suntuosos banquetes por excelencia, y las mesas de los nobles, si no han brillado por el refinamiento de los manjares, han sido siempre la segunda edicion de las bodas de Camacho el rico, así en la abundancia de las cosas como en el número de los convidados y de los sirvientes, pues era y aun es costumbre, hija de su inagotable hospitalidad, que cada convidado podía llevar consigo todas las personas que quisiese. Todos los viajeros que han visitado esta nacion, fueron en todo tiempo sorprendidos por la profusion de criados en las casas de los nobles, en donde se podia decir que para cada capricho habia un servidor á la mano. Donde quiera que

un noble estaba tenia consigo un cortejo de domésticos, dependientes, deudos, servidores y amigos que excedia á una comitiva régia. La mayor parte de éstos eran, ó nobles sin fortuna, que como satélites se avenian á girar en derredor de un astro, ó labradores que habian sido apadrinados por su señor y ejercitaban cargos domésticos cerca de él, ó finalmente, siervos á quienes mantenia en su palacio para las faenas caseras y para ostentacion.

Esta suntuosidad aumentó con el régimen de la monarquía electiva, hasta el punto de eclipsar la del Oriente, trayendo consigo sus resultados inevitables, que fueron degenerar algun tanto el carácter, pervertir la pureza de las costumbres y excitar las pasiones, especialmente la sensualidad. En un principio los cortesanos de un noble no bebian vino fuera de los domingos y dias festivos, no siendo mal visto que el señor que los convidaba tuviese su botella y escanciase en presencia de ellos; pero despues pasó este artículo á ser muestra y barómetro de la esplendidez y liberalidad de los ricos, y por hacer ver que no les importaba consumir costosos vinos, obligaban á beber á todos hasta con violencia, produciendo los efectos repugnantes que son de presumir, y acostumbrándose, como no há mucho en Inglaterra, á considerar de buen tono las escenas más nauseabundas. En los tiempos de los dos Augustos, y particularmente en la época del segundo, se desarrolló más esta pasion, y fueron más visibles sus efectos en punto á relajacion de costumbres. Era expresion proverbial: *Cuando Augusto bebe, la Polonia se embriaga;* frase que al mismo tiempo denota la inmediata eficacia que sobre los subalternos tienen las costumbres de los superiores. Tambien es fama que en los palacios de los nobles se mantenian célebres y grandes bebedores, además de los enanos y bufones ó juglares, y se brindaba mucho en las mesas como paliativo de los excesos, concluyendo siempre con un brindis, que muestra su excelente índole, pues se encaminaba á recomendar el amor al prójimo.

Como muestra de las prácticas y usos introducidos en este género de placeres, citarémos algunos curiosos ejemplos. En los casamientos de los nobles, famosos por los festejos y ceremonias, habia la costumbre, cuando se llegaba á los postres, de deslizarse los jóvenes debajo de la mesa para quitar á la novia el zapato y la liga, y convertido aquel en copa y lleno de vino añejo, bebian en él los convidados, brindando por su prosperidad. Asimismo, en los festejos que seguian al matrimonio durante muchos dias, especialmente de músicas y salvas de artillería, uno de ellos era la caza, que se consideraba de buen agüero para los casados, y al comenzarla, estaba obligada la novia á enseñar la pantorrilla á los cazadores.

Como estas, hay varias costumbres en Polonia que no pueden menos de parecer extrañas, al modo que lo es la etiqueta introducida de saludar á las señoras en

sociedad abrazándoles el muslo, costumbre que llamó en gran manera la atencion del insigne autor cómico Regnard, cuando acompañó á Varsovia al embajador francés, y sobre la cual, como maligno, hizo una observacion propia de su buen humor.

En medio de este lujo, es notable ver la pobreza y escasez y mal acondicionamiento de las posadas para los caminantes; aunque cabalmente á causa de este lujo son tan fementidas. Para viajar en Polonia, es preciso llevar consigo todo lo necesario, incluso el lecho; prueba de que los polacos han viajado siempre como los españoles, llevando su cortejo, sus criados y provisiones. Por lo general, las posadas están á cargo de los judíos, y ya se puede imaginar que tratarán de crucificar al viajero. Los judíos tienen en sus manos el comercio, la industria, las tiendas de comestibles y de géneros, y toda especie de grangerías. Puede decirse que hay más judíos en Polonia que en la Palestina, y forman como una sétima parte de los pobladores de esta nacion. Este gran número se asentó en Polonia, merced á las franquicias y privilegios que les concedió Casimiro el Grande, casado con una israelita. Á más de esto, los judíos no hallaron rivales para su ejercicio en un país eminentemente agricultor, en donde la sencillez de los habitantes no es propia para las arterías del tráfico, y los sentimientos caballerescos de los nobles les alejaban de esta clase de actividad. Contribuyeron tambien los nobles á atraerlos por el buen trato que les daban, viendo que por ellos lograban refinamiento y comodidad en sus palacios: de modo que realmente, la clase media polaca fué esta raza dispersa, exótica, indiferente á toda cuestion política, con tal que sacie su hidrópica sed de oro, como si esperaran comprar algun dia su Jerusalen en moneda contante. Casi todo el metálico está en sus manos, así como las hipotecas de los estados de la mayor parte de los nobles que acuden á ellos en sus necesidades. La órbita de sus especulaciones es tan inmensa, que no hay cosa capaz de dar provecho, por mínimo que sea, que no entre en su dominio y bajo su jurisdiccion. Los almacenes de los judíos son en todas partes un microcosmos en donde se halla de todo, nuevo y viejo, valioso y despreciable, y en todas las ciudades son las cloacas que recogen hasta lo que desechan los pobres. Tal es su afan de especular, que en una ocasion arrendaron hasta las pilas de bautismo de las iglesias de Polonia, en donde por mucho tiempo no se conoció robo ni pleito en que no danzase un judío. No obstante hallarse todos bien acomodados, son ejemplares en su conducta, frugales, templados, activos y exentos de vicios, hasta el punto de darse una vida de mortificacion y privaciones á que no pueden sujetarse otros sin violencia. En Varsovia es donde se les ve establecidos con preferencia y donde tienen la ciudad por suya. Apenas entra un viajero por sus puertas, ya se ve espiado y seguido por judíos, que no le pierden de vista hasta su salida, siendo sus colas en donde quiera que va á pié. Los hoteles están

asimismo cuajados de estos emisarios de los mercaderes de la ciudad, que en su descaro llegan hasta abrir las puertas de los aposentos y presentarse á los huéspedes recomendando á sus mercaderes y sus mercancías, con una apariencia tan miserable y nauseabunda y con un aire tan servil, que el viajero no acierta á comprender en un racional tanta degradacion. Tambien hay gran porcion de muchachas israelitas que acuden á las estaciones á vender pulseras, collares y boquillas de ambar; pero estas son tan hermosas con sus ojos negros y expresivos y su color alabastrino, como los judíos repugnantes con sus barbas sucias, partidas, cabezas calvas y mugrientos y luengos balandranes.

III.

ANALES DE VARSOVIA.

La poblacion de Varsovia ha disminuido la mitad ó más desde la época del desmembramiento, pues una gran parte ha poblado los desiertos de la Siberia, otra ha muerto á hierro y á fuego en los campos de batalla, y no pequeña se ha desterrado voluntariamente del suelo natal. Los nobles tambien han vendido ó abandonado sus palacios, y viven en sus estados en el campo. Sin embargo, dícese que la industria y el comercio han acrecentado. La verdad es, que el aspecto de la capital es desolador y aflictivo y que sus grandes plazas y avenidas espantan por la soledad y el silencio, semejando toda ella los restos de una poblacion que en otro tiempo rebosó de alegría y de vida, segun los inmensos edificios, cerrados ó medio arruinados, los jardines agostados y los lugares desiertos.

Viniendo de San Petersburgo es pintoresca y no deja de sorprender la vista de Varsovia, porque el terreno va subiendo gradualmente en la márgen izquierda del Vístula, y deja ver la capital en una eminencia como Lisboa, descollando el Zamek con sus torres y enormes alas, vasta residencia en otro tiempo de los reyes y hoy del virey ó lugarteniente del Czar.

Mirando este sombrío edificio y la fortaleza construida por Paskiewitz, no pudimos menos de recordar un tristísimo drama en la historia del martirio de este infortunado pueblo, y cómo parece que la Providencia oye el grito de las víctimas

cuando huellan los opresores lo más sagrado sin ningun sentimiento de piedad ni de honor. El *dichoso* general, como llamaba el padre de Alejandro al soldado pacificador de sus víctimas, durante su gobierno en Polonia no dejó atrás en crueldades al gran duque Constantino ni á cuantos gobernadores se han sucedido en Varsovia desde que formó una provincia del imperio. Muchos han celebrado su humanidad y benevolencia para con los polacos; pero esto es inconciliable con haber encarcelado á una jóven de quince años, porque el tordo que tenia en su ventana silvaba una danza nacional favorita entre los polacos, y haber puesto entre grillos á un padre de familias, porque mandaba un poco de dinero á su hijo pobre y moribundo en París. Aunque solo esto hubiera que recordar de Paskiewitz, bastaria á hacer execrable su memoria; pero un hecho bárbaro en que salió emplazado ante la apelacion de una madre en el extremo del dolor y la humillacion, le pone al nivel de los mayores mónstruos en figura humana.

—Aquí, nos decia una señora de una de las familias nobles de Polonia, señalando la residencia de Paskiewitz, aquí acabó sus dias este hombre despiadado en medio de los más atroces tormentos, llamando á la muerte cada dia, como se lo profetizó una madre en los momentos en que bebia hasta las heces el cáliz de la viudez, del desamparo y de la desventura; porque nunca se ve más clara la intervencion de una Providencia, que en aquel trance amargo en que el desvalido no tiene que esperar justicia en la tierra y apela de una iniquidad al cielo. ¡Oh! es una horrible historia, añadió, una historia que subleva los sentimientos de las madres, que hiere la delicadeza de la mujer, y lastima la hidalguía de un caballero. Yo concibo la crueldad como sistema horrible de los opresores de Polonia; nuestros compatriotas están familiarizados con el saqueo, el incendio, la mutilacion, el asesinato, con la idea de que la Siberia es nuestra colonia; pero todos estos crímenes no son tan asquerosos como el que pagó Paskiewitz con su agonía.

Y diciendo esto, el rostro y la expresion de la dama parecian revelar toda la profunda aversion de sus compatriotas hácia la raza moscovita dominadora.

Ocioso es advertir que nuestra curiosidad no dejó de hacer su oficio hasta saber la triste historia, que la dama, no sin verter lágrimas, nos refirió en los términos siguientes, si no es infiel la memoria:

—En la revolucion de 1830, Paskiewitz habia condenado á muerte, entre otros muchos, á un noble, jóven de muy corta edad, hijo único de una desgraciada viuda, suponiéndole equivocadamente cómplice de aquel justo levantamiento en favor de la independencia de la patria.

Su desconsolada madre, que no tenia en su viudez más apoyo que aquel hijo, modelo de amor filial y esperanza de su porvenir, solicitó con inmenso trabajo ver

al general ruso, y postrada á sus piés, protestarle de la inocencia de su hijo y pedirle revocacion de la cruel sentencia. Los hijos del suelo de Kosciusko creemos en la compasion, en la humanidad, en la benevolencia; pero esta pobre madre olvidaba lo que es la patria de Repuin, y olvidaba que cuando la madre de Sangusko pedia al czar Nicolás gracia para este desventurado príncipe, condenado á la Siberia, respondió con esta concision horrible: *Irá á pié.*

La víctima llegó á presencia del verdugo, á quien halló rodeado de sus esbirros.

—Vengo, general, á pedir gracia para mi hijo. La infeliz no osó pedir justicia.

Paskiewitz, como si oyera ladrar un perro, prosiguió en su conversacion con sus satélites.

—Oidme, prosiguió la viuda: considerad su corta edad, poned los ojos en mi viudez y desamparo, libradle de la muerte y me habreis dado la vida, y os bendeciré y no habrá un momento en que no pida á Dios que os recompense este acto de misericordia.

El general guardó un silencio impasible, mostrando no ya indiferencia sino disgusto, y apenas acabó de escuchar estas palabras dispuso que la alejasen de su presencia.

—¡No! exclamó la desventurada, arrojándose al suelo y regando con sus lágrimas los piés del dictador. Virey, no sereis tan cruel; escúchadme aun: no tengo más títulos que el de madre: ¿sabeis lo que es el amor de una madre? ¿qué no hará una madre por salvar al hijo de sus entrañas?

Y mientras esta voz resonaba aun en la estancia, mientras se oia aquel grito desgarrador, interrumpido por rios de lágrimas, en aquella actitud suplicante que pudiera conmover á los mismos verdugos, Paskiewitz levantó el pié que besaba una mujer en su agonía y le dió un golpe con su bota en las mejillas.

A la accion más sublime, no supo corresponder aquel mónstruo sino con la accion más baja, y holló y humilló lo más sagrado y digno de respeto para un cristiano y un caballero. Dictador, juez, militar y hombre, se valió de todos estos títulos para poner su inmunda planta en el rostro de una mujer en la situacion más digna de respeto y de lástima.

La angustiada madre siente todo el peso de su humillacion, y como matrona noble, halla en sí valor para secar sus lágrimas, y levantándose erguida y fiera como una leona, retrocede y exclama con voz firme, profética y aterradora:

—¡Paskiewitz! como yo te pido la vida de mi hijo, tú llamarás á la muerte y tambien la hallarás cruel á tus súplicas.

Al llegar á esta imprecacion, la noble dama que nos referia esta lúgubre historia, no pudo detener sus lágrimas; y ¿quién pudiera oirla sin acompañarle en ellas?

¡Aquellas lágrimas han hecho derramar tantas en la Europa civilizada! ¡Son tan sagradas *las lágrimas* de Polonia!

—Y la profecía se cumplió, prosiguió la dama: la voz de aquella madre fué oida. Paskiewitz vivió cadáver y se vió comer el cuerpo por los gusanos, y asistió vivo á su putrefaccion como Felipe II, y llamaba á la muerte desesperado por espantosos dolores, y la muerte no venia, y en su lugar horribles visiones le interrumpian el sueño, y la figura noble y majestuosa de la infeliz madre se le representaba en la oscuridad del aposento, señalando á su hijo que espiraba; y Paskiewitz envidiaba á aquel jóven que moria en la primavera de su vida, mientras él, viejo, llagado, comido de gusanos, no sentia el placer de la aproximacion de la muerte, y mandaba cerrar todas las puertas y ventanas, y tapar todos los resquicios por donde pudiera entrar la luz, para no ver la vision que despedazaba su conciencia y le martirizó por largo espacio de tiempo hasta que partió de este mundo despues de una prolongada agonía, abandonado, sin que ninguno pudiera sufrir el olor de su podredumbre. Hé aquí cómo el cielo castigó aquella inaudita afrenta y crueldad.

Con la impresion triste que este relato nos causó, recorrimos la sombría capital, en la que llaman la atencion algunas plazas, edificios y monumentos, como el palacio de Casimiro, en donde se encuentra biblioteca, museo, coleccion numismática, jardin botánico y observatorio; la Bolsa, buen edificio, situado en el centro de la ciudad; la catedral de San Juan y la iglesia de Santa Cruz, así como la iglesia luterana, que es el edificio más alto de Varsovia. En Polonia, aunque país católico, ha habido libertad de cultos, y de esta libertad, ó mejor dicho, de esta no libertad, porque el catolicismo ha representado en Polonia la oposicion del Estado y la Iglesia, se aprovecharon los usurpadores para dar color de libertad á sus tiranías, so pretexto de ayudar á los disidentes en las cuestiones religiosas.

En punto á monumentos llama la atencion del viajero la estátua de Copérnico, que se ostenta en la calle del Nuevo-Mundo, y realmente un mundo nuevo nos descubrieron estos grandes observadores de las leyes de la naturaleza, que quisiéramos ver sobre pedestales con preferencia á otros grandes hombres muy puestos sobre columnas, cuyos hechos se ignoran fuera de su vecindad, y que á no ser por el letrero esculpido en la base, no podrian identificarse.

Entre las peculiaridades de la ciudad de Varsovia se halla el bazar *Marien*, de los judíos, muy al estilo del *Torgobi Radi* de Moscou, y el *Gattinoi Duor* de San Petersburgo. En él se venden todas las cosas que existen en el universo, y aun como decia el italiano doctor, *e in altri siti;* pero lo principal del mercado son pieles curtidas y sin curtir, adobadas y sin adobo, en su forma ó transformadas. Semeja aquel baratillo en cierto modo á uno de los dos escollos renombrados de Sicilia,

porque el transeunte que pasa por las inmediaciones ha de dar y caer en él, en fuerza de las importunaciones de infinitas centinelas avanzadas que andan á caza de marchantes para cada establecimiento, como si estos tuviesen el aroma de los de Piver ó Rimmel, y no fuesen más sucios que la famosa calle de Getafe, más oscuros que bocas de lobo, y más llenos de trastos que la feria de *Caño quebrado* en Sevilla.

Pero dejemos á estos rabinos hacer su agosto, por hablar algo de las costumbres y fiestas del pueblo en Polonia, país en que luchan los sentimientos románticos y poéticos con la realidad de las cosas, y en el que parece haberse representado siempre el gran argumento del ingenioso hidalgo.

Ya hemos hablado algo acerca de los nobles y de los siervos, retrotrayendo nuestras observaciones al período en que Polonia no era *una expresion geográfica*, como de la Italia dijo Metternich, y cuando el génio nacional se revelaba y manifestaba espontáneamente. ¿Quién pudiera decir cómo se mueve el que tiene sus piés y manos atados; cómo habla quien siente una mordaza en los labios, y cómo canta quien tiene en la garganta un dogal? Aquel pueblo de costumbres emblemáticas, figurativas y patriarcales, aquellos nobles en cuyas costumbres la pompa y el tinte caballeresco eran los principales distintivos, y la delicadeza, la pasion y la ternura se pintaban en sus cantares, solo puede hoy recordar el canto del *Tchaika* á quien el habitante de la Ukrania, siempre opreso por el ruso, decia: «Desgraciadas aves, habeis hecho vuestro nido junto al camino real, y todos los que pasan os martirizan: no os queda más que tomar vuelo hasta las nubes y caer en el abismo de los mares:» ó bien como cantan los Homeros de Polonia del tártaro su antiguo enemigo: «De un país lejano, lejano, vinieron encendiendo grandes fuegos, talando los campos y arrancando la verde yerba: donde encendieron sus fuegos, no ha vuelto á haber vegetacion, y los sembrados que atravesaron sus caballos se tornan áridos como campo de otoño. Ningun animal quiere beber en los arroyos enturbiados por sus caballos, y la herida de sus armas no cura más que en el sepulcro. De allí nos viene la maldicion de Dios; y los vientos dañosos, y la langosta que trae el hambre, y la peste que nos diezma, vienen tambien de allí. Lástima que de allí nos viene la luz del sol.»

IV.

COSTUMBRES POPULARES.

Como imágen de la guerra y ejercicio ocasionado á aventuras, riesgos y demostracion del valor personal, la caza fué siempre muy del gusto de los polacos, cuyo país, abundante en bosques, ofrece mucha comodidad y grandes recursos á los cazadores. En este entretenimiento ostentaban los nobles tanto lujo como un soberano, y hacian alarde de una generosidad sin límites, pues el polaco es capaz de disipar sus bienes y arruinarse por la puerta de la vanidad y de los obsequios á sus amigos.

Entre sus diversas clases, la caza del toro silvestre, que tiene algo de parecido á nuestras antiguas lidias con rejoncillo, es muy preferida por los varios lances que ofrece la persecucion de este animal, así como la del oso, ya á escopeta y cuchillo, ya con perros, ó usando por cebo y trampa la miel ó el aguardiente, con el cual los embriagan, y así cogidos solian llevarlos á domesticar y á enseñarles la danza, para cuyo efecto hubo en un tiempo en Polonia dos academias especialmente destinadas á enseñarlos, siendo los maestros los principales profesores de baile; pues este animal se presta admirablemente á hacer maravillas en este arte, así como á servir en varios menesteres domésticos en que puede sustituir á los racionales. Del príncipe Radziwill, que ya hemos mencionado y fué notable por sus excentricidades y larguezas, se cuenta que en su viaje á Francia llevó á París varios osos, que servian á la mesa en sus convites en lugar de criados.

Estas cacerías son interesantes por los preparativos, la animacion y el número de cazadores que en ellas toman parte, concluyendo siempre con un espléndido banquete á la rústica, en que la mesa es la espaciosa llanura, el mantel la verde yerba, y los árboles las espeteras ó perchas de que cuelgan abundantes provisiones. En ellas se bebe por barriles la cerveza, que es su principal bebida nacional, y los ricos vinos de la Hungría, que siempre se ostentan en las mesas de los señores polacos sosteniendo la competencia con los Margaux, Laffitte y demas *chateaux* de la Francia. En estos casos se allanan las distinciones y todos se mezclan y confunden, particularmente en la caza obligatoria de los lobos, que por tener tantas guaridas se

multiplican y atacan á las poblaciones y á los viajeros, y se hace con gran concurrencia de gentes de todos estados y condiciones.

Pero la fiesta más notable y en donde se revelaba esta cordialidad y expansion propia del carácter de los polacos, era la llamada *Kulig*, que consistia en caravanas de trineos, que con máscaras y músicas recorrian las mansiones campestres de los nobles durante los meses de invierno en que el país está cubierto de nieve. Allí se mostraba en su punto la bondad y liberalidad de los polacos con los servidores y gentes del pueblo que de esta guisa venian á felicitarlos. Estas caravanas comenzaban por un corto número de personas de una poblacion ó territorio, á cuyo señor iban á visitar en su aniversario, y en el tránsito se iban agregando personas de ambos sexos, cada cual con sus disfraces é instrumentos músicos y banderas, formando una alegre y bulliciosa procesion, que cantando y bebiendo y recibiendo agasajos y convites en cada casa de los nobles donde entraban, recorrian toda una comarca, llevando por las noches teas encendidas, con que daban un aspecto fantástico á la caravana, compuesta muchas veces de ciento y cincuenta trineos. El señor de la casa en que hacia alto, entregaba las llaves de la bodega, y la señora las de todas las habitaciones y dependencias del edificio, como muestra de su liberalidad y buen acogimiento, y despues de bailar y beber en ella, seguian su camino á repetir la misma escena. Lo peculiar de esta costumbre era que en su alegría se enterraban los odios y resucitaban las amistades entibiadas ó muertas, se aumentaban las relaciones y conocimientos, se hacian servicios y obsequios mútuos y aun se concertaban esponsales entre los jóvenes.

Estas caravanas han caido en desuso con el desuso de la libertad de Polonia; pero hacemos mencion de ellas, para mostrar por qué medios las costumbres enmendaban las leyes, y cómo con estas y otras prácticas semejantes era tolerable la servidumbre que de otro modo hubiera arrojado al pueblo á otro monte Aventino. La ceremonia de entregar la llave de la bodega era de gran significacion, pues entre los polacos ni aun la esposa del noble tomaba posesion de ella. Cuando la novia entraba en la nueva casa de su marido, este le ofrecia un gran manojo de llaves, en reconocimiento de su autoridad doméstica y como para instalarla en el gobierno de la casa; pero el marido siempre se reservaba la llave de la bodega.

Puesto que hablamos de los casamientos de los nobles, notarémos algunas de las particularidades más notables que en ellos tienen lugar, toda vez que enumerar sus infinitas ceremonias, usos y supersticiones seria inacabable. Baste decir que duran por muchos dias, y que los bailes y los banquetes se suceden unos á otros sin intermision, así como las músicas y disparos de fusiles y cañones. La noble Francisca Krazinska nos dejó un interesante diario de su juventud, en cuyas páginas

se lee al por menudo la descripcion de las bodas de su hermana y de las fiestas que tuvieron lugar con este motivo en el palacio de sus ilustres abuelos. Una de las prácticas entre las familias nobles era comprar un barril de vino el dia en que nacia una hija y guardarlo hasta el dia del casamiento, de suerte que mientras más vieja la novia, mejor para los bebedores convidados, que no dejaban de ejercitar su humor sobre este punto. Esta costumbre subsiste todavía.

El baile, el canto y las improvisaciones poéticas son ingredientes inevitables en todas sus fiestas y se menudean mucho en las de las bodas. Sabido es el gran fomento que al baile se ha dado siempre en Polonia, y el gusto y popularidad de sus danzas nacionales, que tienen el privilegio de recorrer la Europa. Nosotros hemos ya hablado de la *Kolomejka*, especie de representacion muda del estado y del espíritu de la nacion polaca. En esta danza, que se ejecuta con el mayor silencio, el caballero conduce á la dama por medio de una cinta, emblema de las cadenas que atan á Polonia. Las demas jóvenes á una señal aparentan huir ejecutando graciosas figuras y gestos. Los galanes las siguen con aire suplicante, y cuando se ven forzadas á dejarse encadenar, bajan los ojos y se cubren el rostro con sus delantales. Cuando toca á su fin, la cinta cae por los lados, y la dama se arroja en los brazos del galan, dando todos vueltas con la mayor animacion, en lo que pintan el dolor de la pérdida de su independencia, el deseo de reconquistarla y la alegría una vez conseguido. En las bodas, los bailes comienzan por la característica danza que lleva el nombre de su país, representativa del lujo oriental, de la gravedad, fiereza, espíritu caballeresco, libre é independiente de una república occidental, y en la que sus figuras y el cambio de las parejas representa los derechos iguales de los nobles. Despues continúan con los rigodones, y cuando la animacion ha llegado á su punto, concluyen con la llamada *mazurek* y la *cracoviana*, danzas populares y bulliciosas como el *Roger Coverley* de los ingleses. El caballero que está en primer lugar con la novia, está obligado á improvisar coplas alusivas al festejo, que los demas repiten, siendo muy extraordinaria la facilidad que en esto tienen, aun las mujeres, entre las cuales no há mucho que descolló una jóven, cuya casa era frecuentada por los extranjeros y personas más notables, solo por el deseo de oirla improvisar sobre cualquier tema que le proponian.

En punto á fiestas religiosas son de notar las de la semana Santa, en un todo semejantes á las nuestras. Los misterios de la Pasion se representan públicamente y por medio de figuras á los ojos del pueblo: tienen su lavatorio y comida de pobres; su bausan ó Judas de paja, que concluye por ser arrojado en la corriente del Vístula, en Varsovia, y su suplicio ó ahorcamiento del arenque, al modo que los madrileños su entierro de la sardina, en pena de la que han hecho sufrir en los ayunos y

vigilias. Llegada la pascua de Resurreccion la celebran con grandes banquetes y regalos, alegóricos á la pasion ó resurreccion, deseándose recíprocamente prosperidades. Tambien celebran los polacos en Navidad la fiesta que llaman del Bendito, que consiste en un banquete de manjares frios, en que es esencial un pastel y huevos, de todo lo cual ofrecen á los convidados deseándoles toda clase de dichas. Todas estas costumbres, aunque van perdiéndose entre los nobles, aun se conservan en el pueblo, amen de otras peculiares suyas, más emblemáticas todavía, como son las que ahora mencionarémos.

La más digna de atencion entre las costumbres de los labradores y pastores polacos es la llamada fiesta del Rey y de la Reina en la pascua de Pentecostés. Está en su mayor vigor en la comarca que riegan las aguas del Vístula, en cuyas márgenes ya digimos que los campos son más fértiles á causa de sus inundaciones. Cada poblacion agrícola de este distrito ó territorio extenso tiene sus monarcas elegidos en esta época del año. Una vez designado por los pastores y labriegos el lugar en que ha de celebrarse, el que primero llega al sitio al dia siguiente, si varon es elegido rey y si hembra su honorífica esposa, y si llegan muchos á la par, se decide la suerte en favor de aquel ó aquella más ágiles en la carrera. Debiendo concurrir todos al lugar del festejo, como alguno ha de ser el último, éste es el que ha de guardar el ganado en cada pequeño distrito, llevando además el poco envidiable nombre de *gorro de dormir*, en pena de su pereza. Elegidos los reyes, al son de música y de alegres canciones, reciben homenaje y ofrendas de sus compañeros, y acto contínuo, los elevados á la dignidad proceden á nombrar los cargos y puestos y oficios para el banquete, entre los cuales se distinguen: el gran cocinero, el gran repostero, el maestro de ceremonias que ha de guardar el ritual, el maestro de capilla que ha de dirigir los coros, y en suma, todo á la manera que han visto en los castillos ó palacios de los nobles. Al señalar el sol el medio dia se extienden los manteles y comienza el banquete, como empezó la fiesta al señalar la bocina ó las siete cabrillas la media noche, que en ellos todo es significativo, emblemático y misterioso. Despues de la comida, en que no se ha de beber vino, sino agua y leche para demostrar la prudencia y serenidad con que los reyes han de empezar y terminar el desempeño de sus obligaciones, comienzan los bailes, y se renuevan los ramos y guirnaldas de flores con que cada cual ha venido á la fiesta. Concluidos los bailes y las canciones, porque el polaco alegre ó triste ha de hallar algo que cantar acomodado á su situacion, se adorna al mejor buey que pasta en los contornos, y á manera que la procesion del buey gordo de los parisienses, se forma una numerosa y ordenada comitiva, precedida de orquestas pastoriles, que presenta el aspecto más pintoresco, gracias á los vistosos trajes del país, y á los adornos y

profusion de flores que cada cual ostenta, especialmente los jóvenes monarcas que la presiden. En este órden y disposicion van al pueblo á casa del prefecto ó alcalde, quien los recibe con grandes muestras de agrado y benevolencia, y despues de haberles agasajado y obsequiado, prosiguen su marcha á la casa del dueño del buey, que está obligado á rescatar su propiedad y hacerles algunos regalos y convites. Durante el año, estos reyes *ad honorem* gozan de grandes preeminencias. Ellos asisten y presiden á todas las fiestas y bailes, y son como jueces amigables que componen las diferencias entre los amantes y amigos, haciendo todos acatamiento á su voluntad con la esperanza de gozar ellos mismos de iguales prerogativas en otro año en que la suerte les favorezca. Verdaderamente, hay en estas costumbres tanta belleza, tanta poesía, un tinte tan patriarcal y un aroma de pureza y de sentimientos nobles, que á nuestro parecer igualan, si no exceden, á las que nos describen los poetas en sus poemas pastoriles y caballerescos.

Pero donde hay más ceremonias significativas y un tinte encantador en la totalidad del cuadro, es en los casamientos de los labradores y pastores. El jóven que ha determinado establecerse en sociedad conyugal y ha elegido interiormente la que ha de ser su compañera, se dirige á un anciano, amigo suyo, y le confia sus pensamientos. Éste fija un dia, que por lo comun ha de ser un jueves, por ser este dia más propicio á Himeneo, acaso en razon al buen fin de las transformaciones de Júpiter, y provisto de una botella de licor se va con el amante á la casa de los padres de la doncella. La botella es el signo de que la comision que los lleva á sus puertas es negocio de amores, y así, no bien la doncella la ha visto, cuando por hacer homenaje al pudor, debe esconderse. Despues que el viejo saluda á los padres con las palabras: *benedictus sit dominus,* pide un vaso, requisito necesario para tentar el vado y conocer con toda delicadeza el ánimo en que se hallan los padres, porque si estos no son gustosos, se hacen los sordos y con achaque de que no lo encuentran dejan pasar algun espacio: lo cual notado por el anciano y el amante, juzgan que están demas y se van saliendo por la puerta afuera. Si, por el contrario, traen el vaso, es una tácita aceptacion; pero todavía el anciano no ha de darse por entendido, sino rodando la conversacion sobre cosas indiferentes, ha de traerla á hablar como por acaso de la muchacha, por la cual pregunta, y traida al aposento por la madre, el anciano hace un discreto elogio de su hermosura y sus cualidades, concluyendo por presentarle el vaso lleno del licor. La jóven rehusa al principio, demostrando en esto que la honesta doncella ha de rehusar en este punto aun aquello que más desea, por cumplir con el pudor que tan bien les sienta y tanto las embellece; pero al fin, como obligada, toma el vaso y bebe algunas gotas de su contenido. El anciano se explica entonces con más claridad, haciendo elogios

de su ahijado, y viene al fin á hacer la proposicion de matrimonio que, prévias algunas evasiones, como la corta edad de la doncella, el amor á sus padres, etc., es aceptada por las partes. Entonces el futuro esposo entrega á la novia una toquilla que lleva preparada con algunas monedas dentro, y esto representa el contrato que antes se conocia entre nosotros con el nombre de esponsales.

Hechas estas diligencias, al dia siguiente aparece en el exterior de la casa de la doncella una banderilla roja y blanca, anuncio de que ha de celebrarse pronto una boda y documento para que los jóvenes no pierdan el tiempo haciendo cálculos con aquella prenda ya prometida. El párroco publica las amonestaciones y fija el dia del casamiento: lo cual da principio á las fiestas y regocijos, porque parejas de jóvenes van de cabaña en choza y de choza en casa, con músicas, haciendo el convite de las bodas á todos los residentes en las cercanías. Llegado el dia, otras doncellas visten á la novia y dejan el adornarla con flores para hacerlo delante de los jóvenes, que entretanto cantan coplas alusivas á las circunstancias con graciosos equívocos, que más de una vez hacen subir el carmin á las mejillas de las muchachas, puesto que la novia siempre tiene este dia color de rosa. Ya vestida, se arroja á los piés de sus padres derramando lágrimas, y estos asimismo llorosos le echan su bendicion, y enjugado el llanto á una señal del viejo padrino, se disponen á partir para la iglesia, á donde va la novia en un carro tirado por cuatro caballos acompañada de las damas de honor que la asisten y de los músicos. A los lados caminan el novio y los amigos á caballo, llevando un látigo en una mano y una bandera en la otra. Concluida la ceremonia en la iglesia, ya están los padres en su choza esperando á la recien desposada para ofrecerle el pan y sal, como el antiguo romano la rueca y el uso, y rociar su cabeza con granos de maiz, que luego se recogen y se siembran, siendo de buen agüero para los esposos si crecen en abundancia. El anciano pronuncia entonces un discurso sobre los derechos y deberes del marido y la mujer, que escuchan todos con religiosa atencion, en tanto que se prepara la mesa en la que se sientan todos con la cabeza cubierta. Despues del banquete suceden los bailes nacionales con las músicas y canciones, y á lo mejor de la fiesta, entra una vieja y corta las trenzas de la novia en señal de que ya murió para todo, y no debe pensar en agradar á nadie sino á su marido, y cortados los cabellos se la pone una especie de caperuza, al compás y al son de un canto llamado en su idioma del cucurucho.

Antes de retirarse los casados, el viejo, que es un personaje principal en todas estas escenas, pronuncia otro discurso lleno de chistes y equívocos, que hacen reir á los concurrentes. Luego baila una danza del país con la casada, la lleva acto contínuo á su aposento, la entrega al esposo, y sacando á todos los convidados con gran priesa, cierra la puerta.

Estas ceremonias varian algun tanto en las diversas provincias. En el territorio llamado la gran Polonia, despues del sacrificio de los cabellos y el canto de la caperuza, hay una práctica muy figurativa, especie de paso de mímica que envuelve una expresiva leccion y aviso. El marido ruega á su mujer que baile con él, y ella rehusa alegando que está coja. El padrino ó paje de la boda dirige el marido algunos epígramas diciéndole que no tiene arte ni gracia ni calor para solicitarla, en prueba de lo cual, él se pone á rogarla con grande empeño y fervorosas súplicas. La casada acepta, y baila con el nuevo solicitante; viendo lo cual el marido, insiste, y la mujer por toda respuesta redobla el fingimiento de su cojera. Esto se repite, hasta que el esposo dice: «Mujer, aprende á conocer á tu marido,» oyendo lo cual ella deja á su pareja, le da la mano y bailan juntos, curada ya la peligrosa cojera. No puede darse representacion muda más exacta de las causas que introducen la discordia y la infelicidad en los matrimonios. Por una parte enseña á los maridos, que no porque hayan recibido la bendicion nupcial han de cambiar de conducta y sustituir la rudeza y la frialdad á la ternura y fervor de amante: lo que suele ser causa de que la mujer comience á cojear, y se deje seducir por apariencias de amor culpable; y por otra enseña á la mujer, que en medio de su debilidad se retenga, piense en sus deberes, y aprenda á conocer á su marido.

En otras partes de Polonia, como por ejemplo, en el palatinado de Sandomir, la prometida esposa, iba al castillo de su señor, y dentro de él se verificaban todas las ceremonias de la boda, sirviendo las hijas del noble de doncellas de tocador á la novia, y bailando con aquel todas las danzas, prácticas que explican el afecto y devocion que los siervos tenian á sus señores en este país del romanticismo y de la caballería.

En Lituania, que con la Volinnia forma una de las principales provincias de la Polonia, tres ó cinco mujeres, siempre número impar, han de confeccionar el pastel que se sirve á los convidados en el banquete de la boda.

Finalmente, así como lo general es poner la bandera roja y blanca que indica haber en la casa ó choza una jóven prometida en casamiento, en la ya nombrada provincia de Sandomir, se ponen puntos blancos en la puerta, indicativos de que hay jóvenes casaderas; señal que aviva á los jóvenes solteros para hacer los cálculos de su felicidad y evita *quid pro quos* nada agradables.

Como país agrícola, los labradores y campesinos tienen innumerables fiestas para celebrar las estaciones, recolecciones de frutos y demas faenas importantes de la labranza. El primer pan que se hacia con el nuevo trigo era costumbre ofrecerlo al rey, y con este motivo habia grandes festejos. Entonces se celebra la gran fiesta de la recoleccion, llena de prácticas alegóricas y emblemáticas propias del instinto poético y pictórico de este pueblo. Se hacen los honores en esta fiesta y tiene en ella la

presidencia la jóven más hermosa en cada poblacion ó distrito agrícola. Esta lleva por insignias una corona de espigas, ya bendita por el sacerdote, en el templo, y á la salida se dirigen en procesion á casa del alcalde, que le ata encima de la cabeza un gallo, que si á dicha canta, lo tienen por señal de ser bien recibidos por el noble á quien van á visitar, y de tener buena cosecha en el siguiente año. Llegados delante del palacio del señor, se presenta á la puerta el noble rodeado de su familia, subalternos, huéspedes, pajes y criados, tomando parte en el regocijo de los que han contribuido con su trabajo á cultivar sus tierras. El que lleva la voz pronuncia una breve arenga, concluida la cual el noble distribuye regalos entre aquellos que más se han distinguido en los trabajos, reservando como buen caballero el mejor de los obsequios para la jóven y bella heroina de la fiesta, cuya corona se guarda y archiva en el palacio. Hecho esto se procede á la celebracion de un opíparo banquete, en que se regalan los labradores con toda clase de suculentos manjares y generosos vinos. Concluido, se comienza el baile, en el cual el noble escoge por compañera á la zagala coronada, y la esposa al orador que pronuncia el discurso. Finalmente, despues del baile hay diversos juegos, como cucañas, carreras, saltos y otros semejantes con el objeto de premiar la agilidad y destreza de los jóvenes, y las zagalas tienen tambien sus particulares juegos, para alcanzar los premios, siendo uno de ellos el bailar con vasos llenos de agua puestos en la cabeza sin derramar una gota.

Por las costumbres que hemos brevemente descrito, se habrá observado que los polacos tienen varias supersticiones. Así es en efecto; las supersticiones son plantas que se aclimatan fácilmente en todos los pueblos, y con especialidad en aquellos de imaginacion viva y cuya religion fomenta las creencias de una directa intervencion de Dios en los más comunes fenómenos de la naturaleza humana. Otro orígen de prácticas extravagantes en todos los pueblos es el deseo impaciente de los mortales por descubrir el porvenir incierto hasta cierto punto, pues nada es más lógico que el órden de la naturaleza, y con un poco de juicio en los hombres, no es tan densa la oscuridad de lo futuro. Pero la condicion del hombre es tal, y tan amigo de lo maravilloso y extraordinario, que se dejará engañar con gusto por agoreros y adivinos con tal que se satisfaga su impaciencia y pueda gozar aunque sea con una quimera.

Siendo el amor negocio que se asocia particularmente en el sér humano en la época donde más soñadora y entusiasta se muestra la fantasía, los agüeros y supersticiones y prácticas pueriles menudean en todas partes con relacion á la felicidad matrimonial. Para alcanzar pronto un buen marido y ser felices esposas, las jóvenes polacas no toman sino manjares frios en las vísperas de algunos santos, y principalmente de San Andrés. Al acostarse escriben en cartas los nombres de los jóvenes que

conocen, y con una piedra las colocan debajo de la almohada. Por la mañana, la primera que sacan contiene el nombre de su futuro esposo.

En Varsovia, las jóvenes que quieren saber si han de casarse en el carnaval, toman un haz de leña la víspera de Navidad y cuentan los pedazos de madera. Si el número es par lo tienen á buen agüero. El último dia del año tienen tambien la costumbre de juntarse las jóvenes delante del fuego y confeccionar cada una un globulillo de cáñamo al cual prenden fuego, creyendo que se casará primero la dueña de la esferilla que primero sube por el cañon de la chimenea. Ya hemos dicho que los nobles consideran la caza como de buen agüero para las bodas, y al mismo tiempo creen que la novia que lleva alhajas el dia del casamiento tendrá que llorar amargamente toda su vida. Por el mismo estilo hay una práctica agorera extraordinaria en las más espléndidas bodas entre los ingleses, los cuales creen que no serán felices los casados, si al partir el coche que ha de conducirlos á la estacion del camino de hierro, no arrojan por la portezuela un zapato viejo entre el vaporoso y limpio vestido de la novia. ¿Quién podrá buenamente explicar el orígen de estas prácticas tan impropias de pueblos civilizados?

Entre estas supersticiones todavía es más notable la creencia de que el dia de difuntos venian las almas á comer en el banquete que se daba en las casas, y llaman la fiesta de los *dziady*. Lo principal en ella es una abundante colacion que empieza con gran silencio, mientras se supone que comen las almas del purgatorio, que para las del infierno, *nulla est redemptio*. Satisfechas ya las almas, dicen: «Partid, almas queridas, y dad la bendicion á esta casa.» Hecho esto, comienzan los vivos y concluyen por una orgía. En la raza slava es general esta costumbre. Los rusos celebran el banquete sobre los mismos sepulcros, y nada hay más repugnante que el espectáculo que un campo santo presenta al ponerse el sol, lleno ya el pueblo de *espíritu* y no religioso.

En Polonia se nota marcada diferencia de caractéres y costumbres segun las varias provincias que componian el reino. Así, por ejemplo, el habitante de Cracovia, en donde el pueblo es más libre, vive con más comodidades, y sus viviendas y alimentos son mejores. Consecuencia de esto es, que el cracoviano es el que primero se lanza á la pelea en defensa de su patria y hogares. Los de esta provincia son físicamente bien organizados, más sóbrios que el resto de los polacos, más sociales y apasionados por extremo del canto y de la danza. Lo son tambien de la volatería y los ganados, que crian en abundancia, y su pan se ve en todas las mesas en Polonia, donde es muy apreciado tanto por su buen sabor como por la peculiaridad de durar mucho tiempo sin deterioro.

Los Masovios ó Mazures prefieren los bosques, en donde en tiempo de guerra se guarecen los viejos, mujeres y niños, y de los cuales sacan para vivir cortando leña. Sus cantos son notables por su animacion, sencillez y alegría. Son muy sufridos y

trabajadores, y tanto, que en esta parte de la Polonia es donde se conoce la siega nocturna, donde se reunen los labradores y unos á otros se ayudan para segar sus campos y poder trabajar de dia en las tierras de sus señores.

Los Gorales, llamados así los que habitan al Oriente de las montañas Karpatas, se distinguen por su actividad. Son industriales en las ciudades, á cuyos mercados llevan sus telas, sus frutos y los muebles que construyen durante el invierno, y pastores en su retiro de las montañas, verdadero baluarte de su independencia, pues amparados por los bosques se libran de las quintas y se ocultan á toda pesquisa de sus dominadores.

Entre todos, los moradores de la Podlachia son los más infelices y miserables. Éstos no conocen comodidad ninguna. Sus chozas son pobres y oscuras, y ni aun han sabido dar salida al humo de sus chimeneas que les ennegrece su mísera habitacion y daña el ambiente que respiran. En esta parte de Polonia la esclavitud era más penosa y todo revela la falta de estímulo.

Tal es el cuadro que presenta esta nacion admirable por su valor y sufrimiento, notable por la nobleza de su carácter y extraordinaria por sus instituciones y costumbres. En ella ha habido reyes famosos, guerreros ilustres, patriotas ejemplares, figuras como Kosciusko y Zamoyski, heroinas como Czartoriska y Potortska, y tantos nobles mártires de su independencia, y actos tan increibles y empresas tan magnánimas, que el Homero moderno en su epopeya no podria exceder con su imaginacion á la grandeza de la realidad. En los momentos en que estas líneas escribimos, Polonia está muda, silenciosa, encadenada, sufriendo el castigo de su amor patrio. ¿Durará mucho este estado? Un escritor moderno ha dicho, que la desmembracion de Polonia, supone que en aquella época no habia un gobierno honrado en las grandes potencias de Europa: lo que equivale á decir que tan culpables fueron los que cometieron la iniquidad como los que la dejaron cometer. Si el sentimiento moral acrece de este modo en los cuerpos colectivos llamados naciones, tal vez algun dia veamos el Quijote moderno reparando este agravio antiguo. Tal vez en alguna reyerta diplomática convenga á un poder fuerte tomar la revancha dando la mano á Polonia, y se consiga por la via de intereses y bastardas pasiones, lo que no se logra por la de justicia. Hágase el milagro, y hágalo el diablo: lo cierto es, que la Rusia es muy grande y la Polonia muy pequeña, y sus ciudades desmanteladas y sus soldados valientes, pero sin disciplina. Los polacos son como los caballeros de la civilizacion, y los rusos y alemanes están en la edad de hierro en punto á la guerra. Quien sabe solo montar á caballo y oponer su animoso pecho al enemigo, ¿qué puede esperar contra el diluvio de soldados que vomita el norte? Los polacos vencerán en los primeros combates, pero el tiempo es el gran general de sus verdugos.

LA SUIZA Y EL TIROL.

I.

Despues de la esclavizada y comparativamente extensa Polonia, llena de bosques y llanuras, nada más oportuno que fijarnos en la libre y pequeña Suiza, en esta miniatura de la Europa y enciclopedia de bellezas naturales, por estar en ella reunido lo imponente, lo gracioso, lo magestuoso, lo agradable, lo silvestre, lo cultivado en su territorio lleno de montañas, lagos, cataratas, prados, viñas, bosques, caminos, llanuras, poblaciones; y por las peculiaridades que cada distrito ó canton ofrece, y diferencias en religion, civilizacion, raza, lengua, trajes y riqueza que se observan en sus moradores.

Desde que el vapor ha comenzado á fundir en una familia la especie humana, desde que los alambres telegráficos, nueva tela de la moderna Aragne, atraviesan de roca á roca de la cadena alpina, Suiza no se pertenece y su pequeño y admirable territorio es la gran córte del mundo curioso y sediento de bellezas. ¿Quién no ha observado en los recientes tiempos una suerte de epidemia que pudiéramos llamar *chamounismo,* un vértigo que se apodera de todos los *touristas* y no cesa hasta saciarse en una excursion al *Mont Blanc?* Esta tendencia general parece una muda

protesta y declaracion de nuestros contemporáneos en materia de opiniones políticas; pero realmente no es otra cosa que fenómenos de la moda. Para estar á la altura del buen tono es preciso hoy dia subir á los Alpes, la mayor eminencia de Europa. Sea en busca de salud, de recreo ó de aventuras, forzoso es decir que se ha pasado el Simplon y el Mont Cenis, ó el gran San Bernardo, ó el Monte Moro, ó el *Col du gèant;* y que se ha echado una ojeada sobre los valles de Hasli, Gruyères y Chamounix; y visto las cascadas, y los *glaciers*, torrentes de hielo amoldados á lo escabroso de las montañas, cuyas cumbres les suministran manantial de nieve; y los lagos, espejos en cuya tranquila superficie se miran orgullosas las montañas, estos verdaderos palacios de la naturaleza donde la eternidad tiene su trono, segun la expresion poética de Byron.

Nosotros no nos detendremos á hablar de la historia de Suiza, nacion que ya se nombra entre los romanos por primera vez como sepulcro de las legiones del consul Casio; pueblo que en la edad media descuella libre en medio de la general servidumbre, y que pasando á través de las ruinas del viejo mundo político, conserva el aspecto patriarcal y las instituciones antiguas libérrimas, conquistadas por sus antepasados en largas y penosas luchas, y que comenzaron á afirmarse desde el famoso juramento de los treinta en el valle de Ruttli.

Pobre y estéril como Suiza es, siempre ha ocupado un lugar preeminente en la historia de Europa, por lo menos desde los tiempos de Julio César, á quien Divicon, pidiéndole aquel rehenes, respondiera: «Los helvecios han aprendido de sus padres á recibirlos, pero no á darlos.» Para el guerrero, el político y el hombre científico, Suiza no es menos importante que para el curioso. El soldado tiene mucho que estudiar en su posicion central en la Europa y los caractéres peculiares del suelo, así en la estratégica como en la táctica. El político tiene ancho campo y grandes problemas que resolver, estudiando las constituciones de este pueblo, y procurando ver en qué consiste que la libertad á tanto precio conquistada se haya distribuido tan desigualmente entre los diversos cantones; porqué todos los tiranos han sido sostenidos por estos genízaros europeos, sin otro interés que la sórdida ganancia; porqué los Grisones, canton democrático por excelencia, han tratado siempre de dominar y subyugar á sus vecinos; porqué en el de Berna domina un espíritu aristocrático insoportable, y porqué, en fin, el país en donde el extranjero no encuentra fronteras, ni aduanas, ni pasaportes, ni portazgos, ni ejércitos, ni *gendarmes*, ni ninguna restriccion ridícula y molesta, se reservan todas las barreras, vejaciones y cortapisas para molestarse unos á otros los cantones vecinos. Por último, el hombre de ciencia tiene harto que estudiar en este país, que la naturaleza parece haber destinado á representar eternamente la imágen de las primeras edades del mundo,

y en donde sus fenómenos y asombrosas maravillas se repiten siempre con una grandeza inefable. La Suiza, ha dicho muy bien un moderno escritor, es como el corazon de nuestro hemisferio. Rocas acumuladas se elevan sobre la region de las nubes en magnífico y sublime desórden, que nos da alguna idea del caos y del laboratorio de la Providencia. Entre sus tajos se precipitan torrentes de espuma, y en sus cimas y vertientes ofrecen los Alpes á los rayos del sol su vestido de nieve y sus lagos de hielo de tintas blancas y sonrosadas. ¡Cuántos maravillosos fenómenos puede estudiar el naturalista y el geólogo en este imponente y grandioso cuadro de la naturaleza!

En Suiza es donde se ve palpable lo que Montesquieu dijo de los territorios, que la libertad y no la fertilidad es la que los hace productivos. Nada más sorprendente que el estado de la agricultura en este país y la actividad incansable de sus habitadores. La riqueza de este pueblo consiste principalmente en los ganados, á cuya cria se presta mucho la naturaleza del suelo; pero no por eso se desatiende la industria, cuyo estado es muy floreciente en varios cantones: lo cual muestra que los suizos no emprenden nada sin gran decision y estímulo. ¿Puede darse cosa más sorprendente que los caminos practicados en las montañas, en que lo atrevido del arte humano compite con lo imponente de la naturaleza? Pues todo esto es producto de la libertad, que estimula á los hombres al trabajo.

Como la Suiza es una nacion abigarrada, en donde solo dos terceras partes de la actual poblacion de Lóndres constituyen nada menos que siete mil y pico de lugares y cabañas, y veinte y dos cantones, ó sean veinte y dos estados ó repúblicas aun subdivididas, seria casi imposible describir política y socialmente la diversidad de constitucion y de usos que los distinguen. Nosotros observarémos, pues, aquellos que nos parezcan más dignos de atencion por su universalidad ó su peculiaridad.

Desde luego se comprenderá, que en conjunto la Suiza no puede menos de reflejar los tres grandes elementos que han influido en diverso grado en su existencia, como son el elemento aleman, el francés y el italiano, de entre los cuales el primero es el dominante, y su idioma, aunque algo desfigurado, es la lengua general del país, á excepcion de los cantones de Génova, Valais, Vaud, Neufchatel y parte del de Friburgo y de Berna, en que se habla el francés, y del canton del Tesino y algun número de las infinitas partículas del de los Grisones, en que se habla italiano en union con otro dialecto de la romana lengua. Parece increible que en un pequeño espacio puedan existir estas diferencias; pero no solo existen, sino que en algunas poblaciones, como por ejemplo, Friburgo, de seis mil habitantes solamente, se habla en un barrio distinta lengua que en otro. No obstante esta diversidad de razas y de idiomas, pues en su orígen galos, los helvecios sufrieron la dominacion romana y las invasiones de los

poderosos pueblos limítrofes, la solidaridad de intereses políticos ha impreso á la Suiza un sello particular que la distingue notablemente de las naciones vecinas, las cuales ya la hubieran anexionado, si no conviniese al interés general de Europa la independencia de la confederacion helvética. De manera, que así como la Polonia fué sacrificada porque convenia á tres potencias vecinas, la Suiza es la hija privilegiada de la fortuna y está destinada á su pesar á ser libre é independiente por interés de la diplomacia.

Acerca de lo que ya hemos notado que debiera ser estudio de los hombres políticos, conviene á saber: la flexibilidad con que los Suizos se han adaptado siempre á servir de materiales instrumentos contra el espíritu liberal de las modernas naciones, pudiera hallarse explicacion satisfactoria en la opinion de un historiador, que achaca esta conducta al espíritu de braveza y de independencia que les anima, y á la reputacion de valor que se adquirieron desde remotos tiempos. En efecto, parece natural que los que han de sostener con su dinero gentes armadas, miren en el mapa de Europa dónde pueden escogerse hombres de hecho indiferentes al peligro y que no retrocedan ante el enemigo; pero entonces habríamos de creer que la codicia del oro ponia la braveza suiza al nivel de la de los valentones que se alquilaban en la academia de Monipodio para dar cuchilladas por ofensas que no habian recibido, que es una especie de valor de no muchos quilates. Lo más cierto es, que los suizos han tenido que luchar contra la esterilidad del terreno, la mayor parte roca viva, y como esencialmente pastores, son emigrantes y transhumantes y determinados á todo por la ganancia, pues allí donde el pastor vive de manera con sus productos que el metálico apenas pasa por sus manos, la moneda sonante debe tener más singulares devotos.

La razon de este fenómeno, no es más ni menos misteriosa que la que produce ese notable prosaismo en la raza helvética, cuya vida corre tranquila en medio del más grandioso y sublime panorama de la naturaleza. Si los entendimientos y la fantasía hubiesen de elevarse á medida de la decoracion que les rodea, los suizos debieran ser los más altos pensadores y poetas. Sin embargo, los suizos son buenos ciudadanos, trabajadores, reposados, amantes de la paz, aunque han levantado tempestades en un vaso de agua, segun la expresion de Voltaire; pero no tienen nada de poetas. ¿Consiste esto en que nacen, se crian y se desarrollan familiarizándose tanto con la magnificencia de la perspectiva que al cabo les parece indiferente en fuerza de la repeticion de impresiones? Debe suceder en esto como en todas las demas bellezas, que la sobriedad de sensaciones aumenta su fuerza y eficacia, y que parecen mayores al que está privado de su vista y goce. ¿Quién duda que la Suiza es sublime en belleza para todos, menos para los suizos, que viven en contínuas expediciones en los peligrosos pasos de los Alpes?

Pero no son estas las únicas particularidades notables de este país. En medio de este espléndido escenario en que parecen estar amontonados los materiales para otro nuèvo mundo; en medio de este país en donde el viajero no cesa de pasar del gozo á la sorpresa, de la admiracion al temor, del temor á la alegría; entre aquella naturaleza tan vívida, poderosa y fascinadora, el hombre está sujeto físicamente á una de las enfermedades más penosas y desagradables, y moralmente á una dolencia que inspira lástima. Ambos males desfiguran al rey de la creacion, mísero insecto ante aquella gigantesca exhibicion de fenómenos admirables. En los mayores y más placenteros valles alpinos todos los moradores padecen de un tumor que nace y se desarrolla en la parte exterior del cuello hasta un enorme volúmen, particularmente en las mujeres, más sujetas que los hombres á este achaque propio de ciertos países frios y húmedos. En el norte de los Alpes es endémica esta dolencia, y sucede á veces crecer el tumor de manera que cuelga como péndula sobre el pecho, haciéndose más repugnante al que lo mira que al que lo tiene, pues no va acompañado de dolor alguno. En el canton de Valais apenas hay una mujer que no tenga el *goitre*, ó la inflamacion de las glándulas del cuello, que va creciendo á medida que el individuo. Un festivo escritor ha dicho, que en estos países sin tener el tumor no se puede ser hermoso ni bien hecho; que para no ser horroroso es preciso estar provisto de un *goitre* por lo menos, y si pueden ser dos, mucho mejor. Muchos han creido que este mal provenia de beber nieve derretida; pero estos tumores se han observado asimismo en varias partes del Sud de América, y aun en comarcas de Inglaterra en donde no hay nieve permanente, ni rios que procedan de los lechos de hielo. Otros supusieron que eran efecto de la costumbre de los suizos de llevar grande peso sobre la espalda. En efecto, es costumbre del país que hombres y mujeres, especialmente en las montañas, han de llevarlo todo sobre las espaldas, en las cuales colocan una armazon de madera para este fin. Niños de nueve á diez años se ven ya ocupados en cargar peso, y es admirable ver cómo los hombres caminan tres y cuatro horas con suma ligereza por las montañas, sustentando una pesada carga; pero como el buey no va á parte donde no are, y sea condicion del pobre doblar la costilla, en muchas partes del mundo hay igual costumbre sin ese resultado; y aun en América es tan comun vivir los trabajadores constantemente cargados, que cuando van de vacío suelen echarse una piedra enorme por via de lastre.

La otra enfermedad moral á que hemos aludido es el idiotismo, proveniente sin dudas de las mismas causas que el *goitre*. La vista de estos infelices produce una sensacion melancólica. Nótase un vacío en sus rostros, una gran desproporcion en el tamaño de la cabeza; sus miembros parecen derrengados, y apenas pueden articular distintamente una palabra. Pasan el dia calentándose al sol, de cuya impresion

reciben gran contento, y á la vista del extranjero acuden á pedir limosna con un tartamudeo incesante hasta que reciben algunas monedas.

Esta dolencia es la que el doctor Pinel incluye en la última de las cinco especies de perturbacion mental, y como especialmente característica de esta comarca é hija de su temperamento, parécenos conveniente consagrarle un breve espacio, siguiendo la huella del doctísimo Foderé en su tratado del *Cretinismo*.

Los niños condenados á sufrir esta enfermedad, nacen generalmente con una pequeña hinchazon ó tumor en la garganta del tamaño de una avellana. Los que no lo manifiestan, no dejan de mostrar algunos signos característicos que vaticinan su degradacion, pues tienen demasiado abultadas la cabeza y las manos. Por otra parte, son menos sensibles á las impresiones de la atmósfera, lactan con dificultad, duermen mucho y parecen contínuamente aletargados. A la edad en que los niños comienzan á articular palabras, estos desgraciados solo pueden pronunciar las vocales, y no adelantan más en su pronunciacion en todo el discurso de sus vidas. Por el mismo consiguiente, no pueden valerse por sí para alimentarse, y aun llegados á la edad de diez y doce años necesitan de que les lleven la cuchara á la boca. Son tardos en el movimiento, sombríos en la mirada, de ojos pequeños y hundidos, y mirada fria y estúpida; la cabeza, ó muy grande ó muy pequeña, y nunca en proporcion al cuerpo, los dedos largos y mal hechos, zambos los piés y ancho y aplastado el pecho. A la edad de la pubertad, que es más tardía en ellos, comienzan á moverse; pero su locomocion es muy limitada y solo se excita por el deseo de comer ó de calentarse al sol. Al andar, van siempre por el camino que ya una vez han recorrido, sin saber evitar los obstáculos que se les oponen, ni los peligros que encuentran. Cuando llegan al *máximum* de su estatura, que de ordinario es de cuatro á cinco piés, su piel se torna en morena; pero su insensibilidad continúa, y son indiferentes á todo, pues su tacto es imperfecto, la vista corta, y están privados del oido, del habla y del olfato, aunque por contra son muy fatigados por la concupiscencia. En punto á facultades morales no tienen ningunas, y apenas revelan afecto á sus padres, únicos que por su ternura y amor pueden soportarlos. Tal es el estado físico y moral de estos infelices por un dilatado número de años, pues reducidos á una especie de vegetacion y existencia automática, llegan á una longevidad prodigiosa.

Hechas estas observaciones sobre los mencionados contrastes y especialidades del país más bello de la Europa, seguirémos describiendo su carácter y sus costumbres.

Ante todo dirémos, sin que nuestra opinion difiera de la de todos los que han viajado por este territorio, que cualquier paisaje de la Suiza revela luego la comodidad, bienestar é independencia de sus moradores, y su industria y amor al trabajo, de donde han derivado todas sus ventajas.

Aunque la agricultura, como todos saben, se halla en esta nacion en un estado floreciente, es notabilísimo el adelanto de la industria manufacturera. Parece increible que bajo circunstancias tan desfavorables como las de su posicion geográfica, pues Suiza no produce las primeras materias de sus manufacturas, ni tiene un puerto de salida sino con las condiciones que los poderes vecinos quieran imponerles, se hayan abierto sus productos todos los mercados del universo. Ninguna de sus fábricas debe su prosperidad á leyes protectoras ó intermedias, sino á las generales que rigen en el mundo económico. Cosa admirable, que sin aduanas para excluir, ni leyes para prohibir la accion de la extranjera concurrencia en sus varias industrias, su progreso en prosperidad manufacturera no ha tenido igual en los antiguos ni modernos tiempos. Suiza, pues, es un ejemplo práctico ilustrativo de los grandes principios de economía política, y en ella se ve que la libertad de tráfico es la que ha producido ese bienestar general, ese contento, esa ventura que es el distintivo de los cantones manufactureros. ¿Cómo puede ser premisa falsa la que produce tales efectos en la generalidad? En casi todos los distritos industriosos, el poder de legislar está de todo en todo en las manos del pueblo, y si esta conducta económica fuese contraria á sus intereses generales y comunes, ¿quién les ataria las manos para cambiarla y adoptar otra más provechosa? Vése en Suiza cómo dos millones de hombres, teniendo por enemigos los Alpes, y por mayores enemigos aun los sistemas restrictivos de las grandes potencias vecinas, con todas las desventajas imaginables, han ensayado con el éxito más fabuloso el principio del libre tráfico. El mismo espíritu que sostiene su independencia, sostiene su industria. Los suizos, sin grandes hombres de estado, sin grandes ingenieros ni economistas, ni menos grandes capitales, han resuelto prácticamente muchos problemas que deben avergonzar á naciones que marchan á la cabeza del progreso. Son como los honrados trabajadores de Rochdale, que sin pizca de esa ilustracion relumbrona que llena los discursos y los periódicos, sino con mucha dósis de sentido comun, han enseñado cómo se concluye con el pauperismo.

Aunque toda especie de industria se halla floreciente en este territorio gigantesco y nacion en miniatura, especialmente la sedera y algodonera, la más celebrada es la de fabricacion de relojes, con cuya baratura no puede competir ningun mercado. Solo en Génova y en Neufchatel se fabrican anualmente más de doscientos cincuenta mil relojes, en cuya industria toman las mujeres igual parte que los hombres. En los valles, en los *chalets,* en las montañas, en las calles, en todas partes se ven mujeres ayudando á la fabricacion de los relojes, que entran de contrabando en todas las poblaciones á pesar de las aduanas, carabineros, tarifas, derechos y vigilancia de que se rien los fabricantes. Inglaterra, por ejemplo, impone un veinte

por ciento sobre los relojes suizos, de los cuales entran anualmente más de veinte mil en sus islas, y pudiendo ser Lóndres el gran depósito del comercio de este artículo, y aumentarse su fabricacion empleando mujeres, que se mueren de hambre por la introduccion de las máquinas de coser, los relojes son un artículo caro, gracias al egoismo de esta clase de especuladores y al error de sus creencias y sus leyes.

Cierto que en Suiza no hay los celos y la oposicion que en otras naciones al empleo del sexo femenino en cualquier ramo de actividad, y esto muestra que su educacion por punto general es más elevada en principios y más liberal, aunque no lo parezca así en los detalles. A este resultado contribuye en gran parte una general costumbre entre los suizos, que debiera introducirse en todos los países civilizados. Aludimos á esa singular práctica establecida en muchos de los cantones con el nombre de *Sociedades dominicales*, y que tanto influye en el modo de ser de la sociedad suiza. En muchas de las grandes ciudades, los padres asocian y juntan á sus hijos del mismo sexo y edad en pequeñas hermandades ó *clubs* llamados sociedades del domingo. Éstas, así formadas, se componen regularmente de quince á veinte individuos, siendo la mayor diferencia de edades, de solo tres años. Todos los miembros se reunen los domingos alternativamente en las casas de sus padres, cuando pequeños para jugar y comer chucherías, y cuando mayores para pasar el tiempo en otros ejercicios más graves. En estas reuniones no son tolerados ni aun los hermanos ni hermanas, sino á condicion de ser miembros del club. De la costumbre de verse juntos en todas ocasiones desde la más tierna infancia, se origina una amistad estrecha entre ellos, que dura por lo general toda la vida, no obstante que se separen y se dispersen por el mundo. Verdad es que esta práctica torna la sociedad suiza en exclusiva y fria y puramente formal para los extranjeros; pero donde cada uno ha de buscar su comodidad y ventajas es en su propia casa, y esta costumbre produce á los que la ejercitan muy excelentes resultados. Las principales entre estas sociedades son las del femenino sexo, y decimos principales, porque en caso de matrimonio, el marido ha de pertenecer al *club* ó hermandad de la mujer. Las jóvenes se reunen para iguales fines y viven con estrecha familiaridad. Cuando una de ellas se casa, el marido es admitido en esta reunion de vestales, y entonces ya es permitido á cada una el tener un asociado varon, al cual viene á dar su mano por lo comun. La preponderancia femenina es, pues, un hecho notable en esta institucion, pues no obstante que la amistad y compañerismo de los hombres continúa, como hemos dicho, toda la vida, el marido se ve obligado á privarse de sus reuniones y pertenecer y concurrir á la sociedad de que su esposa es miembro; de suerte que léjos de traer el hombre á la mujer á su nivel en sociedad, la mujer es la que trae al hombre y determina la casta.

Antes de hablar de la vida campestre, tan deleitosa al parecer en la Suiza, y de las particularidades de algunos distritos, dirémos algo de la manera con que estos hombres industriosos pagan á los extranjeros en comodidad y buenos servicios el gran delirio con que de lueñas tierras vienen á pisar esta feliz Arcadia. Los excursionistas, aunque no hayan tenido á su disposicion más que un dia, habrán podido observar que los suizos son constructores de caminos por excelencia. Las magníficas carreteras hechas en los Alpes, son un monumento de audacia y de habilidad humanas. Estos caminos, que semejan cintas extendidas en todas direcciones, atraviesan aquí un florido valle, allí un verdoso prado, allá el lecho de un rio que cambió de cáuce, acá adornan los bordes de un precipicio y acullá serpentean por tajos y vertientes; ya teniendo encima inmensas rocas cuyas bóvedas les amenazan, ya mirando debajo inmensos abismos cuya profundidad atemoriza. En algunas partes, un estribo de la montaña parece haber querido oponer á la audacia del hombre su *non plus ultra;* pero la moderna ciencia ha sabido cómo perforar las entrañas de los montes, y el camino continúa sin desnivel. Muchas veces se han eludido los obstáculos atravesando los puentes sobre imponentes tajos y gargantas y cambiando la direccion del camino de un lado á otro. Ocasiones hay en que el camino llega á lugares, por donde se precipitan las terribles masas de nieve, que rodando desde las cumbres hasta los valles con espantoso ruido, destrozan cuanto se les opone á su paso. Parecia que aquí el empeño humano se estrellaria contra un obstáculo tan insuperable, mas el hombre industrioso entierra su camino en galerías subterráneas ó se acoje bajo sólidas arcadas de cerca de una milla de largo, sobre las cuales resbala y se desliza la asoladora avalancha. No hay una oportunidad que no se haya aprovechado para llegar por casi imperceptible ascenso á la mayor altura, y cuando se acerca á la cima ó pico de la montaña á que es preciso llegar con más pena, esta se disminuye con infinidad de vueltas y revueltas de ancha curva, á fin de que los carruajes puedan pasar fácil y rápidamente.

Estos caminos, que son la admiracion de los extranjeros, y por los cuales corren como rayos los postillones de los Alpes, cuando llevan caballos acostumbrados á los lugares, están siempre en el mejor estado de conservacion; pues de trecho en trecho hay en ellos construidas unas casas llamadas de refugio, ocupadas por peones camineros que se emplean en limpiar la nieve que en ellos se acumula, en reparar las averías y en ayudar á los excursionistas en los peligros á que suelen exponerse; y lo más cerca posible de la cima de la montaña, suele verse un hospicio ocupado por caritativos monges, como sucede en el paso del gran San Bernardo, del Simplon, Cenis y otros. La direccion de los caminos está marcada por líneas de altos palos pintados de negro para ser más visibles; pero cuando hay

tempestad y espesa lluvia de nieve que ocultan estas señales, las campanas suplen al oido los efectos de la vista. Sin embargo, ninguna de estas precauciones es bastante contra los peligros de los pasajes alpinos, necesitándose de la caridad de los monges y el auxilio de los perros para socorrer á los viajeros extraviados ó que se hallan en gran peligro. Entre estos hospicios, el más celebrado y famoso es el llamado de San Bernardo, en el canton de Valais, á la extremidad del valle de Aosta, situado á diez mil y quinientos piés sobre el nivel del mar. Fué fundado hácia mediados del siglo x por Bernardo Menthon, canónigo de Aosta, bajo la regla de San Agustin, y poseia muchas riquezas hasta que fué despojado por Cárlos Manuel III de Cerdeña. Hoy dia aun existe esta habitacion (que es la más alta que se conoce en Europa), gracias á las donaciones y limosnas que recogen los monges compasivos. Allí está el monumento de Desaix y una mesa de mármol negro, que recuerdan el paso de Napoleon el Grande á la cabeza de treinta mil hombres, expedicion que forma época despues de la famosa de Augusto, y que parece un sueño de la fantasía.

Nuestros lectores sin duda estarán al cabo de las varias anécdotas en que estos celebrados perros de San Bernardo constituyen el interesante protagonista, especialmente de aquella más notable del incomparable Barry, que hallando un niño enterrado en la nieve comenzó á calentarlo con el aliento y á hacerle mil caricias, hasta que logró restituirlo á la vida y al conocimiento, induciéndole despues á que se montase en él y asegurase para conducirlo al hospicio. Estos fieles y nobles animales, segun se cree, es el producto del cruzamiento de la raza de los de Terranova con la de los Pirineos. Como solo pueden ser empleados un corto número, muchas veces se ha visto la comunidad forzada á deshacerse de muchos de ellos, falta de recursos para alimentarlos. En 1823, todos los que habia en el convento perecieron por la caida de una avalancha en una excursion peligrosa que habian comenzado en union con tres monges, y á no haber sido porque dias antes habian regalado un par de ellos, que volvieron á recuperar, se habria perdido esta casta inestimable. Tienen un olfato tan fino, que jamás se han extraviado en el largo camino que hay desde el bajo de la montaña hasta el monasterio, no obstante que la nieve les cubre y no pueden dejar ver más que la cola.

La perspicacia de estos animales es tal, que ponen en olvido la del Diamante de Walter Scott, aunque éste, segun el novelista, entendia su conversacion. Cuéntase que el conde de Monte Veccios, veneciano, que poseia uno de estos perros, tenia que pedir un favor al general Morosini, y se valió de la ocasion en que este preparaba un suntuoso banquete al Dux, para hablarle de su asunto. El conde fué muy bien recibido, y comenzó la conversacion elogiando la riqueza, el gusto y elegancia con que se decia iba á obsequiar al jefe del estado. El general le llevó á

[illegible] que ocultan estos señales, las campanas suplen el [illegible]. Sin embargo, ninguna de estas precauciones es [illegible] de los pasajes alpinos, necesitándose de la caridad de los monges [illegible] de los perros para socorrer á los viajeros extraviados ó que se hallan en algun peligro. Entre estos hospicios, el más celebrado y famoso es el Hospicio del gran San Bernardo, en el canton de Valais, á la extremidad del valle de Aosta, situado á ocho mil y quinientos piés sobre el nivel del mar. Fué fundado [illegible] por Bernardo Menthon, canónigo de Aosta, bajo la regla de San Agustin, y poseia muchas riquezas hasta que fué despojado por Cárlos Manuel III de Cerdeña. Hoy dia aun existe esta habitacion (que es la más alta que se conoce en Europa), gracias á las donaciones y limosnas que recogen los monges compasivos. Allí está el monumento de Desaix y una losa de mármol negro, que recuerdan el paso de Napoleon el Grande á la cabeza de treinta mil hombres, expedicion que forma época despues de la famosa de Aníbal, y que parece un sueño de la fantasía.

Nuestros lectores sin duda conocen el relato de las varias anécdotas en que estos celebrados perros de San Bernardo constituyen el interesante protagonista, especialmente de aquella más notable del [illegible] Barry, que hallando un niño enterrado en la nieve comenzó á calentarle con su aliento y á hacerle mil caricias, hasta que logró restituirlo á la vida y al conocimiento, induciéndole despues á que se montase en él y asegurarse para conducirle al hospicio. Estos fieles y nobles animales, segun se cree, es el producto del cruzamiento de la raza de los de Terranova con la de los Pirineos. Como sólo pueden ser empleados en corto número, muchas veces se ha visto la comunidad [illegible] de muchos de ellos, falta de recursos para [illegible]. En [illegible], todos los que habia en el convento perecieron por la [illegible] peligrosa que habian comenzado en union con tres monges; y á no haber sido porque dias antes habian regalado un par de ellos, [illegible], se habria perdido esta casta inestimable. Tienen en efecto tan fino olfato, que jamás se han extraviado en el largo camino que hay desde el bajo de la montaña hasta el monasterio, no obstante que la nieve les cubre y no [illegible].

La inteligencia de estos animales es tal, que ponen en olvido la del Diamante de Walter Scott, [illegible] segun el novelista, entendia su conversacion. Cuéntase que el conde de [illegible], veneciano, que poseia uno de estos perros, tenia que pedir un favor al general Morosini, y se valió de la ocasion en que este preparaba un suntuoso banquete al Dux, para hablarle de su asunto. El conde fué muy bien recibido, y comenzó la conversacion elogiando la riqueza, el gusto y elegancia con que se decia iba á obsequiar al jefe del estado. El general le llevó á



Drawn by F. Stone. Engraved by W. Holl.

Suiza — El Monte de S. Bernardo.

ver la mesa en cuya preparacion se habian empleado los mejores peritos de Venecia durante medio año, y en efecto, era una maravilla. Sin embargo, no valió al conde su diplomacia, y cuando empezó á hablar del asunto, el general le respondió dura y desfavorablemente. Al retirarse el conde despechado por aquel rudo recibimiento, dando unas palmadas en la cabeza de su perro, exclamó en tono triste y desconsolado: «¿Ves, amigo mio, cómo me han tratado?» El perro miró fijamente á su amo, y le siguió silencioso, hasta que á un volver de cabeza, dió á correr, entró en la casa del general, se dirigió al comedor y cojiendo el mantel con los dientes, de una gran sacudida, dió con todo en el suelo, convirtiendo el costoso servicio en menudos tiestos. Hecho esto, se escapó sin que nadie le viese.

Si los caminos son excelentes y los guias hábiles, no son menos dignas de elogio las posadas suizas. Este solo apelativo da crédito á las fondas en todos los países, y en el de que hablamos constituye el principal ramo de productivas granjerías. Un fondista es el primer personaje entre los habitantes de algunas poblaciones; un verdadero príncipe, considerando que en medio de modestas viviendas se eleva aquel Agapemon destinado á contentar á los más descontentadizos huéspedes. Las fondas de primera clase en Suiza se distinguen de muy léjos por la larga cola de carruajes y carri-coches que se forma en sus inmediaciones, desde la ruin calesa hasta la carretela elegante, y por los guias, criados, correos, cocheros y postillones que buscan empleo, ya de los humildes colegiales expedicionarios, ya del encopetado inglés, ya del generoso príncipe ruso, tres tipos que no han de faltar en el territorio suizo de invierno á invierno. Particularmente los ingleses son constantes parroquianos, como amigos que se dicen de expediciones arriesgadas, de subir montañas y ojear precipicios, y tanto es el buen deseo de los hostaleros por servirlos, que algunos han construido en sus fondas capillas para que sus huéspedes recen el oficio divino, pasen el domingo en casa y les hagan gasto en la bodega.

Acostumbrados como están los suizos á ver entre ellos caravanas de viajeros, principalmente de colegios, escuelas y seminarios en cuerpo con su profesor á la cabeza, se dan muy buena traza para acomodarlos y servirlos equitativamente, de modo que no olviden el camino, y que ensalcen á sus camaradas y amigos las ventajas de una expedicion á Suiza durante las vacaciones universitarias. A cada paso se encuentran estas compañías de jóvenes, á quienes los posaderos atienden con preferencia á uno solo, aunque sea inglés. Uno de ellos, que es el ministro de Hacienda, se adelanta á la aproximacion de las poblaciones, y á guisa de parlamento entabla diálogo con el dueño de la posada sobre el tanto más cuánto de su estada en ella, determinado el cual, marcha el juvenil batallon á sus cuarteles, y en caso contrario, se va con la música á otra parte.

Puesto que hablamos de las posadas, rivales en extension y lujo con las mejores de Europa, dirémos algo en general de las poblaciones. Estas tienen de notable muchos restos de antigüedad en sus edificios y construcciones. Así se ve en Lucerna, Friburgo, Bale y otras, que aun se conservan casi intactas las fortificaciones de la época del feudalismo. Una cosa característica de las ciudades de Suiza es la profusion de fuentes públicas, adorno inevitable y placentero de toda poblacion por pequeña que sea. Por lo general consisten en una columna decorada al estilo gótico y coronada con la estátua de algun héroe de su historia, que suele ser Guillermo Tell ó Winkelried. Esta pasion por la antigüedad es uno de los rasgos notables del pueblo helvético, en que gran abundancia de monumentos del viejo mundo cada dia descubiertos les ayuda á conservar el amor hácia antiguas instituciones de donde han derivado su libertad. Además de esto, tienen una gran veneracion hacia los héroes de su país, y aun se ha visto en las épocas de sus revoluciones renovar el juramento de Ruttli para alejar á los confederados menos dignos de su antigua virtud. Los suizos han sido fecundos en excelentes guerreros y patriotas, y los hechos de Guillermo Tell, que han celebrado los bardos, enaltecido los historiadores, elevado el génio de Schiller y la inspiracion de Rossini, parecieran fabulosos, si el ejemplo de Arnoldo Winkelried en la famosa batalla de Sempach, no atestiguara que no hay cosa imposible que no acometa el heroismo de estos montañeses en tratándose de su independencia y su libertad. Tambien son varias de sus ciudades memorables por sus hijos ilustres, como Zurich por Lavater y Pestalozzi, Génova por Rousseau, y Wildhaus por Zuinglio. Otras lo son por sus monumentos y curiosidades, como Altorf, donde se conserva una fuente con la estátua de Guillermo Tell y su hijo, en el lugar en que el tirano Gessler puso á prueba su habilidad; Burglen, el pueblo del nacimiento de este libertador de la Suiza; Attinghausen, patria de Walter Furst, uno de los fundadores de la confederacion; Bale por su catedral, museo y universidad que ilustraron Holbein y Erasmo; Lausanne, tambien por su basílica, y principalmente famosa por haber concluido Gibbon en esta poblacion su admirable historia de la grandeza y decadencia de los romanos; San Galo, célebre por su gran monasterio, asilo de las ciencias durante la edad media y por el cual conocemos hoy muchas obras clásicas de la antigüedad, especialmente del príncipe de los oradores, y otras, finalmente, por sus instituciones políticas particulares y por el espíritu que en ellas domina, pues las que forman el canton de Uri son democráticas, lo mismo que las del canton de Schwytz de donde se deriva Suiza, y en general de todos los cantones pequeños: las del de Lucerna pueden decirse representativas; en Berna domina el espíritu aristocrático; en el Tesino el teocrático; en unos la religion es católica, en otros reformada; en éstos predomina el espíritu emprendedor, la ilustra-

cion y la cultura, como en Génova; en aquellos la tranquilidad, franqueza y sencillez, como en Lucerna y demas cantones agricultores, y no faltan emigrantes y peregrinos como los del canton de Glaris, que van á enriquecerse á los países extranjeros.

Hay tanto número de diferencias en las constituciones y costumbres de estos pueblos, que no parece sino que siguen sus habitantes en este punto á la naturaleza que les rodea, la cual es infinita en variedad de perspectivas y climas; de suerte que, aunque políticamente y para entenderse la diplomacia se dice la Suiza para significar una nacion, natural, social, civil y políticamente en el interior son tantos los estados como las poblaciones, que no son pocas en este territorio. El objeto constante del partido democrático ha sido destruir ese espíritu cantonal y seccionista; pero es dificultosa tarea, porque en los pueblos es este el primero de los estímulos. En una cosa están sin embargo conformes todos, y es en no tener ejército permanente y en desterrar de sí la profesion militar como carrera y exclusiva ocupacion. No hay ejército regular en Suiza; sino que cada ciudadano en pleno uso de sus miembros, llegada cierta edad aprende el ejercicio de las armas, para lo cual bastan algunos dias de escuela y disciplina anualmente, y luego se vuelve á su casa, dispuesto siempre á acudir á las filas de las legiones patrias, cuando vea en peligro la independencia ó la constitucion nacionales. Fuera de este ejercicio, los suizos voluntariamente se adiestran en el manejo de las armas de fuego, en particular los montañeses que son notables tiradores, y apenas hay ciudad importante en que no haya escuela y certámenes de tiro.

Dada ya esta breve noticia, se dirá algo de la vida pastoril y escenario campestre, que tanto envidian los excursionistas, y del cual decia lord Byron, atravesando el pintoresco camino ó paso de Jaman cerca de Montreux: «Desde la altura se divisa por un lado la mayor parte del lago Leman, y por el otro los valles y montañas del canton de Friburgo, y una inmensa llanura con los lagos de Neufchatel y Morat y todos los tributarios del lago de Génova. La música de las campanillas y cencerros de las vacas paciendo en los prados, que llegan á una altura mucho mayor que la de cualquier montaña de Inglaterra, y las voces de los pastores que nos gritaban de risco en risco ó tocaban en sus churrumbelas allí donde las pendientes parecian más escarpadas é inaccesibles, juntamente con la perspectiva que nos rodeaba, realizaron á mis ojos todo cuanto yo habia oido é imaginado de la vida pastoral: mucho mas que en la Grecia ó en el Asia menor, en donde relumbra el sable y luce el mosquete, y si se ve en una mano el cayado se percibe en la otra el cañon; pero aquí todo era puro, sin mezcla, solitario, silvestre y patriarcal. Al tiempo que nos íbamos, tocaron el *Ranz de Vaches*, y otras canciones por via de despedida. Verdaderamente, que en esta ocasion, volví á *repoblar* mi espíritu *con naturaleza.*»

En efecto, cualquier perspectiva en Suiza es poética; do quiera se ve la inmensa montaña, el tranquilo lago, el valle alegre, el verde prado, el arroyo cristalino y la cabaña seductora; ó se oye el ruido de las aguas en los torrentes y cascadas, ó la música armoniosa de los ganados, ó el canto de los zagales y pastores. Apenas la nieve desaparece en las regiones bajas á la llegada de la primavera, el labrador que ha tenido sus ganados bajo techo, alimentados con la yerba y heno recogidos en el otoño, los lleva á las partes bajas de las montañas de los Alpes, que por lo general es propiedad comun. Allí pasan los pastores hasta mediados de junio, en que penetran hasta la altura media de los montes, llegando á sus cimas hácia principios de julio; y despues de pastar en las cumbres por algun tiempo, vuelven á descender á la mediacion de la montaña, y finalmente se retiran á los valles á mediados de octubre, en donde pastan cerca de las poblaciones y aldeas, hasta tanto que las nieves y las tempestades les hacen buscar sus establos en el invierno. De esta manera el curioso viajero no hace más que topar contínuamente durante el verano en las cumbres alpinas, innumerables rebaños que buscan pastos, ó bajan á los valles, encantándoles el oido el rumor agradable que les trae el eco del canto de los pastores y del sencillo y rústico acompañamiento de los cencerros.

El *Ranz de Vaches*, que tanto encantó á Byron, y cuyo nombre es conocido aun por aquellos que no han visitado la Suiza, no es una cancion como muchos creen y aun Byron lo da á entender: es una coleccion de aires ó especies de melodías dominantes en los valles alpinos, como si dijéramos las playeras ó boleros de Andalucía. Cada valle tiene una cancion propia distinta, aunque de la misma familia, como entre nosotros que se conocen las *Malagueñas*, las *Sevillanas*, etc. Es un aire bucólico, sin arte, peculiar de los vaqueros cuando ordenadas las vacas como en fila, van á pastar á los montes. Este canto se ha hecho famoso, casi europeo, por los efectos que producia en los montañeses helvéticos, cuando le oian en país distante. La nostalgia era la consecuencia inevitable, y entre los suizos que servian en los regimientos franceses, hubo que prohibirles esta música, por el gran número de deserciones que ocasionaba; pues apenas comenzaba la gaita los primeros sonidos, ya se retrataba la alegría en el rostro de los soldados, que con aquellas notas tantas veces repetidas por los ecos de las montañas traian á su memoria su patria, sus *chalets*, sus valles, sus lagos, su infancia, sus familias y sus amantes, sucediendo al gozo primero una melancolía tan profunda, que no pudiendo resistirla, ó desertaban del ejército y volvian á sus campos deliciosos, ó caian en una tristeza y languidez que acababan con la vida. Tal es el efecto de esos cantos sencillos, silvestres, groseros si se quiere, pero llenos de una melodía tan hermosa y poética, como de poesía las primitivas composiciones métricas de todos los pueblos, en las cuales, y particularmente en las marciales, no se quedaron atrás los suizos.

Los coros de estas canciones pastoriles consisten en algunas notas agudas hechas con un especial falsete, originadas en la práctica de los pastores de los Alpes de comunicarse unos con otros á gran distancia elevando mucho la voz. El nombre de *Ranz de Vaches*, que es traduccion literal del aleman *Kuhreihen*, ó sea *hilera de vacas*, se le dió atendiendo al órden y movimiento con que las vacas marchan cuando van á los establos á la voz del vaquero para ser ordeñadas. Esta voz la comunica por medio de un cuerno, simple tubo de madera de cinco ó seis piés de largo, el cual sirve en las partes donde no hay campanas para tocar la oracion á la caida del sol. El pastor, colocado sobre una de las más altas cumbres, tan luego como el astro del dia se oculta, da al viento las cuatro ó cinco primera notas del *angelus*, que se repiten por otros en la distancia, y todos los que las oyen, descubriendo sus cabezas y arrodillándose, rezan su oracion, despues de la cual recojen su ganado y se retiran tambien á descansar.

Muchas veces los dueños mismos de los ganados se van con sus familias á pasar el verano en los Alpes, para estar á la vista de ellos y ayudar á los pastores en la elaboracion del queso, que tanta fama tiene entre los gastrónomos, y forma uno de los principales ramos de riqueza de los labradores; pues cada vaca, al fin de la temporada de cuatro meses, produce por término medio tres mil quinientos cuartillos de leche y doscientas libras de queso, del que *Gruyéres* lleva la palma y la peana.

El *chalet* en que el pastor habita, es una choza de madera, formada de troncos de pinos, ensamblados en las extremidades formadas por los ángulos del rústico edificio. El techo es bajo y con vertientes, y ponen piedras sobre la ripia ó montera de madera, á fin de que no se la lleve el viento. Muy raro es el que está á prueba de agua ó de aire. El interior está por lo comun ennegrecido por el humo, como en lo general todas las habitaciones de los campos en todas partes. El adorno es ninguno, fuera de una tosca mesa, un rudo banco y los aparatos para ordeñar y fabricar el queso. La paja les sirve de cama á los pastores, y en lo exterior del *chalet* está el terreno tan socavado por las plantas de los animales y tan lleno de desniveles y zanjas, que casi es una jornada el acceso á la choza.

Hay otra especie de *chalet*, suerte de cobertizo en que amontonan y guardan el heno hasta el invierno en que es llevado á las poblaciones por medio de trineos. Así, un valle pastoral suizo está cuajado de estos sotechados ó cobertizos, haciéndole parecer á la vista del extranjero más populoso de lo que es en realidad. En el de Siunnenthal habrá por lo menos diez mil de estas casas rústicas, y son verdaderamente necesarias, porque cabras, ovejas, carneros, bueyes, vacas, caballos y alimento, todo tiene que estar bajo techado mientras dura la nieve.

Los pastores cambian de residencia á medida que el ganado sube ó baja los Alpes, de modo que suelen verse muchas de estas chozas desiertas, que engañan á los viajeros, pensando que en ellas pueden reposar y refrescarse de la fatiga de sus expediciones. Los más experimentados se informan de antemano de la situacion de las que están ocupadas permanentemente y de las que son de más refinada categoría, porque en ellas encuentran leche enfriada en la corriente de los arroyos ó las cascadas, manteca fresca, y pan y queso sobre limpios y blanquísimos manteles; mientras otros, tras del cansancio, tienen que andar algunas millas antes de encontrar una choza ó *chalet* restaurador de sus perdidas fuerzas.

A los europeos, que como los ingleses, por ejemplo, están acostumbrados á proveerse de todo por el dinero, debe sorprender la economía doméstica de un labriego suizo. Éste tiene en su casa su trigo, sus patatas, cebada, cáñamo, lino, y aun vino, y sus vacas, cabras y carneros. Se mantiene del producto de su tierra y de sus ganados. Su vestido está hilado y hecho en casa, de la lana de sus ovejas, y la ropa blanca y los vestidos de su mujer, tejidos por las mujeres de su propia familia. La madera que necesita para construir su casa y encender su fuego es del territorio de su municipio, ó canton, ó parroquia, y la puede tomar sin costo alguno ó mediante un precio excesivamente módico. El poco dinero que necesita lo saca de la venta de sus quesos, y solo á fuerza de esta prudente economía y esta incansable industria, pueden vivir en un país en que la mayor parte es agua ó roca.

Aunque Voltaire, cuya mansion se conoce aun cerca de Génova, decia que *cuando sacudia su peluca, empolvaba toda la Suiza,* nos seria imposible en breve espacio dar una idea de la fisonomía peculiar de este todo, compuesto de pequeñas partes hetereogéneas. Decir que la Suiza, por el contacto con toda clase de extranjeros se haya amoldado y educado á la europea, seria un error, aunque hay ciudades en donde la educacion que se recibe es esmerada y las instituciones, escuelas, beneficencia y penitenciaría están á la altura del progreso en los países más adelantados. Por lo mismo que su territorio está exento de barreras y trabas, y convidando con su libertad y sus bellezas á los hijos de otros menos afortunados, los suizos tienen cierto empeño en no contaminarse, y los celos recíprocos conspiran tambien por otra parte á aconsejarles mayor reserva, y mayor fidelidad á sus costumbres y usos particulares. Las sociedades dominicales de que ya hemos hablado, nos pueden dar un buen ejemplo de lo que caracteriza el trato social en la Suiza, pues cabalmente parece haber sido necesario ese recurso y ese atractivo especial para suplir á la falta de expansion y comunicacion en el carácter. Observa un viajero, que, en Zurich, estuvo tentado por creer que todos los ciudadanos eran célibes, visto que los dos sexos tenian sus reuniones aparte, y ya puede calcularse cuál será el tono y

el tinte de una sociedad donde la bella mitad del género humano carece de representacion. Pero esta es opinion de un extranjero, á la que no daríamos mucho crédito si no la viésemos confirmada por el penetrante observador Meister, suizo de nacimiento, y que debe conocer con exactitud á sus compatriotas.

Dice este escritor en su libro intitulado *Viaje de Zurich á Zurich*, que en todas las reuniones, el tabaco, el vino y el queso, llenan una gran parte de las lagunas de la conversacion, lo cual deja bien entender con cuánta razon se retira de ellas el bello sexo. «Por lo general, continúa, es muy raro ver á los hombres sentados, y se calcula que tres ó cuatro sillas bastan para doce ó quince personas, quienes pipa en boca, no paran de medir el suelo de ancho á largo, ó formar pequeños grupos, cuando se trata de algun asunto de interés general.

»En cambio, prosigue este autor, hay que atribuir algunas buenas cualidades á esta misma falta de espíritu expansivo y de la cultura que es como su resultado, á saber: aplicacion infatigable á diferentes objetos de arte y de industria, más domesticidad y más constancia, afectos más vivos y profundos y una manera de ver y de sentir más singular, variada, franca y verdadera. Cada hombre es de un corte espiritual distinto y de un exterior y maneras tan propias, que no puede ponerse en contacto con su semejante sin cierta especie de modestia y embarazo que se oculta bajo formas ceremoniosas. En el concierto, en el templo, en cualquiera reunion un poco numerosa, y sobre todo en el teatro, es imposible que escape á la vista del observador la prodigiosa diversidad de tipos que ofrecen las personas de todas edades, y particularmente los jóvenes, así como la extremada movilidad de sus facciones, y la ingenuidad y viveza de su expresion.

»Cuando nuestros sentimientos y pasiones, continúa, no osan manifestarse, se tornan en más ardientes y profundos, como fuego que se conserva y se alimenta bajo cenizas. Apenas podrán hallarse hombres más frios en la apariencia que mis compatriotas, y con todo, pocos serán más susceptibles, apasionados, ni tendrán más reserva y constancia en sus pasiones.»

Las artes se cultivan con éxito en Suiza y entre ellas con preferencia la de la música. El famoso doctor Gall, que como saben nuestros lectores se distinguió por sus investigaciones anatómicas del cerebro, asignó al de los suizos la cualidad vigésima séptima de las veinte y siete que halló representadas por órganos: al menos dijo que en ninguna parte habia visto cerebros ó cráneos más bien dotados con la preciosa eminencia de los sonidos, ó sea el talento musical. Por cierto que esta facultad ó dote natural, siendo comun, debiera haber producido grandes génios en el arte de Orfeo, y haber influido algo en el lenguaje, que por confesion de todos es el menos musical y melodioso que pudiera hallarse sobre la faz del mundo. Lo

que sí es verdaderamente efecto de la inocencia y sencillez de la vida suiza y de su tinte pastoril y patriarcal, es el amor á las flores, en el que compiten con los holandeses, hablando de las cuales citarémos una de las costumbres en que este delicado fruto representa su papel y es indispensable requisito. Al nacer un hijo entre los suizos, es preciso que la criada más jóven y más linda de la casa anuncie el acontecimiento á todos los parientes y amigos de la familia. Para desempeñar esta comision ha de vestirse con sus mejores galas y llevar en las manos un enorme ramo de flores, dichoso símbolo de la grata nueva que está encargada de anunciar, y por la cual va recibiendo de cada persona las albricias.

Los suizos, aunque muy dados á las manufacturas (y cabalmente, Zurich, de quien venimos hablando, es ciudad notable por sus fabricaciones de seda), no han sentido el influjo que en otros pueblos causaron y siguen causando estos grandes centros de industria y la division del trabajo, á causa de que la mayor parte del año se dedican los trabajadores en sus propias cabañas al fomento de este ramo de riqueza. Así como dijimos que por do quiera se veian gentes ayudando á la fabricacion de los relojes, así en el largo invierno de los Alpes, las familias de los pastores mismos tienen sus telares y demas instrumentos con que ejercitan su actividad y ayudan á sus necesidades y al desarrollo de la industria del país, desarrollando tambien al amor del fuego el instinto de lo maravilloso y la aficion á las leyendas y supersticiones, que es el rasgo comun de todos los pueblos de la tierra. La perspectiva contribuye mucho á exaltar este sentimiento, y los montañeses, particularmente los berneses que habitan un territorio tan admirable en bellezas, tienen una *pigmeología* interesante y variada: cosa extraña, que allí donde la naturaleza muestra gigantescas formas, ha de crear la imaginacion por contraste infinitas legiones de enanos. ¿A qué no dan lugar aquellos cuadros admirables que han elevado el sentimiento poético de Goethe y de Byron creyéndoles en contacto con un nuevo mundo de génios y de espíritus?

Entre las antiguas tradiciones, aun vivas hoy, descuella la que se refiere al *puente del diablo*, construido encima de un desfiladero, por cuyo fondo se precipita en catarata el Reuss. El diablo, segun creen, habia prometido unir las dos rocas que con un abismo profundo separan Ursern de Uri. En pago de este trabajo debia dársele el alma del primer pasajero que atravesase el puente; pero como el diablo no sabe lo porvenir, no olió la burla que le preparaban haciendo que pasase un perro. Burlada su esperanza resolvió destruir la obra, y se apoderó de una roca inmensa, en que todavía se conservan las señales de sus uñas; pero casualmente se santiguó una vieja y pronunció el nombre de la Vírgen, con lo cual se le fué al diablo la roca de las manos. La verdad es, que este puente fué cons-

truido hácia el siglo XII por un abad muy entendido, llamado Geraldo, y su fabricacion, más imponente en otros tiempos, aun queda intacta bajo el nuevo puente concluido en 1830, por el génio emprendedor del siglo, que haciendo cosas mayores, está ya á salvo de que cargue el diablo con la fama de sus hechuras. Tambien hay en el valle del mencionado Reuss, donde la naturaleza ha acumulado grandiosas y terribles perspectivas, otro puente formado sobre el camino de Saint Gothard, á que llaman los del canton de Uri *el salto del monge.* Dícese que un monge habia sacado á una jóven de la casa de sus padres, y que huyendo con ella por las montañas, en la violencia de su pasion saltaba de roca en roca, á pesar de la preciosa carga y de los hábitos, con tanta ligereza como si volase.

Estas creencias son muy propias de la bondad y sencillez proverbiales de los moradores del canton de Uri, principalmente dados á la vida pastoril, y por lo tanto más rústico y pobre en su aspecto que los demas en que fomentan las industrias. Su gobierno es una democracia pura, como el de los Grisones y otros varios; pero aplicable á él lo que escribe Meister acerca de la igualdad consagrada en la constitucion de Zurich, la ciudad sábia, la Atenas de la Suiza. «La constitucion, dice, establece el principio de igualdad, al menos entre todas las familias y todas las condiciones que gozaban del derecho de ciudadanía *Zurichense;* pero este nivel, quimérico por naturaleza, no podia existir mucho tiempo. Pronto se vieron renacer entre la democracia más pequeña y más democrática, distinciones hereditarias más ó menos notables, y una especie de patriciado, de hecho, si no de derecho. Teníamos, pues, en nuestra pequeña república familias patricias y familias plebeyas.»

Con todo esto el gobierno de la Suiza es el más lógico y apropiado á las condiciones del suelo, de los habitantes y de la moderna diplomacia, que como ya hemos dicho, está interesada en la independencia de esta pequeña nacion, y por muchos defectos que hayan notado algunos en la sociedad y en las instituciones de esta confederacion, es claro que son más venturosos gobernándose segun les dicta su interés y conveniencia propia, que no por la voluntad de otros. Tomados en globo, nótase en los suizos rectitud, discrecion, perseverante industria, costumbres domésticas, y esa especie de cultura solitaria y profunda, que teme la luz, que huye el choque, que no pretende brillar ni fascinar como la de los franceses, sino que le basta la conciencia de sí misma. En suma, los suizos, por sus libres instituciones, su honradez y buen trato para con los extranjeros, no contribuyen menos que las bellezas de su territorio á llamar á sí á los curiosos de todas las partes del globo, que acuden á presentar su homenaje de admiracion al imponente Mont Blanc, ya desde Servoz, ya desde Chamounix; aunque el ánimo con que parten desde Génova á este delicioso valle, va disminuyendo á medida que se acerca este rey de los mon-

tes europeos. Subir al Montauvert, visitar el mar de hielo y refrescarse en el *templo de la naturaleza*, es harta hazaña para un *tourista* razonable, que no necesita explorar la ley del movimiento de aquellos helados torrentes y olas cristalizadas. Goethe, Byron, Simond, Lemaistre, Dumas, Topfell y otros viajeros más curiosos nos han descrito bellísimas perspectivas de este laboratorio de maravillas; pero honra y alabanzas sean dadas á los operarios de la ciencia, á los navegantes por estos mares tan peligrosos, como Saussure, Bourrit, Merian, Agassiz, Gruner y Yorbes entre otros muchos.

Vengamos ahora al Tirol, y por cierto que no se comprende la razon del desden con que los viajeros han mirado este territorio, que en bellezas naturales compite con la Suiza, y que es en efecto la misma Suiza dentro y bajo el imperio de Alemania, con altísimas montañas, *glaciers*, avalanchas, lagos y cascadas, si ya no es que todo causa molestia al caminante; lo largo del invierno, lo insoportable del verano, la falta de agricultura y la sobra de inquisiciones de la policía tudesca. Por lo demas los Alpes tiroleses tienen en el Orteles uno de los más altos picos de Europa: el lago de Garda no cede en belleza á ninguno de los más celebrados, ni menos los valles de Eppan y de Adige, ni Inspruck á ninguna de las poblaciones helvéticas, ni sus paisajes á los de la nacion favorita de los curiosos desocupados. Lo cierto es, sin embargo, que al Tirol van raramente los excursionistas, y aun los que atravesaron el país, sin duda hastiados ya de pintorescas perspectivas, no fijaron su atencion en las que de nuevo se les ofrecian.

Con saber que cinco sestas partes del Tirol son pura roca, se calculará lo poco adaptable que es el país para la agricultura, y lo mucho que tendrán que confiar en su industria los habitantes. Sobre esta desventaja permanente, tienen otras periódicas, como el reinado del Siroco, hácia el fin del estío, viento que debilita las fuerzas físicas, precipita la sangre hácia la cabeza y ocasiona violentos vómitos; no siendo por tanto extraño que una gran parte de los naturales emigre y recorra todas las comarcas de Europa, escogiendo las principales capitales para vender sus artefactos ó lucir sus felices disposiciones para la música, que aman con tanto delirio como la caza.

Son las cualidades más notables de este pueblo la laboriosidad, la buena fé y docilidad, y sobre todo el temor á las innovaciones; prueba de que estarán muy contentos con su suerte. En las capitales de primer órden se les ve siempre, ora ocupados en el comercio de objetos de madera que labran con una perfeccion y facilidad admirables, así como estátuas, imágenes, etc., ora en las ferias famosas, ora en los teatros deleitando con sus extrañas canciones, en que imitan los ruidos de las cascadas y los ecos de las montañas, y no menos con sus graciosos trajes.

La mayor parte de los tiroleses son de orígen aleman, cuyo carácter conservan todavía, con alguna mezcla de la raza italiana en las partes que á Italia se avecinan. La religion dominante es la católica, al contrario que en la Suiza libre, y acaso de esta creencia proviene su devocion á la casa de Hapsburgo. Esta lealtad se observa en todas sus cosas y con especialidad en sus tratos y negocios en que ya se convierte en otra virtud, que es la probidad. En esto son de tal naturaleza, que ordinariamente encargan varios vecinos industriosos todos los productos de sus manos á un solo individuo, el cual los lleva á las ferias, y á su vuelta hace la distribucion de los bienes con el mayor desinterés. Consecuencia de este buen fondo, es la escasez de crímenes y particularmente de los ataques á la propiedad, considerada por tan segura que las más de las puertas carecen de cerraduras, cerrojos y otras invenciones para protejerla. Su natural bondad nunca se ostenta más visiblemente que con los extranjeros, á los cuales miran y rodean con curiosidad de niños, les siguen á todas partes, se empeñan en servirles de una ó de otra manera, y en fuerza de oficiosos suelen molestar; pero verdaderamente abate el enojo que causan el ver que lo hacen con buen deseo.

Aunque en países montañosos y de diversos climas cada zona influye en el carácter de los habitantes y en sus pasiones, se puede decir que la de la caza es universal entre los tiroleses, y tanto, que en varias ocasiones en que se han acotado los campos y los montes, por miedo de su extincion, el dar licencia de escopeta era la recompensa con que el gobierno premiaba la buena conducta ó los servicios de los ciudadanos.

La caza de la gamuza ó cabra montés parece ser la más favorita de los tiroeses, quienes en la condicion y peligros que ofrece la persecucion de este animal, hallan gran empleo á su audacia y desprecio de los obstáculos que les oponen los precipicios y asperezas de las montañas. Con esta aficion innata, se relaciona un extraordinario suceso de que se conserva aun el recuerdo en una institucion piadosa y tiene el tinte y el carácter de legendario, mostrándose en él cuán grande es la abnegacion y el arrojo de estos cazadores. Quien quiera que haya visitado el Tirol y visto la linda ciudad de Inspruck, habrá curioseado la celda de Maximiliano en el convento de los Capuchinos, consistente en una pieza y un oratorio pequeño contiguo, desde el cual se ve el altar mayor de la iglesia, siendo muy semejante al oratorio de Felipe II que se muestra á los viajeros en el Escorial, y así como de éste se conservan la silla, la cartera con que despachó con Antonio Perez y el banco en que reclinaba sus piés, tambien se conservan del Archiduque la silla, el modesto lecho y algunos restos de muebles que fabricó en las muchas veces que allí pasó temporadas, bien que por otra causa que la que llevaba á Felipe á San Lorenzo.

Cuenta, en efecto, la tradicion, que cazando Maximiliano á dos leguas de esta villa y cerca del lugar que llaman el muro de San Martin, corte casi perpendicular practicado naturalmente en una elevada montaña, llegó á su altura persiguiendo á una cabra montés, en cuya empresa le avino perder pié y precipitarse en aquel abismo; pero por un raro accidente el cuerpo quedó enganchado en un hierro que llevaba en su vestido, ó segun se cree en una de sus espuelas, hácia el último tercio de su caida. Temia el desgraciado que por momentos cediese al peso del cuerpo y se hiciese pedazos, y así comenzó á encomendar á Dios su alma. Los de su séquito, notando su ausencia, le buscaron y hallaron en aquel tremendo peligro; pero por más que hicieron no lograron darle auxilio, aunque todos los de Inspruck se habian reunido y procuraban salvarle. Al fin, sintiéndose agonizar, pidió que le diesen los sacramentos, que recibió de intencion estando el sacerdote al pié del monte y á gran distancia. En este punto apareció en la cumbre un cazador llamado Zips, que le dijo: «Espera, voy á resbalarme como tú por el muro, y agárrate cuando yo pase.» Dicho esto se precipitó, y al pasar, ambos se agarraron y vinieron á caer seguros donde el pueblo y el clero los esperaban. En memoria de esto, el archiduque se retiraba todos los años á penitencia por catorce dias, que fueron las catorce horas que estuvo suspendido en la roca.

El traje del cazador tirolés es bellísimo y original, no siéndolo menos las creencias extraordinarias que tienen en ciertas virtudes de los cazadores y en la significacion de ciertos fenómenos naturales, á lo que contribuyen la religion y la fisonomía del terreno que les rodea. Uno, por ejemplo, tiene particular excelencia en el combate con los osos, á quienes puede combatir en sus cuevas, en la carrera, á cuchillo, á escopeta, y aun cuerpo á cuerpo, sin temor de sus garras: otro está á prueba de bala y de golpes del enemigo, creyendo que jamás le tocarán al pelo de la ropa los más diestros tiradores, y tras de estas supersticiones vienen las creencias en los génios, fantasmas, almas en pena, duendes, y sombras causadores del viento, del ruido, de las exhalaciones, y que es necesario conjurar á toda costa, encomendándose á una imágen que en toda casa se reverencia y se constituye en la protectora de la familia.

Bien se echa de ver este espíritu en la ciudad de Brixen, antiguo principado, cuyo territorio regado por el Eisach esta cuajado de pequeños lugares y aldehuelas, en las que todos se dedican á la cria del ganado lanar, á causa de la esterilidad de los valles. Brixen tendrá próximamente tres mil y quinientos habitantes, y los campanarios son casi tan numerosos como las habitaciones, contándose además de las iglesias cinco conventos, de suerte que las calles parecen desiertas estando reclusos la mayor parte de los moradores. Pero si en esta villa domina la soledad sombría



Drawn by J. Browne. Engraved by C. E. Wagstaff.

Tirol_ La Vuelta al Hogar.

en medio de la pintoresca situacion en que se halla, vista particularmente desde la confluencia de los rios Rienz y Eisach, la de Bolzano, en el centro del Tirol, mitad alemana y mitad italiana, con su iglesia, especie de catedral en miniatura, presenta un aspecto diametralmente opuesto. Allí reina el ruido, se asienta la industria con sus fraguas, chimeneas y martillos, y sus moradores pasan la vida en la calle. Todo se hace de puertas afuera. Los sastres cortan, los barberos rapan, las lavanderas tienden, los industriales trabajan á la puerta de sus casas, y al tenor de esto en los dias de semana, cuando llega un dia festivo, no queda alma bajo techado, sino que corren á los paseos y alrededores, á lucir unos los trajes nacionales y otros los que la moda ha introducido.

Una extraña costumbre se conserva aun en el valle de Zell, que en algo semeja la institucion del maestrazgo, ó *campeonazgo* de los pugilistas ingleses; siendo de notar que en esta parte del Tirol es donde hay más protestantes, ó mejor dicho, más individuos que tienen una religion acomodaticia. Los rústicos se apasionan con extremo de una especie de lucha que consiste en atraerse y derribar al adversario sin agarrarse recíprocamente más que el dedo cordial. Muchas veces un tirolés sube á la montaña y da un grito agudo y provocador. Esta voz ó provocacion no se dirige á ninguno en particular; pero todos los que la oyen, por punto de honor están obligados á concurrir al llamamiento. Los dos adversarios se encuentran, guiándose por los ahullidos que recíprocamente lanzan. Cuéntase que en una ocasion, uno de estos jóvenes que aceptan los desafíos caminaba en compañía de un viejo. La voz le llama desde léjos á la lucha: responde; pero al doblar una roca reconoce á un amigo, con cuya hermana desea contraer matrimonio. Duda; mas no estando solo, un falso puntillo de honra le ofusca y le aconseja. Comienza la lucha sin hostilidad en los primeros momentos, y el testigo anima, amonesta, excita; los combatientes se arrastran, á derecha, á izquierda, caen, se levantan, acalorándose poco á poco hasta que por fin se declara la victoria. El vencedor coje por la mitad del cuerpo á su adversario y le arroja en tierra; pero despechado éste, muerde la nariz de su contendiente y se la arranca de un bocado. El testigo impasible juzga en su larga experiencia que es conforme á las reglas del combate arrancar la nariz, ni más ni menos que sacar un ojo, y así, mientras que la nariz del vencedor está entre los dientes del vencido, aquel con su dedo saca un ojo á su adversario rencoroso, declarando el anciano juez que queda satisfecho el código del honor.

De la poblacion de Bolzano, se va por lo general á hacer una visita á Groeden, cuyos habitantes diseminados en vistosas casas sobre una roca de verdura, se distinguen por la prontitud y habilidad con que hacen juguetes de madera, especialmente animales. Estos son los que surten todos los mercados de Alemania, que

á su vez surte á Italia, España y aun á América, con una baratura extraordinaria: tal es la destreza con que trabajan, sin más estudios ni rudimentos de dibujo que el sentimiento de lo verdadero y el instinto de la imitacion. Recientemente se estableció en aquel distrito una escuela de dibujo, de la cual se rieron y con razon estos Roldanes rústicos, diciendo que aquel talento no se aprende sino se inspira; cuanto más, que en esta manufactura es tan impropia la perfeccion como la fealdad excesivas, pues ni es un oficio ni llega á ser arte. Por supuesto que esa extremada ligereza con que reproducen una misma figura, no se adquiere sino á veces á grande costa, y apenas hay un trabajador que no lleve en sus manos las señales de algun descuido.

Cerca de Groeden está la poblacion de Castelruth, notable por adorarse en su iglesia una santa barbuda, cuya barba crece y vuelve á crecer en la misma estátua. Los vecinos refieren que santa Kumnerniss era en la edad media una bailarina famosa, á quien todos admiraban por su gracia, habilidad y hermosura; siendo por lo tanto perseguida de una turba de amantes, que no desperdiciaban medio ni ocasion de dar al traste con su virtud. Para castigarlos, la jóven rogó al cielo la volviese fea, y el cielo oyendo piadoso su súplica, la acorrió en el trance, enviándole una luenguísima barba, que fué castillo de su inocencia, pues con sola ella, se ahuyentaron los enemigos.

En este distrito es notable el traje de los tiroleses, consistente en chaquetas negras, bordadas de azul, calzon corto de color verde, cinturon asimismo verde, chaleco encarnado y sombrero negro de razonable anchura. Y puesto que hablamos de los trajes, observaremos que los habitantes de cada valle, sin variar la forma del traje nacional, se distinguen por los colores de las piezas ó prendas que le componen, de suerte que un tirolés luego conoce por estas señales á qué parte del país pertenecen sus compatriotas. En el valle de Sarn, los calzones son negros, encarnado el chaleco, pardo el cinturon, roja la chaqueta, blancas las medias y verde el empinado sombrero que adornan cintas y plumas de pavo real; mientras que en el pintoresco valle de Meran, las chaquetas son pardas, bordadas y festoneadas con cintas de grana, y verdes los anchísimos cinturones y sombreros. Este traje es, sin duda, uno de los más vistosos y artísticos que aun se conservan en Europa, y tiene alguna analogía con el de los valencianos. Las mujeres llevan sayas negras, delantales blancos, corpiños ó cotillas azules, medias blancas y sombreros de paja, con lo cual aparecen las más encantadoras figuras sobre el fondo pintoresco y rústico de los paisajes del Tirol, en cuyas montañas pasan como los suizos parte del año, huyendo de las poblaciones, que quedan en el estío casi desiertas, á causa del calor. La parte más saludable de este país, es la que confina con la Lombardía, donde existió en un tiempo la capital, en la hoy muy frecuentada ciudad de Meran, no

solo por los aires balsámicos que en ella se respiran, cuanto por la romántica belleza de su situacion á las orillas del Passer, teniendo á la espalda altísimas montañas y lagos, siendo cosa de notar que en esta poblacion es donde visten las tirolesas con menos gusto, llevando monstruosos sombreros de lana, anchos zagalejos y medias encarnadas, con lo cual se desfiguran completamente.

Como las fiestas y ceremonias de los casamientos son siempre muchas y notables donde quiera que hay costumbres sencillas y apego á la tradicion, no escasean los tiroleses el ritual matrimoniesco. Así se observa que en el dia en que se publican por primera vez las amonestaciones, el amante toma el nombre de *novicio* y de *novicia* la doncella, al parecer del mismo orígen latino, *nova nupta* ó *nubia*, que formó nuestro *novio* y *novia*. El dia de la segunda amonestacion aparecen los dichos en la iglesia, puesto ya el traje y atavío nupcial, que en la doncella se distingue por el sombrero verde y mangas encarnadas. En los dias siguientes se hace el convite á los amigos, y en este período llevan los futuros esposos traje negro como si fuesen al suplicio. En el tercer domingo y tercera amonestacion reciben los sacramentos, y contra la preocupacion vulgar de que «el martes, ni te cases ni te embarques,» el casamiento se verifica en este dia, precedido de un almuerzo en casa de la novia, en que aparece la primera dama ó paje y pide la extradicion de la doncella, que tiene lugar fingiendo oposicion y lágrimas tanto ella como sus parientes y amigos, y de allí pasa á la iglesia donde le aguarda el novio y se celebra la ceremonia. Acabada ésta, vanse todos á la posada de la villa, menos los padres, y en medio del banquete que les espera, deben levantarse los desposados y bailar el baile llamado el Kraut. Acabado el banquete, el cura pronuncia una arenga, celebrando las buenas prendas de los maridos, á que contesta el esposo, semejante en esto á la costumbre inglesa, dando además gracias por el banquete. Para la cena están presentes los padres, y se termina con danzas, repitiéndose el festejo al siguiente dia por cuenta y cargo del novio, y concluyendo con el uso no muy moderado de sus vinos de Lana y Meran, y carnes curadas, pues los tiroleses, particularmente los campesinos, tienen tan buen diente como excelente salud.

En suma, es este pueblo, en conjunto, sencillo, fuerte, honrado, amigo de sus montañas y del género de vida que la civilizacion va aniquilando en todas partes, como si fuera una cruzada de materialismo y prosaismo contra todo lo que es bello, sencillo y poético.

Parecen rudos los tiroleses, como los suizos, y esta aparente rudeza no es más que efecto de su carácter independiente. En punto á su valor, baste recordar que, solos, se atrevieron á hacer frente á los ejércitos de Napoleon, asombrando á la Europa con sus hechos en 1809, y que si los suizos tienen su famoso sagitario

Tell, ellos pueden presentar al extraordinario Hofer, que pasara por héroe fabuloso, si en 1838 no se hubiera presenciado la armazon de caballería de uno de sus nietos. Si es cierto que son algo supersticiosos y violentos, tambien lo es que su honradez y rectitud de espíritu por un lado, y su aficion extraordinaria á la música por otro, neutralizan en gran modo el mal que pudieran causar aquellas dos tendencias.

COSTUMBRES DEL UNIVERSO PA 24



Tell, ellos [illegible] que pasara por héroe fabuloso, [illegible] de caballería de uno de sus [illegible] violentos, tambien lo es que su [illegible] aficion extraordinaria á la música por [illegible] pudieran causar aquellas dos ten- [illegible]



Drawn by J. Brown. Engraved by W. Finden.

Savoya — La Pastora.

FRANCIA.

I.

¡Francia!... ¡Oh, Francia *la louée!* como el antiguo bardo cantaba: tierra del paraíso, pues aunque el Eden se huyó de acá abajo, estás llena de Elíseos campos, grutas de amor, jardines de invierno, castillos de flores, selvas imitadas y prados contrahechos. ¡Oh, París! la gran ciudad, donde *tout est doré,* donde todo se muestra, como el judío la ropa, por el lado más lustroso. A tí van los melancólicos, y sanan; á tí van los heráclitos, y rien. A tí acuden los príncipes á ostentar su grandeza, las hermosas á buscar un trono, los artistas un pedestal, los ricos á gastar su hacienda, los jóvenes su vida, las doncellas su inocencia y el tiempo los desocupados.

En tu esfera, ¡oh, país afortunado! se vive al vapor, se come sin apetito, se bebe sin sed, se duerme de dia, se habla sin medida, se rie á toda hora, se pelea sin causa, se ama por interés, se adula por costumbre, dominan los caprichos, reina la moda, vence la ostentacion, triunfa la novedad, tiene el éxito una corona y un perpétuo trono la inconstancia. Gozar, triunfar, reir, beber, vivir, cantar, bailar, y *vive la bagatelle et vive la gloire.*

¡Oh patria de Vadé, Piron, Collé, Panard, Menguin y Trissotin, de Guignol y del *Ba-ta-clan:*

Tú, que placer vertiendo en áurea copa,
Chipre moderna, Cápua afortunada,
Ya eres, mimo de Vénus, reposada,
Ya eres furia de Marte ante la Europa:
Tú, que de artistas la graciosa tropa
A tus caprichos ves asalariada,
Y surtes á dos mundos, afamada,
De farsas, libros, modas, vino y sopa!

¡Quién pudiera revelar tus misterios, pintar tus locuras, numerar tus atractivos, seguir tus vuelos y hallar el secreto con que encantas, atraes y enredas los sentidos, nueva Circe de los modernos peregrinos! Se va á California por oro, á Inglaterra por negocios, á Baden por lujo, á Suiza por moda, á Italia por poesía, á Niza por salud, á Roma por indulgencias, á Andalucía por cielo, y solo tú, sirena irresistible, con un rio brumoso atraes al mundo á la corriente de tus placeres. Desde los tiempos de Carlomagno ya era tu París famoso, y allí vino Angélica desde nada menos que el Catay á revolver á los doce pares, como revuelve hoy á un príncipe ruso una anónima de Loreto.

¿Por qué hay palidez en los semblantes, llanto en los ojos ó rugas en el entrecejo? Al diablo la tristeza: los hombres no son filósofos. ¿Cuántas vidas hay? ¡Una! *Allons, donc: vivons gaîment.* Tal es la filosofía de este pueblo. ¿Quién piensa en el porvenir? El francés, sensualista por excelencia, se embriaga en lo presente, y sabe distinguir la menor partícula de bien en un diluvio de males, y la más imperceptible rosa entre un millon de espinas. Él ha profundizado la fisiología del deleite y perfeccionado el arte de agradar á los sentidos, de embriagar la fantasía en un mundo de alquimia y de oropel en que el hombre se aletarga y se deja engañar por la apariencia, aunque conozca el engaño, pues suple á la calidad del goce la cantidad y la presteza con que obedece al deseo más caprichoso. Este es el gran secreto que lleva á todos á la capital de Francia, en donde, desde el primer momento, se encuentra el viajero *chez soi,* como si allí hubiese nacido. En cualquier otro país el peregrino echa de menos su casa, sus placeres, sus costumbres y recreos: en París no tiene por qué quejarse, pues desde el primer dia entra á la parte en los goces de los naturales, que todas sus puertas le abren y le convidan á vivir *á son aise,* en la seguridad de que no porque falten los rios de oro dejan de correr los arroyos del deleite, á diferencia de la suerte de su rival vecina. En Francia tiene su asiento en el banquete del placer hasta el último ciudadano, y si á mano viene, á más altura llega el termómetro de la felicidad en el barrio latino que en el de *Saint Germain.* Es esta nacion como el *hôtel* ó casino del universo, en

donde hay habitaciones de todos precios; pero todos los huéspedes gozan de la misma alegría, de la misma luz y atmósfera; y este bienestar general, esta satisfaccion, esta cultura tan extendida, este buen humor, y el sentimiento admirable y rápido que el francés tiene para comprender la belleza y sacar partido de todo, embelesa á los curiosos que andan en busca de sensaciones.

Los franceses son, sin duda, el pueblo más lógico y perseverante en su carácter nacional, conjunto de contradicciones, de grandes vicios y de grandes virtudes; pero que con todo esto les ha llevado á un grado admirable de riqueza, progreso y poderío. Cierto que si un pueblo pudiera observar el orígen de sus defectos y tuviera empeño en enmendarlos, acaso los franceses llegaran á ser hoy los más superiores en Europa; pero las naciones son fieles á los elementos que las constituyeron en sus principios. La Francia tiene hoy como ha tenido siempre marcado el sello del influjo celta, ó mejor dicho, *gaélico*, raza apasionada, ardiente, voluble, sensual, presta para aprender, presta para desechar y hambrienta siempre de novedades. A esta cualidad impresionable y á esta disposicion á dejarse llevar fácilmente por influjos externos, se debe en gran parte el progreso que esta nacion ha hecho; pero este constante estímulo tiene tambien su desventaja, pues lanzándose á todo con entusiasmo, aceptándolo todo sin beneficio de inventario, y poniendo en todo la mira en el goce sensual, en la apariencia más que en la sustancia, se está sujeto á muchos desengaños. Entre la sensibilidad y las fuerzas físicas y morales de un pueblo se establece cierto equilibrio, y si las facultades se gastan en ostentacion, ó se emplean en fomentar lo supérfluo, lo agradable y lo puramente ficticio, claro es que debe haber un *déficit* en las verdaderas necesidades. Este es el daño que há mucho tiempo viene sufriendo la Francia, consecuencia lógica de su carácter voluble y voluntad instable. Políticamente es el francés dado, ya un dia á la obediencia ciega, ya otro al horror hácia toda servidumbre. En medio de esto es apasionado por la gloria, y la gloria necesita de la conquista, *siquiera sea por una idea,* y la conquista de los ejércitos, y los ejércitos del soldado, y el soldado ha sido siempre en Europa el instrumento del poder, y donde hay un gran ejército hay términos hábiles para apoderarse de la autoridad como á los franceses les ha sucedido muchas veces; pero á bien que no hay mal que cien años dure. ¿Quién no pensara que el pueblo que se encargó de representar por la Europa entera la gran tragedia política del siglo pasado, fuera hoy el gran país donde la libertad tuviera su asiento? Pero los franceses, como grandes génios y excelentes actores, tienen á orgullo representar bien todo lo que emprenden, sin curarse del resultado; y á más de esto, su viveza les hace ir turnando en pasiones y en objetos, y unas veces ponen su atencion en la política, otras en la guerra, hoy en los intereses, mañana en las

ciencias; pero nunca en todas estas cuestiones juntas, dividiendo su entusiasmo y mirándolo todo con la frialdad y calma de sus vecinos. El dia en que se convencen de que están mal gobernados, hacen una revolucion en dos paletas, sustituyen otro régimen, principian con ardor, y cual si les bastara el aplauso y la satisfaccion de lo que han hecho y de lo que son capaces de hacer, comienza á invadirles el frio y la pereza, dejan que otros más calculadores é interesados persigan sus fines, y acaso se entretienen en hacer cola á la puerta de un coliseo para ver la representacion de una comedia que satiriza su inconstancia.

¿Quién como los franceses para formar constituciones, establecer principios y deducir rigorosas consecuencias? Mirad sus génios. Fourier se ve obligado á mentir cuando niño, y sin educacion, sin estudios, sin más que su conciencia, raciocina que, pues la mentira es un instrumento necesario en nuestro estado social, la organizacion de nuestras sociedades ha de ser viciosa y reposar sobre falsos fundamentos. De este principio va nada menos que al sistema societario, que es una organizacion nueva, completa, capaz de eclipsar á las de los Minos, Confucios y Licurgos. Observa Proudhon, siendo cajista de una imprenta, la falta de relacion entre las leyes del capital y del trabajo, y con una pasmosa dialéctica llega á la conclusion famosa que le dió renombre en todo el universo. Tal es el carácter de esta raza. Hablará de derechos y de justicia, recorrerá la region de las teorías y señalará lo que ha de hacerse y lo que ha de evitarse; pero como aquel astrónomo que mirando al cielo tropezaba en el suelo, el hecho está comunmente en oposicion con la teoría, y el hecho es más lógico, si cabe, que la misma lógica. Habla de igualdad, y los Napoleones vienen á realizar el sueño de *Baboeuf:* la igualdad de la servidumbre. Busca la república, y cae en el imperio: ¿no es todo uno? y aun mejor, porque con negociaciones se acorta el camino. ¡Los derechos! *ah, parbleu,* los derechos traen consigo obligaciones. ¿Sabeis lo que cuesta el ser libre? ¿Habeis visto al *pobre* ciudadano inglés, dejar sus negocios y su familia durante diez ó quince dias, sentarse en la sala del jurado, oir mil cosas inconexas, amen de solicismos y barbarismos que lastiman á los gramáticos oidos, y luego por remate tener que pasarse en flores y á oscuras todo el tiempo que tarden en ponerse de acuerdo doce hijos de Adan? *Dites-moi un peu,* ¿no es mejor enganchar una victoria y presentarse, *avec son petit bijou,* en el bosque de *Boulogne,* ó cazar en *Compiegne,* ó *flanner* desde la rue Royal hasta el *Boulevard des Italiens?*

Pues no digo nada del peazgo y servicio de las guardias, y esto de tener que ir á votar... ¡al diablo se le ocurre otra! ¡Pues si por no querer obligaciones tenemos hidrofobia al matrimonio! Todo lo que es ley, regla, órden, *nous fait mal á la tête.* Véase la literatura, véase la novela y el teatro. Es la cruzada del desórden y la apo-

teosis del sensualismo. Ah, *nous autres, vrais enfants,* necesitamos un gobierno de *alta presion;* de un hombre que piense por nosotros; que se encargue de este oficio *embetant et ennuyeux,* y nos deje la *Maison dorée* y el *Café Anglais,* y *Mabille,* y el *Pré Catelan,* y los *Funambules,* y *les Folies dramatiques,* y un *journal pour rire,* y hacer *calembours,* y decir *bons mots,* y si puede ser, un poco de ruido de cañon, de *drapeau triomphant* y *tambour battant.* En cambio de esto, tome nuestros derechos y buen provecho le haga, que á fé que tenemos aquí un *Charivari* para sacarlo á la vergüenza en cuanto se descuide, y ponerlo en ridículo.

Un dia se encuentran en el *Palais Royal* dos franceses:

—¿Qué hay de nuevo?

—Una historia de *perroquet.*

—¡Raro! ayer corria por París un cuento de *serpent:* verdaderamente los animales nos están avergonzando.

—Sí, son los héroes del siglo XIX.

—¿No ha dado ningun autor dramático en hacer protagonista á un animal? Por ejemplo, para pintar la sed de oro, una sanguijuela...

—Y en lugar de gemelos, microscopios.

—Veamos tu historia de *perroquet.*

—*Ah, ça!* Figúrate tú, amigo mio, que ayer, cuando los *gendarmes* invadieron la casa de *Monsieur le senateur* G, en donde se hallaban *Monsieur le deputé* H, y varios *Monsieurs decorés,* un loro gritó *vive la republique,* con una naturalidad tan asombrosa, que alarmó á la fuerza armada.

—¿Y qué?

—Que lo llevaron al *violon,* con todos los demas.

—¡Ah, *sapristi!* si yo tuviera mi periódico... pero ayer mismo recibió la tercera *amonestacion,* y ya se ha *casado* con la nada.

Todo esto es muy francés y lo que se evapora en *bons mots,* produciria en la nacion inglesa una verdadera conmocion, una discusion pública acalorada, una general protesta, que llegaria sin teorías á la última consecuencia en el terreno de los hechos, hasta sacar á salvo sus derechos.

¡Qué contraste entre los dos pueblos más poderosos de la tierra! Inglaterra y Francia no son dos naciones; son dos mundos separados por un canal; dos polos opuestos. Parece increible que dos países entre los cuales hay una comunicacion tan frecuente, hayan llegado por medios más encontrados á equilibrarse y rivalizar en poderío, lo cual prueba que por todas partes se va á Roma, y que no es necesario amoldar las naciones á los sistemas, sino los sistemas á las naciones. En todas las que los hombres se han forjado *ideales* está la sociedad más atrasada. Los italianos, los

alemanes, los franceses, los españoles; los unos con su sentimiento de la belleza, los otros con sus abstractas y profundas meditaciones, éstos con su precision y rigor dialéctico y espíritu sistemático, y aquellos con su fantasía ardiente y dorados sueños de perfeccion no han logrado lo que el buen *John Bull* ayudado de su pesado y mazacote entendimiento, tal vez porque el gobernar es obra tosca necesitada de solo paciencia, buen sentido y solidez, y no del conocimiento de lo sublime y de lo bello.

Al hablar de Francia, una de las cosas que tendremos siempre á la vista es la utilidad de la comparacion respectiva de usos y costumbres, caractéres, ingenio y tendencias, entre esta nacion y la Inglaterra, por ser las que presumen de más civilizadas é influyentes en los negocios humanos. Bajo este punto de vista hallarán tambien alguna novedad nuestros lectores, y la balanza no se inclinará siempre del lado de los galos, aunque pongan la espada los modernos Brenos. De este modo se nos presentará la Francia bajo diversa luz de la que siempre refleja en su fisonomía, ya por ilusion óptica de nuestra parte, efecto de nuestra simpatía, ya por seguir á pié juntillo la opinion de los que hacen de juez y parte en la misma causa, como son sus propios hijos. No hay que negarlo: querémosla bien, porque nos tratamos más á menudo, y aunque á veces murmuramos y conocemos sus defectos, lo cierto es que de sus almacenes y fábricas tomamos sus errores, aciertos, locuras, vicios, virtudes, pensamientos, maneras, lenguaje é instituciones. Há mucho tiempo que hemos visto á uno pedir un diccionario francés para leer un libro español. ¿Quién sabe lo que sucederá, ahora que se ha puesto en explotacion la línea férrea del Norte? Pero lo que no sucederá, es que se hable el idioma de Mendoza y de Cervantes en la córte de las Tullerías, como aconteció en otras épocas: hecho que no ignorarán los aficionados á lectura económica y popular, muy familiarizados con la historia del vecino imperio y acaso no tanto con la nuestra.

Comenzando á comparar un pueblo con otro, nos fijarémos en el punto del arte de gobernar, á que ya hemos hecho referencia, para notar los contrastes en las tendencias y disposiciones de una y otra raza. Los franceses, dijimos, no tienen competidores en precision y rigor científico; son filosóficos y sistemáticos; los ingleses son el polo opuesto, es decir, eminentemente prácticos y empíricos.

La inteligencia de los franceses, viva y levantada, se remonta á los primeros principios en las cuestiones al parecer más triviales; sus vecinos tienen horror á este procedimiento, y no recurren á principios filosóficos ni en las cuestiones más árduas, como si temiesen mostrar su poca aptitud en estas especulaciones.

En todas las disputas sobre cuestiones sociales se ve al francés partir de las leyes de la naturaleza y los derechos del hombre: el inglés rara vez busca más precedentes que aquellos que puede hallar en su particular historia.

¿Hay tal cosa que parezca en teoría buena, que satisface á la razon en absoluto, que viene con regla, compás y escuadra en su elaboracion? pues han de llevarla á cabo los franceses, aunque la experiencia les cueste un desengaño. ¿Es inaudito un plan? tanto mejor. ¿Es un proyecto sin antecedentes, originalísimo por completo? acrecienta el entusiasmo. El breton se las calza al revés: la mejora más excelente, la reforma mejor ideada ha de tener una garantía en el pasado, un ensayo análogo antecedente. Por eso se dice, que el medio más seguro para que el inglés camine adelante, es hacerlo mirar atrás, pues nada hace científicamente, sino apoyado en la experiencia, y el solo nombre de teoría le ataca los nervios. Todo lo que es crear, fabricar de nuevo, cautiva á los franceses, á quienes repugnan remiendos, soldaduras, ensambladuras y recomposiciones, seguros como lo están, que no tienen más que echar á volar su inteligencia para hallar nuevos patrones. Los ingleses siempre están poniendo piezas nuevas á vestidos viejos, tapando rotos y cosiendo descosidos.

A la vista de un mal es notabilísima la actitud de estos dos diversos pueblos. El francés es capaz de atender, y atiende, en efecto, á explicar su naturaleza, investigar su orígen, conocer las causas y averiguar su filiacion, parentesco y relaciones en la gran familia de los males, y si á mano viene dejará de aplicarle el remedio. El inglés no se entromete en esas profundidades ni disquisiciones. Ve un mal, y sin entretenerse á averiguar de su familia y alcurnia, le ataca por la parte que halla más á mano, en la inteligencia de que si puede pelar á un árbol las hojas, no irá á secar la raiz para que de mustias se caigan. El procedimiento es más pesado; pero es tambien más seguro.

Los franceses van marchando desde hace muchos años hácia su bello ideal de gobernacion, y en la hora presente no están más cercanos de él que al principio, ni es seguro que mañana no caigan en peor estado. Los ingleses, con una legislacion monstruosa é inconexa, enemigos de toda precision dialéctica en sus cuestiones morales y políticas, raciocinando en las córtes con el comun sentido y llaneza de formas que Pedro en su casa, han mantenido la libertad que una vez consiguieran, y van poco á poco andando, ó parándose de vez en cuando; pero jamás retrocediendo, porque el tiempo es oro, y no están para hacer las cosas dos veces, y menos las que tanto cuesta el concluirlas.

Esto depende de la perseverancia de los unos y de lo versátil de los otros. Ya dijimos la indiferencia con que mira el francés sus derechos, sin perjuicio de que cuando se entusiasma por ellos, sea capaz de entronizar el *moi*, como endiosó la razon, y plantó árboles de libertad. Todo esto es artístico, bello, histórico y plástico. Los ingleses no entienden de este barniz y decorado, pero nunca dejan de dar á esta materia la importancia que se merece. Positivos, materialistas, codiciosos,

mercachifles, como se los llama, no ceden por nada y para nada sus derechos, y cumplen sus obligaciones con paciencia como hallando en las unas las garantías de los otros.

Pero no hay que hacer cargo á los unos, ni elogio de los otros, por lo que hoy poseen, como si fuera obra del momento, ó dependiente de la superioridad de un hombre. Todas las naciones no pueden sobresalir en la misma línea, como tampoco lo pueden todos los individuos, y el sobresalir la Inglaterra en punto á saber gobernarse no es por la perfeccion, ni bondad, ni mágia de sus instituciones, sino por la peculiaridad del carácter nacional, pues teóricamente nada hay más defectuoso que la constitucion inglesa.

Prosigamos el paralelo bajo otros aspectos.

La viveza y movilidad del galo le predispone á hallar atractivo y goce en la multiplicidad de sensaciones, y tanto más disfruta en ellas cuanto su novedad contribuye á aumentar su impresion. Esta impresion es su más eficaz resorte y pone en ejercicio sus facultades. Entonces es capaz de todo, y su ingenio brota como la piedra chispas al choque del eslabon. *Être frappé* es una de las delicias mayores, el despertador universal de las fuerzas; y cuando el tardo y flemático inglés apenas se halla en estado de darse cuenta de sí mismo, su vecino ha recorrido ya un mundo de ideas. Por esto el francés ama con delirio la sociedad y la conversacion y el cambio mútuo de opiniones, chistes, placeres, penas y secretos. En cada uno de estos casos no busca más que la conciencia de su vida, deseosa de expansion y de sensaciones. No se hallará entre los franceses el espíritu de segregacion y devocion á un género dado de goces, determinado en número y limitado en tiempo que constituye la vida de muchos de sus antagonistas, los cuales, si cabe, hallan mayor atractivo en la monótona repeticion de las mismas sensaciones, temerosos quizás de que la vida se les gaste.

Si el hombre es animal sociable, ha dicho Montesquieu, paréceme que el francés es más hombre que ninguno, y que es el hombre por excelencia, pues está hecho mútuamente para sociedad.

He observado entre ellos, dice, personas que no solamente son sociables, sino que son la sociedad universal. Se multiplican en todas partes y pueblan al mismo tiempo los cuatro extremos de la ciudad. Cien hombres de esta especie hacen el papel de dos mil ciudadanos, y en caso de epidemia ó de hambres ó de guerras, pudieran sostener la poblacion á los ojos de los extranjeros. En las escuelas se pregunta, si un cuerpo puede estar al mismo tiempo en muchos lugares: que lo pregunten á estos señores, verdadero ejemplo de lo que ponen en duda los filósofos.

Los ingleses son más reflexivos en sus hábitos, y viven más en el orbe de

sus propios pensamientos. Eminentemente individualista, la raza sajona inclina á cada uno á vivir por sí propio y en su propia dependencia. De aquí su despego á asociaciones públicas de recreo y el amor á la quietud del hogar doméstico. Si tiene que rozarse con su semejante, con su silencio y reserva se crea en derredor una especie de soledad y vacío, como si encastillara su alma y su cuerpo.

Los franceses son furiosos optimistas, y echan la soguilla á cualquier bien que pasa por sus puertas: *jonissons du temps present*, es su divisa, y si el tiempo bueno pasa, todavía les sirve de inagotable tema para dulces y poéticos ensueños.

Los ingleses son más bien pesimistas, y capaces de olvidar el bien presente por prepararse para el mal futuro, y en cuanto al bien pasado, está muy léjos ya y es demasiado humo para que les llame mucho la atencion.

Por más adversidades que lluevan sobre el francés, como el tiempo serene por un momento y rompa un rayo de sol por entre las nubes, ya le teneis alegre, decidor, olvidado de todo y voluble cual mariposa, como si el sol hubiese de durar eternidades sin ocaso. Por el contrario, todo va bien, próspero y sereno; pero allá en lontananza se descubre una pequeña nube en el horizonte. Ya teneis al inglés meditabundo, calculando que podrá aumentarse, y por más que le acaricie el sol, se provee tres dias antes de un paraguas.

El francés tiene el arte más maravilloso y la química más eficaz para convertir en sustancia de su provecho y ventaja las cosas más insignificantes. Nadie está contento y satisfecho con menores medios. Ninguno requiere menos adminículos para ser feliz. Basta que un placer cualquiera le entretenga, para que se llenen todos sus poros y se crea envidiable. Cualquier cosa es su cielo, su *horreur de plaisir*, su bien supremo, *son bouheur*. No parece que vive, sino que dora la vida, y cualquier contento lo apura hasta el fin, y como batihoja machaca y estira la moneda de su ventura hasta hacer de ella un hilo interminable. Una habitacion *meublée*, aunque sea en el último piso de un *hotel*, una pipa y *une petite anné*, una noche en el teatro, una tarde en el café, un paseo por el *boulevard*, aunque sea en *voiture de remise*, oh, *¡c'est le bonheur!* y esto dura un minuto, un soplo, y es acaso una sola vez; pero

Amis, c'est mon caractère,
Et je me tiens pour un roi.

El inglés es más descontentadizo. Su felicidad cuesta un ojo de la cara. Evalúa todas las cosas por lo que le cuestan, y lo que no vale mucho, no le satisface aunque esté dorado, ni un solo placer es poderoso á fascinarlo. Necesita de peso, número y medida, y de una porcion de requisitos para llamarse dichoso, y aunque

los reuna, no se le verá reventar el placer por sus facciones, ni dar piruetas en el aire de puro gozo.

La vivienda francesa es abierta, alegre, ruidosa é inquieta. Toda ella es movimiento; parece una colmena ó una calle en pié segun el tráfico, departamentos, y diversidad de las clases de personas que transitan por la corriente de las escaleras. Interiormente, el inquilino es una cara de pascuas, comunicativo y bromista con los criados, sociable con los vecinos, complaciente con todo el mundo, y todos tienen entrada en lo más recóndito y privilegiado de ella. Hasta su aposento dormitorio está abierto á las visitas á toda hora, aunque esté en el lecho, sea casado, ó aparezca todo desordenado y revuelto, y esto no por un gran sentimiento de hospitalidad, sino por rabia de comunicacion. El inglés, como ya hemos visto, se esconde en su oscura casa, donde vive solo, cierra la puerta de la calle, levanta tapias en derredor, planta árboles para que sus ramas oculten las ventanas, cuelga visillos, cortinas y ante-cortinas para que no entre la poca luz que da su cielo, arma trampas en sus jardines, y pone vidrios y puas sobre las bordas.

El francés se distingue *par l'esprit*, por lo ingenioso. El furor de la mayor parte de los franceses es parecer hombres de ingenio, y el furor de los hombres de ingenio escribir libros, como notó Montesquieu, ó llamar la atencion en todas partes por las frases oportunas, por los chistes y las ocurrencias. Este tono del lenguaje ha venido á formar el carácter general de la nacion. Se bromea en los consejos, á la cabeza de los ejércitos, sobre el cadalso, en todo, con todo y por todo, y todo parece tanto más ridículo cuanto más seriedad se le quiere imprimir. La fantasía del francés tiene un desarrollo y energía admirables. Así, la facultad de observar y describir lo que tienen á la vista, es un dote casi negado á los hijos de San Luis. La realidad es inmensamente prosáica, y la verdad causa poco efecto: *il faut la dresser pour que'elle frappe l'esprit*. Tal es el orígen de la perversion de nociones, del mal gusto del lenguaje, envilecido por haber trastornado el sentido de las palabras, sacándolas de sus quicios y poniéndolas inoportunamente para causar efecto, y ya por efecto de esa sensibilidad tan exquisita que les ocasiona grandes excitaciones, tan repentinas como fugaces.

En los intereses que dominan á ambos pueblos se nota asimismo este contraste, observado ya por varios escritores. El francés, ardiente, pelea solo por el éxito de sus armas; y con tal que venza, le importan poco los gastos, la injusticia ó la inutilidad de la campaña. Es mucho lo que un francés sueña con el boletin de una batalla ganada, como si con ello ganara el Eden. Una victoria es carne y vino para él, y á la vista de un soberano vencedor, que trae cañones y banderas por despojos, el más pobre tira su sombrero viejo y sus sandalias de pura alegría. El inglés, por el contrario,

es un personaje considerado y razonable. Si hace mal es por el modo más racional posible. Pelea porque cree que conviene al interés general. Lucha con el vecino para mantener la paz, el órden, el comercio y la utilidad mútua. Como hombre positivo, sale de sus casillas y toma el fusil en obsequio de la prosperidad comercial y manufacturera. Las dos naciones han estado peleando años sin número. Los franceses, en busca de gloria, han tenido la gloria de ver á París dos veces conquistado; y los ingleses, en busca de interés, se han entrampado hasta las cejas.

II.

LA MODA.

La moda es un organismo social indispensable en toda congregacion de hombres. Tiene sus leyes universales inalterables, y ejerce un influjo, aunque lento y secreto, tan universal y constante, sobre las ideas, la moral, las costumbres y la higiene, que fuera bueno que este asunto llamase la atencion de los penetrantes observadores. Ya un escritor fué de opinion, que debia existir un diccionario de las modas con escolios luminosos acerca de sus orígenes, autores, progresos y anécdotas, así como las revoluciones á que han dado lugar, pues hay más de un gorro, cinta, moña ó caperuza que ha conmovido los imperios hasta en sus más sólidos fundamentos.

La moda es uno de los efectos más lógicos del humor social de los franceses. Ya vimos, que con la rapidez de las comunicaciones, los ingleses mismos tan conservadores por naturaleza, han empezado á introducir frecuentes cambios en sus usos y costumbres. Mientras más se comunican los pueblos, más cambian de modales, porque á cada paso se pone cada individuo en espectáculo á la curiosidad de sus semejantes, y el deseo de agradar introduce los atavíos, expecialmente donde la mujer representa gran papel en la sociedad. Lord Chesterfield, que daba lecciones á su hijo para gobernarse en el mundo, como don Quijote á Sancho para gobernar su ínsula, lo primero que le aconseja es que se deje pulir y dirigir por el consejo de las mujeres de buen gusto de la refinada sociedad de París, seguro de que acertará y brillará y se distinguirá entre todos; pues, en efecto, si el influjo del bello sexo suele causar otros males, es el más poderoso para formar el buen gusto, y fomentar la vanidad y la ostentacion, males que la sociedad sabe convertir en bienes, pues

de aquellos resultan la industria, las artes, las modas, y otras maneras de ejercicio y ramos de comercio.

En París la moda ha hecho lo que no han logrado todavía los sistemas sociales, que es introducir la igualdad en cierto modo, porque el traje ha confundido todos los rangos y puesto al nivel todos los estados. La sociedad, decia un mal avenido con el reinado de esta inconstante tirana que gobierna el mundo, no es más que una mascarada universal y contínua, y es preciso toda la perspicacia de una esfinge para adivinar si el que me codea en el teatro, en la plaza, en el templo, en el paseo ó en las asambleas públicas es un señor ó un lacayo como Mascarille.

Si habla, tanto peor, confusion nueva, porque todos hablan ya con elegancia, razonan como filósofos, discuten como políticos, y sienten con una nueva gerigonza ó coleccion de frases de alquiler, que haria llorar á un *parterre*.

En Francia, observa Madame de Stäel, hay sobre cada materia ó asunto tantas frases y expresiones al uso, que con su auxilio puede hablar un necio por un buen espacio de tiempo, y pasar por hombre de talento: de suerte, que la moda domina en el corte de la expresion como en el corte de una manteleta.

Excusado es decir, que el estar á la moda es una de las glorias mayores á que puede aspirar el francés; y estar á la moda no quiere decir subirse en pinganitos y atraer la atencion de todos por ser hombre extraordinario, ni echar un censo ni un juro sobre el favor del público. Tal vez hoy tiene el cetro de este reino frívolo y perecedero el autor de un *calembour*, ó el que lleva mejor carroza al bosque de *Boulogne*. ¡Y qué cetro! es la más alta dignidad que la sociedad confiere, y de poder tan absoluto mientras dura, que es verdaderamente impecable por más disparates que haga y locuras que acometa. Hay, por supuesto, mil caminos para llegar á esta cumbre de gloria sin inmortalidad, que prepara una Tarpeya para los mismos que encarama, y ambos sexos participan de sus fugaces dádivas. El pueblo francés no puede pasar una hora sin tener un ídolo que momentáneamente le fascine, un ejemplo de la santidad y poderío del éxito para satisfacer á la rabia de caprichos frívolos y sed de transformaciones.

Al famoso poeta Gray, autor de la elegía sobre el sepulcro, escribia un amigo suyo en tiempo en que poseia esta corona, por una carta supuesta que publicó como del rey de Prusia al célebre autor del contrato social, y le hablaba en estos términos:

«No atribuya V. mi conocimiento íntimo con París á mera curiosidad. Un incidente me abrió sus puertas. El pasaporte llamado moda me ha dado una introduccion general. Y ¿qué cree V. que era esta moda? Yo mismo en cuerpo y alma. Sí; como la reina Elinor, ayer canté en el Pabellon y hoy en la Grande Opera. Gracias á Dios,

aunque este es el primer mes, será la última semana de mi reinado, y resignaré mi corona con gran satisfaccion *á un potage de castañas,* inventado en estos dias y que empieza á gozar de gran favor, y creo que París no necesitará de más por tres semanas.»

Pero la moda no domina solo en el orbe de lo caprichoso y lo frívolo, sino que tiene poder en los afectos más poderosos y en las inclinaciones, instintos y leyes de la naturaleza. La mencion de este filósofo nos recuerda la época en que gracias á estar de moda sus obras, diéronse todas las madres á criar sus hijos y á cumplir este deber con la más cómica seriedad.

¿Se quiere ver, cómo la moda produce mil ventajas en una sociedad? Los antiguos para perpetuar el recuerdo de una batalla erigian un arco de triunfo ó una columna. Hoy es un sombrero, ó cualquiera otra pieza de *toilette* la que recuerda las de Magenta y Solferino. De las batallas de Alma y de Inkermann, donde tantos ingleses perecieron, no hay monumento digno en bronce ó piedra; pero, ¡cuántas corbatas, botas, carteras y otras fruslerías no se han bautizado con esos nombres por el heroismo y el dolor consagrados!

Mil veces la cancion ó aire más indiferente cantado por una niñera para arrullar á un príncipe, ha deleitado por muchos dias á las sociedades parisienses, ejercitado á los músicos, maquinistas, actores, farsantes, grabadores, sastres y modistas.

Y la moda, ó mejor dicho, la manera de ejercer su influjo apropiándose una tecnología, es una especie de enciclopedia contemporánea, por las verdades y hechos que recuerda á toda hora, en todas las circunstancias y en todos los objetos. Léjos de nosotros la condenacion de esta práctica de los fabricadores de objetos de lujo, porque si algun nombre hay que dar á los artefactos á medida que cambian de forma, más vale que tengan relacion con los personajes existentes y los sucesos del dia, que no con ideas de otro género ó significacion ninguna, pues así el sér más estólido y á quien más estorbe lo negro, mientras imita á Narciso en su aposento, puede recordar ó aprender por el rótulo de un estuche que ha habido un Garibaldi que dió la libertad á Italia, con la misma facilidad que aprende que hay perfumes de lacayos ó de célebres damas *aux Camelias.*

¡Cuántos enemigos tiene esta soberanía! ¡cuántos no se avergüenzan al ver que se oponen á sistemas, que hacen guerra á verdades al parecer incontrovertibles, y no obstante obedecen ciegos á leyes cuyo orígen, aunque sin rúbrica, reconocen, y que las más de las veces es poco limpio y por demas repugnante! Unos han querido atajar el daño, establecer traje uniforme, acercarse á la naturaleza primitiva, y establecer penas como en Lacedemonia á los inventores é innovadores. Otros han hecho graves meditaciones sobre el espíritu de todos los objetos de que el hombre

se sirve ó se puede servir, á fin de hallar el bello ideal de la forma, por ejemplo, de un candelabro, de un sofá, de una mesa, ni más ni menos que de un candil ó de una lámpara, y no hemos hecho mal en nombrar el candil, por haber sido este chusco mueble uno de los más conservadores entre todos los que forman el menaje de una casa, y desde los tiempos de don Rodrigo hasta nuestros dias el candil ha conservado sus formas clásicas, riéndose de todas las innovaciones humanas; lo cual prueba, que no es cuestion ociosa la de la inmutabilidad é inamovilidad de la forma. Otros han alzado su voz contra la moda, pensando que trae la ruina de los estados, la degeneracion de la moral y la perdicion de las mujeres, porque su *coquetería* tiene por único objeto el arte de agradar, y el arte de agradar las pone á dos pasos de la ruina.

«Quisiera yo, dice un autor, que nuestras jóvenes, persuadidas de que el oro, los diamantes, las sedas, los moños, lazos, vinagrillos, y demas afeites no añaden nada á sus atractivos, vistiesen solo una túnica blanca como el alabastro, sin más adorno que sus cabellos de azabache flotantes sobre la espalda envidia del marfil, en la inteligencia que todo el arte de *Piver* ó de *Honorine*, es bello solo de léjos, y sin añadir belleza á la que carece de atractivos naturales, impide que las hermosas luzcan en todo su esplendor.»

Esta ha sido tambien la opinion de todos los moralistas, quienes llaman á esos merjurges y pinturas *empastelar la obra de Dios*, aunque esto pudo ser razon buena, en los tiempos en que tales afeites andaban encomendados á viejas hechiceras y brujas endiabladas; pero hoy existen nada menos que sociedades higiénicas para su elaboracion, y apenas sale un invento, cuando lleva por apósito las firmas de media docena de doctores de Montpellier, que lo recomiendan como útil y provechoso. Es una verdad tangible, que el uso de las pastas, vinagrillos y demas artículos que tienen por objeto conservar ó aumentar la frescura y color del rostro ó tapar sus imperfecciones, á la larga le seca y descolora; pero por más que prediquen los moralistas es grande la tentacion, y el arte de las Canidias será siempre uno de los más favorecidos y estimulados por la riqueza pública.

Que la virtud de las mujeres esté más en peligro por el arte de agradar, no hay la menor duda, y mucho pudiera escribirse sobre las víctimas que ordinariamente causa esa locura de estar á la moda de piés á cabeza y del dintel de la puerta hasta la chimenea de la cocina; pero que sea la ruina de los estados la moda, no es del todo cierto; al menos para aquellos que, como Francia, mantienen legiones de operarios consagrados á explotar los caprichos de los mortales.

Ni ha faltado quien propuso, visto que los militares y los clérigos y letrados y otras profesiones tienen uniformes particulares, que tengan su traje especial todos los gremios, oficios y ejercicios, como entre los Salentinos de que habló el autor del Telémaco. Esta opinion, no tardaria mucho en prevalecer, á poco que se sostuviese por los sastres y modistas, comprando por bajo de cuerda á algun escritor *entrainant*, que publicase un folleto ó buscapié de la opinion pública; porque una de las inclinaciones más poderosas de nuestra naturaleza es el deseo de variedad y la tendencia á figurar y distinguirse, cuando no por otros méritos, por la belleza y brillo exterior, y aun pudiera ser que en este ancho campo abierto á la invencion, viniese envuelto un cambio en las costumbres, por la ventaja que resultaria de conocer al vuelo el ejercicio de cada uno y con el ejercicio sus cualidades más dominantes; y en punto al arte, no hay duda que ganaria y saldria del atolladero en que le tiene puesto la moda francesa, que pasando de extremos, nunca llega al medio del buen gusto y de la belleza, por tener más de interesados que de artistas sus inventores.

Un escritor hizo la observacion, trivial sin duda, de que mientras más hechos gloriosos, altas empresas y grandes revoluciones habia habido en Francia, menos se habia pensado en modas, en lujo, etc., y prueba su sentir con los ejemplos de las épocas de Enrique III, y Luis XV, en las cuales fué tal la corrupcion, que los farsantes, bufones, y rameras eran las personas que más privaban con el rey. Por la misma razon podríamos decir, que cuando se acometen grandes conquistas se descuidan las letras y las artes, y no hay comodidad ni brazos para las demas artes pacíficas, aunque no sean las modas. Cierto parece que si los franceses tuviesen que ir diariamente al foro, á los comicios, y al pórtico á ocuparse en altos negocios de estado, como los antiguos griegos y romanos, adoptarian la grave túnica viril y no tendrian tiempo para pensar en fruslerías; pero esto tiene mucho de paradóxico. Nada se opone á que la moda siguiese ejerciendo su imperio, con la misma ó con mayor tiranía que hoy, pues en una sociedad ya antigua y refinada, las ocupaciones y oficios andan divididos, y no serian los filósofos y políticos quienes entendiesen de modas en ninguna de sus esferas, sino cierto número especialmente dedicado á estos menesteres. El más atareado ministro puede vestir y tener su casa á la moda corriente, sin que necesite gastar un cuarto de hora para ello, y Napoleon III, que no es hombre ocioso, y aspira á extender su imperio, sufre el de la moda y se deja llevar blandamente del influjo que en su caprichoso curso tiene el buen gusto clásico de su esposa, quien ha hecho adoptar á las más encopetadas y sérias córtes los trajes andaluces, y hecho triunfar los sombreros calañeses, las albanegas y chupas de majo, hasta en las tribunas del parlamento de Westminster, en donde se deciden graves é importantes negocios cada dia.

La verdad es, que por más que se ha dicho contra las modas y contra la pasion de estar de moda, estos fenómenos siguen repitiéndose constantemente y los franceses siguen siendo los ministros ejecutores de esta cambiante diosa, en razon á que por una parte, su vanidad les lleva á superar á todos y aspirar á la perfeccion y refinamiento en las cosas que fabrican; y por otra es lógico, que en la confusion de gustos que se ve en individuos y naciones, haya una especie de autoridad que falle y pronuncie á cada instante. Bajo este punto de vista, la moda es provechosa, necesaria, indispensable, y conocida esta importancia, se verá tambien que tiene sus leyes constantes y que no es hija del capricho: conviene á saber, que es perjudicial á la sociedad la anarquía resultante de dejar á cada uno seguir su gusto, y que so pena de legislar acerca del traje, las viviendas y la forma de los demas objetos de uso ordinario, es preciso que haya esa autoridad anónima en el reino del buen gusto.

Dícese, y con razon, que las modas son por la mayor parte ridículas y extravagantes. Todas por lo menos parecen á primera vista prevaricadoras de ese buen gusto que se pondera por sus acérrimos adversarios; pero el buen gusto es en esta cuestion relativo, como que la moda no es más que producto necesario de la concurrencia de varias causas, y por absurda, ridícula y extravagante que parezca alguna vez, tiene su razon si se busca con cuidado. La prueba está en que no todas las transformaciones se admiten, y hay muchas que de comun sentir se abandonan, como si todos se hubiesen puesto expresamente de acuerdo, al mismo tiempo que se aceptan otras que pudieran creerse más extravagantes. Consiste esto en que hay cierta direccion y marcha de la general corriente del gusto, hija del carácter general y de los hábitos sociales de una época, y que una moda ó invencion no es jamás enteramente nueva, original, y como sembrada en campo nuevo y nacida de repente, sino la realizacion de aquello á que tiende y gravita la moda antecedente. Los franceses, que tienen esta nocion, toman á su cargo el estudio de los signos característicos de esta corriente invisible y subterránea, que durante el reinado de una moda está con lentitud enjendrando la venidera, y si á veces cae en una locura, es porque el gusto, movido como una péndola, busca los contrastes; pero despues de varias oscilaciones desmesuradas, vuelve al movimiento ordenado y recobra el buen sentido y la discrecion.

Cierto es, que á pesar de cuanto se dice de lo caprichoso de esta tiranía, las modas de nuestra época en lo general van muy de acuerdo con su espíritu y con las invenciones que tienen lugar en otras esferas. Si el traje europeo es anti-artístico y prosáico, no se dirá que lucha con el carácter y alma de nuestro siglo; pero al mismo tiempo vemos grandes progresos y mejoras en otras direcciones. ¿Quién duda

que nuestra arquitectura urbana y el decorado de las habitaciones supera en gusto y elegancia al de otras épocas?

En medio de esta obediencia y sujecion á ciertas leyes generales, no hay duda que hay variaciones, hijas de localidad y de accidentes especiales. Por ejemplo, en estos momentos en que anda en boga en Inglaterra la manía de *sensacion*, que ha producido *novelones* tenebrosos, dramas espeluznantes, aficion á los ejercicios de Blondin, á los saltos de Léotard, y á todo lo que puede producir crispamiento de nervios, domina en el bello sexo la aficion al color encarnado rabioso. Así se ven medias encarnadas, guantes encarnados, plumas encarnadas en los sombreros, refajos encarnados y trajes y capas encarnadas, perfectamente de acuerdo con el estragado gusto que reina en la eleccion de sus pasatiempos.

En medio de estos defectos, y no obstante la corrupcion general de las costumbres, la moda en nuestros tiempos tiene muchas ínfulas de honesta y pudorosa si la comparamos con la de otras épocas, particularmente la del bello sexo. Parece que sus autores son ejemplos de espiritualismo y no quisieran dejarnos más muestra de la belleza que la pupila de un ojo, á usanza de las damas del Perú, sin pensar que este recato extremado, no siendo efecto de honestidad de alma, antes contribuye á empeorar que á mejorar las costumbres, dejando á la imaginacion ancho campo, ó bien obliga á seguir el consejo que dió el galan duque de Richelieu á un jóven, que se quejaba de que las grandes alas de los sombreros ocultaban las cabezas á las damas.

—Haced como nosotros y las vereis, replicó el duque, en mi tiempo vivíamos siempre de rodillas á sus piés.

¡De rodillas! ¿y á qué otra cosa tiende el bello sexo en la presente época, sino á conquistar por ingeniosos medios el poder que tuvo en los dorados siglos de las córtes de amor, de las justas y los torneos? Decimos ingeniosos medios, porque helado ya el corazon de los hombres con el egoismo que solo quiere ver en la mujer un mueble de lujo, ésta ha resuelto valerse de astucia para conquistar su influjo, y entre los expendientes ideados para este fin, uno de los más poderosos es la moda. Siempre que una invencion extravagante, perjudicial, ridícula, insostenible, fatal en cierto modo aun para los que la usan, se sostiene á despecho de la oposicion y la burla del buen sentido, la tal moda no es hija del capricho veleidoso y frívolo; lleva un pensamiento más grave, y directa ó indirectamente se pone al servicio de algun plan ó empresa. Tales son los síntomas que encontramos en la ya larga y azarosa, aunque triunfante carrera de la famosa *crinoline*.

Un doctor Gall de nuevo género, pudiera entretenerse en hacer la historia de la conformacion del traje en todos los pueblos y edades, y deducir por la estrechez,

hundimiento ó protuberancia de las formas, las pasiones y tendencias de que son signos característicos, pues sin duda que si el vestido simple de los salvajes está de acuerdo con su modo de vivir, de pensar y sentir, y hay grande analogía entre el complicado é ingenioso traje de un cortesano y la córte en que vive, pudieran fijarse ciertas reglas generales de la significacion de ciertas modas y usanzas, ya que no en todas sus variaciones, al menos en las elementales, como son el color, la longitud y latitud. ¿Quién no ve, por ejemplo, que el color mezclilla, predominante siempre en Inglaterra, simboliza: en el negro, su egoismo; en el blanco, la fuerza de sus costumbres; en la mezcla de ambos, sin confundirse en uno, la union pero no confusion de las clases, y en la consistencia del color, la estabilidad, firmeza y perseverancia de sus instituciones y carácter?

Pues volvamos la vista á nuestros transpirenáicos vecinos,

«Al pueblo de los pueblos soberano
Que adora entre sus dioses la inconstancia.»

Nada hay más notable que la contraposicion del gusto que se nota en este punto. El francés, voluble, inquieto, cambiante, enciclopédico en sus deseos y pasiones, quiere abrazar todos los colores en su traje, sin curarse de la armonía ó tono rabioso resultante de ellos. En ninguna ocasion han producido las fábricas inglesas dibujos abigarrados, mientras que lo más comun entre los franceses es ver cada prenda de un traje como paleta de artista, ó en cada una todos los colores del prisma y sus derivados, cosa que da más aire de traje de alerquin que de sociedad, ó por lo menos muestra la versatilidad del dueño.

Por la misma razon, el francés, expansivo por naturaleza, tiende á dar anchura y ampulosidad á su traje, mientras que el inglés, concentrado en sí mismo, generalmente prefiere la ropa ceñida y ajustada.

Pero hablábamos del traje del bello sexo particularmente. Admitiendo, pues, que las condiciones elementales del traje pueden implicar ó representar pasiones y sentimientos, la *crinoline* representa á no dudarlo el sentimiento de la emancipacion y de la igualdad del bello sexo, empresa á que ayuda por el tenebroso medio de la resistencia pasiva, y por eso, no obstante la contínua sátira y burla del sexo feo, no obstante las catástrofes ocurridas desde la introduccion de esa verdadera pompa é hinchazon ventosa, amen de las dificultades que embarazan el movimiento, se ve el teson y la firmeza con que las damas se aferran á esta moda y sufren las molestias del cuerpo en gracia del principio que representa.

Los inconvenientes de este uso é invencion revolucionaria son infinitos, y todos tienden á atacar los más sólidos fundamentos en que de antiguo estriba el reposo

de las sociedades, limitándonos nosotros á señalar algunos entre los infinitos que pudieran citarse.

Pasemos como entre ascuas por el orígen de esta invencion destinada á *mistificar* al sexo fuerte, y vengamos á uno de los más comunes efectos, que es el de acrecentar la ambicion, porque la mujer empieza por encontrar estrecha y pequeña la casa en que vive, suspirando siempre por la anchura de los salones ó la libertad de las plazas. Despues hallamos que esta moda pugna con la delicadeza, suavidad y dulzura que son como las distintivas cualidades del sér débil, pues no solo la armazon de este mueble causa verdaderas contusiones en sus sacudidas, sino que no hay objeto de cristal, flor, ni cosa alguna mueble en poblado ó despoblado que no se conmueva y caiga á la terrible aproximacion de este globo de Montgolfier. Por añadidura, la mujer tiende á manciparse del cuidado de los niños, pues no hay quien fie mucho de las niñeras desde que se ha visto que han arrojado al rio criaturas, empujándolas impensadamente con la acerada armadura flotante. En las mesas, en los bailes, en los paseos, en los teatros, en los coches, donde se repite de contínuo el famoso dicho de la actriz al caballero que queria acompañarla: «Retírese V.; yo y mi vestido ocupamos el carruaje,» en todas las situaciones y lances, la *crinoline* es una protesta, una insurreccion, un símbolo de anti-socialismo y una declaracion de hostilidad contínua de la mujer, cuyo objeto es recobrar derechos y hacer sentir su igualdad, ya que no su despotismo.

La prueba de que tal es la tendencia y de que insensiblemente se manifiesta de mil modos, se ve en la asimilacion y uso que ha comenzado á hacer de hábitos é instrumentos varoniles, de tal modo, que desde la punta del pié hasta el cabello, á excepcion del aparato hueco, todas las prendas pueden ser usadas sin distincion de sexos, y por remate ha hechado mano al baston, como signo de autoridad.

Si todas estas señales y coincidencias nada indican, creemos que pasa ya la apariencia de engaño á declarada burla, y así podria sospecharse si en París no gobernase la nueva Josefina, reconocida por un consumado génio en este su ramo de bellas artes, pues para la mujer no hay arte más bello que el que contribuye á aumentar su belleza ó á suplir las faltas de su naturaleza. La emperatriz extiende y gobierna todos los *gabinetes* (no políticos) de Europa, como su esposo dirije los del consejo, y aquella tiene al mundo elegante, como éste al mundo político á sus piés. ¿Se habrá resignado en su interior á esta parte que segun su sexo le ha tocado en suerte? ¿Aspirará á establecer de hecho la igualdad que de derecho sostienen Víctor Hugo y otros reformadores, juzgando por sus dotes, valor y cualidades, que no hay mucha diferencia entre los dos sexos? Si este no fuese un sistema premeditado en que todo concurre á un fin, creeremos asimismo que todas las extrava-

gancias de la moda no son más que un medio de gozar del placer de su soberanía, y de ver obedientes á su antojo á todo el orbe de la juventud y de la hermosura, y aun á la femenina tribu en general, pues no hay edades ni estados exentos de la jurisdiccion de la moda, que mientras más ridícula y absurda parezca, mayor es su poderío y más ciego el rendimiento con que se acoge.

Concluiremos diciendo, que siempre han sido las modas objeto de crítica de lo que llaman buen sentido ó discrecion; pero que es inútil el ir contra su corriente, puesto que es una necesidad. Si alguna vez la moda es extravagante, ella por sí y ante sí sabe corregirse. ¿No hay adornos sensatos, provechosos y de buen gusto? Sin embargo, á las mismas fuentes deben su orígen. La moda es y será siempre una de las primeras necesidades en países civilizados; es como un directorio mudo que distingue á los que componen el estado mayor social, pues siempre se inclinan á las distinciones los que se creen más que otros. Luego que una moda se perpetúa, va invadiendo todas las clases y estados, y gracias á que la profusion de aquel artículo ha ido abaratando su precio y poniéndole al alcance hasta de las clases pobres, su adopcion se hace tan universal, que la nata de la sociedad requiere una nueva moda para distinguirse. Entonces, la moda que parecia de buen gusto, se convierte en chocarrera y desagradable, en fuerza de haberse envilecido, viéndose usada por los séres más degradados y abyectos, mientras que en cambio la invencion nueva parece exquisita, elegante y digna, aunque sea absurda y de pésimo gusto, por el reflejo de dignidad y elegancia que le dan los primeros que la usan.

Querer alterar estas leyes, tan favorables al desarrollo de la industria, es pensar en lo excusado, porque son lógicas. No es la reina de Inglaterra á quien ponen como ejemplo los sesudos ingleses, la que ha de llevar el cetro de la moda, ni toda la autoridad del mundo puede dar esta supremacía. Este reinado se forma como hemos visto, y pasa con facilidad de una á otra mano, cualquiera que sea la condicion de la soberana que eleva. Si hoy es una emperatriz, no es solo á título de tal, sino á título de que en ella reconocen buen gusto, capacidad de invencion, fecundidad de fantasía y arte en lucir sus gracias.

III.

EL NUEVO PARÍS.

Bien fuera conveniente tener una nueva musa á quien invocar, para cantar los héroes que hoy llenan el mundo del oropel con la fama de sus nombres, los *esprits forts*, las *damas galantes*, lós palacios encantados, las orgías, las maravillas todas de la civilizacion y del buen gusto que guarda esta moderna Corinto, mercado de los placeres, sepulcro de la inocencia, puerto de aventureros, campo de discordias, amparo de ambiciosos, paraíso de la juventud, trono de las hermosuras, museo de notables, reino en que impera el capital, gobiernan los césares, y se mecen todos al son de alegres cantos; dejándose llevar de la lógica fatal de los hechos, hoy á una paz que corrompe, mañana á una guerra que arruina, ya á excesos de libertad, ya á demasías de servidumbre; aquí soldado, allí artista, acá hombre de estado, allá consumado tribuno, acullí poeta, acullá negociante; católico por la mañana, por la noche idólatra, cambiante siempre, pero siempre amigo de la ostentacion, del júbilo, de la gloria y del ruido.

No hay tal musa que nos inspire, si ya no es que la misma gran villa viene en nuestro auxilio, como las *cosas de Amadis* á la mente del hidalgo. Pero las cosas de Amadis, una vez hechas, quedaron firmes y valederas, y las cosas de París de ayer se oscurecen por las de hoy, y la capital y su extencion y fisonomía y sus lugares de recreo, poblacion, edificios, belleza y lujo se aumentan á cada hora anonadando todo lo pasado ante la brillante luz que despide lo presente.

Cada estacion se prepara anualmente con un arsenal nuevo de seducciones para arrullar al extranjero y hacerle pasar insensible el crudo y aterido invierno, como si la vida parisiense saltara en su almanaque del regocijo de primavera á primavera.

Nada importa que el cielo de la Europa aparezca ora nublado, ora tormentoso, ni que un confin arda, otro tiemble, aquí suba el moro y allá baje el turco. Fuerza es que la estacion pase con el mayor brillo y animacion posibles, y que exceda en lucimiento á las anteriores; que el forastero que asome á los *boulevards* y se dirija en una hermosa tarde al bosque, vea el paseo de la Emperatriz rebosando carrozas

y libreas, elegancia y riqueza, juventud y alegría, y crea que es la reina de las córtes y la escuela del gusto la capital de Francia.

Y verdaderamente desde la fundacion de *Parísis* no ha llegado á una época de esplendor, de belleza y magnificencia semejantes á la que hoy atraviesa, por ser escuela á donde vienen, de poco há, de todas las partes del mundo á competir en despilfarro y magnificencia los ricos y grandes señores, en gracias y seducciones las más hermosas mujeres, y en talento los mejores artistas.

El brillo, el pulimento, la superficie, la modalidad, la sensacion agradable, ó sea cultivo refinado del sentido de la vista, en parte alguna llega ciertamente al desarrollo que alcanza en la ciudad alegre. París es hoy con verdad llamado el París nuevo, porque todo en él ha sufrido una transformacion visible, buscando como mujer coqueta la hermosura en el todo y en cada uno de los más mínimos detalles. La ciudad se ha extendido atropellando los límites y antiguas vallas. Puentes nuevos cruzan el Sena, innumerables *boulevards* cruzan la villa en todas direcciones, y los Campos Elíseos, el Louvre aumentado, los *hoteles* erigidos, los nuevos edificios que salen de las ruinas y demoliciones de la ciudad vieja, parecen otras tantas decoraciones que se presentan al toque de la vara mágica de Arlequin en las pantomimas inglesas

Este mago, encantador, brujo ó Alquife de moderna estofa, es el jefe del estado, maestro de obras, general, ingeniero, empresario, literato, orador, cazador y cuanto es propio de la humana naturaleza, como si dijese

Imperator sum, et nihil humanum... etc.

Y la flexibilidad y universalidad de aptitudes que hacen de este jefe una especie de enciclopedia viva, le ha hecho alcanzar una influencia suprema entre sus súbditos que no desdeñan esta direccion infantil, con tal que sea esplendorosa, magnánima y gloriosa, de modo que se sepa en el universo que la perfeccion, buen tono, elegancia y brillo con que el jefe se mueve, habla, piensa ú obra es un reflejo y representacion genuina del movimiento, palabra, pensamiento y obra del pueblo francés: así que, considerado el carácter general de las naciones, en las cuales la mayoría está dispuesta á dar su libertad al primero que le ofrece un mediano gobierno, el de Napoleon III, ha sido hasta ahora para sus vasallos uno de los mejores de que ha gozado en mucho tiempo, no obstante que el emperador es el estado, la opinion pública, la estacion, la paz ó la guerra, y que lo hace todo y lo representa todo.

Particularmente desde que la supremacía en los consejos de la diplomacia ha hecho de este hombre uno á modo de oráculo, de cuyos labios pende la paz ó el rayo, y que las conferencias, congresos, entrevistas y demas actos oficiales tienen lugar con frecuencia en París, la Europa está colgada de las comunicaciones que

cada dia anuncia el telégrafo, concentrándose todo el interés en la capital de Francia, de donde parten á todas las capitales correspondencias que saben asociar á la política el temperamento, los sucesos y accidentes de la estacion, de suerte que como la sociedad parisiense mira todas las mañanas á las alturas del Olimpo para observar las acciones de Júpiter y tomarlas por guia y modelo, resulta que la estacion en París halaga más á la vanidad de los mortales por difundirse su crónica en todo el universo y asociarse á cada pasatiempo cierto interés político.

Ninguna capital iguala á París en las seducciones y placeres con que brinda á propios y extraños á pasar la cruda estacion del invierno, la estacion de la melancolía, del temeroso *spleen*, del insoportable aburrimiento, estado que abomina el francés más que teme el devoto el del pecado mortal. Do quiera reviven los espíritus en la alegre primavera, cuando la naturaleza vestida con nuevas galas despierta de su letargo y vierte raudales de aromas, luz, encanto y vida. La populosa ciudad de Lóndres, siguiendo el órden de la naturaleza, se vale de su ayuda para celebrar su aniversario y sus fiestas en los meses de abril y mayo; pero solo París sabe suplir con el arte á la naturaleza, y se agita cuando ella reposa, y canta en medio de su silencio, y se inflama cuando se muestra fria.

¡Un invierno en París! Hé aquí la flor y nata de la vida, el bello ideal de los desocupados, la tentacion irresistible de los opulentos, el *rendez-vous* de los *touristas*, la medicina de los ingleses, el teatro de la mujer en todos sus caractéres y edades; el campo de batalla de los artistas, el paraíso de los poetas, el certámen del *esprit*. ¿Quién puede gloriarse de haber dado un paseo, oido una ópera, ó danzado en un baile, si no ha tenido por escena la gran ciudad? ¿Qué direis de un chiste, de una anécdota, de una historia de amores, de un lance de honor, si no ha tenido lugar dentro del recinto del arco de la Estrella y el *boulevard Montmartre?* Ni es lance, ni es chiste, ni interesará á lector alguno, ni correrá las cinco partes del mundo. Hé aquí la ceguera dominante. ¿Por qué admirarse de la centralizacion administrativa, cuando se concede á París la centralizacion recreativa? Para un observador será un gran problema el porvenir de esta capital, creciente cada dia, sin el correspondiente reflujo. La poblacion de Lóndres es acaso tres veces mayor que la de París; pero su futuro no inspira tantos temores: no hay miedo de congestion, porque las fuerzas atractivas y repulsivas se equilibran y compensan. Do quiera que un sér vive con mediana comodidad no se inquieta mucho por la vida de las grandes capitales. El comerciante huye de Lóndres en busca de las inmediaciones, el trabajador se aleja del centro en busca del retiro y de los placeres del campo, el bello ideal de ricos y pobres es una casa en la soledad del campo, en cualquier parte menos en Lóndres; pero el francés no encuentra reposo en sus deseos sino en

el corazon mismo, en el seno del bullicio de París. Francia está centralizada en la plaza de la Concordia. En dos millas en torno se agita el mundo del placer, y todos los lugares de recreo que no caen dentro de este órbita misteriosa llevan consigo el decreto de consuncion. Desde la columna de Julio hasta el famoso arco se extiende la gran calle del universo, la moderna via Appia, no con el triste aspecto con que apareció al Metternich francés en los tiempos del primer imperio, no limpia de obreros, ni en ruinas; no poblada de vagamundos y descontentos, enfermos y mendigos, fatigados de guerras, ansiosos de paz, desconfiados y recelosos, sino brillante, animada, rebosando palacios, jardines, edificios, monumentos, poblacion y riquezas. El nuevo imperio ha hecho el nuevo París. Los ingleses, extraña coincidencia, residen como en colonia en la *rue de la Paix*, como protestando que no habrá más Waterloo, y Napoleon, conociendo con su raro instinto el carácter de su pueblo y la necesidad de reposo, inscribió la paz en la diadema imperial que recogia de manos de los franceses. *La gloire, sí, toujours la gloire, mais pas de conquêtes.* El nuevo París es ya un campo de operaciones, no con otro objeto que con el de sostener la paz, esa paz que ha desarrollado su ingenio para los placeres y su amor á las riquezas, y sabido es que el capital nunca está más seguro que en las épocas de quietud y de reposo.

¡El capital! Hoy están trocados los papeles. La pasion dominante en Francia es el oro. El teatro, reflejo de la sociedad, nos ha traido constantemente á la escena al *notaire*, y sobre todo al *agent de bourse*, representante más directo, ó digamos expresion viva de la pasion y del medio de satisfacerla; porque la idea de fortuna no se comprende en París asociada á la economía y al trabajo. *¡Fí, donch!* ¿quién tiene constancia para seguir una profesion, cualquiera que sea, é ir acumulando capital poco á poco como un mercader de los tiempos de la botija? ¿Qué vale la fortuna á los sesenta años, que no compensa el infortunio de su adquisicion á fuerza de privaciones y mortificaciones?

La poesía, el génio, rompiendo su delicado traje pudoroso está enseñando sus carnes y su necesidad, y sacrifica al becerrillo como cada quisque. No se piensa en la inmortalidad. La fama póstuma es uno de los goces más detestables del dia. Es preciso el aplauso del vulgo y una gran *recette*. La especulacion segura es el teatro, y el teatro se inunda de producciones que nacen hoy y mueren mañana; pero empresario y autor hacen *son affaire*. No conduce á la fortuna el ir contra la corriente del vulgo. A menos que un autor no tenga un buen *hôtel*, buenos caballos, *nombre de maîtresses* y cien mil francos de renta anuales, es iniquidad pedirle que alce á su musa del lodo de los negocios, porque él tambien tiene oidos y ojos y sus sentidos completos y su alma en su almario, y no porque el cielo le haya concedido talento,

ha de privarse de lugar en el festin de la vida. En resolucion, la literatura es un oficio como otro cualquiera, y entre cobrar á cien años fecha y cobrar á la vista, buen tonto es el que vacila en la eleccion.

Do quiera que hoy se va en París, no cesan de martillar los oidos las pláticas sobre intereses materiales. Con el entusiasmo propio de su raza el pueblo francés se ha lanzado en la empresa de fomentarlos, y ha hecho prodigios en pocos años. París es ya un Nueva York en punto á especulaciones comerciales. Las clases elevadas, ni más ni menos que el humilde obrero, militan en el ejército emprendedor á cuya cabeza se han puesto los modernos Fúcares, los Rothschilds franceses, Mirés y Pereire. Todos son comerciantes, todos pelean en el nuevo campo de batalla de la riqueza. Sociedades de crédito nacen cada dia como los hongos, compañías de seguros, de caminos de hierro, de canalizacion, de explotacion de minas, de fabricacion de casas, de industrias de todas clases, de navegacion, de gas, agrícolas, literarias, culinarias, y así como en otros tiempos habia grandes pensadores, atrevidos teóricos, inspirados poetas, brillantes historiadores, verdaderos novelistas, excelentes autores dramáticos, famosos artistas de toda especie, hoy menudean los contratistas, los empresarios, los banqueros, los Mornys, los Foulds, un nuevo mundo, una nueva via; porque es preciso que el francés tenga una canal por donde se desagüe constantemente su prodigiosa exhuberancia vital. Por otra parte, no tiene que pensar en gobernarse, porque Napoleon se ha reservado la direccion suprema de todo; no tiene que pensar en escribir, porque la prensa no es libre, ni en discutir, porque la palabra está cohibida. Déjasele solo abierto el camino del fomento y desarrollo de los bienes materiales, y le recorre con pasos agigantados, con la cooperacion general, sin que falte el bello sexo, bolsista y contratista en grande y pequeña escala.

Quien observa la aglomeracion confusa de la capital de Francia, donde en el centro del comercio se halla la mansion imperial, y junto al gran *hôtel* del noble la mísera, negra y sucia carbonería, y frente á las ventanas de una honrada familia el lupanar asqueroso, y al lado de la Bolsa el teatro, no se admirará de que en el seno de una tertulia hable una dama de fondos públicos y pida el boletin auténtico de la bolsa, porque en la sociedad parisiense no hay tiempos, ni lugares, ni hora de reposar y hora de trabajar, y lo mismo se trata de un gran negocio durante un baile ó en el palco de una ópera, que se critica un *vaudeville* en el escritorio de un banquero. Un vecino de París escribia á un amigo suyo estas palabas: «Hoy, dia festivo, de París y de mí mismo me salgo, busco un lugar retirado y solitario en las inmediaciones, donde no oiga más que el canto de las aves. Veo un árbol en un desierto, me acojo á su sombra y guarida creyendo aun oir la algarabía de la bolsa, cuando hé aquí que de las matas sale un pastor y me pregunta, *á cómo*

cerraron los resíduos, porque su mujer tiene empleados sesenta francos en este papel. Por este tenor puedes juzgar de la atmósfera parisiense. No se habla más que de compras, ventas, empresas, ganancias y sumas fabulosas. Hay, por último, quien ha sido expropiado cinco veces por utilidad pública. Este es otro negocio: compras casas viejas y ruinosas por donde el emperador ha imaginado hacer cruzar un *boulevard* ó hacer otra reforma, digamos, un cuartel, y te verás obligado á hacer el sacrificio de contentarte con ganar de una mano á otra un mil por uno. Conozco á uno de estos desventurados, que ya no encuentra dónde vivir. Dice que las casas son para él lo que el caballo Seyano, y que así como era signo de ruina que los ratones y arañas saliesen de un edificio, hoy se han vuelto las tornas y basta que él se entre en uno para que le condenen á caer por tierra.»

Es cosa de ver cómo el nuevo París concibe la existencia de la mujer. Fray Luis de Leon, que se imaginó el modelo de la perfecta casada, se santiguaria cien veces á la vista del modelo nuevo creado por la civilizacion, ó mejor dicho, por la situacion especial de la nacion francesa. Siempre fué notable el ascendiente y grande la importancia que en este país tuvo la mujer, mezclada en los negocios políticos y literarios, en las intrigas de la córte, y capaces de disputar y charlar sobre todo con no menor aplauso que los hombres. Esto fué causa de la elevacion de tono y refinamiento que son como característicos en la sociedad de nuestros vecinos, mucho más en las épocas en que la clase media no se mezclaba en las reuniones *d'èlite*. La ausencia de reuniones populares en donde los hombres traten de los asuntos graves del estado, inclina á buscar una compensacion en los goces de las reuniones particulares, donde se pasa universal revista á todos los asuntos. Suponed á un francés en la situacion de los ingleses, gobernados por sí mismos, y se concebirá cuán poca gana ha de quedarle de hablar de asuntos de estado en un salon en presencia de jóvenes; pero como cabalmente es al revés, no les queda otro recurso sino parodiar el hombre público y admitir á la mujer en sus deliberaciones y controversias familiares.

La mujer francesa es hoy una verdadera cooperadora con el marido en el *affaire* de la vida social. La falta de libertad es un nivelador semejante al ejercicio de ella, porque todos los extremos se tocan, y como el bello sexo ha tomado posesion y hecho entrada en todos los dominios propios del hombre, y se le considera igual en todo, es una verdadera sócia, con idénticos derechos y deberes, con idéntica libertad y autoridad, amen de la superioridad que da la gracia y la belleza. Verdad es que hay que distinguir dos clases en este sexo: la mujer segun la poesía, y la mujer segun la prosa: segun Balzac no habia en París en su tiempo cuatrocientas dignas del nombre de mujer. ¿Y por qué? Porque quien quiera que vive en un piso que no

sea el principal, puede ser una criatura excelente, una buena madre y esposa; pero eso no es una mujer. Es decir, que la mujer sin la riqueza, sin la ostentacion, sin el ocio, sin la aventura, sin el peligro, no es mujer; y como esto no es menester repetirlo muchas veces porque se graba á la primera, resulta que mucha ha de ser la virtud de un sér para renunciar á ser lo que la sociedad la define.

Pasando de las personas á las cosas del nuevo París, nada aparece más desarrollado que los medios de satisfacer la gran necesidad de vida exterior en los franceses. La fama de París por sus fondas y cafés, nunca fué eclipsada por capital alguna, y así era natural que fuese, si cada vecino habia de abandonar su propia mesa particular por la pública. Y no es solo por horror á la soledad, ó porque los placeres embarguen todo el tiempo que una mujer habia de ocupar en las haciendas culinarias, sino porque el francés busca en todo el ideal, estudia la ciencia de la gula, ha elevado á la perfeccion el arte culinario y es gastrónomo en el más elevado y puro sentido de la palabra. Necesita comer manjares variados y hechos á la perfeccion, lo cual no está al alcance de la cocina aislada, y es milagro únicamente posible á la cocina por mayor, en una palabra, al principio de asociacion. Con lo que se regala en el comedor de la fonda del Louvre, de los Príncipes, en el *café Anglais*, *Very*, el *dinner de París*, ó de *l'Exposition*, apenas podria tener en su casa una modesta pitanza. ¡Cuántos refectorios famosos no ha habido en esta patria de Brillat-Savarin, desde el famoso Beauvilliers del Palais Royal, autor del *Arte del Cocinero!* Contar los que hoy existen seria empresa dificultosa, ni menos hacer comparaciones de bondad, cuando todos compiten en lujo, en abundancia, primor, puntualidad y coquetería, así en los accesorios como en lo principal, así en los contenidos como en los continentes. En efecto, muy desgraciado ha de ser el cocinero que no tenga *agibilibus* para inventar una gollería, cebo y añagaza de los epicuros y atraérselos á solapa, por modesta que sea la apariencia de su oficina; porque bajo de malas capas suele haber en esto grandes y buenos bebedores. Si Very fué en otros tiempos celebrado por sus *entrées truffées*, y sus comidas á cuarenta francos por cubierto segun canta la copla:

Very chez qui, des jours de fêtes,
Seigneurs, et tous riches bourgeois,
Dinent à deux louis par tête.

ahí están Grignon, famoso por sus gallinetas rellenas, *les Trois frères*, por sus *brandades de merluche* ó abadejo salpimentado, éste por sus *filets*, el otro por sus *suprêmes de volaille* y otras obras maestras de refinamiento del gusto.

Y aunque el forastero sea tan menguado, de suerte que no alcance al goce de los placeres costosos, la vida pública de París, el bullicio animado de sus calles, la

alegría en los ojos, la satisfaccion de los semblantes, la comunicacion contínua de las gentes, los lugares públicos de recreo y los modestos *restaurants*, iguales en sustancia, desiguales solo en aparato, vendrán á sustituir al enorme gasto que exige la ciudad de los placeres por excelencia. París se entra por los ojos, seduce á la apariencia con su red de elegantes palacios y monumentos apiñados en el centro, anima con su profuso balconaje, exhibicion de primores, anchura de las calles, cafés al aire libre y acumulacion de pobladores, siempre en movimiento, siempre locuaces y como nivelados por la corriente que forma una atmósfera general de gozo y de entusiasmo. Hay en esta capital una especie de vida y sociedad particular callejera de diversos caractéres segun los lugares, fenómeno que ha dado orígen al ejercicio de los *flanneurs* ignotos é inconcebibles en otra capital cualquiera; y es porque el francés muere por vida pública y seria capaz de dormir en espectáculo, al modo que come y bebe á las puertas de los cafés, si las leyes no se lo prohibieran. Ningun sér pasa cerca de otro á quien le sea indiferente su vista. Todos quieren ser notados, la mujer por su hermosura, el hombre por su vanidad. El más humilde trabajador con su blusa azul, gorra de paño y ordinaria pipa, no se avendria á discurrir por una calle como el opulento inglés, ignoto entre la muchedumbre y semejante á la gota de agua en un Océano, y aun el carrero, que de vez en cuando atraviesa las calles de París, va crugiendo su látigo sin cesar mientras lleva la mula á paso tardo, solo por hacer ruido y representar con *éclat* su papel. En una palabra, así como en Lóndres cada cual procura perderse, confundirse entre la multitud, así en París cada cual procura señalarse y distinguirse en ella, de donde proviene esa animacion que convida á pasear sus calles y á entretener los ocios del forastero.

Y en efecto, á cualquier hora, en cualquier paraje en que se halle el curioso en París, el génio del placer le tiene entre sus redes. Si como es natural busca el centro y se coloca en la plaza de la Concordia, el punto de vista más sorprendente del mundo del artificio por oposicion al de la naturaleza, puede decir que no es dueño de sí mismo, y más si tiene puntas de artista y *se pique* de conocer la historia. Pocas capitales han logrado reunir tan simétricamente tantos atractivos. Supongamos al curioso colocado al pié del obelisco de Luxor, representante de la civilizacion egipcia, mudo testigo del progreso humano y de las memorias tristes que á su curso se asocian; porque bajo su base corrió á torrentes la sangre de sus adalides en la no remota época de su revolucion gloriosa.

La extension de esta plaza es inmensa, y solo puede compararse en la riqueza, posicion, grandeza y número de los palacios que la rodean á la vastísima plaza del Almirantazgo de la córte rusa, pues ambas tienen á un costado, la una el turbio

Sena, la otra el azulado Neva, y las Tullerías forman una de las fachadas de la una, como de la otra el renombrado palacio de invierno. Pero fuera del monumento de Alejandro, la plaza de la Concordia de la córte de los césares lleva la palma á la de la córte de los czares, en adornos, profusion de monumentos y coquetería; pues ciérrala una elegante balaustrada de piedra con ocho pabellones ó tronos, sobre los cuales se ven colosales figuras de matronas, que simbolizan ocho de las principales ciudades de la Francia, y acompasan y templan la gravedad severa de la egipcia pirámide, dos bellísimas y ruidosas fuentes de fundido hierro, á que rodean multitud de candelabros y columnas con el oro resplandecientes.

Al Este tiene como por base de su decoracion el palacio de las Tullerías, que engrandeció y escogió para residencia Catalina de Médicis, y el jardin del mismo nombre, en cuya extremidad opuesta á la del muelle del Sena, hoy calle de Rívoli, celebró sus sesiones la Convencion nacional. Al Oeste ve los Campos Elíseos, teatro obligado de todos los pasatiempos públicos, lleno de circos, cafés, fondas, salas de baile, gimnasios, enormes palacios en los costados, microscópicas tiendas en el centro, testigo de grandes espectáculos militares, de infinitas ascensiones aereostáticas, fuegos artificiales, banquetes, cucañas, músicas, amoríos al viento fresco y escamoteo á la luz del dia: y allá en lontananza, en el fondo de una hermosa alameda, fantástica de noche con la iluminacion del gas, y alegre durante el dia por los caminantes que la pueblan, se eleva el grandioso arco triunfal llamado de la Estrella, gigantesco término de una perspectiva admirable que se extiende hasta casi una milla de distancia. Al Sur corre el brumoso Sena, modesto arroyo que recibiendo tributos en su carrera, entra navegable en la ciudad famosa, orgulloso con sus islas y sus puentes, peligroso por sus bancos de arena movibles, seductor por las poblaciones que cerca de su agradable y serpeante curso han tomado asiento, como el plácido Neuilly, el aristocrático Saint-Cloud, los seductores Saint Denis y Argenteuil, y el pintoresco Saint-Germain: y más allá, sobre la diestra márgen, cierra la perspectiva en el llamado muelle d'Orsay el elegante palacio, ó cámara de los diputados, desde donde el curioso pudiera recrearse viendo los baños flotantes y el comercio incesante de una á otra parte de la ciudad, así como iniciarse en más de una aventura amorosa que ha terminado en el suicidio. Finalmente, al Norte ve en primer término dos edificios de agradable perspectiva como embocaduras ó bastidores que dejan ver á lo léjos el severo, magestuoso y clásico pórtico de la iglesia de la Magdalena, templo mandado construir por el primer Bonaparte para conmemorar y simbolizar con ática arquitectura la gloria de las armas galas.

¿A dónde irá este asendereado curioso, puesto en el centro de la que llamó Montaigne gloria de Francia y noble ornato del mundo, atraido por tan diversas

partes con igual fuerza y péndula, y vacilante su voluntad entre tantas sendas? Pero bien seguro es, que por una vez que atraviese el puente y se embeba en la contemplacion de la grandeza del hospital de Inválidos, el sepulcro de Napoleon, el campo de Marte, hoy teatro de grandes paradas y carreras de caballos, y se deleite en visitar el palacio del Instituto, el palacio de Luxemburgo, de la Legion de honor, la casa de la moneda y el jardin botánico: por una vez, decimos, que se alongue al Panteon erigido *aux grands hommes (par) la patrie reconnaissante*, depositario de los restos del filósofo de Ferney y del utopista de Ginebra, de Bougainville el navegante, de Lagrange el matemático, del arquitecto Soufflot, del mariscal Lannes, y otros grandes génios, y vea el antiguo barrio latino, ó la isla de París, aun no conquistada del todo por la civilizacion, con su grave catedral de nuestra Señora, de gótico estilo, irá ciento hácia la gran corriente de los *boulevards*, hácia la gran arteria del movimiento de París, donde está gravada la fisonomía del siglo, donde la reforma incesante no ha dejado un resto de la antigua ciudad, ni un vestigio de la civilizacion pasada; donde se despliega en toda su pujanza el espíritu moderno, la obra de la gran revolucion y el reinado de la clase media; donde brillan las bolsas, las estaciones de ferro-carril, los mercados, los bazares, teatros y pasajes; donde ilumina el gas en vez de la linterna de triste recordacion; donde las plazas regocijadas ocupan el lugar de las Bastillas, y los casinos el de las prisiones; donde circulan los *flanneurs*, las nuevas potestades del capital, y las siempre tiranas hermosuras; finalmente donde se hallan la *Chaussée d'Antin*, y Loreto, centro de la locura en triunfo, la juventud en su gloria y los vicios disfrazados.

¡Ah! si nuestro curioso peregrino está libre de una pasion furiosa dominante, si no es bibliófilo que guste andarse por el puente Nuevo en busca de antiguallas, si no es artista que prefiera pasar las horas sentado en los salones del museo del Louvre, admirando los cuadros de Rubens, ó en el de Cluny, analizando yelmos, manoplas y lanzones de la edad media, ó anticuario que ande buscando pepitorias de escultura y numismática, poniéndose en camino de visitar á Charenton, dirá como Moliere en su don Juan, que tiene una tendencia natural á dejarse ir tras de todo aquello que le atrae, y el París nuevo le atraerá sin duda con su ruido y su grande embocadura de la *Rue Royale* ó de Rívoli. El contínuo vaiven de elegantes carrozas, de *dandys*, de *grisettes*, de obreros, de militares, de negociantes, de forasteros y de ociosos, le mostrará la ancha senda del *petit ciel*, que todos los cielos no han de ser estrechos de boca, á no ser que la boca de este cielo artificioso sea, como diria un moralista, boca de infierno sembrada de árboles, y llana y *mac-adamizada* por añadidura, para hacer más fácil la caida.

De la Bastilla á la Magdalena hay un gran museo de la vida en su mayor grado

de calor, de la vida donde más largamente se contiene. El forastero no puede olvidar esta gran via, síntesis *citadina,* cuya fisonomía se queda grabada indeleblemente en la memoria. Imposible es que el melancólico que la atraviesa, no llegue al final trastrocado, á menos que no sea un filósofo incurable lleno de negra cólera de los piés al cerebro. Puede decirse que en este paseo se ven en todas sus manifestaciones todos los modos de ser de la escala social. Del *Boulevard des Italiens* al *Boulevard du Temple* hay un mundo de que forman los dos opuestos polos, y como si fuera providencial y en alto grado emblemático, el pobre está obligado á atravesar por la demarcacion del mundo opulento é ilustrado para llegar á los Elíseos Campos, como indicando que es preciso sacudir la ignorancia y emanciparse de su yugo por medio de la instruccion y el trabajo para llegar á la tierra prometida de la felicidad, ó al menos del bienestar.

Este inmenso y abigarrado paseo, donde se mezclan la elegancia y la modestia, la pereza y el trabajo, el rico y el pobre, el negociante y el poeta, el parisiense y los representantes de todas las provincias y países del universo, el militar y el paisano, el vasallo y el emperador, el noble y el ciudadano, el viejo y el niño, la mujer honrada y la esposa infiel, la doncella honesta y la dama aventurera, el *gendarme* y el caballero de industria, el republicano y el legitimista, el *lion* y el acémila ó *portefaix,* el elegante *brougham* ó cupé y el desvencijado alquilon ó tres por ciento, es como el espejo de París, que nadie quiere dejar de mirarse en él todos los dias. Vivir hoy en París y no atravesar siquiera una milésima del *Boulevard,* cada cual segun sus gustos y la fuerza con que se siente para tomar un papel en aquella diversidad de escenario, es cosa imposible.

¿Cómo aquietar al comerciante, si frente á la embocadura de la *rue Vivienne* no oye gritar y se entera á última hora del *cours de la bourse?* ¿Quién resarcirá á los jóvenes, á los forasteros, á los curiosos, de la falta de una ojeada sobre aquel *defilé* de las legiones del lujo, si no ven los cambios que *Mademoiselle A... Fleur des salons* por otro nombre, ha verificado en su *toilette*, ó si ha cambiado de victoria, ó si la acompaña un príncipe ruso? Todas estas cosas son afecciones importantes del sistema planetario social para ciertas gentes, que reventarian de pena el dia en que perdiesen el hilo de las aventuras, ó la pista de los sucesos y movimientos de sus prójimos.

Pues el político, por fuerza ha de dar un vistazo, siquiera por leer *La Patrie, journal du soir,* que con tanto estrépito se insinúa en el orbe periodístico. ¿Dejará de ir el *garçon* á comer en un *restaurant,* ahora escoja el *Café de Paris,* ahora el de la *Madre Cigüeña* á la cola de la grande arteria? Primero asaeteado. Pensar tambien que las *mariposas viejas*, ó viejos verdes, y jóvenes envejecidos, no han

de azotar las grandes aceras y dar fuego á las yescas de sus corazones, es pensar en lo escusado, porque en parte alguna hallarán más belleza ni en mayor número que en esta via. El magnate no dejará tampoco de atravesar, siquiera sea á sesgo, por el gran arrecife de la civilizacion, porque, en resumidas cuentas, ir al *Boulevard*, es darse fé de vida, y nadie quiere contarse con los muertos.

¡Oh, misterios de París! Con tal que yo pague el título á mis criados, puedo pasar por príncipe de nuevas Vizcayas, y si me asomo á un palco del Coliseo de Ventadour con mi Agnés, nadie se mete á averiguar mi estado ni buscarme la partida de matrimonio; y si logro ser *decoré*, y me viste un sastre de S. M. imperial, y paseo con *groom*, vivo en *hôtel garni*, como en la *Maison dorée*, y voy á un baile de las Tullerías, cosa no muy dificultosa en Francia, aunque me dure un dia, he de ser materia de las pláticas de la córte, de la envidia de los hombres y de los cálculos de las damas. El tiempo podrá ser corto; pero, ¡qué no es corto en este soplo de la vida! Despues de esta apoteósis de relámpago y este reinado de centella, el Titan que así escala el cielo por sorpresa, puede quedar rendido y destrozado del esfuerzo, pero en ninguna manera confuso; porque no tiene más que pasarse de una demarcacion á otra y con los resíduos de la campaña gloriosa del *Boulevard de los Italianos*, puede emprender otra en los inmediatos de *Montmartre* y *Bissonnière*, y si la suerte le empuja de mal en peor, puede llegar hasta el *Temple* y ser allí un personaje por otro estilo, y quejarse á su gusto de lo inconstante de la fortuna, seguro de que los testigos de su gloria están más allá, en otro mundo, y no se les da un comino por la desaparicion de un cómico social. Si ha perdido á Agnés, estrella de primera magnitud del barrio de Loreto, ahí está Florette del barrio latino, que le consolará. Ésta es una muchacha de un corazon tamaño y una filosofía mayor que el corazon, y sabe lo que son cambios de fortuna, y nada hay que más le empache que el ver á un hombre mohino y empeñado en tomar por lo sério las cosas del mundo. Ella le dirá:

«¿Sois pobre y teneis pasion?
Yo os amo por caridad.
¿Sois rico? Pues bien, entrad
A parte en mi corazon.
Vaya al diablo el sentimiento,
Que yo la vida me paso
Vertiendo vino en el vaso,
Y dando mi voz al viento.»

Hé aquí el fondo permanente de la sociedad francesa. Desde los tiempos de la pequeña villa sobre el Sena, de que habla Julio César, París ha visto cambios infinitos en su recinto; pero el francés de hoy es el mismo que ahora tres mil años, idólatra del placer, entusiasta por el espectáculo. Así ha llegado á construir en el

seno de su capital ese cáuce anchísimo, de doradas márgenes, en que se atropellan los vivientes, como olas que en veloz corrida se precipitan al mar, engañando el oido con una cancion perpétua y la vista con un incesante panorama. Todo confluye á este canal de desahogo, á este gran estrado de la ciudad de París, á fin de satisfacer á la impaciente curiosidad del nuevo romano, más romano aun que los antiguos, que pedian primero pan y luego espectáculos, porque el francés, primero pide espectáculo y luego pan, y á mal venir,

Le spectacle suffit sans pain.

Y en saber halagar á los sentidos, expecialmente al de la vista, nadie como los parisienses, que ni son melindrosos, ni tienen tiempo de desengañarse. Todo es mentira en París, se dice comunmente: lo que habia de ser oro es oropel. Si se quita la universal corteza, el alma de todas las cosas está jurando con el cuerpo. Hé ahí el espectáculo: ¿no es el mundo un teatro, y la sociedad el escenario, y los hombres los actores? ¿A qué viene esa censura rancia que la misma naturaleza condena? Si vamos á quitar la corteza y la apariencia á todas las cosas creadas, nos llevarémos los mismos chascos. ¿Qué es la flor en sus elementos? ¿qué es la mujer? Un naturalista os dirá: *carbon.* Gracias, señor sabio; estimando la noticia. Y si le seguimos preguntando nos llegará á decir, que las cuatro quintas partes del globo y cuanto en él se contiene es la misma sustancia. Con que si la naturaleza tambien se atavía y nos da carbon con tan bellos colores, aromas y apariencias, quien más sepa imitarla será más artista: luego París es el taller por excelencia en donde se da gato por liebre.

Y en efecto, París, el nuevo París, es el que entiende de decoraciones, es el estudio en que se dan los últimos toques y perfiles, no desperdiciando ni teniendo en poco cuanto puede contribuir á dar realce y engañar á los ojos; porque la perfeccion no consiste en grandes trabajos, sino en la lima y pulimento de las cosas. En ninguna region del globo se necesita menos filosofía para vivir que en esta córte sensual y sibarítica. No hay más que entrarse en la corriente y *se laisser aller tout doucement.* Recorred las capitales de Europa, y por más fortuna que tengais para comprar gustos, y pasatiempos, llegará una hora, un momento en el dia, en que el génio del placer dormite, en que pidais nuevas sensaciones y se os responda: *consumatum est;* pero en la capital de la *belle France,* la fuente del placer jamás se agota, y no parece sino que hay legiones de Vulcanos trabajando en la fragua de los caprichos. ¿Queréis regalar el gusto? Tendreis, al revés que en Inglaterra, millones de salsas en cambio de media religion. La cocina francesa hará despertar el apetito, aunque esté más dormido que un liron. Ella tiene sus grandes génios, como Soyer, superintendente que fué de las del hospital de Scutari, y regenerador ó apóstol

culinario, que así como los protestantes van á propagar sus biblias, él se fué á Lóndres á evangelizar los platos, y á enseñarles el culto del estómago. Pero cada francés es un Soyer, y hasta los ministros, reyes, nobles y damas se precian de componer nuevos guisados. La lista de manjares del nuevo París es interminable, y el delirio de progreso y de variedad ha originado los *hipófagos*, que cansados de comer *cotelettes á lo absurdo*, y *fricandó al entusiasmo*, les suena de perlas *filet de cheval de tir*, y *rognons de cheval de course*. ¿Queréis teatros? Desde el Guignol hasta el de la Grande Opera, tendreis todos los géneros: el clásico, el romántico, el cómico, el trágico, el dramático, el mímico, el absurdo, el discreto, el aflictivo y un ejército de escritores que estudian vuestras extravagancias y mal gusto para fomentarlos con disparates, estudio mucho más sério que el de las reglas de Horacio, porque el uno es estudiar á la naturaleza viva, y el otro es seguir la letra muerta de un latino que no habia vivido en París, ni sabia lo que era la *claque*. ¿Queréis bailes, ó mejor dicho, bailes filosóficos, expresion de la filosofía de Hegel, ó bailes materiales? En una palabra, ¿escojeis el sistema Taglioni y Petipá de la Grande Opera, ó el de Rigoletto y Gicard de Mabille? Allí hay de todo; razon pura explicada con los piés, y sensualismo que brota por todos los movimientos. El uno es remedo de Kant, y el otro es doblemente Kant, porque es *Cancan*. Los cuákeros no han hecho prosélitos en Francia, no solo por ser amigos de la verdad, sino enemigos de la danza; pero, ¿quién va á seguir la opinion de estos hombres que no llevan cuello en el frac, y nunca cambian la hechura de su ropa? A la verdad, para nosotros no hay espectáculo más nuevo, más interesante y original que el del gran teatro de París el martes de Carnaval. El que se oponga á los bailes porque son inmorales y dan al traste con la dignidad del hombre, que se asome en este último respiro de la locura parisiense, y allí cambiará de ideas, y se meterá de patitas en aquel infierno, si ya no es que lleva un par de muletas. Además de esto, si Alfieri y otros moralistas, que debian ser zambos, hablaron en contra del baile, ahí están Sócrates y otros que no son ranas, muy apasionados y panegiristas de la danza. Lord Chesterfield dice, que es imposible entrar con elegancia y gracia en un salon, si no se toman lecciones de un maestro de baile. *Monsieur Jourdain*, que era grande hombre, pues habia escrito toda su vida prosa, *sin saberlo*, lo primero que hizo cuando quiso pasar por caballero, fué tomar un maestro de baile. En resumidas cuentas, la danza, que es el más seguro espejo de la alegría del alma, porque un saturnino debe bailar como los perros, en parte alguna se ofrece como en el nuevo París, en donde realmente se baila, mientras que en el resto de Europa se pasean ó se destrozan los bailarines, salvo las españolas, que por algun secreto conducto aprendieron el movimiento de las hadas y sílfides, que no bailan sino fascinan.

Pero volvamos al pedir y al contentar de boca. ¿Se quiere música? París os llenará las medidas: y ¡qué música! no hablará al pensamiento ni al corazon, pero habla á la religion nacional; siempre alegre, aunque no sea agradable, porque al son que le tocan trabaja el compositor, y en vez de las tristes canciones y profundos suspiros de nuestra Andalucía, la cancion del francés siempre es alegre y tiende á pintar el desconcierto y locura de este exceso de placer. Oid al obrero, á la costurera, á las sirvientas, al pueblo todo, que no cesará dia ni noche con su interminable repertorio de canciones populares, medicina contra tristezas, porque el francés rara vez imita á la estátua de Harpócrates. El nuevo París ha popularizado la música, y si dejan al pueblo, levantará una columna á *Musard* que lo embriaga con sus *polkas* y *quadrilles*.

Pues ¿quién iguala al arte con que el parisiense sabe embellecer con todo género de ornato la vivienda? Miradle muellemente recostado sobre voluptuosos divanes, pisando blandas alfombras, reproduciéndose en multitud infinita de colosales espejos, tocando do quiera la tersa superficie del mármol, del cristal, de la porcelana y de las maderas preciosas, envuelto entre la seda y los damascos, girando entre dorados muros, entre globos de luz vivísima que reverbera, presas las aves canoras en doradas prisiones, los pintados peces en Océanos cristalinos, y las flores olorosas en colosales ánforas de Sèvres, donde compite la sencillez hermosa de la naturaleza con la belleza del arte. La casa del parisiense es un museo completo de las creaciones del globo. No hay objeto, por insignificante que sea, que el gusto de la moda no haya tornado hoy en representacion de los modelos de la naturaleza y del arte. Aun en el pequeño broche de una dama, se encierran en tamaño microscópico las siete maravillas del mundo, y ya un jarron de porcelana os muestra la *perla* de Rafael, ya en un tapiz veis un cuadro de Murillo, ya en el suelo pieles y cabezas de los más fieros animales, adaptando las formas de todos los objetos á modelos naturales, como si hastiados de artificio tuviesen sed de la sencillez y verdad de la naturaleza. Y esta atmósfera voluptuosa que embarga los sentidos, y este refinamiento que seduce en fuerza de *coquetería,* no son bastantes para atraer al sibarita parisiense á la vida doméstica y á los goces de familia.

Pero la felicidad doméstica estriba en el amor á la esposa y su dilatacion en una numerosa progénie, dos fenómenos tan extraordinarios en el nuevo París, que casi son como los eclipses, contados cada año. El corazon de los parisienses es tan grande que no les cabe en casa, ni lo puede llenar un solo objeto, siquiera sea la más agradable esposa. Nada más vergonzoso que mostrar esa debilidad delante de las gentes. Un marido enamorado hasta los tuétanos es un proverbio en París, y la mujer será la primera que jamás se lo perdone. El afan de bello ideal sensual ha puesto al matrimonio en el último grado de la escala del amor, y la familia, al

desaparecer, se va transformando y aumentando sus dimensiones al estilo de las antiguas repúblicas, en que los ciudadanos eran hijos del Estado.

Este trastorno ha originado ese sér tan digno de estudio como pernicioso, llamado la *coqueta*, que si bien es fruta de todas las córtes, en la de París se distingue y llega á la perfeccion. La coqueta es la síntesis viva del carácter de la nacion francesa, y por fijarnos en los rasgos más principales, tiene la vanidad de sus compatriotas, amigos de sobresalir en todo y llamar la atencion de todos, y es alegre sobremanera, espejo vivo de la *gaité* de su país. Nuestro Iriarte hizo una pintura tan bella de este enemigo del alma, que no podemos resistir á la tentacion de trasladar aquí sus versos:

Es, la *Coqueta*, mujer
Que pasa alegre su vida,
Procurando ser querida,
Y no pensando en querer.
Si uno llega á pretender,
Nunca de sí le rechaza,
Pues sabe con linda traza,
Dejando á todos iguales,
Recibir los memoriales,
Y no proveer la plaza.

Tan satisfecha y tan vana
Como traviesa y burlona,
Con el que más se aficiona,
Gusta de ser más tirana.
Si la celan, está ufana;
Si no la celan, mejor:
Desden, ternura, furor,
Tristeza y gozo aparenta:
Cualquier papel representa
En la comedia de amor.

Su empeño es que este rival
Dé malos ratos á aquel:
Por atraer al infiel,
No hace caso del leal.
De promesas liberal,
De favores avarienta,
Es deidad que se contenta
Con el obsequio exterior;
Y no atendiendo al valor
De sus víctimas, las cuenta.

Con ademanes falaces
Saluda, conversa, guiña:
Finge en el aire una riña
Por gusto de hacer las paces.
¿De qué no serán capaces
Su voz, su risa, su llanto?
Ríndese un hombre á este encanto,
Va á tocarla con un dedo,
Y ella le responde: — Quedo;
Que no lo dije por tanto.

La *coqueta* es el tipo más razonable, más lógico en una sociedad como la del nuevo París, y el mundo social y moral, que no es menos inflexible que el físico en la produccion de sus fenómenos, ofrece hoy abundante cosecha de este fruto, verdadera perversion de todas las naciones. Para terminar este bosquejo reproducirémos la opinion de una elegante escritora acerca de este tipo femenino. «El nombre de *coqueta*, dice, no se emplea sino en las altas clases de la sociedad; las otras, más positivas, que llaman al pan, pan, y al vino, vino, no han pensado en crear una expresion para designar á la mujer mala. Bajo este aspecto, la delicadeza social ha sido muy dañosa, y cuando se extendió el nombre de *coquetería* al gusto en el vestir, se agravó el mal, porque se acostumbró la mujer á oirse llamar *coqueta* sin horrorizarse... Una mujer modesta, sincera, sensible, laboriosa, nunca será *coqueta*, porque el serlo es incompatible con la virtud.»

Pero no hay mal sin compensacion. Si el amor de la dama parisiense está pendiente de alfileres, en cambio se puede confiar en su amistad, en cuyo sentimiento dan una buena leccion al sexo masculino. La amistad de la mujer cortesana francesa es tan duradera cuanto voluble é inconstante su amor, y tan desinteresada la una como calculador el otro. Engañar al amante, pase; al amigo, jamás. Y en verdad que no van descaminadas, porque como el amor es cosa de guerra y sea principio de este arte usar de arcaduces, estratagemas y engaños con el enemigo, no hacen nada nuevo en ello; mientras que la amistad santa, que no permite esas burlas, las inspira la idea de ser firmes y constantes en este sentimiento. Rousseau escribia á este propósito: «Por nada del mundo hubiera yo escogido esposa en París, ni menos una amante; pero de muy buena gana habria escogido una amiga, y este tesoro me hubiera consolado tal vez de la falta de las otras dos.»

Vengamos ahora á punto más concreto en el cuadro del nuevo París.

Supongámonos en la embocadura de ese gran rio viviente, donde hay tantos bajos donde encallar y tan fuertes mareas con que dejarse ir, y tantos ruidos peregrinos y rumbos tan diversos, y navegantes de tan varias naciones. La perspectiva es reducida desde la Magdalena, porque este gran rio serpentea graciosamente, avivando la curiosidad y proporcionando entretenimiento para todo un dia. Bien haríamos en tomar un *fiacre, vigilant* ó *citadine*, pero los cocheros de París padecen de una enfermedad crónica: *ils sont toujours pris*. Se parecen á muchas personas, que están en todas partes menos donde se necesitan. Verdad es que ómnibus no puede faltar, y por el paso tardo que va diciendo: todo es el tiempo en París menos oro, seria el mejor vehículo para observar este panorama. ¡Oh, negociante! si estás *corto* de tiempo, toma un billete de *correspondencia* en un ómnibus de París, que como no hay plazo que no se cumpla, al fin y al cabo llegarás á tu

destino. ¿A qué parte de la ciudad ó extramuros se quiere ir? No importa; la red de comunicacion es admirable.

—¡Al coche, al coche, *depêchez!* grita el conductor: *será V. conducido.*

—¡Pero si el tal coche va al Norte y yo voy al Sur!

—No importa, los extremos se tocan. V. llegará; dentro de dos horas toma V. la correspondencia...

Lo mejor será caminar á pié por entre las arboledas para ir notando el que guste lo más digno de atencion; y lo más notable son siempre los gritos de los vendedores, en que París ha descollado desde muy antiguo. En ciertas épocas, desconocido aun el mundo orgánico del anuncio, París era una confusion de voces, y el *boulevard* atronaba los oidos como hoy el interior de la Bolsa. Todavía pululan los vendedores ambulantes, y completarán siempre el cuadro en tanto que no falte locuacidad y buen humor y chispa para diálogos como el siguiente:

—¡Almanaques! en prosa, cómicos, *charivarescos,* higiénicos, filosóficos, que dicen cuanto hay que saber y tienen una gracia.

—¿Cuál? dice un transeunte, que así puede tener la lengua como tocar el cielo.

—Que no saben mentir.

—¡Ah! *ma foi,* dice una muchacha con ojos de luto por las muertes que han causado, segun dijo nuestro poeta, y de mofletillos de carmin como si el mismo Cupido le hubiera pellizcado en ellos, y de otras gracias que no es ocasion de enumerar: *ma foi,* si no saben mentir no los quiero.

—*Pardon,* dice el almanaquista; los tengo embusteros, hechos *express* para el que los prefiere.

—Pues venga uno de mentiras, que las verdades son muy amargas..

—*En voilá:* dice que este año no habrá eclipse total, y es mentira de á folio, porque siempre que V. sale á la calle, señorita, hay eclipse universal.

Voilá le marchand d'almanachs
Qui est ce qu'en vent? En voilá.

Diálogos semejantes y escenas chistosas se ven á cada paso en las calles de París, y desde el vendedor de *coco* hasta el dueño del bazar *á cinq sous la piece;* desde el amolador, vidriero, verdulero y mercader de las cuatro estaciones, hasta el tratante en objetos de lujo, todos están dotados del arte de disparar más palabras que cohetes un castillo de fuego.

—¿Qué es lo que más llamó á V. la atencion en París? preguntaba un viajero, camino de Boulogne, á un inglés muy pensativo que leia un libro de memorias.

Es de advertir, que para hacer análisis y pepitoria de una ciudad no hay como un hijo de Albion provisto de cartera y lapiz.

«La mejor calle de París tiene gran número de monumentos á uno y otro lado; pero los franceses los miran con irreverencia, y los tienen convertidos en albañales.» Esto decia en el memorandum de un *tourista* inglés. Y más abajo se leia:

«Todo se hace al revés en París. Los coches de alquiler están situados á diestra y siniestra de la via pública, al revés de lo que hacemos nosotros, que los situamos en medio de las calles.»

Y como apéndice:

«Figuras del *boulevard: flanneurs:* hombres que se salen de sus casas sin más objeto ni propósito que visitar los pasajes, sentarse en los cafés, como yo he visto en Alepo á los turcos, y mirar las tiendas y los objetos nuevos, leer las últimas noticias, examinar á los que pasan, entrar en un *estaminet,* ver jugar al *dominó,* parar á los que van á su camino, hablar del prójimo, requebrar á las mujeres, y echar humo por boca y narices. Item: *serjent de ville* y sus sables, y un hombre de la edad media con casco reluciente y vestido á la turca sobre una carroza elegante, el cura con su breviario bajo el brazo, la hermana de caridad, el zuavo, el cazador de Vincennes, varios ciegos, muchos cocheros dormidos, *gamins,* traperos, damas con las faldas recogidas, niñeras, estudiantes, blusas azules, y mujeres sin toca que andan por la calle como si fuera su domicilio, etc., etc.»

Estas *et ceteras* aludirán á los ingleses enmascarados con un sombrero-solideo, barbas-escobones, quevedo en las narices y saco de noche en las manos, todos vestidos de color gris, incluso el cabello y las cejas, y de marca de siete pies de alto, por uno en su mayor perímetro.

Pero volvamos á la respuesta de nuestro viajero.

—Lo que me llama la atencion, es que la vida se aprecia *por lo que se gasta.*

Y hay mucha verdad en este equívoco.

IV.

EL CAFÉ.

En un libro de costumbres del universo no podia dejarse de venir á este centro de recreo, que constituye hoy, no solo un adorno de las poblaciones, sino una necesidad indispensable. Los paseos, las alamedas, las fuentes y jardines, no son en el estado actual más necesarias al complemento de la vida que este punto de

reunion, en donde se vierte á raudales la esencia del grano que debieron sembrar las musas para abrirse camino y comunicacion con nuestro espíritu, limpiándole de vapores y dando más transparencia y sensibilidad á los órganos de que se vale el entendimiento.

Y hablamos del café al tratar de Francia, porque este desahogo ó verdadera institucion social tuvo allí principio, allí se perfeccionó, de allí salió á recorrer el mundo, y allí ha venido á ser como el segundo domicilio de los ciudadanos. Tan cierto es esto, que bien podrian venir golpes de Estado y cambiarse de arriba abajo el edificio político, sin que los franceses dijesen «esta boca es mia;» pero llegar á esta institucion, seria provocar un cataclismo. Seria quitar al pueblo más de media vida, desconcertar su existencia, y acabar con él á manos del fastidio y aburrimiento.

Difícilmente se hallará un goce en su esencia tan sencillo, que más complicadas resultas y efectivo influjo haya tenido así en el progreso del espíritu humano, mejora de las costumbres y extension de las relaciones sociales como en la constitucion física de los hombres; y una prueba de la importancia de su esencia es el valor y perfeccion de la forma ó accesorios que su introduccion hicieron necesarias.

En efecto, si la religion ha creado el templo, la botánica los jardines, el arte los museos y teatros, la libertad los senados y congresos, no debemos olvidar que el café ha sabido crear una especie de estructura especial, que participa de varios caractéres, y que es uno de los más bellos adornos de las cultas poblaciones.

En la historia de las relaciones sociales la aparicion del café es ciertamente un acontecimiento, y el entusiasmo con que todos los pueblos lo acogieron, una señal inequívoca de que este grano habia de competir en sus efectos con el fruto de la vid y el aromoso tabaco, formando uno de los más puros é inocentes deleites del hombre agobiado por el cansancio, el ayuno y la fatiga. Si fué conocido en la antigüedad é inspiró los versos de Píndaro bajo el nombre de *nepenthe*, que era el néctar con que la más hermosa de las mujeres obsequió al hijo del más prudente de los héroes, es cosa que no está averiguada; pero sí que el desarrollo de esta bebida ha ido caminando paralelo con el desarrollo de las libertades en la moderna Europa, y que si la trina divisa de la revolucion francesa se refleja y toma cuerpo visible en alguna parte, es en el congreso, asamblea ó tertulia que llamamos café.

Coincidencias podríamos notar tan extrañas, que algun desocupado no dejaria de hacerlas objeto de sérias investigaciones, tomando por punto de comparacion las naciones en que domina el uso del té, como en Inglaterra y China, y aquellas en que se prefiere el grano de la que, por él y no por su oro, se llamó sin duda la feliz

Arabia. ¿No es digno de atencion, que entre los placeres de la córte de Luis XV se fomentase el uso de esta bebida *intelectual*, como si la tiranía misma labrase el instrumento con que habia de ser más tarde destruida? ¿Quién no ve en la inconstancia de los franceses, y en el amor á las tradiciones de sus vecinos, que el uso del café en los primeros les asemeja en viveza de espíritu á los árabes, así como el uso del té da á los ingleses algo de la inmovilidad que es el carácter del celeste imperio?

Pero ya irémos notando otras peculiaridades y efectos importantes causados por este néctar, que aunque introducido primeramente en Inglaterra, la Francia tuvo el arte de aclimatarlo mejor y extenderlo en toda Europa, pudiendo asegurarse que la explotacion del consumo en público, en la forma seductora de los establecimientos que llamamos *cafés*, se debe exclusivamente á los franceses, que lo copiaron sin duda de la Turquía.

Harto se ha disputado acerca de los primeros pueblos y edades en que se conoció el arte de tostar y moler este fruto, llegándose hasta creer, que el *Kali* que ofreció la esposa de Nabal, segun la Biblia, á los soldados que acompañaban al profeta rey, era ni más ni menos que el café hoy tan apreciado; y asimismo no falta quien diga, que el ángel Gabriel reveló su virtud á Mahoma. Este estimulante, á pesar de todo, no es creible fuese conocido en épocas tan remotas como las del inspirado Salmista, y por otra parte, en Turquía fué proscrito en algunas ocasiones como abominacion, alegándose que el profeta no usó ni conoció esta planta. La primera mencion que de él tenemos, es la del historiador Ahmet-Effendi, quien atribuyó su descubrimiento á un derbisch en la Meca.

Nosotros no nos detendremos á poner órden en el confuso laberinto de opiniones sobre el primer divino inventor de esta deleitosa bebida, y pasarémos á hablar del primero que estableció su público despacho. No obstante, por via de curiosa erudicion y á fin de que los aficionados conozcan á quiénes deben agradecer los sabrosos ratos que este néctar les proporciona, debiéramos siquiera mencionar al sapientísimo Avicena, que habló de cierto vino de propiedades diversas del conocido; á Próspero Alpino, que describió antes que otro alguno el árbol que da este precioso fruto; al filósofo Bacon, que recomendó esta costumbre de los orientales, en época tan temprana como en 1614, cuando aun no se habia visto en Europa un solo grano; á Meisner, que lo honró consagrándole un sério tratado; al famoso Jussieu, que hizo la primera descripcion facultativa del cafetero; á Soliman-Aga, que siendo embajador de la Otomana Puerta, y hombre de gusto, avivó á los parisienses el deseo de poner esta bebida en boga; á Nieuhoff, que tuvo la feliz ocurrencia de mezclarlo con leche, á imitacion de lo que habia visto hacer á los chinos con el té; á Thevenot, viajero que trajo á Francia el primer surtido; al perseverante D'Esclieux,

francés de orígen, que le plantó en las Indias Occidentales y tuvo la heróica resolucion de privarse de la mitad de su racion de agua para cultivarle, y finalmente, al griego Pasqua, que á mediados del siglo XVII abrió en Lóndres la primera tienda, establecimiento ó despacho, en donde lo ofrecia tostado y hecho segun el aderezo de los turcos.

Esta bebida social fué introducida, como se ve, en Inglaterra, antes que en ninguna otra capital de Europa; pero el génio de los ingleses con su tendencia al aislamiento no ha sacado el menor partido de ella, á pesar de que se recibió con entusiasmo y se multiplicaron los establecimientos, de tal modo, que á los pocos años observaba un escritor los grandes efectos producidos en el comercio, en las costumbres y en la ilustracion del pueblo. En efecto, Pasqua tuvo la feliz idea de beberse tres fuentes de café diariamente, lo cual le daba una locuacidad admirable con que entretenia á los consumidores, y la circunstancia de haberle bebido el gran doctor Harvey (sin cuyo estimulante no hubiera descubierto la circulacion de la sangre), le hizo tan popular, que sobre contarse cerca de tres mil casas en donde se tomaba café, era su uso casi general en las mesas particulares. El café aumenta, decia en esta época un economista, el tráfico del tabaco, de la porcelana, de los periódicos, carbon, velas, azúcar, y *¿quién sabe cuántas cosas más?* Los establecimientos en donde se expende hacen al pueblo *sociable,* mejoran las artes, mercancías y toda clase de conocimientos, y un ilustre miembro de la real sociedad de Lóndres, llegó hasta decir, que los cafés habian fomentado en grande escala todos los conocimientos útiles.

Pero todo esto desapareció como por encanto, llegando á ser hoy estos establecimientos el baldon de la culta capital de Inglaterra. No hay en el dia un café centro de sociedad, en que pueda mejorarse el consumidor física ni moralmente, aunque en cada calle abundan los lugares en donde se ofrece este licor degenerado como accesorio de otros objetos más estimulantes.

En Francia sucedió todo lo contrario, y á pesar de la oposicion de los hombres ilustrados, y del dicho de *Madame de Sevigné:* «no vivirá Racine más que el café,» el café y Racine siguen viviendo sin novedad.

Sin duda los efectos que el abuso de esta bebida produjo en la alta sociedad en un principio, fué causa de que se la creyese perjudicial, y aun el lujo que se desplegó en el servicio por imitar á Soliman-Aga, haria creer que no se extendiese su consumo á las clases medias y al pueblo. Mas apareció un Pascal, armenio, que como el griego Pasqua, tuvo la buena idea de abrir un despacho en la feria de *Saint-Germain,* sugiriendo á sus compatriotas la de vender café por las calles, como los suizos los pasteles. Las tabernas lo habian rechazado creyéndolo regalo de los

ricos. El café iba á perder su prestigio casi á su introduccion, por demasiado oligárquico bajo un aspecto, y demasiado democrático por otro, cuando aparecieron dos hombres de buen instinto para encarrilarlo y convertir el café de nómada en estacionario, y de regalo de pocos en placer de todos. *Procopio* (no el escritor latino sino el colega de *Gregoire*), fundó con éste último el ilustre café que lleva su nombre, consecuencia lógica del primer paso de Pascal (no el de las cartas provinciales); y decimos *fundó*, porque realmente en aquel punto se comprendió parte de la importancia que estos establecimientos habian de ejercer andando el tiempo, y si á cada cual se premiase segun sus méritos, tal vez el buen Procopio fuera más digno de una estátua, que muchos de los que andan en pedestales.

El instinto ó la penetracion de Procopio se demuestran en la eleccion que hizo de lugar para abrir su establecimiento, situado nada menos que en frente del teatro de la Comedia francesa; pues si el café avivaba el espíritu, ningun servicio mayor que el de buscar el foco de los llamados entonces *beaux sprits*. Comenzó, pues, la usanza de vender el café aderezado, bajo el patrocinio de los escritores de París, que en el café Procopio, aun todavía existente, establecieron sus sesiones. Notable caso que los protectores de estos nacientes *clubs*, en todos los países hayan sido hombres de génio. No hay clase más idólatra del café que la de los escritores, para cuyas cabezas es esta bebida lo que el vino para el corazon, y en manera alguna pueden completarse los anales literarios de ningun país, sin que sirvan como de trama los anales del café.

El café Procopio tenia más de *club* que de café propiamente dicho. Era oligárquico sobremanera, y reuniendo en su seno á los literatos y artistas, tendia á crear divisiones y á fragmentar la sociedad en sus momentos de mayor expansion. Con todo esto, á tal hombre que comprendió las necesidades de su siglo y bajo más de un aspecto contribuyó á acelerar la revolucion, se debe la delineacion primaria del nuevo público hogar, pues proporcionó un local cómodo, atractivo, en donde, además del café, se surtia á los concurrentes de otros licores, y lo que es más importante, se les facilitaba la lectura de los dos periódicos entonces existentes, que eran *El Diario de París*, y *La Gaceta de Francia*. Estos buenos deseos fueron estimados y recompensados, y el café Procopio tuvo la alta honra de atraer al ginebrino reformador, al festivo Piron, al gran Voltaire, á Lamothe, Saurin y cuantos literatos y filósofos distinguidos se sucedieron por largo tiempo en la capital de Francia.

A su ejemplo, se despertó la competencia, y ya comenzó el establecimiento de un café á figurar en primera línea en la lista de los especuladores. A fines del siglo XVII habia ya en París un café situado á la bajada del puente de San Miguel, y otro sobre el muelle llamado de la Escuela, y ambos eran, por supuesto, oligárquicos y

secesionistas: el primero frecuentado por militares, y el segundo, que aun hoy se conserva con el título de *Café Manoury*, por los famosos jugadores de damas.

Hé aquí ya un nuevo atractivo, una condicion orgánica más de esta institucion. Durante la regencia, los jugadores de ajedrez, no queriendo ser menos, se dan cita para el café que con este nombre se abrió en el *Palais Royal*, y empiezan allí esas partidas que se legan de padres á hijos, algunas de las cuales, *on dit*, no se han acabado todavía. Este juego estaba entonces de moda, y ya que no una gran pericia, se exigia en las personas de buena educacion el conocimiento siquiera de la marcha de las piezas, y á tal punto habia llegado la consideracion de este pasatiempo, que si á las altas horas de la noche topaba alguno con la ronda, no tenia más que decir: *Jugador del café de la Regencia*, y pasaba sin obstáculo.

Pero la sociedad de los jugadores de ajedrez hubiera impedido más que fomentado la costumbre de frecuentar el café. Nada más monótono, silencioso y desesperante que el aspecto de varias mesas en derredor de las cuales se apiñan mirones como moscas en un pastel, para observar el movimiento de una pieza de siglo en siglo. El café dormitaba, cuando vino un ingenioso especulador á darle nueva vida. Ya habia aparecido con el carácter de *ateneo* y de *club*, y en el de *Yon* toma el tinte de teatro. Un pequeño escenario, ó mejor dicho, un tablado sobre el cual se subia un cantante ó dos ó tres actores para recitar pasillos cómicos, empezó á atraer á los vecinos del *boulevard du Temple*, y tanto favor logró esta innovacion en el público, que muy luego salió la segunda edicion del café *recitante* en la misma vecindad, con el nombre de *Godet*, famoso aun despues del diluvio de la revolucion, asilo de rentistas, mercaderes, doncellas desocupadas, y sobre todo provincianos á quienes parecia aquel espectáculo *gratis* una de las maravillas de placer del gran París. Estos dos fueron la cuna de los *cafés-cantantes*: en ellos nació acaso la *chansonnette*, y aun se vislumbró la figura de un *Levasseur*, que más tarde habia de ser la delicia de las córtes europeas. Desde entonces no ha perdido el café este líneamento filarmónico é histriónico. En Lóndres mismo, donde no hay un café á la moderna, existen numerosos tablados con el apéndice de un salon para beber licores, mientras salen á las tablas payasos, cantores ó instrumentistas; y donde quiera que el café se extiende hasta popularizarse, aparece fiel imitador de estos modelos antiguos.

El público, sin embargo, no sabia hasta donde pudiera llegar la variedad infinita de formas de que es susceptible el interior de un café, ni aun hoy, despues de tantos años, deja de sorprenderse á cada momento al admirar las invenciones y perfiles con que cada dia aparecen para atraer la atencion de los aficionados. Una innovacion notable, que forma época en los anales del café en París, fué la apari-

cion del llamado *Jardin turco*, edificio en que se pretendia nada menos que hacer creer al consumidor, que se hallaba transportado á uno de los lugares de recreo de Constantinopla. El atractivo del jardin comenzó á ser una realidad en el café de *Paphos*, sobre el *boulevard du Temple*, y el bello sexo se declaró entonces decidido protector de estos lugares fantásticos á que llamaban *paraísos*, y no sin razon, porque en las casas de juego que les eran adjuntas se perdian más de cuatro Adanes por sugestiones de Eva. El renombrado café *Frascati* llevó adelante este estilo, que aun no se ha abandonado en nuestros tiempos.

Pero en una ciudad tan populosa como París, y tan amiga de novedades y extravagancias, la competencia debia ser fecundísima en recursos. El café se iba multiplicando y entrando á ser primera necesidad de los parisienses. ¿Cómo atraer al público á un local determinado? Un dia el dueño de un café anuncia que su perro sabe hablar, y la muchedumbre corre á su establecimiento.—¿Hablará? ¡Bah! disparate... y ¿quién sabe?... Mientras esta duda se resolvió, el dueño hizo su negocio. La invencion del perro parlante era muy inocente. Otro especulador abrió en el *Palais Royal* el café del *Salvage*, esto es, donde se exhibia á un habitante de los bosques, nunca contaminado con la civilizacion, verdaderamente agreste: el hombre de la naturaleza entre la sociedad de París: ¡qué contraste! Era por supuesto un gran truhan, y cuando ya se divisaba al *saltimbanqui* bajo la aparente rudeza y violencia de las contorsiones, se esparce el rumor de que era en persona el antiguo cochero de Robespierre. Tras este, vino el café *Borel*, fundado sobre la facultad de ventrilocucion del dueño; el de los *Ciegos*, que aun se conserva con su fama de filarmónico, y el no menos célebre del *Petit-Romain*, hombre revolucionario, de invencion diabólica y transcendental, como fué la de poner á una linda mujer en el mostrador, persuadido de que este reclamo tendria una poderosa fuerza atractiva. Túvola tanta, que ni aun centinelas bastaban para contener el tumulto de gentes que acudian á ver á *la belle limonadière*, y este venturoso especulador, verdadero génio, fué el primero que concibió la idea del café-salon, recomendable solo por la riqueza y elegancia de su adorno, segun apareció en el llamado de las *Mil columnas*, no porque tuviese realmente este número, sino porque el gran número de espejos parecia reproducirlas hasta lo infinito.

En medio de esta línea primogénita, que dió despues nacimiento al café *Riche*, sencillo y elegante, seguia la rama menor diversificando su naturaleza y fisonomía, creando el café-espectáculo sostenido por las tres figuras de la farsa: Arlequin, Pierrot y Colombina; el café-cantante, que ha poblado modernamente los Campos Elíseos, y el café-curiosidades, en donde se enseñan todas las cosas y séres extraordinarios, ridículos ó peregrinos, como circasianas, argelinas, ena-

nos, gigantes, monos, panteras, ó notabilidades escapadas al tribunal de policía.

De estas grandes vicisitudes, de esta revolucion incansable en la forma y carácter del establecimiento, ha nacido el café, segun las ideas modernas, extraordinariamente sencillo é incoloro, falto de temperamento pronunciado y de arquitectura plateresca. Una grande experiencia ha demostrado que el público no se deja ya engañar por apariencias, y que nada iguala á las ventajas de la bondad del género, de la conveniente ventilacion y de las buenas dimensiones del local, severo en ornamentacion y parco en colores. No obstante, París vió el *Gran café parisiense*, que es como el último esfuerzo hecho en su historia arquitectónica y escénica, edificio que visitan los extranjeros para admirar lo que ha logrado reunir el ingenio del hombre á fin de retener y encantar los sentidos. Como nos proponemos describir la historia social del café, conveniente será que cerremos estos que podemos llamar anales fisiológicos del mismo, con la descripcion de este edificio admirable, una de las curiosidades de París.

El *Café parisiense*, en la época en que se abrió al público, tenia dos mil metros de superficie, que encerraban una grande y alta galería, cuajada de innumerables mesas de mármol blanco, con *divanes* y asientos elegantes y cómodos. La arcada central de aquel gran espacio estaba ocupada por un mostrador de observacion, en donde dos damas ejercian la vigilancia y daban los informes necesarios. En una sala cuadrada veíase en el centro un globo terráqueo sobre una columna con cuatro relojes, y en otro salon rodeado de divanes formaban el centro dos mesas elegantes de billar. Despues se pasaba á la gran nave, de colosales proporciones, salon de hadas, mansion fantástica en cuyo centro se veian veinte y cuatro mesas de billar, rodeadas de una balaustrada tan cómoda para los entusiastas jugadores como para los espectadores curiosos. El mostrador ó despacho principal se hallaba colocado en el centro de esta vastísima nave, y era un verdadero trono en que tres bellezas, que bien podian pasar por las tres gracias, hacian los honores con la afabilidad y *coqueteria* que tanto cautiva en las parisienses. Dos especies de comedores hacian juego con el despacho, adornados con cuatro estátuas sobre barricas, representando las cuatro ciudades que producian mejores cervezas, en Francia, como son, París, Lyon, Lille y Strasburgo. En la arcada ó nave frontera del despacho veíase un *cronologómetro* de admirable complicacion, provisto de campanas acordadas, y si esto encantaba el oido, no menos atraian la vista en la sala de los divanes los más maravillosos efectos hidráulicos y luminosos, gracias á su disposicion triangular, y á los adornos de redomas y vasos colocados ante los vidrios pintados por donde recibia la luz; de suerte que la escultura, la pintura, los barnices, la iluminacion de gas, los vidrios, los bajos relieves, las cariátides y mascarones

de infinidad de tipos humanos, los escudos de todos los departamentos de Francia, los adornos de los techos, los mármoles, flores, columnas, espejos y canoras aves que por do quiera se veian, producian unos efectos tan mágicos, que realmente era necesario observar parte por parte muy de cerca para darse cuenta de aquella decoracion seductora.

Tal es el grado á que el ingenio elevó en París este domicilio comunal, especie de *forum* moderno indispensable para la vida del ciudadano francés, al propio tiempo que el *club* se desarrollaba en la nacion vecina, hasta erigir las magníficas mansiones que han hecho célebre el *Pall-Mall* de Lóndres. El uno representa la necesidad de expansion; el otro la necesidad de aislamiento en medio de una aparente sociabilidad. La mujer participa en un país de las ventajas del café, al paso que en el otro está completamente excluida del *club*. Tal es el influjo del carácter nacional, que ni aquel se aclimata en la raza sajona, á pesar de haberlo introducido con prioridad, ni éste en la raza *gallica*, no obstante que las exigencias del mundo elegante aspiran á naturalizarlo en París. La anglo-manía ha introducido el *club* en la córte francesa. Hoy existen en París el *club* de la *Union*, el *Jockey*, el *Círculo imperial*, el del *Camino de hierro*, á más de otros de menor nombradía; pero nada más diverso que la vida íntima de los miembros en estos institutos. Los ingleses consideran el *club* como su propia casa, y siempre encuentran motivo y oportunidad para encerrarse en sus reservadas estancias, para leer libros, para escribir su correspondencia, para disfrutar de su escogida mesa y excelente fuego. En París sucede lo contrario. Los franceses son *inclubables*. Cuando van á visitarle aparecen como errantes, distraidos, sacados de su elemento, y solo el juego les reune dentro de sus puertas. Tienen libros, y ninguno lee; tienen papel, y ninguno escribe; tienen excelentes y módicas comidas, y prefieren el *restaurant*. El *club* es demasiado silencioso, disciplinario y sombrío para que venza al café, animado, bullicioso, y en donde se goza de libertad completa. Tan cierto es que en las menores cosas se retratan los pueblos, y que no discurrió mal quien dijo: «Dad á los franceses el *gin* (especie de aguardiente), y ellos se gobernarán como los ingleses:» lo que equivale á decir: «Cambiad el temperamento de la raza, y tendrán las mismas inclinaciones.»

Ya que hemos hablado de la historia, por decirlo así, física del café, tratarémos de ver los resultados que ha tenido y la participacion que le ha cabido en la marcha del progreso y civilizacion moderna; pues seguramente, no cuenta ésta con un auxiliar más constante y eficaz entre los usos y costumbres de los pueblos, como el proveniente de este medio fácil de aproximacion y comunicacion diarias entre los hombres bajo el influjo de un néctar que tanto ayuda á poner en ejercicio la facultad pensadora. Pero todo tiene su escollo y daño al lado de sus ventajas.

El café ha sido un ariete contra la familia, una pendiente hácia el celibato. Son tan agradables los momentos pasados bajo el influjo del aromático licor de Moka, y encarrilan el espíritu á un órden de goces tan diverso del doméstico y familiar, que no seria aventurado creer que en mucha parte se debe el aumento de los célibes en Francia al predominio de esta bebida, ni más ni menos que la esterilidad de descendencia en los casados, si se comparan á las familias en Inglaterra donde el predominio del té es incontestable. Si, como temia el economista Malthus, entre la poblacion y las producciones llegase á ser inmenso el desquilibrio, el café vendrá á poner órden en esta esfera, sin necesidad de apelar á otros ingeniosos recursos.

En una de las admirables composiciones de Moratin, en la intitulada: *La comedia nueva*, se leen estas palabras pronunciadas por un personaje, que representa al hombre discreto y de buen juicio:

—En un café no debe hablar en público ningun hombre que sea prudente.

—¿Pues qué debe hacer?

—Tomar café.

No obstante, ya vimos que desde su orígen, coetáneo del periodismo, se convirtió en Francia en una especie de academia literaria para pasar á ser un congreso político á guisa del de la *Fontana* de Madrid, donde por cierto no se siguió al pié de la letra la opinion de Moratin; y en Lóndres mismo, á los pocos años de la apertura del primer café, llegó á ser tal el colorido político, social y literario que tomó, no obstante la reserva habitual de los ingleses, que las escenas, conversaciones, lances y discursos fueron antes que en parte alguna objeto de una composicion dramática, intitulada: *El café*, y aun de un poema que lleva el propio título. En aquella época, que casi habia conocido á Shakespeare y sus colegas en el *tavern*, verdadero cónclave literario, testigo de graves debates y pensamientos sérios, ya se habia hecho distinguir la sociedad del café por los dichos agudos, los chistes, las ocurrencias, epígramas y charla insustancial, aunque amena y graciosa. En vez de la tendencia á la meditacion estimulada á la vista del incoloro y frio vaso de licor espirituoso y las espirales de la pipa, la imaginacion bretona se exaltaba en presencia del humeante y cálido café, antídoto contra el sopor de la cerveza, la pesadez de la atmósfera y los efectos del *spleen*, como entre los árabes lo es del ópio, llegando á tal punto la versatilidad y el charlatanismo de los concurrentes, y su pasion por la cosa pública, que en los tiempos de Cárlos II se convirtieron en focos de sedicion, y el gobierno, considerando que esta bebida del empíreo quita el sueño, acelera la circulacion de la sangre y excita el cerebro, ordenó que se cerrasen y quedasen privilegiadas las tabernas, mucho más inofensivas por los distintos efectos que produce el alcohol. Lo propio habia sucedido en Constantinopla

bajo la menor edad de Mahomet IV. Los cafés eran como lonjas de noticias políticas y tribunales en donde se juzgaban los actos de los ministros; visto lo cual por el gran visir, se lanzó sobre aquellos escrutadores y lugares de escrutinio, no dejando uno en pié en toda la córte.

La influencia que los cafés tuvieron en Francia, no fué tan repentina, por lo mismo que habia de ser más eficaz y duradera, y en razon tambien á la abundante cosecha de exquisitos y variados vinos que siempre ha producido este país. Claro es, que si los árabes usasen ó los ingleses produjesen vinos, ni los unos ni los otros se hubiesen apasionado tan repentinamente de esta bebida. Como en Polonia, como en Rusia y en Inglaterra, estaba de moda ó no se miraba mal la embriaguez en las comidas durante la época escandalosa de la regencia, segun el advertimiento: *sine Cærere et Bacho friget Venus.* Sabido es cómo empinaba el codo la duquesa de Berry, y el extremo á que llegaban Chapelle, Despréaux, Lulli, Nantouillet y otros amigos, á quienes los vapores del zumo de la vid no sugirieron mejor idea que ahogarse juntos en el Sena y convidar á Molière á ser de la partida. Así es, que cuando el café comenzó á ser gustado, los literatos y artistas que sintieron su benéfico influjo, fueron los primeros en declararse sus devotos. Testigos el *Café de la Regencia* y el de *Procopio*, éste, tribunal literario, y aquel, juzgado filarmónico por la presencia del gran Filidor, que sobre ser jugador de ajedrez, era antes y primero gran músico. En la Regencia se comenzaron las sesiones despues de un jaque mate, entre el partido ó rincon del rey y el de la reina, sobre la querella del insigne Rameau contra el ilustre Lulli, y allí se fallaba de plano, tras de un *gambito*, acerca de la música de Dauvergne y de las composiciones de Danchet y Cahuzat. Los concurrentes se dividian el tiempo entre el teatro de la Opera y el café de la Regencia, que, situados en el mismo *Palais Royal*, no les hacian perder un solo minuto de sus placeres.

Pues volvamos la vista á aquel génio del epígrama que estornuda chistes en el café Procopio, centro de los abonados al teatro francés y de la flor y nata de los escritores. Es nada menos que Alexis Piron, el autor de la traduccion de los siete salmos penitenciales, cuyas costumbres valian más que las de todos los ingenios de su tiempo, á pesar de que su nombre ha quedado como sinónimo de descoco y de desvergüenza. Viene tal vez de ganar dos francos despues de haber escrito en calidad de copista para el caballero de Belle-Isle. Al fin, llegada la noche, recobra la alegría entre un concurso numeroso de amigos, ahogando sus desventuras en el café. La presidencia de Piron en el de Procopio, donde concurrian Voltaire y otros génios, muestra la superioridad que el chiste vivo, la repentina ocurrencia habia de conservar siempre en el recinto de este local, que en tiempos normales y segun su

verdadero papel en la sociedad, debe ser solamente un lugar de agradable pasatiempo. Pero, en fin, en aquel tiempo parecia que se contaban los soldados y se median las fuerzas del pueblo en estos ensayos de autonomía y de vida pública, en estos precursores de las redacciones de periódicos políticos y literarios.

Verdaderamente, sin la creacion del café, se hubiera retardado mucho la existencia de la prensa, tal como hoy se conoce, y si consultamos los anales, verémos que la aparicion del primer periódico no antecedió sino subsiguió al uso del café.

Aparte las conversaciones indiferentes y los saetazos y epígramas que llueven entre los literatos, como especie de gimnástica para que no se enmohezca el ingenio, el bando literario del *Palais Royal* decidia de la suerte y porvenir de las piezas nuevas, formándose opiniones que la mayor parte de las veces eran contrarias á la opinion del público, y de aquí la necesidad que ha llenado luego en el periódico la revista de teatros, procurando encaminar á buena senda los extraviados críticos de la galería. En honor de la verdad, el público de entonces era más sensato, y no habia remendones que osasen afrontar la opinion de los expertos una vez puesta la comedia en escena, aunque se sabia que el mismo Molière consultaba con su cocinera antes de representar sus obras.

Comenzó, pues, el café ejerciendo gran imperio sobre el público, acaso debido á la importancia de los hombres que en él se reunian. No se pudo decir entonces de los de París, lo que el poeta Swift decia de los de Lóndres, donde pasó á proverbio el llamar á un asunto que no interesaba, *asunto de café*. Por el contrario, el Procopio de París, no es extraño á la historia política de los siglos XVII y XVIII, ni menos á la filosofía y al carácter del espíritu de este último y á la revolucion causada en las ideas.

Salvandy llamó á los cafés, *ramas del poder legislativo en los países libres;* expresion que tiene más de paradójica que de exacta. Es cierto que en un café se habla de política, se arreglan las cuestiones, se alzan y derrocan gobiernos, se critica, enmienda, repara y corrige lo defectuoso; pero esto no sucede en los países libres, sino en los que quieren ó están en camino de serlo. Supongamos que en Lóndres hubiese esta costumbre de pasar el dia en el café. Lo que menos acordarian los ingleses seria hablar de política, pues para eso tienen las cámaras, los *meetings* y la prensa donde despacharse con provecho y lucimiento. Sucederia como en los negocios, de los cuales nadie habla en los lugares de recreo, porque quieren cada cosa á su tiempo y un tiempo para cada cosa.

Que el café fuese rama del poder legislativo en Francia, antes, en, y despues de la revolucion que aun se perpetúa en favor de la libertad, no lo negarémos. En

Inglaterra lo fué asimismo antes de la consolidacion de sus derechos. El primer buen efecto de este local público, debia ser la formacion de una especie de opinion pública, entresacada de la diversidad de pareceres de los concurrentes; de una opinion dominante por fuerza de mayoría, comenzando á percibirse prácticamente la eficacia incontrastable de esa que se ha llamado reina del universo. El segundo efecto debió ser el de la instruccion. El café para el hombre es como la sopa en vino para el loro. Burton dice que es un antídoto contra la melancolía por la comezon irresistible de hablar que ocasiona, lo cual se nota por el confuso rumor que aun de léjos advierte la cercanía de un café. Ahora bien, el género humano siempre ha sido ávido de novedades, y no solo de saber, que esto no es nada para el que sabe, si no de que otro sepa que uno lo sabe. Esta es una de las dolencias del espíritu segun unos, y de las más nobles cualidades segun otros, viniendo á ser tan natural en el espíritu el deseo de conocer, como en el cuerpo el de buscar su centro de gravedad. El hombre quiere noticias, buenas ó malas, importantes ó frívolas: esto no hace el caso, sino la disposicion con que se reciben. Hay personaje que va más erguido á decir una sandez, que un general á recoger las llaves de una ciudad rendida, y hay quien solemniza el oirla, cual si acabase de oir que se triunfó en Lepanto, cosa que escuchó el glacial Felipe como si le dijesen que venteaba en el Escorial.

El contacto de diversas gentes en disposicion de desbuchar todo cuanto han visto y oido, no podia menos de instruir insensiblemente, y de formar relaciones y amistades. El café es un espacio neutral en donde no se necesita de etiqueta alguna ni ceremonia particular para comunicarse los unos con los otros, y aun es tan libre, y tan amigo de solidaridad, que lo que se oculta en otras partes, allí se manifiesta, y el hablar quedo es de mal tono y aun sospechoso.

Mas no hablemos antes de tiempo de la fisonomía del café, tal cual aparece en nuestros dias. Su primer carácter fué faccionario segun hemos visto en los citados, y tal la fuerza con que se imprimió, que por mucho tiempo se mantuvieron fieles á su enseña. El café de *Zoppi,* por buen respeto á su orígen, todavía era centro de los literatos no hace muchos años. El de la Regencia conservó la peana y el toldo en el juego de ajedrez que habia de ilustrar el génio del jóven Murphy. El de *Foi* se constituyó en centro de los políticos rancios; en el de *Corazza* se reunieron los economistas; en el de *Chartres* los negociantes, y así sucesivamente se crearon especies de gremios, hoy retraidos, porque el público reclama para sí los más públicos parajes.

Entre los dichos gremios fué famosísimo el de los comediantes ó cómicos llamados de la legua, quienes teniendo en todas partes un sello peculiar que los distingue, por fuerza habia de mostrarse en los franceses más de relieve. Éstos se

reunian en el renombrado café *Touchard*, desde muy antiguo situado en la calle de *Boucheries*, y modernamente en la del *Arbre-sec*. Aquel era el depósito central de los comediantes de provincia, y aun de aldea, que por malos de sus pecados y fatalidad de estrella no recibian proposiciones de ajuste á domicilio, Allí venian los que habian roto antes de tiempo el contrato en fuerza de las ofrendas de pepinos y patatas; los que por deudas abandonaban pueblos en que no tenian más oyentes que sus acreedores, y los que, en fin, esperanzados de hacer fortuna, querian hacer su salida en París, pues los directores de compañías, digamos los Angulos modernos, acudian á aquel bazar cómico, en donde los talentos se ponian á pública subasta.

Un anónimo que escribió la interesante reseña de una visita al café Touchard, asegura, que sin asistir á aquellas burlescas y grotescas sesiones, es imposible formarse de ellas una idea, ni de lo que allí se sabe de anécdotas y escenas de bastidores, aventuras cómicas, trágicas y ridículas que han tenido sér durante la temporada ó año teatral. Allí se ve un primer galan que lleva cuarenta años en posesion de este empleo, y á pesar de su vejez se cree siempre de la edad del personaje que representa, mientras que va disminuyendo en crédito, y pasando de capitales de provincias á ciudades de poca monta y á pueblos, lugares y aldeas; pero él se consuela con que vale más ser primero en Anteuil que segundo en París. Por lo general cada uno trae puesta alguna pieza del guardaropa de Talía. Durante el invierno no es raro ver á uno tomando café con el albornoz que le sirve en el *Otelo*, y si á mano viene se vende allí al mejor postor para pagar los alquileres de la casa.

—Así como usted me ve, yo he sido el primer gracioso que la naturaleza ha echado al mundo, dice uno. Usted me mira; quiere recordar si me ha visto en alguna parte... En todas: todavía se habla en Bruselas de cuando há diez años representé yo á *Mascarilla*. Nemo, ó Jules Janin, ó cualquier crítico le dirá á usted que cuando yo me *gargarizo* las fauces con una botella de *Chateau-Laffitte*, no hay quien cante como el hijo de mi padre aquello de: ¡al ladron! ¡al ladron! ¡al ladron!

Y diciendo esto lanza la voz al viento á toda fuerza de pulmones. Al oirle, se acerca un contratista, le mira con cuidado, le reconoce, y aprovecha el silencio de una semi-fusa para pedirle setenta y tantos francos de un compromiso que dejó de llenar años antes. Aquí es ella: se entabla una disputa que concluye por un contrato que se redacta en un pico de la mesa; y apenas se ha concluido, hé aquí por donde entra un *traidor* en busca de su mujer, á quien no ha visto por espacio de siete años, como el pobre Sire de Framboisy. Su mujer, que representa las grandes princesas y emperatrices, le habia dejado lleno de hijos y de deudas, y al

cabo no quiere reunirse á menos que no reconozca el *traidor* á dos príncipes más, con que ha aumentado la familia durante su separacion.

Detrás del café hay una pieza que se llama *salon de ensayos*, en donde los cómicos cuya reputacion no está bien asentada, dan á los directores prueba de sus facultades y talentos. Imposible es figurarse cosa más extravagante que el aspecto de aquella sala infernal, la variedad de las figuras y posiciones, el contraste de los trajes y lenguas, la disonancia de una voz que recita, de otra que declama, de otra que canta, de uno que repite un monólogo, de otro que maldice á *Jocrisa*, de éste que declama el trozo de la aparicion del *monstre furiex* de la *Fedra*, del otro que canta un aire del *Violoneux*, y de esotro que, palillos en mano, ensaya una figura del bolero. En suma, para curar del frenesí cómico, no hay más que visitar el café *Touchard*.

Entretanto, Salvandy, á quien ya hemos citado, nos dará una idea del café político. Es una especie de cámara en miniatura. Allí se resuelven problemas graves, importantes cuestiones; se ajusta la paz y se declara la guerra; se nombran y exoneran ministros; se levantan y se destruyen reputaciones. Allí se traen á los generales al banquillo de los acusados, por haber dirigido mal las operaciones, retardado la accion, precipitado las fortificaciones, descubierto los flancos ó tocado á retirada traidora ó cobardemente. Allí se refutan oradores; se amonesta á los patricios, y se habla de su incapacidad, su ignorancia ó su malicia. Allí se profesa la economía política, y se hallan arbitrios ingeniosos para la hacienda; se conoce la estrategia, la jurisprudencia, la diplomacia, el comercio, y todas las ciencias están facilitadas y puestas en la uña. Los hombres de estado andan á patadas por entre los rincones de un salon, y si los monarcas, disfrazados, se entrasen á deshora, hallarian hacendistas y publicistas á manojos donde escoger como entre peras. Si la patria está en peligro, veinte veces se la salva allí, y si la patria sigue bien, tomad, hermano hablador, un mapa y despachaos á vuestro gusto, que no faltará algun país extranjero necesitado de algun consejo ó ayuda. Ya está la Eropa puesta en fragua, cuando hé aquí que llega un nuevo interlocutor. Todos le han reconocido, y le esperan ansiosos. ¡Impaciencia general! ¡silencio! Las manos se extienden hácia el recienvenido: dichoso tres y cuatro veces el primero que estrecha sus manos y le abraza y procura leer en su rostro sus pensamientos. Al rumor sucede una quietud religiosa: todos miran al suelo, los brazos levantados, el continente pensativo.—¿Es posible? ¿En qué fecha? ¡Quién pudiera imaginarlo! son exclamaciones que se repiten mientras habla el nuevo huésped. Los cálculos han venido á tierra. Acababa de ajustarse la paz, y el recien llegado trae la noticia de nuevas hostilidades y terribles encuentros. Se habian aliado al Piamonte, y él ha visto, lo

que se llama visto, á los austriacos en Alejandría. Se alababa allí un ministro, y justamente es el que ha salido del ministerio por impopular. Se daba por seguro que tal personaje seria admitido y tal otro rechazado para tal puesto, y al revés me las calcé, dice el nuevo noticiero: el rechazado es el admitido, y el que se creia admitido rechazado.—¿Quién seria diputado para?... Aun no se ha puesto en ello las mientes, y ya el noticiero lo tiene nombrado y aun elegido.—¿Qué se hizo? —¿En qué paró?—¿En qué estado?—¿Quién puede dar informes?—¿Cómo?—¿Cuándo?—¿De qué manera?—Pues se hizo de este modo, paró en esto, se halla en este y este y este punto y grado, así y asado, como conviene y corresponde, etc., etc. El que sepa lo que era el oráculo de Delphos entre los antiguos, sabrá lo que es entre los modernos el periódico, pues tal es el huésped que ha causado en el café semejante revolucion.—Y no hay que discutir: ¡á dónde iríamos á parar! ¿Lo dice el diario? Pues estudiado lo tendrá, que nadie se pone á mentir en letra de molde...—Pero... si á mí me consta...

Cada uno de estos gremios así reunidos sostienen su espíritu de cuerpo, sus preocupaciones, y forman sus tipos originales, desconocidos en los lugares y villas, en donde no habiendo más que uno, en él tienen que reunirse las varias profesiones y opiniones, al modo que en las cabañas suizas, que poseyendo un solo templo en un pago de territorio, sirve la misma casa de Dios para distintas religiones. Si hay dos cafés, de seguro que hay dos partidos, uno liberal y otro conservador ó reaccionario. Si hay tres, los tres campos tienen un cuartel general, en donde triunfa la intolerancia, se avivan los odios y eternizan las disputas. Las ciudades importantes se distinguen porque hay en ellas café para la marina, para los militares, comerciantes, labradores, mineros, especuladores, etc., etc., además de un sin número de ellos sin color ni destino especial, especie de cafés de lujo en los que no se lee, ni se gobierna, ni se trata y contrata, ni se juega exclusivamente; pero se hace de todo por iguales partes, y si alguna cosa imprime su sello es la pura aficion á la chismografía corriente, y á la universalidad de sensasiones.

En estos se congregan los habladores por enfermedad, los desocupados, los amigos de lucir lo que gastan y lo que beben, los que tienen que citarse para evacuar algun negocio, los que buscan simplemente compañía, los que son entremetidos y curiosos, los que preparan algun lance ó aventura, los que medran con el bolsillo de sus amigos, y finalmente, los que solo buscan abrigo en el invierno y sombra y fresco en el verano. Son en París los cafés, salones de los ociosos de todas clases, que imponen al dueño una especie de servidumbre y gabela diaria pagadera en fuego, en luz, en periódicos y en agua. Hombre hay que le habita desde la mañana hasta las doce de la noche con cortos intervalos; que lleva allí á

su mujer, sus hijos, sus pequeñuelos, sus criadas y niñeras, y allí recibe y paga visitas y escribe sus cartas, si tiene á quién, y hace al mozo su proveedor, confidente, tesorero, administrador, prestamista y tercero.

Los génios y los ídolos de esta sociedad son los chismógrafos, y aquel que tiene el don de la palabra, rostro simpático, buenas maneras, voz agradable y accion viva, es un héroe de café en toda la extension de la frase; oscuro, desconocido en cualquier parte, pero visible en el café, sentado en el centro de una mesa, rodeado de amigos y mirones, que le escuchan con la boca abierta, y puesto siempre en la brecha para no dejar entrar al silencio enojoso y enemigo. Estos tipos son admirables. Desde por la mañana comienzan á beber lo que han de desaguar en la tarde y noche, y cuando falta agua, ellos la fabrican. ¿Quién no los ha visto señalando en la arena de los paseos el plano ó mapa de las operaciones militares con la contera del baston ó del paraguas, imitando el estruendo del cañon y despedazándose por mostrar con ojos, cejas, manos y sonidos todos los accidentes de su inacabable relacion? El noticiero de café conoce á los generales, tiene conferencias con los ministros, come con el duque A, cena con la marquesa B, asistió al último baile, va al próximo banquete, está en el teatro, en la Bolsa, en el paseo, en el palacio; acaba de ver al que se nombra, ha presenciado la escena íntima que sirve de comidilla en todos los círculos, y no hay asunto de que se trate, que no sirva de prefacio á una relacion suya. Con el auxilio de «eso me recuerda,» cuenta de un vecino que murió asfixiado, de un amigo que ha subido á capitan, de un mercader que ha hecho bancarrota, de un desafío que se está concertando, del afortunado que ganó el premio de la lotería, del sermon que acaba de predicarse. Cuando le faltan noticias, es capaz de anunciar á un padre el casamiento concertado por éste mismo en favor de su hija dos años antes, y en último extremo, ante la horrible perspectiva de dejar de hablar, cuenta las travesuras de su mujer, la precision en que está de casar á su hija, las razones porque no ha pagado al casero, etc.; y si alguna vez piensa en la muerte, siente, como dijo un escritor, que él mismo no pueda llevar á sus amigos la noticia de su fallecimiento.

Con todo esto, el café, segun opinion, tiene todavía importancia verdadera y es una institucion popular, lo cual prueba nuestro dicho de que allí donde el café está en auge y boga y se ve muy frecuentado, se va en camino de libertad, pero no es rama legislativa de países libres. Inglaterra, que no es más que una *vasta aristocracia*, dicen los franceses, no posee tantos establecimientos como Francia. Y ¿por qué? Sin duda porque ya hicieron su oficio y pasó su época, y como hace el alarife, una vez concluido el edificio, se cura poco de la andamiada. Época hubo en que se aconsejaba al pueblo inglés la frecuentacion del café como

lugar de instruccion necesaria. En periódicos de principios del siglo pasado se lee que la pericia política alcanzada por la mayoría de las personas en el pueblo inglés, se debia á sus reuniones en el café, sitio donde únicamente podian adquirirse nociones exactas acerca de religion y de gobierno, por las conversaciones suscitadas, la lectura de gacetas, disertaciones, etc., que en él tenian lugar.

Nosotros no vemos, pues, claramente la exactitud de las reflexiones con que el *Diccionario de la conversacion y de la lectura* concluye su artículo del café, diciendo: «Contra los cafés no se gobierna; la revolucion se hizo porque ellos eran partidarios de la revolucion. Napoleon reinó porque ellos estaban por la gloria; la restauracion no duró porque ellos entendian la constitucion de un modo distinto. No se ha comprendido que tener contra sí á los cafés en la época en que vivimos, es como haber tenido en contra los monasterios y los castillos en la edad media.» Esto es vistoso en extremo, pero todavía más paradójico.

Por conclusion de este artículo, traducirémos algunos párrafos de las famosas cartas de un Mameluco, publicadas á principios del siglo actual, una de las cuales se limita á hablar del café en París.

«Volví á mi casa de mal talante, lamentándome de que en una nacion justamente celebrada por su actividad, génio y espíritu de invencion se toleren casas públicas llamadas cafés, en las que cierta clase de gentes tienen el derecho de instalarse diariamente, gozando del privilegio de no hacer nada ni ser útiles á la sociedad en manera alguna, y en donde la costumbre de vivir rodeados de ociosos de su propia laya, produce el efecto de retenerlos en perpétuo celibato. Hasta ahora habia creido que esos lugares que á cada paso se hallan en París proveian á las personas de un ligero y parco desayuno, y en la tarde, de la saludable infusion con que nuestra Arabia surte al universo. Nada menos que eso. Son un contínuo asilo abierto á los perdidos, ociosos y locuaces, y á ellos va porcion numerosa de ignorantes á escuchar diariamente las sentencias y decretos de unos cuantos locos, que sin conocimiento alguno, sin más ciencia que la que han alcanzado por veinte ó treinta años de lectura de periódidos, se creen llamados á tratar de política, juzgar de las operaciones del gobierno, fallar sobre artes, teatros, descubrimientos, autores y buen gusto, añadiendo sofismas y paradojas á las de sus tutores los periodistas, ó de otros pobretes, que no tienen más empleo que el de recargar al país con el peso de su inútil existencia, y hacer circular de la mañana á la noche ideas falsas de los hombres y de las cosas.

»Hay barrios en París, en los que el café es el centro del desenfreno y de la corrupcion; donde el oido escucha las canciones más obscenas y la vista se disgusta á presencia de tanta mujer perdida; en donde el ambiente está infectado de nau-

seabundo olor de pipas y de esencias, y en donde el libertinaje reina, convida á la juventud, se rie de su inexperiencia, pervierte su moral, la enseña nuevos vicios, la quita la vergüenza, la aparta del matrimonio, la borra toda huella de buena educacion, y tal vez condena al oprobio la vida de que el país esperaba algun fruto. Si uno de estos jóvenes, llegado á la edad en que no se pueden reparar los yerros, quisiese ser sincero, diria que desde el dia en que puso el pié en un café comenzó á disgustarle el trabajo y la buena compañía, y á ver con indiferencia su porvenir; que en un café encontró los que primero le hicieron torcer su camino, la mujer que destruyó su salud y su fortuna, los viciosos que le familiarizaron con la embriaguez; que en un café sintió el primer impulso que le movió á jugar, formó el primer deshonroso proyecto de cubrir sus pérdidas, halló al primer usurero y luchó con los últimos esfuerzos de la razon que le apartaba tal vez de la senda del crímen ó de un término desastroso de su vida.»

En opinion de este moralista, la taberna era menos peligrosa que el café, cosa que niega el francés del dia. Desde que se escribieron estas cartas hasta la fecha, sin duda ha triplicado el número de los cafés de París, que ya entonces asombraba por lo exorbitante, y aun hoy dia no hay especulacion más segura que abrir un café en los parajes más elegantes del *boulevard*. Si á medida de este aumento hubiese crecido la inmoralidad y los crímenes resultantes de ella, París fuera en el dia una ciudad inhabitable; pero lo contrario ha sucedido, á pesar de la opinion del Mameluco, y á pesar de los pesares y con todos sus defectos, el café es todavía una institucion entre los franceses que satisface muchas necesidades imperiosas de su carácter, de su génio y de su estado político.

V.

LA REINA DE LA ROSA.

Hasta ahora solo hemos observado la faz alegre, el humor anacreóntico, las locuras del pueblo francés endiosado en una córte de maravillas más famosa que la *Córte de milagros* de su barrio latino, y con un estilo asaz satírico y ligero hemos notado más vicios que virtudes, más lunares que bellezas. No obstante, si numerosos son los unos, no logran exceder á las otras, y á escribir de las nobles cualidades

y altas prendas de los franceses fuera preciso agotar, sin caer en la lisonja, todo un diccionario de encomios y alabanzas. Pero en las virtudes y altos hechos se parecen los pueblos y los hombres más que en los defectos y los vicios, y pareciera cosa extraña hablar de aquellas al tratar de París, de la Babilonia de pecados embriagada en aromas, cantos, néctares, púrpuras y oropel, por cuyas locuras lloran mil Jeremías, apellidándola corruptora de las naciones, que sale á vender sus caprichos y antojos y á brindar á todos los sedientos de placeres con una orgía interminable.

Dícese, y con razon, que París es Francia, y aun todavía Boileau se atrevia á llamar á esta córte, *país de cucaña*, en cuyo centro se hallaba el campo, ó mejor dicho, las delicias campestres. Todo se halla en París, en efecto, pero adulterado; y si se llaman delicias campestres los árboles del *boulevard* y de la plaza de la Bolsa, los jardines y los bosques que dentro de sí ó de las inmediaciones contiene, por lo degenerada y artificial que aparece la naturaleza vegetal, podemos figurarnos el cambio que la atmósfera parisiense operará en la naturaleza animada. Por fortuna, si París es Francia, Francia no es París, y en la extension de su rico, poblado y variado territorio no faltan verdaderos goces, bellezas más puras y mayor poesía.

El epígrafe con que encabezamos este capítulo recuerda una de aquellas costumbres propias de los tiempos patriarcales. La rosa, que coronaba la frente del romano antiguo en los festines, que tan envuelta anda entre marchitas hermosuras y perdidas inocencias, ha sido entre sencillos campesinos hermoso premio de la virtud, dando orígen á esas sociedades que hoy, tal vez como dique al egoismo, se establecen para premiar las buenas acciones, aunque con notable diferencia, porque en las capitales se recompensa con el codiciado metal, como si las virtudes tuviesen tarifa en este siglo positivista, mientras que el espíritu que movió á establecer la fiesta llamada de la *rosière*, era más poético, más bello, más significativo, pues por recompensa daba solo una rosa, al par imágen y premio de la inocencia.

Dejemos por un momento á París, á donde volverémos más adelante, y vamos por la línea del Norte hácia Compiegne, no en busca de las renombradas cacerías con que cada año se entretiene la córte, sino de la estacion llamada de Noyon, lugar más de una vez nombrado en la historia, así por el cerco que le puso Julio César, como por haber sido córte de Carlomagno, patria de Calvino, y sobre todo residencia del venerable obispo *Saint Medard*, institutor de la fiesta campestre de la rosa, extendida en toda esta comarca de la Picardía, y adoptada particularmente en la pequeña aldea de Saleucy. En no muy remota época estuvo este camino muy frecuentado en la estacion de otoño, porque la nobleza, retirada en sus góticos castillos, y ya no dada á las aventuras y género de vida feudal, se habia limitado á los placeres del campo y al fomento de la agricultura, restableciendo como una de

[illegible] en la lisonja, todo un [illegible] hechos se parecen [illegible] vicios, y pareciera cosa [illegible] de pecados embriagada [illegible] locuras lloran mil [illegible] vender sus caprichos [illegible] orgía interminable.

[illegible] Boileau se atrevia á [illegible] el campo, ó mejor [illegible] pero adúlterado; [illegible] y de la plaza de la [illegible] inmediaciones contiene; por la [illegible] podemos figurarnos el cambio que la [illegible] animada. Por fortuna, si Paris es Francia, [illegible] de su rico, poblado y variado territorio [illegible] puras y mayor poesía.

El epígrafe [illegible] una de aquellas costumbres propias de los [illegible] la frente del romano antiguo en los [illegible] hermosuras y perdidas inocencias, [illegible] campesinos [illegible] premio de la virtud, dando orígen á [illegible] hoy, tal vez [illegible] egoismo, se establecen para [illegible] acciones, aunque con notable diferencia, porque en las capitales se [illegible] el codiciado metal, como si las virtudes tuviesen tarifa en [illegible] mientras que el espíritu que movió á establecer la fiesta [illegible] poético, más bello, más significativo, pues por [illegible] al par imágen y premio de la inocencia.

[illegible] Paris, a donde volveremos mas adelante, y vamos [illegible], no en busca de las renombradas cacerías [illegible] córte, sino de la estacion llamada de Noyon, [illegible] la historia, ya por el cerco que le puso Julio César, [illegible] de Carlomagno, patria de Calvino, y sobre todo residencia [illegible] Medardo, fundador de la fiesta campestre de la rosa, [illegible] y adoptada particularmente en la pequeña [illegible] estuvo este camino muy [illegible] retirada en sus góticos cas- [illegible] se habia limitado á [illegible] como una de



Drawn by F. P. Stephanoff. Engraved by T. Woolnoth.

Francia. La Fiesta de la Rosa

las mayores solemnidades la eleccion de la *rosière* de Salency, ya algo en desuso y solo recordada en los teatros, como excelente argumento de pintura de sencillas costumbres. En 1774, el célebre compositor Grétry puso en música *la Rosière* del marqués de Pezai, y el poeta Lemierre cantaba en sus *Fastos* esta bella ceremonia, dando orígen á un nuevo entusiasmo, que hizo á muchas ciudades y pueblos de Normandía imitar á los labradores de Noyon, su verdadera cuna.

En este tiempo tuvo lugar un episodio verdaderamente novelesco, y tan relacionado con la ceremonia de la rosa, que no podemos menos de referirlo, aunque los lectores tendrán á bien figurarse retrotraida la época de nuestro viaje algunos años, cuando la bella marquesa de Bevilliers, aventurera y romántica, como la deseara un novelista de nuestros dias, se retiraba del bullicio de París á sus tierras y castillos de la Picardía.

Es un dia de fines de setiembre.

Noyon, que de ordinario parece una momia de ciudades, que aun conserva su catedral fundada por Pepino, padre de Carlomagno, su abadía de San Eloy, y vestigios del paso de César y de los normandos, semejaba esas córtes del Palacio de cristal, en que un mundo vivo y nuevo pasea bullicioso por entre la sombría y misteriosa arquitectura de civilizaciones pasadas. Labriegos de Pierrefonds, de Guisçard, de Ham, de Compiegne, Nesle y otros pueblos vecinos se reunian en la plaza del ayuntamiento, en los jardines de los caballeros del arco y del arcabuz, reminiscencias de la edad feudal, y en buen amor y compaña con los obreros, provistos de viandas, de cabalgaduras, de instrumentos músicos, y luciendo sus mejores galas la juventud de ambos sexos, se preparaban antes de salir el sol á emprender la jornada para Salency, en donde la presencia de *la gran señora* daria más belleza y lustre á la fiesta de la *rosière*.

Alleguémonos á un grupo de muchachas pastoras y valientes zagales, que en bien acordado acento, cantan:

Reina del vistoso prado
Que á quien te mira enamoras,
Por lo modesto del traje,
Por el color que te adorna,
Por la dureza que usas
Con el que osado te toca,
Por el aroma que encierras,
Por las sienes que coronas:
Levanta tu frente erguida,
Hoy más muéstrate orgullosa;
Que no en el altar de Vénus
Lucirás tus tiernas hojas,
Ni el cabello entrelazado
De la impúdica matrona,
Ni el seno que en su blancura

Esconde un alma de sombras,
Sino la frente divina
De la inocente pastora,
Que lleva por pura el nombre
De la *Reina de la rosa.*
Si el mundo dió á la más bella
La manzana seductora,
Un santo Obispo más sábio
Halló que eras tú la sola,
Para ser la recompensa
De la mujer virtuosa.

—¿Y quién es la *rosière* este año de gracia? preguntó un jóven que parecia extraño á las gentes de aquel grupo, así en hábito como en acento.

—Margarita de... se apresuraron á contestar varios, pero todos se quedaron á la mitad del nombre.

—De la Cruz, prosiguió una muchacha más ladina.

—De la Trinidad, replicó otra, como la llama el buen cura de Salency.

—El señor cura, repuso la primera, será muy santo y muy buen pastor; pero no sabrá sobre esto más que la madre Agustin de nuestras Ursulinas.

—¿Y qué sabe esa buena madre Agustin? dijo el primer preguntante.

—Que Margarita es huérfana de padre y madre.

—Y ¿eso le quita el apellido?

—Quiero decir, añadió la muchacha, que no ha tenido padre ni madre.

Una carcajada acogió esta ampliacion de la bachillera, á quien una paisana que iba á su lado le dió un buen pellizco temiendo que el siguiente año no compitiese en el reinado de la rosa.

—Y ¿porque es huérfana van á darle la corona? observó el normando que habia comenzado la indagatoria.

—Algo más serán sus méritos.

—¡Qué sabemos! en esto puede haber como en todo. ¿Recordais que la hermana del Obispo fundador, fué la primera que obtuvo el premio, la primera de las *rosières?*

—Para tí, Pedro, como eres normando, no hay que hablar de virtudes; nadie iguala á vuestra Juana Closier.

—¡Ah! ¡Closier! exclamó Pedro, por vida mia que fué una heroina mayor que la doncella de Orleans, que si ésta venció á muchos enemigos visibles, Juana la *rosière* de Domfront, tuvo que vencer á muchos más invisibles como son las pasiones, las necesidades, y las seducciones. Durante catorce años de lo más florido de su edad estuvo trabajando noche y dia para sustentar y cuidar de su infeliz madre, anciana y pobre.

—¿La conociste tú?

—¿Quién no la conoce en Normandía, y aun en París? Hasta los oidos del rey y de su familia llegó que tenia que privarse de comer por no consumir en su alimento los tres sueldos que podia ganar al dia.

—¿Era linda?

—Como un cielo.

—¿Por qué no se casó y la hubiera socorrido mejor?

—Novios no le faltaban, respondió Pedro suspirando; y ahí está Francisco Sallé, el primero y más antiguo de los que deshaució; y ¿sabeis por qué? por un sentimiento excesivo y delicado de amor filial; por temor de que su madre fuese objeto de repugnancia y desprecio para su marido. Estoy seguro que aun permaneceria soltera si la falta de su madre no la hubiese dejado en libertad.

—¿Y quién se llevó ese tesoro?

—El primero que le ofreció su corazon; el venturoso Sallé, que no sé cómo no murió de gozo el dia de la boda. Allí eran de ver las bendiciones y los regalos de los ricos y los príncipes, entre coronas de rosas, símbolo de su pureza y galardon de sus virtudes. Ella quedó rica, despues de tanta pobreza, feliz tras tanta desgracia y amparada por todos despues de tanto desamparo; mas á la verdad, en una cosa no han andado discretos los protectores.

—¿En qué?

—En no haber dado á la jóven Closier por premio de valor entre los muchos que la querian.

—No entendemos eso, interrumpió una aldeana de extraordinaria hermosura.

—Quiero decir, continuó el desdeñado amante, que Juana debiera haber sido la rosa con que se premiase al más digno de los hombres.

—Donosa ocurrencia, repuso la hermosa jóven, como si la mujer fuese un mueble sin voluntad.

Pedro quedó silencioso, mostrando no hallar salida á la observacion discreta de la aldeana. Restregábase el pobre la frente y se le enrojecian los carrillos, avergonzado de que una rapazuela de apenas quince años le hubiese argüido tan poderosamente.

Al fin rompió la suspension diciendo:

—Yo supongo que siendo discreta Juana Closier, se tendria por muy dichosa en dar su mano al mejor de sus adoradores.

—Advertid, Pedro, que ni el alcalde ni el cura pueden ser mejores votos en materia de amor que el corazon que ama.

Más hubiera durado esta controversia, si en aquel momento no topasen con

una tropa galana de cazadores, que en una encrucijada cerca de Salency, se unieron á nuestro numeroso grupo. Parecian ser de alta alcurnia segun eran los trajes ricos que vestian y los criados que les acompañaban.

Saludáronse afectuosamente y viendo que un solo objeto llevaban todos, que era presenciar la fiesta de la rosa, prosiguieron juntos la jornada.

Uno de los jóvenes caballeros, preguntó si entre los labriegos habia alguno que estuviese avecindado en Salency.

—Ese es el lugar de mi nacimiento, contestó un aldeano, y conozco todos sus contornos y sé responder á lo que se me pregunte.

—Decidme entonces, prosiguió el cazador, ¿quién preside la fiesta hoy?

—La gran dama de Salency. Mirad á la derecha mano donde se alza aquella colina: ¿no veis allí un noble castillo, cuyas torres negruzcas se dibujan como gigantes en el azul del cielo? Esa es la residencia de la hermosa marquesa de Bevilliers, la más rica mujer de esta comarca.

—¿No os lo dije? exclamó el jóven cazador, dirigiéndose á sus compañeros. Hoy hemos de presenciar una grande aventura, la más extraordinaria que se puede leer en una novela.

—Decidme, prosiguió dirigiéndose al aldeano: ¿hace mucho tiempo que llegó de París esa señora?

—Sí tal.

—Luego, ¿no ha venido solo por la fiesta?

—En el pueblo se cree que algun grave suceso la obliga á abandonar el mundo y á retirarse á la soledad. Muchos llegan á decir que va á meterse monja en el convento de Santa Ursula de Noyon. Lo cierto es, que desde que aquí vino, guarda un gran recogimiento y solo la visita el señor Obispo, que es un santo en la tierra. ¿Sabeis vos algo de esta dama? ¿Venís acaso de París?

—No á fé. Lo que podré decir es, que no há muchos años conocí á un jóven soldado, de noble presencia y de rostro hermoso, á quien la fortuna quiso llevar á la cumbre de sus favores en esto de aventuras amorosas. Él era pobre, pero honrado y caballero, y como el amor no entiende de categorías, puso sus ojos en una hermosa y rica doncella, de noble linaje además, la cual le correspondió con firmeza y le alentó á que la pidiese por esposa á una hermana mayor, á quien miraba como madre, por ser la dueña y heredera de los títulos y riquezas de su antigua familia. Hízolo así el enamorado jóven; pero ved lo que es el corazon humano. La noble dama no pudo ver indiferente la belleza de aquel pretendiente humilde, se turbó ante su vista, Cupido le asestó de firme una aguda flecha, y si el rango que ocupaba y el pudor de su sexo se lo permitieran, ella se daria de



Drawn by W. Perring. Engraved by E. Scriven.

Francia _ La Esposa Fiel.

buen grado en cambio del permiso que se le pedia. Si el amante no hubiese amado de corazon á la que deseaba por esposa, hubiera comprendido por la turbacion y las miradas de la gran señora la pasion que en aquel punto nacia en su pecho, y cambiado de ídolo, mejorando de fortuna y no perdiendo de valor en el trueque, pues que ambas hermanas eran un prodigio de hermosura; pero los ojos del enamorado no saben leer en más libro que en el de los ojos de su objeto amado. Aquella indiferencia fué interpretada por desprecio; el desprecio causó humillacion; la humillacion, ira; la ira, soberbia y resentimiento, y la desdichada dama le desahogó, negándose abiertamente á la demanda, y despidiendo con muestras de enojo y aun de ódio al sincero amante. Lo que despues sucedió, fácil es de adivinar. El soldado amó con mayor delirio que nunca á la que ya le parecia imposible alcanzar por mujer, y ella, viendo tanta constancia, se dió á sí misma en premio, *ante faciem ecclesiæ*, aunque sin consentimiento de su hermana mayor, de la cual dependia su porvenir. Celebróse, pues, el matrimonio, y el pobre jóven gastó la poca hacienda que tenia en pocos meses, quedando reducido á la mayor miseria, á tiempo en que el cielo le concedia una hija por fruto de su union, y cuando más lo necesitaba. Acerté yo á conocerle en los tiempos de su más crítica situacion. Entonces vivia en Nesle, en una miserable bohardilla, enfermo, delirante, mientras que su jóven esposa, acostumbrada desde niña al regalo, andaba por las puertas mendigando. El desgraciado hablaba de la ingratitud y la crueldad de una mujer; me contó su historia, y me rogó que despues de su muerte hiciese por ver á la hermana de su esposa, y le dijese, que ya habia muerto el inocente causador de su aborrecimiento, y que perdonase y amparase á su pobre hermana y á su hija. Despues de este intervalo, su conversacion fué un delirio, y nunca más recobró la razon para responderme á lo que yo deseaba preguntarle. No tenia otro recurso sino preguntar á su misma esposa; pero ésta, con una resignacion admirable mezclada de cierto orgullo de familia, se negó á decirme quién era su hermana, ni en dónde residia.

—Mi suerte está echada, respondió melancólica, lanzando la última mirada sobre el cadáver de su esposo, y estrechando á su hija entre sus brazos.

—Decidme, exclamé, decidme su nombre.

—¡Ya es tarde! prorumpió con voz tan débil que parecia salir de un sepulcro. Y esto diciendo, una palidez mortal cubrió su rostro, y sus brazos lánguidos se desprendieron del cuerpo de su hija, que en sus faldas dormia el sueño de los ángeles, y la pobre madre espiró á fuerza del dolor del alma y fatigas del cuerpo. Mi primer diligencia despues de una breve oracion por su descanso eterno, fué tomar en mis brazos á la niña, en aquella sazon como de diez y ocho meses, y

llevarla á casa del cura, hombre compasivo, que la recibió con lágrimas en los ojos, oyendo el triste fin de sus padres. Pusiéronla un ama que la criase, y Margarita, que este era el nombre con que de nuevo se la bautizó por ignorar el suyo, fué el ídolo del pueblo, segun todos se desvivian por ella, y particularmente el reverendo Obispo de Noyon, Monseñor Estéban de Salignac, que hoy pondrá la corona sobre la frente de la reina de la rosa. Réstame por decir, que puesto al cuello de la niña habia un relicario, y un medallon pequeño que contenia dos retratos, el uno de su padre, y el otro de una señora anciana, pero de fisonomía noble, graciosa, expresiva y tan característica de raza noble, que la primera vez que ví á la jóven marquesa de Bevilliers se me representó en la memoria aquel rostro como si fuera una sombra de su figura.

—¡Cómo! ¡la gran dama de Salency! exclamó el aldeano: ¿creeis que fuese la hermana de esa desgraciada?

—Esperad, buen amigo, prosiguió el cazador. Mi corazon luchaba con mi memoria. La marquesa se presentó á mis ojos con tan extremado esplendor, que su presencia me quitó aun la posibilidad de pensar en la espantosa miseria de que habia sido testigo. ¡Es posible! decia yo para mis adentros: ¡el lujo tan cerca de la pobreza! ¡La fortuna tan allegada á la infelicidad, y no han podido encontrarse! Pero el mundo ofrece realidades que dejan atrás á los antojos de la fantasía. Yo tenia gran fé en mi memoria, y la semejanza de facciones no me parecia mera coincidencia. Trabajé por lograr una entrevista con esta gran señora, la reina entonces de los salones de París, la hermosura que cantaban los poetas, el iman de los galanes y el orgullo de los favorecidos. Habia en su rostro tanta afabilidad, tanta dulzura en su sonrisa, tanta ternura en su mirada, que quedé suspenso y avergonzado de mi sospecha. Mis labios se resistian á comenzar una sola palabra, creyéndome en la situacion más ridícula en que puede encontrarse un curioso, y fué tan grande la batalla que en mi interior sostuve, que su vista penetrante sorprendió mi confusion y trató de alentarme con algunas frases. No habia remedio: era preciso decir algo, pero fuí prudente, tuve discrecion y me limité á preguntarle:

—¿Habeis conocido, señora, á un tal de Saint Vallery?

—¡Saint Vallery! repitió el aldeano de Salency, dándose una palmada en la frente y mostrando evocar agradables recuerdos.

—Sí, continuó el cazador, este era el nombre del jóven soldado.

—¡Hum! ciertos son los toros, murmuró el labriego.

—¿Qué decís? preguntó el cazador, entreoyendo aquellas palabras.

—Nada, proseguid.

—Es que me interesa este asunto más de lo que pensais.

—Y á mí, ni más ni menos.

—¿Conocísteis á Saint Vallery?

—No.

—Pues, ¿por qué os sorprendió oir este nombre?

—¡Pardiez! seria extraña cosa; pero la *rosière* de este año tiene por apellido Saint Vallery y por nombre Margarita.

—¿De veras? exclamó el jóven narrador.

—Como la vida que debo á Dios.

—Es singular; pero en estos contornos es muy comun ese apellido, y en cuanto á Margarita, se pueden hallar á millares. Mirad en derredor, dijo señalando á las zagalas, ved cuántas margaritas me rodean.

—¡Y la *rosière* es huérfana!... ¿No podria ser la misma niña que recogísteis del seno de su yerta madre?

—Ese es el gran misterio, y os diré la razon de mis dudas. En el instante en que pronuncié el nombre de Saint Vallery delante de la bella marquesa, paréceme que la ví estremecerse como el amante tímido que vé de repente cerca de sí á la mujer que ama. No obstante, en esta ocasion no dí crédito á mis ojos. Tal vez me estremecí yo mismo y se lo achaqué á mi interlocutora, porque su respuesta, con una calma sin igual, fué repreguntarme: «¿Y quién es ese caballero?» Seguramente ví por esto que habia errado el tiro. Confieso que no me atreví á decir que era un soldado, por no ofender la delicadeza de su oido con esa expresion, y dando otro sesgo y tono á la plática, proseguí diciendo:—A la verdad, señora, está uno obligado á pedir informes á los que tienen más acreditada su compasion con sus obras, para no ser víctima de truhanes que fingen pobreza y defraudan á los desgraciados. Este Saint Vallery era un pobre que os contaba entre sus protectores, segun su dicho. Quisiera yo averiguar si este hecho es cierto, pues en ese caso, á cierra ojos creeré que era hombre de bien, y me interesaré por su hija, pobre huérfana dejada en el mayor desamparo por la muerte de...

Al llegar aquí, fuéme preciso interrumpir el discurso, porque las lágrimas corrian por las mejillas de la marquesa.

—Perdonad, la dije, he sido importuno. Olvidaba que la caridad cristiana no necesita ver para creer y para llorar.

—¿Decís que ha muerto el padre?

—Y lo que es peor, la madre tambien, y ambos en la mayor miseria, y el buen esposo invocando el nombre de su protectora. Estas palabras las dije acentuándolas de propósito por ver si producian el efecto que yo esperaba de mi irónico lenguaje; mas su contestacion fué decir con admirable tranquilidad y dulzura:

—Dichosa la criatura que así ocupa la memoria agradecida de un moribundo desvalido. Quisiera yo haber tenido esa suerte. Quisiera más; haber podido estar á su cabecera, consolarle, estrechar su mano y cerrar sus ojos. ¡Pobre Saint Vallery! su memoria me es grata tan solo por el agradecimiento que tuvo á esa mujer, cuyo nombre ignoro.

La verdad que diga, este lenguaje me desconcertaba. Era tan natural en su posicion y tan propio de los nobles sentimientos que su fisonomía revelaba, que me dejó más confuso que al principio.

Sin embargo, todavía probé, aprovechándome de la coyuntura que me ofrecian sus últimas palabras, y dije:

—Segun tengo entendido era una gran señora.

—Grande debia ser, en efecto, para ser tan amante de los pobres y tan amada por ellos.

Esta respuesta, dicha con una sinceridad inexplicable, dió en tierra con mis ya vacilantes sospechas, y no volví á insistir más sobre el asunto. Me pareció imposible que la maldad y el disimulo, que la crueldad de ánimo pudiesen llegar á ese extremo.

Al despedirme, sacó una bolsita llena de escudos de oro, y me dijo:

—Informaos si vive aun la huérfana, y en tal caso, entregad esta suma al Obispo para que se provea á su manutencion.

Esta es, señores, la historia que tenia que contar. Esto pasó hará unos doce años. Despues supe que la marquesa casó con un gran título; que ha vivido en París con un boato extraordinario; que ha sido causa de más de un lance entre sus adoradores; que se ha separado de su marido, suicidándose éste en un acceso de rabiosos celos, y que, por último, venia este año á presidir en persona la solemnidad de la rosa en Salency, lo cual me llamó la atencion, y por eso quise torcer el camino y que viniéseis á ser testigos de ella.

—Por mi parte, observó uno de la compañía, ya te he dicho que dejo al faisan de más larga y vistosa cola, por una belleza femenina, y más si es tan grande como tú nos pintas la de la marquesa.

—Yo vengo por ver á la vírgen coronada, respondió otro.

—Sois unos mundanos, libertinos, observó otro cazador. Yo vengo por escuchar la plática del señor cura, que es nada menos que el vicario de la Magdalena de París, hombre doctísimo que aprovechará del asunto de la heroina para ponderar cómo es posible que haya una cordera inocente entre tantos lobos, y cómo puede un sér débil y fragil vivir quince años como un serafin entre tantos satanases.

—Dices bien, y más todavía si es cierto lo que la copla canta:

Cuando nace una niña,
Deja del cielo
Un ángel la morada
Y baja á su pecho.
A los quince años,
Toma el ángel la puerta
Y se entra un diablo.

Riéronse los aldeanos y aldeanas de la copla, que no les pareció muy léjos de la verdad, y tomando uno la palabra, dijo sentenciosa y solemnemente:

—Yo juro aquí, como hombre de verdad y caballero, que si la *rosière* Margarita me quisiere por esposo, en este mismo dia le ofrezco mi mano, y uniré una corona de azahar á la corona de encendidas rosas.

—Esa sí que seria aventura, exclamaron algunos, ver al orgulloso vizconde de Rousard, esposo de una pobre huérfana.

—Pues no he dicho yo esto á humo de pajas, prosiguió el vizconde, y si no me tuviérais por supersticioso y agorero, referiria un sueño que tuve noches pasadas, el cual por los sucesos que voy conociendo, me parece que no debe ser tan vano como de ordinario suelen ser los sueños, ni esta determinacion de dejar nuestras correrías por los montes es tan hija del acaso como os figurais.

—¿Qué sueño es ese? preguntó el jóven que habia relatado la historia. Yo veo el mundo de manera, que entre el dormir y el estar despierto no hallo dos dedos de diferencia.

—Con todo eso, repuso el vizconde, no quiero pasar por visionario. Salency está ya á la vista, la fiesta no tardará mucho, y si hay otra circunstancia que me confirme, tiempo habrá de contaros esta vision.

En efecto, cuando estos diálogos pasaban entre los caminantes, ya estaban casi á las puertas del lindo pueblo de Salency, cuyas cercanías, cuajadas de grupos de pastores, aldeanos, forasteros y curiosos, todos regocijados y en movimiento, anunciaban la gran solemnidad. El sonido de las campanas echadas á vuelo, las guirnaldas, arcos, templetes, colgaduras y banderolas que por do quiera se ostentaban eran hartos indicios de la importancia del festejo y de las personas de distincion que lo patrocinaban. En la época á que nos referimos, no solo costeaba la funcion la gran dama de Salency, como llamaban á la señora del feudal castillo, sino que otras muchas de la nobleza parisiense habian concurrido á dar esplendor al acto, por estar de moda la antigua y popular coronacion establecida ya en el siglo V. La iglesia principal del pueblo, en donde habia de predicarse el sermon, estaba atestada de fieles, y como vulgarmente se dice, se venia abajo de ricas colgaduras, brocados, flores, velas y lámparas. A un lado del altar se habia colocado una es-

pecie de dosel con su reclinatorio para el patrono, que lo era la marquesa de Bevilliers, y en la nave principal estaban numerosos bancos para los sacerdotes, los convidados, y la comitiva ó cortejo de la *rosière*, compuesto de doce jóvenes de catorce á quince años, vestidas de blanco y azul, honor que se disputaba por las hijas de las familias más notables y ricas de toda la comarca.

En derredor del templo, en las calles inmediatas, y sobre todo en las que formaban la carrera por donde habia de ir desde su casa la bella Margarita, la confusion era inmensa, pues no habia persona que no ansiase verla y bendecirla y echar ramos de flores á su paso.

Al entrar nuestros caminantes, el acompañamiento formado por el corregidor, el cura y los más ancianos y jóvenes de la parroquia se disponia á emprender la marcha hácia la iglesia, siendo requisito del ceremonial que la jóven agraciada hubiese de ser conducida en una litera por cuatro jóvenes elegidos por suerte por la misma *rosière*. Entre la confusion se separaron los que en el camino habian ido juntos, procurando cada cual obtener espacio para recrear su vista, quedando en reunirse despues en los juegos y banquetes que subsiguen á la coronacion: así es que nosotros seguirémos indistintamente ya á unos ya á otros para curiosearlo todo, y ver en qué pararon las sospechas del uno, los agüeros del otro y la espectativa de todos.

El vizconde de Rousard y el caballero Delisle, relator de la extraña historia de Saint Vallery, hallaron casi á la entrada del pueblo al vicario á quien estaba encargado el panegírico, quien les ofreció llevarlos al templo, á un lugar donde presenciasen á sus anchuras las ceremonias, oferta que aceptaron gozosos, y despues de apearse en el meson del *Cisne*, se trasladaron incontinenti á donde les dejarémos ir por ahora, volviendo á los vecinos de Noyon, que con Pedro y el aldeano se fatigaban por hender entre un peloton de gentes que cerca de la casa de Margarita escuchaban una agradable música y voces.

Era la causa un ciego, que acompañado de instrumentos, cantaba unos versos seguidos de un coro de zagalas, cuya poesía en honor de Margarita habia compuesto un estudiante de Salency, gentil poeta, y decian de esta manera:

Empiece la alegre danza,
Llegad, doncellas, llegad;
Y en alas de la esperanza,
En la batalla luchad
Que premio tan alto alcanza.

—

Rompa el aire vuestro canto,
De inocencia y de candor.
Do quiera reine el amor,
Que tiene por trono santo
Y por corona una flor.

—

Honores, gloria, riqueza,
Ofrece el mundo por lote;
Pero el campo en su simpleza,
En la flor de la maleza
Os brinda una rica dote.

—

La gloria es senda de espina,
La flor oculta dolor,
Pero si bien se examina,
La que aquí al cielo camina,
Por norte lleva una flor.

—

Para que esta vez compita
La hermosura de la fiesta,
Mirad qué union tan bendita
Del rubí de la floresta
Con la hermosa Margarita.

—

Ya está la modesta rosa,
Emblema de la pureza,
De ceñirla deseosa:
Pues da palma de belleza
A la mujer más hermosa.

—

Como desprendida estrella,
Ved cuál luce en su semblante:
Flor tambien es la doncella,
Y la rosa busca en ella
Su amiga y su semejante.

—

Vedla al templo conducida
De blanco lino vestida.
Soñada vírgen parece,
Que, de esta azarosa vida,
La oscura senda esclarece.

—

Mirad entre los cabellos,
Su tersa y serena frente,
Más bella y más refulgente
Que del alba los destellos
En el azul del oriente.

—

La noble sien coronada
De fresca y fragante rosa:
Entre pestañas velada
La ardiente pupila hermosa
En casto fuego templada.

—

Tiria púrpura encendida
En su rostro celestial,
Donde del ángel se anida,
Sonrisa dulce escondida
Entre prision de coral.

—

Ved su talle peregrino,
Ved su cuello alabastrino,

Su puro seno turgente,
Donde un corazon se siente
Arder en fuego divino.

—

¡Oh, Margarita preciosa!
Con mostrarte esta mañana,
Eres al mundo dichosa:
Que canta el bardo, que sana
La mirada de una rosa.

—

Si el pecho de una doncella
Se enciende en amor impuro,
Con solo mirarla á ella,
Tus ojos serán estrella
Do tome puerto seguro.

—

Si de un delincuente el alma
Perdida tiene la calma,
Del mal con la pesadumbre,
Tus ojos serán la lumbre
Por donde gane la palma.

—

Venid, doncellas, venid,
Regad con flores la senda:
Luchad en tan noble lid,
Y pues santa es la contienda
Por el premio competid.

—

Abierto veis el mercado:
Del fruto la vista halaga,
Y el precio está ya tasado,
Pues dijo un santo prelado:
Que flor con flores se paga.

—

Si el cielo es senda de espina,
Y flor oculta dolor,
Por providencia divina,
Lleva en señal una flor
La que aquí al cielo camina.

—

Empiece la alegre danza,
Llegad, doncellas, llegad,
Y en alas de la esperanza,
En la batalla luchad
Que premio tan noble alcanza.

De repente interrumpe la cancion un sordo murmullo que va acrecentándose con vítores y aclamaciones de gozo. Las gentes se mueven, corren, se apiñan y se separan como oleadas del mar. Cohetes tronadores y repique de campanas ensordecen los oidos: es la procesion que se pone en marcha dirigiéndose al templo. ¡La *rosière!* ¡Margarita! se repite de boca en boca. El espacio se nubla con ramos de flores, de olivas y de laureles, las mujeres vierten lágrimas de pura alegría, los hombres elevan en sus brazos á los niños para que gocen de la vista de Margarita,

que sentada en su litera y precedida de doce vírgenes parece un ángel bajado del cielo, con la nueva hermosura que le comunica el rubor que enciende sus mejillas. ¡Pobre huérfana! una lágrima se desprende de sus rasgados y negros ojos, y es que piensa que al volver triunfante á su hogar no sentirá el abrazo tierno de una madre, ni recibirá con celestial júbilo la bendicion de un padre.

Dejemos por ahora la comitiva, que tardará bastante en llegar á la iglesia, y traslademónos al castillo que ya conocen nuestros lectores, situado al pié de una colina en la inmediacion de Salency.

La marquesa de Bevilliers no habia podido gozar de mucho reposo durante algunos dias, gracias al cargo de presidenta de la ceremonia hecha á su costa. Todo habia sido dictar órdenes, conceder peticiones, oir consejos y consultas y dar su vénia aun en las menores cosas.

En aquella mañana, pocas horas antes de la designada para la solemnidad, se hallaba la hermosa castellana recostada en un sillon, en un elegante aposento destinado para tocador.

A su lado, de pié, está una doncella, esperando en silencio respetuoso la menor seña de su señora.

—¡Qué cansancio! Ninon, exclamó al cabo de rato. Miedo me da de pensar en las fatigas que aun he de sufrir, como gran dama de Salency. Estos buenos labriegos me aburren en fuerza de homenajes. Todo se vuelve aquí fiesta. Desde que salí de París buscando descanso no ha pasado un dia sin un regocijo. Esto es demasiado.

—Más daño causaban á la señora las fiestas de París, replicó la doncella. Por lo menos aquí saben dejar la noche para el sueño.

—Las fiestas de París son más penosas, lo concedo; pero todo es la costumbre. Jamás pudo el marqués pasar un verano en Salency, y pasaba los años enteros en París. Verdad es que siempre es agradable ver á estas gentes sencillas, alegres, inocentes y felices: sí, inocentes y felices, repitió como maquinalmente. Y esta fiesta sabes tú que fué instituida por *Saint Medard*, obispo de Noyon, para premiar con una simple corona de rosas á la muchacha más buena, modesta y trabajadora del lugar.

—¡Buena, modesta y trabajadora! murmuró la doncella: á fé mia, con tales cualidades en París, se ganaria una muchacha una corona de espinas. ¿A qué hora quiere la señora dar principio á la ceremonia?

—Yo estoy á disposicion del señor cura; á la hora que tenga por conveniente. En cuanto al traje, pienso ir como estoy.

—Siempre estais hermosa, observó la doncella; pero si me dejáseis escojer...

—Veamos.

—La solemnidad requiere un traje semi-fantástico, semi-pastoril y semi-religioso.

La marquesa se sonrió al oir aquellos adjetivos, no desdeñando dejarse guiar por el buen gusto de Ninon.

—Figuraos, prosiguió la doncella, con la saya de satin negro, corpiño de terciopelo listado de franjas blancas, mangas de encaje y sobremangas ahuecadas y echado sobre la cabeza un tupido velo. Sobre este fondo sombrío, grave, monacal y semejante á una novicia, agréguese un delantal blanco, collares y pulseras de oro y una cintura como de franciscano fraile, y es cuanto se puede desear para presidir un festejo, así en el campo como en la iglesia.

—Me parece demasiado, observó la marquesa.

—Pero advertid que medio mundo estará presente á la ceremonia. Que yo sepa, puedo citar á una docena de familias de la aristocracia.

—Tienes razon; y más que todo, yo debo honrar á la *rosière*. Y entre paréntesis: ¿quién es la doncella elegida?

—Se llama Margarita, respondió Ninon.

—¿La has visto?

—Ayer cuando vino á visitaros como su madrina.

—Sentí no verla.

—Es hermosa; pero le falta...

—¿Qué?

—Lo que llamamos en París pulimento, *tournure*. Cualquier niñera de las que se ven en el *Palais Royal* sabe andar y moverse y parecer más hermosa que esta buena Margarita.

—¡Ya! eso quiere decir, que no pretende llamar la atencion de nadie; que oculta lo que vale, y no sabe lo que es *coquetería*.

—Eso será, dijo Ninon, ¡pobre niña!

—¿Por qué?

—Porque la curiosidad me hizo preguntarle quiénes eran sus padres, y á fé que hice mal. Le hice saltar las lágrimas y despues de todo me quedé sin respuesta. ¿Qué significa levantar la mano y señalar al cielo?

—Que sus padres están en la gloria, respondió la marquesa, como absorta en tristes pensamientos, y queriendo contener un suspiro.

¿Qué habia pasado por la imaginacion de Clara de Beauregard en aquel instante? Tal vez la idea de su soledad, porque ella tambien era viuda y huérfana.

Durante el tiempo que duró su tocado, la marquesa no habló una palabra, pero suspiró muchas veces.

Apenas concluido, volvió á recostarse en el sillon, hizo retirar á su doncella y

esperó la venida del párroco sumergida en su melancolía, de la cual no eran bastante á sacarla el ruido lejano de las músicas y campanas, ni la animada y bella perspectiva que desde sus ventanas góticas se divisaba. No pasó mucho tiempo, cuando le fué anunciada la visita del venerable pastor. La marquesa procuró mostrarse alegre. Hizo traer la corona de flores que habia de ostentar Margarita, hecha por sus manos, y un cofre lleno de regalos que destinaba para la doncella.

—Sois generosa en extremo, dijo el párroco, y despues de la felicidad y tesoro que en sus virtudes tiene la huérfana de Salency, no podria haber hallado otro mayor que la proteccion de tan noble dama.

—Considerad, padre, dijo la marquesa, que no tengo familia ni parientes, que soy sola en el mundo, y nadie sabe compadecer como yo la desgracia de ser huérfana. Ya sabeis que la he asignado diez mil francos de renta anuales; pues bien, además de esto, deseo que viva cerca de mí.

—¿Quereis llevarla á París? preguntó el sacerdote como si dijera: llevarla al infierno.

—No, respondió la marquesa con tono solemne y acento firme; París no verá á Clara de Beauregard por mucho tiempo.

—En ese caso, prosiguió el cura, sacando una pequeña cajita, permitidme que deposite en vuestras manos estos objetos pertenecientes á Margarita. Puesto que la adoptais y la tendreis en vuestra compañía, á nadie más que á su protectora pertenece su custodia.

La marquesa tomó la cajita, y al fin, como curiosa, no pudo menos de abrirla mientras caminaba hácia las galerías de su gran castillo, seguida del buen párroco.

Poco despues, subia en una elegante carroza sostenida por dos doncellas. Estaba extremadamente pálida y abatida. Su corazon latia con fuerza, y mostraba sufrir con intensidad.

—Volved, señora, dijo el ministro del Señor: os sentís mal, y no podreis soportar lo largo de la ceremonia.

—Y ¿qué creerá el pueblo? ¿qué pensará Margarita? respondió tristemente la marquesa.

—¿No habeis dispuesto recibirlos á todos en el jardin despues de la ceremonia? dijo el párroco. Allí os podrán ver dentro de poco, y estareis mejor con el ambiente de las flores que con la atmósfera del templo.

La marquesa accedió y volvió á entrar en su castillo apoyada en los brazos de sus doncellas. Se sentia mal; pero no del cuerpo, y como no desplegó sus lábios, y los males del alma son tan ocultos, la abandonarémos por ahora para seguir al párroco.

Como un rayo corrió la voz de que la gran dama de Salency estaba indispuesta y no podia asistir á la ceremonia. La mitad de la alegría del festejo se ahogó con esta nueva, aunque el cura aseguró, que por la tarde se verificaria la anunciada fiesta del jardin. Con todo esto, se dió principio, segun hemos notado, con gran animacion y bullicio, no sabiendo á dónde habria llegado el entusiasmo si el pueblo hubiese visto el traje fantástico de la marquesa ideado por Ninon.

Entre los grupos donde más se comentó acerca de la ausencia de la patrona, se contaba el formado por el caballero Delisle, el vizconde de Rousard y los demas jóvenes cazadores.

—Apostaré que hay algun misterio en este retraimiento, dijo aquel.

—Nada más probable, replicó el vizconde.

—Pronto podemos salir de dudas, añadió uno de los jóvenes. Penetremos en la sacristía y el párroco nos dará informes.

—Eso hareis vosotros, dijo el de Rousard, que yo no me moveré del lugar donde estoy por nada del mundo. Desde aquí veré á la reina de la rosa, y vive Dios, que si se parece á la vision de mi sueño, que no saldré de Salency sino esposo ó capuchino.

—Lo segundo será más cierto que lo primero, dijo una voz desconocida para ellos.

El vizconde volvió la cabeza para ver quién respondia sin ser llamado, y fijó los ojos en un jóven que tenia en sus manos una corona de rosas con una divisa bordada en cintas blancas de seda y el siguiente mote:

Vencer huyendo.

—¡Pardiez! exclamó el vizconde, que sois muy jóven para profeta.

—Y es porque el amor ve más, mientras más niño; dijo el jóven, sonriendo burlescamente y mirando algunas arrugas con que los placeres habian marcado su huella en el rostro del noble.

—¿Por ventura sois amante de la *rosière?*

—Eso no os interesa el saberlo, ni yo estoy en ánimo de decirlo; pero supongamos que lo fuese.

—Seria una lástima.

—Como lo será para el claustro que vos no profeseis, porque teneis algo de confesor y de mártir.

—¡Silencio! dijeron dos ó tres personas que allí junto estaban. No es mala ocasion esta de andarse á retruécanos.

Los compañeros del vizconde casi rebentaban de risa desde el principio del diálogo, y si no oyeran en aquel momento los gritos de *¡la rosière! ¡la rosière!* acabara en mal la burla, segun estaba de corrido el vizconde.

En efecto, en aquel instante entraban en la iglesia los gastadores que rompian la marcha, seguidos de un coro de voces con acompañamiento de instrumentos pastoriles. Acto contínuo iba un buen número de acólitos y sacerdotes con velas encendidas, llevando en una bandeja de plata la corona que habia de bendecir el obispo de Noyon para colocarla en las sienes de la doncella. Despues iba otro coro compuesto de muchachas, lindamente adornadas, que precedian á las doce vírgenes puestas al servicio de la reina, y en una litera forrada de sedas blanca y azul, sobre los hombros de cuatro robustos aldeanos, venia Margarita, como ángel del empíreo bajado por los aires en celeste trono, robando el corazon de cuantos la miraban. Finalmente, despues de la *rosière* veíanse las autoridades del pueblo y los regidores, algunas personas nobles convidadas y el venerable obispo, sucesor de *Saint Medard*, que cerraba y presidia el cortejo, derramando bendiciones sobre el apiñado y alegre concurso que en todas partes presenciaba su paso.

Las flores, ramos, guirnaldas, lazos y palomas que al paso llovian sobre Margarita, no tenian número; todos anhelaban ver su rostro, creyendo que su mirada era presagio de ventura. Al pasar por delante del vizconde, hecho todo ojos por ver á la reina de la fiesta, sintió éste que alguien subia sobre sus espaldas y vió caer dentro de la litera una guirnalda, que recibió Margarita en sus manos devolviendo una sonrisa. Cuando fué á mirar quién era el osado que le habia convertido en observatorio para ver un cielo, halló que un jóven huia, desapareciendo entre la confusion. Quisiera buscarle, pero la ceremonia comenzaba, y como era imposible por entonces, resolvió tener paciencia.

En efecto, la heroina habia ya llegado á la tribuna que le estaba preparada, bajo el cuadro que representaba la coronacion de la hermana de *Saint Medard*, pintura que por muchos siglos se veneraba en aquel templo, y la fiesta dió principio con un himno acompañado con el órgano y una nutrida orquesta.

No seguirémos nosotros su ceremonial, tan complicado y solemne, que aun fué objeto de controversias ante el parlamento de París, expecialmente en lo tocante á la prerogativa de ceñir el premio de la virtud; pero sí dirémos que el sermon fué digno de la fama del elocuente vicario de la Magdalena, el cual eligió por tema la divisa que estaba puesta en la guirnalda que en sus manos tenia Margarita, de *vencer huyendo*, que calificó del mote y empresa más propio del soldado cristiano; el cual no ha de ser como el guerrero, que busca las ocasiones de peligros para afrontarlos y vencerlos; sino que ha de preferir apartarse de ellos, teniendo siempre á la vista la flaqueza humana. Puso por ejemplo al venerable fundador de aquella hermosa costumbre, el cual habia honrado á aquella villa con su nacimiento, así por sus virtudes como por su calidad, pues fué hijo de Nectar, uno de los más

ilustres caballeros franceses, bajo el reinado de Meroveo, y de la noble Protagia, descendiente de familia patricia romana, establecida en la Galia. Refirió cómo esta matrona, de rara piedad, le educó cuando niño en la práctica de las virtudes cristianas y en expecial de la castidad, sin olvidar las ciencias que aprendió en la entonces célebre escuela de Vermand, hoy *Saint-Quentin*, y cómo, ya precedido de la fama de sus talentos, visitó la córte de Childerico, residente en aquella época en Tournai, y léjos de atraerle las pompas y vanidades de los cortesanos, y las lisonjas y favores de los príncipes, formó el proyecto de apartarse á la soledad, tomando el seguro norte de *vencer huyendo*. Elogió la práctica que tuvo, una vez recibidas las sacras órdenes, de visitar las cabañas y chozas é instruir y consolar á séres que podian verdaderamente llamarse bárbaros en aquel tiempo; obras por las cuales, al fallecimiento de Alomer, obispo de Vermand, fué solicitado como pastor, y de nuevo venció huyendo, pues rehusaba tan alta dignidad, y solo la aceptó cuando el ilustre *Saint-Remi*, su metropolitano, le obligó á ello bajo el deber de santa obediencia. Finalmente, el orador se extendió á hablar de los méritos y virtudes del Santo, viniendo á parar á la institucion del premio de las rosas, galardon ofrecido para estimular á la juventud, y en aquellos tiempos muy necesario por el libertinaje de los hombres y la poca modestia de las mujeres. Nombró y notó las virtudes de las jóvenes que habian merecido tan alto honor en Salency, á todas las cuales se aventajaba la reina de la fiesta que presente veian, Margarita no solo en el nombre, sino en hermosura del cuerpo y belleza del alma, haciendo ver que uno de los mayores portentos que en la tierra se pueden ofrecer á los mortales, es la reunion de la bondad y la belleza en la juventud, y que si solo la fuerza de la hermosura de las doncellas habia logrado muchas veces trastornar á los hombres y á los imperios, unida á la virtud era capaz de transformar el mundo.

Tal fué, segun se guarda en archivos, el sermon panegírico pronunciado por el elocuente vicario en la fiesta de Salency, concluyendo con exhortar á la juventud á imitar el ejemplo de la heroina. Atento estuvo el concurso, y más de una lágrima corrió al referir el orador la pobreza y desamparo en que fué hallada por un caballero á la muerte de sus padres. Pero quien más atento estuvo fué Delisle, quien ya no abrigó duda alguna que aquella doncella era la hija del desgraciado *Saint-Vallery*, y deseaba informarse del párroco si alguna noticia se habia adquirido de su familia.

En cuanto al vizconde de Rousard, estaba hecho una estátua, sin movimiento, fijos los ojos en Margarita, y tratando de interpretar su sueño, que él creia un aviso del cielo para que mudase de vida y costumbres, y aquella muchacha un

ángel bajado á propósito para tenderle su mano y sacarle del camino de la perdicion. Con estos pensamientos ambos deseaban la terminacion de la fiesta, la cual, acabando en la iglesia con la coronacion de la virtuosa vírgen, proseguia en las calles hasta la tarde, en que habia de reunirse el pueblo en el jardin de la opulenta marquesa.

Y en tanto que el júbilo reinaba en todos los corazones, en tanto que los pobres labriegos y honrados vecinos, dejando sus chozas y cabañas, venian á dar culto y á derramar bendiciones sobre la *rosière*, habia en el castillo un corazon desgarrado con tristes recuerdos, un rostro melancólico y sombrío, un alma acongojada, una conciencia asaeteada con remordimientos.

La marquesa habia vuelto á su estancia y rogado que la dejasen sola, y la soledad de Salency en aquel dia era uno de los dolores más crueles para el alma. Todo sonreia á los ojos de aquellos dichosos habitantes. El cielo parecia más claro, más brillante el sol, más puro el aire y más intensos los sentimientos, porque unidas todas las almas con el alma de Margarita, podia decirse que no habia más que una que concentraba sus fuerzas para sentir mejor. Y por contraste de esta fusion, habia un sér aislado que buscaba el retiro y el silencio, que lloraba tal vez cuando todos reian, que ponia los ojos en lo pasado, olvidándose del presente, y para quien el solo nombre de Margarita, ángel de paz y de dulzura, era la causa de la más sangrienta lucha y amarga pena.

Con todo esto, en lo restante del feudal palacio no habia menos bullicio y regocijo que en el pueblo, porque á pesar de todo, allí habia de terminar el festejo con banquetes y bailes. Así es que mientras la gran dama de Salency permanecia retirada en su aposento, los criados iban y venian cargados con rica vajilla y enormes bandejas llenas de manjares y frutas, disponian las mesas, preparaban sendos toneles de vino y adornaban el jardin con vasos de colores y otros vistosos artificios.

En una de las partes más deliciosas del extenso verjel, se habia dispuesto un arco triunfal adornado de vistosas flores, y junto á él colocado en una alfombra de menuda yerba, un sillon elegante aunque hecho á la rústica, en donde la gran dama de Salency habia de esperar á la *rosière* para hacerle los debidos honores.

La hora se acercaba, el ruido crecia, las gentes comenzaban á poblar las imediaciones del castillo en señal de que la comitiva llegaba, cuando Ninon, impaciente, se atrevió á romper la consigna y á penetrar en el aposento de la marquesa; pero sea el temor de contravenir á la órden, sea la curiosidad, antes de penetrar en la estancia miró por entre los resquicios de la puerta, y vió á su ama hincada de rodillas ante la imágen de un crucifijo, y que puesto en sus manos un objeto que no podia distinguir qué fuese, le besaba con frenesí derramando abundantes lágrimas.

Este espectáculo sorprendió tanto á la doncella, que por un buen rato estuvo como fuera de sí, y sin saber qué resolucion tomar. Ni la vista de la animada procesion que al castillo llegaba, ni el murmullo de la muchedumbre que ya distintamente se percibia era bastante á sacar á la marquesa de sus meditaciones. ¿Qué hacer?

Ninon tuvo ánimo para tocar en la puerta causando un leve ruido, que hizo levantar á la marquesa, y guardando ésta el objeto que tenia en sus manos y limpiándose los ojos, salió á su encuentro.

—Ya os esperan, señora, dijo Ninon, señalando hácia el campo por una de las ventanas. Mirad al venerable obispo y al párroco que os conducen á Margarita.

La marquesa no respondió sino se apoyó sobre el brazo de la doncella, y comenzó á caminar. Sus pasos eran débiles, vacilantes, y los latidos del corazon tan apresurados, que la doncella temió que no pudiese continuar. Sin embargo, llegó en silencio al jardin, recibió con aparente calma y afabilidad los vivas con que la saludaron, y se sentó en su trono dispuesta á recibir la comitiva.

Margarita, seguida por las jóvenes, el obispo de Noyon y el cura de Salency, se adelantó é hizo una reverencia á la marquesa. Aunque naturalmente tímida, no se atrevia á acercarse demasiado á la mujer que debia respetar por su rango, su belleza y su generosidad. Esta innata modestia de la jóven y el llevar en sus sienes la corona, le ocultaban el rostro á la mirada ansiosa de la marquesa. Levantóse ésta, fué á su encuentro, y tomando en sus manos la corona que ceñia sus sienes y mirándola fijamente el rostro, volvió á dejarla caer sobre su cabeza, procurando dominar las emociones con que luchaba y hallando solo fuerzas para murmurar:

—¡Dios te bendiga, hija mia!

Estos movimientos fueron examinados con la mayor atencion por el párroco y Delisle, que á corta distancia entre la muchedumbre se hallaban.

—¿No habeis observado, dijo éste, la turbacion de su rostro?

—Dios quiera tocarle el corazon, murmuró el cura. Si así sucede, será hoy el dia más memorable de Salency.

A este tiempo ya se habia levantado la hermosa Clara de Beauregard. La ceremonia podia darse por concluida en la parte oficial ó ritual, y cada uno era libre para hacer lo que quisiese. Margarita se separó entonces de los ministros y del prelado, que fueron recibidos por la marquesa, y quedó en compañía de la buena mujer Leclerc, á quien habia conocido como madre, seguida siempre de las doce jóvenes que la sirvieron de pajes.

Como es de presumir, donde quiera que se hallaba la *rosière*, se agolpaban todos, curiosos por contemplarla de cerca ya coronada, y ninguno creia haberse

fatigado en balde, segun su hermosura. ¡Quién será el dichoso, decian entre sí los hombres, que logre poseer su corazon!

Y este pensamiento se ocurria á todos, por ser casi tradicional la costumbre de elegirse esposo para la reina de la rosa en el mismo dia de la fiesta, ó mejor dicho, de que ella eligiese entre tantos como estaban dispuestos á servirla y adorarla, pues no habia hombre que no creyese el colmo de la dicha unir su suerte á la de la heroina.

La eleccion se consideraba hecha, cuando la *rosière* daba el brazo y tomaba compañero para la danza entre los muchos que se presentaban á solicitar este honor, que por lo general ya se sabia de antemano á quién daria la preferencia. En el caso de Margarita, sin embargo, nadie podia designar el candidato para esposo. Era muy jóven; habia sido criada con mucho recogimiento por *mère Leclerc*, como llamaban á su madre adoptiva, y no se sabia que ninguno pudiese vanagloriarse de tener esperanza cierta por favor alguno de Margarita. Tal habia sido su recato, que cuantos la conocian pensaban que iba á dejar el mundo y meterse á monja en el convento de Ursulinas de Noyon, cuya abadesa la amaba con delirio. Sin embargo, Margarita amaba, y con pasion tanto más fuerte é intensa, cuánto mayor habia sido el misterio y el secreto de la correspondencia. La viuda Leclerc tenia un hijo de edad de ocho años, cuando tomó á su cargo la educacion y amparo de la huérfana. Julio, que este era su nombre, fué el compañero y el amigo de su infancia, llegando á amarla cuando aun Margarita no sabia lo que era amor. Pero el mismo amante era tan celoso de su pureza y adoraba tanto el candor y la inocencia de Margarita, que cuando ésta llegó á los doce años, quiso sacrificar su propio gusto y la felicidad de que gozaba con su vista, y de la noche á la mañana desapareció de Salency, haciendo saber á su madre y á Margarita que no se afligiesen por su ausencia, pues en su propio interés tomaba aquella determinacion como luego lo verian. En efecto, Julio se encaminó á París, buscó trabajo, y tuvo la suerte de ser admitido en la servidumbre de un noble, con el cual habia venido el dia antes á presenciar el festejo, loco de alegría al ver que su amada habia merecido la mayor de las recompensas á que puede aspirar una jóven. Entonces declaró á su madre en secreto el amor que habia profesado á Margarita, y que por no empañar el brillo de su pureza angelical creyó conveniente alejarse.

—Mañana, añadió suspirando, conoceré yo el corazon de Margarita.

Y en efecto, la jóven habia pagado con una dulce mirada y sonrisa el amor cuya historia habia leido en la divisa recibida en el templo: una historia de lágrimas y dolores comprendida en estas dos palabras: *vencer huyendo*.

En obsequio á la brevedad nos dispensarémos de referir detalladamente los

regocijos que se hicieron, los bailes, cantares y escenas divertidas en que se gastó aquel memorable dia, aunque por digno de mencion dirémos dos palabras sobre la llamada feria de la *rosière*.

Consiste esta en que uno de los jóvenes que han tenido la suerte de conducir en sus hombros á la heroina, establece un mercado en union con sus tres compañeros, poniendo por artículos de venta los vicios y las virtudes, los bienes morales y los materiales, y las bellezas del espíritu y el cuerpo, suponiendo siempre que entre los mejores géneros descuellan las gracias y perfecciones de la reina de la rosa, de la cual hacen pepitoria, ofreciéndolas todas en subasta al mejor postor. A este acto, que es muy divertido si el mercader tiene ingenio, acuden las personas ricas, y con sus puestas se levanta una considerable suma, que se entrega luego en un canastillo á la *rosière*. Primero se sacan al martillo las prendas personales, y despues las morales, y excusado es decir que en la almoneda de Margarita todo se vendió á buen precio, piés, manos, cabellos, ojos, boca, y sobre todo cuando la honestidad se puso en venta, hubo un caballero que llegó á una suma sin igual en los fastos tradicionales de la feria.

Pero á fuer de historiadores verídicos, obligados á narrar los sucesos no tanto por su órden como por su importancia, debemos trasladarnos del jardin al castillo, donde escenas de otro género tenian lugar.

La marquesa habia hecho despedir á todos, menos al cura de la aldea de Salency. Su corazon se hallaba oprimido. Necesitaba de los consuelos de un sacerdote, porque su mal estaba en la conciencia con la cual batallaba fuertemente.

—Padre mio, exclamó despues de un breve rato de intensa lucha: las reliquias que me habeis dado traen á mi memoria recuerdos desgarradores, el recuerdo de un crímen que tal vez no alcanzará perdon de Dios ni de los hombres.

—No, hija mia, respondió el venerable pastor dulcemente, viendo á la marquesa anegada en lágrimas. Dios es justiciero; pero es tambien misericordioso con los que se arrepienten y los que lloran sus culpas.

—La mia es tan grande, que una vida entera de lágrimas no podrá lavarla. Escuchad, prosiguió la marquesa; pero no, exclamó interrumpiéndose: decidme antes lo que sepais de esta pobre huérfana. ¿Quién os dió los retratos? ¿Conocísteis á sus padres?

—Sus padres, replicó el cura, fallecieron en este lugar destituidos de recursos, apenas habian llegado pidiendo limosna para soportar la vida en la jornada. Por fortuna un amigo de Saint Vallery cerró sus ojos, recogió á la niña, tomó los retratos y la entregó á mi cuidado. En el pueblo nadie los conocia; pero todos han amado á Margarita con delirio.

—¡Dios mio! exclamó la marquesa, cayendo de rodillas y cruzando las manos: ¿cómo sereis compasivo, cuando yo fuí tan cruel? Y tú, desgraciada Agnés, pobre hermana mia, ¿por qué no vives aun para ver mi llanto? Escuchad, padre mio: esa infeliz que espiró en Salency, tenia en sus venas la sangre de Beauregard, era mi hermana menor, á quien yo amaba con locura. ¿Podreis creerlo? Y tanto como era mi amor, fué mi ódio cuando la suerte dispuso que Saint Vallery llegara á ser su esposo. ¡Ay! padre mio, qué locura fué la mia. Llena de orgullo me lastimaba la felicidad de Agnés en ser amada por Saint Vallery, porque yo le amaba tambien. En mal hora puse en él los ojos; mi vanidad me engañó: creí que mi hermosura podia alucinar al amante de mi hermana, como si el amor verdadero y profundo pudiese hallar nada superior al objeto amado. ¡Cuántos insomnios pasé! ¡cuántos proyectos fabriqué, desdichada de mí, presa de la envidia! Me figuraba que mi hermana se reia de mi pena y cantaba alegre su triunfo, y cuando supe que se arruinaba mi última loca esperanza con su efectuado casamiento, en un acceso de rabia condenaba y maldecia lo mismo que yo en vano habia pretendido hacer. Dios me perdone: aun casada con un hombre rico, noble, caballero, y siendo Saint Vallery un pobre soldado, envidiaba y aborrecia á mi hermana, porque, lo confieso, padre mio, todavía le amaba... y pasaron algunos meses, y la pobre Agnés vino á pedirme un rincon en mi casa porque no tenia qué comer y su esposo estaba enfermo, y se arrojó á mis piés y abrazó mis rodillas anegada en lágrimas y pidiéndome pan... ¡Oh, cielos! como una hiena implacable me reí de ella, cual yo imaginaba que se habia reido de mí, y quedé vengada y satisfecha... no, digo mal, no satisfecha, porque vino sola, sola... Ella murió, decís, con su hija en los brazos, y á vista de Saint Vallery ya cadáver... y yo, ¿sabeis cuánto he sufrido?...

Y diciendo esto exhaló un profundo suspiro, y cayó sobre las rodillas del sacerdote derramando copioso llanto.

—Esa confesion y esas lágrimas lo borran todo, dijo el párroco. Habeis hecho mal; pero podeis repararlo en algun modo.

—Sí, padre mio, traedme á Margarita, ella es mia; ocupará en mi corazon el lugar de mi hija y de mi hermana: nunca se separará de mí, y yo le pagaré en amor el ódio que tuve á su pobre madre. Traedla al punto, mis riquezas y títulos son suyos; pero... ¿creeis que Margarita me amará? ¿Pensais que no verá en mí al verdugo de sus padres?

—Margarita, dijo el venerable cura, es un ángel bajado del cielo; no solo os amará, sino que á su lado recobrareis la paz perdida.

Esto diciendo, se levantó, no pudiendo disimular el gozo la presteza de sus pasos impropia de su edad. Tal era el júbilo de que estaba poseido.

Durante el camino se halló con Delisle, que no se habia alejado mucho por saber antes que nadie el resultado de la entrevista.

El cura le dió un abrazo, exclamando:

—Grandes son las mercedes de Dios: hoy ciñe Margarita dos coronas.

—Decid tres, replicó Delisle lleno de alborozo, señalando á una alameda por donde aparecia la *rosière*, apoyada en el brazo de Julio Leclerc. ¿Veis aquel jóven apuesto que la acompaña? pues ese es el afortunado novio.

—¡Julio! gritó el cura, cada vez más fuera de sí por la alegría que le embargaba.

Á este tiempo Julio estaba ya en los brazos del buen sacerdote, á quien rodearon Margarita, la viuda Leclerc y gran muchedumbre de gentes, entre las cuales se veia al vizconde de Rousard, pugnando por llegar de los primeros.

El cura asió de las manos á Margarita, y dirigiéndose á los circunstantes, exclamó con voz conmovida:

—Albricias, hijos mios; el cielo no cesa de derramar mercedes sobre sus protegidos. Ved, aquí os presento en la huérfana de Salency, la futura marquesa de Bevilliers.

—¡La marquesa de Bevilliers! exclamaron todos sorprendidos.

Un rayo caido del cielo no hubiera aterrado más al pobre Julio que esta noticia, viendo con ella deshecho en un instante el horizonte de su porvenir. En cuanto á su buena madre, no impidió su júbilo que prorumpiese en llanto, previendo que la iban á separar de su querida hija adoptiva.

—Y bien, prosiguió el cura, ¡tanto os asusta una buena nueva!

—¡Margarita! exclamó Julio, tendiendo su mano y casi demudado el rostro: el cielo te haga tan dichosa como yo deseo... ¡A Dios, á Dios para siempre!

—Haceis bien, jóven, prorumpió el vizconde: cada cual con su cada cual.

—¿Qué niñerías son estas? exclamó el cura, deteniendo á Julio que pugnaba por ausentarse, mientras veia á Margarita medio desmayada en sus brazos.

—¡Padre mio! prorumpió Julio, arrodillándose ante el sacerdote: yo he amado á Margarita en tanto que la juzgaba pobre y huérfana como yo. El cielo, que quiere levantarla á mayor estado, la deparará ahora esposo más digno. Yo sufro con resignacion mi suerte, y ahora como siempre procuraré vencer mi amor huyendo.

—Al que se humilla, Julio, Dios lo levanta, dijo el venerable pastor. Consultad el corazon de Margarita, que si ella os amó de veras en su desgracia, no os olvidará en su buena fortuna. Entretanto, la marquesa su tia y protectora la reclama: vamos al castillo, y allí se arreglará este asunto.

Dicho esto, el párroco comenzó á caminar llevando á Margarita apoyada en su

brazo, y seguido de *mère Leclerc*, que nunca la abandonaba, y del caballero Delisle á quien tanto interesaban aquellos sucesos, dió la vuelta al palacio.

Describir la tierna escena que tuvo lugar al reconocer la marquesa á la hija de su inolvidable Saint Vallery, seria punto menos que imposible. Baste decir, que por espacio de mucho tiempo la tuvo abrazada, llenándola de caricias y besos, como si fuese hija suya arrancada por largo tiempo de su regazo.

Allí confirmó de nuevo las donaciones que habia hecho, disponiendo que su madre adoptiva quedase á su lado en el palacio. Allí reconoció al jóven Delisle, amigo de su desgraciado padre, único que podia como testigo ocular darle entera relacion de sus últimos momentos. Allí mostró, finalmente, cuán sincero era el dolor y el arrepentimiento de su pasada conducta, y el cura no cesaba de dar gracias á Dios que tan bueno y feliz término habia dado á tan desastrosos principios.

Tales fueron los sucesos que pasaron en la humilde poblacion de Salency en la memorable fiesta de Margarita la *rosière*, de que hay recuerdo en algunos ancianos, testigos de la generosidad y virtudes con que la huérfana y su esposo pagaron el amor que sus moradores les habian profesado en su infancia; porque esta historia, que parece novela, acabó en boda, y en llevarse el modesto y virtuoso amante el triunfo de su acertada máxima de *vencer huyendo*.

Por lo que hace al vizconde de Rousard, unos, aficionados á lo trágico, cuentan que se despeñó por una de las ventanas del castillo; otros, amantes de lo patético y sublime, afirman que se portó como un héroe y quiso costear las bodas; otros, por último, refieren que tomando por aviso su famosa vision y ensueño, mudó de vida y conducta y se hizo capuchino, segun su juramento hecho en la iglesia, y que hay romances populares en la Picardía acerca de la conversion y santa vida de este noble caballero. Lo cierto de ello es, que desde la coronacion de la virtuosa hermana del santo Obispo de Noyon, ninguna fiesta de la rosa fué más notable y popular que la de Margarita de Saint Vallery, marquesa de Bevillers; aunque otras dieron lugar á que el marqués de Pezai escribiese su ópera llamada *La Rosière*, puesta en música por el ilustre compositor Gretry; á que el nombrado poeta *Lemierre* cantase esta ceremonia en sus *Fastos*, y á que el buen párroco, el reverendo Sauvigni, extendiese y propagase tal costumbre ejemplar y provechosa en varios pueblos de esta provincia y de la Normandía.

VI.

EL TEATRO.

Nos parece, que en la necesidad de hablar de esta universal costumbre entre gentes civilizadas, la ocasion nos muestra su guedeja ahora que nos hallamos en Francia y de regreso en París, donde se ve el mayor número de establecimientos de drogas literarias desde la *Grande Opera* al café *chantant*, desde el teatro de la calle de Richelieu á las galerías del *boulevard* del Calvario.

La popularidad del teatro parisiense es un hecho reconocido. No parece sino el capitolio del arte dramático donde se dictan leyes al universo, y como si esto no bastase, para ahorrar tiempo y gastos á los nuevos Solones que van allí á aprender la mecánica del arte, el *savoir faire*, los franceses establecen colonias dramáticas en todas las capitales del globo, y hay en ellas un teatro francés, como ha de haber de rigor una fonda suiza.

Á juzgar por el papel que el teatro representa en el otro gran teatro de la vida social francesa, y por el tiempo y las fortunas que consume, París sin duda puede envanecerse de ser una de las ciudades más cultas del universo, considerando que el teatro es uno de los productos más delicados de la civilizacion, uno de los más venturosos esfuerzos del hombre social para ahuyentar la melancolía y aumentar sus placeres. Verdad es que por otro lado este producto participa de los mismos inconvenientes que todos los que salen de manos del hombre, siempre interesado y calculador. Se empieza fabricando con cuidado, empleando buenos materiales y perfeccionando y puliendo el artefacto, y una vez aumentado el comercio y extendida la demanda se fabrica al vapor, se adultera el género y se arman verdaderas pacotillas. «*Monsieur le Roi*, decia Molière, ha querido ver reunido en una comedia todo el aparato y magnificencia, etc., y con este objeto se compuso la intitulada *Los galanes magníficos*. *Malum signum* cuando se entromete á dictar leyes *Monsieur le Roi*, y peor cuando *Monsieur* es el público, y peor todavía cuando es el capital, que tiene que surtir á los consumidores de adentro y de afuera, con novedades, para suplir la caida vergonzosa de la moda de ayer.»

Pero nosotros no vamos á lamentarnos aquí de la degradacion del arte, con

tal de que progrese y se perfeccione el teatro, y éste no hay duda que va viento en popa. Dígalo sino el que abrirá sus puertas frente á la *rue de la Paix*. Antiguamente los teatros se fabricaban en lugares excusados, con fachadas vergonzantes y como de tapadillo, y ni por dentro ni por fuera ostentaban elegancia, gusto, ni aun comodidad, y además de esto el escenario era pobre y las decoraciones sencillísimas. ¡Qué diablo de mal gusto tuvo Poquelin en hacernos tragar tres actos de su *Avaro* en una habitacion llena de telarañas! ¡Si él hubiera visto las decoraciones de la *Porte Saint Martin*, y *les Freres Corses*, que han corrido en corso por toda Europa hablando todos los idiomas, y tanto monumento del arte, hecho á escote entre el fabricante de lienzo, el carpintero, el pintor, el tramoyista y el poeta!...

Pero vamos á nuestro objeto, que es pintar cómo se divierte la poblacion de París cuando la noche tiende su negro manto. Preciso es confesar que la supremacía en punto á atractivos la tienen los teatros. Un baile, una tertulia, un concierto, cualquiera otra diversion constituye excepcion, el teatro es la regla, es el pan cotidiano del pueblo de París. Lo que en nuestras poblaciones las pascuas y el carnaval es diariamente el teatro entre los franceses, entre los cuales hasta el más ínfimo toma un gran interés en saber el *curso auténtico*, y en estar al corriente de las peripecias, vicisitudes y transformaciones que tienen lugar en el mundo de las bambalinas.

Dijimos que era el pan, y quedamos cortos: es más que el pan, es el vino, y esto se demostraria si mañana mandase cerrar Napoleon los teatros de París y matar de camino *L'entracte*. Es cosa averiguada, que los pueblos, en las calendas que corremos, no se pelean por pan, alimento ya muy rancio y del antiguo régimen: lo cual no es nada sorprendente, porque el pan es sustituible, y á falta de él buenas son tortas, dice el proverbio; pero el teatro, que es otro de los domicilios del parisiense: ¿con qué se va á sustituir? ¿Se quiere que el ciudadano pase la noche en su casa, al lado de su mujer y de sus hijos, si los tiene, leyendo el *Moniteur*, ó á Mr. Veuillot?

Cualquiera creeria que un obrero de París está calculando durante la semana, á cuántas gollerías podrá extenderse el domingo con su jornal para regalo suyo y de su mujer y prole. ¡Regalo! ¿qué más regalo ni gollería que hacer cola toda una tarde para ver un doloroso drama en *siete* actos y treinta y siete cuadros, donde pasen como en revista todos los horrores y crímenes imaginables?

¡Oh! ¡el teatro! En las fiestas napoleónicas forma parte del programa el teatro *gratis* para el pueblo, y el pueblo le agradece más que el repartimiento de cien mil panes y peces.

Para cerciorarse de la pasion que tiene el pueblo francés por el teatro, no es

necesario pasar de puertas adentro del coliseo. Solo con pasear de punta á cabo por la gran arteria, se observa que es una poblacion teatral por excelencia.

—¿Qué grupos son esos, tan inquietos y murmuradores, que se ven reproducidos con los mismos caractéres y lineamentos en las inmediaciones de *l'Opera comique*, del *Vaudeville*, del *Odeon*, *Palais Royal*, *Varietés*, *Gimnase*, *Ambigú*, *Cirque Imperial* y demas *casas de comedias* intercaladas entre las casas de familia?

—*Passez vôtre chemin*, oh, curioso; no es un chimpanzin vestido á la granadera antigua, ni á la zuava moderna, ni el Pulcinela que hacia reir á nuestros abuelos, ni el teatro Guignol, ni un *saltimbanquis*, ni siquiera el famoso *Mengin* de placentera memoria.

—Pues, ¿qué diablos es? ¿por qué rien, silban, se impacientan y gruñen?

—Porque todo esto es el adherente y los adminículos, la sal y pimienta de un nuevo estilo y moda parisiense, que se llama *faire la queue*.

—¡Hacer la cola! ¿á quién? diria un censor, ¿á los males actores? ¿á los comediantes que miran á los palcos mientras declaman una escena lastimosa?

—No tal, el público mismo se hace la cola á sí propio, y se la pone, y la lleva con paciencia, que entre nosotros se llama llevar la albarda, por asegurarse una buena localidad dentro del coliseo.

Es decir, que desde las tres ó cuatro de la tarde hasta las doce ó una de la noche del domingo, se emplea el tiempo en el teatro y en sus vísperas, semejando el pueblo la marcha de un *glacier* en las cumbres alpinas que comienza á moverse lentamente, á razon de legua por dia, hasta que saliendo de la estrechez con que va encajonado en la via pública, se precipita luego furioso por entre innumerables senderos, caminos, y vertientes que le llevan al gran Océano del patio.

Pero como observa un curioso breton, enemicísimo de este procedimiento, la incomodidad y fatiga de estas antesalas al aire libre, se compensan con el placer de verse entre un peloton ó muchedumbre. Él os dirá muy grave y sériamente que la mayor plaga y peligro de Lóndres, que es el concurso y aglomeracion de gentes, es uno de los deleites de París, porque el francés, tan amante de vida pública, ama la sociedad, el roce y la comunicacion, aun bajo la forma vulgar y extrema de la cola, á la cual se van hombres, mujeres y niños, ya provistos de viandas y confortativos como quien va á un viaje de muchas horas, bien persuadidos de que el cuerpo no vive solo de entusiasmo. Todo esto tiene lugar bajo la presidencia de varios *serjents de ville*, que tienen particular cuidado de alinear el batallon y ahogar en su cuna las discordias, no dejando que se agrie y tuerza el buen humor general de los aficionados á la farándula.

Y en efecto, el francés, que de todo saca partido, comienza allí la funcion

teatral y desagua en chistes y ocurrencias el humor negro en que aquella necesidad le pone. Más de un forastero acude á pasar revista á esas líneas, que comienzan á formarse en los dias de fiesta desde las dos de la tarde, y aun antes, por oir los diálogos y epígramas de los pilluelos, que allí se distinguen haciendo reir á todos.

Hé aquí una muestra del mismo paño de que todas se cortan:

—¡*Diable!* esta es la sexta cola que hago: estoy más aburrido que cordon de campanilla en casa de alquiler.

—Calle, que vamos á ver en la *Porte Saint Martin* las siete maravillas del mundo, y á la reina *Tomisa* y *Musaleo* en una gran mágia de veinte cuadros pintados por tres pintores de coches; pero, ¿á dónde diantres va á llegar esta cola? ¿Va hasta *Sebatanpommes?* Hola, nodriza, la vecindad de ese rorro no es muy agradable. Creo que necesita hacer algo... ¿sirve mi peluquin?

—Yo estoy aquí desde esta mañana, grita uno.

—Yo desde ayer, responde otro.

—Ya abren: ¡una luneta de dos cuartos! ¡Adelante! trinchemos el caracol.

—Juguemos á la locomotora: tren *express*, gran velocidad; sentémonos en primera fila. ¡El telon! el telon, ó hago de él tirillas.

—Basta de música, la autoridad manda que se haga *cerradura* de la *overtura*.

—¡Cielos! ¡qué apretones! Madama Putifar, bien podria usted haber dejado en casa la *crinolina*.

A este punto los pilluelos se imaginan que las siete maravillas no se representan bien, y que el mar por donde pasea el Coloso de Rodas es un charco de ranas.

—Esto no pasa, dice el corifeo hablador: ¡eh! ¿si vendiésemos los billetes por cincuenta céntimos y nos fuésemos al *Teatro francés?*...

—Que me place, ¡*en route!*

Y llegan á un entreacto.

—¡Ah! ¡un entreacto! El público sale riendo, como cuando se representa la *Rachel* y los *Voraces* de *père Corbeille*. Despues de todo es un teatro mal perjeñado este de la *Comedia*, donde no se venden naranjas, ni se da poesía en *verso:* ¡qué diablos! es lo mismo que una melodía sin música. Dígase lo que se quiera, no hay teatro como el de los *Bouffes*, donde se ejecutan las piezas más divertidas del mundo, como: *Los salteadores rojos de la caverna de la montaña negra* y *El calabozo de buena vista del cementerio de la muerte*. ¡Oh, esto es delicioso! Se va á inventar un periódico-pañuelo para secar los lagos de lágrimas que se formen en los parterres.

Estos y otros semejantes son los coloquios que la gente de blusa pasa á las puertas de los teatros de París, coloquios que pudiéramos prolongar infinitamente, garantizando la autenticidad con autores graves que los han recogido en sus libros

de memorias, y que no desdeñan el ponerlos al lado de las más graves y profundas reflexiones. Así, en una de las primeras revistas inglesas, hallamos el siguiente razonamiento despues de la descripcion de la *cola*.

«No es infundado creer que el gusto que tiene el pueblo bajo en Francia por horrores, muy natural en espíritus baldíos, recibió gran impulso en París en el reinado del terror, época de revolucion y destruccion así en el teatral como en otros mundos, y desde aquella fecha hasta 1850, los más celebrados espectáculos del que se llamaba el *boulevard du crime*, eran dramas en cinco actos.»

Y á propósito de crímenes. En la grande hermandad que aun existe entre las naciones, las cuales con una caridad evangélica se echan en cara justamente los defectos que más las afean, se ha ridiculizado mucho el gusto del pueblo bajo francés por los espectáculos en que se exhiben horrores y espantosos crímenes. «Estos, dice un viajero, aparecen como realidades á los ojos de las clases bajas, y actores han tenido que escabullirse de la escena para sustraerse á la venganza de una indignada audiencia. En la representacion del drama histórico intitulado *Faldaise*, que tenia lugar por los años de 1849, se vieron muchas tumultuosas y ridículas escenas. En una de las del drama, *Faldaise* se encuentra rodeado por sus verdugos, que se preparan para descuartizarlo, y en tal trance los actores eran molestados con lluvias de naranjas, manzanas y otros proyectiles. Un obrero, dirigiéndose á Gonjet, desde la galería, le gritó: «No perderás nada con irte, canalla,» mientras una vieja suspirando decia: «¡Pobrecito! ¿Es posible que haya malvados semejantes? En otra ocasion, mientras se representaba á *Britannicus*, un espectador gritó desde el patio: «Señor Bordazinus, que lo van á envenenar á usted. ¡Habrá pícaro Neron!»

Cualquiera se formará una triste idea del pueblo de París por esta relacion, hecha, sin embargo, por un hombre grave, y estampada en una de las más acreditadas publicaciones del dia; pero cae por el peso mismo de su exageracion. Más natural es que esto suceda en las aldeas, en las provincias ó en las córtes como Lóndres, en donde el obrero no puede digerir el teatro por ser alimento caro, que no en París, en donde el teatro es uno de los domicilios del ciudadano, y que si es cierto que alguna que otra vez, muy rara, un espectador se cree en el mundo de la realidad cuando asiste al teatro, no es lo más oportuno achacar este fenómeno particularmente al público parisiense. Lo que muy probable nos parece, es que nuestro crítico haya tomado por realidad y formalidad las expresiones que por broma haya oido á algun espectador de buen humor.

Una de las cosas esenciales en el drama á los ojos del pueblo, es su duracion. Para que sea bueno un espectáculo, ha de durar, inclusos los entreactos, desde las

seis hasta las doce, á cuya hora por lo general se cierran los teatros por no pagar la multa impuesta. Para esto se necesita que el drama tenga cinco actos. Apenas lee el trabajador en los carteles la fatídica expresion *tres actos*, cuando pasa de largo echando pestes y reniegos, sin respeto alguno á las reglas de Aristóteles. Además de la longura y de las escenas excitantes, uno de los requisitos del drama es que esté exornado con grande aparato y costo.

Nada más peculiar en esto que las representaciones de los dramas militares en el teatro del *Circo Imperial*. El rasgo característico, por supuesto, es un uso pródigo y generoso de la pólvora. Tambien es condicion, que las fuerzas en movimiento sean numerosas y prácticas en el manejo de las armas de fuego, para conseguir lo cual se alquilan dos ó trescientos soldados reales y verdaderos, á franco por cabeza, como especie de refuerzo al número ordinario de los empleados en el teatro.

El talento dramático de los actores es en estos casos supérfluo. Los ejecutantes, á escepcion de dos ó tres héroes y heroinas, son meros accesorios, y entran en la categoría de decoraciones. Uno de los mejores artistas en el *Circo Imperial*, fué á veces un cierto caballo, cuyo talento para mostrarse tranquilo y pacífico en medio de la mayor confusion y estruendo era por todos reconocido y aplaudido. ¿Quién no recuerda las representaciones del mariscal *Maurice de Saxe?* Allí se pasaba revista á toda su carrera militar, desde la primera escaramuza hasta la batalla de Fontenoy. El éxito de este drama fué una cosa admirable, y baste decir que hizo olvidar el de la *Pata de cabra* y el de *Las píldoras del diablo*, otras de las representaciones que atraen al público al imperial circo. Estos espectáculos, llamados *féeries*, son muy del gusto del pueblo francés y tienen algo de la pantomima inglesa, salvo que el argumento es más regular. Famoso entre estos fué *El paraíso perdido*, drama de gran espectáculo, en que se hacia notar el diluvio por su propiedad, y por su impropiedad el uso de espejos y la caja de joyas con que el diablo tentaba á la mujer de Saphet.

Pero el daño de esto consiste en que ahora no hay verdaderamente público que vaya á los teatros á juzgar con discrecion de lo que produce el arte dramático, sino á sentir impresiones lo más físicas posibles, porque va de prisa, y su objeto es pasar la noche entretenido. Los empresarios han comprendido perfectamente este espíritu y carácter de la muchedumbre, y han transformado las tablas en lugares de exhibicion, en bazares orientales, en perspectivas soñadas por la imaginacion árabe más antojadiza y caprichosa, y compiten entre ellos sobre cuál ofrecerá á los ojos curiosos del espectador inquieto más bailarinas, batallones más bellos de ninfas de vaporosos velos, caras más lindas, piés más pequeños y más ajustada proporcion y mezcla de rubias y morenas.

Y esto es inevitable: los mismos descontentadizos censores dan la razon á los empresarios. Dios libre de poner en escena un buen drama: ¿qué pondrán despues que el público se canse? Es, pues, necesario que este público se alimente de bazofia literaria, por miedo de que se le refine el paladar y nos encontremos que no haya qué darle á la boca.

Pensar que esta eterna cuestion del teatro se ha de resolver de acuerdo con el gusto de los censores, es pensar en lo excusado. Al París de hoy, lleno de coliseos, obligado á entretener al público desde el ocaso hasta la media noche, no se puede aplicar ninguna de las teorías sobre la mision del teatro. Ni es escuela de costumbres para el pueblo, ni es campo donde ha de sembrar el génio obras maestras para recojer fama. Es un oficio, una ocupacion lucrativa, una cuestion económica, que como productiva ha tomado grandes proporciones. Todo lo referente á teatros en París se hace en grande escala, como si actores, escritores y músicos se produjesen por máquina al vapor. Y no solo los que escriben, sino los que critican las obras llegan á una cifra considerable.

El autor dramático tiene en el teatro una mina, porque el talento no es inmediatamente retribuido sino satisfaciendo á esa primera necesidad de las córtes civilizadas. Piezas nuevas son tan necesarias en una capital, como los manjares en una fonda, como las botas en una zapatería. Si no valen por la calidad, valgan por la cantidad. El gran negocio es producir dramas y comedias en abundancia, valiéndose si es preciso de la asociacion para aumentar la fuerza productora. Dos pueden más que uno, y esto explica uniones tan constantes como la de Michel Carré y Jules Barbier. Las obras caen y se levantan por la razon que menos pudiera imaginarse un crítico sesudo. Muchas veces los defectos las sacan en triunfo, otras un *tour de force* del maquinista, y con todo eso hay nombres famosos como Augier, Dumas, Feuillet, Dumanoir, Sardon, Barrière y otros, porque apenas puede resistir á la tentacion de escribir para el teatro quien sabe en París tener la pluma entre los dedos.

Y si de estos pasamos á los actores, verémos la misma abundancia en número y la misma pobreza en calidad. Un escritor francés muy competente en materia de literatura y arte dramático, decia no há mucho, que en Francia no se contaban más que cinco actores de mérito, capaces de reemplazar á los famosos *Chéri, Lemaître* y *Dorval,* y de estos cinco, cuatro eran reputaciones femeninas: de suerte que si contamos á la Rachel y la Ristori, y consideramos que Chéri y Dorval pertenecian al bello sexo, hallarémos que el arte se salva en Francia en las débiles manos de la mujer.

Y á pesar de esta real pobreza, ¡cuánto aparato! No parece sino que el público

trata de engañarse á sí mismo, buscando por dónde hacer ruidosa una obra destinada al olvido. De poco tiempo á esta parte cada pieza dramática aparece con cierto misterio, precedida de revelaciones, acompañada de anécdotas y seguida de comentarios; ó lo que es lo mismo, cada obra lleva por delante un don Hermógenes y un Serapio que se hacen ecos de su importancia. Segun éstos es la grande obra del siglo por el artificio, rapidez de la accion, objeto moral, conocimiento de la época, verdad de los caractéres, situaciones dramáticas, estilo, lenguaje y sentido comun. ¿Y hay quién se lamenta de la situacion del arte? ¡Oh, críticos! ¡quién os viera ensartados por las agallas! Para vosotros, como decia Pipí, no hay nada bueno; ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro, ni siquiera la *claque* ó el ejército de *romanos* en cuyos brazos se levanta la fama de los ingenios.

—*¡La claque!* ¿qué diablo de ejército es ese?

Como quien no dice nada, es una de las invenciones más propias del génio francés, uno de los requisitos más necesarios en la representacion de una obra dramática. En París existen estos regimientos llamados de *romanos* ó *claqueurs*, palmoteadores, con el fin de *agrupar el entusiasmo*, y sobre dos mil soldados que los componen, dan la guarnicion á todos los teatros bajo la direccion de los jefes correspondientes. En ocasiones importantes, y representacion de obras nuevas, siempre asiste el jefe ó brigadier; pero en otras manda un lugarteniente, que en los teatros pequeños se nomina el *jefe de ataque*. Su obligacion es disciplinar y dirigir los aplausos, reunir las fuerzas y hacer las levas que suelen completarse en los cafés ó tabernas inmediatas, á razon de franco por cabeza. En los teatros del drama las compañías de *romanos* varían desde ciento cincuenta á trescientos hombres en accion, parte pagados por los actores mismos.

Los *romanos*, dice un escritor, son los reyes del mundo dramático. Sin la *claque* dependeria el éxito de la nueva produccion, ó el *debut* de un actor, bien del favor ó la envidia, bien del capricho de los oyentes en momento dado. Por eso el jefe de la *claque* es un gran personaje á los ojos de autores, actores y empresarios. En la lectura de la composicion se halla presente para poner al servicio del poeta su gran ciencia y experiencia de las veleidades del público, y muchas veces hace al autor importantes indicaciones que mejoran ciertos pasajes. Antes de la primera representacion asiste á los ensayos, y en la copia de la comedia que le entregan, va señalando los pasajes y situaciones en que á su juicio ha de operar su ejército, distribuido indistintamente por el patio, las galerías y los paraísos, y atento siempre á los movimientos de su jefe; el cual, ya estudiada, ya expontáneamente, comienza los aplausos, debiendo la tropa bajo sus órdenes continuarlos y repetirlos más ó menos, segun la actitud del público, pues la *claque* no todas veces toma la iniciativa

y dirige los aplausos, sino que frecuentemente continúa los que ha comenzado el auditorio. El jefe es hombre independiente del empresario, aunque en los primeros teatros forma parte del personal y se le considera como un empleado, y deriva su mayor provecho de las dádivas de los actores; así es que los artistas faltos de medios alcanzan su reputacion lentamente y por sus pasos contados, mientras que los ricos, aunque no sean grandes génios, cobran gran favor sostenidos por los *romanos*.

El jefe de *claque* es tambien hombre de posicion, y á veces más rico que autor, actor ó empresario. Á él acuden los poetas cuando se hallan en apuros, y él les saca de ellos bajo la fianza de su expectativa en futuros provechos. Asimismo suele contratar con el empresario el lleno del teatro, y hacer revender las localidades por su tropa á las puertas casi por el doble de su precio; por donde se ve que tal hombre no debe ser rana, ni á tal posicion se puede llegar de un golpe.

Finalmente, además de esta regular guarnicion de soldados mercenarios, se conocen *semi-claqueurs*, llamados *solitarios*. Éstos no forman en la compañía, ni reciben paga, ni son máquinas que han de seguir los movimientos del jefe. Por el contrario, son hombres á parte, de cierta educacion y gusto literario, y que se obligan á ayudar á la *claque* á condicion de que se les dé la localidad por la mitad del precio.

Este gremio profesional de palmoteadores es ya tan necesario y aun conveniente en los teatros, que seria imposible que existiesen sin ellos. Hace algunos años se le ocurrió á un empresario el suprimir la *claque*, y resultó que en vez de un grupo disciplinado que expresaba con cierto órden la opinion general del público, se crearon gran número de *claques* opuestas, instigadas por influjos é intereses particulares. Viéndose los actores privados de sus patronos legítimos, tomaron la justicia por su mano y establecieron facciones en su propio provecho y beneficio, introduciéndose una anarquía intolerable que vino á restablecer el imperio inevitable de los *romanos*. Un teatro silencioso es una pesada carga sobre los hombros de un artista, y tanto se hace sentir la necesidad del aplauso, que las actrices del teatro francés en Lóndres, en donde no está satisfecha, han convenido entre sí muchas veces en arrojarse coronas y ramos de flores desde los palcos. Cuando se aplaude de *bon-coeur*, por una bien formada y bien distribuida *claque*, se forman corrientes eléctricas en el coliseo, se anima á los actores, entra en calor el público y se fomentan no pocos intereses.

Las noches de estreno de obras en los teatros de París, son verdaderos acontecimientos. Todas las localidades están de antemano distribuidas por empresario, autor y actores entre sus amigos y camaradas de profesion. No hallarse tal noche en el teatro es la mayor de las calamidades para un hombre público, para una

dama de gran tono, para un poeta ó maestro. El estreno de una pieza es el *rendez-vous* del orbe escogido de París, ya por el talento, ya por la riqueza, los honores ó la hermosura. Hay gentes para quienes el teatro no tiene de otra suerte ningun atractivo, y que no pueden asistir sin la excitacion que reina en el público, los cálculos que tienen lugar, las predicciones que se aventuran, y la curiosidad de ver el aparato, los trajes y los cómicos en nuevos caractéres.

—La pieza es excelente, dice uno: yo auguro un verdadero *succés d'argent.*

—No tanto, responde otro, logrará un *succés d'estime.*

—¿Quién es aquel jóven que está allí como abismado en una luneta de primera fila?

—Cabalmente es un autor de comedias. Tiene presentada una en este mismo teatro. Ha sido leida y aprobada por el empresario: su representacion depende del mal éxito de la nueva produccion.

—De modo que con la más santa intencion del mundo desearia que cayese á silbidos en la primera noche. ¡Oh, batalla de intereses!

—¿Y aquellas damas que tanto cuchichean en el palco de tornavoz?

—Son actrices, y hablan de cómo aparecerá vestida la heroina. El traje es el gran mérito que la produccion tendrá para su gusto. Observad aquella linda jóven como de veinte y cinco años, que parece que está despreciando imperios con su desdeñosa y altiva mirada. Es una actriz; pero no una Rachel: escoje papeles secundarios, y paga ella misma por representarlos para satisfacer su vanidad, por el placer de verse en público y atraerse una docena de admiradores.

—¿Y aquel grupo donde se disputa con entusiasmo?

—Está compuesto de críticos, periodistas, revisteros ó folletinistas, ya preparados con la embocadura de su artículo, y dispuestos á hacer eternamente jóvenes á las bellas actrices, y á encontrar más perfecciones en la comedia nueva que pudieron desear Corneille y Racine. ¡Es tan feo corresponder ingratamente á los beneficios!... Hé allí al autor, hombre que parece haber nacido de pié. No tiene gran talento; pero sabe lucir el poco que posee. Sobre todo, es afortunadísimo con el público, que le tolera lo que no sufriria de otros autores. Ved allí al ministro B, el baron C, la princesa Trotinoff, nueva estrella que luce ahora en los salones de París, pero que trae por corazon el mismo Neva congelado. Junto á ella aparece la figura excéntrica y escuálida de Lord Dumbard su satélite. Más allá atisba con sus lentes un inquieto escudriñador, corresponsal de un periódico, que ha de dar noticia con sus pelos y señales de todos los concurrentes. En suma, el teatro contiene la flor y nata del público parisiense.

¿Quién sabe de qué depende el buen éxito de una obra en el teatro? De todo,

podria responderse, menos de su real valor. Cuéntase que Víctor Hugo y Mr. Harel, empresario de la *Porte Saint Martin*, discutian sobre la distribucion de los papeles el dia de la primera representacion de *Marie Tudor*.

El director aconsejaba al poeta cambiar la distribucion: el poeta se negaba á ello.

—Entonces, vuestro drama hará *fiasco*, decia Harel.

—Entonces, vuestro teatro lo hará tambien, respondia el autor.

Ambos acertaron.

Muchas veces depende la silba de una combinacion hostil, independiente de todo interés literario: otras, el mismo empresario teme un gran éxito, y paga una contra-*claque*, y no pocas se silba á una actriz de mérito, por estar escriturada en otro teatro. Verdad es que ahí está la sana crítica para reparar los entuertos á los autores: ahí están *Gautier* y *Janin* y otros muchos *oráculos del lunes*, para salvar la ortodoxia del arte; mas entretanto, el artista podrá morir como el cismático con el entredicho del agua y el fuego.

Mucho habria que decir del mundo comediante y dramático de París, en el cual si no ha habido abundancia de génios de primer órden, se pueden contar excelentes actores, como Ménier, Bouffé, Monrose, Samson, Talbot, Melingue, Got, Arnal, Grassot, Régnier, Ravel, Levassor, Lassagne, Felix, Geoffroy, Brasseur, Leclerc y otros; y entre las actrices, nombres como Déjazet, Brohan, Desirée, Vigne, Favart, Dubois, Fix, Laurent y otros no menos distinguidos. La ambicion de un buen actor es hoy dia la de crear un *rôle:* esto es, mostrar la idiosincracia de su ingenio, á fin de que los autores, conociéndola, puedan poner sus cualidades de relieve. Esta es la division del trabajo en el arte; pero no todo lo pueden todos, y el actor prefiere ser único y solo en un papel á la humillacion de perder su *autonomía* artística en las tablas.

Es muy de notar, que cual si fuera una institucion vergonzante, los edificios llamados teatros, se construian no há mucho en sitios apartados, y con tan mala distribucion interna y mísera apariencia en lo exterior, que la mayor parte de ellos ni aun fachada tenian. En las memorias de Joseph Grimaldi se lee, que en cierta capital de Inglaterra, á cuyo teatro fué á trabajar, estaba este construido en uno de los lugares más sucios, y habia que pasar por verdaderos muladares, teniendo que recojerse las damas el vestido mientras pasaban por angostos y nauseabundos callejones: despues de todo esto, dice, se entraba en un teatro que sorprendia por el lujo. Hasta muy reciente época no se comprendió que el teatro podia ser al mismo tiempo uno de los más bellos adornos de las poblaciones, y en efecto, se observa un movimiento inverso, un deseo de ostentacion de estos templos del arte en los

parajes más públicos, dándoles mayor belleza y comodidad con su aislamiento en plazas públicas. No obstante, aun queda mucho que hacer para llevar á la perfeccion su estructura, é impedir los terribles incendios que á cada paso tienen lugar, pues hay teatro que ha sido hecho cenizas más de media docena de veces.

El tono moral de esta escuela de costumbres, en cuanto los sentidos son capaces de juzgar, se dice que está mucho más alto que en la época de su mayor esplendor.

«Dias pasados, leemos en un periódico, asistia á la representacion del *Tartuffe* en el teatro francés, y en varias ocasiones, ví á la concurrencia como escandalizada de ciertas demasías y libertades de lenguaje, intolerables hoy en una sociedad culta. Cierto que los hombres, cual sucede en semejantes casos, reian de veras, pero las damas parecian no estar muy complacidas. El hecho es, que nos hemos vuelto *muy pulcros* y honestos en palabras, aunque no seamos en obras más virtuosos que nuestros abuelos. Si Molière escribiera hoy para el público, tendria que dar tajos y reveses á muchos pasajes de sus comedias.»

Cierto, hemos adelantado en menudencias, en exterioridad, en afinamiento de detalles, en una palabra, en la ciencia de la hipocresía. Hoy no se tolera por la censura oficial ni la vulgar un pasaje disonante; pero, ¿qué importa, si en cambio está el daño en el todo, en el argumento y no en la parte ni en la frase? Con frases limpias se envuelve un argumento sucio, y con pulcros períodos una moral detestable. Y esto sucede no solo en el arte dramático, sino en la novela. Hay quien se escandaliza hoy de ciertas expresiones y pasajes del Quijote, y se echa á pechos sin murmullo cualquier novela del dia, aunque entre la moral de ambos autores hay más diferencia que de un grano de arena á una montaña.

Ya que tan buena parte acabamos de consagrar al teatro *literario*, no debemos olvidar el filarmónico, sino entrarnos tambien por el vastísimo mundo musical, en donde no hay menores curiosidades, tipos, bellezas, costumbres y caractéres. El drama es antiguo; la ópera es moderna. El siglo de oro del primero há tiempo que pasó: el siglo de oro de la segunda está pasando. Hay infinitos que no pueden representar ni mal ni bien; pero hay muy pocos que no puedan cantar mal y aun hablar peor del arte de la música. En pocas reuniones se representa; pero en todas *on fait de la musique*. Por lo que hace al personal de autores, actores y músicos ó instrumentistas, son materia más fecunda de anécdotas, por ser la música, entre todas las artes, la que engendra pasiones más extrañas y monomanías más caracterizadas.

«Ni barbero mudo, ni cantor sesudo,» dice el refran antiguo español. Hay en todos los temperamentos apasionados de la música algo de excéntrico, de extrava-

gante que no está muy léjos de lo que llamamos monomanía, y no solo ocasiona manías á los divinos, sino á los profanos, pues por ser un arte más espiritual é incomprensible, hay mayor campo para hablar de él sin entenderlo.

El espectáculo llamado *ópera* es uno de los más brillantes, nobles, delicados y propios de la cultura y adelanto de nuestra época. En toda capital se muestra una preferencia marcada hácia las representaciones filarmónicas, desde que la música se ha convertido en uno de los principales adornos de la buena educacion.

Una ópera buena y bien ejecutada por cantantes de primer órden, es un regalo de los dioses del Olimpo. Nada hay más encantador y misterioso que la voz humana desplegando toda su mágia con la ayuda del génio.

Verdaderamente entre todos los goces con que brinda la córte de París, pocos hay comparables al que ofrece el teatro italiano de la sala de *Ventadour*, y no porque solamente en París se reunan los buenos actores y los mejores músicos. Éstos recorren la Europa y van á todas partes donde se les ofrece un buen ajuste, y por otra parte, los franceses, aunque tengan su música nacional, no es la nacion que más maravillas ha producido en el arte; pero en esto, como en otras muchas cosas, la córte parisiense es la que da el tono y el diploma de la fama. Los cantantes van á Italia en busca de métodos y de perfeccion en el canto; pero van tambien á París en busca de reputacion. El haber cantado en la *Scala de Milan* es como un título profesional *ad honorem;* el haber cantado en el teatro de París es un título europeo *ad lucrum.* Consiste esto, en que el auditorio de la ópera en París es más escogido, más inteligente, compuesto de personas de diferentes países, y forma como una especie de tribunal del gran conservatorio de música europeo. Esto no quita que alguna vez se equivoque el gran Sanedrin filarmónico. En París han sido silbados grandes cantantes y famosas óperas: en París fué silbado *El barbero de Sevilla* en su primera representacion, que es cuanto hay que contemplar en materia de observaciones.

Es más; si prestamos oido á una de las autoridades más respetables en materia de música, poco lisonjero es el estado del público, el cual supone que va al teatro, no por amor al arte, sino por no tener otra cosa que hacer. Ni en París ni en las provincias, dice, hay bastante entusiasmo por la música para desafiar el calor, la lluvia, la nieve, retardar ó apresurar algunos minutos la hora de comer por el solo y único objeto de escucharla. Nadie va á la ópera ni al concierto, á menos que vaya cómodamente, sin gastar mucho y cuando está completamente aburrido. Entre mil personas no se hallará una que consienta en ir á oir á un actor eminente, ó una obra maestra si sabe que no habrá concurrencia y estará el salon oscuro. Se va á *ver* la ópera, si es nueva y si está ejecutada por la *diva*

ó el tenor en boga, y se pagan sumas exorbitantes por un palco, si el director ó los autores echan aquella noche el dado que ha de decidir de su suerte y porvenir. Entonces el interés es incalculable: nadie se cura de juzgar la nueva obra, de buscar sus bellezas y de disfrutarlas; lo que se quiere saber es si caerá ó no, y cada cual se agita por tomar noblemente el partido del más fuerte, para acorralar al vencido si la obra es condenada, ó para llevar al autor en triunfo si logra éxito; sin haber, por supuesto, entendido pizca de ella. Entonces, que haga calor ó frio, que nieve, que ventee, que cueste cien reales ó cien duros la localidad, es preciso asistir y presenciar esa batalla, que muchas veces se convierte en una ejecucion.

Tal es el concepto que á un hombre entendido le merece el público filarmónico de París; pero si esto sucede en la capital de Francia, ¿qué no será en otros países, excepto en la pensadora y grave Alemania, donde se nace con un sentido más, llamado sentido músico? Al cabo, en París se han visto en el estreno de una ópera á Rossini, á Meyerbeer, Auber, Berlioz, Gounod y otros varios maestros ocupando su puesto y siendo como el norte y guia del auditorio; y ya no se toleran aquellas divinidades dispensadoras de fama, á quienes los artistas más acabados habian de llevar sus ofrendas, especies de insectos de publicidad que se pegan á las personas de reputacion para comer con ellas.

El famoso De Quincey, á quien hay que dar crédito en cuanto á teoría de sensasiones agradables, pues confiesa haber sido comedor de ópio por el espacio de doce años, dice lo siguiente en sus preciosas confesiones: «En aquellos dias, Grassini cantaba en la ópera, y su voz era para mí la más deleitosa que habia llegado á mi oido. Por una cantidad módica era uno admitido en la galería; la orquesta era escogida y grandiosa; los coros encantaban, y cuando Grassini aparecia y hacia brotar en dulces sones su alma apasionada, me preguntaba yo si algun turco de los que han entrado en el paraíso del ópio podia experimentar la mitad del placer que yo sentia. Cierto que es honrar mucho á los bárbaros, suponiéndoles capaces de comprender placeres intelectuales propios de hombres civilizados; porque *la música es un placer intelectual ó sensual*, segun el temperamento del que la oye. El error de la mayor parte de las gentes es suponer que comunican con la música por medio del oido. No hay tal: el placer es efecto de la reaccion del espíritu sobre lo que hiere el oido: esto es, que la materia por el oido entra; pero del entendimiento viene la forma, y él es el que de la materia bruta del sonido orgánico elabora un placer intelectual.—Pero, dice uno, para mí una sucesion de sonidos musicales es exactamente lo mismo que una coleccion de caractéres arábigos; no puedo asociar á ellos ninguna idea.—¡Ideas, buen hombre! no hay necesidad: toda clase de ideas de las que pueden entrar en accion al oir la música,

tienen un lenguaje representativo en los sentimientos. Baste decir, que un coro ó pasaje de elaborada armonía, representaba á mi vista como en un gran lienzo el todo de mi vida pasada, no como evocada por la memoria, sino como presente y encarnada en la música, libre de dolores, purgada de detalles, de incidentes, y en cambio espiritualizadas, excitadas y sublimadas sus pasiones. Y todo esto por una cantidad insignificante.»

Hay algunos que, definiendo la música por el arte de conmover á personas inteligentes dotadas de organizacion especial, quisieran hacerla patrimonio de unos pocos y reservar el conocimiento de las obras sublimes al corto número de los escogidos. La razon de esto es atendible, porque el público no se muestra por lo general respetuoso y complacido en la ejecucion de eso que se llama música sublime; por ejemplo, las obras de Mozart y de Beethoven. Estamos seguros que la ópera *don Juan* es siempre recibida con indiferencia, si ya no es con hastío, por la generalidad de los que la oyen por primera vez, así en París como en San Petersburgo, en Madrid como en Nápoles; pero el modo de remediar esto, no es quitarla del repertorio, sino repetirla con frecuencia. Los pueblos se educan y se hacen á todo lo bueno, y no hay razon para que no se acostumbren á la música excelente y exquisita. ¿Qué daño resulta de que las muchedumbres se acostumbren á ver los cuadros de Rafael, las estátuas de Fidias, ó á oir las obras de los grandes maestros alemanes? Sírvanos de ejemplo la Inglaterra, que sin música nacional, sin producir génios de talla en este arte, es el pueblo más bien educado musicalmente, y oye las más admirables y celebradas creaciones con un silencio verdaderamente religioso. Aun pudiéramos decir, que es el país en donde el génio aleman halla su altar, su teatro y su interpretacion más genuina.

Uno de los grandes escollos que el génio encuentra, y que deben ser fuente de penosas sensaciones, es la libertad que hay en el reino musical para enmendar, añadir, quitar, corregir y trastornar el pensamiento y frase de un compositor. La citada ópera de Mozart nos puede servir de ejemplo, pues nunca se ha dado completa en ningun teatro de Europa. En efecto, cuando menos se la quita, se le suprimen cuatro arias, amen de varios pasajes; mas no es esto lo particular, sino el atrevimiento de corregir trozos y amoldar finales en cuyo exceso ó sobriedad se conoce el grado de refinamiento del público, pues claro es que el artista que más amplitud se permita es porque cuenta con un público ignorante á quien se le puede dar gato por liebre. El maestro Berlioz, en su obra intitulada *Les grotesques de la musique*, trae una graciosa anécdota sobre este punto, ocurrida en Lóndres, y que muestra el respeto que allí se tiene á las obras de los grandes génios.

Una admirable cantatriz, la Sontag, de inolvidable memoria, al cantar el final

del trio de las máscaras de *don Juan*, habia inventado una frase que ella ponia por la frase original. Su ejemplo fué imitado, y todas las cantatrices de Europa adoptaron para el papel de *doña Ana* la invencion de Madame Sontag.

Un dia, en un ensayo general, en Lóndres, oyendo el director de orquesta al fin del terceto aquella atrevida sustitucion, hizo cesar el acompañamiento de la orquesta, y dirigiéndose á la *prima donna*, exclamó:

—¿Qué es eso? ¿ha olvidado usted su papel, señora?

—No, señor: yo canto la *version Sontag*.

—¡Ah! muy bien, pero permítame usted decirle, que aquí se trata de la *version Mozart*.

Pero si el público entre ingleses se disciplina y educa libremente, porque la especulacion y la abundancia del capital trae á Lóndres los mejores artistas, oficialmente está más desarrollada la música y cuenta con más estímulos en Francia, donde existen academias de música, desconocidas en Inglaterra, y existe un teatro de ópera cómica nacional, donde se han dado á conocer grandes compositores y actores de no comun mérito, rivalizando su Orfeon con las sociedades corales de la Gran Bretaña.

La estacion ó temporada parisiense no es tan notable como pudiera creerse en este ramo de la música, ni se ve tanto número de conciertos como en su vecina. Sin embargo, no faltan, pues no hay artista alto, mediano, ni ínfimo, soprano ó bajo profundo, flautista ó fagotista que no mire el concierto como uno de los medios de llegar á la fortuna. Curiosa seria una pintura de lo que tiene lugar en estos casos, y de los pasos, diligencias y medios que se ponen en juego por los patronos y *placeurs* de billetes, cuya mordedura escuece, y de la cual no hay modo de escaparse. Cuando una mujer linda, sobre todo, ha sido encargada de colocar billetes de segunda mano, tiene que ver el despotismo bárbaro con que impone contribucion sobre el bolsillo de los jóvenes ó viejos que tienen la dicha de encontrarla.

Hé aquí los acometimientos más frecuentes: «Caballero A, usted es un gran músico, todo el mundo lo sabe: usted ha conocido al profesor de armonía del sobrino de Gretry, ¿no es verdad? y ha vivido usted un mes en Montmorency, tabique en medio de la casa de este grande hombre: hé aquí dos billetes para un concierto delicioso al cual no puede usted dispensarse de asistir: déme usted veinte francos. —¡Ah, querida amiga! el invierno pasado gasté más de mil francos en billetes de protegidos de tu marido; por consiguiente, no te rehusará si le presentas estas cinco lunetas: dame cincuenta francos.—Vamos, caballero C, usted, que es un verdadero artista, es preciso alentar el talento; estoy segura de que se apresurará á oir ese prodigioso niño (ó muchacha, ó madre de familia, ó jóven que es preciso salvar

de las quintas, etc.): hé aquí dos entradas: me debe usted veinte francos, y le doy crédito hasta la tarde.»

Personas hay, dice Berlioz en sus veladas ó noches de la orquesta, que durante los meses de febrero y marzo en que esta epidemia reina en París, se abstienen de frecuentar los salones por no ser desbalijados completamente, y si ya no es esta gabela, tocan con el inconveniente de las cartas de recomendacion para algun banquero, embajador ó general apasionado de la música, cartas que suelen ser de tristes consecuencias para el que las lleva, segun el ejemplo que cita de una cantatriz, que por ser curiosísimo y chistoso, nos permitirá el lector que á la letra traslademos.

«Contáronme en Rusia, el invierno pasado, la historia de una cantadora de canciones y de su marido, que despues de haber visitado sin éxito á Petersburgo y á Moscou, se creyeron sin embargo *bastante recomendables* para rogar á un protector poderoso que les introdujese en la córte del Sultan. Era precioso *faire* Constantinopla (que así se llama dar conciertos en una ciudad). Listz mismo no habia pensado emprender tal viaje. La Rusia habia sido para ellos de hielo, lo cual era un aguijon más para impulsarles á tentar fortuna bajo un cielo cuya clemencia es proverbial, y ver si por acaso serian los turcos los verdaderos filarmónicos. En consecuencia, héte aquí á nuestros esposos bien recomendados, siguiendo como los reyes magos la estrella pérfida que les guiaba á Oriente. Llegan á Pera. Sus cartas de recomendacion producen soberbio efecto, y consiguen entrar en el serrallo. La esposa será admitida á cantar sus romances delante del jefe de la Sublime Puerta, delante del gobernador de los creyentes. Permítese un concierto en el patio oriental; cuatro esclavos negros traen un piano, y el esclavo blanco (el marido) lleva el chal y la música de la cantatriz.

El cándido Sultan, que no sabe lo que le espera, se coloca sobre una pirámide de almohadones, rodeado de sus principales empleados y dignatarios, y teniendo junto á sí al trujaman ó intérprete. Enciéndenle su pipa; lanza nubes de aromático vapor; la artista está en su puesto, y empieza con este romance de Mr. Panseron:

Bien lo sé, me habeis vendido;
Otro tuvo más poder;
Pero por más que me olvides,
Yo te tengo de querer.

—

Sí, yo siempre seré firme,
Sí, yo siempre te amaré;
Y si alguna vez te dejan,
Llámame, yo volveré.

Aquí el Sultan hace una seña al trujaman, y le dice con ese laconismo de la lengua turca de que Molière nos ha dado tan graciosos ejemplos en una de sus comedias: «¡Nasum!» y el intérprete dice:—Caballero, su alteza me ordena haceros saber, que la señora le haria un gran favor con callarse luego luego.—¡Pero, si no hace más que empezar!... eso seria un bochorno.

Durante este diálogo, la asendereada cantatriz, moviendo los ojos, continúa canturiando el romance de Mr. Panseron:

Si su amor te desampara,
Si te abandona el infiel,
Me verás venir volando,
Con solo una voz que des.

Nueva seña del Sultan que, pasando la mano por su barba, desliza por los hombros del trujaman esta palabra: «¡Zieck!» El trujaman dice al marido mientras la mujer sigue cantando el romance de Mr. Panseron:—Caballero, el Sultan me ordena deciros, que si la señora no se calla al instante, la va á hacer arrojar al Bósforo.

Esta vez, el azorado esposo no vacila: pone la mano sobre la boca de su mujer, é interrumpe bruscamente el tierno estribillo:

Llámame, yo volveré,
Llámame, yo...

Profundo silencio, interrumpido solamente por el ruido de las gotas de sudor que caen de la frente del marido sobre el piano humillado.

El Sultan permanece inmóvil. Nuestros dos artistas no se atreven á retirarse, cuando este nuevo vocablo, «¡Boulack!» sale de sus labios entre una bocanada de humo de tabaco.

El intérprete:

—Caballero, su alteza me ordena deciros, que desea veros bailar.

—¡Bailar!... ¡yo!

—Usted mismo.

—¡Pero si yo no soy bailarin; ni siquiera soy artista!... no hago más que acompañar á mi mujer en sus viajes, llevarle el chal, el manguito, los papeles de música, y nada más; verdaderamente que no podria...

—¡Zieck! ¡Boulack! repite impaciente el Sultan, con un gesto avinagrado y amenazador.

El intérprete, apresuradamente:

—Caballero, su alteza me ordena deciros, que si no bailais inmediatamente, os va á arrojar en el Bósforo.

No habia remedio, y hé aquí al pobre marido dando piruetas y cabriolas con el

peor garbo del mundo, hasta que el Sultan, manoseando otra vez su barba, grita con voz terrible:

—«¡Daisum be boulack! ¡Zieck!»

El intérprete:

—Basta, caballero: su alteza me ordena deciros, que os retireis con la señora y emprendais mañana vuestro viaje, y que si otra vez apareceis en Constantinopla, os hará echar á los dos en el Bósforo.

Sultan sublime, crítico admirable, que tan buen ejemplo nos das: ¿porqué no habrá un Bósforo en París?»

La música, dice Cervantes, compone los ánimos descompuestos, y sin duda se ha creido que muy descompuesta anda el ánima de la sociedad moderna, cuando tantos conspiran á componerla y no hay momento del dia ni de la noche en que el oido no esté embargado en una ciudad populosa por los miles de artistas ambulantes que recorren uno y otro mundo. La música hoy es ingrediente y complemento necesario de todos los actos sérios y alegres en una poblacion civilizada. En los cafés, en las calles, en las fondas, en los paseos, en los vapores, en los caminos de hierro, en todas partes persigue al ciudadano el moderno Orfeo, contrario en sus virtudes al antiguo, pues si éste con sus acentos amansaba las fieras, aquel es capaz de enfurecer á la misma mansedumbre.

En París se comenzó á popularizar la buena música no há mucho tiempo por medio de los conciertos llamados *Musard*, equivalentes en categoría á los conciertos populares que á su imitacion han introducido los ingleses, con la diferencia de que el local y el carácter del parisiense no revelan tener solo por objeto la séria contemplacion de las obras maestras. En Lóndres predominan los cuartetos de Haydn, Mozart, Beethoven y Mendelsohn, mientras que en París las polkas, rigodones y valses llevan la preferencia. En los parisienses se habla y se pasea mientras ejecuta la orquesta las mejores composiciones; en los londinos, todos ocupan un asiento y no se oye ni aun respirar. No es esto decir que el público británico pueda comprender esa música divina que un *virtuoso* queria reservar solo para los privilegiados; pero el hecho es, que el extranjero que en París desea oir la música selecta, no tiene la coyuntura y oportunidad que debia proporcionar una córte tan ilustrada, ni se aparenta el respeto que en otros auditorios se tiene á la música de los génios de primer órden. Con ser por lo general escogido el público que en París asiste á la ópera italiana, se ve, no obstante, llegar gran número de espectadores una hora despues de comenzado por ejemplo el *don Juan*, y comenzar á salirse á la entrada de la estátua del comendador, porque ya no hay cavatinas que oir, y porque el tenor ha cantado ya su parte. Ahora bien, dejar de escuchar

la final escena de esta ópera es para cualquier inteligente la prueba más segura de ignorancia y de incapacidad de gustar de las bellezas del arte. Este es un pecado que merecia una expiacion semejante á la que tuvo el pobre menestral de París, que asistió en esqueleto á la escena del *Freyschutz* del cual habia silbado en vida el aire de *Agatha* del segundo acto. Nuestros lectores saben, que apenas hay obra famosa á que no se asocie una anécdota, y en las musicales abundan quizás más que en otra esfera. ¿Quién no ha oido la del ataud de Meyerbeer, la que dió el título de *Mutta di Portici*, la del *requiem* de Mozart, y las innumerables que se cuentan de Rossini?

Esta del esqueleto no es menos curiosa y auténtica, y pinta el ódio fanático de un *amateur* contra el pobre menestral que silbó la composicion de Weber, representada en París, en el *Odeon*, en 1822, con el nombre de *Robin des bois*. Se reduce á nada menos que hacerle *debutar* en la escena infernal entre las apariciones, con una tea encendida en la mano, en la misma ópera de cuya música fué enemigo en vida. Nosotros la referiríamos de buena gana, si no fuese alargándose demasiado este artículo, y no reservásemos su conclusion para dar una noticia de algunos términos ó expresiones más notables de la germanía ó gerigonza de la *claque*, pues siendo costumbre que ha de introducirse al cabo en todas las naciones, bueno es estar de antemano en autos de sus particulares misterios. Por ejemplo, nadie podrá imaginarse, que el silbido, que ha quitado la vida á muchos artistas, es uno de los medios de que se vale algunas veces la *claque* amistosa, de los parientes, amantes, editores y maridos. Un marido, se dice que fué el inventor del *silbido de éxito*, del silbido de alta presion, que se emplea de la manera y en los casos siguientes. Si el público, familiarizado ya con la habilidad de una actriz que todos los dias se presenta en escena, parece ir cayendo en esa indiferencia que conduce á la saciedad, se coloca en el teatro á un hombre vulgar, oscuro, pero decidido. En el momento preciso en que la actriz acaba de dar una prueba manifiesta de su talento, y cuando la *claque* artista trabaja más unida en el centro del patio, un ruido agudo é insultante parte de un oscuro rincon. La concurrencia entera se levanta entonces llena de indignacion, y en revancha, los aplausos vengadores estallan de una manera frenética. ¡Qué infamia! gritan todos, ¡qué camarilla tan vil! ¡Brava! ¡bravísima! ¡encantadora!

Entre los *romanos* se dice irónicamente, *alegrar* á alguno, por silbarlo. Es decir, el desgraciado artista á quien silban no experimenta alegría; pero sí su rival en la parte ó empleo que él desempeña, y muchos otros que para sus adentros rien del accidente: de modo que en resúmen, cuando hay alguno silbado, siempre hay alguno alegre.

Hacer una entrada, significa aplaudir á un actor en el momento en que entra en la escena y antes de que haya desplegado los lábios.

Poner á cubierto á un cantante, es aplaudirle y aclamarle violentamente en el instante mismo en que va á lanzar lo que llamamos un *pollo*, ó va á dar un traspiés, á fin de que la nota falsa se tape con el ruido de las palmadas y las voces y no la oiga el público.

Hacer una salida, quiere decir colmar de aplausos y de *bravos* á un actor, cuando desaparece entre bastidores.

Causar agrado, es ser aplaudido por la *claque* y por el público.

Calentar un horno, por contraste de dar estocada en el agua, ó enfriar la nieve, es aplaudir inútilmente á un artista cuyo talento no logra interesar al público.

Remolque, en lengua *romana* equivale á dificultad, fatiga, trabajo. Es costumbre de la *claque* decir: «Buena obra, pero será menester remolque para hacerla andar:» lo que significa que á pesar de su mérito, la obra aburre, y que necesitará de todos los esfuerzos de la *claque* para representar al profano un simulacro de éxito.

Tener miramientos hácia un artista, es aplaudirle con moderacion, aun cuando no haya regalado billetes: es animarlo *amistosamente* y con la *vista:* palabras que quieren decir: *gratis*.

Espumar de fondo, ó *hacer espuma espesa*, es aplaudir con frenesí, con las manos, los piés, la voz y las palabras. Durante los entreactos se debe entonces encomiar la obra ó el artista en los corredores, en los pasadizos, patios, escaleras, y en el café, en el paseo, en todas partes, diciendo: «Es una obra maestra, un talento inimitable, único: una voz inaudita; nunca se vió prodigio semejante.» Dícese tambien que hay un profesor bien conocido á quien hacen venir del extranjero los empresarios de ópera de París, para hacer la *espuma espesa* á las grandes obras, alumbrando *magistralmente* los pasadizos.

Conducir una obra, es dirigir las operaciones del ejército *romano* durante su representacion.

Hacer echar el guante, es aplaudir estemporáneamente una cosa ó artista que carecen de mérito, lo cual provoca la cólera del público. Sucede á veces, que una cantatriz mediana, pero influyente en el ánimo del director, canta de una manera deplorable, y el *emperador*, en el centro del patio, con aire mohino y abatido y la cabeza baja indica á sus soldados que han de guardar silencio y abandonarse á sus tristes pensamientos. Pero la *donna* no está conforme con esta prudente reserva. Entra en bastidores indignada, y se queja al director de la inercia ó la traicion del jefe de la *claque*. El director ordena entonces que el ejército *romano* trabaje vigorosamente en el siguiente acto. El *César* se ve obligado á obedecer contra su gusto.

Comienza el segundo acto; la *donna* canta peor que nunca; trescientos pares de manos la aplauden, y el público furioso responde á esta música de palmas con un contrapunto de silbidos de una agudeza increible. La *donna* lo ha querido, y le han *echado el guante.*

Además de esta tecnología hay una especie de simbolismo ó telegrafía compuesta de movimientos ó sonidos.

«¡Brrrrrr!» es un ruido que hace el *emperador* para indicar á sus lugartenientes en ciertos movimientos de sus tropas que es preciso una rapidez extraordinarta en las palmadas y en el zapateo. El movimiento de derecha á izquierda y de izquierda á derecha de la *cabeza imperial* iluminada por la sonrisa, indica que es preciso reir á media vela, ó medio trapo. Si deja las manos en alto más tiempo que de costumbre, quiere decir que la risa ha de prolongarse y terminar en una salva de aplausos. La voz «¡Hum!» pronunciada de cierta manera, engendra la emocion en los soldados del *César,* los cuáles deben aparentar un aire triste, enternecido, y dejar escapar de vez en cuando un murmullo de aprobacion.

Tales son las expresiones consagradas por el uso en los teatros de París, de cuya autenticidad respondemos por seguir en este punto las huellas de una autoridad irrecusable.

Supuesta esta costumbre, se comprenderá el aspecto notabilísimo de los teatros de París, en las frecuentes ocasiones en que el César, imitando á los antiguos, concede al pueblo espectáculos gratuitos. Entonces no hay pasiones, intrigas ni banderías del patio ni de los bastidores, ni el gran *Augusto* ocupa el centro del *parterre,* ni un extraño á estas cábalas se asombra del modo de ver del jurado público. Entonces el instinto y el sentido comun dirigen la opinion, y aciertan más que yerran en sus juicios.

Las representaciones *gratis* son los festejos que más aprecia el pueblo francés, tan apasionado por el teatro; y así son frecuentísimas en París, y figuran en la lista de regocijos públicos para solemnizar cualquier fausto suceso, desde que en 1660 abrió el cardenal Mazarino al pueblo las puertas del *Hôtel de Bourgogne.* En esos dias, es de notar cómo el pueblo francés se abandona al júbilo, y da de mano á su trabajo desde las primeras horas de la tarde, si es que no se ha dado á la huelga todo el dia, no considerando que lo que pierde de jornal bastaria y aun sobraria para pagar la entrada y el asiento. Pero la idea de que el placer de los placeres se reparte por el soberano *gratis et amore,* y que se puede gozar por nada lo que cuesta diez ó doce francos á las gentes del gran tono, es lo que saca de quicio á la muchedumbre; la cual, fija en este pensamiento, abandona aquel dia los teatros de segundo, tercero y cuarto órden, los lugares en que de ordina-

rio rie locamente, y acude á las puertas de los principales coliseos, mostrando al mismo tiempo ser gentes de criterio y de buen gusto. Que pase cualquiera en tales ocasiones por las puertas del teatro *des Folíes dramatiques*, y aun del de *Varietés*, y oirá á una verdulera muy puesta de papalina diciendo á otra. «¡Bah! ¿te espantas de verme aquí? ¡Qué diablos! si no se puede penetrar en la *Opera* ni en el *Teatro francés*. Siempre que podemos, mi chica va á oir la música y yo la tragedia, porque aquí no se oyen más que paparruchas. En fin, lo mismo da; una vez que nos encontramos aquí, reirémos como todos y pasarémos el tiempo.»

En el gran teatro francés, lleno siempre de escogido auditorio, es donde aquel dia cambia más por completo la decoracion. Por de contado, que las colas ordinarias, son en tales ocasiones archi-colas de una duracion tamaña como su largueza. Casi desde el centro de la calle de Richelieu se divisa el abigarrado público que despues se verá apiñado como sardinas en banasta. Su agitacion constante, revela la excitacion de sus ánimos y el contento de su espíritu. Abrense las puertas, y como raudal contenido por un dique se precipita con una presion tan formidable, que en un momento llena todos los espacios. Los palcos principales y plateas, donde diariamente lucen las bellas sus galas y sus encantos; las lunetas donde los elegantes establecian su cuartel, se ven cuajadas de fruteras, carboneros, zuavos, lavanderas, pilluelos, traperos y vendedoras, fuera de sí de puro gozo y luciendo sus vestidos de acristianar. En tanto que el telon se alza, el local parece un infierno. Todos hablan, todos rien, y hay quien desde los asientos de orquesta tiene entablado un diálogo con el último espectador del paraíso. Pero, ¡cosa admirable! levantado el telon, y comenzada la tragedia, aquel tumulto se apacigua repentinamente, como por encanto: un silencio sepulcral reina en el recinto: podria decirse que el público era una reunion de estátuas con la boca abierta; y tal es lo sagrado de su derecho, que el menor ruido se castiga con la expulsion del que lo ha promovido. Allí no hay entrar á lo mejor de una escena, dando portazos y atronando con los tacones, ni diálogos á *mezza voce*, ni el contínuo girar de las cabezas á un lado y á otro para escudriñar la compostura del prójimo. Nada es capaz de distraer al pueblo la atencion, así como nada es capaz de hacerle corromper el juicio. Tomado cada individuo aparte, quizás y aun sin quizás sea incompetente para juzgar bien ni mal de la obra; pero es cosa admirable ver cómo muchos hombres reunidos, libres de influjos y de pasiones, extraños á cábalas y á camarillas, se encuentran de improviso dotados de delicadeza, de gusto y firmeza de sentimiento, de tal manera, que no hay pasaje digno de aplauso, ni esfuerzo digno de nota de parte de un actor, que pase desapercibido á aquella masa atenta, y crítico que se desparrama y extiende su virtud visiva en mil ojos. Lo mismo que en el teatro, sucede en

todas las cosas en que interviene un gran número de jueces imparciales y sin preocupaciones, y el fallo resultante rara vez deja de ser equitativo.

A la conclusion del espectáculo, bien disfrutado por la muchedumbre, bien llorado, reido y aplaudido, el tumulto se renueva y renace la agitacion, si bien no es tanta la prisa que se da para abandonar el coliseo, como la que se tomó para invadirlo. El numeroso ejército se mueve, pero lentamente: cada cual aprovecha la más mínima ocasion para detenerse un poco, para echar la última ojeada sobre aquella perspectiva de que estará privado por algun tiempo; mas la lucerna se apaga, y es preciso desalojar lo que ya no tiene atractivo, y pensar en el nuevo que les espera con el recuerdo de los lances y escenas que más les han conmovido. No toda la familia ha podido ir al teatro, y la pobre niñera ó guardiana de los chicuelos es tan ciudadana y tan digna de haber tenido parte en los *Circenses*, como el más pintado. Es preciso, pues, que allí se relate el argumento, y el padre de familia encarga á la hija mayor que cuente las desventuras del héroe, mientras se prepara la escena, lo que da lugar á escenas muy divertidas y á comentarios muy curiosos.

Tememos alargarnos mucho en esta materia, que la daria para varios volúmenes. ¿Quién pudiera contar la vida entre los bastidores, los misterios teatrales, las anécdotas, lances é historias famosas, curiosas y entretenidas que encierran los vastísimos anales del teatro? ¿Cuántos no dependen de esta institucion hoy indispensable en los países civilizados, infierno de la medianía, gloria del mérito, camino de la fortuna, campo en que se ostenta la belleza, paraíso de la mujer, tentacion del génio y embriaguez del amor propio? Hasta nuestra época no se ha llegado al verdadero equilibrio entre la exigencia del público, la importancia de esta escuela de costumbres y el valor del génio. Tiempos hubo en que un Mozart apenas tenia para comer, y en que un buen actor perecia de hambre. Hoy el teatro asegura una subsistencia honrosa, y aun lleva á la opulencia. Cuando se escandalizan algunos de las enormes asignaciones dadas á los cantantes y actores, no paran la atencion en que esas sumas son una reversion parcial de otras mayores conseguidas á los empresarios, solo por la mágia y virtud de su fama, y que el inolvidable Barbaja, padre de los artistas, y el más liberal remunerador de sus talentos hasta su época, se retiró de los teatros de Italia lleno de millones. No obstante, esta cuestion tiene hoy el lugar que la antigua de las armas y las letras, creyendo muchos que hay desproporcion entre la recompensa de los que sirven á su patria y los que la divierten.

Haremos una observacion para finalizar este artículo. ¿En qué consiste que la mujer, capaz de perfeccion en todo, capaz de cultivar todas las artes y ciencias, se ha dado tan poco á conocer en la composicion de obras musicales, cuando

parece que por lo espiritual y por la aptitud para expresar los sentimientos y las pasiones debiera éste ser su arte favorito? Ha habido mujeres notables en medicina, en jurisprudencia, en poesía, en pintura, en escultura; algunas famosas por su habilidad en algunos instrumentos, como lo es hoy dia Mrs. Goddard en el piano, y gran número de ellas admirables por sus facultades vocales, oido y disposicion para interpretar las grandes creaciones de este arte, como las célebres Pasta, Persiani, Sontag, Malibran, Grisi, Jenny-Lind, y otras que seria dilatado nombrar; pero no obstante que la educacion del bello sexo comprende necesariamente en sus elementos el arte musical, y que las ciencias de la armonía y la composicion no son más difíciles que otras materias que dominan, apenas se sabe de una mujer que haya compuesto una ópera, cuando tantas componen dramas, trajedias, comedias, poemas, novelas, memorias y relatos de viajes, á nuestro parecer obras más dificultosas. Nosotros no dudamos de su aptitud para ello, y tal vez veamos en el bello sexo nombres que comparar con los de Gluck, Haydn, Handel, Mozart, Bach, Mendelsohn, Beethoven, Rossini, Bellini y otros brillantes luceros del mundo filarmónico. ¿Quién sabe, si el no haberlo hecho hasta ahora, depende de que los maestros no han querido que profundicen en sus misterios, ó de que la mujer, tímida por naturaleza, se asusta del ruido?

VII.

EL SALTIMBANQUIS.

¡Udite, rustici!...

Algunos años há, por los de 1813, un personaje de grande instruccion y observador penetrante, conocido en el mundo de las letras por el pseudónimo de *el Ermitaño*, decia hablando de París: «No es posible dar un paso en esta córte sin observar ciertas figuras que se ven en ella desde tiempo inmemorial, y que parecen mantenerse por via de sucesion. Esta observacion, que se me ocurre diariamente, me hace sentir que la obra anónima publicada con el título de *Personajes famosos en las calles de París*, no haya salido de manos más hábiles. ¡Cuántos detalles, anécdotas y retratos podrian enriquecerla é ilustrarla. Un manual de este género debiera servir de apéndice al *Cicerone* parisiense, porque paréceme que

tanto debe interesarse la curiosidad por conocer los originales que distinguen á esta capital, como los monumentos que la decoran. De poco tiempo á esta parte París ha sufrido en este punto dos pérdidas irreparables: la primera es la de aquel famoso caballero de Juan, tan conocido por su bravura, sus acreedores, sus locuras y sus deudas. Fiel á las costumbres de los jóvenes del pasado siglo, se le veia diariamente en el *Palais Royal* con pantalon de punto muy ajustado, peinado de herradura, y dispuesto á contar la historia de una hermosa judía de Amsterdam, cuya conversion habia emprendido. El otro personaje que la parca ha robado á nuestra curiosidad era el maestro de todos nuestros maestros de esgrima, el tio Donnadieu. Por espacio de veinte y cinco años habia tenido la costumbre de dar cuatro vueltas en el *boulevard* de la Magdalena, y se le conocia por las oscilaciones de su cabeza, la anchura de su levita, su enorme baston y su antiquísima peluca, más escasa de pelos que su frente.»

Mucho es de sentir tambien, podemos decir á nuestro turno, que este hábil escritor no hubiese suplido las faltas del anónimo, dejándonos una fiel pintura de los personajes de fama pública de su tiempo, entre los cuales nos hubiera hablado por lo menos de aquel célebre Dulcamara francés, pontífice de los charlatanes, del nunca bien ponderado Villais, quien con los simples de agua del Sena y un poco de nitro compuso su renombrado elixir de la inmortalidad, acostumbrando á decir cuando veia pasar un entierro: «Este infeliz fué víctima de su ignorancia: si hubiera bebido de mi agua, venderia salud y desafiaria los siglos.»

¡Cuántos Villais andan desparramados por la tierra en esta época del *puff* y del *canard*, en este siglo de los inventos maravillosos en que un prodigio sorprende á otro prodigio! ¡En esta época de las píldoras Morison y las píldoras Holloway, que curan así reumas como indigestiones, jaquecas como hidropesía, gota, fiebre, ictericia, bronquitis, espasmos, catalepsia, calambres, diarreas, palpitaciones del corazon, desganas y resfriamientos de la espinal dorsal; que así relajan como entonan, que así promueven la sequedad como la humedad, y aumentan y disminuyen el quilo, y todo quizás con un poco de migajas de pan y *aqua distillata!* Pero á muy reciente fecha nos hemos venido de un golpe, cuando el charlatanismo unido al capital y á la decoracion lujosa anda sedentario y establecido, y poseedor de un órgano que le hace oir á la vez en los cinco ámbitos del mundo. Mucho hemos corrido, y nuestro intento es observarle en su período clásico transhumante y callejero, en su época ante-evolutiva ó ante-diluviana, de carácter nómada, en que el héroe con un banco ó carricoche, una trompeta, un saco y cuatro baratijas, iba haciendo conocer á los nécios el gran placer que la humanidad reporta de dejarse engañar por el don misterioso de la elocuencia y de las promesas lisonjeras. ¡Salve,

famosos varones, regocijo de desocupados, anzuelo de las bolsas, iman de los nécios! ¡Así haya un historiador que os pase á la inmortalidad vestidos y calzados para perpétuo entretenimiento de las largas noches de invierno al lado del amoroso fuego!

Parece que en aquellos tiempos no escaseaban los tipos extraordinarios en París; mas sin duda alguna París estaba en mantillas en esto de personajes famosos callejeros hasta la aparicion del renombrado Mengin, primero y único, príncipe y gran señor de la raza de los charlatanes, que habitó en la calle *des Ménétriers*, y más conocido en el mundo de los *touristas* que Lope de Rueda en el de los comediantes.

Sabido es, que no se ha puesto el pié en las calles de París, en cualquiera de sus puntos cardinales y más particularmente en el centro, sin que se ofrezca á la vista un saltimbanquis vendiendo remedios infalibles para los callos, ó para la vista; ó ya pastas y tinturas para quitar manchas, ó ya opiatas para la boca, ú otros elíxires y panaceas en *maravigliosas botiglias* encerrados, juntamente con escamoteadores, prestidigitadores, directores de monos sabios, de perros danzantes, de ratas domesticadas y de otra porcion de habilidades histriónicas y fenómenos asquerosos, con cuyas artes se atraen á las gentes ociosas, forman un cerco, despliegan su charla interminable y viven con el bolsillo de los embobados.

Las clases de estos vivientes sobre el desocupado público, soldados, mujerzuelas y muchachos, son numerosas y antiquísimas. El saltimbanquis escamoteador, ya acompañaba á los trovadores en el siglo XIV con el nombre de juglar, é introducia ese arte de seducir con falsas apariencias que tanto se ha aclimado despues en el trato social. En tiempos de San Luis se les mandaba por ordenanza que á la entrada en París pagasen al cobrador del portazgo con un recitado de un par de canciones ó con un gesto ó gracia del mico ó mono que llevaban, de donde vino el proverbio: *pagar en moneda de mico*.

Gran parte de estos personajes distribuidos por las calles de París, enseñando mil baratijas, tragándose espadas hasta el puño, moviendo cubiletes, mostrando retablos, haciendo ejercicios gimnásticos y diciendo la buena ventura, son gitanos, que en Francia llaman *Bohemiens* y en el lenguaje *argótico* del pueblo bajo son conocidos por el nombre genérico de *Romamichels*. Éstos, que viven, como suele decirse, de la mano á la boca, y que en punto á moral y leyes tienen un código especial, saben enseñar á los hijos que ilegítimamente tienen, ó que compran ó roban, las habilidades adecuadas para que ganen su vida desde la infancia. Para lograr este objeto, sujetan sus delicados miembros de mil maneras, á fin de descoyuntarlos y darles flexibilidad, para que puedan imitar á los animales, y no falta quien les tiña el rostro y embuta el cuerpo en una funda de piel de oso, de tigre ó de mono, para remedar á las fieras.

Pero entre estas clases la más distinguida y característica es la conocida con el nombre de charlatanes ó farsantes, verdadero gremio muy extendido en París en donde parece tener su universidad, segun lo ingeniosos é instruidos que se muestran. El charlatan es un tipo admirable, y no escaso de verdadero talento y *vis cómica*, en la cual se apoya para dar franca salida á sus mercancías: es el anuncio vivo, con todo el *puff* imaginable llevado á la quinta esencia, en el estilo, en el exterior, en los accesorios. Generalmente lleva un traje fantástico y llamativo, una especie de vehículo provisto de un sillon á manera de trono elevado en donde se coloca dominando á la turba de los espectadores. Lleva lienzos con figuras pintadas representando ya los males cuyo específico cura, ya los bienes que produce. Así, por ejemplo, un charlatan que vende polvos de dientes, no dejará de llevar un cuadro en que aparezca una cara de mujer con la boca sumida y el rostro arrugado y avejentado, mostrando por la espalda del lienzo la misma fisonomía restaurada, rozagante, lozana y llena de juventud. Entre estos, recordamos uno que recorria las calles de París, presentando á los oyentes atónitos un lúgubre lienzo en el cual, sobre negrísimo fondo, estaba pintada la muerte. Por una série de premisas y consecuencias, comenzando por decir que la masticacion es el eje de la humanidad, el charlatan llegaba á persuadir al concurso que el descuido de la dentadura terminaba en reducir al hombre á la semejanza de aquella pintura horrenda, pues faltos de la molienda conveniente, los alimentos no tenian buena digestion y causaban desarreglo en la oficina del estómago donde todas las enfermedades se fraguan y tienen su orígen, y de ellas la muerte, por lo cual, y para evitar fin tan desastrado y prematuro, aconsejaba comprasen su preparacion dentrífica, aprobada por supuesto por la Sociedad higiénica, el Instituto de Francia, la Sorbona y la Academia de ciencias físicas y morales; despues de cuya súplica comenzaba á sonar un órgano, pues la música es uno de sus poderosos elementos de éxito, y tras una larga perorata zurcida de embustes dichos con una presencia de ánimo que suspende, la melodía del órgano viene á acabar de adormecer y embobar á los circunstantes, ya medio magnetizados por la gracia, la mirada y la elocuencia de aquella serpiente.

Los que no pueden llevar carroza y órgano, se contentan con una tarima que les sirve de plataforma y púlpito; pero aun estos no descuidan el traje, que ha de ser compuesto de rabiosos colorines. Charlatanes hay que se fian más de sus cualidades *entrainantes*, por estar dotados de gran descoco y fuerza de persuasion, y muchos de éstos pertenecen al bello sexo, que es un buen augurio de fortuna. Por lo demas, ninguno trabaja por su cuenta ni en su solo cabo, ni llegan sus artes solo á influir de alto á bajo sobre el público, sino que es preciso que parte del charlatan se haga público tambien y se encarne en la muchedumbre é influya de

bajo á alto, dando el ejemplo de comprar la mercancía, acto que tiene una virtud contagiosa increible. Esta práctica inocente está muy extendida entre los mercaderes y no es solo artificio de los charlatanes. Es una especie de *claque* de nuevo cuño, cuyos efectos son prodigiosos. Figuraos á la puerta de un gran almacen de modas un caballero bien vestido, que semeja vivir de sus rentas con toda independencia. Está al lado de un grupo que mira al mostruario y parece ser una familia nueva en la poblacion de París. Nuestro hombre entabla un diálogo con un camarada suyo que pasa *por casualidad*.

—¿Qué haces ahí?

—Estoy admirando la *coquetería*, el gusto y el lujo que en todo desplega este establecimiento.

—Cierto que es uno de los mejores de París, y el más equitativo.

—Mi esposa y mis hijas no se surten de otro. No hay quien haga las cosas con más elegancia y más baratura que *Mme. Beline*.

—Esa es mi opinion: en cualquier parte tratarán de dar al marchante gato por liebre y de engañarle con la mayor finura; pero aquí se puede tomar todo con los ojos cerrados.

—No en balde tiene una clientela asombrosa; particularmente de forastería. Hay quien viene desde Nancy á hacer sus compras á Mme. Beline.

—¡Es posible!

—¡Toma! justamente aquí tengo... (saca la cartera). Todas estas cartas son encargos de varios puntos para hacer compras. ¿Ves aquel sombrero de señora con las cintas de color de tórtola? pues justamente ayer he mandado uno igual á unas amigas que viven en Bayona, y ha causado furor.

—¡Hombre! si apenas hay tiempo...

—Lo sé por un telégrama.

En esto la incauta familia, que ha escuchado la conversacion y la cree espontánea, *entra en calor* y penetra en el establecimiento. Los dialogantes dan una vuelta, cambian de traje ó se mudan las patillas, y vuelven á hacerse los encontradizos y á repetir delante de los mirones este ó semejante diálogo. ¡Quién lo creyera! los tales están pagados por el dueño para *difundir entusiasmo*.

En otras partes hay quien paga un coche elegante, y pone á dos lacayos vestidos á la puerta de su establecimiento, como para demostrar al público que dentro está haciendo sus compras una gran señora, y son tales las artes y las apariencias que se ponen en juego por la sed de oro ladina, que el referirlas por menudo seria tarea larga.

Entre los charlatanes no podia estar en olvido una práctica tan eficaz: así es,

que en la rueda de las gentes hay tres ó cuatro ó seis personas convenientemente distribuidas y de diferentes pelajes y cataduras, las cuales están representando su papel, haciéndose todas oidos, riendo con las gracias del charlatan como unos angélicos, y son las primeras que rompen las filas y se abalanzan para comprar las baratijas, fingiendo altercados si es necesario para mostrar su entusiasmo y su impaciencia.

En cierto tiempo paseaba las calles de París y principalmente la localidad conocida por *boulevard Sebastopol*, una charlatana, de no mal talle y de buen parecer, que guiaba desde su trono respaldado por un órgano un faeton viejo y medio desquiciado; pero muy lleno de oropel y guarnecido por muchas partes de colmillos y raigones. Vendia cajas de polvo para la dentadura, que es composicion de poca costa y la puede hacer cualquiera sin ser un César Birotteau, fiado en la bondad y paciencia de los dientes.

—Que se acaban, decia, mientras el órgano, movido por un zagalon de blusa, tocaba el *clair de lune*: hé aquí el momento, la sazon, la coyuntura. Venid á ver; el ver no cuesta nada, y puedo asegurarles *en confianza*, pues yo no descubro mi secreto sino á ciertas personas, que si lo experimentais, os han de sorprender sus milagrosos efectos, y habeis de sentir la pérdida de esta oportunidad. Si quereis dientes blancos como los mios, continuaba abriendo los labios y enseñando la taimada dos hileras de orientales perlas que mostraba á izquierda y á derecha, no hay cosa como el uso de mis polvos.

Dicho esto, un caballero, en la apariencia, que estaba retirado y de los últimos del ruedo, se abrió camino, y llegando cerca del faeton, mostró deseos de comprar la maravilla. La dama le hizo subir, le sentó á su lado, abrió una caja, mojó uno de sus dedos en agua para adherirse los polvos, y hecho esto y abiertos los labios del marchante, comenzó la operacion de restregarle con acompañamiento de música y repitiendo:

—¡Y todo por dos sueldos! Venid á ver... ¡que se acaban!

¿Cuántos simples no cayeron tras de aquel grotesco simulacro?

Hay charlatanes que mezclan en sus arengas el absurdo como la nota dominante, y se hartan de zurcirlo con afirmaciones que provocan la hilaridad de los oyentes. Uno que vendia cigarros y cajas de fósforos, ó mejor dicho, los ofrecia como ganancia en un juego de azar, tenia por tema contar las aventuras de su abuelo, hermano del baron *Munchausen*, al cual traia á cuento para probar las ventajas y excelencias del tabaco. Cada milagro que referia, descansaba en la autoridad de su abuelo; «pues yo, decia, no puedo responder por mí mismo de su autenticidad; pero lo creo á cierra ojos y lo doy segun lo he recibido por tradicion.»

Una vez asegurado del temple y de las tragaderas de su auditorio, preguntaba:

—¿Alguno de los presentes ha estado en Rusia?

Un silencio general sucedia por respuesta, hasta que uno de sus paniaguados respondia:

—No, ¿qué sucede en Rusia?

—Mi abuelo fué en el ejército de Napoleon, y fué el que le salvó la vida en el paso de los Alpes.

—¡Patraña! grita el mismo: ¿cómo no fué condecorado y os dejó una gran fortuna?

—*Attendez Messieurs; udite, rustici*... lo que digo es un hecho consumado é irrevocable. Mi abuelo fué el sastre que le hizo la casaca, de cuyos faldones estuvo pendiente en aquel mal paso que sabeis. Ahora bien: si la costura no hubiese sido *irreprochable* hasta resistir todo el peso de un Napoleon... ¿eh? ¿he dicho algo? Pero estábamos en Rusia, en el centro de Moscou, hecho una pura llama. Sin embargo, el frio es tan terrible en aquel país, que el fuego se heló: y ¿qué creeis que fué necesario á los rusos para reanimar el fuego? Poner á calentar agua y aplicarle el vapor. Esta es una de las excelencias del humo comun; mas no hay ninguno como el del tabaco, que aclara el entendimiento, promueve la transpiracion de la fantasía, y tiene sobre todo el don de alargar la vida. ¿Cuántos años creeis que vivió mi abuelo? Pues sabed que pudiera haber vivido ciento cincuenta años, si se permitiera fumar en las calles de Rusia, como soy hombre verídico.

Uno de los tipos del charlatan parisiense es el vendedor de cadenas de reloj, ó *leontinas*. Hace pocos años llamaba en todas partes la atencion uno de estos *saltimbanquis*, subido en una silla pequeña, vestido con un traje extravagante, de acento gascon bien marcado, el cual reunia como por ensalmo á los transeuntes con el siguiente exordio que se hizo muy popular, y damos en su original contextura por no privarle del sabor clásico que tiene:

«Ah, tenez, tenez, tenez,
Bonnes gens étonnées:
Qui vous promenez,
Allongez le nez.
Vous n'en serez pas chagrinés.
Voici des chaines de gilet,
Avec leur crochets
Parfaitement faits.»

Acto contínuo, tomando una entonacion declamatoria, á veces cómica, á veces dramática, proseguia en este monólogo:

«Vamos, que me dice uno: mercader, ¿á cómo vendes tú eso? ¿á cien francos? porque naturalmente, tú las darás como por de oro... Pero, sabed, señores, que

yo no engaño á nadie... ¡No! (con dignidad trágica) esta cadena no es de oro; ni siquiera es de plata. Por eso la doy por un franco. ¡Un franco! ¿es posible? dirá uno. Sí señores, respondo, un franco. ¿Quién se la lleva? ¿A quién la cadena? ¡Un franco!... ¡veinte sueldos!... ¿Nadie? Será que ninguno conoce sus propios intereses... Un franco la cadena: sin duda que grito poco y nadie me oye: ¿nadie? Pues bien, como ya no la puedo guardar, la doy por quince sueldos... ¿qué he dicho? ¡diez sueldos! Para eso hagamos bancarrota: héla aquí por seis sueldos: ¿á quién? ¿nadie? Pero mirad la mano de obra, la calidad, y á que no hay en la ciudad ni en su arrabal otra que tal, ni que le iguale lo que vale su belleza, su fortaleza y delicadeza y esa firmeza en que cada pieza se adereza de linda hechura; ved su finura, criaturas de alma dura; pero yo que soy la misma blandura os la voy á dejar... ¿por seis sueldos? No: ¿por cinco? No: ¿por cuatro? No: ¿por tres? No: ¡por dos sueldos! ¡dos! alargad las manos, que mañana ya será tarde. Y direis; pero, ¿cómo te gobiernas para vender ese género tan barato? ¿Comes pan seco? ¿te mantienes del aire *secundum camaleonem?* No, señores, teniendo yo gran reputacion en la plaza, tengo el honor de informaros que compro mi mercancía al fiado, y la pago... cuando tengo tiempo... Aprovechad la ocasion,

Porque estoy de despedida,
Y esta tarde es mi partida,
Y no hallareis en la vida,
Ocasion más bien venida,
De ofrecer á una querida
Una joya más garrida.

Charlantan hay que abusa de la credulidad del público tan descaradamente, que la vergüenza misma de haber sido engañada hace á cada víctima resignarse, guardar silencio y aun ayudar á que otros caigan en el mismo lazo, por aquello de que mal de muchos, consuelo de tontos. Los charlatanes que tienen esta osadía ganan acaso más que los charlatanes honrados (que los hay tambien, y ya hablarémos de ellos), siendo la razon muy convincente, pues sin exponer capital alguno están solo á lo que pueden coger por su pico. Entre estos era muy notable uno que se hacia anunciar con una trompeta. Era gascon de orígen, y usaba de banco enano para facilitar su salida y no hacerse muy visible. Este tal vendia paquetes de polvos que llevaba en un saco pequeño, única pieza de su oficio. Los polvos que encomiaba tenian las virtudes del ungüento de *Holloway*, curaban los males pasados, presentes y futuros, y aun si se acudia pronto, tenian algo de las virtudes del bálsamo de Fierabrás; pero el uso y destino principal era acreedor á la gratitud del público. Tenian la maravillosa propiedad de exterminar esos insectos tan incómodos cual difíciles de atrapar, esa bestia microscópica á quien Lope de Vega hizo heroina de

un soneto.—Y me direis, prosigue Dulcamara: ¿á cómo se vende esa invencion preciosa? ¡Ah, amigos! si el precio hubiera de estar en razon directa de su virtud y su eficacia, seria muy elevado; pero yo deseo que todos se aprovechen de él y que esté al alcance de todas las fortunas. Cada paquetito con la explicacion de la manera de servirse de ellos, lo vendo no por treinta sueldos, ni por veinte y cinco; lo vendo, no por veinte, ni quince, ni diez, ni siquiera seis. *No los vendo* tampoco, señores; *los doy*, ¡los doy por la friolera de cuatro sueldos! Es preciso no tener cuatro sueldos en el bolsillo para privarse del único medio de asegurarse uno su reposo y tranquilidad.

A esto, dirigidos por dos ó tres paniaguados, muchos de los pobretes caen en la trampa y compran los ensalzados polvos; mas como por lo general no saben leer, ignoran el medio de orientarse del modo de su aplicacion, y se ven obligados á preguntar al saltimbanquis, el cual los refiere á la advertencia impresa, diciéndoles que si no saben leer, busquen personas que se la lean. Esto no satisface al que ha pagado su dinero, que por lo comun insiste en tener una explicacion verbal del mismo vendedor.—Ahora no puedo atender, replica; cuando acabe la venta hablaré sobre eso: me quedan pocos paquetes, y en cuanto los despache, yo diré cómo se hace la cosa.

Los compradores, que no tienen otro recurso, se quedan allí esperando el ansiado momento, y aconsejan á otros hagan lo mismo. Despéjase al cabo el mostrador ambulante, y todos gritan:—Veamos, venga ese maravilloso secreto.

—¡Ah! el secreto, dice el charlatan, remangándose los faldones y doblando los puños: escuchad, buenas gentes, cándidas y simples, la manera de servirse de mis polvos. Es muy sencilla. Tomais al animalito y le poneis entre las rodillas: le apretais la cintura, á fin de que abra el pico, y apenas saque la lengua, se le echan uno ó dos granos, y hételo muerto; se acabó todo para él... y para mí, que me mudo. ¡Buenas noches!

Y diciendo esto, entre la sorpresa y la cólera de los unos y los otros, toma las de Villadiego. Este procedimiento es un chiste harto comun; pero *stultorum infinitus est numerus*, y á los charlatanes les produce todavía un buen porqué.

Por este órden, aunque más original, fué la invencion de un licenciado de ejército, que volviendo con la absoluta para su aldea, se encontró en una poblacion sin recursos de ninguna especie. Salióse de la posada con un cuchillo que halló á la mano, y con gentil apostura iba gritando por las calles: *Yo mato ratas*. Era el pueblo de labradores, y por la abundancia de los graneros que en la ciudad habia, todas las viviendas estaban llenas de estos animalejos; de modo que no habia andado dos calles, cuando se oyó llamar de las puertas de una principal casa,

dando él gracias á Dios de haberse estrenado tan bien en su nuevo oficio. Acudió á donde le llamaban, y habiéndole preguntado si él era el hombre que mataba las ratas, y respondido que sí, le dijeron que entrase, que allí tenia harta labor que hacer. Nuestro licenciado, que otra cosa no deseaba, se entró en la cocina y pidió varios trebejos, y entre otras cosas, que le diesen antes de comer, pues por la faena que previa necesitaba cobrar fuerzas. Trajéronle de comer; regalóse muy bien, y con mucha pausa y en concluyendo los postres, afiló el cuchillo, se remangó las mangas de la chupa que llevaba puesta, puso una mano sobre la mesa, y enarboló con la otra el cuchillo, y esgrimiéndolo con todo el aire marcial de un soldado viejo, exclamó:—*¡Vengan ratas!*—Ay, militar, dijeron los que atentos le miraban; pues ese es el caso, y para eso le habemos hecho entrar, para que las cace, las coja y las mate.

—Poco á poco, replicó el licenciado; yo no he dicho que cojo ratas, sino que las mato. Échenme aquí ratas, y para mis barbas si se escapare una.

Apenas se han dejado de escuchar los murmullos de los engañados por el charlatan insecticida, hé aquí los gritos de otro que posee el gran *desgrasador* universal, el secreto de quitar todas las manchas menos la de la honra. Es tan poderoso, que si para probar la virtud hay quien le ruegue que vuelva blanco el carbon, es capaz de hacerlo por complacerlo, y con él ya es creible que fuesen blancas las hormigas al entierro de Juan cigarron.—Examinad, señores, la gran virtud de mi preparacion química, para quitar manchas de cualquiera tela y de cualquier color. Hé aquí, como podeis ver, un pedazo de seda: voy á untarla con zumo de mora; ya sabeis que la mancha de la mora es una de las más tenaces y perniciosas que se pueden imaginar. No vayais á creer, que la mora de que me valgo no es real y legítimo fruto del moral, y que está fabricada por mí á propósito; porque si no temiera desollarme, ahora mismo iria á cojer una en el centro mismo de una espesa zarza. Para complicar la operacion, voy á ponerle debajo sebo derretido: todos saben que el sebo es materia grasienta; pero no es esto solo, señores: encima del sebo le voy á poner aceite, como lo estais viendo. Ahora bien, señores, continúa, aplicando su composicion maravillosa, y restregando la seda: ved cómo la mancha ha desaparecido por via de encantamento y la tela ha recuperado su pristino lustre; todo lo cual debe ilustraros acerca de la cualidad de mis botes, que no los vendo; los regalo para darlos á conocer, y solo hay que pagar los prospectos, que he cotizado á un franco, para cubrir los gastos de impresion.

Pero hagan paso, abran camino al nuevo Maese Pedro, decidor de la buena ventura, seguido de muchachas, de sirvientes y de soldados, sin retablo ni mono,

pero acompañado de una grotesca mujer, que lleva los naipes y la caja sin fondo á que llama pozo de los necios: oid su arenga pronunciada con un énfasis que arrebata y le hace aparecer la estátua misma de la sinceridad.

—Señores: no vengo yo á este lugar para induciros á error; al contrario. Oigo decir á algunos: ¿qué quieres? ¿qué haces? ¿qué vendes? Ahora bien, á los que preguntan, yo respondo: no quiero nada; no hago nada; no vendo nada: ser útil á mi semejante, hé aquí toda mi ambicion. Señores: yo soy discípulo del célebre Moreau. Yo puedo profetizaros vuestro porvenir y revelaros vuestro pasado; lo que tendrá lugar, lo que os ha sucedido, sea luto, matrimonio, herencia, negocio mercantil, negocio de interés, causas civiles y militares; en una palabra, señores, yo no dejo nada que desear. Si sois engañados, os haré conocer al intrigante y recuperar el dinero. Tomad cartas con confianza y sin pagar. Si no digo la verdad, romped mis cartas, echadme los pedazos á la cara, llamadme impostor, embustero, farsante: me vereis palidecer, abochornarme y ponerme verde y de cien mil colores, y guardaos vuestro dinero; pero si, al contrario, acierto y doy en el blanco; si podeis decir de mí: «Éste hombre ha dicho la verdad,» podeis dar dos sueldos á Bobêche para sus alfileres. (Bobêche es la grotesca figura que le acompaña). En cuanto á mí, señores, no pido nada. Vamos, pues; la primera persona que alargue la mano será servida antes que las demas.

Este género de charlatanismo es el más comun y será siempre el más explotado, tanto por el poco capital que requiere, cuanto por los marchantes que proporcionan la credulidad y el amor propio en las gentes ignorantes, inclinadas á saber lo imposible ya que lo posible no saben. Verdad es, que no es solo vulgo el que mantiene á estos charlatanes, pues como siempre anuncian buenas nuevas y despliegan brillantes horizontes, los mismos que no creen en sus vaticinios no son tan duros de corazon que dejen de pagar el alquiler de aquel instrumento tan halagüeño á sus oidos y tan acorde con sus deseos. Entre las mujeres particularmente hacen buen agosto tales charlatanes, y los hay de estos que no son gitanos ni andan de plaza en callejuela, sino alojados en grandes casas, con título de doctores, arrellanados en carrozas y satisfaciendo con gran pompa y aparato á consultas sobre el porvenir; ni más ni menos que el antiguo oráculo. Los tribunales de policía han revelado en varias ocasiones los misterios de estos nigromantes y las sandeces de sus víctimas; pero el procedimiento continúa tomando mil formas nuevas. Años pasados apareció un gran doctor, que sin necesidad de consultar rayas de manos ni hacer la cruz con moneda de plata, llenaba sus bolsillos á toda prisa. Su método era la correspondencia epistolar, y mediante el precio de dos francos, pagaderos en sellos de correos inclusos en la epístola, por solo el hilo

de la escritura sacaba el ovillo del carácter, la edad, el temperamento y las inclinaciones del consultante, terminando con deducir de todas las premisas una venturosa consecuencia. Y lo peor era, que como por lo general acertase en lo primero, se ganaba gran crédito para lo segundo.

Esta clase de charlatanes, que no hablan, es la más temible y difundida, pues comercia por mayor con el engaño, y lo que á fuerza de pulmones consigue de su corto auditorio el charlatan callejero, logran estos por medio del anuncio, del gran auditorio ó teatro social en que viven. Uno de sus principios es fatigar las prensas diariamente, buscando mil formas nuevas de introduccion, lenguaje altisonante, admiraciones, interrogaciones y figuras retóricas. Entre el mismo comercio honrado, la competencia ha sido la puerta por donde se introdujo esta epidemia, y hay prácticas y medios que no tienen muy diverso objeto del que se propone el charlatan llamando á son de trompeta y regalando á su público con celestial música. Las divisas colosales, vistosas y extravagantes que se observan en las calles de tráfico, las grandes iluminaciones, el lujo y dorado exterior, los títulos llamativos tan en boga en nuestros dias, todo aparato y ostentacion que nada tiene que ver con la bondad y calidad de la mercancía, es hijo de ese espíritu que animó al charlatanismo en su sencillez primitiva, pero que adelantando la civilizacion, acrecentó los instrumentos y los medios. En lo antiguo, queremos decir, en los siglos próximos pasados, los marchantes iban en busca del mercader, quien no tenia que afanarse para hacer fortuna, ni por lo tanto empleaba ningun resorte para llamar la atencion. En nuestra época sucede á la inversa. El mercader ha de buscar y atraer al marchante por cuantos medios están á su alcance, y apenas hay empresa comercial, negocio, especulacion, profesion y oficio que, entre los que pone en juego, no cuente más de uno procedente en línea recta del linaje del charlatanismo, esfuerzo que no condenamos, antes creemos ser una necesidad en la gran concurrencia de los mercados y competencia general de intereses. No porque se diga charlatanismo se ha de menospreciar el nuevo sistema, así como no se desprecia la astronomía por haberla antecedido los astrólogos, ni la química por proceder de la alquimia. Aunque el espíritu sea idéntico, las formas son distintas, y sabido es que la apariencia lo es todo en este globo sublunar. Tal vez por esto, y reconociendo los franceses cuánto se debe á esa tribu itinerante y vagabunda, miran con cierto interés á los charlatanes clásicos ó salta-en-bancos. ¿Qué daño causan reducidos á las únicas fuerzas de su palabra en medio de un corto círculo de curiosos? Les falta el capital, les falta la poderosa palanca y amuleto para transformarse y deslizarse en mil trajes y cataduras, y sobre todo les falta el poder mágico de la omni-presencia. El charlatan que está en la plaza de la Concordia no puede estar á la vez en la plaza de la Bastilla. En

cambio de esto, sus sucesores hacen maravillas ayudados con el poderoso talisman del oro. Muchas veces el transeunte filósofo y meditabundo, el hombre que hastiado de las vanidades ó temeroso de las seducciones lleva como novicio clavada la vista en el humilde suelo que pisa, se ve de improviso antecojido en su aislamiento, y lee sobre el *pavé* el anuncio de una pasta carminativa ó agua maravillosa para conservar, fortalecer, ennegrecer, embellecer y hacer crecer el cabello. A cada momento se ve distraido el vecino que recorre los parajes públicos por legiones de repartidores que le regalan prospectos, en los cuales ha de encontrar sin duda la extirpacion de un grave mal, ó la oferta de un bien inapreciable. Sobre todo, la cura de ciertas enfermedades que denominan secretas, es la destinada á ponderarse más en público.

Si el transeunte es dócil, con media hora que pasee alargando la mano á todo lo que le ofrecen, volverá á su casa con una buena carga y catálogo de *nostrums*, admirándose de cómo hay hombres calvos, mujeres viejas y séres enfermizos y dolientes con tanto

«Benefator de l'huomini,
Riparator di mali.»

Y en verdad, que pudiera pasarse un rato divertido viendo cómo cada buhonero alaba sus agujas, y estudiando el estilo literario *prospectístico-comercial*, trabajado, condensado, alambicado y llevado al último grado de eficacia para producir sensacion.

Tiene la palabra un peluquero que ha introducido ya por el techo de su salon el torno y maroma de *india rubber* para cepillar la cabeza con cepillo cilíndrico. No hace medio siglo que no se conocian los cepillos de limpiar los cascos, y aun á su aparicion tuvieron crueles enemigos como todas las grandes invenciones. Y ¿qué era el cepillo modesto, simple, en comparacion con la moderna máquina? Lo que la silla de posta comparada á la locomotora: lo que el rudimento con la perfeccion de la ciencia.—No en mis dias, señores Fígaros, dice la humanidad agradecida: estimando, muchas gracias por vuestros cepillos que lastiman y estropean las cabezas delicadas y *pensantes*. Entre el antiguo y el nuevo método hay la misma diferencia que entre el estropajo y la esponja. Escuchad ahora este trocito de lengua estofada con charlatanismo, *cette piece de locution entrainante*.

«¿Por qué debo yo patrocinar el acreditado establecimiento *artístico* de Monsieur A, *pour la coupe des cheveux?*»

Observad ese estilo y modo interrogatorio de comenzar, en forma de monólogo y caso de conciencia. Por poca que tenga el lector del anuncio, se siente un poco alarmado al oirse hablar á sí mismo y tratarse de *deberes*, que siempre es cuestion grave.

Pero el nuevo Fígaro, no le deja en suspenso por mucho tiempo.

—¿Por qué? En primer lugar, porque el establecimiento artístico de *Monsieur A*, se distingue por la elegancia y limpieza, y por el esmero que pone en agradar á los que le honran favoreciéndolo.

—En segundo lugar, por el procedimiento especial con que aplica la máquina cilíndrica á la operacion de limpiar los cabellos.

—En tercer lugar, porque no deja en todo el casco la menor partícula, átomo ó sombra de existencia de caspa, arrancándola *dolcemente* con la mágica virtud del cepillo giratorio al vapor.

—En cuarto lugar, porque tiene un gran surtido de éstos, lo cual le facilita el poder usar uno nuevo *ad hoc*, para cada uno de sus favorecedores.

—En quinto lugar, porque toda persona que haya experimentado la incomprensible voluptuosidad y el placer indescriptible que se siente al hacer esta operacion *á machine roulante, et embaumée*, no puede dejar de conservar el más grato recuerdo de esta faena, antes tan enojosa y dolorosa.

—En sesto lugar, porque *Monsieur A*, artista *capilar* concienzudo, que dedica toda su atencion al progreso y refinamiento de los cuidados del cabello, es digno de estímulo y recompensa y del favor de todas las personas ilustradas.

Entonces, seguramente yo debo estimular las artes, patrocinando tal establecimiento, y la primera vez que necesite de las atenciones de un peluquero, hago *propósito firme* de aprovecharme de estas ventajas ofrecidas por el inteligente Monsieur A, que vive en la calle *Saint Martin*, núm. 37, frente al pasaje, y dos puertas más allá del farmacéutico Frotin.

Nota importante:

Monsieur A, que se desvive por hacer inolvidables y provechosas sus *séances de coupure*, ha notado el inconveniente que resulta á los hombres estudiosos y activos de pasar algunos minutos en la inaccion, en los momentos en que el cerebro se encuentra más irritado por la friccion que producen los cuidados necesarios del cabello. Para obviar este inconveniente, los caballeros encontrarán en las mesas de su gabinete toda suerte de instrumentos filosóficos propios para entretener la inteligencia, además de los periódicos nacionales y extranjeros, revistas científicas, estereoscopos y otros pasatiempos.

Ya hemos visto aquí una muestra del estilo interrogante, *á la transmigracion*, en que el charlatan se infunde y se hace oir dentro de la personalidad del público. Veremos ahora, otro ejemplo. El que habla es un perfumista, y cuenta que esta preciosa manufactura de las fuentes *Jouvence*, de la reina de las rosas, de la reina de las abejas, de las aguas Loguscas, hermoseantes, rejuvenecedoras é inmortales,

es la más adaptable para medrar en el reino del *puff*. No en todos los siglos nace un Juan Farina, ni se inventa una agua de Colonia.

Monsieur B, perfumista de Lola Montes, de la reina Pomaré y otros soberanos, tiene la palabra:

«¿Cómo está usted de jabones? Hé aquí una pregunta popular, que parece impertinente. Sin embargo, el jabon es el fundamento de la *toilette* y de la policía individual. El jabon es para el tocador lo que el pan para la mesa: es un elemento, en suma, y todo lo que es elemental merece nuestra más séria consideracion. ¿Cuántas personas no hacen hoy lo que Penélope y Sisifo y las Danaides? Me explicaré. Gastan una fortuna en pastas, en vinagres, en aguas para conservar la frescura y belleza de la piel, y neutralizan todos sus efectos con el uso indiscreto de jabones nocivos, de modo que las ventajas de los elíxires costosos, apenas bastan para destruir los efectos que ya ha producido el jabon en la piel de las manos. Todo esto se evita usando el nuevo jabon transparente de agua de oxígeno, inventado por Monsieur B, á quien se le puede contar en el número de los bienhechores de la humanidad.»

Ejemplos de esta clase podríamos citar hasta la saciedad, si no nos llamara la atencion otro órden superior de charlatanes del género clásico, á los cuales va principalmente destinado este artículo. Volvemos, pues, al mundo callejero parisiense, á los filántropos al aire libre, que difunden su ciencia *ambulando, more peripatetico*.

Queremos hablar del charlatan graduado de doctor, vestido *de sério*, contrastando á los colores del saltimbanquis con un rigoroso uniforme al estilo de los boticarios del *Enfermo por aprension*. ¡Qué porte! ¡qué gravedad! ¡qué irreprochable *tenure!* Cualquiera creeria ver en la respetabilidad de sus semblantes y en su mirada serena y tranquila una copia de lo que debieron ser Hipócrates entre los griegos y Avicena entre los mahometanos. Lleva un carricoche y detrás una especie de murga compuesta de dos violines, un clarinete y una flauta, por donde se colige que es enemigo de la sensacion y apasionado del sentimiento. No hay que confundir á este doctor *in scientia corporis* con un sacamuelas, aunque sea examinado en Montpellier, porque él no echará mano de aventuras personales, ni dirá á la atónita muchedumbre las ilustres quijadas que ha operado en todos los países del globo. Todo aquí es grave, profundo, ceremonioso como la materia de que va á tratar, que es nada menos que de la organizacion del cuerpo humano. Observad cómo hace un signo á su pequeña capilla para que cesen los acordes melodiosos, y con qué aire majestuoso y digno lleva la mano derecha á su sombrero de una legua de andadura, y se descubre respetuosamente elevando sus ojos al cielo y diciendo:

«Honra y gloria á Dios, á la civilizacion y á los hombres.»

El concurso, instintivamente y llevado de su ejemplo, le imita, y todos se quitan los sombreros en medio de un silencio profundo.

Acto contínuo, saca de su arsenal un esqueleto y le coloca en el sitio más culminante del carricoche, envolviéndolo en un manto ó capa: hecho lo cual se dirige al público en estos términos:

«¿Qué es la educacion? Señores, la educacion es como todas las cosas de este mundo. Está al alcance de los ricos y muy léjos de los pobres. Hay quien dice que nadie puede ilustrarse sino es en las universidades, colegios é institutos; pero esto es un error. Los medios de educacion son infinitos. Los hombres pueden ilustrarse en los museos, en las librerías, en los mercados, en los jardines y en las calles. Lo más difícil, lo más costoso, lo más interesante que es el conocimiento de sí mismo, que es la primera de las ciencias, es lo que la civilizacion os enseña hoy gratuitamente. Sin conocer el cuerpo humano, las partes de que se compone, sus *funciones* principales, y las enfermedades á que está sujeto, no se puede decir que un hombre está educado aunque sepa más griego que Demóstenes, más latin que Ciceron y más filosofía que Descartes. Vosotros no sabeis tal vez á quiénes me refiero, mas podeis estar seguros que fueron hombres de cualidad entre el *ignotum vulgus.*»

Dicho esto, destapa el esqueleto y le despalma y desencaja un brazo, que muestra á los curiosos, explicándoles lo que son falanges, lo que es el *carpo* y el *metacarpo,* y trayendo á colada gran número de voces griegas ininteligibles para demostrar su profundo conocimiento en la anatomía. Seguidamente saca un album en donde tiene borrajeados varios tumores, inflamaciones y alifafes, y hace una horrísona pintura de sus terribles consecuencias, y de la facilidad con que todos se hallan expuestos á contraerlos, por lo cual, despues de grandes meditaciones, ha tenido la suerte de confeccionar un específico que opera instantáneamente y cura de una manera radical en todos los casos.

«La salud y bienestar del género humano es lo que vendo al público, concluye: yo no aspiro á una mísera ganancia; yo desprecio las riquezas, y solo el noble deseo de ser útil á la especie humana, es lo que me ha sacado de mi retiro y mis estudios para recorrer las calles y las plazas.»

Hay personas, que cuando ven una rueda de curiosos, en la que se destaca la figura y se oye la voz de un charlatan, le hacen la cruz y los llaman de papa-moscas y de sandios; al paso que otros, y no en corto número, se acercan de buena gana y pasarian las horas muertas, estudiando estos admirables tipos, verdaderos actores por naturaleza, que ejercen un influjo irresistible sobre su auditorio

con la mágia de su charla. La *verbe intarisable* que llaman los franceses, es un verdadero poder, una de las fuerzas humanas de primer calibre, y el efecto que en los circunstantes produce este arte, nos recuerda una feliz expresion del sesudo Stephenson en los debates que tuvieron lugar al ofrecer al público el gran invento de sus locomotoras. Este ingeniero, sin educacion científica, y el reverso de lo que por un charlatan se entiende, oyendo el extenso y florido discurso de un orador que le hacia la oposicion, dijo:

—Yo he conocido grandes fuerzas; el poder de la electricidad, el poder del vapor, el poder de la pólvora, la fuerza de atraccion y otras varias que existen en la naturaleza; pero hoy he conocido un poder superior á todos estos.

—¿Cuál? le preguntaron.

—El gran poder de la charla, respondió con su sobriedad de expresion característica.

Y en punto á charla hay que dar la palma al pueblo francés. Este es un don concedido á esta raza, y en Francia y particularmente en París, es donde se conoce el *causeur* por excelencia, el conversante que deleita, que atrae y suspende; que hace pasar las horas en un soplo, que habla de todo, que deslumbra con sus frases, y que sin embargo, no os dejará despues la menor reminiscencia, ni el más leve grano que recojer de aquel diluvio de palabras.

Pero aun no hemos hablado del rey de los charlatanes, del famoso Mengin de reputacion europea. Mengin ha sido el génio del charlatanismo, el Alejando de los conquistadores de voluntades, el gran cómico del teatro público parisiense. ¿Quién no á visto á Mengin? ¿Quién no ha oido hablar de Mengin? La Francia entera le ha visto recojer en su carroza una gran fortuna, y ha reido con sus chistes, y le ha perpetuado con el buril y el lápiz que constituye su mercadería. ¡Oh, charlatanes! bajad el toldo, amainad el brio, como decia Cervantes de los pícaros. No os llameis charlatanes ni os subais en bancos hasta no haber tomado un curso en la grande escuela de Mengin. Este es el charlatan ortodoxo, el charlatan ilustrado, sistemático, el charlatan *pur sang*, el Zoroastro y Macabeo de la ambulante tribu, el regocijo de las plazas y el atractivo de las ferias. Mengin es una figura que descuella en el gran cuadro de París, el creador de un *rôle*, de una personalidad hasta ahora desconocida. Hombre de un génio especial, ha sabido dar cuerpo, sér y forma plástica y artística al charlatanismo, asociando al instrumento de la palabra y la chispa deslumbradora de la fantasía todo el oropel y decoracion compatibles con la vida itinerante y nómada. La carroza, el traje, la música y el ayudante Verde-Gris, especie de Lazarillo que le sigue como su sombra, es un verdadero *tableau* característico, que no se borra fácilmente de la memoria. Mengin conoce el terreno en que está de pié;

es un gran filósofo, sabe los flacos de la humanidad, conoce el arte de la fantasmagoría y excede á todos los saltimbanquis en la representacion de su papel.

Vestido con un albornoz de terciopelo grana recamado de oro, con un luciente casco en cuya cimera se agitan grandes y vistosas plumas, y llevando tras sí y á la espalda de su trono al señor Verde-Gris, con un traje verde que armoniza con el de su amo, se levanta con gran aplomo al cesar la música de su órgano, y comienza de esta manera á arengar al crecido concurso:

«A mí me llaman *charlatan;* lo sé, me consta, no es un misterio para mí. Muchos de los que me oyen y que ahora pasan de largo, van diciendo: *Ahí está el charlatan Mengin.* Yo lo oigo, y no me ofendo por tal epíteto. Hubo un tiempo, lo confieso, en que no me hacia mucha gracia, y me repugnaba el oir: *Allí va un charlatan.* Pero poco á poco me he ido acostumbrando, y hoy dia oigo con indiferencia cualquiera observacion que se me dirija. Bien considerado, ¿por qué he de avergonzarme de ser charlatan y de confesarlo por mis propios labios? Mil charlatanes hay por el mundo que no lo confiesan, y os adulan y lisonjean y os pasan la mano por el lomo mientras os están engañando y haciéndoos pasar plaza de primos. Ese no es mi sistema. Yo no hago lindas promesas, ni tengo la pretension de decir que regalo mis lápices. Nada de eso; yo los vendo honradamente como artículos de buena calidad. Siempre se me encuentra en las calles de París, y no temo que ninguno venga y se me acerque diciendo que yo lo he engañado. Sin embargo, no faltará quien diga: ¿A qué viene ese aparato? ¿Para qué tanto oropel y plumas y trono y música? La respuesta es muy sencilla. En medio de la difusion de luces con que el siglo XIX se envanece, preciso es confesar que la naturaleza humana conserva todavía un resto de la barbarie antigua. Los hombres se dejan llevar por las apariencias; este es su flaco. Si yo me vistiera como todos, nadie repararia en mí; yo pasaria desapercibido entre la muchedumbre de mortales. Mi carroza, mis bordados, mi casco de metal reluciente y las vistosas plumas os llaman la atencion desde léjos. Os acercais y veis que es Mengin, y decís: Pues vamos á verlo y á oirlo. Una vez en la rueda os tentais los bolsillos y veis con sorpresa que no teneis lápiz en ellos y que lo necesitais. Hé aquí como yo despacho mi mercancía sin obligar á nadie á comprarla y sin que ninguno se arrepienta de haberla comprado. Ahora, Signor Verde-Gris, tenga la bondad de favorecer á los circunstantes con una de sus composiciones filarmónicas.»

Dicho este Verde-Gris empuña el manubrio del órgano y regala al auditorio con un intermedio de música, en tanto que el gran Mengin saca su género y ofrece al que le pide, ó invita al vacilante. Suele algunas veces no haber comprador, y entonces cruza Mengin los brazos é inclina la cabeza como si estuviese agobiado por una

terrible angustia, y levantando luego los ojos al cielo aparenta encomendarse á algun génio benéfico y protector; mímica que hace reir á los circunstantes.

Si la venta es floja saca un libro en blanco y tira algunas líneas para mostrar el buen negro y la pastosidad del lápiz, y luego comienza á hacer un retrato, acabado el cual, lo muestra con mucha satisfaccion á los que le rodean. La cabeza es excelente: allí se ven un sombrero *á la imposible*, como él dice, y unos cabellos *á lo increible;* pero falta lo principal, que es la cara. ¿Y el semblante? le pregunta uno.

—*¡Ah ma foi, c'est vrai:* responde Mengin; yo he hecho como aquel famoso arquitecto que trazó el plano de un edificio y se le olvidó la fachada; mas no hay miedo, continúa, escudriñando con su mirada de lince la rueda de curiosos, hasta que se fija en uno, y mirándole de hito en hito como si quisiera magnetizarlo, le indica con un gesto que permanezca inmóvil, mientras con notable maestría dibuja Mengin un retrato caricaturesco en dos paletas. Acabado que está, le pasa de mano en mano á las del modelo para que le examine, haciendo un gesto que envuelve esta pregunta: ¿Qué le parece á V. mi obra? Pero nuestro hombre, que apenas se ha recobrado del desaliento é indignacion que le causara la vista de aquella figura grotesca tenida por retrato suyo, mueve la cabeza á uno y otro lado, como diciendo que no está satisfecho con la pintura, lo cual hace en Mengin el efecto que un artículo panegírico de un periódico, pues cabalmente le conviene que no se parezca.

—¡Cómo! prorumpe con acento de sorpresa y mirada desconcertada dirigiéndose en apelacion al imparcial público: ¿es posible que haya un hombre que se ignore á sí mismo, que tenga tan poca nocion de sí mismo, en suma, que se haya olvidado de sí mismo hasta el punto de no admirar tal semejanza? ¡Pardiez! añade encogiéndose de hombros: no es culpa mia que el retrato no sea hermoso; no soy yo quien le ha dado tal figura; siento mucho que la copia no le guste.

Estas palabras de Mengin nunca han dejado de producir efecto. El público las acoje con ruidosas carcajadas, que hacen huir á la pobre víctima, y naturalmente aquel estrépito repentino llama la atencion de los transeuntes hácia el grupo, que se aumenta como por encanto con un razonable refuerzo, dando ocasion á Mengin de elogiar de nuevo su género y de encontrar nuevos compradores.

Tal es el *modus operandi* de este charlatan famosísimo y sincero, que pasa la vida en triunfo y se rie de todas las prescripciones sociales. En él llegó el arte á su colmo, y al *non plus ultra* cuanto la astucia puede emplear en el orbe de la apariencia y la falacia sin chocar abiertamente con las leyes.

Mengin es hombre por naturaleza formado para el oficio. Su estatura es proporcionada, grande su cabeza, espaciosas y bien marcadas sus facciones como para

vistas de léjos y en la altura, el bigote largo y espeso, la perilla bien cortada, pobladas las cejas, el cabello largo, los ojos pardos y grandes, el color moreno, la boca y la nariz bien hechas, y coronado con su inmenso y plumígero casco, parece un héroe de la antigüedad en su apoteósis. Lo que más se admira en él es el aplomo, la gravedad imperturbable con que representa el papel de saltimbanquis, pues, realmente, la ventaja que lleva á los demas, consiste en que representa á las claras lo que otros pretenden ocultar. Su mirada es serena, pero viva y penetrante, y tiene el arte de expresar con gestos sus pensamientos y entretener á los espectadores con su lenguaje mímico. El auditorio de Mengin se diferencia mucho del que reunen los demas charlatanes, formado de vulgo exclusivamente. En su rueda se ven personas de todos estados y condiciones, y una prueba de que la exhibicion de este charlatan es un verdadero espectáculo, se hallará en el hecho de haber anunciado la aparicion del cortejo Mengin con su Verde-Gris, en el *Pré Catelan*, como uno de los grandes atractivos del programa de las fiestas. Sobre todo, lo que no dejará de encontrarse entre los curiosos, es un inglés provisto de su catalejo, siguiendo atentamente todos los movimientos del saltimbanquis, y lleno de curiosidad por saber cuál es el paradero de los bocetos que hace Mengin en cada una de sus estaciones. Algunos han solicitado llevar en su cartera uno de estos dibujos hechos por la mano misma del rey de los charlatanes, como una gran curiosidad, que andando el tiempo puede valer dinero. *¡Oh auri sacra fames!*

VIII.

ANGELA Ó LA HUÉRFANA DE BRETAÑA.

I.

Los cementerios de Paris.

Los que han visitado á París y observado cómo vive el pueblo en una série no interrumpida de placeres, los que ven las locuras de su carnaval, sus *Mabilles*, jardines de invierno, *Chateaux fleurs*, teatros, cafés *chantants*, circos, prados mágicos y todas las infinitas formas con que se manifiesta la *gaité* de su carácter,

y *l'insouciance* de su espíritu, como si la vida fuera eterna y el placer la única religion, apenas pueden darse cuenta de la transformacion que se verifica en el dia de difuntos, en que personas de ambos sexos, de todas edades, estados, rango y profesiones, unos en sus elegantes carrozas, otros á pié, estos ricamente vestidos, aquellos cubiertos de harapos, se encaminan como en procesion á visitar los cementerios y orar por los que reposan en la mansion de la nada.

Seguramente es esta una de las costumbres que forman mayor relieve en el cuadro de la vida parisiense. «Ved, dice Delille, cómo el otoño nebuloso nos reune todos los años para llorar en estos lugares, donde se acumulan en tropel las generaciones y los siglos que sin cesar el tiempo renueva, donde la edad pasada espera á la presente y donde cada átomo de polvo fué en otro tiempo vida.» Un sentimiento de equidad parece que dice al pueblo, que puesto que tiene tantos dias al año para consagrarlos á fiestas, diversiones y alegría entre los vivos, consagre al menos uno á la oracion y al llanto entre los muertos. Sin embargo de ser esto práctica de la iglesia católica, y que en todos los pueblos así llamados concurren los fieles al templo y unen sus oraciones á las de los ministros, no en todos se reune el pueblo en el campo santo, y hace compañía á los restos mortales, tal vez pensando que el alma comunica bien con los espíritus que es la parte noble, y que el polvo vil que aquí en el polvo queda no vale nada. Esto es más espiritual, aunque nada da mejor testimonio de la vanidad y de la humana soberbia, que la vista de soberbios sepulcros y monumentos fúnebres, habitacion de gusanos. Artemisa que, en honor á su esposo, constituyó el que fué contado entre una de las siete maravillas del mundo, se hubiera desengañado al dar una vuelta por este valle de lo disparatado de su presuncion, porque habria buscado en vano el lugar en que se alzó la costosa tumba; y todavía libró peor con la posteridad el monarca poderoso que empleó cien mil esclavos y veinte años en construir una pirámide, pues hasta el presente no se sabe su nombre. No obstante, se construyen sepulcros más ó menos duraderos, más ó menos costosos, duren lo que duren, en derredor de la fosa comun ó tragadero de los pobres, hasta que llega el tiempo en que pobres y ricos se ven igualados por el gran filósofo nivelador llamado el tiempo.

El campo santo es una apropiada escuela para filosofar, aunque no parece que el pueblo francés filosofa mucho en su anual visita, pues tras ella vuelve á las andadas, y como dice el refran: el muerto al hoyo y el vivo á la hogaza. Ni aun tampoco el recinto de los muertos ofrece en París aspecto lúgubre y repugnante. El campo santo es un jardin perfectamente bien cuidado, donde aparece una ciudad con sus calles, plazas y manzanas cuajadas de viviendas de varia arquitectura; unos

palacios, otras buhardillas; unas capaces de contener familias enteras, y otras destinadas á albergar un solo vecino; unas con escudos, armas ó inscripciones; otras modestas, llanas y sin adornos. Es obra humana, y como tal no puede dejar el sello que á todas nuestras obras distingue, aun en el reino mismo del desengaño.

La idea de la muerte, sinónima en la religion cristiana de principio de vida, tiene para muchos pueblos algo de espantable y aterradora, y de acuerdo con esta impresion está el aspecto y la disposicion del lugar en que se representan sus victorias y estragos. Entre los protestantes se ven los cementerios en el centro de las ciudades, junto á las viviendas, en los sitios más públicos, al lado de los paseos, cosa que debe hacer al hombre muy filósofo, si la vida es un contínuo comentario de la muerte, y si los objetos tienen la virtud de engendrar ideas análogas á su naturaleza. El cómo en la ciudad de Lóndres, cuajada de cementerios por todas partes, se afana tanto la mísera humanidad por riquezas perecederas, es una cuestion digna de estudio. En París, por lo menos, mientras luce la antorcha de los placeres, la vista no topa con esa perspectiva lúgubre y disonante; y á no irla á buscar de propósito y á recordar allí las sentencias y advertimientos de Séneca: «Nécio es el que cuenta con la vida, no sabiendo si dispondrá del mañana,» y aquel otro de Horacio: «Polvo y sombra somos,» con otros muchos que habrá oido en el púlpito ó leido en la Escritura y los santos padres, bien puede adormirse y embriagarse en la creencia de que el morir fué costumbre de sus abuelos, y que la moda hoy es vivir *per ommia sæcula*.

Pero nuestro objeto no es disertar sobre este importante tema, sino acompañar al rosario de vivientes, que tranquilos y concentrados en amargas memorias, y llevando en sus manos coronas de adelfas y siempre vivas, guirnaldas y cintas con amorosas y tristes divisas, van á vivir en espíritu con los que amaron en cuerpo. El aspecto del campo santo en aquel dia cambia de todo en todo. Se multiplican las cruces, las lámparas, las flores y los ramilletes de variedad inmensa, y las numerosas calles y sendas aparecen llenas de fieles de semblante grave y ademan taciturno. Aquí un noble, seguido de su familia, se acerca á un elegante y costoso panteon en que cuelgan ricos paños fúnebres, saca del bolsillo una llave, abre la bien tallada puerta, y se sustrae de la muchedumbre para orar en silencio; mientras á pocos pasos, sobre el pelado suelo, junto á una tosca y pequeña cruz que casi oculta la yerba, se ve hincado de rodillas un pobre trabajador, humedecidos sus ojos con lágrimas, cruzadas las manos sobre el pecho, inclinada la cabeza y murmurando fervorosa plegaria; allí una madre besa la fria losa que cubre los restos de su hijo arrebatado en la flor de sus años; acá una jóven abismada en dolor esparce flores en la tumba de su esposo; allá un amigo llora sobre los restos de su

fiel amigo, conmoviendo á los que curiosos pasan á su lado, porque aunque el silencio domina en aquel recinto, hablan mucho las lágrimas, es sublime la voz de los sepulcros, como cantó el poeta, y el más sordo á los gritos de su conciencia, no puede resistir á la vista de un montecillo de tierra que cubre un esqueleto humano.

La arquitectura, ornamentacion y literatura de las necrópolis de París, encierran bellezas admirables por su carácter emblemático, melancólica poesía y sublime sencillez. En el cementerio del *Pére Lachaise,* sobre la losa que cubre los restos de Abelardo y Eloisa, se ven dos brazos entrelazados, signo del entrañable amor que unió en vida á estos dos séres desventurados. En el del *Mont Parnasse* se lee sobre humilde losa esta sencilla inscripcion: *Sor Rosalía,* y debajo: «A nuestra buena madre, sus amigos reconocidos, los pobres y los ricos.» En el mismo llama la atencion una cuna vacía, sobre una pequeña losa, con estas palabras: *Petit ange prie pour moi:* invocacion demostrativa de la creencia en la comunion de los santos. Aquí el justo que partió de esta vida pide á los vivos que rueguen por él, y allí los vivos se encomiendan al favor de los muertos, y la madre al niño inocente que partió sin mancha de esta laguna cenagosa y corrompida. La sed de inmortalidad nos lleva á encerrar en un nuevo mundo misterioso y emblemático un soplo de vida póstuma, remedo de la eterna vida; á poner sobre sacos de polvo nuestro fallo y sentencia misericordiosa anticipándonos á la clemencia divina, y á inscribir con vigorosa concision el panegírico de los que fueron, no obstante que segun San Agustin, puedan ser alabados *donde no están,* y atormentados *donde están.* Pero las virtudes como los vicios son brillantes y oscuras, sonadoras y calladas. En la ciudad de los muertos como en la poblacion de los vivos impera el favor, y la fortuna que toma á un sér vivo en mantillas y le acompaña en su peregrinacion, se sienta con él en la tumba como si se le pegara á los huesos. Los vivos son los que dirigen la escena esterior del teatro y mansion de los muertos, y seria un milagro que en él no hubiese su correspondiente *claque,* y que entre las cenizas y el rótulo del vaso que las contiene, no se hallase más de una vez el contraste del que al guardar una droga se equivoca de redoma.

Estas reflexiones nos sugirió la vista de un sepulcro modesto, sobre cuya losa estaba esculpida la figura de un perro, emblema de fidelidad, y al pié estas palabras: *Unam animam in duobus corporibus.* El emblema y la inscripcion nos revelaba la union de los despojos de dos séres unidos en vida por el dulce lazo matrimonial, lazo que al revés de las demas prisiones, tanto más dulce es, cuanto más estrecha. Los que recuerdan las opiniones de multitud de escritores acerca del amor entre los franceses, los epígramas de Montesquieu y las dentelladas de Balzac acerca del matrimonio, pudieran decir que dos esposos unidos solo se encuentran

en los nichos de los cementerios, pues mal puede haber un alma en dos cuerpos en la agitada córte y reina de las vanidades, cuando en el solo cuerpo de una mujer se mueven y luchan dos mil legiones de espíritus.

Sin embargo, no habia aquí injusticia ni aplauso de *claque*. Estábamos delante de una Penélope en fidelidad, y en heroismo ante una rival de la esposa de Pœto.

La misma fogosidad y entusiasmo con que el carácter francés se entrega á los goces, le acompaña en todo, y cuando se excitan sus nobles pasiones, ningun pueblo le excede en actos de verdadero y sublime heroismo, en grandes y admirables virtudes. Testigo la reciente época de sus revoluciones y restauraciones, donde tanto ha asombrado con sus vicios y su heroismo, y en donde la mujer débil ha dado tan firmes pruebas de grandeza de alma, de valor cívico, de amor conyugal y de piedad filial. Los emblemas de aquel sepulcro recordaban un tierno y sublime drama de los tiempos del primer imperio, un acto heróico, digno de ser con más ostentacion solemnizado.

Era la esposa de un noble y valiente oficial de la guardia de Napoleon I, que en un lance de honor á que fué aquel provocado, se atrajo sobre sí el enojo del César y el rigor inflexible de la ordenanza militar. El cartel de desafío estaba en manos del emperador, y era su terrible prueba. No habia medio de destruirla, y el inocente esposo gemia en las prisiones del Estado. Su mujer, fiel y amante, resuelve libertarlo: le insta, le ruega que trueque sus vestidos y la deje en la prision aunque por ello pierda la vida. Logra su intento despues de grandes esfuerzos, venciendo los escrúpulos y la resistencia de su esposo; pero la fatalidad le persigue. El carcelero es reducido á prision, descubierta la fuga, y está á punto de pagar con la vida su descuido. El oficial, no menos noble en sentimientos que la mujer, vuelve al calabozo, y salvando al centinela expone otra vez su vida. En aquella situacion, la desventurada esposa, desafiando la cólera del César, logra arrojarse á sus plantas para implorar clemencia. El momento era terrible para aquella desgraciada que esperaba de una palabra, de un signo, de un solo gesto su sentencia de vida y muerte en la de su esposo. Napoleon escuchó su súplica afectando impasibilidad, mientras firmaba un decreto para apresurar el proceso del culpable, no ante el código del honor, sino ante el código marcial; pero el acto heróico de la mujer pesó más en la balanza del guerrero que la severa disciplina, y creyó acallar su conciencia escrupulosa de soldado sirviéndose del cartel de desafío, la única prueba existente, para encender la vela con que selló su órden imperial. El esposo se habia salvado.

Tal es la historia que encerraba un modesto emblema y una inscripcion

sencilla. En el dia de la *fête des morts*, vense algunas coronas fúnebres con la divisa: *A la esposa fiel*, puestas sobre la tumba, en torno de la cual se arrodillan varias personas, mostrando más noble orgullo que dolor en sus semblantes, y entre ellas algunos viejos soldados, cuyos rostros y mirada adusta suaviza y enternece la memoria de su valiente jefe.

Ese sér que, ministro de la muerte, parece reirse de ella, es el más sensible y piadoso en el dia de los difuntos. Gran número de soldados discurren por los cementerios de París, como si la religion del sepulcro fuese para ellos más eficaz y más sagrada. Vense con frecuencia grupos de veteranos llenos de cicatrices, rostros atezados y fieros de zuavos, que con la sonrisa en los labios y el juramento en la lengua han visto impávidos la más aterradora carnicería, venir á hincarse de rodillas y verter lágrimas sobre el sepulcro de un camarada ó sobre la tosca piedra que guarda los restos de la hermana de caridad que alivió sus dolores, curó sus heridas y pasó la noche en vela á la cabecera de sus lechos en los hospitales. ¡Cuántas escenas tristes, dolorosos recuerdos, tiernos homenajes é inspiraciones sublimes en aquel silencioso teatro de la muerte, donde para el desgraciado siempre hay lugar! ¡Cuántos dramas desconocidos sepultados en la eterna noche del misterio! Ya esparcidas las tinieblas, cuando se oye el grito del guardian y la concurrencia se retira dando el postrer adios á sus parientes y amigos, el cementerio es un sublime lugar de meditacion, en presencia de un ataud y á la vista de la pala y el azadon que cavan una fosa. Desde una eminencia del campo santo se divisa en medio de la oscuridad del horizonte otra como especie de *via lactea* terrestre, aglomeracion de vapores, humo y exhalaciones que parece una nube blanquecina, transparente, inmoble á corta distancia de la tierra, fosforescente emanacion del sepulcro de los vivos que se llama París, y que desde léjos no se diferencia de los sepulcros de los muertos más que por el rumor confuso que dilata el viento. La hora, el lugar, la perspectiva, el rumor lejano, el fuego fátuo que á distancia brilla, sumerje el alma en una dulce melancolía deseosa de recuerdos fúnebres y ansiosa de lágrimas. No lleve á mal el lector que, suponiéndonos en aquel estraño observatorio, traigamos á consideracion un triste drama de la vida de París: drama que se repite diariamente, en donde hay siempre una inocente víctima, gran cosecha de pasion y debilidad, de miseria y riqueza, de placeres y de lágrimas: drama que sin embargo pasa desapercibido entre el tumulto, la embriaguez y las carcajadas de la orgía.

Si fuera posible tener en aquel momento la virtud de Asmodeo y penetrar por entre la neblina espesa que indica la situacion de aquel hervidero de vivientes, lo primero que nos llamaria la atencion seria el brillo y esplendor, la tiranía incon-

trastable de la bacante coronada de rosas, vestida de galas, descubriendo su hermosura y fascinando con sus cantos y la mágia de sus ojos á la turba de idólatras desvanecidos ante sus plantas, que responde con la eterna cancion del sibarita: *Apurad, apurad la copa; la vida es esto, lo demas es nada.* Cuando el sol brillante se oculta y aparece la adormida y misteriosa Diana, confidente de amores, comienza su periódico reinado del artificio y la seduccion entre las sombras y las nieblas. La hermosura tiene un seguro trono en la córte de los placeres. París enloquece á la mujer á fuerza de divinizarla, le labra un paraíso, le cubre de flores la senda, la ahoga entre joyas y púrpuras, la embriaga entre néctares y adoraciones mientras admira la *vis superba formæ;* y cuando el incienso y el insomnio han comenzado á destruir al ídolo, le vuelve la espalda, cae su pedestal, cesa el canto y nadie sabe el fin de la divinidad. Su caida no tiene redencion, porque ya hay pedestal nuevo y diosa nueva: olvídanse los triunfos, y la actriz que llenó el teatro cortesano, muere en la oscuridad, en la pobreza, en el aislamiento, mordiendo el polvo de la tierra y tragando lágrimas de despecho y de amargura.

No se dirá que la hermosura es tema impropio de un observador en el cementerio, á las puertas de una capital como la córte de Francia, donde la mujer tiene un juro en su juventud y en sus gracias. Fuera del contraste de la hermosura femenil de quince abriles y la horrenda fealdad de la muerte, se agolpan á la imaginacion muchos problemas sociales y morales, muchas cuestiones civiles y políticas y muchos pensamientos acerca del egoismo humano, del descreimiento general, de la indiferencia pasmosa con que se miran materias graves hasta el punto de dar márgen á un curioso tratado que podia intitularse: *Contradicciones de la conciencia humana.* Y aun más se agrava la meditacion y atrista la mente cuando en medio del océano bullicioso en que tantos navegan en busca del vellocino de oro, se representa la fantasía un náufrago á quien la sociedad misma alucina y pone una venda en los ojos para perderle y gozarse luego en su agonía, contentándose con cantarle por todo consuelo:

«¡Ay, desgraciada la que nace hermosa!»

Es verdad que el celo santo por las ovejas perdidas, ha fundado casas de correccion, retiro de arrepentidas y lugares de penitencia: es verdad que el paternal poder del Estado, haciendo de la necesidad virtud, ha introducido la disciplina y el órden en las filas mismas de la corrupcion y del vicio; pero en esto imita la sociedad al célebre filántropo, de quien se dijo:

El Señor don Juan de Robres,
Con caridad sin ingual,
Fundó este santo hospital,
Y tambien hizo los pobres.

Algun dia tal vez reconocerá la conciencia social el egoismo y la injusticia con que trata al sér débil, y se adjudica la profesion de verdugo, *quia nominor leo.* Entretanto hay en el gran teatro de París escenas muy edificantes. Nuestros lectores pueden imaginarse á los ediles modernos sentados en su silla curul con el nombre de tribunal correccional de policía, llenos de curiosos y desocupados y de diligentes taquígrafos. En el banco aparece un criminal que lleva pintados en su frente la condenacion y protesta contra el crímen. No se sabe de dónde viene ni adóndé va; pero el celo diabólico de nuestra sociedad, personificado en un *serjent de ville,* le atrapa en su errante carrera por la suntuosa córte. Es un sér débil; su voz tierna apenas se percibe, y por de pronto no aparece con más delito que haberse atrevido á nacer pobre y engolfarse en el piélago de la riqueza con cuatro harapos.

El censor moderno se dirige á la cuitada víctima, y comienza este interrogatorio:

—¿Qué edad tienes, niña?

—No lo sé.

—¿Cómo te llamas?

—No me acuerdo.

—¿Dónde vives?

—En ninguna parte.

—¿Tienes padres?

—En el cielo.

—¿Y amigos?

—El bolsillo.

Este diálogo tan conciso y expresivo, no es obra de la fantasía. Es recuerdo triste de la historia auténtica de un ángel caido, que puede servirnos de ilustracion acerca de esta clase desventurada, que navega de escollo en escollo entre las agitadas olas de la sociedad parisiense; pues á ser labrado por la ficcion, el gran poeta cáustico y epigramático Piron nos hubiera prestado su respuesta á la pregunta ¿tienes padres? diciendo:

«Sans pére et sans mère je suis fille,
Et sans marí mère de famille.»

Es una historia auténtica de una víctima, contada por otra víctima: historia lúgubre, terrible, que pone miedo en el corazon y llanto en los ojos, como dijo el poeta, hablando de la sensacion que el sepulcro de un gran personaje le causaba, y no se necesita para ello ver una bien labrada tumba con insignias de majestad, sino asomarse á la *fosse commune,* al sepulcro de los pobres de Jesucristo, y remover entre la tierra el recien depositado cadáver de un sér que fué un prodigio de hermosura, que arrebató las miradas y rindió los corazones, y ahora es un saco hediondo de podredumbre.

Para orientar á nuestros lectores de este melancólico drama que, repetimos, se reproduce á cada paso en París con ligeras variantes, referirémos solo lo necesariamente indispensable, procurando dulcificarle y hacerle más agradable la narracion. Parecerá tal vez una leyenda, un poema; pero aseguramos y respondemos de su exactitud histórica.

Figúrese el lector en la bella comarca de la Bretaña, la antigua y celebrada Armórica, que se cree cuna de los romances é historias caballerescas ó andantescas y patria de *Amadis de Gaula* y de *Palmerin de Inglaterra*, una pobre choza ó cabaña donde habita un viejo pastor ciego, dos jóvenes, hijos suyos, de cuyo trabajo y cuidado depende, y una niña aun no salida de la tierna infancia, y cuyo nacimiento privó á su madre de la vida, acrecentando así los dolores y aislamiento de la vejez triste de su esposo. Era en tiempo de guerra, y ¿cuándo no es pascua en el almanaque europeo? Por lo tanto la conscripcion elevó el número de los reclutas á casi el doble de lo ordinario, y el hijo menor, que contaba ya veinte años, entró en suerte y cayó soldado. Fué este golpe muy doloroso para el anciano, quien amaba con preferencia al segundo génito; pero estaba echado el dado, y no habia remedio. El jóven conscripto, como buen francés, experimentó cierto orgullo al empuñar las armas. Era buen hijo, amaba entrañablemente á su padre; pero la esperanza, la ambicion de gloria, el saber que el jóven recluta, segun la expresion de Luis XVIII, tiene en la mochila el nombramiento de mariscal, y aun puede conseguir la ducal corona en premio de su valor, le hacia cobrar ánimo y mirar su destino como un favor más bien que un disfavor de la fortuna. Llegó el momento de la despedida. ¡Qué escena tan tierna y dolorosa!

—¡Adios, adios, padre mio!
Dice el jóven militar:
Ya suena el clarin guerrero,
Ya escucho el eco marcial.
Rogad á la vírgen santa
Que me conceda tornar.
—Y ¿ciego, anciano, me dejas?
—El cielo os protejerá.
Con la suerte de soldado,
Perdí ya mi libertad.
La patria que me reclama
Vuestra suerte aliviará.
La obediencia es nuestra ley;
La ley me obliga á marchar.
¡Adios, adios, padre mio!
El tiempo pasa fugaz;
Ya suena el clarin guerrero,
Ya escucho el grito marcial:
Rogad á la vírgen santa
Que me conceda tornar,
Y dadme por despedida

La bendicion paternal.
Vertiendo llanto el anciano
Al soldado va á abrazar,
Las manos eleva al cielo,
Y exclama :—Dios de bondad,
Haced vos que sano y salvo,
Mi hijo vuelva al hogar.
Yo te bendigo, hijo mio,
Abrázame y vete en paz.

—

Pasan años, pasan años:
Solitario esta el hogar.
Voló el hijo primogénito
A la mansion celestial.
Y al ciego anciano le obliga
La pobreza á mendigar.
Por la niña conducido,
Va de lugar en lugar.
Hoy se acuesta en despoblado,
Mañana en pobre pajar,
Y el hijo de su memoria
No se le puede borrar.
—Caminante, caminante,
No me niegues la verdad:
¿Qué nuevas hay de la guerra?
Dos lustros pasados van,
Y el hijo de mis entrañas
No alegra mi soledad.
—Anciano, enjugad el llanto:
El cielo os le volverá,
Con corona de laureles
Ceñida su sien marcial,
Que no hay gloria comparable
Con la gloria militar.
—¡Ay, mal haya el que del mundo,
Primero turbó la paz!

—

Sentado está el pobre ciego
A las orillas del mar.
Sus labios preces murmuran
Con fervorosa piedad,
Por el hijo que está en guerra,
Por el hijo que está en paz.
A su lado está la niña
De semblante angelical,
Y en tanto que reza el viejo,
Ella se pone á jugar
Con las arenas y conchas
Que arroja á la playa el mar.
—¿Qué rumor hiere mi oido?
¿Hay nave á la vista ya?
¡Él es, tu hermano, hija mia!
—¡Qué!... no hay naves en la mar:
Ese ruido que se siente,
El agua lo ha de causar.

—

En vasto y espeso bosque

El ciego y la niña están.
Al pié se sienta el anciano
De una encina secular.
Sus labios preces murmuran;
Nunca cesa de rezar,
Por el hijo que está en guerra,
Por el hijo que está en paz.
A su lado está la niña
De semblante angelical,
Y en tanto que reza el viejo,
Ella se pone á jugar
Con las moras y las flores
Qué recoje de un zarzal.
—¿Qué rumor hiere mi oido?
¿No escuchas el galopar
De caballos por la tierra?
¡Tu hermano! es él, viene ya.
—No hay caballos, padre mio,
No se escucha el galopar;
Que ese ruido que se siente
El aire lo ha de causar.

—

Por ancho prado risueño,
El ciego y la niña van.
Cabe un arroyo se sienta
El anciano á descansar,
Y eleva oracion al cielo
Con fervorosa piedad
Por el hijo que está en guerra,
Por el hijo que está en paz.
En tanto juega la niña
De semblante angelical
Con las bellas amapolas
Que lleva en su delantal.
—¿Qué rumor hiere mi oido?
¿No es ese el clarin marcial?
¡Tu hermano vuelve, hija mia!
—El campo desierto está:
Ese ruido que se siente
Del pastor es la señal.

—

Por una estéril llanura,
El viejo y la niña van.
El viento del norte frio
Les impide caminar:
La lluvia cae á torrentes;
Las piedras les causan mal.
Su manto tiende la noche:
Horrible es la tempestad.
Bajo la copa de un árbol
Asilo van á buscar.
Redobla el viejo sus preces,
En su fatiga mortal.
No juega la triste niña;
Todo se le va en llorar,
Buscando abrigo medrosa
En el seno paternal.

— ¡Él es, ya viene, hija mia!
El viejo empieza á exclamar:
Escucha, escucha su acento.
Ornada su sien está,
Y en una nube gloriosa,
Del cielo le veo bajar.
. . . .
Temblando la pobre niña,
Allí se ha puesto á escuchar;
Pero no hiere su oido
Sino el furioso huracan.
Mira al cielo, mira al cielo,
Y mientras mirando está,
El alma del pobre anciano
Voló al eden celestial.

II.

Lo que puede la industria.

Han pasado algunos meses. La huérfana está en París, á donde conducen muchas vias y canales la mercancía que puede ser de utilidad. Una compañía ambulante de histriones y de acróbatas la recogió para representar un génio alado en sus pantomimas y ejercicios, y cuando les volvió la espalda la fortuna quedó el génio sin alas y reducido á rastrear por la miseria. Pero la sociedad es compasiva, y en el mismo instante en que se veia comprometida á mirar por su suerte, apareció un bienhechor que la amparaba: nada menos que una señora ocupada en el modesto tráfico de satisfacer al bello sexo en todos los caprichos de la moda. La huérfana se vió instalada en el gran taller de la insaciable divinidad del lujo; aprendió á coser durante diez y seis horas, á tomar un frugal alimento, á respirar la parte de oxígeno que le correspondia en un aposento mal ventilado y lleno de esclavas blancas, y á compartir su apocado lecho con tres de sus compañeras. La sociedad tiene organismos maravillosos, y este del culto de la moda es uno de ellos. Las flores y adornos del lozano y fresco semblante de la dama reina de los salones, no pueden labrarse sin pesadas vigilias y rostros pálidos, sin lágrimas tal vez que riegan las manos y se ocultan á los ojos de los admiradores, porque la moda sabe ostentar sus triunfos y esconder los brazos con que los alcanza. Tiranía fatal á los ojos de los pontífices de la economía política, porque nos dirán muy sérios, que por más humanitaria que sea *Madame* la dueña del establecimiento,

las leyes económicas son más poderosas, y la moda dejaria de ser moda y el lujo lujo, si á una gran cortesana no se le antojase esta noche lucir un nuevo tocado al dia siguiente. Ahora bien, ¿qué se hace? ¿cómo satisfacer ese imperioso capricho con el que come el mundo industrial y se hacen las grandes fortunas? *¡Parbleu!*

Quien sabe lo que es un taller de este género dentro de los muros de París, á vista de la ociosidad, de los placeres, de los atractivos, tentaciones y seducciones contínuas que le rodean, bien puede preparar coronas para los séres que las resisten. Hay en todas las profesiones y oficios á que la mujer puede dedicarse más ó menos peligro de perdicion, y mayor ó menor número de heroinas que lo combaten. Se ven hasta en los teatros jóvenes honradas que para mantener á sus padres necesitados aprovechan algunas horas de la noche y ganan una pequeña suma por formar parte en un numeroso *corps de ballet;* pero aun esta misma profesion, tan arriesgada para la virtud de una doncella, no tiene el fatal escollo que parece acompañar á la de *grisette*, ejército de que se reclutan y se forman los distintos estados y categorías de *damas galantes*. La *grisette* es el ave cuya caza más se pondera y aprecia, por ser casta en donde se asocia mayor hermosura, ingenio ó sensibilidad de corazon. Ella es el astro del barrio latino y el ídolo del estudiante, y de allí, si la suerte la empuja, pasará al barrio de Loreto y á los campos Elíseos, *finibusterre* de la pompa y el fausto; y si no sigue este rumbo, ahí está la consuncion, que á pocas vigilias la llevará al sepulcro.

La alternativa es cruel; pero aun pudiera resistirse si no hubiese el contagio del ejemplo. Un dia, las industriosas jóvenes notan la falta de dos compañeras, y naturalmente comienza este diálogo de taller:

—¿Dónde está Virginia? pregunta muy solícita una jóven á la que conoce por su camarada.

—¡Virginia! responde tristemente, ha ido á un viaje muy largo.

—¡Ha muerto!

—Esta madrugada.

—¡Pero ayer mismo la vimos aquí sin novedad!...

—¡Sin novedad! Estaba tísica, y ya el médico la habia dicho que no trabajase tanto; pero, ¿qué habia de hacer? ¿morirse de hambre?

—De hambre ó de tísis, allá se sale: todo es llevar *l'arme á gauche*, como dice el zuavo. Y Constanza, ¿ha muerto tambien?

—¡Oh! esa ha tenido más talento, y hoy empieza á vivir. Constanza hará un buen negocio con su buena cara. Dentro de pocos dias la verás en el hipódromo ó en las *poses plastiques*.

—¡De veras!

—Y ganando muy buenos francos alegremente.

—Y ¿por dónde le ha venido esa fortuna?

—Por un amante que se echó hace pocos dias: es un músico del circo Napoleon, y le ha dicho que otras peor formadas y no tan lindas hacen carrera en París.

—Yo lo creo: acuérdate de *Ninette*, que no hace un año venia al taller, y en cuanto dejó á su estudiante, la contrataron en un teatro, empezó á vestir seda, á rodar coche, y hoy está mantenida por un príncipe ruso. Hija mia, los estudiantes son muy gentiles hombres, muy amables y alegres; pero no salen los domingos más allá de *Passy* ó *Saint-Cloud*, ni de un cubierto de á dos francos en el *Palais Royal*, un par de guantes, y una luneta en el *Vaudeville*, y eso no es para salir de pobre.

—¡*Fi, donc!* ¿Y todavía te quejas? Mi pobre Augusto, que entre paréntesis, es un *brave garçon*, no ve más teatro que mi desvan, ni oye más música que la que yo le canto. Yo le lavo y le coso la ropa, y le doy para pagar la casa. Y con todo eso, todavía le querré por dos semanas.

—¿Y despues?

—Me voy á *Lolotte*.

Aquí dió punto el diálogo con una visita de inspeccion de un ayudante de *Madame C*.

Ahora bien, ¿saben mis lectores lo que significa Lolotte? Lolotte es la gran síntesis de una de las fases más extrañas y originales de la comedia viviente de París; una institucion pseudo-benéfica para el sosten de la juventud; una agencia para facilitar sistemáticamente la emigracion del mundo de la modestia al mundo de la coquetería, de la oscuridad á la publicidad, de la inocencia á la depravacion; un monte de piedad en que bajo la prenda de pocos años y un rostro seductor se adelantan sumas, se fian alhajas, se presta oropel, y finalmente se da la mano para salir de la pobreza honrada á la fortuna escandalosa: ejemplo elocuentísimo de que en este mísero valle todo son espinas y atolladeros en el camino del bien, y todo puertas y franca entrada para la senda del mal.

No se dirá que el género humano es pobre de ingenio. La sociedad hierve y rebosa de instituciones y mecanismos donde quiera que el sórdido interés percibe sombra de ganancia, por más suma de moral que se pierda en las operaciones. Ved en París un jóven artista, imaginaos un génio de primer órden buscándose paso, y le observareis luchar por muchos años con toda la energía de un espíritu perseverante, como si el mundo padeciese de hidrofobia de arte y de ciencia. No hay una institucion ni sociedad con dos dedos de juicio para examinar sus primeros frutos y conocer por el fruto al árbol. No hay quien sobre la prenda del talento

preste un maravedí. Pero, ¿y las academias? se dirá. ¡Las academias! estos cuerpos son en el mundo literario lo que un faro y una boya á cien leguas del mar. En París como en Lóndres, en Berlin como en Viena, cuando un génio ha vencido todos los obstáculos y levantádose á sí mismo, entonces vienen estos cuerpos á ayudarle. Son como lacayos, que solo se ven al lado de los grandes. En su altura, combinado el ocio con la dignidad, no ven al caminante perdido ni al náufrago que pelea entre las olas. «Triunfad y os veremos,» y en tanto el génio pierde su vigor y lozanía en batallas mezquinas, en aprender la miserable ciencia de agenciar un mendrugo donde los más estultos agencian un capital, y al fin de cuenta puede ver que más cuesta el arte de vivir, que escribir la Ilíada de Homero. Esto ha sido y esto será mientras el chiste de la vida humana consista en asemejarse al puerto de *Arrebata-capas*, y el sumo bien en un talego de oro. El génio no se ve por el vulgo, y los que lo pueden ver cierran los ojos. Si aparece un grande hombre, *se le sufre*, y antes que convenirse los sabios en reconocer á un hombre privilegiado y levantarle, reconocerán, levantarán y coronarán, como ha dicho un escritor, á un sapo ú cualquiera otra sabandija.

El interés material es más despierto, más lógico, más desinteresado, modesto y equitativo. No hay semilla que no cultive, no hay grano que se le escape, ni ocasion que no aproveche, senda que no trille, ni clavo á que no se agarre, y todo de buena voluntad, sin soberbia ni orgullo, sin envidia ni celos, sin pensar en el qué dirán con tal de que acabe en utilidad y produzca oro. Con imaginarse millones de millones de ojos abiertos por generaciones sucesivas, escudriñando dónde se abre una nueva mina, se deducirá que no hay rincon escondido ni cosa olvidada que pueda producir un poco de metal. Aquí es donde el fin justifica los medios ante la conciencia: aquí es donde se verifica la verdad de los principios económicos. Oro es lo que oro vale. La hermosura vale oro; luego es oro. El oro es mercancía como otra cualquiera; luego la hermosura que vale oro es tambien mercancía; luego como mercancía entra en el comercio humano, y es materia de especulacion y de toda clase de operaciones mercantiles y de agio, hipotecas, prendas, contratas, plazos y todo lo que se quiera. Una córte como la de París, necesita de estrellas errantes para el completo de su esplendor, y tan necesario gremio son las Pompadours y Maintenon, como el cuerpo diplomático, la nobleza, los palacios, los uniformes y las libreas, y aun más, porque el nombre de córte engendra por sí el de cortesanas. Pues si esto es así, ¿cómo pudiera escaparse á la penetracion de los hombres de negocios, que este artículo, siempre en demanda, es materia de explotacion en grande escala, y que puede haber empresas que lo fomenten y cultiven? Lo que era fruto del acaso, ¿por qué no se ha de reducir á sistema y organizacion? Hoy que existen tantas sociedades de seguros de la vida, préstamos sobre seguridades personales y expectativa de herencias

y *succés* de toda clase, no podia olvidarse el gran *succés* de la hermosura. El inglés, que es el tipo del mercantilismo por antonomasia, contrata una boda ó adelanta capital sobre lo que llama *expectations*, ó prospecto de venidera fortuna. Pues bien, una jóven que entra en la primavera de la vida dotada de relevantes prendas físicas, es un *prospecto* por excelencia. ¿Quién duda de su imperio y de sus triunfos? Si la deformidad y monstruosidad son materia de especulacion: si un gigante de ocho piés, cubierto con un morrion de granadero, un enano como Tom Pouce, y un fenómeno como Julia Pastrana, llaman la atencion en todas las córtes y llenan las arcas de los empresarios exhibidores, ¿qué no llamará la perfeccion de la forma, la reunion de la juventud y la *coquetería?*

Aquí damos punto á estas reflexiones, porque ya debe haber terminado la visita de inspeccion del taller, y nuestras dos interlocutoras quieren proseguir su comenzado diálogo.

—¡A Lolotte! repitió la compañera, yo tambien iria si no fuera lo mismo que cambiar la libertad por la servidumbre. Es una tiranía atroz; el ciento por uno: ellos se lo llevan todo.

—Es verdad, pero sale una de cuidados y pasa del infierno al paraíso. Es lo mismo que tener una varita de virtud. ¿Quieres un almuerzo *á la fourchette?* te lo fian. ¿Quieres el mejor traje que hay en las tiendas de modas? te lo dan. ¿Te se antoja una carretela con lacayos *poudrés?* la tienes á la puerta. ¿Quieres montar á caballo en el *Bois?* te traen una magnífica yegua del color que pidas, con un *groom* traido expresamente del *Rotten Row* de Lóndres. *C'est horreur de plaisir,* es subir al cielo en volandas.

—Pero, *dis donc*, ¿por dónde diablos sabes tú todo eso?

—Por Ninette.

—*¡Ah, ça!* ¡con que Ninette vendió ya su alma!

—Dí mas bien que la ganó, porque la tenia perdida. Me acuerdo de cuando vivíamos en la misma casa, junto á *Nôtre Dame*, en ocasion en que se estropeó una mano, y no podia trabajar. Tenia por toda ropa blanca media camisa de color leonado. En la cama no habia sábanas, ni colchones, ni nada, porque todo estaba empeñado. Habia mañanas que despues de no haber comido desde las doce del dia anterior, se desayunaba con agua caliente para entonarse. Le decíamos que fuera al hospital; pero tenia tanta aprension y horror á ver un muerto, que antes preferia morirse. En fin, no te digo más, sino qne una noche se fué al Puente Nuevo y se tiró al Sena como una heroina. Fortuna que estaba allí un pilluelo de catorce á quince años, y, vestido y calzado, se tiró al agua y la sacó ganándose el pobre una docena de arañazos y mordeduras, porque decia ella, que lo peor del trance

ya lo habia pasado y estaba empezando á descansar. La patrona la plantó en la calle. Se fué al hospital contra su gusto, se acostumbró á oir encomendar el alma, y á dormir tranquilamente al lado de un cadáver, y como salió endeblilla, harta de pasar trabajos, y se veia jóven y requebrada, y

«.....ses beaux yeux
Fournissaient des douzaines d'amateurs,»

¿qué quieres tú? prefirió la vida alegre. Hoy gasta á razon de quinientos mil francos anuales, bebe *Hock* y *Champagne*, tiene los mejores coches que construye Binder, palco en la Opera *Comique* y en la Opera Italiana, *hôtel garni* en la *Chausée d'Antin*, refresca en *Tortoni* y come en la *Maison Dorée*.

Nueva inspeccion del ayudante, y nuevo silencio.

El lector comprenderá lo edificante de este diálogo para los oidos de una pobre muchacha como nuestra huérfana, que aunque no se acordaba de su nombre, se llamaba Angela, y entraba en el mundo diabólico de París con todos los adminículos y requisitos para dar una caida de espaldas. No hay que admirarse de que la profesion de *grisette* sea más ocasionada que otra alguna á llenar las filas de las *traviatas*. La costurera está siempre en contacto con el mundo del lujo y de la elegancia. De sus manos salen los bellos adornos codiciados, que realzan la belleza de las damas opulentas y aristocráticas. Confeccionar un elegante sombrero, hacer lujosos trajes, manteletas, cuellos, camisolas, y aderezar cuantos artículos inventa diariamente la moda, y resignarse á la privacion de todo esto, exige mucha mayor suma de fortaleza, sabiéndose lo que pueden las galas á los ojos de la mujer.

Además de esto, hay en las grandes poblaciones de las córtes, donde un sér vaga perdido sin que nadie se cure del camino que lleva, muchos sagaces y astutos cazadores desocupados, sin el menor respeto á la virtud, y con una admirable hipocresía para lograr sus intentos egoistas. Siempre hay en derredor de los talleres, de los mercados, de las estaciones de ferro-carriles y de los paseos, grandes zorros que acechan *en tapinois*, como decia Molière, y descubriendo con un soberano instinto cuáles son las jóvenes de menos experiencia, ó recien llegadas de las provincias, procuran seguirles la pista é insinuarse hábilmente como útiles servidores, patronos ó amigos. ¡Es tan fácil suplir con algo al que carece de todo! Y el corazon sencillo que aun no conoce la mundana astucia, y la juventud confiada y agradecida, y el aliento que en el desamparo dan las muestras de amor y de simpatía, son otros tantos impulsos con que el alma se deja llevar ciega á donde la maldad quiera conducirla.

Uno de estos, de larga garra y corva uña, antigua carrera, grande experiencia, fascinadora mirada, melífluo acento, hipócrita lengua y admirable constancia en

disponer el asedio, disimular derrotas y no perder la ocasion de adelantar aunque sea un solo palmo, provisto de las licencias de Satanás, vino á posarse al lado siniestro de Angela, con la misma asiduidad que ella habia tenido al lado de su anciano padre ciego. Por primera vez, despues de mucho tiempo, sonaron en su oido palabras dulces y compasivas, frases tiernas y afectuosas. Un ramo de flores adornó su cabello, de esas flores que tanto armonizan con la inocencia y la juventud. ¿Qué daño podia venir de aceptar una flor? Un lindo broche, recuerdo de leal amistad, lució en su cuello, una de esas joyas que tan bien caen sobre la joya de la hermosura. ¿Qué daño podia venir de aceptar una joya? Angela no lo sabia. Al contrario, en la soledad de sus noches le eran como hilo conductor de su pensamiento hácia el único sér que se interesaba por su suerte y que pensaba en ella. Angela recordaba sus palabras, sus miradas, su respetuosa solicitud, su intachable conducta para con ella. ¿Tan malvada es la humanidad que una jóven mujer no pueda creer en compasion sincera? Y allá en sus sueños, la tentacion iba ganando terreno, y le parecia oir que una voz cariñosa halagaba su corazon con la más dulce de las melodías.

¡ Tan bella y tan ignorada !
¡ Solo á llorar condenada !
Murmura el vil enemigo:
¡ Pobre niña abandonada,
Sin un protector ni amigo !

—

¿ Por qué ese afan incesante,
Que marchita tu semblante
Y acaba con tu hermosura ?
¿ No ves el trono brillante
Que tu belleza te augura?

—

El mundo coronas de oro
A tus piés arrojará:
El mundo te adorará,
Y en cambio de tu tesoro
Tesoros mil te dará.

—

Volarás en la riqueza
De tus deseos en las alas;
Porque en la humana flaqueza,
¿ Qué no podrá tu belleza
Vestida de ricas galas ?

—

Temprana y hermosa flor,
No al mundo niegues tu aroma
Ni tu caliz seductor:
Aprende de la paloma,
Que solo vive de amor.

—

Así el pérfido aparece,

Y astutamente la halaga,
Y con amor la adormece,
Con ilusiones la mece,
Con sueños de oro la embriaga.

—

¡ Amor ! mágica palabra
Que vence siempre en la liza,
Que el corazon electriza,
Que mundos de dichas labra,
Y al más tirano esclaviza.

—

No pudo la seduccion
Esgrimir arma más bella:
Si se rinde la doncella,
Al menos, la tentacion
Fué más poderosa que ella.

—

El sér que vaga perdido
En este inmenso oceano,
Sin ver cariñosa mano,
Sin sentir dulce latido
De padre, madre ni hermano:

—

La flaca, débil mujer,
Para amar solo nacida,
En el abril de su vida,
¡ Ay ! ¿ cómo podrá vencer,
Cuando el amor la convida ?

—

Tal vez de su fortaleza,
Como escudo se sirvió.
Tal vez firme combatió;
Pero acabó la pobreza,
Lo que el amor comenzó.

Quisiéramos ahora preguntar, si una sociedad así constituida tiene luego la suficiente franqueza para confesar su complicidad en esta ruina, y la suficiente equidad para distinguir el verdadero culpable. Nada menos que eso. El famoso juicio del gobernador de la Barataria está en su lugar y es una sentencia salomónica ó catoniana, atentas las circunstancias de aquel caso particular. Pero una córte, y si esa córte es París, donde no se hace informacion de limpieza de ningun objeto que deslumbra, donde las seducciones se multiplican hasta lo infinito, donde la fragilidad se ensalza en las novelas, en los teatros y en las conversaciones, donde el amor, á manera del código de los trovadores, no coloca en el matrimonio asunto de conveniencia, sino en el galanteo y la amorosa intriga, donde el ejemplo contagia y el oro acalla conciencias, destruye vallas, soborna vigilantes y lo compra todo, es teatro muy diverso de un despoblado y de las llanuras de la Mancha. El sér más débil puede resistir á un ataque, por fuerte que sea la tentacion; pero cuando esta se repite, y persigue, y no deja momento, ni lugar, ni medio, ni camino, ni entrada, ni avenida, la fuerza de un Hércules, el escudo de Aquiles,

la castidad de Lucrecia, la sagacidad de Semíramis, ni el retiro de Claudia Romana son de provecho alguno. En las córtes no se triunfa con la fuerza, sino con el engaño, la astucia y la hipocresía, que no pueden caber en la tierna edad, aun concediendo á los enemigos de Eva que la mujer sea gran doctora en estas artes. En París no es donde se encuentra camino llano para la juventud y firme apoyo para la inocencia. Cada paso es un escollo, desde la amiga de la infancia y las soledades del colegio, hasta el libro que instruye, la cancion que distrae, la plática que entretiene, la danza que cautiva, el paseo que encanta, el criado que sirve y el portero que espía. Pretender salir victoriosa la mujer es locura: quien busca el peligro en él perece, y los mismos santos para no caer han buscado las Tebaidas. Se rinde el hombre y cede á la ambicion, al halago de los honores, al cebo del lujo, á la añagaza de las riquezas, y vende su alma y reniega de su fé y llega hasta las más vergonzosas apostasías, hasta el crímen mismo, por una vana distincion, por un miserable puesto, y ¿no se ha de rendir la víctima de la pobreza, del abandono y la horfandad, cuando tantos enemigos asedian su juventud y su hermosura?

Pero sigamos la historia.

Angela se encuentra un dia trasladada del barrio latino al de Montmartre, de una estrecha y pobre habitacion del último piso á unos lindos cuartos de entresuelo bien amueblados, llenos de flores y pájaros, de bonitas pinturas, vistosas alfombras y cómodos divanes. Aquella es la morada de una buena mujer, parienta cercana de su protector, en cuya compañía estaria mejor una muchacha huérfana, no solo por ser más seguro asilo, cuanto porque si caia enferma, tendria quien la cuidase. Describir lo que Angela experimentó en este cambio á lo que se llama vivir en el lenguaje cortesano, seria imposible de todo punto. En su conciencia no habia el menor remordimiento, sino hartos motivos para dar gracias á Dios por su felicidad. Un hombre honrado habia tomado á su cargo hacerle merced, se habia condolido de su abandono, la amaba con delirio y la elevaba nada menos que á ser su esposa ante la faz de la Iglesia. Si la gratitud se ha visto alguna vez personificada, sin duda lo fué en Angela, esclava, amante, idólatra de un ángel en figura de hombre. Cuando en la mañana se veia libre de la imperiosa necesidad de ir temprano al taller, y atender en su pobreza á tantos mínimos cuidados como exige la vida; cuando en vez de la monotonía del trabajo y de la soledad de las noches se veia distraida con mil objetos y ocupaciones agradables, y comenzaba á conocer la faz halagüeña y seductora de París, y á ser atendida, saludada y servida, creyó que entonces verdaderamente nacia al mundo. La solicitud de su esposo, que la habia bautizado con el nombre de *mon bijou*, llegó á tanto, que para sus ratos de ocio le hizo traer un piano y le puso un maestro de música, en la que hubiera hecho Angela grandes

progresos, si las venturas durasen mucho; pero el mundo se cansa pronto de sus obras.

Un dia en que Angela, por hallarse indispuesta, habia retardado más de lo ordinario el levantarse, oyó llamar con bastante rudeza en la puerta de su aposento.

Dada la venia, que no era un requisito necesario, penetró en el aposento la señora, su querida tia, con un gesto por demas avinagrado, que hizo dar un salto al corazon de Angela, acostumbrada á no ver ya en torno suyo sino semblantes placenteros.

—Y bien, *Madame*, dijo la recien venida, ¿qué quiere decir esto? Mal dia ha escojido usted para fingirse mala.

El nublarse el cielo, oscurecerse el sol, derrumbarse una montaña ó desplomarse el firmamento, no hubiera causado mayor terror á la pobre niña que aquel gesto y aquellas palabras. Si le hubiese hablado griego ó caldeo con el ordinario agrado, Angela hubiera comprendido y traducido las palabras por la expresion del rostro; pero aquello fué un logogrifo, y además un nudo que le apretó la garganta y solo le hizo prorumpir en sollozos.

—¡*Allons, donc!* exclamó la harpía, tirando de la ropa de la cama; ¿será menester que alborotemos ahora por una...

—¡Dios mio! ¿qué es esto? prorumpió al fin Angela en un tono que expresaba su sorpresa, su terror y abatimiento.

—¿No lo sabe usted, *Madame?* replicó la buena dueña con una sonrisa burlona y comenzando á poner en órden algunos muebles: pues bien, yo se lo diré. Es preciso levantarse, coger sus trapitos y *décamper*.

—¡Pero, querida tia!...

—Amada sobrina, interrumpió la señora, si usted va de buena fé en la farsa, tanto peor para usted: lo siento mucho, y con todo eso no lo puedo remediar. Nuestro parentesco concluye con el alquiler, y á fé que no he sido una tia muy exigente. Hoy al oscurecer vendrá una nueva parienta á ocupar estas habitaciones. Ya ve usted que el amor de familia no ha de ser exclusivo. Una ha de ser para todos, y todos deben disfrutar á su turno.

La sencilla Angela creyó comprender ahora la situacion en que se hallaba, tomando por lo sério y al pié de la letra aquel lenguaje irónico. Se figuraba que algun disgusto de familia ó alguna preferencia inexcusable la obligaba á preparar hospitalidad á otros parientes más allegados. Así es que con la mayor inocencia dijo:

—Mi deber es obedecerla; pero al menos esperaré hasta que venga mi esposo.

—¡Su esposo! exclamó la patrona.

«Mambru est allé á la guerre:
¿Qui sait quand il viendra?»

—Vamos, hija mia, se conoce que tiene usted pocos años y es nueva en el mundo. No importa, *c'est toujours le même*. Una sabe hoy más que ayer. La experiencia viene por sus pasos contados. Con poco que usted pase en la escuela de París, cantará en la mano.

—Pero, ¿qué le ha sucedido á mi esposo? preguntó azorada la pobre Angela.

—Nada, *il se porte bien*, que yo sepa, replicó la taimada mujer. Y luego, con un cinismo repugnante, comenzó á cantar:

«Avait pris femme le Sire de Framboissy,
Lą prît trôp jeune, bientôt s'en repentit.»

—¡Ah! exclamó Angela, sin poder contener un torrente de lágrimas: ¿me ha abandonado?

—¡Abandonado! no: ¿quién está sola en París con esa cara de cielo? Además, que vuestro marido *pour rire*, se ha portado como un príncipe. Me alquiló estos cuartos por tres meses, y adelantados. Tres meses, *¿voyez vous?* es un ejemplo de constancia digno de admiracion en París. Nunca he visto yo durar tanto un matrimonio de *mentirigilla*. Hoy cumple el alquiler, *Madame*, y en vez de escurrir la bola, como hacen otros, me ha dejado un billete de mil francos para usted ¡Mil francos! *¡Sapristi!* ¡si yo hubiera hecho mi *début* con mil francos!

Cada nueva explanacion de la mujer, era un nuevo dardo para el corazon de Angela, iniciada de repente en tantos secretos de maldad, que ni sospechaba ni comprendia. Solo veia que el horizonte de su felicidad se trocaba en la más negra perspectiva: solo sentia que una enorme losa oprimia su corazon, y que su espíritu desfallecia por momentos. Todavía, sin embargo, tuvo ánimo para medir el fondo de su desventura.

—Si él me ha dejado, tal vez se arrepentirá, dijo Angela. La conciencia le hará volver á su esposa ante Dios. Yo le he amado con delirio, le he sido fiel, he cumplido mis deberes, ¿cómo pudiera ser tan ingrato?

—La verdad es, *ma petite femme*, que usted está en un error. Aquí no ha habido matrimonio ante Dios, sino ante el diablo. Todo fué una farsa.

—¡Dios mio! exclamó Angela, conociendo al cabo el espantoso complot de que habia sido víctima: ¡engañada vilmente! ¡perdida para siempre!

—¡Bah! dijo la mujer, un tanto enternecida al considerar la inocencia de Angela. Todo es farsa en este mundo, y con todo, marcha, y va *passablement*, que digamos. Yo he asistido á muchas bodas de estas en que el engañado ha sido el marido, y sin embargo, se ha portado como un hombre. Ahora lo que hay que

hacer es distraerse, gozar de la vida, ahogar lo pasado en un mar de *Champagne*. El llanto afea á las mujeres. Así como así, tengo yo un enjugador en mi bodega, que no tiene igual, y si no, á los efectos me remito.

Y diciendo esto salió de la habitacion.

Cuando la ventura no ha llamado á las puertas, la adversidad es más llevadera, y cada dolor pasado viene envuelto en una atmósfera de poesía en la region del recuerdo. Angela habia vivido en la adversidad, y muchas veces habia gustado de un placer melancólico indescriptible al recordar á su anciano padre y sus peregrinaciones de lugar en lugar implorando la caridad pública. La pobre choza, el frugal alimento, el rústico albergue, la inclemencia de los elementos, la vida errante, se le representaban con un misterioso atractivo, y no sintiendo el dolor de presente, se fijaba más su imaginacion en la belleza de los campos, en el trinar de las aves, en la risueña aurora, en el tranquilo ocaso, en el cristalino arroyo que templaba su sed y en la sentida plegaria con que se adormia. Pero el placer envenena, como el dolor dulcifica. Angela era ahora desgraciada, y se creia infeliz como si hubiese nacido y vivido dichosa, y el breve tiempo de su mentida ventura, no fué más que un término de comparacion para medir lo profundo de su miserable estado.

Durante la breve ausencia de la mujer, Angela se habia levantado maquinalmente y habia comenzado á vestirse. Multitud de ideas se agolpaban á su mente, ya forjándole esperanzas, ya sumiéndola en nueva amargura.

—Hé aquí una chica *raisonnable*, exclamó la patrona, entrando en el aposento provista de una botella de *cognac* y dos vasos. *Ma foi*, las penas son en el alma como las llagas en el cuerpo. Si usted se deja ir, y no les pone ungüento, crecen, crecen, crecen, y hacen del espíritu un San Lázaro. Vaya, niña, añadió llenando un vaso y aplicándolo á los lábios de Angela, que bebió sin oponer resistencia; aquí está el ungüento, el sánalo todo. Usted no ha bebido vino todavía, y ha hecho muy mal. El vino es media vida, le hará ver el cielo, y le será de gran provecho en adelante. Esto va *par dessus le marché*, es un obsequio. Ahora, hé aquí los mil francos: haré venir un *fiacre*, ¿no es verdad? ¿Qué señas son las de su nueva casa?

Angela sintió agolparse la sangre á su rostro al poner la mujer el billete en su mano, y viéndose así humillada, hizo el billete menudas piezas en un abrir y cerrar de ojos, y arrojándolos al fuego, exclamó revistiéndose de dignidad:

—Dormiré en el suelo.

La mujer, atónita, por toda réplica entonó la popular cancion:

«Mon père est á Paris,
Ma mère est á Versailles,
Et moi je suis ici,
Je couche sur la paille.

L'amour, l'amour,
La nuit comme le jour.
Et roux... etc.»

Afortunadamente en aquel instante, una visita inesperada vino á interrumpir aquella escena.

Era una de sus compañeras de taller, de que ya tienen noticia nuestros lectores por su diálogo, aunque no por el nombre. Entonces tenia un nombre cristiano, y ahora tenia un apelativo, que no se encuentra en ningun calendario aprobado, sino en la nomenclatura estrambótica del mundo alegre de París. Se llamaba *le Chat vert*, sin duda por lo menudo de sus facciones el sustantivo, y el adjetivo, por tirar sus ojos á ese color, ó por usarlo en sus trajes y adornos con preferencia.

Esta jóven habia puesto en ejecucion su propósito, engañada por su amor propio. Se habia creido *irresistible*, y no era más que *tolerable*. Halló alguna proteccion; pero en cuanto al crédito, fué limitado y correspondiente á la primera clasificacion de simple *beauté du diable*. No habia pisado la *Opera*, mas en cambio habia conocido todos los teatros del *boulevard* del crímen, y sido una Dafne en el café de *Apolo*, y más de una vez tuvo la honra de romper un rigodon en primera fila con el viejo Giccard en las *soirées* danzantes de París, hasta que la agencia la declaró *improfitable*. Durante este tiempo no habia visto á Angela, pero sabia de su buena fortuna, más que si en estos círculos hubiese un *Moniteur* oficial y una agencia *Havas*. La noche antes habia tenido noticia del *malheur*, á saber, que el falso esposo aparecia matrimoniado en otra zona de París, con otra *ex-grisette*, venida recientemente del país de las trufas, del gran Perigaud. Era un verdadero caballero de industria en especial escala; pero, ¿qué hacer? el carácter de la mujer francesa no es como el de sus vecinas en estas materias. Una inglesa irá á los tribunales á representar el papel de víctima y á pedir indemnizacion de daños y perjuicios, aunque anden sus secretos y su honra al estricote por todas las partes del mundo. La francesa es más recatada y sufrida: perdona ú olvida más fácilmente, y saca el mejor partido que puede de su situacion. Es una debilidad confesarse víctima de una jugada amorosa, y un oprobio recibir el vil metal de quien se aborrece. Además, un proceso arruinaria el prospecto de la nueva esposa. ¿Quién sabe si tendrá más arte para cautivarle y acabará en sério lo que empezó en burla? Y cuando así no fuere, un dia de vida es vida. *Allons, donc*.

Así debió razonar *Chat vert*, cuando supo la traicion que se hacia á su antigua camarada; pero si miraba la cuestion por este lado en cuanto al seductor, sentia al mismo tiempo gran dósis de compasion hácia su amiga, y venia dispuesta á consolarla y ofrecerse á su servicio. No hay gentes más caritativas entre sí que los que sufren y viven en la desgracia. Un distinguido escritor, á quien ya hemos citado en

otro lugar, el elegante y clásico De Quincey, consagra muchas páginas de la historia breve de su vida (no menos sincero en su relato que el gran *Rousseau*), á pagar un homenaje tierno de gratitud á la memoria de la noble accion de una de estas desgraciadas, que le salvó la vida cuando se hallaba pobre, hambriento y abandonado en los lugares más públicos de Lóndres. Era una jóven, sola tambien en aquel oasis de séres humanos, á quien el iman de la miseria habia reunido con otro miserable en la calle de Oxford. De Quincey tenia entonces muy pocos años, y aunque era un gran escolástico y sabia griego y latin á las mil maravillas, sobre la prenda del talento no hallaba quien le prestase un maravedí. No recordamos si la Academia, cuando le vió levantado, vino en su ayuda; pero seria una rara excepcion si no lo hizo. Lo cierto es, que el gran helenista, despues famoso, se hallaba sentado á las diez de la noche á la puerta de una casa de *Dean Street*, esquina á la plaza de *Soho*, que aun existe, porque la reforma urbana no ha llegado por allí, y reposaba de su fatiga al lado de su compañera, despues de veinte y cuatro horas que no se habia desayunado sino es del viento que corria. De repente se sintió atacado de un mortal desmayo, que le tendió en el suelo cuan largo era, frio y cadavérico, y mientras las gentes pasaban y miraban y seguian su camino sin ver que un pobre niño moria de hambre, la compasiva jóven corrió á la taberna inmediata, y empleó lo único que tenia en su apocada y mísera bolsa en un vaso de generoso vino, que aplicado á tiempo, le reanimó los espíritus. Este hecho, considerada la pobreza de aquella mujer y su propia hambre, que no seria de mucha menor fecha, vale para un buen criterio tanto como cualquiera de los de Alejandro, que por fortnan hay más héroes en el mundo que los coronados de laureles. Angela, rompiendo el billete, su única tabla para sobrenadar en la superficie de París, mar distinto de Océano, porque en éste el que cae lleno de oro se va al fondo, y en aquel le sostiene como boya, es un Cortés femenino, que destruye las naves y se abandona al terrible dilema de vencer ó morir.

La entrada de *Chat vert* regocijó el corazon de Angela por un lado, aunque por otro le lastimó el recuerdo de los tiempos del taller, en que, si bien pobre, conservaba su alegría infantil, vivia inocente, pura, tranquilo el corazon é ignorante su mente de la malicia y perversion humana.

Las dos jóvenes se abrazaron estrechamente y derramaron lágrimas en silencio. Pero la amiga, que no era muy sentimental en sus expresiones, aunque sabia sentir en secreto, sacó de su manguito el pañuelo, se limpió los ojos, y procurando distraerse con los pájaros, las flores y otros objetos del aposento, por no encontrarse con las miradas de Angela, dijo:

—Vengo á pedirte un favor.

—¡A mí! exclamó Angela.

—Sí, respondió Victorina, que este era el nombre verdadero de *Chat vert*. Hoy es la fiesta de los difuntos. ¿Quieres venir conmigo á rezar en el cementerio por Virginia? Mira, he comprado tres coronas preciosas frente á la Magdalena, y un ramo de flores, el mejor que habia. Las tengo abajo en un coche; si te vistes pronto y me acompañas, te lo agradeceré.

—Con mil amores, respondió Angela, para quien la proposicion de Victorina fué un bálsamo en su herido pecho. La memoria de Virginia era como cosa sagrada para ella, y más de una vez habia rogado por ella al rezar por sus padres y sus hermanos. Solo el lugar del cementerio, solo el recuerdo de aquella desgraciada, pura como un ángel y mártir de su deber, podia consolarle, darle fuerzas y hacerle olvidar por un momento su situacion.

—Pero, ¿cómo complacerte? Volverémos tarde, y yo... debo buscar un asilo: no tengo dónde dormir, prorumpió llorando y en el mayor abatimiento.

—¿Y es eso todo? ¡Bah, no te apures! Trae tu maleta; hacemos el equipaje, lo lleva el coche á mi casa, y nos vamos muy tranquilamente al campo santo.

—¿Y entonces?...

—No me repliques, que se hace tarde, y yo no digo las cosas más que una vez. Despachemos.

Angela obedeció comprendiendo que aquella rudeza de su amiga era la mejor respuesta que podia dictar la delicadeza. Trajo sus cofres, y ayudada de Victorina, en un momento guardó su ajuar, que no era mucho, pues aun no se habia despertado en ella la pasion del lujo.

—¿Y los pájaros? preguntó Victorina, ¿van tambien?

Angela volvió tristemente la cabeza hácia la jaula en donde tenia un canario y un jilguerillo, y no parece sino que en su melancólica mirada leyeron su triste despedida, porque en aquel momento comenzaron á extender las alas y á cantar de un nuevo modo.

—El canario es mio, dijo Angela con una expresion infantil que comprendió Victorina.

—Entonces, respondió esta, siga cada cual la suerte de sus dueños. Conserva el tuyo y echemos á volar el otro.

Angela se subió en una silla, mostrando, como dicen los novelistas de hoy, una botita perfectamente ajustada á un pié estatuario, y descendió de un salto con su dorada jaula.

Victorina habia abierto el balcon, en tanto que Angela abria la puertecilla y cogia con sumo tiento al jilguero, murmurando entre sí:

«Vuela, vuela, pajarillo
En la diáfana esfera,
Libertad hora te da,
La que sin ella se queda!»

Y sacando su brazo por encima de la reja lo elevó con fuerza mientras extendia sus lindos dedos. La avecilla voló á cierta distancia por el impulso; pero, ¿cuál pudo ser su sorpresa cuando vieron que, describiendo un círculo, tornaba á bajar y buscaba la puerta de su prision?

—¡Mira, exclamó Victorina enternecida, dando una palmada y una vuelta en redondo sobre su tacon: el pobrecito se vuelve! Más ley tiene que su dueño, y deja su libertad por amor á su compañera.

Angela, no menos conmovida, elevó sus ojos al cielo, como diciendo:

—¡Y no aprenden los hombres, Dios mio!

La vuelta del pájaro fué una accion tan admirable para las dos jóvenes, que á estar en su mano le hubieran condecorado con la legion de honor ó concedídole el premio *Monthyon*. Volvió, pues, á ser encerrado, y disputándose ambas la honra de llevar la jaula al coche, abandonaron aquella casa y tomaron el camino de la de Victorina.

Ocioso es referir lo que le chillaron y acariciaron mientras le tenian en las faldas, y que durante la travesía Angela le compró azúcar y otros regalos para darle aquel dia una gran comida, y empavesar la jaula con banderillas de colores.

Dejado el equipaje y aquel héroe en miniatura en la nueva morada, iban á dirigirse al campo santo; pero Victorina recordó que Angela estaria en ayunas, como era la verdad, y dió órden al cochero que recorriese el *boulevard*, á fin de escoger la fonda que mejor le pareciese.

Gracias á la vida *fuera de puertas* de París, las fondas brotan por todas partes, como si la ciudad estuviese sobre una gran cocina. La amiga de Angela las conocia todas, y en más de una ocasion le habia sucedido comer dos veces y cenar tres en diversas fondas en el mismo dia; así como otros se los habia pasado en flores, que tal es la varia suerte á que estaba sujeta con perjuicio de su salud, porque la máquina digestiva no sufre estas variaciones de compás. La eleccion recayó al fin en el *restaurant Jouffroy*, frente al pasaje de los Panoramas, que convidaba con su elegante *terrace* á disfrutar de un golpe de vista pintoresco. Victorina pidió la lista de los manjares, porque queria comer á la *carte* y obsequiar fastuosamente á Angela; pero ésta se hallaba tan melancólica y pensativa, que el estado de su espíritu habia desconcertado el cuerpo, y no apetecia cosa alguna. Los desgraciados, dice *Shakspeare*, nunca gozan de salud. Tiempos hubo en que Angela hubiera agradecido en el alma

gustar de cualquiera de aquellas gollerías, y en aquel momento todo el arte de *Soyer* era impotente para cautivarle.

Mientras se preparaba la comida, Victorina desplegó toda su charla y todas sus fuerzas para distraer á Angela. Le contó en dos paletas su vida, sus aventuras, sus proyectos: le refirió anécdotas: le recitó canciones anacreónticas en que sobresale mucho la musa francesa; pero todo era inútil. Angela tenia su pensamiento en un mundo en que la alegría era una disonancia. Extraño caso, que la afliccion en las almas elevadas rechaza las notas del placer y busca por alivio á su semejante. Su imaginacion alternaba entre la memoria de Virginia y la de su pérfido engañador, y si alguna cosa podia consolarla, era la esperanza, esa misteriosa divinidad que siempre aparece detrás de las borrascas del corazon y las tormentas del espíritu en trono de soles y de estrellas, cual la Angélica de las leyendas, con sus ojos verdes y el anillo puesto entre los labios en señal de silencio perdurable; ese arco iris de nuestro turbado cielo que nos alienta con su vista y nos abisma con lo impenetrable é infinito de su forma circular, semejando apoyar sus extremos sobre la tierra con una igualdad aterradora, para dejarnos en la duda de cuál camino nos llevará á la altura del deseo, ó si el hombre partirá de un punto y recorrerá la órbita en vano, volviendo otra vez á la tierra y al nivel de donde salió. Esa esperanza, el mayor bien de los que lloran, el génio que lleva de la mano á la juventud, vino á dulcificar la amargura de Angela, y como no hay vacío que no llene el deseo, ni sombra á que no dé realidad, ni aire á que no dé cuerpo, ni leve arista en que no se apoye como si fuese ancora segura y cimiento sólido, creyó hallar en el retorno del pajarillo un buen agüero para su corazon.

Victorina fué poco á poco volviéndose tambien taciturna por el contagio del dolor. De cuando en cuando miraba á Angela con el bello rostro inclinado y los ojos húmedos de lágrimas, y cada mirada iba robando lucidez á su imaginacion y movilidad á su espíritu. Ya hemos dicho que Victorina era muy sensible, aunque concentrada en sus manifestaciones. En medio del atolondramiento de los placeres tenia sus momentos nebulosos de negra melancolía. A diferencia de otras que no miran al porvenir, que creen que su belleza será eterna, Victorina habia meditado acerca de lo que podria ser de ella, cuando el tiempo aniquilase su lozanía y acabase con sus atractivos juveniles. En honor á la verdad, no imitaba á las que, siguiendo el temple del carácter francés, hacen de su profesion un papel de teatro, y adormecen la conciencia hasta vivir sin sobresaltos ni remordimientos. Un instante de hastío es ya una protesta del alma y un signo de redencion. Victorina, en presencia de aquel dolor sagrado, pensó si por ventura no era su estado peor mil veces que el de Angela, y si no tenia más razon que ella para llorar. Tal era la situacion de aquellas jóvenes en medio de aquel vistoso escenario

de París. ¡Qué contraste entre las miradas inquisitivas, impudentes y malignas de los hombres que allí se hallaban y las de nuestras dos jóvenes! ¡Qué abismo entre sus pensamientos libertinos excitados por la bebida en su mente ociosa, y los pensamientos de aquellas dos desventuradas! Angela no podia levantar el rostro sin sentirse mal, cual si los ojos de los hombres fuesen basiliscos, y sin embargo, todos estaban clavados en ella, y todos hablaban de ella sin la menor reserva, creyendo tener nuevo sol y nuevo tesoro que iba á aumentar el número de las Mesalinas.

Victorina se apresuró á comer, viendo lo que Angela sufria con aquella conducta grosera y baja, á que si ella estaba acostumbrada, era un martirio para su amiga. No obstante, cuando salieron del pasaje Jouffroy y tomaron el coche, ya comenzaba á caer la tarde, y fué preciso ofrecer al derrotado Apolo una propina para que saliese de su tardo paso y llevase los caballos por el aire, si habian de llegar á tiempo. La larga travesía se mostraba en todas partes llena de carruajes y de pedestres que regresaban, de modo que cuando pudieron salir del centro de París tan lleno de tropiezos, ya habia empezado á oscurecer, y al llegar á las puertas del cementerio, el guarda de la necrópolis gritaba: *On ferme les portes*, con una voz lúgubre que resonaba tristemente en las inmediaciones.

—Tanto mejor, dijo Victorina, notando lo desierto del campo santo. Así podremos orar mejor y sin que nadie nos distraiga.

—Pero será imposible entrar, observó Angela.

—¡Imposible! exclamó Victorina, ¿crees tú que hay algo imposible en París? Con llave de oro en todas partes se entra y no hay puerta que resista.

En efecto, mediante la gratificacion de dos francos, el guarda consintió en que penetrasen las dos jóvenes, no sin admirarse de su resolucion para vagar entre las tinieblas por aquellas soledades.

Victorina antecogió las coronas y Angela las flores y atravesaron por entre las rejas del campo santo; pero á pocos pasos se detuvo aquella repentinamente.

—¿Y qué vamos á hacer en este laberinto? Nos perderemos mil veces, sin dar con el sepulcro de Virginia. La pobre no tendrá un panteon muy elevado.

Esta observacion las hizo volver el paso é ir en busca del guardian del cementerio que acababa de echar las llaves y volvia murmurando una antífona.

—El caso es, buen amigo, que sin una guia hemos hecho un viaje en balde.

—¿Una guia? respondió el ostiario; mala ocasion es. Aquí no hay otra guia más que yo, que conozco la *geografía* de estos lugares. Toda aquella parte es gente noble muy bien alojada en panteones. Más allá hay de todo, y junto á aquel ribazo está la gente llana como higos en barril. ¿Quién es el difunto?

—Una pobre muchacha, dijo Victorina.

—Entonces, repuso el guardian, debe estar en la fosa comun, ó por allí cerca si le han puesto alguna fé de muerto.

—Una losa tendrá, aunque humilde, añadió Victorina.

—Ahora veremos.

Y diciendo esto se disponia á caminar, cuando vió que llegaban á la puerta dos sepultureros conduciendo un ataud sobre sus hombres. El portero les franqueó la entrada, y la comitiva, compuesta de cinco personas, se puso en marcha con lento paso y gran silencio.

Angela y Victorina, desde la aparicion de aquel ataud desvencijado, pobre y roto por algunas partes, y sin séquito alguno, iban sobrecogidas de terror, que se aumentaba al oir el golpear acompasado de los desnudos huesos del cadáver contra las tablas del féretro. ¿Quién seria aquel desgraciado sér que tan desamparado iba á la postrer morada?

Embebidas en estos pensamientos caminaron hasta que, al llegar á un crucero de sendas, los enterradores tomaron un camino, y el guardian les invitó á que le siguiesen por otro que conducia á la capilla y á la casa donde él habitaba.

Una vez llegados, comenzó á buscar en un pequeño estante, y sacó un libro con cubierta negra de bayeta y cantos de metal, en donde estaba el empadronamiento de aquella poblacion invisible.

—¿Cómo se llamaba? preguntó el guardian.

—Virginia Carrel, respondió Victorina.

—¿En qué dia fué enterrada?

—El veinte y cinco de octubre.

El guardian miró los índices, y al cabo de estar pasando hojas un rato, dijo:

—Aquí está: Virginia Carrel, veinte y cinco de octubre, al oeste de la fosa comun, junto á la alameda de ciprés, número uno.

Y dejando el libro en el estante, tomó una linterna sorda y salió de la casa seguido de las jóvenes.

El guardian las condujo directamente al lugar indicado. Era un sepulcro humilde y levantado como un palmo de la tierra, cubierto con una losa, en donde no habia inscripcion ninguna, y sí solo una cruz que habian puesto aquel dia entre varias flores y una pequeña corona.

Llegado allí, el guardian las dejó solas, y se encaminó hácia la fosa comun, en donde sonaban los golpes de la azada.

Ambas jóvenes depositaron su ofrenda sobre el sepulcro de su compañera; se hincaron de rodillas; cruzaron sus manos, y empezaron á orar fervorosamente por el alma de Virgina. ¡Qué espectáculo tan solemne y sublime! ¡qué cuadro tan bello

poniendo de relieve el atributo más noble del alma humana, que es el amor sobreviviente á las obras destructoras de la muerte! Ante aquel polvo que llevará el viento, se llena el espíritu de ideas de inmortalidad, y conversa con los que ya no son, y remeda la eternidad perpetuándolos en la memoria de generaciones. ¿Quién pudiera decir lo que experimentaron aquellas dos niñas desamparadas y solas en el mundo, como lo estaban al pié de una tumba? Allí tal vez se sintieron fortalecidas y seguras, rodeadas de las imágenes de los que amaron y el hado fatal les arrebató tempranamente. Allí tal vez vió Angela abrirse el cielo y bajar su anciano padre con el hijo querido que buscó en vano sobre la tierra, y posarse á su lado y señalarle la virtud como el único asilo en su desventura hasta llegar á la patria eterna del descanso.

Aquella meditacion, aquella oracion fervorosa que engendra el bálsamo de las lágrimas es un maravilloso medio de cultivar y refinar el espíritu. ¡Ay de aquel que no se levanta transformado y sereno de entre el polvo de las sepulturas!

Cuando las jóvenes se levantaron, Angela se dejó caer sobre el seno de Victorina, y estrechándola fuertemente y besándola con ternura, murmuró:

—¡Cuánto bien me has hecho!

Densas tinieblas reinaban por do quier. El canto triste del buho alternaba con los golpes de la pala que abria la sepultura, y un viento frio helaba los huesos. Como por instinto, las dos jóvenes se fueron acercando á donde se oia el ruido, y al cabo de algunos instantes la luz de la linterna del guardian les sirvió de más seguro norte. Llegaron al fin al medio de aquella triste escena, cuando los sepultureros descubrian el ataud y sacaban el cadáver de una mujer, que rodó por la fosa hasta cubrirse en el fondo con la removida tierra. Despues echaron un poco de cal, y se retiraron. Angela y Victorina, con las manos cruzadas y mirando á la fosa, no habian divisado un objeto que entre las sombras se acercaba; pero de repente quedaron sorprendidas al escuchar un acento lastimero que llevó á sus oidos esta fúnebre oracion:

La noche tiende su manto:
Silencio reina profundo
En torno del campo santo,
Donde de muertos un mundo
Pone á los vivos espanto.

—

Cavada se ve en la tierra
Honda, humilde sepultura,
Que muertos sorbe y encierra;
Botin de la eterna guerra
Que eterna paz asegura.

—

Sin preces ni ritual,

Del mundo rara virtud,
La fosa traga un mortal,
Que viene del hospital
En miserable ataud.

—

Con golpe glacial y rudo,
La madre tierra en sus senos
Recibe el cuerpo desnudo:
Tierra y cal le son escudo,
Que Dios nos hizo de menos.

—

No hay quien grabe humilde losa,
Ni ponga sencilla cruz,
Ni en oracion fervorosa
Se escucha la voz piadosa
De un ministro con capuz.

—

No hay mortal que vista duelo,
Ni amigo que pida al cielo,
Ni madre que vierta llanto:
Como la nada su manto,
Le echó el olvido su velo.

—

Murió... no existe formal
Recuerdo de su existencia,
A salvo el del hospital
Que dice, de qué dolencia
Falleció *el número tal.*

—

Que al cruzar de este desierto
El breve camino incierto,
Solo halló este apelativo:
Cadáver, cuando era muerto,
Y *mortal*, cuando era vivo.

—

¡ Pobre mujer ! tal pasó
De aquesta mísera vida
Un alma que se abrasó,
Y en fuego de amor prendida
En el abismo cayó.

—

Jóven, perdió la existencia,
Jóven, perdió la hermosura,
Niña, perdió la inocencia:
Guióle la inexperiencia
En esta mansion oscura.

—

¡ Cuán triste y lúgubre historia
La del pobre ángel caido,
Del mundo ayer gala y gloria,
Hoy sin huella ni memoria
Entre la nada perdido !

—

No supo quién le dió el sér,
Nadie rió á su nacer,
Nadie le enseñó á vivir,

Nadie vió su padecer,
Nadie lloró á su morir.

—

¿Qué respondió á sus lamentos
La culpable sociedad?
¿Cómo alivió sus tormentos?
Le dió oprobio, sufrimientos,
Desamparo y horfandad.

—

En su frente su mancilla
Le colocó por librea,
Y vió su ruda pelea,
Cual salvaje que, en la orilla,
Con náufragos se recrea.

—

Sobre el altar del placer
El egoismo ordenó
Que fuese víctima un sér,
Y porque débil nació,
Sacrifica á la mujer.

—

Descansa, descansa ya
Donde amarga desventura
No más te perseguirá,
Y encuentra humana locura
Escrito un «No más allá.»

—

Y en tanto graba la muerte
En esa profunda fosa:
Si debiste algo á la suerte,
Fué el haber nacido hermosa,
Para ayudar á perderte.

Un silencio profundo sucedió á los últimos tristes ecos de aquella voz funeraria y solemne que parecia salida de las tumbas. El lugar, la hora, las tinieblas, el silencio é inmovilidad de los vivos solo comparable al de los muertos daban un lúgubre colorido á aquella escena, que habian presenciado los sepultureros y el guardian, atraidos por el acento grave y misterioso. ¿Quién era aquel sér que semejaba la musa del dolor, inspirando la elocuencia de las tumbas? Angela y Victorina tenian la vista fija, inmoble, sobre el lugar de donde partieron los ecos, y cuando la linterna del guardian curioso iluminó aquel sitio, vieron que un hombre vestido de negro se alejaba y perdia entre las alamedas con paso grave y mesurado. ¿Seria un nuevo Heráclito que venia á filosofar aquella noche entre los sepulcros y á llorar las miserias humanas?

Las jóvenes no supieron que pensar sobre esto; pero sí pensaron mucho acerca del triste argumento, que en cada una de ellas habia producido efecto distinto, pues tranquilizó á Angela y turbó la mente de Victorina, de tal modo, que al volver á su casa parecia haber pasado, no más horas, sino un largo período lleno de grandes vicisitudes y trastornos. La antes triste, estaba alegre, y la antes alegre, triste.

Angela se rindió á un dulce y tranquilo sueño, despues de haber hecho sus oraciones de costumbre. Victorina no pudo conciliarlo, presa de una agitacion violenta. La pintura de la vida de aquella infeliz mujer estaba presente en su imaginacion, y tanto más se le fijaba en ella, cuanto más consideraba la exactitud del retrato. Con ser tan jóven recordaba haber visto desaparecer de aquel mundo de los placeres más de un alegre peregrino; pero en la continuada orgía que ciega los ojos del alma, vénse solo los astros que suben, los soles que brillan, los nuevos cometas que con ignoto rumbo vagan, y una vez hecha su fugaz carrera, nadie sabe de su direccion parabólica al orbe de la nada, ó mejor dicho, nadie quiere saber de qué modo se arregla la catástrofe y concluye la comedia alegre en tristísima tragedia. Pero la leccion presente era terrible. La idea de la muerte en el hospital, la vista de aquel cadáver rodando hácia el fondo de la huesa, la contemplacion de aquel rostro, antes embeleso del mundo, y ahora transformado en horrendo por el gran alquimista de la muerte, la hacia estremecer profundamente y forjar visiones espantables. Si un momento caia en aparente reposo, se le representaba la escena del cementerio, veia removerse la tierra y salir aquel cuerpo lívido, llagado y corrompido trepando por el muro de la fosa, hasta sentir su asqueroso hedor y su contacto frio, y que tomándola de la mano la sentaba junto á sí y la decia: «¿Ves esta notomía espantosa, estas horrendas guedejas, estos lábios cárdenos, estas mejillas hundidas y estos ojos apagados? ¿Ves estas llagas y podredumbre? ¿sientes este aliento que hiela y emponzoña? Pues las gracias no formaron cuerpo más perfecto que el mio, ni la rosa tuvo más encendido color que mis mejillas, ni el oro dió hebras que igualasen á mis cabellos, ni el mar corales que compitiesen con la finura de mis lábios, ni la perfumada brisa de la primavera embriagó como mi aliento, ni el sol deslumbró como los rayos de mis ojos, ni todos los gusanos adorno de mi cadáver llegan al número de joyas que adornaron mi hermosura. Yo en el mundo de los vivos, tenia por sobrenombres cuantos prestan las flores del campo á los lábios del tierno enamorado. Yo rendí, fasciné, triunfé, esclavicé, enloquecí á cuantos vieron el prodigio de mi hermosura, sintieron el fuego de mi mirada, ú oyeron mi canto de sirena, y llené los ámbitos del gran festin con las alabanzas de mi nombre. Acércate, mírame, reconóceme: esto era ayer, no ha habido más que un soplo, un respiro; todavía hay calor en el centro de mi cerebro; todavía dura mi vida póstuma, que es un siglo encerrado en cada espacio de dos pulsaciones. Tú no sabes lo que es esta vida entre luz y sombra, porque al ver un cuerpo helado que se descompone le llamas cadáver y huyes de él; pero la vida se retira de los extremos y se pega á la médula de los huesos, mientras dura el festin de los gusanos, y esta es mi hora de contemplacion. Cuando viví en el mundo se escapaba el calor por los sentidos. Mis ojos no se hartaban de

ver, ni mis oidos de oir, ni mi olfato de oler, ni mi paladar de gustar, ni mi tacto de palpar. Ahora están cerradas las válvulas, y el fuego dentro, tanto más intenso cuanto más concentrado. Dios quiere que este fuego sea mi purgatorio, y el mundo quiere que sea mi infierno dentro de esta fosa que estorba la obra de los gusanos. Por eso busco el aire que me corromperá más pronto. Anda, vuelve al centro de esa piscina entapizada, revuélcate en ella como yo, cuenta unos pocos latidos de tu pulso y serás conmigo en esa fosa: respira una vez más, huye siempre del cementerio, que él te alcanzará. Extravíate en la ciudad de los vivos, y darás más pronto en la de los muertos. Vé y vuelve; cuenta millones de latidos de tu pulso hasta que llenes el firmamento de números, y aun no se habrá movido el mio en la eternidad. Tú estás de prisa, y yo despacio; sube, sube cuanto puedas, y rodarás mejor, que la tierra está sedienta de tí, el polvo ama lo que es polvo y la nada lo que es nada.»

Y en esto le parecia que el esqueleto la abrazaba con un amor entrañable y la clavaba en el corazon sus dedos de hierro, y sintiendo una gran congoja, despertó azorada temblando de piés y manos y se abrazó con Angela, que dormia entonces el sueño de los ángeles.

. . . .

Bien quisiéramos, como narradores fieles, seguir paso á paso los de esta verídica historia, ilustrativa del adelanto que ha hecho el egoismo en la ciencia del bien y del mal; pero faltos de espacio, los lectores nos dispensarán que pasemos en claro un turbio período de diez años en la vida de nuestras heroinas, y terminemos, *more novelesco*, con un epílogo en esta acostumbrada forma:

III.

Reparacion de agravios.

Han transcurrido diez años.

Es un dia de noviembre, con el cielo medio entornado y París medio trastornado, porque entre el bullicio ordinario se escucha el doblar triste de las campanas, y se ven figuras sérias por las calles, y semblantes resposados y cataduras circunspectas.

Queremos decir, que es otro dia de difuntos, otra fiesta del cementerio, al cual nos vamos y tomamos posicion en la altura de nuestro observatorio, y como de

nuevo estamos en el reino de los que duermen, de nuevo se nos despiertan graves y solemnes recuerdos, y una gana de filosofar que vamos á satisfacer, mientras las calles y alamedas de la necrópoli se cuajan de vivientes.

Al modo que en otra ocasion divisábamos desde el antiguo *Mont Lonis* en la oscuridad de la noche una niebla blanquecina, una *via lactea* terrestre que nos indicaba la situacion de París, ahora en la claridad del dia, que era templado y sereno, divisamos sus cúpulas, torres, palacios y jardines, las columnas de Julio y de Vendome, y más allá la torre de *Montlhery*, y á la derecha las colinas de *Chatillon*, *Saint Cloud* y *Montmartre*, y á la izquierda las apacibles riberas del *Marne*, y las colosales columnas de la puerta llamada del Trono, destacándose sobre las frondosas alturas de *Champigny*.

Desde nuestro observatorio, castillo donde en otro tiempo vió Luis XIV el combate de Condé y de Turenne en el arrabal de San Antonio, campo predestinado de revoluciones que agitaba Camilo Desmoulins al más ligero soplo de su ligera pluma, se divisa *el otro París* de ayer, tranquilo y sosegado, pero no menos fastuoso, amigo de la apariencia y de la coquetería. Génio y figura hasta despues de la sepultura. ¿Qué es ese pequeño circuito, notable por su sencillez, que aparece á nuestra vista en medio de cuarenta mil túmulos de piedra? ¿Son los plebeyos de esta Roma *patriciada*, ó terreno para alquilar? Ni lo uno ni lo otro. Es el campo santo de otros fieles. Allí reposan los reyes del capital, allí está la colonia protestante inglesa, mostrando en la sociedad de los muertos el mismo contraste que ofrecen con sus vecinos en la sociedad de los vivos. Allí está patente su regla y principio de proceder en todo sin ostentacion teatral y *á pié cuadrado*. A tanto de profundidad, tanto de superficie: á tanto de longitud, tanto de latitud. Ninguna losa tendrá una pulgada más que el hoyo que cubre: todo lo demas sobra. Y estos esqueletos no son más polvo que el que encierra aquel otro monumento de mármol de Carrara, coronado con insignias de nobleza. El mármol de Carrara no dura más que el de la cantera de que se hizo la estátua de Mausoleo, recogida hoy en sesenta pedazos á una razonable profundidad. Esa maravilla colocada á tanta altura, ¿cómo vino á enterrarse cabeza abajo? Es que no solo el hombre sino hasta su sombra busca la tierra, y tras los sepulcros del cementerio, viene el *cementerio de los sepulcros*, que tambien los túmulos *se entierran*. ¡Y no obstante, el rico compra en el campo santo propiedades *ad perpetuam!*...

Entre el laberinto de sendas, pasajes, travesías y calles sembradas de álamos, castaños, acacias, cipreses, sauces, naranjos, lilas, modestas violetas y amorosa yedra, flora melancólica amiga de los muertos, brillan los bronces y los jaspes en urnas, obeliscos, sarcófagos y símbolos en toda la varia forma de arquitectura

funeraria, sin que la altura ni la base, el lujo ó la grandeza puedan servirnos de guia para colegir la grandeza y altura de sus dueños. Beaumarchais, el Mirabeau del teatro, el Eolo que desató los vientos de la moderna revolucion en su trilogía de Fígaro, está casi abandonado y olvidado entre los sepulcros de Manuel, Foy, Cambacéres, Girodet y el abate Sicard. El autócrata de los muertos, mirados de nuestro observatorio á vista de pájaro, es *Madame* Demidoff, *née* condesa Strogonoff, *et morte*... como se muere ordinariamente. Pero basta de lúgubre filosofía y vengamos á un medio término. No cerremos al arte la zona del dolor ni le proscribamos del cementerio, porque sea mansion de la nada. Todo es nada aquí abajo si lo miramos de lo alto; y con todo, la nada es objeto representable bajo mil formas, y no es la menos bella la de la arquitectura y el arte tumulario. Gran filósofo, aunque lúgubre, debió ser aquel artista que pintó un campamento de canillas y calaveras alumbrado solo por la débil luz de una linterna, y en medio de él la muerte que trae debajo del brazo el ataud do se encierra el esqueleto del último de los vivientes, y acercándose á la linterna le da un soplo, como diciendo:

«Aquí no hay más que hacer: *apaga y vámonos.*»

Una piedra rasa en posicion horizontal, basta para sumergir el alma en un abismo de melancólica poesía y meditacion; pero un grano de arena basta tambien para dar culto al supremo autor de todas las cosas, y sin embargo, se construyen basílicas que fomentan las razas de los Miguel Angelos. Una choza basta para vivir, y se construyen palacios. ¿Por qué el arte, por los sentidos, no ha de ayudar á la meditacion en la morada del silencio? ¿Dura más un palacio que un sepulcro? ¿No hay tambien cementerios de anfiteatros y campos santos de Capitolios? Ni es en Francia solo donde se hace ostentacion monumental en estos lugares sagrados. Los mismos protestantes, que en los cementerios no pasan de tender ó levantar una piedra, y aun les parece mucho arte el darle la forma piramidal, tienen sepulcros monumentales en sus templos, y tal vez no hay en *Mont Parnasse, Montmartre* y *Père la Chaise* otro más orgulloso que el levantado á Walter Scott. Lo que en otras partes al capital, le conceden solo al mérito.

Mientras hemos hecho estas reflexiones la concurrencia ha ido buscando sus difuntos, aunque tal vez sucede, arrodillarse un vivo á mucha distancia del muerto que busca, y poner flores sobre otras cenizas que las que reverencia; pero aquel lúgubre teatro no está de *méprises*, y la fé es la que salva. Demas, que no es de creer haya en la otra vida desigualdades de fortuna, sino que se repartan con equidad y justicia distributiva las preces y los sufragios. Los que oran no siempre echan de ver que el mejor fruto de la oracion se queda acá, porque reforma y purifica.

Tal era la creencia y el pensamiento de un pequeño grupo que oraba delante de la primera losa de la alameda de cipreses, al oeste de la fosa comun.

Nuestros lectores reconocerán en ella la de Virginia Carrel.

Pero, ¿qué variacion se nota en aquel recinto? En vez de más polvo y más deterioro, porque han pasado diez años, el sepulcro está más limpio; hay una cruz de piedra con dos ángeles al pié, en lugar de la cruz de madera que vimos en otro tiempo, y en vez de necesitarse de la brújula del guardian, se muestra patente á las miradas el nombre de *Virginia Carrel* escrito en letras de oro sobre un relieve que representa una niña moribunda con su labor en las manos, y un ángel que la sostiene y la señala el cielo.

Avancemos algunos pasos, y examinemos ahora el grupo que ha llamado nuestra atencion.

Lo forman cuatro personas de diversas edades y sexos.

Una de ellas es miembro de ese admirable instituto que tiene por alma y título la mayor de las virtudes cristianas, la que las encierra todas y vale más que todas; una de esas heroinas sedientas de todo lo que el mundo aborrece, amigas del sacrificio, dispensadoras de consuelo y de ayuda cuando el mundo falta y las miserias sobran; uno de esos séres á quienes enferma la falta de salud de sus semejantes y les duelen sus dolores, y tienen por palacios los hospitales, por hijos á los que lloran, por hermanos á los enfermos, por aroma las repugnantes llagas, haciendo ver en lo que pueden, que la caridad vale por todas las virtudes, y que el tener éstas y faltar aquella es no tener nada. Su edad no pasa de treinta y cinco años, su complexion es endeble, su color pálido, su mirada lánguida y afectuosa, y con todo eso que parece que un poco de aire va á derribarla, vedla á la cabecera de un enfermo y os admirará la fuerza que le presta la caridad. Ni el sueño la rinde, ni el trabajo la fatiga, ni las escenas de dolor la acobardan. El cuerpo es flaco, pero el alma es fuerte. La caridad hace un Hércules de aquel pigmeo.

Junto á esta contrasta la color viva del rostro de otra jóven de veinte y cinco años de edad, en donde rebosa el candor, se pinta la modestia y tiene asiento la bondad hermanada con la hermosura. Va vestida con ricas prendas, pero sin ostentacion de adornos ni deseo de bien parecer, y su mirada se fija alternativamente, ya en el sepulcro de Virginia, ya en un niño como de nueve años que, cruzadas las manos é hincado de rodillas, va repitiendo la plegaria que ella murmura.

Finalmente, tras este grupo, interesante por el fervor con que ora y por los sentimientos retratados en los rostros, se ve de pié, descubierta la cabeza, un hombre como de cuarenta y cinco años, de agradable fisonomía, aunque en ella aparecen impresas las señales de una vejez prematura. Su mirada está fija sobre la madre, á

quien contempla enternecido y parece adorar como á su ídolo, y cuyo dulce acento, cual armonía celestial, penetra en su atento oido.

Hecha la oracion y depositadas las flores, la hermana de caridad se inclinó, besó la tumba de Virginia y dejó en la piedra humedecida señales de su entrañable amor y tierno recuerdo. Lo mismo hizo la madre, y separándose de aquel lugar, todos se encaminaron á la fosa comun. Grande era el número de los que allí vagaban de un lado á otro procurando hallar en un poco de tierra, en una pequeña cruz ó planta el rastro de sus parientes y amigos. Nuestros cuatro personajes no gastaron tiempo en recorrer aquellas inmensas zanjas, sino así que estuvieron á vista de aquel dilatado campo, donde no lucian piedras, ni lámparas, ni bronces, se hincaron de rodillas y repitieron sus oraciones acompañadas de abundantes lágrimas.

El fervor en la hermana de caridad era tan intenso, que aquella vez se la vió inclinar la frente sobre la tierra y exclamar:

—¡Dios mio! perdonadla como perdonásteis á la Magdalena y á la mujer adúltera.

¿Quiénes eran los que así rogaban, y por quién esa fervorosa súplica?

Nuestros lectores, que recuerdan la inhumacion nocturna en aquel mismo lugar, adivinarán ya quiénes son las que ahora imploran la clemencia divina. Victorina está transformada en hermana de caridad, y Angela es madre de aquel niño y esposa verdadera de su primer falso esposo.

Los sucesos que han operado estos dichosos cambios parecieran increibles, si no se supiese cuánto puede la virtud aun á los ojos mismos del vicio y la depravacion. Bien es verdad que ese poder cuesta lágrimas de sangre, y que no alcanza victoria sin una tremenda lucha. El mundo del espíritu tiene tambien su inercia y gravedad: todo lo que es subir cuesta esfuerzos sobrehumanos, y si el ejemplo no diera testimonio de la posibilidad, cien veces caeria el alma en la desesperacion.

La noche en que dejamos á las dos jóvenes á solas con el recuerdo de la sombría escena del campo santo, habria sido excelente ocasion para que una santa doctrina hubiese operado una conversion súbita en la amiga de Angela. Tal vez un buen libro supliera á un buen consejero en aquella larga y fatigosa velada, pero ya se sabe las obras que podrian formar su biblioteca. Victorina poseia algunas biografías de *anónimas*, divinizadas, puestas en trono, coronadas las sienes por haber caido en lo más hondo de la abyeccion y del vicio; porque no parece sino que el criterio de los escritores está pervertido, ó lo que es peor, que la pluma se vende y se prostituye hasta cantar y ennoblecer los más degradantes extravíos. Tal vez esto constituye una ordenanza del reglamento de Lolotte. Hay ciertas novelas que parecen anuncios y sirven como ciertos retratos fotográficos colocados en los parajes más públicos para popularizar el género y decir: *Esta mercancía está de moda.*

El espíritu está pronto, mas la carne es enferma. Victorina casi triunfó en resolucion y propósito, pero no se rompen tan fácilmente los lazos con el mundo. París podia aun más que el cementerio. Las deudas contraidas para sostener una elegante morada y un lindo ajuar no se podian pagar con la aguja ni con ningun trabajo al alcance de sus medios, y los acreedores la asediaban de contínuo. El hambre, dice Cervantes, obliga á hacer cosas *que no están en el mapa*. Era preciso seguir, seguir, correr más, vivir más de prisa, inventar nuevos medios de seduccion y de provocacion, y Victorina se dejó llevar por la corriente.

Angela, que no habia pisado la senda del vicio y conservaba la castidad del alma, venció desde luego.

Su ensayo de felicidad habia sido hasta doloroso para que no mirase con envidia la época de su vida en que el trabajo y las privaciones la hacian apreciar mil goces inocentes, desconocidos al corazon turbado y al deseo ambicioso. Una hora de descanso, un paseo en los deliciosos jardines de París, y sobre todo, el momento en que, recibido su pobre salario volvia á su humilde habitacion llena de gozo y discutia consigo misma el empleo que habia de darle durante la semana, eran para ella instantes de felicidad suprema.

Angela volvió al taller; pero en la historia real suele suceder como en las historias fingidas, que nunca segundas partes fueron buenas, y la de Angela se empeoró mucho más al sentirse en vísperas de ser madre. Triste en verdad era su situacion: oscuro y tenebroso se presentaba el horizonte de su porvenir. Es un verdadero problema para estas víctimas del egoismo humano conciliar el amor de madre con la peregrina filantropía social. No es extraño que muchas desgraciadas lo resuelvan como Alejandro y corten por no desatar. Entonces comprenden la admirable equidad, la justicia leonina del tribunal *pilatuno* del honor. Entonces ven la diferencia de sacrificios é intereses que arriesgaron, y cómo el más fuerte se asignó para sí las ganancias y dejó las pérdidas y perjuicios para el más débil. Entonces se va de un eslabon á otro en la cadena del mal: se pasa de una falta á un crímen, y cuando en la sociedad no se puede reparar una falta sino con nuevo delito, mala idea podemos tener del órden de aquí abajo. En ciertas sociedades, como en Inglaterra, por ejemplo, el infanticidio es un hecho lógico que espanta, y la sociedad le castiga, por no confesar que es cómplice y que se espanta de su propia obra. El único remedio que ha encontrado es soldar el problema con un poco de metal. Su materialismo ha evaluado la existencia de un nuevo sér á razon de doce reales y medio por semana. Este es el finiquito y compensacion de los dolores y las lágrimas de la infeliz madre; pero no todas se avienen á esta transaccion mercantil, y prefieren el crímen á trueque de salvar las apariencias de la honra.

En Francia no hay tanta rigidez en esta elevadísima teoría de moral humana. Un desliz casi no imprime carácter, y el tener un hijo natural no inspira desconfianza en los tratos y contratos, cual sucede en la nacion vecina; pero esto no quita que la situacion de las jóvenes sea digna de lástima. Lo primero que tuvo que hacer Angela, fué abandonar el taller y buscar trabajo dentro de su propia casa, para que sus amos y sus compañeras no se apercibiesen de su estado; pero esto era más inseguro y sus cuidados y necesidades iban á aumentarse forzosamente. Por fortuna, supo que una señora necesitaba de una buena aguja, y fué á ofrecerla sus servicios. La señora quedó prendada no solo de su habilidad, sino de su rostro y su natural modesto y apacible, y quiso que se viniese á vivir con ella, donde tendria mesa y hospedaje y seria tratada como hija. ¡Con qué júbilo no habria aceptado en otro tiempo esa bondadosa oferta! La suerte queria ayudarla, cuando se veia obligada á rechazar sus favores. Angela se excusó como supo; mal sin duda, cuando la buena señora sospechó algun misterio y se interesó vivamente en descubrirlo. Su bondad era tanta, y tal confianza inspiraba su fisonomía y consuelo sus palabras, que Angela no pudo resistir á aquellas muestras de afecto, y con lágrimas en los ojos le reveló su situacion. No tuvo por qué arrepentirse. Aquel estado, que entre hipócritas hubiera inspirado desprecio, engendró compasion. La noble matrona miró á Angela como si fuera su hija; proveyó á todas sus necesidades; buscó una ama para su hijo, y su solicitud habria pasado más adelante si la muerte no hubiese puesto fin á aquella buena obra. Pero aun traspasó los límites de la vida su amor hácia la jóven, recomendándola á una cristiana y opulenta familia, que la llevó consigo, y Angela comenzó á creer que habia cambiado su estrella y empezado á despejarse su porvenir.

Pero, ¡cuán pronto pasan las venturas para el desgraciado! Allí, en el seno de una familia bienhechora, en aquel que le parecia seguro asilo, se desencadenó la más terrible de las tempestades. La hermosura de Angela fué llama que encendió los deseos y abrasó el pecho del hijo de sus bienhechores, jóven de una refinada hipocresía, que tenia engañados á sus sencillos padres haciendo de santo en su presencia y de diablo léjos de su vista, y dividiendo el dia en dos religiones:

«Le matin catholique, le soir idolâtre.»

Cuando la jóven comenzó á ser requerida, importunada y perseguida aprendió una verdad dolorosa, que fué el mayor de sus tormentos, á saber: que en la lógica fatal de este mundo las consecuencias de un hecho son inevitables siquiera las sufra el inocente. ¿Por qué la mirada del seductor la aterraba ahora? ¿por qué se sentia humillada al escuchar sus protestas, y temblaba al oirle ofrecer dádivas y amontonar promesas brillantes? ¿por qué la estremecia el descaro de sus propósitos y la osadía

de sus intentos? Alfredo, que este era el nombre de su perseguidor, se presentaba á sus ojos como un verdugo, no como un amante. Su primer seductor la ennoblecia para degradarla; éste la degradaba para conseguirla. Y era que el amor de madre la habia hecho traicion. Creyéndose sola, se habia abandonado á un rapto de placer acordándose de su hijo, á quien iba á ver á menudo, y Alfredo cobró un impudente ánimo, dueño ya de este secreto. A sus ojos, Angela era una mujer prostituida. Ni su candor, ni su inocencia, ni su desgracia eran los incentivos de su pasion. Nada de esto veia en ella ni aun creia posible imaginarlo. Solo veia su hermosura, y lo fácil que seria triunfar ahora de un vencido. De aquí provenia su poca delicadeza, su rudo ataque, su grosera persecucion. Cada palabra suya, saturada de ese descoco, desvergüenza y falta de artificio que predomina en el lenguaje del amor voluptuoso y vendible, era una espada de dos filos que atravesaba su corazon.

¡Cuánta humillacion tuvo que sufrir la desdichada, sin poder exhalar una queja, teniendo que sonreir en presencia de aquel verdugo! No se atrevia á quejarse á los padres, y solo fiaba en Dios que tocase el corazon del jóven y tuviese misericordia de ella, ó le diese fuerzas para resistir. Mas, ¿quién lo creyera? La única virtud que Alfredo reconoció á su pesar en Angela, fué la firmeza, y como si la virtud fuese aborrecible, le inspiró el cruel intento de denigrarla y hacerla odiosa á su familia, para que la pobreza y el abandono la entregasen al fin en sus manos. Con este santo fin, y sacando partido de los sentimientos religiosos de sus padres, cobardemente les anunció que Angela era indigna de sus bondades, una jóven de mala conducta, una malvada hipócrita, sin honor ni virgüenza, como lo podia acreditar con pruebas innegables.

El asombro de los padres no fué menor que la consternacion de Angela cuando oyeron tales revelaciones, y fué en aumento al llamarla á solas y preguntarle si era verdad que tenia un hijo y que le criaba fuera de casa.

La pobre niña no lo podia negar y el confesarlo era confirmar la opinion que les habia hecho formar su hijo. En cuanto á la historia de su desgracia, era demasiado extraña é inaudita para que hallase crédito en sus oidos. Quedó en la inteligencia de ser *un cuento fabricado*, y su autora una embaucadora demasiado astuta para sus pocos años. Tan cierto es que el que una vez cae, siquiera sea sin culpa, difícilmente logra levantarse. Angela salió de aquella casa donde comenzara á ver un porvenir risueño, más cerca del abismo, deshonrada á los ojos de sus bienhechores, calumniada vilmente por un cruel enemigo que seguia sus pasos, expuesta de nuevo á la pobreza y comprimido su corazon con una mortal congoja. Su primer pensamiento fué buscar á Victorina para llorar en su seno y oir su voz amiga; pero no la halló ni supieron darle más noticia, sino que estaba en un hospital. Júzguese la impresion

que esta palabra produciria en su lastimado pecho. ¡Victorina tal vez moribunda, y á punto de ser llevada como la otra infeliz en ataud miserable, y enterrada sin una lágrima en la fosa comun del cementerio! En aquel instante se olvidó de sí misma. Su amiga sufria, ¿cómo dejarla en el abandono? Y hé aquí á Angela desatentada y loca, recorriendo las calles de París en busca de hospitales. ¡Cuántas veces en ese tumulto de las grandes poblaciones va al lado de las turbas alegres y regocijadas un corazon que el dolor desgarra, y al lado del ahito un hambriento sin que la vista se aperciba de ese contraste doloroso!

Al fin, despues de activas diligencias, llega al hospital donde se halla su amiga, y penetra en una extensa cuadra, llena de pacientes. Era ya de noche, y la luz melancólica de las lámparas, de trecho en trecho colocadas, iluminaba escasamente aquella triste perspectiva, coronada por un altar y un crucifijo en el fondo, sobre el cual se destacaban los blancos velos de las hermanas de caridad. Una de estas le salió al encuentro, é informada de su deseo, le respondió pesarosa:

—Hija mia, la pobre niña está muy grave. Vedla allí, añadió señalando un lecho junto al cual se hallaba otra hermana.

Y enjugando sus lágrimas, Angela se fué acercando al lecho en que yacía Victorina, y pudo oir este diálogo:

—Si tienes contricion, hija mia, tus pasadas culpas se borrarán. Dios no desecha el corazon contrito y humillado.

—Sufro mucho, dijo la doliente, el cielo castiga ahora mis extravíos.

—Si ofreces tus sufrimientos á Dios, menos tendrás que purgar en la otra vida.

—¿Hay muchas hermanas de caridad en el purgatorio?

—Mucho lo temo, respondió la enfermera. Lo que hacemos es bien poco para que nos sea descuento de los pecados.

—¡Bien poco! exclamó Victorina en voz baja y cubriendo sus ojos con una de sus manos descarnadas y secas.

En esta situacion permaneció algunos instantes, durante los cuales Angela preguntó al oido á la enfermera cómo se hallaba.

—Solo un milagro, dijo ésta, podrá salvarla. Quedad aquí en tanto que voy por la medicina.

Angela se acercó á la cabecera, y contempló enternecida aquel rostro que casi desconocia: tal era el estrago que la enfermedad habia hecho. Tenia deseos de abrazarla, de imprimir un beso en sus mejillas y comunicar con ella aunque solo fuese con las miradas. Pero Victorina continuaba inmóvil, y no atreviéndose á perturbar su reposo, se hincó de rodillas y rogó á Dios por su salud, ó si sus dias eran contados, por su descanso eterno. En esta oracion estaba, cuando la enferma

quitó la mano de su frente, miró en torno suyo, y descubriendo el rostro de su amiga, exclamó:

—¡Angela! ¿eres tú?

Ésta no pudo responder sino derramando un torrente de lágrimas.

—No llores, dijo Victorina, yo soy quien debo llorar. Mírame, ¿te acuerdas de la escena del cementerio? Yo sigo la misma huella. Esta es la penúltima jornada; pero Dios querrá que no llegue á la del ataud. Acabo de hacer un voto de ser hermana de caridad, si recobro la salud, y me parece que el deseo de cumplirlo me da fuerzas.

—¿Te sientes mejor? preguntó Angela con ansiedad.

—Sí, estoy tranquila desde que oigo tu voz y te veo al lado mio. Tú has rogado por mí; tu oracion ha subido al cielo, y Dios te envia para que tu presencia me fortalezca.

Angela estrechó en sus manos las de Victorina, y sin poder contener su gozo, exclamó:

—Entonces estaré noche y dia á tu lado.

—No, las hermanas no lo consienten, y además, tú eres madre de familia y madre cariñosa. ¡Oh, cuán feliz eres con tu hijo!

A estas palabras, Angela tuvo que hacer un terrible esfuerzo para dominar su dolor, y conteniendo un suspiro, repitió con simulada alegría:

—Sí, muy feliz... muy feliz.

La entrevista no pudo dilatarse, porque una hermana de caridad le hizo señas de que se acercase, y le informó de la prohibicion del médico de que la enferma se fatigase el pecho.

Angela se despidió, y ofreciéndola venir á verla, salió del hospital como en otro tiempo, sin rumbo, sin hogar y sin recursos ni aun para satisfacer el hambre que la aquejaba; pero en cambio salió más consolada y resignada en su desventura, comparando su estado con el de Victorina.

Aquella noche no tuvo más alimento que los besos de su hijo, á quien fué á ver en seguida, y gracias que la pobre mujer que le cuidaba pudo hacerla un improvisado lecho en su modesta habitacion.

Al dia siguiente comenzó su nueva peregrinacion por el desierto de París, cada vez más escabroso el camino, cada vez más incierta la salida y más nublado el horizonte, y encontrado do quiera la sombra repugnante de Alfredo, que no perdonaba medio para conseguir sus malos deseos. Con llave de oro se abria todas las puertas, y parecia todo el mundo una red, y todos los séres anzuelos para atraparla. Si buscaba un apartado retiro en la compañía de una anciana, aquella mujer era ins-

trumento de Alfredo. Si una jóven la daba muestras de amistad, en la amiga hallaba un cómplice de Alfredo. Si iba al templo, *la loueuse de chaises* estaba comprada para que los colocase juntos. Si buscaba ocasion á deshora para salir sin ser vista, el portero era un Argos que la expiaba é informaba al astuto perseguidor. Los billetes entraban en su aposento sin saber cómo; los regalos en su mesa sin saber por dónde; el ama de su hijo fué sobornada, y hasta el médico, astutamente engañado, puso los consejos de su ciencia al servicio de su perseguidor. De todo triunfó Angela, atenta á su deber, puesta en Dios la confianza, y alentada por el amor de su hijo y los consuelos de Victorina, que ya salvada milagrosamente, hacia rápidos progresos en el camino de su conversion.

Y esperó, y esperó con viva fé, hasta que el cielo, enamorado de tan admirable lucha, quiso coronarla con la aureola de la victoria, tomando por instrumentos del bien á los mismos instrumentos del mal, para mostrar la sabia economía de sus leyes, y que los mismos malvados no pueden resistir á la fuerza sobrehumana de un buen ejemplo.

En una noche de carnaval en que París parecia haber vuelto al culto de los dioses del paganismo, en que no se oia más que el grito alegre de los *Momusianos*, el rodar de las carrozas, el canto báquico desenfrenado, el fermentar de los licores y la atronadora música, una elegante carretela que corria al galope de los caballos cansados de recorrer el bosque de *Boulogne*, hizo alto frente á la *Chaussée d'Antin*, á las puertas del café de Foy, y cuatro *liones* de la nata y espuma parisiense, *en teune irreprochable*, descendieron apresuradamente del carruaje. Eran las ocho de la noche y necesitaban alcanzar el tiempo que se les huia. Por la mañana habia habido opíparo almuerzo en el café inglés, y se habian destripado sendas botellas de *Chateaux*, de *retour de l'Inde*, bebido aromáticas tazas del exquisito Moka, y saboreado *petits vers* de Cognac y deliciosos vegueros. Tras esto se habia hecho una carrera triunfal por la calle de Rívoli y los *boulevards*, para ver cómo se divierte el pueblo, y despues por el bosque para ver cómo se divierte el *millon dorado* y el *demi-monde*, notando á la *Tulipe bleu* en su nuevo tren á la *Dumont*, á *Nini souri* en un *coupé* con dos caballos de media sangre, á *Camelia* en el *brougham* del banquero M, con otras afecciones y accidentes de los *mete-oros* y *saca-oros* de París. Quedaba que asistir á la Opera Italiana, donde se representaba *Il Barbière di Siviglia, tout entier*, con el admirable personal de Lablache, (Don Bartolo): Mario, (Almaviva): Tagliafico, (don Basilio): Ronconi, (Fígaro); y sobre todo, una encantadora Rosina que traia alborotados á los *dilettanti*, é iba á hacer furor en la leccion de música. Despues era preciso hacer su aparicion en la calle *Lepelletier*, en el *gran* baile de la *grande* Opera, cuya orquesta dirigia *Musard* (fils), cosa que daba vértigo á las máscaras.

Ahora se trataba simplemente de una comida de *garçon*, segun las mejores autoridades clásicas, y de comun acuerdo se dejó la eleccion de los manjares á Alfredo Lemaire, el más jóven de la compañía, reputado por gran sacre en conocer los alimentos afrodisiacos.

Comenzó el alegre banquete con animada plática sostenida por las inspiraciones de un *Laffite*, un *le Duc* y varios *Clicquot*, y, ¿lo creereis lectores? el tema vino á recaer sobre la *moralidad*.

Alfredo sostenia, contra la opinion de un preopinante que tenia frontero de sí y parecia frisar en los cincuenta años, que en los tiempos del *Parc aux cerfs*, París estaba mucho peor que ahora; que el desarrollo de la industria y la extension del comercio, y las empresas y multitud de nuevos canales habian regenerado la sociedad; que ahora habia mujeres cooperadoras en la sociedad conyugal, y profesiones lucrativas lícitas al bello sexo; que muchas jóvenes extraviadas concluian honradamente en porteras de un *hôtel*, ó en *loueuses de loges* en los teatros, y que no pocas imponian en las cajas de ahorros, y se retiraban con un capitalito redondo.

El oponente, á quien introducirémos con el nombre de *chevalier Rodolphe de Nancy*, respondió:—Yo tanto creo en la virtud de la mujer como en el caballo sin cabeza, en el ave Fénix, en la piedra filosofal, en los habitantes de la luna, en los cuentos de las *Mil y una noches* y en todas las patrañas que pasan ante los tontos como verdades. En fin, en todas partes el oro vence á la mujer, y en París, como dijo Sterne, la plata basta, y aun se quedó corto: yo hubiera dicho que el cobre. ¡Oh, no sabeis cómo está la sociedad!

Y como el personaje que nos pinta Moratin,

> «¡Oh, corrupcion! exclama, y de camino,
> Dos tortas se tragó.»

Y prosigue:

—Cuarenta y cuatro años tengo cumplidos. Aun estoy soltero y cansado ya de buscar una mujer de la raza de las Lucrecias y Virginias, en las que no creo, entre paréntesis, porque hace mucho tiempo que eso ocurrió, y ya se sabe cómo se escribe la historia. Todo es mitología.

—Yo te sé decir, interrumpió Alfredo, que en medio de esa corrupcion, que no niego, y que nosotros contribuimos á aumentar, hay modelos de virtud.

—¿En las novelas?

—En la vida real.

—No en París.

—Dentro de sus fortificaciones.

—¿Pobre ó rica?

—Pobre.

—¿Qué profesion?

—*Grisette.*

—¡*Grisette!* exclamó Rodolfo, eso es como decir que la cabra aborrece el monte.

—Viva está, que no atestiguo con muertos.

—Si yo encontrara una mujer de ese temple, me casaria con ella, aunque fuese de la Halle; pero necesitaria muchas pruebas.

—Una bastaria. ¿Crees tú que yo soy novicio en nuestro arte?

—Todos te damos la borla de doctor.

—Pues bien, yo soy el testigo de este hecho. Yo la he perseguido como galgo á la liebre durante muchos años; he puesto en juego las promesas, las dádivas, los ruegos, las amenazas, hasta la calumnia, y el castillo de su virtud cada dia más fuerte.

—¡Milagro, milagro! dijo Rodolfo, si ha escapado de tus garras, mujer fuerte debe ser; pero una golondrina no hace verano. Con todo, quisiera conocerla.

—Bien fácil es.

—¿Dónde vive?

—*Pont de Lodi*, número 33, piso quinto.

—¿Cómo se llama?

—Su nombre es Angela: de su apellido no me acuerdo.

—¡Angela! repitió Rodolfo en voz baja, como si quisiese evocar algun recuerdo. ¿Qué edad tendrá?

—Como veinte y cinco años.

—La misma edad que ahora tendria, prosiguió Rodolfo en el mismo tono, y abismado en sus recuerdos.

La conversacion siguió adelante entre Alfredo y los dos colegas sobre otras materias; pero Rodolfo permanecia absorto en profundas meditaciones.

—¡Qué diablos! exclamó otro de los cuatro zamarreándole. Te se va á indigestar la comida. Deja el pensar para los filósofos.

—Está pensando, dijo Alfredo, en que esa pobre Angela, no tendrá tal vez qué comer, y él lleva gastados ya hoy quinientos francos, amen de la comida que le toca pagar.

—¡*Fi donc!* prorumpió otro, la miseria es tan rutinaria como la riqueza. Todos los pobres se parecen. En viendo á uno, ya están vistos todos. Ninguno hay que pase de morirse de hambre, de frio ó de llagas, y ya eso no debe causar impresion. ¡*Vive la joie, et vive la bagatelle!*

En esto concluyó el banquete, que costó á Rodolfo una buena suma, y se levantaron para encaminarse á la Opera; mas Rodolfo, no oyó una nota, ni habló

una palabra en toda la noche, y afectando hallarse indispuesto, se retiró ansioso de que llegase el dia.

¡Cuántos pensamientos atravesaron por su mente en aquella noche!—¿Es posible, exclamaba avergonzado, que aquella niña que yo dejé desamparada, haya vivido cerca de diez años, léjos de la corrupcion donde yo la arrastré, pura, cuando la empujé en la corriente cenagosa, firme, cuando la enseñé á dudar de la firmeza, fuerte, entre tantas asechanzas? No, no es creible: tanto no puede la flaca naturaleza; pero si fuese cierto, si hubiese un alma tan superior, un sér de ese temple de serafin, y esa mujer fuese Angela... ¡Dios mio! ¿cuándo acabaria mi expiacion? ¿cómo podria reparar tanto mal como la hice?

Y al dia siguiente, apenas el sol brillaba en el horizonte, Rodolfo salia de su elegante morada en el arrabal de *Saint Honoré*, y atravesaba el Sena en busca de la mansion de Angela.

Al llegar á ella, el corazon le latia tan fuertemente, que tuvo que descansar muchas veces mientras subia la escalera. Ya en el quinto piso vió tres ó cuatro puertas á derecha é izquierda, y estaba dudoso de cuál seria la que buscaba, cuando una de ellas se abrió, y pareció á la vista una mujer, pobremente vestida, y un niño de edad de nueve años. Rodolfo quedó sorprendido al ver en aquel niño su retrato, y la fuerza de la sangre parecia gritarle que estaba en presencia de su hijo.

—¿Cómo te llamas? le preguntó Rodolfo tomándole en sus brazos y llenándole de besos.

—Arturo, respondió el niño con una sonrisa angelical y cariñosa.

Este nombre le recordó el pseudónimo de Arturo Lefevre, usado en otro tiempo.

—¿Y tu mamá?

—Angela.

—¡Es ella! murmuró Rodolfo, sin poder evitar que se humedecieran sus ojos.

—Si buscais á su madre, dijo la mujer, poco tardará. Sale de madrugada al mercado para poder almorzar con el niño antes de ir á su taller. Ahí está, dijo asomándose por la escalera; me parece que la oigo subir.

Estas palabras dejaron á Rodolfo sin una gota de sangre en el corazon. La sentencia de su muerte no le hubiera causado más terror que la idea de ver dentro de un momento delante de sí el rostro sereno, y sentir la dulce mirada de una infeliz jóven, tanto más temible para él cuanto más tranquila y apacible. Quisiera Rodolfo que Angela se desatase en imprecaciones, que huyese de su vista maldiciéndole, que se vengase de su maldad agotando todo el diccionario de los dicterios, pues entonces cobraria ánimo para aplacar su ira con protestas y con lágrimas; pero

si Angela le miraba serena, con esa mirada de la conciencia pura é intachable, Rodolfo temia sucumbir.

—¡Escuchad! dijo á la mujer en un estado de terrible agitacion. Yo soy el esposo de Angela, ausente por muchos años. Me ocultaré para evitarle una sorpresa peligrosa, y vos tratareis de prepararla. Decidle que Arturo Lefevre está en París; que le habeis visto, y que si ella le perdona, volverá á su lado.

Al tiempo que decia estas palabras, ponia Rodolfo un luis de oro en las manos de la criada, quien le condujo dentro del aposento, le ocultó, y salió como siempre á recibir á Angela con el niño, á quien encargó no dijese nada de lo que habia visto.

Angela subió con un precioso canastillo lleno de frutas y comestibles, pues aquel dia era el último de carnaval y gran fiesta para los moradores de París. Luego que lo puso en la mesa, tomó al niño en sus faldas, en tanto que la mujer, sacando las provisiones, preparaba el almuerzo, y no cesó de besarlo y hacerle caricias, dándole una frutilla por cada trozo que le recitaba de memoria de un libro que tomó en sus manos.

—Hoy es dia alegre en París, señorita, dijo la anciana.

—Y para mí será uno de los más dichosos, añadió Angela.

—¿Por qué?

—Porque hoy toma el hábito Victorina en el instituto de San Vicente de Paul.

—¡De modo que *Mademoiselle Victorine*, será de aquí en adelante *Soeur Victorine!*

—¡Qué ventura para ella! exclamó Angela. Siempre creí que se salvaria, porque en medio de todo, tenia buen corazon. Y yo le debo mucho. Casi puedo decir que vivo por ella. Me acuerdo del dia en que Arturo me abandonó, y ella me llevó á su casa, y me consoló como una madre.

—¿Se acuerda usted mucho de él?

—Aunque no quisiera, tengo aquí su retrato vivo, dijo Angela suspirando y abrazando á su niño. Siempre ruego á Dios por él, y le pido que le perdone como yo lo he perdonado.

—¿Y no cree usted que algun dia volverá?

—Hasta morir lo espero.

—¿Cómo se llamaba?

—Arturo Lefevre.

—¿Y dice usted que el niño es su retrato?

—Una estampa.

—Entonces debe ser bueno, y ha de volver arrepentido á sus piés.

—Mis puertas tiene abiertas y mi mano tambien para levantarle.

—¿No tendria usted rencor?

—Ninguno.

—¿Qué le diria usted si en este momento apareciera, y tomando al niño por medianero, la dijese: Angela, por amor de nuestro hijo, olvida mi maldad: mira mis lágrimas y perdóname?

En este momento un grito agudo partió del pecho de la jóven. Sus ojos se habian fijado en Arturo, que aparecia como la vision de un sueño, y quedó como desmayada.

La mujer acudió á su socorro, la roció con agua el rostro y el seno, y cuando volvia á recobrar sus sentidos, vió á Rodolfo anegado en llanto á sus piés, y que abrazado con su hijo la decia:

—¡Angela! por amor á nuestro hijo, olvida mi maldad: mira mis lágrimas y perdóname.

La respuesta de la madre fué lanzarse á su cuello, abrazarle estrechamente y mezclar por mucho tiempo las lágrimas con las suyas. ¡Cuán dichosa era! ¡Cómo bendijo sus penas, su pobreza, su desamparo y su martirio, que á tan buen fin la habian conducido! Angela recibió el premio de su resignacion, la corona reservada al que espera, y pocos dias despues, dentro del templo, ante un verdadero ministro, recibia por esposo en el fingido Arturo Lefevre al verdadero Rodolfo de Nancy, dueño de una hacienda considerable. El que rindió con la astucia, fué rendido ante la fuerza de la inocencia. El que venció con la maldad y la inconstancia, fué vencido con la virtud perseverante de una mujer.

Angela conservó siempre el más vivo y tierno recuerdo de dos séres, de los cuales el uno habia muerto ya para el mundo, y al otro apenas le conoció. Virginia Carrel, la celestial Virginia, habia sido para ella un faro que le iluminó desde las alturas del cielo, y desde lo bajo de la tumba donde se encerraban sus restos habíale enseñado á amar el trabajo y á resistir á las seducciones. Por eso nunca faltaba el dia de difuntos el tributo de su afecto y de su memoria: por eso la vemos con su esposo, su hijo y Sor Victorina, rogando por ella, diez años despues de la primera visita al campo santo.

Despues de haber orado en la fosa comun, se apresuraron á salir del campo santo, á tomar el coche que les habia conducido, y á dirigirse á la estacion del camino del norte, á donde llegaron mucho antes del medio dia. Angela habia adquirido ya la corta y pobre hacienda de sus padres, y en varios viajes que hizo á la Bretaña gozó de indecible placer en medio de tristes recuerdos, al volver á ver su país natal y los lugares que á pié habia recorrido en su infancia acompañando á su

desgraciado y viejo padre. Creia reconocer las piedras en que á la orilla del mar se sentaba, y en que el ruido de las aguas agitadas le parecia ser la nave que traia á su hermano; el prado en que el cuerno del pastor le hacia pensar en su súbita llegada; el bosque en que le engañaba el rumor del viento en las hojas de los árboles, y aun creia haber hallado la encina, donde abrigados contra la tempestad, dió su postrer aliento llamando á su hijo querido, que en nube resplandeciente creia ver bajar del cielo. Al pié de esta encina habia colocado un sencillo monumento, y allí iban á orar en aquel dia, lleno de penosas emociones; pero, ¡misterio admirable del corazon! para Angela no habia dia más dichoso que el de difuntos, cuya melancólica escena desplegaba ante sus ojos el compendio de su pasada desventura, y como vale tanto lo que cuesta lágrimas, Angela poseia un tesoro en la religion poética del recuerdo, que era su mayor bien entre todos los que le dió el cielo en premio de sus virtudes.

Sor Victorina no se detuvo en Bretaña más que algunas horas, y regresó á París en el mismo dia, ansiosa de ejercitar su santo ministerio. Cuando volvió *su querido ángel,* como llamaba á su amiga, ordenó la suerte que tuviese una agradable sorpresa para la entrevista. Victorina habia sido llamada para asistir á una enferma que vivia en el arrabal de Montmartre, y cuando llegó á la casa y penetró en las habitaciones, no pudo menos de recordar la morada en que habia hallado á Angela en la mayor afliccion y desamparo. La enferma la hizo entrar, y estando á solas le manifestó que en descargo de su conciencia tenia que hacerle una confesion y reparacion.—Tal vez os acordais, añadió, de aquella pobre niña á quien os llevásteis el dia en que quedó desamparada por un calavera que la engañó.

—Ya es su esposo, dijo Sor Victorina.

—¡Loado sea Dios! exclamó la mujer. Bien lo merecia, y Dios me perdone el mal trato y los malos consejos que la dí.

—Él os perdonará, que su misericordia no tiene límites, añadió Victorina.

—Ahora, dijo, sacando de una bolsa un billete de mil francos, hacedme merced de llevarle esta suma que le pertenece.

—Y ¿cómo? preguntó Victorina recordando que un billete de igual suma habia sido inutilizado por Angela: ¿no cumplísteis vos el encargo?

—Me avergüenzo de decirlo, contestó la mujer en voz baja. Fué una maldad de mi parte, pues contando con su poca experiencia, le dí un billete falso, y conservé el legítimo, que es este. Todo fué falso entonces, pero ha pasado el tiempo, y ya estamos en la hora de la verdad. Me arrepiento ahora de retenerlo, aunque en cuanto á la accion del trueque, despues de todo, hice bien, porque evité la pérdida de esa suma.

Sor Victorina tomó el billete; alabó su buena resolucion, y prometiendo cumplir lo que la encomendaba, se despidió dándole palabras de consuelo.

Esta era en verdad una gran sorpresa, no por la cantidad de dinero, que era insignificante ya para Angela, poseedora de una gran fortuna, sino por el gozo que sentiria, al ver que aquella mujer enmendaba un yerro, reparaba un agravio y obraba ya cristianamente. Así fué en efecto; pero Angela era tan pura y tan limpia de corazon, que no queriendo admitir aquel precio de su honor, puesto en aquella ocasion tan en peligro, de secreto acuerdo con Sor Victorina, lo dió de limosna á los establecimientos de beneficencia.

La suerte no ha dejado desde entonces de favorecer á Angela, que aun vive adorada de su esposo y rodeada de sus hijos, en su país natal, en la bella Armórica, tenida por cuna de los romances, patria de los bardos que cantaron á los héroes de las Insulas firmes, las sierpes de fuego y los bullentes lagos encantados. Léjos del revuelto océano de París, en donde no le quedaba más lazo que el recuerdo de Sor Victorina, caminando ya segura á buen puerto en sus turbulentas olas, dividia el tiempo entre los placeres rústicos de su antiguo hogar y el retiro pintoresco de un antiguo y hermoso castillo que poseia en las inmediaciones de Renes. Allí, en su modesta capilla ú oratorio, tuvo el placer de dar el abrazo de despedida á su fiel amiga, que con un ejército de heroinas partia para la Crimea á aliviar con las Nightingales los dolores del soldado valiente que conquistaba nuevas glorias á las armas francesas.—Vé, decia Angela abrazándola; conquista tú nuevas glorias á la milicia cristiana: sirve de madre y de hermana á los que mueren léjos de su querida Francia. Yo tambien tenia un hermano, que murió por ella, y tal vez halló madre y hermana en su enfermera.—¡Quién sabe, exclamó Victorina, si aun Dios te le volverá.

Un dia en que Angela se hallaba en su oratorio en compañía de su hija mayor, heredera de su inocencia y de sus virtudes, vió que por la reja de una ventana que caia encima del pequeño altar dejaban caer una carta con los bordes negros, en señal de luto. Su corazon se sobresaltó al ver que procedia de Scutari. Quiso informarse de quién habia sido el mensajero, mas nadie le supo dar razon de aquel misterio. La abrió con temor, y vió una letra desconocida y un recuerdo de Victorina. Una hermana de caridad se lo remitia, informándole que aquella habia dado á Dios su espíritu, víctima de su ardiente celo en la curacion de los heridos. Dentro de esta carta venia otra cerrada, escrita por Victorina, ya postrada en el lecho. La letra indicaba la debilidad del pulso, y la concision, lo supremo de los instantes. Solo decia estas palabras: «Tu hermana muere; tu hermano vive, y vuela á abrazarte. Rogad por mí.»

En efecto, entre los heridos de la famosa batalla de Inkerman, lo fué el coronel



[illegible], y prometiendo cumplir lo que la [illegible] consuelo.

[illegible] cantidad de dinero, que era [illegible], sino por el gozo que [illegible] reparaba un agravio y [illegible] tan pura y tan limpia [illegible] de su honor, puesto en aquella [illegible] Victorina, lo dió de limosna á [illegible].

[illegible] de [illegible] á Angela, que aun vive [illegible] de sus hijos, en su país natal, en la bella Armórica, [illegible], patria de los bardos que cantaron á los héroes de [illegible] sierpes de fuego y los [illegible] lagos encantados. Léjos del [illegible] de Paris, en donde no le quedaba más lazo que el recuerdo de [illegible], [illegible] ya segura á buen puerto [illegible] sus turbulentas olas, dividia [illegible] los placeres rústicos de su [illegible] y el retiro pintoresco de un [illegible] y hermoso castillo que poseia en las [illegible] de Renes. Allí, en su [illegible] capilla ú oratorio, tuvo el [illegible] abrazo de despedida á su fiel amiga, que con un ejército de [illegible] para la Crimea á aliviar con las Nightingales los dolores del soldado [illegible] que conquistaba nuevas glorias á las armas francesas.—Vé, decia Angela [illegible], conquista tú nuevas glorias á la [illegible]: sirve de madre y de hermana á los que mueren léjos de su querida Francia. Yo tambien tenia un hermano, que murió por ella, y tal vez halló madre y hermana en su [illegible].—¿Quien sabe, exclamó Victorina, si aún Dios te le volverá.

Un dia en que Angela se hallaba en su [illegible] en compañía de su hija mayor, heredera de su inocencia y de sus virtudes, vió que por la reja de una ventana que caia encima del pequeño altar dejaban caer una carta con los bordes negros, en señal de luto. Su corazon se sobresaltó al ver que procedia de Scutari. Quiso informarse de quién habia sido el mensajero, mas nadie le supo dar razon de aquel misterio. La abrió con temor, y vió una letra desconocida y un recuerdo de Victorina. Una hermana de caridad se lo remitia, informándole que aquella habia dado á Dios su espíritu, víctima de su ardiente celo en la curacion de los heridos. Dentro de esta carta venia otra cerrada, escrita por Victorina, ya postrada en el lecho. La letra indicaba la debilidad del pulso, y la concision, lo supremo de los instantes. Solo decia estas palabras: «Tu hermana muere; tu hermano vive, y vuela á abrazarte. Rogad por mí.»

En efecto, entre los heridos en la [illegible] batalla de Inkerman, lo fué el coronel



Drawn by W. Perring.

Engraved by W. & F. Holl.

Francia — La Buena Nueva.

del regimiento de cazadores de la Guardia imperial, Antoine Lefleur, hermano de Angela, que lleno de noble ambicion se habia propuesto no volver al seno de su familia hasta haber alcanzado gloria y distincion en la milicia. Victorina le asistió en su grave enfermedad, y oyéndole pronunciar el nombre de sus padres y el de Angela, vino en conocimiento de que era el hermano que tenia por muerto en la guerra.

Angela besó la pequeña cruz que siempre habia llevado al cuello Victorina, y derramó consoladoras lágrimas al recuerdo de aquella mujer que tanto la amó en vida y aun al morir le daba nueva vida con tan buena nueva.

—Mira, decia á su hija, esta cruz perteneció á una mujer pecadora, que murió santa; porque rogó y fué oida: lloró y fué consolada: amó y fué perdonada.

Pocos dias despues Angela tuvo la dicha de abrazar á su hermano, que volvia lleno de laureles y reputacion militar. Pero entre las cruces brillantes que traia, ambos estimaban en más aquella humilde cruz, legado de Sor Victorina, á quien llamaba madre el bravo coronel, y en las largas noches de invierno, reunida esta venturosa familia al lado del fuego y recordando épocas pasadas, decia el veterano conmovido:

—Cuando nos hallábamos enfermos en el hospital de Scutari, y vimos entrar á las hermanas de caridad, un valiente zuavo, exclamó:

—«¡Aquí están las hermanas: ya no morirémos!» [1]

[1] Nos hemos detenido y consagrado tal vez excesivo espacio al hablar de Francia por razones que no escaparán á la consideracion de nuestros discretos lectores. Francia es la nacion que hoy ejerce más influjo en el mundo civilizado, así en política como en literatura, así en los usos como en las costumbres. Justo es, pues, que en una obra intitulada *Costumbres del universo*, llene más páginas la nacion que en esta época llena más el mundo, con lo cual, y haciendo la pintura de los originales, estamos libres de hacerla de las copias, que siempre son malas. En efecto, el orbe civilizado tiene á gala el ser *galo* en nuestros dias. En un elegante salon, fonda de primer órden, paseo ó espectáculo: en Berlin, Lóndres, Viena, Madrid ó San Petersburgo se ha de danzar, vestir, comer, vivir y gozar del mismo modo, y esta modalidad la fija y constituye la sociedad francesa; y córtes hay, como la de Pedro el Grande, en que hasta el idioma nacional está proscrito en el mundo del buen tono, y se usa en su lugar el francés, y no hay arte de lujo, ni primera necesidad del hombre civilizado que no esté satisfecha y explotada por la Francia. Hemos introducido descripciones de escenas y *caractéres en accion*, por cumplir con las indicaciones del título y prospecto, pues no es lo más notable en el universo lo que se llama propiamente *costumbre*, que muchas son poco interesantes, y otras ridículas y de ninguna importancia ni provecho para los lectores; y aunque algun autor tuviera la paciencia de reseñar cómo visten, comen, duermen, construyen sus casas y viven en ellas todos los pueblos y tribus del universo, hallaríamos gran variedad de hechuras y colores, extravagancias y sandeces: aquí monteras redondas, allí puntiagudas, acá triangulares, allá levantadas y acullá caidas, cosa que podrá llamar la curiosidad del ocioso; pero no la atencion de los que buscan más alta enseñanza. Por esto hemos dado cabida en el plan de nuestra obra á variedad de asuntos y pintura de tipos, caractéres, instituciones, bellezas y defectos y otra porcion de materias que se comprenden en la denominacion general de costumbres, y se saca de ellas mayor provecho que de una constante y monótona reseña de los infinitos modos de vivir de innumerables pueblos.

GRECIA.

I.

Haciendo Lagrange el elogio de Newton, dijo que era el génio más afortunado que habia existido, porque solo una vez se da la oportunidad y ocasion de establecer sistemas del universo. Una cosa parecida se ha dicho de la Grecia, país afortunado bajo el concepto de que solo una vez se da la oportunidad y ocasion de establecer sistemas filosóficos, políticos, sociales, literarios y artísticos, y de enseñar libertad y salvar la civilizacion, ó mejor dicho, crear una nueva en el mayor grado de refinamiento, que esto fué lo que hizo este pueblo de gigantes á quien llamaban *niños* los egipcios, y que sin embargo, son todavía la admiracion de los viejos.

Cosa extraña es que no se dé un paso en este pequeño territorio lleno de islitas, montañas y planicies, que en su variedad de climas parecen demarcaciones naturales de estados diversos, sin hallar una ciudad, un rio, un monte, que, aunque en miniatura, son más famosos y han llenado más el mundo que los Chimborazos é Himalayas: que no se dé un paso en el estudio de la filosofía sin hallar que Platon y Aristóteles le recorrieron y exploraron, de tal modo, que en punto á

la ciencia de la vida, no les hemos adelantado en una sola línea; ni se sabe hoy por el más encopetado filósofo más de lo que alcanzaron estos ilustres griegos; que no se lea un libro medianamente escrito, sin ver en él los sistemas y el espíritu que los *niños* establecieron, ni un poema del más lince que exceda al del ciego de Smirna, ni un poeta que no tiemble al medirse con las sombras de Píndaro, Anacreonte ó Safo, ni un trágico con las de Sophocles y Eschilo, ni un orador con Isócrates y Demóstenes, ni un patricio con los Arístides y Epaminondas, ni un legislador con los Solones y Licurgos, ni un César con el vencedor de la Galia, ni un pintor con Apeles, ni un escultor con Fidias, cuyas estátuas no queria Canova que se viesen sino descubierta la cabeza é hincadas las rodillas. Si estos eran niños, ¿dónde están los hombres?

Y este suelo, y esta raza, y sus maravillas de pórticos y templos, ¿en qué vinieron á parar? ¿Qué es hoy la Acrópolis de Atenas y la ciudad de las cien puertas? ¿Qué acentos se oyen en el que fué Areópago famoso, en los lugares donde arengaban los guerreros filósofos, disputaban los sofistas, enseñaban los estóicos y peripatéticos é interrogaba y confundia á los politeistas el modesto Sócrates? La civilizacion se ha llevado el espíritu del cuerpo que hizo pedazos la barbarie. La Europa posee sus códigos, sus sistemas, sus ciencias, su poesía; admira su arquitectura y conserva los fragmentos de sus dioses salvados de entre las ruinas causadas por el cañon turco, que implacable destruia el Parthenon, y con él la más admirable fábrica del elegante y refinado gusto helénico; y el suelo y los descendientes de Hellas pasaron bajo la cimitarra del bárbaro, y de la libertad de las repúblicas á la esclavitud de un imperio, y corrompieron el lenguaje de Aristóphanes y pasaron de pueblo rey á pueblo *rayah*, de capitanes *kleftes* á bandoleros, de *ephoros* á *armatoles* ó policía, y de legisladores á diplomáticos de un sultan; y todo el génio ático vino á quedar representado en no lejana época por los *Simos* y los *Phanariotes*, los unos enriqueciéndose por las artes de Caco en los montes y despoblados, y los otros adquiriendo lustre y riquezas por las artes de Mercurio y las intrigas cortesanas.

Tales son los cambios que ha presenciado el mundo, donde parece que los pueblos famosos, como los famosos génios, quieren desaparecer del todo de la escena y dejar su herencia á los suyos, sino á otros pueblos y descendientes que ocupen su alto puesto en la historia. Hoy la Grecia es independiente, á lo menos gran parte, y como quiera que al grito de guerra por la madre patria, no hay pueblo que no se muestre heróico, siquiera se halle en la agonía, y se han visto patricios valientes como Botzaris, Diakos, Maurocordato, Capo d'Istria, Miaoulis y Kanaris, muchos creen posible la restauracion completa del carácter y espíritu nacional antiguo, sin pensar que la civilizacion anda contínuamente mudando de hogar, y recorre

el mundo sin hacer acepcion de personas y territorios, cuando los encuentra en situacion y madurez para servirse de ellos por instrumentos.

Pero si parece dificultoso que otra Grecia como la antigua renazca en lo futuro, es por demas injusto negar que exista Grecia y llamar á los griegos impostores, y á su constitucion un *fiasco*, y al pueblo indigno de simpatía é incapaz de libertad.

¡Qué, llamar á los griegos impostores porque el alquimista no encuentra los puros orígenes dórico y jónico en la sangre de sus venas, mezclada con la de slavos, turcos, macedonios, valachos y albaneses! ¿Qué raza se ha mantenido pura en medio de las guerras, inmigraciones, trastornos, tráfico y comercio humanos? ¿Qué nacion no le imitará en superchería al conservar el nombre de sus fundadores é inspirarse con el génio de sus antepasados? Nosotros no creemos que el reducido territorio de Hellas produjese hombres con distinta y privilegiada sangre, diverso cerebro y órganos para sobrepujar á sus semejantes y excederlos en todo, y si fuera posible colocar la Grecia del dia en las mismas circunstancias y condiciones que la antigua, produciria sus mismos titanes y con ellos sus mismas obras.

Los que tal creen, no paran mientes en el estrago que causan cinco siglos de servidumbre intolerable bajo el despotismo de bárbaros opuestos en religion. Milagro es que quedara una virtud ó una cualidad buena en un pueblo destinado á servir á sus amos, á pelear por los ociosos y á pagar rentas y gabelas, sin poder nunca redimirse, ni aun con montes de oro, de su inferioridad ante la ley, á menos que no comprase su igualdad con los turcos por medio de una repugnante apostasía. [1] La astucia que se les echa en cara, la travesura, malicia, corrupcion y venalidad que muchos creen ser defectos del moderno griego, son herencia de los antiguos, solo que en estos la libertad y el ascendiente de la personalidad los oscurecia y compensaba con gran número de brillantes cualidades. Si se ha notado en su guerra de independencia espíritu de partido, ambiciones personales, egoismo y flaquezas ante las seducciones, estas mismas tachas tuvieron sus más ilustres antepasados, exceptuando un corto número de ciudadanos modelos, y aunque es bien seguro que la servidumbre dilatada por tantos años fué propia para estimular y fomentar, antes las malas que las buenas cualidades, antes los vicios que las virtudes, se han visto en el griego moderno la bravura, patriotismo, inteligencia, aficion de saber y tendencia á excitaciones políticas que caracterizaron al griego antiguo.

Si tuviéramos largo espacio para referir la historia de su cautiverio, fácilmente se veria que la emancipacion provino de haber conservado la raza dos de los prin-

[1] La intolerancia era tal, refiere un viajero, que aun en 1855, al dar el permiso para la inhumacion, se valian todavía de esta fórmula: «Damos licencia al cura de la iglesia... para que el cadáver impuro y hediondo del incrédulo... *condenado* este dia, sea metido bajo la tierra.»

cipales distintivos con que brilló en el apogeo de su vitalidad y desarrollo. El uno es el sentimiento elevado de su autonomía, y el otro su natural inclinacion al refinamiento, cualidades que no pudieron borrar ni oscurecer la tiranía ni la abyeccion durante tan largo período de dependencia. En Hydra, Spetza, islas Egeas y Psara habian logrado mejorar su condicion, y vivir casi como hombres libres, viendo en el griego armado en los campos el futuro instrumento de su libertad. El *kleptit* ó bandido era su vengador, y errante por las montañas, realzado por el sentimiento de su personalidad, era una protesta contínua contra la esclavitud. Ya que no podia ser un guerrero como en los tiempos de Pericles, era pirata de los tiempos de Homero; se revelaba contra la sociedad, y establecia su libertad en las sendas y carreteras y su ley en la punta de su espada. Era un salteador á lo caballero, de la raza de los Guinart, y como las víctimas predilectas eran los *paschás* ó tiranuelos inferiores, estos jefes bagabundos eran tenidos en grande honra y estima, juntamente con los *armatoles*, fuerza armada siempre dispuesta á defender al pueblo. Por otra parte, el Fanariote, [1] que habia comenzado por utilizar sus conocimientos lingüísticos y su habilidad é instruccion en la córte del turco, como intérprete ó consejero diplomático, y pasado á ser encargado secreto y despues hospodar ó gobernador y ministro en las córtes de Europa, fomentó el comercio y la instruccion, abrió universidades, animó el espíritu nacional con la lectura de las obras clásicas y los ejemplos que en ellas tenian de libertad, magnanimidad y patriotismo, hizo conocer la debilidad del otomano perseverante en su barbarie y oscurantismo, y al mismo tiempo extendió la conviccion de que un esfuerzo de su parte lograria su completa emancipacion. Esto dió lugar á la *Hetairía*, sociedad secreta que fundó el salonicense Rhigas, nuevo Roger de l'Isle de la Grecia, que compuso la *Marsellesa* griega y murió mártir de su entusiasmo nacional, y preparados estos materiales, la enemistad del *paschá* de Janina con su gran señor, vino á darles ocasion en 1820 de sacudir el ominoso yugo.

Nada más bello y más poético que la vida y las aventuras de estos habitadores de las montañas, argumento de los cantos de la moderna Grecia, y cuya historia, que es la historia de su independencia, constituye su segunda Iliada. Ésta mostraria, segun expresion de Fauriel que ha recogido las poesías populares, que siempre ha habido en las montañas una Grecia refugiada, digna hija de la Grecia antigua. Aun viven los que han visto la gallardía y bravura del famoso capitan Nikotzaras, uno de los muchos Hércules y Teseos de nuestra época, que en los montes de Tesalia y en la altura del Olimpo hizo tantas veces temblar á las milicias turcas. Como

[1] Llámanse Fanariotes los que habitan el barrio del Fanar en Constantinopla. Allí residieron los griegos más activos, instruidos, hábiles y emprendedores, que llegaron á ser notables por su riqueza é influjo.

estos guerrilleros y piratas han representado tan importante papel, así durante la tiranía como en los tiempos de la revolucion, nos parece que interesará á nuestros lectores una noticia de su manera de vida y sus belicosas costumbres.

II.

EL BANDOLERO Ó EL PATRIOTA DE LAS MONTAÑAS.

En la época de las primeras invasiones de los turcos en las provincias griegas, como en todo país sucede, los habitantes de las llanuras sufrieron el yugo de los conquistadores; pero las montañas fueron el baluarte y el asilo de los hombres libres, y hallaron resistencia en los moradores valientes del Olimpo, Pelion, Pindo y Agrafa. Los naturales de la Tesalia particularmente se señalaron en ser los primeros que al invasor resistieron, siendo sus cumbres para la Grecia lo que las de Covadonga para España, la altura en que se fulminó el rayo que andando el tiempo habia de exterminar á los enemigos. Tinieblas y desolacion era el cuadro de la Grecia bajo el imperio del turco. Sus hombres distinguidos gemian en el destierro: la vida pública habia cesado: el capricho era la única ley en el pueblo que las formó cortadas al modelo de la libertad y la dignidad del hombre; pero los vencidos eran griegos, y *la raza obliga*. Los descendientes de Hellas mostraron que aun ardia en sus venas aquel amor de sus antepasados á su ídolo, la libertad, y se refugiaron en las cumbres de aquellos sagrados montes y juraron morir antes que ser esclavos. A la fuerza del tirano opusieron la voluntad indomable de ser independientes, y ya que su número no les permitia presentar formal batalla, hacian incursiones en las llanuras y robaban y saqueaban á su sabor á los dominadores que en paz cultivaban sus campos. De estas hazañas tomó orígen su nombre de *klefte*, que en griego significa ladron, pero que segun se ha dicho, no imprimia en su frente mancha alguna, porque sus compatriotas, que veian en ellos á los enemigos declarados de los turcos, los miraban secretamente con júbilo como sus vengadores. Y en efecto, entre estos agrestes soldados era una especie de religion el odio á los mahometanos, odio que se revela en su original y bélica poesía, la única lira que por mucho tiempo resonó en la patria de las musas: «Yo seré un *klefte*, exclama el jóven patriota de las montañas, yo seré el orgullo del desierto y el compañero de los bosques. Viviré

en las cumbres entre las fieras. Mi lecho serán las rocas, y la nieve mi único abrigo; *pero no seré esclavo de los turcos.*»

¡Cuánta ruda grandeza, admirable poesía y elevado espíritu no se encuentran en estos valientes precursores de la independencia, en estos Bautistas de sangre retirados al desierto! Una vez en posesion de las alturas, vivian como nómadas, en partidas capitaneadas por un jefe que contaba mayor ó menor número de soldados, segun la fama del cabecilla y la confianza que les inspiraban sus altos hechos. El género de vida, siempre en peligro, les obligaba á cada paso á recurrir al robo para mantenerse. Sin embargo, no olvidaban que eran griegos, y por lo comun los turcos eran su presa favorita. Ya arrebataban los ganados de un *paschá*, ya caian de improviso sobre sus campos y haciendas, sobre las aldeas de los *agás* y los *beys*, llevándose cuanto podia serles útil, ó incendiando lo que llevar era imposible. Muchas veces capturaban á los mismos *agás* ó á algunos de los suyos, y no los devolvian sino mediante un buen rescate. Cuando confiaban en sus fuerzas, su audacia llegaba hasta exigir tributos á las ciudades, intimando á sus moradores por escrito les proporcionasen cierta cantidad de dinero, ó tales y cuáles objetos que habian de poner en tal dia y tal hora en un paraje determinado, amenazando incendiar las poblaciones en caso de no complacer á su deseo. Como elegian por estacion los lugares más escarpados y peligrosos de las montañas, de noche podian dormir con algun descuido envueltos en sus pieles de cabra, que les libraban de la lluvia y de las inclemencias propias de un dormitorio á cortinas verdes; y si emprendian una expedicion, preferian asimismo la oscuridad.

Entre los bandoleros, los habia sometidos ó domesticados, y salvajes ó independientes. Éstos se distinguian de los sometidos, llamados *armatoles*, por una larga cuerda que en muchas vueltas llevaban ceñida al cuerpo y anudada en el pecho. La dicha cuerda servia para atar á los prisioneros turcos hechos en combates ó en emboscadas, en cuyas ocasiones siempre peleaban como el guerrillero, separados unos de otros, y cubiertos por el primer objeto que se les presentaba, ya fuese un árbol, una pared, un pedazo de roca ó los cadáveres mismos de sus enemigos, tirando con su fusil de pié ó de rodillas y cargando tendidos en el suelo. Si por desgracia se veian rodeados por todas partes, y no podian salvarse sino abriéndose paso á viva fuerza, echaban mano á su último recurso que era el sable, y á su grito *¡Ghioroussi!* especie de *Santiago y cierra España.* En el manejo del arma de fuego los *kleftes* no tenian rivales. No obstante que sus fusiles son largos y pesados, tenian una puntería admirable. Los habia que á doscientos pasos hacian pasar la bala por un anillo apenas un poco más ancho que el proyectil, lo cual dió márgen á la expresion de *ensartar anillos con balas.* Su golpe de vista era tan vivo y

estaba tan ejercitado, que preferian las campañas nocturnas por las ventajas que esto les daba, pues apuntaban con tal seguridad á la luz de la detonacion del contrario, que rara vez erraban el tiro, y llamaban á esta manera de pelear *hacer fuego sobre fuego*.

Tenian tambien habilidad extraordinaria para ejercicios de fuerza y destreza, particularmente para el salto y la carrera en que sobresalieron Zacarias de la Morea y Nikos de la Tesalia. Los bardos populares cantan, que la velocidad de algunos era tal que al correr se daban con los talones en las orejas, y en la llamada leccion de Naunos, dice este capitan á sus bravos bandoleros, que la gloria de un *klefte* es hacer en una noche la jornada de tres dias. No les era menos indispensable que el valor la resistencia al hambre, á la sed y al sueño. En ocasiones se veian forzados á pelear tres dias y tres noches consecutivas sin comer, beber ni dormir, y cuando los turcos los creian rendidos, los veian caer como águilas, sable en mano, y escaparse victoriosos. Estos prodigios de valor denotan el horror que tenian á la esclavitud y á los tormentos con que los turcos se vengaban si los cogian vivos. Solo por sorpresa y faltos de una bala en el combate caian prisioneros, mas una vez en manos del enemigo su serenidad y desprecio de los martirios igualaban á su valor. Era un puntillo de honor como griegos y como bandoleros el sonreir en los tormentos más atroces inventados por sus verdugos; pero como el sufrimiento no impedia la humillacion, uno de los votos que siempre hacian en sus fiestas y banquetes era el morir *de un buen balazo*.

La muerte del gran patriota Diakos es un ejemplo de esta grandeza de alma. Diakos era un antiguo *klefte* renombrado por su valor, lealtad y nobleza de carácter y extraordinaria belleza de su rostro. En 1820, durante el cerco de Janina, dió el ejemplo y la señal de insurreccion en la Morea, y se preparó con sus valientes palícares á resistir á Omer á quien seguia gran número de soldados. La desproporcion fué tal, que el valiente héroe se quedó solo en medio de sus enemigos.

Una nube de combatientes avanza, dice el moderno Homero al cantar la muerte de Diakos, una nube negra como nube de cuervos. Es Omer que cae sobre los griegos con diez y ocho mil turcos. Tan luego como Diakos se apercibe, eleva su voz y dice á su lugarteniente: «Reune á mis bravos; dales pólvora en abundancia y balas á millares: pronto, acampemos en Alemanna donde hay trincheras y abrigo.» Toman sus ligeros sables y sus pesados mosquetes, llegan á Alemanna, ocupan las trincheras: «Camaradas, no temais, grita el jefe: sed valientes como helenos, resistid como griegos.» Pero son arrollados, y Diakos queda en medio del fuego con diez y ocho palícares. ¡Uno por mil! Allí combate tres horas contra diez y ocho mil turcos: desenvaina al fin su sable y mata centenares de enemigos; pero su sable se rompe

por el puño y cae vivo en poder de sus adversarios. Mil le tenian por delante, dos mil por detrás, y Omer le interroga secretamente por el camino.

—¿Quieres hacerte turco? ¿quieres cambiar de fé, abandonar la Iglesia y adorar á Dios en la mezquita?

—¡Ojalá perezcais vosotros y vuestra religion, turcos impuros! exclama el *klefte* lleno de cólera: griego he nacido y griego quiero morir; pero si quereis mil monedas de oro por dejarme vivir tres ó cuatro dias hasta la llegada del *klefte* Odisea...

—Y yo, interrumpe Khalil-bey, os doy mil bolsas y quinientas monedas más si haceis morir á Diakos, el más terrible de los *kleftes*. Si no, destruirá á los turcos y todo su poderío.

Entonces se apoderan de este héroe y lo empalan. Le levantan rectamente en alto, y Diakos se sonreia, y les insultaba y les hablaba con desprecio.

—Si me empalais, un griego de menos; pero sálvese el *klefte* Odisea, y él exterminará la Turquía y todo vuestro poder.

La firmeza que mostró Diakos en la fé era uno de los caractéres distintivos de estos jefes. Entre los griegos, aunque no muy frecuentes, se han visto apostasías, como que el hacerse musulmanes ó no era cuestion de vida ó muerte. Con todo eso, ningun *klefte* conservó su vida á este precio. La piedad y veneracion que tienen á las cosas santas, son señales de lo profundo de su fé en su cristiana religion. En ningun caso y por ningun estilo robaria uno de ellos el menor de los objetos consagrados al culto. Claro es que reducidos á vivir en despoblado y en lugares donde no habia sacerdotes ni iglesias, sus prácticas de devocion y el ejercicio de su religion estaria mezclado de supersticiones, ni más ni menos que entre los *banditti* de Italia y los salteadores que en otras épocas infestaban nuestros montes.

Un viajero refiere, que al principiar este siglo fué famoso en las gargantas del Pindo uno de estos Guinart que se habia establecido llevando entre sus camaradas á un ministro ó *papaz* griego. Éste acostumbraba á encerrarse y esconderse en el hueco de una antigua y robusta encina cuando los bandoleros cogian alguna presa, con la cual se dirigian hácia el árbol, y comenzaba el siguiente diálogo:

El Capitan.—Habla, oh santa encina, venerada por nuestros padres: ¿qué harémos con este cautivo de nuestro arco y flecha?

El Oráculo.—¿Es creyente cristiano ó perro infiel?

El Capitan.—Tú sabes, oh santo árbol, que es creyente cristiano.

El Oráculo.—Entonces déjale que prosiga alegre su camino, despues de daros el ósculo de paz y amor y de consagrar su bolsa á remediar las necesidades de sus hermanos pobres.

Si el cautivo era musulman la respuesta del oráculo decia: «Ahorca al incrédulo

en mis ramas sagradas y confíscale todo cuanto tenga en servicio de la verdadera Iglesia y de sus fieles hijos.»

Por estas prácticas y esta conducta se ve el grado de semejanza de los *kleftes* con nuestros ladrones caballeros, arrojados á la vida aventurera más bien por amor á la libertad, ó por revancha de alguna grande ofensa, que por la vil y baja codicia del metal. Lo que se cuenta de Diego Corrientes y de Jaime el Barbudo y otros famosos bandoleros, así de su devocion como de sus rasgos de desprendimiento, es aplicable á estos insurgentes que por odio á la servidumbre se lanzaban á tan peligrosas aventuras. Es más, el fanatismo por la causa griega hizo que muchas veces un *papaz* ó religioso griego llegase á ser jefe de partida y empuñase el sable, como se vieron los ministros del Señor llevando la cota y la lanza en la dilatada lucha por nuestra independencia. Durante la última guerra entre la Rusia y la Puerta se vió figurar entre los más celosos caudillos griegos al *papaz* Euthimo, *klefte* de Tesalia, quien formó el proyecto de destruir á Alí Pachá y establecer un gobierno nacional en el territorio de su dominacion. Este capitan á lo eclesiástico, martirizado y descuartizado despues por el sanguinario Alí, era hijo del jefe de partida Blachavas, que á la edad de setenta y dos años, lleno de piedad fervorosa tomó su fusil al hombro y se encaminó á pié hasta Jerusalen como peregrino, y allí murió en los santos lugares.

¿Qué encanto tenia para estos patriotas la vida aventurera libre y belicosa en un país tan lleno de bellezas naturales? Si algun *klefte* sometido y trocado en *armatole* vivia ocioso en las ciudades, una profunda melancolía se retrataba en su rostro, claro testimonio de su aversion á las monótonas llanuras y á un estado pacífico. Como el suizo, el *klefte* griego se marchitaba y consumia sin la vida de la montaña y el sentimiento de la independencia, y *su ranz de vaches* era la cancion belicosa de Rigas, cantada en sus rústicos y abundantes banquetes homéricos, ese himno famoso que toca la fibra del corazon griego, que entusiasmó á Byron y lanzó á tantos héroes al campo de batalla.

La popularidad de este himno es tal, que no podemos dispensarnos de ofrecer aquí una traduccion:

«¿Hasta cuando, oh valientes, hemos de vivir solos en los desfiladeros, en las cumbres y en las montañas, habitar las cavernas como leones, no tener á la vista más que bosques, huir del mundo para evitar la dura esclavitud? ¡Sus! palicares, á pelear por nuestros padres, patria y hermanos; nuestros amigos, nuestros hijos y parientes; por el hogar, por el altar, por la libertad y por la patria.

»Una sola hora de libertad vale más que mil años de servidumbre y cautiverio. ¿De qué te sirve vivir si eres esclavo? Piensa que cada hora te hacen sufrir el



en mis ramas [illegible] y [illegible] en servicio de la verdadera Iglesia y de sus fieles hijos.»

Por estas [illegible] y esta [illegible] de las [illegible] con nuestros [illegible] [illegible] bien por amor á la libertad, ó por necesidad de [illegible] la vil [illegible] del [illegible]. Lo que se cuenta de [illegible] el [illegible] y otros famosos [illegible] de [illegible] es aplicable á estos [illegible] se lanzaban á [illegible] peligrosas aventuras. Es más, [illegible] veces un papel [illegible] y [illegible] como se vieron [illegible] y la [illegible] en la [illegible] lucha por nuestra independencia. [illegible] entre la Rusia y la [illegible] se vió [illegible] el papaz Euthimio [illegible] Tesalia, [illegible] y establecer un gobierno nacional [illegible] á lo eclesiástico, [illegible] y [illegible] hijo del jefe de partida [illegible] de piedad fervorosa, [illegible] al hombro y se encaminó á pie [illegible] como peregrino, y [illegible] los santos lugares.

¿Qué encanto tenía para estos [illegible] la vida aventurera [illegible] y [illegible] en país tan lleno de bellezas naturales? El [illegible] *Klefte* sometido y [illegible] vivía ocioso en las ciudades [illegible] melancolía se [illegible] claro testimonio de su aversión á las [illegible] y á [illegible] Como el suizo, el *klefte* griego se [illegible] en la [illegible] y el sentimiento de la independencia, y [illegible] es la canción [illegible] de Rigas, cantada en sus rústicos y [illegible] banquetes [illegible] famoso que toca la fibra del corazón griego, que entusiasmó [illegible] tantos héroes al campo de batalla.

La popularidad de este himno es tal, que no podemos [illegible] aquí una traducción:

«¿Hasta cuándo, oh valientes, hemos de vivir solos en los [illegible] cumbres y en las montañas, habitar las cavernas como [illegible] vista más que bosques, huir del mundo para evitar la dura esclavitud [illegible] palicares, á pelear por nuestros padres, patria y hermanos, nuestros amigos [illegible] tros hijos y parientes; por el hogar, por el altar, por la libertad y por la [illegible]

»Una sola hora de libertad vale más que mil años de servidumbre y [illegible] ¿De qué te sirve vivir si eres esclavo? Piensa que cada hora te hacen [illegible]



Grecia _ El Patriota herido.

martirio. Ni que seas dragoman, príncipe ó visir, no por eso evitarás la muerte injusta. Por más que te envilezcas ante el tirano y le obedezcas como un perro, expiará la ocasion de beber tu sangre. Mírate en el espejo de Soutsos, Mourousis, Petrakis, Skanavis, Ghikas y Mavroghenis. Valientes capitanes, sacerdotes y legos han sido degollados por la misma espada, y un infinito número de turcos y griegos pierden á cada momento la vida sin más razon que su capricho.

»Venid hoy todos llenos de ardor á jurar sobre la cruz: propongamos un consejo de hombres eminentes en patriotismo; que la ley sea la primera y única regla, y que un hombre solo sea el jefe de la patria, pues es peor que la anarquía y la servidumbre el devorarse los hombres unos á otros como bestias feroces. Con las manos levantadas al cielo, digamos á Dios, de todo corazon estas palabras:

»Oh rey del universo, yo te juro no rendirme jamás á la voluntad de los tiranos, ni servirlos, ni dejarme seducir ni engañar por sus promesas. Mientras que me dure la vida, mi único objeto será aniquilar al turco. Fiel á la patria, combatiré para romper su yugo, y seguiré la voz de mis capitanes. Si falto al juramento, que el cielo me aniquile, me consuma y me reduzca á humo.

»Al oriente, al poniente, al norte y al mediodia no haya más que un sentimiento por la patria. Búlgaros, servios, albaneses, griegos, insulares ó de tierra firme, ciñamos todos la espada por la libertad. Que sepan todos que somos valientes; que todos los que han aprendido el arte de combatir vengan para anonadar á los que nos tiranizan. La Grecia los llama con los brazos abiertos; ella les ofrece mansion, bienes, dignidad y honores. ¿Hasta cuándo quereis ser oficiales de los reyes extranjeros? Venid y sed columnas de vuestra propia nacion. Más vale perecer por su patria que no colgar franjas de oro á una espada mercenaria.

»¡Souliotas y mainotas! leones famosos, ¿hasta cuándo dormiréis en vuestras cavernas? Cachorros de Mavrovouni, águilas del monte Olimpo, milanos de los montes Agrafa, formad un solo hombre: hermanos cristianos de las márgenes del Danubio, mostraos con las armas en la mano, hirviente vuestra sangre de justa cólera: grandes y pequeños, conjurad la ruina del déspota. Valientes macedonios, lanzaos como fieras y aves de rapiña, y derramad todos su sangre. Delfines del mar, dragones de las islas, caed como el rayo, caed sobre el enemigo. Aves marinas de Hydra y de Psara, ya es hora de escuchar la voz de la patria; y vosotros todos, sus dignos hijos que servís en las flotas, la ley os manda romper el fuego. Todos de acuerdo, en un mismo espíritu, alma y corazon, demos el golpe á una y perezca hasta la raiz de la tiranía. Levántese en Turquía una llama que llegue desde la Bosnia hasta la Arabia. Elevad la cruz hasta la altura de las banderas, y herid al enemigo como el rayo. No penseis que es fuerte, el corazon le late y tiembla como una liebre. Tres-

cientos kirsales le han hecho ver, que á pesar de sus cañones no ha podido resistirlos.

»¿Por qué tardais, pues? ¿por qué semejais muertos? Despertad, y acábense las disensiones y enemistades. Al modo que nuestros abuelos se levantaron como leones por la libertad y se precipitaron en el fuego de la guerra, así nosotros, oh hermanos mios, tomemos á una las armas y salgamos de la cruel servidumbre. Destruyamos los lobos que se atreven á tiranizar á los griegos: que la cruz brille sobre la tierra y los mares: que la justicia aparezca y desaparezca el enemigo: que el mundo se vea libre de esta terrible plaga y vivamos libres y hermanos sobre la tierra.»

Ninguna prueba más convincente de la existencia del génio griego en medio de la degeneracion política y social de este país, que el carácter, la vida y los hechos de estos *enfants terribles*. Entre todas las revoluciones modernas, ninguna ha sido más caracterizada que la de Grecia por una sorprendente originalidad en sus empresas y hazañas. El *klefte* era un tipo agreste y espantable, lleno de generosidad y de bravura, como los Aquiles y Ajax de la Iliada: una figura clásica en las soledades del desierto, una especie de héroe salvaje de nueva edad fabulosa, cuyos cantos encierran toda la espontaneidad y lozanía, toda la sencilla y aterradora grandeza de las edades primitivas. Oid el último suspiro de un *klefte* moribundo y su súplica á un camarada de los bosques: «Haz mi sepulcro espacioso y alto, que pueda yo caber de pié, cargar mi fusil y pelear. Haz en él una ventana, en el costado derecho, que pueda yo oir la golondrina cuando anuncia la primavera y al ruiseñor que saluda al florido mayo.»

Como los antiguos, estos guerreros formaron su mitología, y en sus cantos toda la naturaleza llora ó rie segun el hado adverso ó risueño de sus armas. El pájaro en el bosque, el águila en la montaña, el sol, la luna, los rios, las nubes, se relatan las victorias de sus brazos, lloran por sus muertos y consuelan á sus viudas y madres. El monte Olimpo se gloría delante del Osa de no haberse contaminado jamás con el impuro tacto de los turcos; cada fuerte ostenta una divisa de libertad; cada árbol está guardado por un *klefte:* el águila real se goza en tener por alimento el corazon de un *klefte* muerto de un balazo en la solitaria cima, y el bardo guerrero le canta: «Come, ave coronada, aliméntate con mi fuerza, así puedan crecer tus alas cien palmos y tu poderosa garra otros tantos piés. Yo era un *klefte* y un guerrero. Yo he vencido y muerto turcos sin número, mas al fin me llegó mi hora.»

¿Cómo no habia de llegar tambien la hora de la emancipacion, cuando esta simiente de gigantes aseguraba el triunfo de los oprimidos? La Grecia se alimentó del patriotismo de estos montañeses indomables. Al canto de Rigas se extremeció su corazon y se agitaron sus nervios, y cuando en su heróico martirio exclamó: «Yo he sembrado la semilla, el tiempo llegará en que mis compatriotas recojan el fruto,»

hablaba con la inspiracion de los profetas. Y el tiempo llegó en el momento en que Alí, despedazados sus hijos por el sultan, despues de haber llorado como leona y resistido al hambre como lobo, se levantó cual tigre, exclamando: «A las armas, hijos de Hellas, á vengar los agravios de cuatro siglos! Y entonces apareció el príncipe Ipsilanti, Geordakis el Olímpico y el albanés Anastasio, y bajaron los *kleftes* de las montañas, y el obispo Germanos levanta en la Achaia su bandera de la cruz, y en Epiro se arma Bozaris con sus valientes suliotas, y en Tesalia el *klefte* Odisea, el amigo de Diakos, se pone al frente de los *armatoles*, y en Laconia guian á los belicosos mainotes el valiente jefe de *kleftes* Colocotroni y el príncipe Petro Bey, y las libres comarcas de Psara, Hydra y Spezzia equipan sus naves y mandan en ellas al nuevo Bazan, al intrépido rayo de la guerra Constantino Kanaris, el terror de las flotas turcas; y tanto inflama los pechos el deseo de libertad, que hasta las hermosas griegas se tornan en heroinas, y vénse á las doncellas vender sus dotes para equipar de armas á sus hermanos, y empuñar las armas las mujeres de Sulis siguiendo el ejemplo de la intrépida marina Lascarina.

Pero entre los héroes de la revolucion descuella el famoso *klefte* Nikotzaras, el estudiante del convento de la Trinidad en Alassona. Su padre era capitan de *armatoles*, y siendo sospechoso á los turcos, enviaron dos fuertes destacamentos de albaneses para que le prendiesen vivo ó muerto. En aquella ocasion Tzaras solo pudo contar con dos palicares y sus hijos, y con estos pudo resistir á los enemigos y ponerse en fuga hácia las montañas. Tales fueron los principios de este popular *klefte*, el más célebre de cuantos elogian los bardos en sus poesías. Muy jóven aun se vió jefe de banda, ocupando el puesto de su padre, muerto en un encuentro con los turcos, y comenzó en el monte Olimpo y sus cercanías la série de sus valerosas hazañas, siendo objeto de terror á Alí paschá. En una ocasion este déspota consigue á fuerza de negociaciones, promesas y amenazas que Nikotzaras baje de la montaña, y se presente á él como *armatolio*, con el intento de apostar asesinos que le matasen á la ida ó vuelta, segun la costumbre que Alí tenia cuando queria librarse de los *kleftes*; pero Tzaras supo burlar á los espías, caminando de noche y por sendas tan extraviadas, que le perdieron la pista. Retírase á una aldea de las costas de Tesalia, donde celebra matrimonio con una doncella de Karitza; pero allí le persigue Alí más furioso con infinidad de espías pagados para llevarle su cabeza. Nikotzaras lo sabe, se ve obligado á desconfiar de todos, y á tener siempre barcas dispuestas para escaparse, y en medio de las risueñas costas lleva una vida más inquieta que en las montañas, cuyo recuerdo le seduce y piensa en «el monte Olimpo de las cuarenta y dos cumbres y sesenta y dos manantiales, en cada uno de los cuales hay una divisa y en cada árbol un *klefte*,» y trae á su

memoria la muerte del valiente Dimos, perseguido tambien por espías á causa de su fiereza, y resuelve en fin volver á tomar su mosquete y empuñar su espada; pero esta vez no para vivir del saqueo y sorprender las poblaciones, sino para intentar la emancipacion de la Grecia. Despues de una secreta correspondencia con el príncipe Ipsilanti, entonces gobernador de la Valaquia, Nikotzaras emprende en 1805 su famosa expedicion á Macedonia á la cabeza de trescientos *kleftes* audaces y valerosos. Llega á las orillas del Karason y al puente de Pravi, cerrado con cadenas, donde le esperan tres mil turcos, y allí tiene lugar su heróico é inaudito hecho de armas. El guerrero es envuelto por los enemigos en todas direcciones, y durante tres dias y tres noches, sin dormir, sin comer ni beber, se ven obligados á rechazar los ataques de los turcos hasta que les falta la pólvora. Era preciso rendirse, ó merced á un esfuerzo supremo abrirse paso. Este es el partido que escoge Nikotzaras, y al cuarto dia y lanzando su temible *¡Ghiorousi!* se arrojan sable en mano sobre los turcos; ganan la entrada del puente; rompen á sablazos sus cadenas, y se precipitan á la carrera sobre el camino de Pravi.

A este famoso hecho alude la popular poesía que canta: «Tres aves se han puesto en fila: la una mira al Olimpo, la otra á Alassona, y la tercera, la mejor, mira al puente de Pravi. Ella se lamenta y dice: los turcos han encerrado á Nikos en el puente de Pravi; tres dias combate, tres dias y tres noches, sin pan, sin agua, y sin sueño en sus ojos, bebiendo nieve, comiendo nieve y sosteniendo el fuego de los turcos. Al cuarto dia, así habló el *klefte* á sus camaradas:—Escuchad, mis valientes, haceos un corazon de hierro y un pecho de acero: mañana tendremos una ruda batalla con los turcos para ganar á Pravi: mañana, sable en mano, es preciso atravesar el puente.»

Llegados á Pravi, los *kleftes* se detienen el tiempo necesario para saquear, satisfacer su hambre de cuatro dias y reposar de un combate de tres; pero sabiendo que les estaba cerrado el paso á Macedonia por fuerzas muy superiores, mudan de intento y vuelven sin obstáculo á Tesalia, en donde obligados á mantenerse en rebelion, deciden hacerse piratas. En efecto, refuerzan su banda con nuevos camaradas, y arrojándose sobre un buque turco que tocó en aquellas costas, se apoderan de él, toman otros dos más y salen á cruzar los mares. Así canta el bardo griego:

—«¿Por qué no te se ve, Nikos, en el presente estío llevar la vida de *klefte?* ¿Has abandonado tu herencia paternal?»

Y responde el héroe:

—«He pasado el año anterior en la Bulgaria: he reunido allí mis valientes que suben ya á quinientos, y este año me he lanzado á las olas para pasearme en los mares.»



Drawn by W. Perring. Engraved by J. Hall

Grecia.—Escena Marítima.

Y desde entonces el golfo de Tesalónica resonó con la fama de sus presas, de sus persecuciones, de la aparicion y desaparicion súbita de las naves de velas negras, de las naves temidas de Nikotzaras, que, gracias á la naturaleza de las costas y á su experiencia y práctica, fondeaban en cualquier paraje, salian con todos vientos, desafiaban las olas y se burlaban de las tempestades. Son los marineros griegos más amigos de mirar á las estrellas que á la aguja, y de rezar á San Nicolás, patron de navegantes, cuya imágen llevan, que no hacer las maniobras; pero todo esto es muy propio de su temple un tanto á lo clásico y de su espíritu aventurero, independiente y poético. Nikotzaras, criado desde niño entre los peligros, y acostumbrado á respirar el ambiente de la libertad, no tenia otro teatro más bello que el del vasto Océano, donde gozaba de la una y triunfaba de los otros á cada instante, no llamándole desde la tierra sino la voz de la patria y el amor de su esposa y de sus hijos, á quienes iba á ver en la isla de Skyros, donde solia tomar refugio en las tempestades. Por eso se disponia en 1807 á favorecer el proyecto del *papáz* y *klefte* Eutimo para derrocar á Alí, y lo hubiera hecho si la traidora bala de un cobarde, escondido en la oscuridad tras de un árbol, no lo hubiese atravesado el pecho cuando volvia á su bajel, despues de haber hecho huir á unos cuantos albaneses que habian trabado disputas con sus valientes marineros. Tal es la breve noticia que podemos dar de uno de los más valientes jefes de entre los bandoleros ó patriotas de las montañas, sacrificado á una venganza personal cuando aun no tenia treinta y seis años. Mucho despues de su muerte, todavía hacia temblar su nombre, se le atribuian proezas maravillosas, se creia verle descender de las montañas, ó fondear en peligrosas calas en medio del ruido, del trueno y de las tempestades, guiado por la tea y protegido por las plegarias de su esposa y sus hijos, que en la orilla temerosos le esperaban, y á cada instante se figuraban ver aparecer las velas de Nikotzaras en el lejano azul horizonte. Los asesinos albaneses no le habian matado por superstición, creyéndole invulnerable, y diciendo sériamente que las balas se amortiguaban en su piel, y que tirar sobre él era gastar pólvora en valde. Los *kleftes* llevaron á la viuda la espada de su jefe, en donde podia estar la inscripcion del sable del jefe de banda Kontoghiaunis: «Al que no teme á los tiranos, vive libre en el mundo, y ama la gloria y el honor, á ese solo pertenece esta espada.» La viuda la conservó para el hijo, que dió buena cuenta de su deber en los cinco años de la guerra.

En los últimos de la dominacion de Alí, fueron los *kleftes* objeto de una persecucion viva y sin tregua, como hemos visto que sufrió Nikotzaras; pero su número se aumentaba cada dia, y cada dia reconocian más los griegos su verdadera importancia política, y que no era posible plan de emancipacion sin la base de estos guerreros. Rigas contó principalmente con su ayuda: la Grecia confiaba en su valor.

Alí intentó capitular con ellos, y cuando fué atacado por el sultan, no tuvo más recurso que llamar á estos bravos de las montañas, de los cuales habia sido el azote, proclamarse su jefe y darles el mando en su país natal, donde con varia estrella lucharon hasta conseguir la libertad y la independencia.

III.

PASADO Y PRESENTE.—USOS Y COSTUMBRES.

Grecia no es hoy un país muy seductor para el viajero, á menos que este no tenga sus puntas y collares de erudito en la clásica antigüedad. ¿Qué placer debe ocasionar á un *filo-helleno*, aunque no sea más que el ir acompañado de un *cicerone*, que en lugar de un nombre vulgar, se llame Elias Polychronópulos ó Yani Adamópulos? ¡Pues qué, cuando le enseña el propio monte Parnaso desde la rica llanura de Beocia, y el Pindo sirviendo como de escudo al mar Jónico y Egéo, y el Osa y el Pelion que anduvieron uno sobre otro en la pelea de los gigantes, y aquí la Arcadia y sus montes tras del pintoresco golfo de Corinto, y no léjos el Taigetes, á donde se arrojaban como inútiles los niños deformes que son objeto de especulacion entre los modernos, y en fin, Atenas con su Acrópolis famosa!

¡La Arcadia! ¿qué viajero clásico no buscará este territorio, sinónimo de *la bella etá dell'oro*, aunque no sea más que para llorar al son de una zampoña y al lado de una pastorcica la suerte de esta edad del hierro, y comparar la paz antigua con la moderna guerra. Todo ha desaparecido de la Grecia: todo es ruina en la inmortal ciudad de Minerva; pero al menos el tiempo habrá respetado los arroyuelos murmuradores, las cristalinas fuentes, los verdes oteros y floridos sotos, y aun podrá verse el lánguido desmayo del poniente sol en un trono de púrpura sobre azuladas cumbres, y sentirse el ambiente perfumado de las praderas frondosas en este suelo de la poesía. El tiempo tiene á orgullo vencer á la soberbia humana, pero respeta las bellezas de la naturaleza. «Sí, aquí te tengo, exclama una inspirada viajera al hallarse á vista de la llanura de Tegea y Tripolitza. Los sentidos anuncian las cercanías de la feliz Arcadia; porque ya se oye el cuerno del pastor en las montañas, y se ven alfombras de verdura, y cabras y carneros, y sabrosos manantiales. Héla

aquí: los montes se abren para darnos entrada á una rica, esmaltada y extensa llanura cercada de pintorescas colinas, en cuyas faldas se destacan como blancas palomas infinidad de pequeñas aldeas y vistosos lugares. Todo es carmin, verde y azul, y el sol parece que se detiene más en esta rica comarca y aumenta el esplendor de sus rayos en beneficio de los poetas. Ya atravesamos la vasta planicie entre viñedos y plantíos de todas clases, y nos saludan al paso pastores y zagalas de encantadores rostros en donde se retratan la alegría, la paz, la salud, la limpieza y la prosperidad. Particularmente las zagalas parece que tienen hechas las mejillas de leche y fresas. Estamos en la Arcadia: imposible imaginarse pastores y pastoras más hermosos. Muy luego nos vemos sentados á una mesa en que reina la homérica abundancia y gozamos de los deliciosos arcadinos frutos, y bebemos los *resinosos* vinos de sus cepas; mas, ¡ay! que este idilio vivo ha sido el teatro de una de las más sanguinarias escenas en la guerra de la independencia, y la venganza de los griegos contra los turcos derramó en esta llanura la sangre de diez mil víctimas.

Pero hemos nombrado la Arcadia, y en esto de Arcadias tenemos que ir con pulso, pues va mucho de lo vivo á lo pintado. El mismo Cervantes, que vivió en la edad de los arcadios autores de las *Dianas* y *Fortunas de amor*, y nos transplantó á las riberas del Tajo una entera colonia pastoril, nos dice en su diálogo de los perros cómo vivian los pastores de la edad moderna, llenos de hambre y de laceria, gruñendo ó maldiciendo en vez de cantar endechas al son de sus rabeles y zampoñas.

Un moderno viajero, nada poeta por naturaleza, nos pinta sus *impresiones* al salir de Nauplia y recorrer las montañas Parthenias en busca de la gran central llanura de Arcadia levantada cerca de tres mil piés sobre el nivel del mar. Esta llanura (dice sin pedir perdon á la poesía), es cenagosa y *miasmática*. Cualquiera á quien los poetas hayan hecho el nombre de Arcadia un melífluo y dorado sonido, la llave ó el modelo de paisajes de ideal belleza, cielo de perpétua brillantez, campo de eterna primavera y habitacion de una raza de hombres más pura y más feliz, quedará amargamente desengañado al descender de las Parthenis faldas. En esta region árida, rodeada de frias y desnudas colinas, con una poblacion grosera slavona y una sucia caverna por capital, no reconocerá el menor signo de la Arcadia de sus ensueños, que si es para nosotros el nombre músico de un hermoso imposible, significa tanto para el moderno griego como *Sheboygan* ó cualquiera otra voz bárbara.

Sin duda creeria este buen *tourista* encontrar aun á las pastoras tendiendo sus redes sobre la verde yerba, y algun *Titiro* recostado contra una haya, para darle una práctica demostracion de lo que es el ideal campestre; pero los prados de la Arcadia no tenian más privilegio que las maravillas del arte que en todas partes ha

destruido el tiempo. Si vamos á juzgar de Esparta por los descendientes de Leonidas, y de Ninive por los salvajes que hoy habitan en Mosul, medrados estamos. ¿Qué fé tendrémos hoy al ver la solitaria Itaca fijada en áspera roca como un nido de pájaros? ¿Será esta isla la patria de Ulises? Y responde un curioso no menos descreido: —Entendámonos ante todo: ¿existió semejante personaje? Ello es que sus pobladores actuales, que no exceden de diez mil, enseñan la losa de un sepulcro antiguo en que se dibuja toscamente la figura de una mujer, y le llaman el sepulcro de Penélope, y aun se ven las murallas y las puertas de una fábrica ciclopea conocida con el nombre de castillo de Ulises, desde el cual se goza de uno de los puntos de vista más deleitosos, pues se divisa por una parte á Cefalonia con sus escabrosas montañas; la antigua ciudad de Samos, ya ruinosa en tiempo de Strabon, y célebre por sus excelentes pescados que cogen los isleños con teas, semejando de noche génios del mar armados de agudos dardos, y por otras la Acarnania y la Leucadia con su famoso pico llamado el *salto de Safo*, último recurso de los amantes desesperados. Pero la mayor prueba de que la Itaca actual es la verdadera isla donde desembarcaron los veinte y cuatro pretendientes de la gran tejedora Penélope, es la existencia de los feroces perros que abundan en las chozas de los pastores, indudablemente nietos del famoso Argos. Los forasteros se ven atacados en el dia de la misma manera que lo fué Hércules á la entrada de Esparta, y no hay más medio de defensa que la honda de David, ó un brazo de tanto empuje como el de los héroes de la Iliada, pues los pastores se abstienen de llamarlos, creyendo que así se inutilizan para pelear con los ladrones y los lobos.

En Grecia no hay, como en Italia, una historia media que distraiga la atencion de la civilizacion antigua, y el viajero se encuentra frente á frente con restos genuinos de un mundo que pasó, no solo en los monumentos sino tambien en las costumbres y en el lenguaje, pues aunque el moderno dialecto guarda con el antiguo idioma la misma relacion que la pobreza y la falta de cultura de los presentes con el refinamiento y opulencia de los pasados, el lenguaje moderno, hasta en su uso más vulgar es más bien un dialecto del antiguo helénico, que no una lengua separada ó una jerigonza, y segun han observado algunos, se conservan muchas formas de locucion antiguas con menos cambios y corrupcion que se ven en autores antiguos, notándose asimismo mayor distancia y diferencia del lenguaje de Homero al de Xenofonte, que del de Xenofonte al del *Elpis* (esperanza), periódico ateniense de nuestros dias.

Por de contado que donde las hallará el anticuario con más pureza es entre los labradores y los marineros. En estos últimos se perpetúan costumbres de las primeras edades, y modos anticuados de expresion. Los pescadores del archipiélago y los que hacen el comercio de cabotaje usan de unos barcos en los que se cree ver

la forma del que Ulises construyó en la isla de Calipso, así como en la relacion de un viaje en Homero la pintura exacta de una excursion en los barcos griegos de este siglo. Y no es esto solo; la descripcion de la cabaña de Eumens tiene grande afinidad con la de la choza del moderno griego; los instrumentos de labor de los tiempos de Hesiodo la tienen tambien con los que ahora se usan, y el equipo de un caminante medianamente acomodado se parece en mucho al que llevó Baco, camino de Hades, segun refiere Aristófanes en su comedia de *Las ranas*. En los mercados de las ciudades de Grecia y en las provincias griegas de la Turquía se ven carneros enteros tostándose en asadores al aire libre, como en los homéricos banquetes, y aun en la danza llamada *Romaïca*, que es el baile nacional de los rústicos, se les antoja á muchos ver la danza Pírrica de la antigüedad.

En cualquier distrito en que el extranjero vague, escribia no há mucho un Philheleno, ya surcando las desmembradas Cíclades, ya caracoleando por entre el laberinto de las rocas y vertientes del Peloponeso, ya contemplando el descenso del Achelous por los montes de Acarnania, ó galopando por los llanos de Beocia, teniendo á la espalda al Parnaso y al frente á Citheron, siente que está leyendo una y otra vez las antiguas historias con que se familiarizó en los colegios y universidades, con nuevas y más vívidas y brillantes ilustraciones, y siente en la atmósfera, y ve en las costas, en las llanuras y en las montañas el carácter de los antiguos griegos y el nacional contraste de sus varias tribus. Alica es todavía lo que fué, un territorio en que la roca trabaja por romper el suelo y salir á la superficie como los huesos á través de la piel de un cuerpo demacrado. Nadie puede cruzar de la sombría Lacedemonia al cálido clima y rica planicie de Messenia, sin admirar á los espartanos que pelearon tanto tiempo por tan alta recompensa. Nadie puede pasear por la playa de Salamis sin representarse ante sus ojos aquella batalla naval en un pequeño estrecho en que Arístides y Temístocles peleaban por la libertad de la Grecia, mirándolos Xerxes desde su dorado trono. Nadie, finalmente, puede mirar desde la cumbre del Pentélico al campo de Marathon, sin sentir que aquella semicircular llanura es el palenque santo donde debió darse la gran batalla que decidiera de la suerte de la Grecia.

Todo esto puede ver y notar á sus anchas el caminante, pues la manera de viajar entre los griegos es por lo general como lo fué en España en los pasados siglos, y hasta no muy lejana época solo se conocian por carreteras practicables la que va del Pireo á Atenas, la de Atenas á Tebas pasando por Eleusis, la de Eleusis á Megara, y la de Argos á Nauplia, y en todas estas hallará sus posadas ó *khans* al estilo de las que Cervantes nos describió, en las que le acomodaran por humanidad en el rincon de un solo aposento destinado para las cabalgaduras. Estas posadas

fueron destruidas durante la guerra, pero despues han sido muchas restauradas por familias pobres que residen en ellas, teniendo un pequeño surtido de vino, pan, aceitunas y algunas veces tocino y algun otro comestible que venden á los caminantes. En varias ciudades existen ya fondas, pero donde no las hay, pronto se encuentra hospedaje en las casas de cualquier vecino, pues los griegos son muy hospitalarios y aun se contentan con muy poco por los servicios que á los viajeros prestan.

Las maneras y costumbres de las más altas y mejor educadas clases entre los griegos difieren ahora muy poco de las de la Europa occidental; el traje de las personas de ambos sexos está arreglado á las modas de Francia y de Italia. Con todo, gran porcion de entre estas clases se visten á la griega, como se ve entre los escoceses y se veia no há mucho en la generalidad de los españoles vestir sus respectivos trajes nacionales. El anterior rey Othon era muy aficionado á este traje, y á su imitacion le vestian tambien muchos miembros del senado y del congreso. Esta vestidura, originaria de la Albania, se adoptó en Grecia despues de la revolucion, y es tan llamativa como costosa. Los que pueden sufragarla, llevan dos ó tres chaquetas ó jubones de terciopelo, sobrepuestas, todas ricamente bordadas de oro y llenas de encajes, con caprichosas figuras de pájaros, flores, estrellas y figuras, y sus faldas ó *fustanelles* blancas, prendidas en la cintura con faja ó cinturon, del que cuelgan por lo comun dagas y pistolas con puños y guarniciones de plata delicadamente trabajados, y algunas veces empedrados de diamantes y otras ricas joyas. Un jefe albanés lleva además en su cinturon una armería completa con pequeñas cajas de plata para cartuchos, y un tintero del mismo metal, gastando toda su fortuna en dijes y prendas. Unas sandalias y medias bordadas, el *fez* ó gorro encarnado con borla azul, y el capote blanco afelpado completan el vistoso traje nacional, que tan bien sentaba al aventurero poeta inglés, aunque la extremada pequeñez de su cabeza hacia parecer su gorro uno de los que se usan para los cristales de las lámparas.

El traje de las mujeres griegas, que aun no han adoptado las modas francesas, es en las clases ricas un corpiño bordado, una enagua de vivos colores y el *fez* ó gorro encarnado salpicado de perlas. Este traje, con corta diferencia y variando solo en la calidad y valor de las telas y adornos, es el que usan sin distincion los griegos continentales, así hombres como mujeres; pero los isleños del mar Jónico y Egeo usan un ajuar distinto, que consiste en un jubon de paño burdo oscuro con calzones anchos azules, que bajan solo hasta la rodilla á manera del calzon de los valencianos. Por lo demas, el *fez* es inevitable, y las medias y las sandalias son idénticos.

Los habitantes de la Albania son los que deben fijar por un momento nuestra

[illegible] muchas restauradas [illegible] pequeño surtido de vino, [illegible] que venden á los caminantes [illegible], pronto se [illegible] son muy hospitalarios [illegible] viajeros prestan.

[illegible] clases [illegible] occidental; el traje [illegible] de Francia y de Italia. [illegible] como se ve entre [illegible] españoles vestir sus [illegible] a este traje [illegible] y del congreso. [illegible] despues de la revolucion [illegible], llevan dos ó [illegible] bordadas de [illegible] y llenas de encajes, [illegible] estrellas y figuras [illegible] sus faldas ó *fustanellas* [illegible] faja ó cinturon, [illegible] que cuelgan por lo comun [illegible] y guarniciones de plata delicadamente trabajados [illegible] de diamantes y otras [illegible] joyas. Un jefe albanes [illegible] armería completa [illegible] pequeñas cajas de [illegible] del mismo metal, [illegible] toda su [illegible] medias bordadas, el [illegible] gorro encarnado [illegible] completan el [illegible] traje nacional; [illegible] inglés, aunque la [illegible] mada pequeñez de [illegible] de los que se usan para los cristales de las lamparas.

El traje de las mujeres griegas, [illegible] las modas francesas, es en las clases ricas un corpiño [illegible] de vivos colores y el [illegible] gorro encarnado salpicado de perlas [illegible] diferencia y variando solo en la calidad y valor de las telas [illegible] usan sin distincion los griegos continentales, así hombres como [illegible] isleños del mar Jónico y Egeo usan un ajuar distinto, que consiste [illegible] de paño burdo oscuro con calzones anchos azules, que bajan solo [illegible] del calzon de los valencianos. Por lo demas, el *fez* es [illegible] y las sandalias son idénticos.

Los habitantes de la Albania son [illegible] un momento [illegible]



Albania. El Lenguage de las Flores

atencion á causa de sus rasgos verdaderamente característicos. El nombre de Albania se da hoy á lo que era el antiguo Epiro y provincias meridionales de la antigua Iliria, y casi la tercera parte del moderno reino de Grecia son cristianos albaneses, ó *arnautes*, como los llaman los turcos, los cuales van civilizándose y *helenizándose* rápidamente, y dejando de ser el país de quien escribió Gibbon: «Está á la vista de Italia, y es menos conocido que el interior de Africa.»

Su lenguaje es áspero, gutural y monosilábico y mezclado con muchas voces griegas, turcas y slavas. Su traje es muy gracioso y elegante, y ya hemos dicho que es el adoptado en la Grecia en tiempo de la revolucion. Las albanesas, y particularmente las labradoras, son por lo general como las griegas, hermosas y bien formadas cuando jóvenes, pero el trabajo del campo y las inclemencias que sufren, pronto las acaban y marchitan. Una de las costumbres originales de estas provincias es la que tienen las jóvenes solteras, que llevan toda su fortuna en la cabeza en monedas de distintas edades y naciones, enlazadas en sus cabellos ó atadas en hileras en sus gorros. Esta moda es casi universal, y como dijo muy bien un viajero juicioso, proporciona á un amante la ventaja de poder evaluar no solo los encantos de su amada, sino la importancia de su dote, antes de declararla su pasion.

En punto al carácter, bravos, dice Byron, son los hijos de la Albania, y no escasos de virtudes si estas llegasen á madurez. ¿Dónde está el enemigo que les haya visto la espalda? ¿Quién puede resistir como ellos la dura fatiga de la guerra? Su natural firmeza no es más segura que ellos en tiempos dudosos y en calamidades: su ira es temible, pero su amistad es fiel, y cuando la gratitud ó el valor les ordena sacrificarse, cierran los ojos y se arrojan imperturbables donde quiera que los lleve su caudillo. El sentimiento de nacionalidad está en ellos, como en todos los montañeses, muy desarrollado. Para ellos no hay patria mejor que la suya, y tanto por inclinacion natural, como por las guerras que han sostenido contra el turco, y la necesidad de defenderse de las bandas de salteadores que infestaban el país, todos los albaneses van armados, no pudiéndose distinguir cuál es el soldado y cuál es el ciudadano ó menestral. Byron confiesa, que no hay nacion más detestada ó temida por sus vecinos como los albaneses, á quienes los griegos no miran como cristianos, ni los turcos como musulmanes, pues tienen de las dos razas y no son ni una ni otra; pero con todo, habla favorablemente de ella, y elogia su lealtad.

En general, la ingenuidad y perseverancia de los griegos, que es lo que forma una peculiaridad de su carácter así en lo moderno como en lo antiguo, se han mostrado perfectamente en la manera con que han logrado adelantar y consolidar su extenso comercio. El grande y creciente tráfico de trigo del mar Negro, y gran

parte del tráfico general del Mediterráneo está en manos de comerciantes griegos. No hay una gran ciudad en Europa, Asia ó América donde no hayan establecido grandes casas mercantiles. En la estadística oficial de un cónsul británico en el Pireo, decia este: «Aunque seria ridículo decir que los griegos no son astutos, creo que su buen éxito se debe á sus talentos, prevision, experiencia, incansable actividad, hábitos de economía y ventajas locales que poseen. Los que acusan incesantemente al cuerpo mercantil griego, harian mejor en imitarlo y competir con él en algunas de las cualidades mencionadas.»

En efecto, las casas griegas existentes solo en Lóndres, segun datos que tenemos á la vista, pasan de doscientas, y la suma de dinero invertida en transacciones de cereales anualmente no baja de cuatrocientos millones de reales. Sus negocios, en opinion comun, se llevan adelante con toda exactitud, puntualidad y diligencia, y aun en la Gran Bretaña los griegos compiten con los comerciantes de todas las partes del mundo.

La disposicion de las mujeres griegas no es menor que la de los hombres, y en los tiempos modernos se han distinguido como en los antiguos en las artes de la paz y de la guerra, mostrándose dignas sucesoras de aquella espartana que decia: «Mujeres, gobernad á vuestros maridos, que nosotras damos los hombres más fuertes de la Grecia.» En lo que sobresalen á menudo es en la instruccion, en el vasto conocimiento de su poesía clásica, en la delicadeza y finura de sus maneras y en el arte de agradar en la conversacion.

El estado de servidumbre sufrido por tan largo tiempo estrechó más los lazos familiares en este pueblo; gravó más fuertemente los recuerdos de nacionalidad, y contribuyó tal vez á que la vida entre los griegos sea más poética, práctica que teóricamente considerada, no obstante que segun el fomento que la prensa tiene en este país, donde la prévia censura es desconocida, parece que indica querer aspirar de nuevo á los laureles de Apolo. El amor entre las familias y el apoyo que prestan á los parientes en necesidad, son buenas pruebas de la que tuvieron de hacer con estas afecciones una especie de sagrado y seguro en sus calamitosos tiempos. Asimismo su poesía popular es admirable á puro ser melancólica, y en sus costumbres se observan rasgos de poesía y de sencillez primitiva, que llaman la atencion de los forasteros, como por ejemplo, la del banquete que tiene lugar cuando alguno emprende un viaje y las canciones que canta al despedirse, despues de ser acompañado algunas millas por todos los convidados. Estas ceremonias, que se hacen aunque el viaje sea corto, explican el amor del griego á su patria, y el temor que por tantos años tuvo del turco déspota, de quien dependia su suerte y su seguridad.

No son menos notables las fiestas y costumbres que tienen en sus casamientos,

á excepcion de algunas ciudades como Atenas, Corfú y otras en que se han ido introduciendo los usos extranjeros; pero en el resto, sobre todo, entre los pastores y labradores, y expecialmente en los distritos montuosos del Epiro y del Pindo, son solemnes y características y asunto de preciosas poesías que en ellas se cantan. Por lo general, en las fiestas públicas, no escasas entre los griegos, es donde los jóvenes pueden escojer á sus amadas, pues las doncellas rara vez se dejan ver en sociedad, y esto sucede aun en las islas Jónicas, donde parece que el influjo inglés debiera haber hecho modificar esta costumbre. Pero la eleccion del jóven no es de gran importancia, puesto que los griegos tienen una manera *régia* de concertar sus enlaces, que es por medio de los padres y amigos, aquellos tal vez en gratitud del cuidado que por las hijas tienen, á las cuales desde que nacen les comienzan á juntar un dote, que está diversamente evaluado segun la posicion y gerarquía social. «No puedo casar á mi hija, hasta que no tenga tantos *drachmas* de dote,» es una expresion comun en el trato familiar de los griegos, por más que esa hija sea una nueva Helena en hermosura.

Despues que la eleccion se hace, los novios no pueden verse ni hablarse hasta el dia de los desposorios, y lo más que se permite en algunos distritos, es que el jóven haga saber por sí mismo á su amada la resolucion ya tomada por sus padres, lo cual ejecuta de una manera misteriosa y poética, como es esperar á encontrarla en algun lugar donde pueda arrojarle una flor ó una manzana, que equivale á una declaracion en forma y á una explícita demanda de matrimonio. En los lugares donde los varones y las hembras no se reunen jamás en sus diversiones, sino que guardan una estricta division, la demanda se hace por los padres sin que el jóven haya visto á la que ha de ser su prometida esposa; bien que se arregla despues que se hagan encontradizos en casa de algunos parientes ó en algun otro paraje, y es la única entrevista que se les permite hasta la celebracion de los esponsales, sin que sepamos tenga el recurso de desecharla si no le parece bien, como sucede en otros pueblos.

La celebracion de los esponsales es muy sencilla. En la noche de un dia fijado, los padres se reunen con un sacerdote, indistintamente en la casa del novio ó de la novia. Escrito el contrato civil matrimonial, ó promesa de futuro casamiento, los jóvenes aparecen conduciendo á la futura esposa cubierta con un velo, y presentándola al amante, éste la lleva de la mano ante el sacerdote que bendice á la pareja despues del cambio mútuo de los anillos. Esto hecho, la doncella se retira y los padres quedan reunidos bebiendo y brindando á la salud de los esposos en ciernes; y aunque de los esponsales al casamiento transcurran años enteros, como suele suceder, los novios no pueden verse ni hablarse en todo este tiempo.

Tres ó cuatro dias antes del designado, el padre y la madre de cada contra-

yente envian respectivamente á sus padres y sus amigos, por medio de un niño, un billete de convite para la boda, acompañado del obsequio de una botella de vino. Todos los convidados que lo aceptan han de declararlo por medio de un regalo que envian á los novios en la víspera de la boda, y así como entre los ingleses consisten en objetos manuables de lujo, que muestran reunidos en una mesa el dia de la boda, entre los griegos son un cordero vivo, ó una mitad ó cuarto de él, que aparece el dia del casamiento en la mesa dentro de un asador y forma parte del banquete nupcial.

La víspera de la boda, durante la noche, los convidados se reunen unos en casa del padre de la muchacha, y otros en la del novio, y los preparativos y ceremonias comienzan porque un jóven soltero, á quien escojen y llaman *paraninfo* ó hermano, ha de hacer la barba al futuro esposo, operacion que se lleva á efecto delante de las jóvenes, y con tanta seriedad y aparato como se hizo en la mesa de los duques á Don Quijote. Al propio tiempo, las amigas y compañeras de la novia le están arreglando su traje y prendido nupcial, que es un vestido blanco y un velo finísimo largo que la cubre el rostro y el cuerpo. En este momento es cuando se canta la primera de las canciones de himeneo, que dice: «Desde la altura de las montañas de triple cima, un águila ha dicho: calmad vientos, calmad vientos en la noche de hoy y de mañana, que se celebra la boda de un jóven, y una muchacha rubia se casa.»

Terminados estos preparativos y antes de que amanezca, el futuro esposo, acompañado de su familia y amigos, sale para buscar á su prometida que entonces debe despedirse de sus padres tiernamente y derramando lágrimas. El paraninfo acostumbra decir al cortejo del novio: «Una vez que llora, dejadla.» A lo cual responde la novia: «Llevadme de aquí aunque llore.» Y acto contínuo se canta la segunda cancion nupcial, alusiva al llanto de su madre en las ocasiones en que la echará de menos. Despues de esto se coloca la doncella en medio de la comitiva, y se encaminan á la casa del novio, llevando á un lado una de sus parientas, y al otro el paraninfo ó hermano nupcial que se le ha elegido, y desde allí van á la iglesia á recibir la bendicion ante el altar, donde se ven preparados pan, vino, miel, almendras de pistachos y otras varias fruslerías que han de probar los desposados, y comienza el canto de los sacerdotes, tal como se acostumbraba en los primeros siglos, pues si los rusos han introducido mejor gusto en su música religiosa, aunque desprovista de órganos y de instrumentos, los griegos no han hecho innovacion alguna.

Y ya que hablamos de los sacerdotes y el templo, parécenos bien dar una breve idea de las iglesias griegas. Sabido es, que desde mediados del siglo XI data la separacion formal de la iglesia de Oriente, y que en el patriarca de Constantinopla,

con los de Antioquía, Jerusalen y Alejandría, residió la autoridad por mucho tiempo, hasta que en Rusia Pedro el Grande y en Grecia la nueva constitucion dieron la supremacía al sínodo compuesto de sus obispos. Sin entrar ahora en las diferencias de credos, dirémos solo de lo material del culto. Los templos son más ó menos fieles imitaciones de la arquitectura bizantina, cuyo tipo es la celebrada Santa Sofía de Constantinopla, y una iglesia verdaderamente bizantina lo es con representar una cruz griega recortada de brazos, con una cúpula central. En el interior hay tres naves generalmente. La del norte está destinada para la capilla de Prothesis, la del centro para el altar y la del sud para la sacristía. Además tiene la iglesia un vestíbulo para los catecúmenos, separado del resto por una verja, otro espacio que se llama la nave, otro el coro, y finalmente otro que se denomina el santuario y es lo principal y más característico de los templos griegos. Esta parte está separada por una verja ó frontispicio llamado *iconostasis* por las pinturas que ostenta en varios tableros y da entrada al *Sancta Sanctorum,* que es el espacio interior, por medio de tres puertas. No hay más que un altar en las iglesias griegas, y aun se mantiene la costumbre de la division de sexos. La estatuaria no es permitida en los templos, que solo ostentan imágenes pintadas segun reglas convencionales establecidas de muy antiguo por autoridades eclesiásticas, las cuales especifican minuciosamente la dimension que han de tener las facciones, por ejemplo, de su *Panagia ó toda santa,* como llaman á la vírgen, á quien tienen una grande devocion, y apenas se encontrará casa ni choza donde no esté su imágen puesta en un rincon y alumbrada dia y noche por una vela ó lamparilla. Para los griegos la divinidad no ha de representarse con aspecto y expresion ideal y poética, que no es más que embellecimiento de la naturaleza por el arte, de modo que las vírgenes de Murillo, de Rafael y de Vinci hablan menos á su creencia que las fisonomías expuestas en sus templos, que si es verdad que tienden á apartarse del tipo humano, por cierto que no se acercan á nada divino.

Los sacerdotes griegos son por lo comun corpulentos, y como se dejan crecer el cabello y las barbas en toda su longura, su apariencia impone, aunque á decir verdad solo bajo el aspecto físico, semejando una milicia que tiene por objeto el desarrollo de las fuerzas del cuerpo y no las del espíritu. Por la mayor parte, parece que acaban de dejar la azada y las duras, aunque saludables faenas del campo, segun es lo atezado de sus rostros y la anchura y robustez de sus manos. En lo general, el clero de la iglesia de Occidente, ora secular, ora monástico, fué siempre más dado al cultivo del entendimiento que el clero de Oriente. Hay en Grecia monasterios que se dividen en dos clases: una se apellida *Cenobia,* donde todos viven en comun, y otra *Idiorhithmica,* donde cada uno vive como quiere. Los *cenobitas* visten y viven de la misma manera, y su régimen es monástico, estando todos bajo

la dependencia de uno que es el abad, semejantes en esto á nuestros monjes. Los *idiorhithmitas* forman una especie de aristocracia ó un *estado constitucional* como el de Inglaterra. Se gobiernan por tres monjes que elijen cada año, y aun estos solo tienen autoridad y jurisdiccion en la parte económica. Hay sacerdotes casados, porque lo fueron con anterioridad á su ordenacion; pero los obispos han de ser célibes ó viudos. Por último, tambien se conocen en Grecia conventos de monjas, pero éstas tienen más semejanza con las hermanas de caridad que con las reclusas de la Iglesia romana.

Hecha esta breve reseña proseguirémos la de las ceremonias matrimoniales.

Dejamos á los novios ante el altar y en medio de un gran número de ministros, entre cuyas negras y flotantes vestiduras se destaca el velo color de rosa y la corona de azahar que la novia lleva, y mientras se leen los ritos y oficia el celebrante, los desposados no cesan de cambiar los anillos de sus manos en señal de que han de compartir las penas y los placeres, los trabajos y los goces de la vida. Tambien beben vino en la misma copa, y el ministro les da á comer el pan y los otros manjares que están preparados. Acto contínuo á la celebracion del desposorio, los recien casados, unidas las manos y precedidos del obispo, padrinos, ministros y parientes, ejecutan una danza por tres veces en derredor del altar, concluida la cual reciben las congratulaciones y enhorabuenas, que han de ir acompañadas de ósculos, ya en la frente, ya en la corona de la desposada. Desde allí se encaminan á la casa del marido, á la que antiguamente iba la novia en carro, segun se ve en los bajos relieves, costumbre opuesta á la de los romanos, que la llevaban á pié y de la mano, de que vino la expresion *uxorem ducere*. La nueva procesion que se forma, va precedida de música vocal é instrumental y semeja en casi todo las que se ven en los antiguos vasos y esculturas. Una vez llegados, la desposada permanece cubierta con el velo y sentada, *more turquesco* en un sofá, sin moverse y con los ojos bajos, hasta que el paraninfo, acercándose el momento de sentarse al banquete nupcial, le quita el velo, á tiempo que los convidados cantan una cancion en que se le recuerdan los deberes y trabajos que en su nueva situacion la esperan.

En las aldeas y lugares todas estas ceremonias se celebran con minuciosidad, de suerte que así por su duracion como por su variedad y por el atractivo de las danzas que no cesan en tres dias, se ven favorecidas con numeroso cortejo de personas de todos rangos, muchas de las cuales ostentan los más gallardos y costosos trajes. Pero si los convidados se recrean, ciertamente la víctima es la desposada, que está sujeta á representar una farsa, á aparecer grave, á bajar los ojos y á no hablar palabra durante los festejos, sino conducirse como una estátua y semejar

como si no entendiese ni sintiese ni se diese cuenta de lo que pasa en torno suyo. Al entrar en el hogar rústico es costumbre que se siente la desposada, haciendo un buen hueco en sus faldas para recibir las monedas que cada uno de los convidados va echando, segun su generosidad ó medios. Suele acontecer que en las poblaciones pequeñas el Aga contrata con la novia el sufragar todos los gastos de la boda, á condicion de percibir la suma á que monten las dádivas de los parientes, amigos y extraños, ó bien parte de ella, y en esos casos, el buen turco se persona en la casa, provisto de pipas y de algun séquito de criados, se sienta en un rincon y está silencioso contando las monedas que en la falda de la novia van cayendo, y que ella guarda incontinenti en una caja de plata.

No transcurre mucho tiempo sin darse principio á los bailes, á que son los griegos tan aficionados, que no pueden contenerse al escuchar el tono de la *Romaïka,* nombre de su danza nacional favorita, reminiscencia de la antigüedad, y que por el entusiasmo, rapidez y naturaleza de los movimientos indica ser una de las danzas armadas conocidas desde tan remotos tiempos, que ya Homero las describe al pintarnos el escudo de Aquiles. Los modernos griegos no usan de armas para bailarla, pero es evidente, por sus inflexiones y saltos, que el principal personaje está representando un guerrero que da y recibe golpes. Parece no haber duda de que la *Romaïka* sea la antigua danza Pyrrhica, inventada ya por Minerva, ya tomada de los famosos Curetes, ya enseñada por Pyrro de Cydon, porque en la *Romaïka* los diversos pasos representan evoluciones de la guerra como atacar al enemigo, sortear un golpe, retirarse, correr ó caminar con cautela, y esto al son del pito y el tamboril que ejecutan una música, ya impetuosa, ya reposada, ya medida, ya *ad libitum,* y son representantes de las flautas é instrumentos de cuero con que se acompañó la Pyrrhica en remotas épocas. Ese entusiasmo que causa en el griego de nuestros dias, nos hace dar entero crédito al relato de Xenofonte, de que en el convite que Seuthe, príncipe de Tracia, dió á los griegos, entraron unos danzantes que imitaron una carga con sus instrumentos, y el príncipe, sin ser poderoso á contenerse, se levantó y empezó á bailar con tal presteza y ligereza, *como si procurara sortear un dardo.*

Byron hace asistir á Childe Harold á una espléndida exhibicion de la *Romaïka,* bailada por *palicares,* sable en mano, cantando himnos marciales. «Hechos los preparativos de seguridad, dice su compañero de viaje, pensamos en dar de comer á nuestros albaneses, que encendiendo cuatro hogueras, se sentaron en diversos grupos. Despues de comer y beber, la mayor parte de ellos se reunieron en derredor de la que más vivas llamas esparcia, y danzaron y cantaron junto á las áscuas con extraordinaria energía. Todos sus cantos son relaciones de saqueos y rapiñas. Uno de ellos, que les detuvo más de una hora, tenia un estribillo que hablaba de

los *kleftes* en Parga, y mientras lo repetian daban vueltas al fuego, hacian rápidas genuflexiones con ambas rodillas y volvian á dar vueltas cada vez que llegaban al coro ó estribillo.»

No hay, pues, duda que en fuerza de antigüedad y por adaptarse á la naturaleza del carácter griego, ha asentado su predominio la favorita *Romaïka*, que cualquier extranjero puede ver en Corfú en el dia de la Ascension con todo esplendor y magnificencia de trajes, aunque en ninguna parte se caracteriza con un tono de rudeza y energía primitivas como entre los guerreros de la Albania. Byron dice que á pesar de la rudeza de los danzantes en derredor del fuego, ni era vulgar ni desagradable la perspectiva; y si esto le pareció en la oscuridad de la noche y en las solitarias costas de Sulí, mejor parece en los valles pintorescos de la Arcadia entre alegres campesinos que asisten á una boda.

En la gran fiesta de la *cebolla* con que los griegos se preparan á la cuaresma y corresponde á nuestro entierro de la sardina, las márgenes del clásico Iliso se ven no menos pobladas que las del Manzanares con el objeto único de bailar la *Romaïka* y otra danza llamada *Karsilama*, resto tambien del paganismo, pues no hay festividad religiosa que no celebre el pueblo griego con bailes á la usanza de sus antepasados. Esta práctica ha sido anatematizada ó permitida en diferentes épocas, así en la iglesia de Oriente como en la de Occidente, segun la manera con que se ha considerado la cuestion. Sabido es que los primitivos austeros cristianos, tal vez por alejarse de cuanto tenia apariencia de gentílico, prohibieron estas demostraciones de alegría; pero en el siglo VI, Gregorio el Grande las toleró y aun sancionó, y en los siglos posteriores fué tan extendida esta costumbre que se bailaba en los templos, y los mismos ministros, concluidos los oficios, se unian y tomaban parte en las danzas. Aun hoy dia, en la primera de las basílicas de España, se celebran con danzas en el altar mayor las más solemnes fiestas del año, habiendo sido esta práctica objeto de aprobaciones y censuras por parte de la misma Iglesia. [1] «Seria poca cordura, decia el ya mencionado santo padre, impedir que el pueblo tenga estos inocentes recreos en las fiestas cristianas.» Y en efecto, el pueblo griego, contra la opinion del patriarca de Constantinopla, que cada año las prohibe, sigue imitando el ejemplo de David, que se regocijaba delante del Señor. Tal vez nos extendamos á tratar de esta cuestion al hablar del puritanismo de los escoceses, por otra parte grandes bailarines, y ahora seguirémos con la famosa danza griega, á que tambien llaman *Sirto*, nombre antiguo que significa hilo ó cuerda, y de aquí que se pretenda por algunos

[1] Ya que hablamos de las danzas de los niños llamados *Seises*, que tienen lugar en la catedral de Sevilla en las octavas del Corpus y de la Concepcion, no dejarémos de mencionar la transaccion que sirvió de fallo sobre esta materia. Los *Seises* no danzarán desde el momento en que sus trajes se destruyan por el uso, estando prohibido que se hagan de nuevo; pero una ingeniosa ocurrencia ha hecho eludir la ley y dilatar su accion hasta lo infinito, renovando parcialmente cada pieza del vestido que se rompe ó deteriora. Este comento es vulgar en Andalucía, aunque no respondemos de su exactitud.

derivar su orígen del hilo de Ariadna y la danza de la conmemoracion de la empresa de Teseo contra el Minotauro, opinion que puede confirmar la costumbre de los griegos de celebrar el fin de la cuaresma con el dicho baile en el templo de Teseo.

Cuando la asamblea es muy numerosa, los griegos, adornados con sus brillantes trajes y sus graciosas *fustanelles*, se dividen en tres ó cuatro grandes grupos de cincuenta á cien hombres, que forman extensos círculos en torno de los cuales se agolpa la entusiasta muchedumbre, y aunque todos bailan lo mismo, siempre hay novedad en este festejo, y consiste en la manera con que el ingenio del que preside sabe llenar los pasajes que se dejan *ad libitum*. Por eso se escoje de ordinario á un jóven de extraordinaria ligereza y soltura de miembros, de gallarda estatura, y además hermoso, pues fieles al instinto de sus padres, los griegos siempre son idólatras de la belleza física que simbolizaron en Adónis. La circunstancia de que pocas mujeres toman parte en la *Romaïka*, y ninguna en la *Karsilama*, denota el marcial y varonil orígen de estos ejercicios corporales, en los que al son del tambor y del clarin y con una diversidad de atléticos movimientos, conduce el corifeo á su turba como á pelear con un enemigo invisible. La agilidad notable de los *kleftes* guerreros da grande animacion á esta danza, ejecutando saltos prodigiosos, de los cuales se puede formar idea, recordando que en la biografía del pirata Nikotzaras se refiere de este *palicar*, que saltaba siete caballos colocados de frente, y que en una de sus guaridas en las montañas, se señala el escape de un *klefte* de una manera no menos asombrosa que parece en América el salto de Alvarado.

Como el ejercicio es violento y las fuerzas no pueden caminar á par del entusiasmo creciente de los espectadores, sucede á veces salir de entre la rueda un viejo *palicar* que toma el lugar del jóven corifeo, cual como si diera á entender con su gesto y ademanes que él entiende mejor aquel negocio, y despojándose aprisa de todo cuanto puede embarazar el movimiento de sus miembros, comienza á hacer prodigios de fuerza y elasticidad de sus músculos. En otras ocasiones, sale un entusiasta de entre los grupos, y pareciéndole que el músico no acelera el compás á medida del ardimiento de su sangre, saca una moneda, la humedece con sus labios y se la pega en la frente, con lo cual cobra nuevo aliento el instrumentista. Nuestros lectores creerán acaso que esto es ingeniosa ocurrencia de uno de los circunstantes; pero nada menos que eso: es un rito de la fiesta, y ningun griego dará un rubich en ella por via de dádiva sin que le acompañe esta extraña ceremonia tradicional. En las bodas se dilata este entretenimiento hasta la hora del banquete, que se celebra al anochecer, y despues de encendidas las cuatro velas, que como muestra de gran gala han de arder en cuatro rinconeras. Se celebra este banquete con mucha sencillez y frugalidad y no tiene ninguna de las pesadas

ceremonias del convite de boda entre los ingleses. Lo constituyen dos manjares: uno que se compone de harina, maiz y manteca con algun otro sencillo ingrediente, y acostumbran á comerlo en tales ocasiones así los turcos como los griegos orientales, y otro de carnero cocido con arroz. De estos se sirven las mujeres primeramente, y lo concluyen los hombres en otra habitacion, y no porque se tema exceso en las bebidas, pues los griegos son sóbrios por excelencia y la embriaguez es entre ellos desconocida. En la boda solo se hace uso de una copa, con el objeto determinado de brindar por la prosperidad y salud de los recien casados.

Concluido el banquete, al que todos se sientan á la oriental sobre una alfombra que para el objeto tienden, se levanta esta y prosigue el baile, renovándose á cada instante los corifeos, sin que el ceremonial permita que entre tanta algazara y animacion deje de tener la asendereada novia los ojos clavados en el suelo, la lengua muda y el cuerpo sin movimiento. Lo más que se le permite es hablar dos ó tres palabras, en voz casi ininteligible y al oido, á alguna de sus más queridas parientas ó íntimas amigas, y este estado ha de prolongarse por tres dias, durante los cuales se repiten los mismos entretenimientos, alternando alguna que otra vez con el canto de himnos en elogio de Ipsilanti, ó en celebracion de las victorias del temido y famoso *klefte* Colocotroni, del arrojo de Kanaris, rayo de la marina turca, ó de la muerte del gran patriota Marco Botzaris en la defensa de Missolongi, donde expiró tambien el bardo autor del *Don Juan*, aunque este de natural y aquel de traidora muerte, ó ya la indiferencia y serenidad heróicas del valiente Diakos, ó ya las expediciones del temerario Nikotzaras en sus ligeras naves de negras velas. Todo esto forma parte de los festejos nupciales, juntamente con procesiones que celebran por el lugar los dos dias siguientes sin asistencia de la novia, pues las costumbres severas que le imponen la representacion de un artificioso y forzado recato la impiden salir á la calle hasta el domingo siguiente á la celebracion de la boda.

Por lo que ya hemos notado así en las costumbres de los polacos como en las de los griegos, en punto á celebracion del matrimonio se pudieran hacer algunas reflexiones comparando el ceremonial de estos pueblos con el de los que se llaman civilizados, en los cuales el espíritu de progreso ó la llamada ilustracion parece tener á empeño despojar todos los actos de poesía y reducirlos á un prosaismo inconcebible. Inglaterra es la única nacion que permanece fiel observadora de ciertas especiales ceremonias y usos, en medio de las disimuladas sonrisas y vergonzantes protestas del génio cosmopolita que va invadiendo sus hogares. El hombre civilizado cree que se rebaja su dignidad y se coarta su libertad sometiéndose á la ley consuetudinaria á que da fuerza y vigor el pueblo, sin reconocer que el pueblo es un gran artista por instinto y por sentimiento, en razon á estar más en contacto con las bellezas de la

naturaleza, su único maestro. ¿A dónde irá á parar esa manía simplificadora del presente materialismo? Hoy por hoy la civilizacion, verdadera iconoclasta, va echando abajo figuras, destruyendo todo lo que es puramente formal, y embargada en una tarea séria y en busca de realidades, da cien bellezas poéticas por una realidad prosáica.

Varias reflexiones de este género pudieran amontonarse al contemplar esas costumbres seductoras, sencillas y significativas que aun se observan en los pueblos que viven más del corazon que de la cabeza, aunque no sabemos cuánto durarán estas prácticas en el nuevo estado de la Grecia, y con el rumbo que la educacion del bello sexo particularmente va tomando en la clásica Atenas, contrario á la conservacion de la domesticidad, sencillez y demas cualidades, propios adornos de la mujer. El griego, decia Ciceron, es locuaz y ocioso, si bien es docto y erudito, y esta apreciacion del príncipe de la elocuencia parece justificarse hoy de nuevo. Cuando los pueblos renacen traen forzosamente á la nueva vida lo que no es posible abandonar; lo que constituye su carácter y los distingue. Atenas, centro de la Grecia, puede llegar á ser la alta escuela, el foco que irradie la cultura refinada en el Norte y en el Oriente. Tal vez no se les cumpla á los griegos, en cuanto á la esfera política, el deseo de verse para siempre libres del influjo de la Rusia ó de la Turquía, con un emperador griego independiente sentado en el trono de Constantinopla, y un patriarca independiente oficiando en el templo de Justiniano; ó menos, como anhelan los más avanzados en aspiraciones, hacer de la ciudad imperial el Washington de una federacion sud-oriental, proyecto á que se opondrá siempre la Rusia, enemiga de reinos extensos y de imperios bizantinos; pero nadie podrá evitar que en otras esferas pueda el griego ateniense realizar su vocacion, bien marcada desde lo antiguo. Las universidades y academias han vuelto á abrirse; la educacion satisface en gran parte al deseo de instruccion connatural en el griego, y los jóvenes que estudian en estos colegios de Atenas van luego á Constantinopla, á las ciudades de Siria, á las islas, al Egipto, á los estados del Danubio y á la Rusia, ya como letrados, médicos, comerciantes ó profesores, y difunden en estos países los elementos de cultura, las opiniones morales, los conocimientos de todas clases que han adquirido en Atenas, la luz y la vida que originalmente pertenecieron á los griegos, y que ahora de nuevo se apropian en conexion y en relaciones con los estados libres de la occidental Europa. Esta es la mision de la moderna Atenas, y no es muy censurable que en ese entusiasmo por recobrar su antigua soberanía, traspase la mujer sus límites, y se haga doctora, y dispute con los eruditos sobre estilos literarios, y esté sobrecargada de conocimientos que no sirven para gobernar la casa, aunque sí pueden servir para desarrollar desde muy temprano la inteligencia y el buen gusto de los hijos. «Toda la sangre se les va á los griegos á la

cabeza, decia un diplomático inglés residente en Atenas durante muchos años: todos quieren ser instruidos: cada cual desea ser un gran político, un gran hombre de estado; ninguno quiere vivir como sencillo é industrioso labrador.»

Ciertamente no: esta resignacion es propia de la raza sajona, en parte porque no le aguija la fantasía, y en parte porque conoce el valor de la perseverancia y de la energía aplicadas y concentradas en un solo punto. Pero más bien es cuestion de organizacion. Un pueblo no es voluble ni constante, ni activo ni contemplador por regla de conducta, sino por génio y temperamento, por la sangre y por el clima. Algo han de conservar los descendientes de aquellos hombres que tenian las calles por academias, que tan pronto arengaban en el foro como conquistaban laureles en los campos de batalla, ó triunfaban en los juegos olímpicos. Los compatriotas de este observador ven á sus trabajadores sin instruccion alguna emplear en beber el tiempo del descanso, y tal vez no podrán creer que hay griegos que vienen del campo á servir de balde en las ciudades, á condicion que les dejen ir por tres horas diarias á las escuelas, y aprender el lenguaje culto para tomar de memoria los divinos versos de la Iliada y de la Odisea. En el país de este observador hay millones de sus compatriotas que no saben recitar un verso de Shakespeare, y en Grecia se recitan los cantos de Homero en las calles hasta por niñas de corta edad. ¡No han de querer ser instruidos! ¿Se reniega tan pronto de tan brillante alcurnia para pasar la vida acumulando un capital, en faenas que sus abuelos libres dejaron al ministerio de esclavos? ¿Y qué extraño que, supuesta esa cultura en hombres de ingenio, no quieran ser políticos y hombres de estado despues de una revolucion? Triste es, sin embargo, la realidad de las cosas: el porvenir, el poder y la grandeza será de esa raza parsimoniosa y analítica, de esos génios del hecho, del detalle, del aislamiento y division de tareas y trabajos, porque no hay un átomo de fuerza individual que se pierda en la concentracion de miras, que no pase de ser átomo á ser montaña con la constancia y repeticion del mismo ejercicio, y que no contribuya finalmente al aumento de la fuerza colectiva. Quien va despacio, va léjos, y el que mucho abarca poco aprieta. Esta es la máxima que sigue la patria de nuestro observador. Es verdad que á la raza opuesta, sintética, filósofa por antonomasia, están reservadas las grandes concepciones, los triunfos brillantes de la idea, las inspiraciones sorprendentes, el entusiasmo que arrebata, subyuga y vence, y el esfuerzo repentino y sobrehumano; pero el triunfo es como relámpago tambien: la gloria la adormece, el laurel la satisface, falta la constancia, al ímpetu sucede el decaimiento, á la accion la inaccion, al calor el frio, á la velocidad la inmovilidad, y en tanto su rival con paso tardo llega al fin, y se aprovecha del fruto y reduce la brillante teoría á lo que tiene de valor práctico y aumenta su enorme capital de elementos

materiales. La una es Ycaro atrevido que sin cesar revolotea en busca del sol de la inteligencia; la otra es como buey atado en la noria en órden á la vida práctica. Si aquella pierde alguna vez sus alas ó se extravía, esta gana siempre en su camino seguro. Pero antes que pensar es vivir, y la materia, aunque vil y miserable, es preciosa para el hombre, segun la expresion de Molière:

Gueuille si l'on veut, *ma gueuille* m'est chère.

El que atiende bien á su negocio, dice Salomon, sentará delante de los príncipes. Ahora bien, la raza activa no puede sentarse delante de reyes, pero puede reinar sobre la contemplativa.

A esta digresion nos han llevado las reflexiones sobre las costumbres que hemos descrito de los matrimonios en Polonia y en Grecia y que apellidamos seductoras y llenas de poesía. Por no extendernos más en ellas abandonamos otra curiosa comparacion entre la libertad y tono picante que distingue á las de los polacos y el excesivo recato y pudor que reina en las de los griegos, ventaja que en punto á moral distingue á los modernos de los antiguos helenos. Tal vez la constitucion política de los polacos, que consagraba la esclavitud, influyó mucho en esto, y costumbres hemos omitido al tratar de este pueblo que parecerian demasiado libres á nuestros lectores. No obstante, si en el contraste que ofrecen las de los griegos hay algunas que tienen su valor por la extremada delicadeza de sentimientos, otras son en verdad insufribles. Estamos seguros que cualquiera de nuestras novias diera al diablo tantas prescripciones y austera gravedad en los momentos en que más domina el gozo, y más brilla el sol de sus ilusiones y el cielo de su ventura, y asimismo que perdonaria el carnero con arroz y la *Romaïka*, donde no se la deja bailar, y tantos dias de festejos, si se los han de dar acompañados con tantas ceremonias como daba Pedro Recio de comer al buen gobernador Sancho Panza, prefiriendo casarse luego y que la dejen en paz, aunque sea *á cencerros tapados*.

Pero si en este trance, de suyo lisonjero y agradable, se violenta le naturaleza de la mujer á representar lo que no siente, y á estar triste y cabizbaja en medio de la mayor alegría, en otro trance opuesto, de suyo triste y lamentable, se violenta tambien á la mujer griega, obligándola á pensar con artificio cuando la naturaleza la impulsa á sentir con abandono. Hablamos de los *miriólogos* ó discursos de lamentaciones y quejas que ha de pronunciar la mujer ante el cadáver del marido y en presencia de parientes y extraños y curiosos, ni más ni menos que si fuese un orador que, ageno á tal desgracia, viniese á pronunciar su oracion fúnebre.

Esta es una de las costumbres más características de la Grecia, y sus mujeres *miriólogas* son célebres en el mundo, y sus composiciones poéticas improvisadas en aquel momento son tales y de un carácter tan original entre todas las literaturas,

que su coleccion formaria el más extraordinario cancionero de la musa del dolor. Los hombres improvisan tambien estas canciones desesperadas en la muerte de sus esposas y personas de su familia y deudos, y aun los más rústicos y menos instruidos se sienten inspirados y salen airosos de su compromiso, lo cual prueba evidentemente la viveza de imaginacion de los griegos y su disposicion para la cultura del espíritu. Generalmente se reunen en la casa del finado y se sientan en derredor de un aposento, y cuando se oye un contínuo murmullo nasal es el anuncio de que uno de estos improvisadores se siente inspirado, á manera de los fieles de cierta secta entre los protestantes, y que va á prorumpir en una série de lamentos, en cierto número de estancias ó coplas, donde describe el fatal acontecimiento y las virtudes peculiares y cualidades del difunto; hecho lo cual se sienta silencioso, y con él todo el concurso, hasta que otro ruido nasal anuncia nueva inspiracion y nuevo canto. Así continúan alternativamente hasta muy avanzada la noche, sin tomar cosa alguna de alimento ni estimular la imaginacion con bebidas, permitiéndose solo beber de vez en cuando algunas gotas de agua. Despues que han concluido los hombres llega el turno á las mujeres y á sus cantos fúnebres improvisados.

La ilustrada viajera Frederika Bremer, en las notas de su diario de una excursion á Grecia, dice haber presenciado el duelo por la mujer de un celebrado artista, al cual, entre diferentes personas, acudieron varios trabajadores mainotes, que á la sazon excababan á sus órdenes en las cercanías de la Acrópolis de Atenas, quedando sorprendida de la ternura de sentimientos y delicadeza de imágenes que brotaban espontáneamente de aquellos hombres incultos y groseros, pues la comarca del Maina puede en efecto considerarse semi-salvaje. Sin embargo, entre ellos es universal la costumbre de recitar miriólogos y conmover los afectos, así como tienen el don de excitar fácilmente al auditorio con arengas en sus asambleas populares.

Esta costumbre bajo diversas formas existió en la antigüedad y se conservó en muchos pueblos. En las fiestas llamadas *adonias* las mujeres cantaban las alabanzas de Adónis, muerto por un jabalí, y en la muerte de los héroes y los reyes, que tenian derecho á los honores de aquellos, segun las leyes de Licurgo, se veian mujeres con los cabellos sueltos y los piés desnudos, ya lamentándose, ya cantando alabanzas. Homero nos habla en la Iliada de una especie de miriólogo cantado por la familia de Priamo sobre el cadáver de Hector, y Sófocles pone otro en los labios de Electra llorando sobre la urna donde cree que se halla Orestes, y finalmente, en varios autores hay pasajes que denotan la antigüedad remotísima de este uso, que comenzando tal vez por exclamaciones y gritos como lo hacian nuestras plañideras pagadas para llorar y mesarse los cabellos, ha concluido en la Grecia moderna por una ostentacion admirable de facultades poéticas.

Para esta escena las mujeres se visten de blanco como para las ceremonias nupciales; pero dejan sus cabellos sueltos y esparcidos al modo que en la antigua Atenas, con la diferencia de que entonces hacian el sacrificio de su cabellera ó la llenaban de polvo y ceniza. Una excelente descripcion de estas escenas se halla en la coleccion de los cantos de la moderna Grecia, de Claudio Fauriel, de cuya traduccion no queremos privar á los lectores.

«Los parientes se reunen en la morada del difunto, cuyas puertas dejan abiertas para que todas las mujeres del lugar, amigas, vecinas y desconocidas puedan entrar en ella. Colocadas en derredor del cadáver, su dolor se desahoga primeramente en lágrimas, despues en gritos, y á estas manifestaciones espontáneas siguen los miriólogos, que pronuncia ante todas la parienta más próxima, y es seguida por los de aquellas que pueden pagar este tributo de afecto. No es raro que en estas fúnebres asambleas se encuentren mujeres completamente extrañas á la familia, que habiendo perdido recientemente alguno de los suyos, aun tiene vivo su dolor y algo nuevo que decirle, y viendo en aquel cadáver un mensajero que puede llevar al que lloran un nuevo testimonio de su recuerdo y cariño, dirigen al primero el miriólogo debido al segundo. Otras se contentan con esparcir flores y algunos dijes que encargan al muerto presente tenga la bondad de entregar de su parte al que ellas lamentan.

«La série de estos cantos dura por mucho tiempo, y se renuevan indefinidamente en determinadas ocasiones. Por lo menos, durante un año, á contar desde el fallecimiento de uno de sus allegados, la mujer no se permite cantar si no son estas lamentaciones, y cualquier otra cancion, por triste y fúnebre que sea, se consideraria como una distraccion contraria á la piedad debida á los que ya no existen, y aun tienen la costumbre cuando van á la iglesia, ya sea antes, ya despues de los divinos oficios, de reunirse en los sepulcros y renovar el antiguo adios del dia del duelo.

«Si alguno fallece fuera del país, se coloca en el lecho fúnebre un simulacro de su persona y se le dirigen las mismas lamentaciones, que en este caso son más lúgubres, por considerar una gran desgracia el no poder recojer sus cenizas y depositarlas en lugar sagrado. Las madres hacen tambien miriólogos por los niños de corta edad que pierden, y estos suelen expresar el sentimiento de una manera seductora, pues el pequeñuelo es simbolizado en una planta delicada, en una flor, en un pajarillo ó en cualquier otro objeto natural, bello y encantador.

«Estas poesías son, por lo comun, compuestas y cantadas por mujeres, pues los hombres son más lacónicos en la expresion de su dolor. En la Grecia asiática y en las islas hay mujeres, miriólogas de profesion, á las que llaman y pagan para hacerlos y cantarlos.»

Añadirémos á esta noticia de Fauriel, que en el último adios en la sepultura se

entona un canto del melodioso y solemne himno atribuido á Damasceno: «Llorad sobre mí, hermanos, parientes y amigos, al verme mudo y sin aliento, yo que ayer hablaba con vosotros: dadme el último abrazo, porque ya no me veréis ni oiréis más. Voy á la presencia del juez para el cual no hay acepcion de personas, donde amos y criados están juntos, y al mismo nivel reyes y soldados, ricos y pobres, porque cada cual será glorificado ó condenado segun sus obras.»

Bien quisiéramos describir las bellezas topográficas de este suelo tan variado como el carácter de sus moradores, y echar una rápida ojeada sobre el estado presente de poblaciones cuyos nombres han resonado siempre en nuestros oidos como si fuesen sagrados; pero son tantos los lugares famosos de este en tiempos prodigioso mosáico de estados y repúblicas, que Corinto, por su grandeza voluptuosa y sus juegos istmicos; Tebas, cercada del Helicon, Citeron y Parnaso; Delos, celebrada por sus templos, ceremonias y nacimiento de Apolo; Milo, que vió muertos á sus adultos por los atenienses y sus hijos y mujeres vendidos como esclavos; Paros, celebrado por sus mármoles ricos del marpesio monte, de donde nacieron las Vénus de Médicis y los gladiadores moribundos; Lesbos, fecunda en artistas y hombres de estado, patria de Safo y cuna de Terpandro; Chios, primera en querer honrarse con haber dado á luz á Homero; Icaria, cerca de cuyos montes cayó el hijo de Dédalo derretidas ya sus alas; Samos, primera en las artes y academias, famosa por la residencia de Antonio y Cleopatra; Rodas, por sus atrevidos navegantes, que mereció ser considerada nacida de las olas; Creta, renombrada por su laberinto; Esparta por sus leyes y patricios; Itaca por Ulises, y otras infinitas poblaciones, y montes, y llanos, y riveras, y lagunas, se agolpan y presentan con idénticos títulos á nuestra imaginacion, y solo podemos sin injusticia fijarnos en la culta Atenas, centro y cabeza del Atica, donde aun corren las aguas del Iliso y del Cefiso, como en los brillantes tiempos de Aspasia, y aun quedan en la Acrópolis testimonios del gusto refinado de Pericles y del génio de los Fidias, Ictinos y Calícrates. A esta ciudad de Minerva, donde se castigaba severamente cuanto podia herir *el sentimiento de la belleza*, á esta ciudad, donde la diosa protectora representada por Fidias en colosal estátua de bronce, parecia protegerla con su lanza, escudo y yelmo, como á Arona el coloso broncíneo Borromeo, vino San Pablo á predicar la nueva fé, y el Parthenon fué convertido despues en templo cristiano, y despues en mezquita, y no obstante los siglos, los cambios, las injurias causadas por el cerco de los venecianos y de los musulmanes, aun queda en Atenas un mundo de bellezas de arte para asombrar y anonadar al viajero.

La civilizacion moderna ha llevado á esta capital sus fondas y cafés, ha construido nuevos barrios, abierto almacenes á la inglesa, construido un observatorio,

un congreso, un palacio, casas de moneda, aduanas, hospitales y teatros, mostrando con esto hasta dónde ha ido la degeneracion de las artes; pero, ¿quién ha podido competir con aquel siglo de oro?

Concluirémos con una rápida ojeada sobre la vida social y doméstica de los griegos. Uno de los caractéres que los distinguen es, como ya hemos visto, su sobriedad; y aunque de los antiguos se dijo que eran ociosos, y tenian razon de serlo los atenienses del tiempo de Pericles, al ver la riqueza del tesoro público y admirar las infinitas maravillas del arte que aquel ilustre tipo de la grandeza ática reunió en la ciudad y su Acrópolis, las circunstancias de ahora han hecho al pueblo griego manifestar que es capaz de mostrarse laborioso. En el folleto que apareció en 1860 en París, con el título de *Una palabra sobre el Oriente con motivo del futuro congreso*, se leen importantes datos estadísticos ilustrativos de la actividad de la moderna Grecia en el comercio y en la marina. La importacion de géneros, que montaba á una suma mezquina durante la dominacion turca, se elevó veinte y cinco años despues de la emancipacion á la cantidad respetable de ciento cuarenta y cuatro millones, y la exportacion, cada dia creciente, á noventa millones de reales. Al compás de este adelanto caminan los verificados en todos los ramos y esferas de actividad. Actualmente posee la Grecia cuatro mil buques mercantes, gran número de vapores, y treinta mil bien disciplinados y hábiles marineros. Los más ricos banqueros de Constantinopla son griegos, y en Lóndres tienen en sus manos todo el comercio de trigo del Levante. Más de cincuenta periódicos literarios y políticos se publican en Atenas y en otras ciudades, y su universidad cuenta de quinientos á seiscientos estudiantes; pues desde la independencia se puso notable cuidado en el fomento de la educacion, llegándose hoy á contar en el reino ochocientas treinta escuelas primarias, ciento dos de segunda enseñanza, siete gimnasios y cuatro seminarios. Finalmente, al tiempo de su restauracion la poblacion apenas contaba setecientas mil almas, y hoy el territorio emancipado cuenta millon y medio, que no puede darse mayor prueba del milagroso poder de la libertad.

Acerca del sentimiento de nacionalidad no se dirá que los griegos ceden, antes igualan si ya no sobrepujan á todos los pueblos, como puede observarse en la conservacion de su lenguaje y su religion con un celo inextinguible, y si naturalmente con la esclavitud y la degeneracion que es su inmediata consecuencia, el lenguaje clásico degeneró tambien y admitió gran mezcla del italiano, del albanés y del turco, el buen tono y refinamiento de la educacion del dia y el estudio de los clásicos autores lo va purificando y restituyendo á su primitiva belleza.

Pero lo que es de notar en la vida social de los griegos es el respeto á la mujer y el sacrificio de esta á la voluntad de sus superiores, ya sean los padres

ó maridos. Apesar de la viveza de ingenio de las mujeres griegas, de la presuncion que pueden cimentar en sus dotes físicas, y de su aficion á las ciencias ó artes liberales, su obediencia al decreto de sus padres en punto á matrimonio no tiene semejante en pueblo alguno. Ningun matrimonio se celebra si no es por concierto de ellos, y con todo eso, y admitiendo la ley el divorcio, apenas se encuentran esposos separados. En una palabra, la mujer griega sigue en lo general el consejo de Pericles, de procurar que no se hable mucho de ella en sociedad de hombres. Su templo es el hogar, y su destino el amor, la obediencia y el sacrificio, pues no en valde les dió la fábula el ejemplo de aquellos dos esposos, que solo pidieron á Júpiter morir en el mismo dia, y el dios les convirtió en árboles para que aun pudieran abrazarse y entrelazar sus ramas; y la historia consigna el modelo de la mujer de Focion, que recogiendo resignada en la oscuridad de la noche los huesos del insultado patricio, los llevó al altar doméstico y los confió á la diosa del hogar, á la amada Hestia, hasta tanto que los atenienses reconociesen su error.

Por lo que ha hecho, fácilmente se juzga de lo que podrá hacer la moderna Grecia cuando recobre del todo su territorio, y libre de toda intrusion del turco, pueda ser la medianera en la civilizacion del Oriente como fué en lo antiguo el canal por donde fluyó la civilizacion en Europa.

El griego posee un talento natural poco comun, que aun no está disciplinado para que pueda convertirse en su provecho. Son admirables su viveza de percepcion, facilidad para aprender y capacidad de retener en la memoria. Lo que una vez aprenden nunca se les olvida. Tienen disposicion especial para los idiomas, pero como hasta aquí la educacion ha estado muy descuidada, en punto á artes y á ciencias carecen de conocimientos; así es que los que han salido á viajar por el extranjero, luego se han distinguido entre sus compatriotas y subido á los primeros puestos. Lo más notable en su carácter es su aptitud para la intriga, y la astucia de su espíritu, que traen por herencia de sus abuelos y que han desplegado los fanariotes en las córtes y los *kleftes* en los campos. Dícese que un comerciante griego prefiere ganar cincuenta por estratagema, astucia y fuerza de ingenio, que no ciento por el órden regular y ordinario, y no por otro motivo sino por el deseo de ejercitar estas ventajas ó dones en que á todos exceden, mas si en la guerra de intereses son astutos, en el campo de batalla despliegan calidades de otro género.

En medio de la excitacion de la guerra civil, cuando las pasiones hervian, y las manos estaban tintas en sangre, y los pechos llenos de desconfianza y de odio, se penetraba en ambos campos con la mayor facilidad y se contraia familiar relacion con los jefes de ambos partidos, y de todos se recibia la más espontánea hospita-

lidad, las mayores muestras de confianza y la más generosa y liberal ayuda. Nunca preguntaban al extraño si era amigo ó enemigo, ni su nombre, su nacion ó su intento, y aunque le viesen venir del campo enemigo le acogian con la más segura confianza. Bastábales saber que era caballero y deseoso de conocerlos, y su delicadeza no era menor que su confianza, pues aunque deseaban informarse de los movimientos de sus adversarios, jamás hacian preguntas acerca de lo que tanto les interesaba, y de lo que dependia su seguridad y su vida.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO.

PAUTA

para la colocacion de las láminas

DEL TOMO PRIMERO.

BENJUMEA.

COSTUMBRES DEL UNIVERSO

1